

1905



Por León Trotsky

CRONICA DE LOS ACONTECIMIENTOS

1904

8 de febrero: la flota japonesa ataca la flota rusa anclada en Port Arthur (China).

Junio: asesinato del gobernador general ruso de Finlandia por un militante socialista revolucionario (SR).

Julio: asesinato del ministro del Interior, Pleve, por un militante SR.

13-29 de diciembre de 1904: huelga general de los obreros del petróleo de Bakú, que arrancan la primera convención colectiva de la historia de Rusia.

1905

3 de enero: inicio de la huelga de los obreros de la fábrica Putilov en Petersburgo.

8 de enero: huelga general en Petersburgo.

9 de enero (domingo): manifestación pacífica de cerca de 140.000 obreros y obreras rusos con sus hijos, ahogada en sangre.

2 de febrero: asesinato del gran duque Serge, gobernador de Moscú y tío del zar, por un militante SR.

18 de febrero: un primer manifiesto gubernamental promete convocar a los representantes de la población para “participar en la elaboración y en la discusión preparatoria de las propuestas legislativas”.

10 de marzo: derrota del ejército ruso frente al ejército japonés en Mukden.

12 de marzo: constitución en Alapaiev (Ural) de una asamblea de los diputados obreros que constituye el primer soviét de Rusia.

12-27 de abril: III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR) en Londres reuniendo únicamente a los delegados bolcheviques.

Abril: formación de la SFIO en Francia.

Fines de abril: formación del Soviet de Nadejdin.

Principios de mayo: constitución de la “Unión de las uniones”, organización que reúne grupos y profesiones de la burguesía liberal (médicos, abogados, etc.).

10 de mayo: formación del Soviet de Ivanovo-Voznessensk.

14 de mayo: la casi totalidad de la flota rusa del Báltico enviada a Japón es corrida por la flota japonesa cerca de Tsushima.

14 de junio: amotinamiento de los marinos del navío Príncipe Potemkin.
6 de julio: constitución del Soviet de Kostroma.
6 de agosto: publicación de un segundo manifiesto zarista anunciando la próxima convocatoria de una Duma (asamblea) con funciones puramente de consulta.
5 de septiembre: firma en Portsmouth (EE.UU.) del tratado que puso fin a la guerra ruso-japonesa.
12-18 de octubre: huelga de los obreros imprenteros, luego de los ferroviarios, en Moscú. La huelga se generaliza a partir del 15.
13-21 de octubre: huelga general en Petersburgo.
13 de octubre: formación del Soviet de Petersburgo.
17 de octubre: promulgación del manifiesto del zar Nicolás.
1 de noviembre: huelga general en Petersburgo contra el traslado de los marinos sublevados de Cronstadt a la corte marcial y contra el estado de guerra de Polonia.
22 de noviembre: primera asamblea constitutiva del soviet de Moscú.
26 de noviembre: arresto de Jrustalev-Nosar, presidente del soviet de Petersburgo. Le suceden tres copresidentes: Trotsky, Sverchkov y Zlydnev.
28 de noviembre: asamblea general constitutiva de Odesa.
3 de diciembre: arresto del comité ejecutivo del Soviet de Petersburgo.
6 de diciembre: segunda asamblea general del Soviet de Moscú.
7 de diciembre: comienza la huelga general en Moscú.
11 de diciembre: el Manifiesto del 17 de octubre prometía elecciones a la Duma, del cual una ley anuncia la organización. Tienen derecho de voto a la Duma todos los hombres de al menos 25 años, propietarios, locatarios o sujetos a impuestos. El voto en varios grados (de dos a cuatro) es organizado sobre la base de cuatro curias: nobles, campesinos, ciudadanos burgueses y obreros; los pueblos foráneos votan aparte.
12-17 de diciembre: primera conferencia bolchevique en Tammerfors.
19 de diciembre: fin de la huelga general en Moscú después del aplastamiento de los sublevados del barrio de Presnia (Krasnaia Presnia).

1906

4 de marzo: directivas provisionales sobre los sindicatos promulgadas por el zar Nicolás II.
Abril: promulgación de las leyes fundamentales del imperio: reunión de la primera Duma (asamblea parlamentaria).
10-25 de abril: IV Congreso de unificación bolchevique-menchevique del POSDR, en Estocolmo.
Julio: disolución de la primera Duma por indócil. Stolipin es nombrado Primer ministro.

1905

**PRIMERA
PARTE**

PREFACIO A LA EDICION RUSA

1922

Los acontecimientos de 1905 se presentan como el grandioso prólogo del drama revolucionario de 1917. Durante los largos años de reacción triunfante que le siguieron, 1905 permaneció siempre ante nuestras miradas como un todo acabado, como el año de la Revolución Rusa. En la actualidad, ya no tiene 1905 ese carácter individual y esencial, sin haber perdido por ello su importancia histórica. La revolución de 1905 surgió directamente de la guerra ruso-japonesa y, del mismo modo, la revolución de 1917 ha sido el resultado inmediato de la gran matanza imperialista. Así, por sus orígenes como por su desarrollo, el prólogo contenía todos los elementos del drama histórico del que hoy somos espectadores y autores. Pero estos elementos se ofrecían en el prólogo en forma abreviada, todavía sin desarrollar. Todas las fuerzas componentes que entraron en escena en 1905, se hallan hoy iluminadas con una luz más viva por el reflejo de los acontecimientos de 1917. El Octubre rojo, como le llamábamos ya entonces, creció convirtiéndose, doce años más tarde, en un Octubre incomparablemente más grandioso y verdaderamente triunfante.

Nuestra gran ventaja en 1905, en la época del prólogo revolucionario, consistió en que los marxistas estábamos armados con un método científico para el estudio de la evolución histórica. Y ello nos permitía establecer una explicación teórica de las relaciones sociales que el movimiento de la historia no nos presentaba más que por indicios y alusiones. Muy pronto, la caótica huelga de julio de 1903, en el mediodía de Rusia, nos había proporcionado la ocasión de apreciar que el método esencial de la Revolución Rusa sería una huelga general del proletariado, transformada inmediatamente en insurrección. Los acontecimientos del 9 de enero, confirmando de forma asombrosa estas previsiones, nos llevaron a plantear en términos concretos la cuestión del poder revolucionario. A partir de ese momento, en las filas de la socialdemocracia rusa, se busca y se investiga activamente cuál es la naturaleza de la Revolución Rusa y cuál su dinámica interna de clase. Fue precisamente en el intervalo que separa el 9 de enero y la huelga de octubre de 1905,

cuando el autor llegó a concebir el desarrollo revolucionario de Rusia bajo la perspectiva fijada a continuación por la teoría llamada “de la revolución permanente”. Esta designación, ciertamente algo abstrusa, quería expresar que la Revolución Rusa, obligada en primer término a considerar en su porvenir más inmediato determinados fines burgueses, no podría sin embargo detenerse ahí. La revolución no resolvería los problemas burgueses que se presentaban ante ella en primer plano más que llevando el proletariado al poder. Y una vez que éste se hubiera apoderado del poder, no podría limitarse el marco burgués de la revolución. Bien al contrario, y precisamente para asegurar su victoria definitiva, la vanguardia proletaria debería, desde los primeros días de su dominación, penetrar profundamente en los dominios prohibidos de la propiedad, tanto burguesa como feudal. En estas condiciones, era inevitable el encuentro con manifestaciones hostiles por parte de los grupos burgueses que la sostuvieran en el comienzo de su lucha revolucionaria, y por parte asimismo de las masas campesinas cuya cooperación la habría empujado hacia el poder. Los intereses contradictorios que dominaban la situación de un gobierno obrero, en un país atrasado en que la inmensa mayoría de la población se componía de campesinos, no podían conducir a una solución sino en el plano internacional, sobre el fondo de una revolución proletaria mundial. Cuando, en virtud de la necesidad histórica, hubiera desbordado la Revolución Rusa los estrechos límites que le fijaba la democracia burguesa, el proletariado triunfante se vería obligado a quebrar igualmente el marco de la nacionalidad, es decir, debería dirigir conscientemente su esfuerzo de manera que la Revolución Rusa se convirtiese en el prólogo de la revolución mundial.

Aunque exista un intervalo de doce años entre este juicio y los hechos, la apreciación que acabamos de exponer ha sido plenamente confirmada. La Revolución Rusa no ha podido limitarse a un régimen de democracia burguesa; ha tenido que transmitir el poder a la clase obrera. Y si ésta se mostró en 1905 demasiado débil para conquistar el lugar que le correspondía, ha podido afirmarse y madurar, no en la república de la democracia burguesa, sino en los ocultos refugios en que la confinaba el zarismo del 3 de junio. El proletariado alcanzó el poder en 1917 gracias a la experiencia adquirida por sus mayores en 1905. Los jóvenes obreros necesitan poseer esta experiencia, necesitan conocer la historia de 1905.

He decidido añadir a la primera parte de este libro dos artículos de los que uno (relativo al libro de Cherevanin) se imprimió en 1908 en la revista de Kautsky, *Neue Zeit*, y otro, consagrado a establecer la teoría de “la revolución permanente”, y en el que el autor polemiza con los

representantes de la opinión que entonces dominaba a este respecto en la socialdemocracia rusa, se publicó (creo que en 1909) en una revista del partido polaco, cuyos inspiradores eran Rosa Luxemburgo y Leo Ioguiches. Estos artículos permitirán, a mi juicio, al lector orientarse con mayor facilidad en el conflicto de ideas que tuvo lugar en el seno de la socialdemocracia rusa, durante el período que siguió inmediatamente a la primera revolución, y arrojarán asimismo alguna luz sobre ciertas cuestiones extremadamente graves que se discuten en la actualidad. La conquista del poder no fue en modo alguno improvisada en octubre de 1917, como tantos se imaginan; la nacionalización de las fábricas y de las factorías por la clase obrera triunfante, no fue tampoco un “error” del gobierno obrero que se habría negado a escuchar las advertencias de los mencheviques. Estas cuestiones se discutieron, recibiendo una solución de principio, a lo largo de un período de quince años.

Los conflictos de ideas relativos al carácter de la Revolución Rusa rebasaron desde un comienzo los límites de la socialdemocracia rusa, alcanzando a los elementos avanzados del socialismo mundial. La forma en que los mencheviques concebían la revolución fue expuesta a conciencia, es decir, con toda su vulgaridad, por el libro de Cherevanin. En seguida, apresuradamente, los oportunistas alemanes adoptaron esta perspectiva. A propuesta de Kautsky, hice la crítica de este libro en *Neue Zeit*. Entonces Kautsky se mostró totalmente de acuerdo con mi apreciación. También él, como el fallecido Mehring, se adhería al punto de vista de “la revolución permanente”. Ahora, un poco tarde, Kautsky pretende unirse en el pasado a los mencheviques. Pretende disminuir y tragarse de nuevo su ayer al nivel de su hoy. Pero esta falsificación exigida por las inquietudes de una conciencia que, ante sus propias teorías, no se encuentra demasiado pura, está al descubierto gracias a los documentos que subsisten en la prensa. Lo que en aquella época escribía Kautsky, lo mejor de su actividad literaria y científica (la respuesta al socialista polaco Lusnia, los estudios sobre los obreros norteamericanos y rusos, la respuesta a la encuesta de Plejanov sobre el carácter de la Revolución Rusa, etc.), todo lo cual fue y sigue siendo una implacable refutación del menchevismo, y justifica completamente, desde el punto de vista teórico, la táctica revolucionaria adoptada más tarde por los bolcheviques, a los que estúpidos y renegados, con el Kautsky de hoy a su cabeza, acusan ahora de ser aventureros, demagogos, sectarios de Bakunin.

Figura como tercer suplemento un artículo titulado “La lucha por el poder”, publicado en 1915 en París por el periódico ruso *Nache Slovo* y que trata de demostrar que las relaciones políticas, esbozadas de forma

bastante nítida en la primera revolución, deben encontrar su confirmación definitiva en la segunda.

En lo que concierne a las formas de la democracia, el presente libro se halla lejos de ofrecer la claridad necesaria, claridad que igualmente falta en el movimiento cuyo aspecto general se ha pretendido fijar. Es fácil de comprender: sobre esta cuestión, nuestro partido no había logrado aún hacerse una opinión plenamente motivada diez años más tarde, en 1917. Pero esta insuficiencia de luz o de expresión no procedía de una actitud preconcebida. Desde 1905, nos habíamos alejado infinitamente del misticismo de la democracia; nos representábamos la marcha de la revolución, no como una realización de las normas absolutas de la democracia, sino como una lucha de clases, durante la cual serían utilizados provisionalmente los principios y las instituciones de la democracia. En aquella época, poníamos por delante, de forma determinada, la idea de la conquista del poder por la clase obrera; estimábamos que esta conquista era inevitable y, para llegar a esta deducción, lejos de basarnos en las probabilidades que presentara una estadística electoral según “el espíritu democrático”, considerábamos únicamente las relaciones de clase a clase. Los obreros de Petersburgo, desde 1905, llamaban a su “gobierno proletario”. Esta denominación circuló entonces y se hizo de uso familiar, pues entraba perfectamente en el programa de la lucha para la conquista del poder por la clase obrera. Pero, al mismo tiempo, oponíamos al zarismo el programa político de la democracia en toda su extensión (sufragio universal, república, milicias, etc.). No podíamos obrar de otro modo. La política de la democracia es una etapa indispensable para el desarrollo de las masas obreras, siempre a condición de que se admita una reserva esencial: saber que, en ciertos casos, hacen falta decenas de años para recorrer esta etapa, mientras que en otras circunstancias la situación revolucionaria permite a las masas liberarse de los prejuicios democráticos incluso antes de que las instituciones de la democracia hayan tenido tiempo de establecerse y realizarse. El régimen gubernamental de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques rusos (de marzo a octubre de 1917) comprometió integralmente a la democracia antes de que ésta hubiera podido fundirse y solidificarse en las formas de la república burguesa. Pero, incluso a lo largo de este período que precedió inmediatamente al golpe de Estado proletario, nosotros, que habíamos escrito en nuestro estandarte “Todo el poder a los soviets”, marchábamos aún bajo las enseñas de la democracia, sin poder ofrecer ni a las masas populares ni a nosotros mismos una respuesta definitiva a la pregunta: ¿Qué sucedería si el engranaje de la democracia no se ajustase a la rueda del

sistema socialista? Cuando escribíamos nuestro libro, así como mucho más tarde, bajo Kerensky, se trataba para nosotros esencialmente de preparar la conquista del poder por la clase obrera; la cuestión jurídica permanecía en un plano secundario, y no nos preocupábamos en absoluto de hallar solución a cuestiones embarazosas por sus aspectos contradictorios, cuando debíamos ocuparnos de la lucha por superar obstáculos materiales.

La disolución de la Asamblea Constituyente fue la realización revolucionaria brutal de un designio que hubiera podido ser realizado de otro modo, con aplazamientos, con una preparación electoral conforme a las necesidades revolucionarias. Pero se desdeñó precisamente este aspecto jurídico de la lucha, y el problema del poder revolucionario se planteó abiertamente; por otra parte, la dispersión de la Asamblea Constituyente por las fuerzas armadas del proletariado exigió a su vez una revisión completa de las relaciones que podían existir entre la democracia y la dictadura. La Internacional proletaria, a fin de cuentas, no podía sino ganar con esta situación, tanto en la teoría como en la práctica.

La historia de este libro se presenta en dos palabras, como sigue: la obra fue escrita en 1908-1909, en Viena, para una edición alemana que apareció en Dresde. El fondo del libro alemán estuvo constituido por varios capítulos del libro ruso *Nuestra Revolución* (1907), pero con considerables modificaciones, introducidas a fin de adaptar la obra a los hábitos del lector extranjero. La mayor parte del libro tuvo que ser escrita de nuevo. Para publicar esta nueva edición rusa ha sido preciso reconstruir el texto, en parte siguiendo los manuscritos que se habían conservado, en parte traduciendo otra vez del alemán. Recurrí para ello a la colaboración del camarada Rumer, que ha ejecutado el trabajo con notable cuidado. Todo el texto ha sido revisado por mí.

León Trotsky

PREFACIO A LA EDICION ALEMANA

1909

El momento de apreciar históricamente, en su conjunto y de una forma definitiva, la Revolución Rusa, no ha llegado todavía; la situación respectiva de las fuerzas en presencia todavía no está suficientemente definida; la revolución continúa, provoca sin cesar nuevas y nuevas consecuencias; su importancia es ilimitada. Al presentar este libro al lector, no se pretende ofrecerle una obra histórica; se aporta el testimonio de un espectador y actor, se camina sobre las mismas huellas de los acontecimientos, a la luz de una opinión que es la del partido del autor, socialdemócrata¹ en política y marxista desde el punto de vista científico. Ante todo, el autor se ha esforzado por explicar al lector la lucha revolucionaria del proletariado ruso, lucha cuyo apogeo residió en la actividad del Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo, al tiempo que allí mismo encontraba su desenlace trágico. Si el autor ha logrado recomponer estos acontecimientos de una manera satisfactoria, habrá cumplido con lo mejor de su tarea.

En la *Introducción*, son analizadas las bases económicas de la Revolución Rusa. El zarismo, el capitalismo ruso, la estructura agraria de Rusia, las formas y las relaciones de su producción, las clases de la sociedad, la nobleza agraria, el campesinado, los grandes capitalistas, la pequeña burguesía, los intelectuales, el proletariado —presentados en sus relaciones mutuas y en su situación respecto al Estado—, tal es el contenido de esta introducción, que tiene por objeto mostrar al lector, en sus agrupamientos estáticos, las fuerzas sociales que entrarán en acción bajo la influencia de la dinámica revolucionaria.

Nuestro libro no pretende tampoco exponer la totalidad de los hechos materiales. Hemos renunciado deliberadamente a la idea de proporcionar una representación detallada de la revolución en toda la extensión del país; dentro de los límites fijados a esta hora, no hubiéramos podido establecer más que una nomenclatura de los hechos, útil quizás para informar, pero que no hubiese explicado nada de la lógica interna de los

¹ En aquella época, nos llamábamos todavía socialdemócratas. (1922)

acontecimientos, ni de su aspecto vivo. Preferimos seguir otro camino: resaltando los acontecimientos y las instituciones en que se resumía en cierto modo el sentido de la revolución, hemos situado en el centro de nuestro cuadro al centro del movimiento mismo: Petersburgo. No abandonamos el suelo de la capital septentrional más que cuando la revolución se traslada a otro lugar, sean las costas del Mar Negro (*La flota roja*), sea el campo (*El mujik se rebela*), sea Moscú (*Diciembre*).

Puesto que nos limitamos en el espacio, debemos también acotarnos en el tiempo. Asignamos un lugar destacado a los tres últimos meses de 1905 –octubre, noviembre y diciembre–, período culminante de la revolución, que comienza con la gran huelga general de toda Rusia, en octubre, y termina por el aplastamiento de la insurrección de diciembre, en Moscú. En lo que concierne al periodo preparatorio nos hemos fijado dos momentos, indispensables para la comprensión de la marcha general de los acontecimientos. Fue primero la *era*, tan breve, del príncipe Sviatopolk-Mirski, aquella luna de miel de acercamiento entre el gobierno y “la sociedad”, cuando todo no respiraba sino confianza y cordialidad, cuando las comunicaciones oficiales del gobierno y los artículos de fondo de los periódicos liberales presentaban una odiosa mezcla de anilina y de melaza. En segundo lugar, el 9 de enero, el Domingo rojo, de incomparable grandeza dramática, cuando, en una atmósfera de paz y de confianza, silbaron de repente las balas de la guardia imperial y tronaron las maldiciones de las masas proletarias. La comedia de la primavera Liberal terminaba; lo que se abría era la tragedia de la revolución. Hemos silenciado casi por completo los ocho meses que separan abril de octubre. Por interesante que sea esta época, no nos ofrece nada de absolutamente nuevo, nada sin lo cual la historia de los tres meses decisivos de 1905 pueda parecer ininteligible. La huelga de octubre es la consecuencia inmediata de la manifestación de enero ante el Palacio de Invierno, así como la insurrección de diciembre surge de la huelga de octubre. El capítulo que cierra la parte histórica establece el balance del año revolucionario, analiza los métodos de lucha y ofrece un cuadro resumen del desarrollo político de los tres años siguientes. Lo que hay que deducir de este capítulo puede expresarse así: *La révolution est morte, vive la révolution!*².

El capítulo consagrado a la huelga de octubre está fechado en noviembre de 1905. Este artículo fue escrito durante las últimas horas de la gran huelga que sumió en la confusión a la banda de gobernantes y forzó a Nicolás II a firmar con temblorosa mano el manifiesto del 17 de

² En francés en el original.

octubre. Entonces, el artículo se publicó en dos números del periódico socialdemócrata *Natchalo (El comienzo)* que aparecía en Petersburgo; está reproducido aquí casi sin modificaciones, no sólo porque reconstruye de manera suficiente para nuestros propósitos el cuadro general de la huelga, sino también porque el estado de ánimo que expresa y el tono que se ha empleado en él caracterizan hasta cierto punto el estilo de los publicistas de aquella época.

La segunda parte del libro constituye un todo independiente: es la historia del proceso judicial a los integrantes del Soviet de Diputados Obreros, más tarde de la deportación a Siberia y la evasión del autor de la presente obra. Sin embargo, las dos partes del libro están íntimamente unidas. El Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo, a fines de 1905, se mantenía en el centro de los acontecimientos revolucionarios; además, y esto es lo importante, la detención de los miembros del soviet abre la época de la contrarrevolución. Son sus víctimas, unas tras otras, todas las organizaciones revolucionarias del país. Sistemáticamente, paso a paso, con una perseverancia encarnizada y una sed de venganza incomparable, los vencedores borran todas las huellas del gran movimiento. Cuanto menos se sienten en peligro, más sanguinario se hace su bajo rencor. El Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo fue sometido a causa en 1906; la mayor pena aplicada fue la privación de todos los derechos y la deportación en Siberia a perpetuidad. El Soviet de Diputados Obreros en Ekaterinoslav no fue juzgado hasta 1909, y el resultado fue diferente: algunas decenas de acusados fueron condenados a trabajos forzados; hubo treinta y dos sentencias de muerte, de las que ocho fueron ejecutadas. Después de una lucha digna de titanes y la victoria efímera de la revolución, sobreviene la época de la liquidación: son las detenciones, las deportaciones, los intentos de evasión, la dispersión de los revolucionarios por el mundo entero... Tal es el nexo que une las dos partes de este libro³.

Viena, octubre de 1909

León Trotsky

³ La primera edición de esta obra estaba ilustrada con dibujos de la señora Karudna-Kavos, artista petersburguesa, hechos en el curso del proceso contra el Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo, que no hemos considerado esenciales para esta edición.

1. EL DESARROLLO SOCIAL DE RUSIA Y EL ZARISMO

Nuestra revolución¹ acabó con nuestro *particularismo*, mostrando que la historia no había creado para nosotros leyes de excepción. Y, al mismo tiempo, la revolución rusa tiene precisamente un carácter particular que es la suma de los rasgos distintivos de nuestro desarrollo social e histórico, y que abre a su vez perspectivas históricas totalmente nuevas. Resulta inútil preguntarse si, en comparación con Europa occidental, los rusos diferimos de ella en *calidad* o en *cantidad*. Pero es indudable que el desarrollo social de Rusia tiene por rasgos esencialmente distintivos su lentitud y su naturaleza primitiva. El Estado ruso, de hecho, es sólo un poco más joven que los otros Estados europeos: las crónicas sitúan en el año 862 el comienzo de su existencia. Sin embargo, la marcha extremadamente lenta del desarrollo económico, a consecuencia de las condiciones desfavorables que le creaban la naturaleza del país y la dispersión de la población, obstaculizaba el proceso de cristalización social y colocaba a toda nuestra historia en un extremo atraso.

Es difícil decir cuál sería la existencia del Estado ruso si hubiera debido ocurrir en el aislamiento, bajo el influjo de tendencias exclusivamente interiores. Nos es suficiente con que no haya sido así. La vida social rusa se encontró desde un principio y cada vez más, sometida a la incesante presión de las fuerzas de Europa occidental, de las relaciones sociales y gubernamentales de una civilización más desarrollada. Al ser relativamente poco considerable el comercio internacional, la función principal corresponde a las relaciones militares que existían entre Estados. La influencia social de Europa se tradujo primero en la introducción del arte militar.

El Estado ruso, que se alzó sobre bases económicas totalmente primitivas, tropezó en su camino con organizaciones nacionales cuyos

¹ Se trata de la Revolución de 1905 y de los cambios que ha ocasionado en la vida social y política de Rusia: formación de partidos, representación en las dumas, lucha política abierta, etc. (1909)

orígenes tenían bases económicas más elevadas. Dos posibilidades se abrían entonces: el Estado ruso debía, o sucumbir en la lucha contra estas organizaciones, como sucedió con la Horda de Oro² en su conflicto con Moscú, o bien sobrepasar el desarrollo de sus propias condiciones económicas absorbiendo, bajo la presión exterior, una parte inmensa de las energías de la nación. Estaba ya demasiado alejada de su situación primitiva la economía popular rusa para adoptar el primer partido. El Estado no fue destruido, antes bien creció bajo la presión monstruosa de las fuerzas económicas de la nación.

Hasta cierto punto, lo que se acaba de decir puede aplicarse a cualquier otro Estado europeo. Si bien se encontrará la diferencia de que, en la lucha por la existencia que llevaron entre sí, estos Estados se apoyaban sobre bases económicas más o menos del mismo valor y que, por consiguiente, el desarrollo de sus funciones políticas no experimentaba una presión exterior tan aplastante desde el punto de vista económico. La lucha contra los tártaros de Crimea y de Nogai³ exigió una extrema tensión de energía. Pero el esfuerzo no fue ciertamente más considerable que el que impulsó la lucha secular de Francia contra Inglaterra. No son los tártaros quienes obligaron a Rusia a adoptar las armas de fuego y a crear regimientos permanentes de *strelitz*⁴; ni los que la obligaron más tarde a constituir una caballería de mercenarios y una infantería. La presión procedió de Lituania, Polonia y Suecia. Para sostenerse contra enemigos mejor armados, el Estado ruso se vio forzado a crearse una industria y una técnica, contratando a su servicio especialistas del arte militar, hacendistas y arbitristas, fabricantes de pólvora, procurándose manuales de fortificación, instituyendo escuelas navales, manufacturas, consejeros secretos e íntimos de la corte. Si fue posible hacer venir del extranjero instructores militares y consejeros secretos, no menos fue obligado extraer los medios materiales, al precio que fuese, del propio país. La historia de la economía política rusa constituye una cadena ininterrumpida de esfuerzos heroicos en su género, destinados todos a garantizar los recursos indispensables de la organización militar. Todo el aparato gubernamental fue construido y, de vez en cuando, reconstruido en interés del Tesoro. La función de los gobernantes consistía en apoderarse de las menores parcelas del trabajo nacional y utilizarlas para los fines en cuestión.

En su búsqueda de los fondos indispensables, el gobierno no retrocedía ante nada: imponía a los campesinos cargas fiscales arbitrarias y

² Kanato mongol que se extendía por la Siberia y Rusia.

³ Nómadas de la estepa rusa.

⁴ Guardia mercenaria creada por Iván, el Terrible.

siempre excesivas, a las que la población no podía amoldarse. Estableció la responsabilidad solidaria del municipio. Mediante ruegos y amenazas, exhortaciones y violencias, extrajo el dinero a mercaderes y monasterios. Los campesinos huían en todas direcciones, los mercaderes emigraban: los censos del siglo XVIII dan testimonio de una reducción progresiva de la población. Sobre un presupuesto de un millón y medio, alrededor del 85 % se consignaba al sostenimiento de las tropas. A comienzos del siglo XVIII, el zar Pedro, a consecuencia de los reveses que había sufrido, se vio obligado a reorganizar la infantería sobre una nueva planta y a crear una flota. En la segunda mitad del mismo siglo, el presupuesto alcanzaba ya de 16 a 20 millones, de los que entre el 60 y el 70 % servían las necesidades del ejército y la flota. Nunca estos gastos bajaron del 50 % incluso con Nicolás I. Mediado el siglo XIX, la guerra de Crimea enfrentó la autocracia de los zares con los Estados de Europa más poderosos en el plano económico, Inglaterra y Francia, resultando la necesidad de reorganizar el ejército sobre la base del servicio militar universal.

Cuando tuvo lugar la semiemancipación de los campesinos en 1861, las exigencias del fisco y de la guerra desempeñaban en el Estado un papel decisivo.

Pero los recursos interiores no eran suficientes. Ya bajo Catalina II, el gobierno había hallado la posibilidad de lanzar empréstitos exteriores. En adelante, y progresivamente, la bolsa europea pasa a ser la fuente que alimenta las finanzas del zarismo. La acumulación de enormes capitales en los mercados financieros de Europa occidental ejerce, desde aquel momento, una influencia fatal en el desarrollo político de Rusia. El crecimiento de la organización política se traduce ahora no sólo en un aumento desmesurado de los impuestos indirectos, sino también en una inflación febril de la deuda pública. En diez años, de 1898 a 1908, esta deuda crece en un 19 %, y al final de este periodo alcanza ya los nueve mil millones de rublos. Puede apreciarse hasta qué punto el aparato gubernamental de la autocracia era dependiente de los Rothschild y de los Mendelssohn, por el hecho de que sólo los intereses de la deuda absorbiesen entonces alrededor de un tercio de los ingresos netos del Tesoro. En el presupuesto de 1908 los gastos previstos para el ejército y la flota, con los intereses de la deuda pública, y los gastos ocasionados por el término de la guerra, se elevaban a 1018 millones de rublos, es decir, al 40,5 % de todo el presupuesto.

Como consecuencia de la presión que ejercía así la Europa occidental, el Estado autócrata absorbía una porción desmesurada del excedente de producción, es decir, vivía a expensas de las clases privilegiadas que

se formaban entonces, y obstaculizaba así su desarrollo, ya muy lento de por sí. Pero esto no es todo. El Estado puso sus miras en los productos de la agricultura; arrancaba al labrador aquello que debía nutrir su existencia, le expulsaba de los lugares en que apenas había tenido tiempo de instalarse y entorpecía así el crecimiento de la población, retrasando el desarrollo de las fuerzas productivas. De esta suerte, en la medida en que el Estado absorbía una porción exagerada del excedente de producción, frenaba el proceso de por sí lento de la diferenciación de clases, y arrebatando a la agricultura una parte considerable de los productos que la misma precisaba absolutamente, el Estado destruía incluso las bases primitivas de producción sobre las cuales hubiera debido apoyarse.

No obstante, para existir y dominar, el propio Estado necesitaba una organización jerárquica de clases. Esta es la razón de que, aun mirando las bases económicas que hubiesen permitido el crecimiento de esta organización, el Estado intentara forzar el desarrollo con medidas de orden gubernamental y, como cualquier otro gobierno, tratase de dirigir este movimiento de formación de clases de una manera conforme a sus intereses.

En el juego de fuerzas sociales, el equilibrio se inclinaba mucho más del lado del poder estatal que lo que se aprecia en la historia de la Europa occidental. El intercambio de servicios –en perjuicio del pueblo trabajador– entre el Estado y los grupos superiores de la sociedad, intercambio que se traduce en la distribución de derechos y obligaciones, cargas y privilegios, se efectuaba entre nosotros de forma mucho menos ventajosa para la nobleza y el clero que en los Estados occidentales de la Europa medieval. Y, sin embargo, sería demasiado exagerado –pues significaría destruir toda perspectiva histórica– afirmar, como hace Miliukov⁵ en su historia de la cultura rusa, que en aquella época, mientras que en occidente las clases creaban el Estado, en Rusia el poder del Estado creaba las clases en su propio interés.

Las clases no pueden ser constituidas por vía legislativa o administrativa. Antes de que tal o cual grupo de la sociedad pueda, con la ayuda del poder gubernamental, configurarse como clase privilegiada, tiene que adquirir por sí mismo todas sus ventajas económicas. No se fabrican las clases siguiendo listas jerárquicas o por medio de estatutos similares a los de la Legión de Honor.

Solamente está fuera de duda que, en relación con las clases privilegiadas rusas, el zarismo gozaba de una independencia incomparablemente

⁵ P. Miliukov: *Ocerkk po istorii ruskoj kul'turi* (Ensayo de una historia de la cultura rusa). Petersburgo, 1896. Miliukov era dirigente y teórico del Partido Constitucional Demócrata (Kadete).

mayor que la que disfrutó el absolutismo europeo, surgido de una monarquía de clase. El absolutismo alcanzó el apogeo de su poder cuando la burguesía, que se había alzado a hombros del Tercer Estado, se afirmó hasta el punto de servir de contrapeso suficiente frente a la sociedad feudal. Una situación en la que las clases privilegiadas y poseedoras se equilibraban, luchando entre sí, garantizaba a la organización gubernamental el máximo de independencia. Luis XIV podía decir: “El Estado, soy yo”. La monarquía absoluta de Prusia aparecía ante Hegel como un fin en sí, como la realización de la idea del Estado en general.

En su esfuerzo por crear un aparato estatal centralizado, el zarismo tuvo que reprimir las pretensiones de las clases privilegiadas y, sobre todo, luchar contra la indigencia, el carácter salvaje y la falta de cohesión del país, cuyas diferentes partes vivían una existencia económica totalmente independiente. No fue el equilibrio de las clases dirigentes desde el punto de vista económico, como en occidente, sino por el contrario su debilidad social y su nulidad política las que hicieron de la autocracia burocrática un poder absoluto. Desde esta perspectiva, el zarismo es una forma intermedia entre el absolutismo europeo y el despotismo asiático, y tal vez se acerca más a este último.

Pero, mientras que unas condiciones sociales que en parte correspondían a Asia transformaban al zarismo en una organización autocrática, la técnica y el capital europeos proveían a esta organización con todos los recursos propios de las grandes potencias europeas. Esta circunstancia dio al zarismo la posibilidad de intervenir en todas las relaciones políticas de Europa, y su pesado puño desempeñó un papel decisivo en todos los conflictos. En 1815, Alejandro I aparece en París, restablece a los Borbones en el trono y se convierte en el propagador de la idea de la Santa Alianza. En 1848, Nicolás I concede un maravilloso empréstito para aplastar la revolución europea y envía soldados rusos a combatir contra los insurgentes húngaros. La burguesía europea esperaba que las tropas del zar le servirían un día para luchar contra el proletariado socialista, así como habían servido con anterioridad al despotismo europeo contra la propia burguesía.

No obstante el desarrollo histórico siguió otro camino. El absolutismo se hundió ante el capitalismo que con tanto celo suscitara.

En la época precapitalista, la influencia de la economía europea sobre la economía rusa era necesariamente limitada. El carácter natural y, por consiguiente, independiente y absoluto de la economía popular rusa la protegía contra la influencia de las formas superiores de producción. La estructura de nuestras clases, según hemos dicho, nunca alcanzó su completo desarrollo. Pero cuando las relaciones capitalistas se establecieron definitivamente en Europa, cuando las finanzas crearon una nueva economía

y el absolutismo, en su lucha por la existencia, se hizo el aliado del capitalismo europeo, la situación cambió de medio a medio.

Los socialistas de pura "crítica", que habían dejado de comprender la importancia del poder estatal para la revolución socialista, hubieran podido constatar, con el ejemplo de la autocracia rusa, por bárbara y desprovista de sistema que fuese su actividad, el papel inmenso que corresponde desempeñar al Estado en el terreno puramente económico, cuando la obra del Estado se realiza en el sentido general del desarrollo histórico.

Al convertirse en instrumento de capitalización en la economía rusa, el zarismo buscaba ante todo su propia consolidación. Hacia la época en que la sociedad burguesa que se desarrollaba sintió la necesidad de tener instituciones políticas como las de occidente, la autocracia, con ayuda de la técnica y del capital europeos, tomó el carácter de un gran empresario capitalista, banquero, propietario del monopolio de los ferrocarriles y de los alcoholes. Se apoyaba en un aparato burocrático centralizado que resultaba inservible para regular las nuevas relaciones, pero que era muy capaz de emplearse con energía cuando se trataba de una represión sistemática. El inconveniente de la extensión del imperio se vio corregido con el telégrafo. El ejército de que disponía el absolutismo era una fuerza colosal, y, si se mostró por debajo de su cometido en las serias pruebas de la guerra ruso-japonesa, todavía era suficiente para asegurar la dominación del poder en el interior. El gobierno de la antigua Francia, como cualquier gobierno europeo en vísperas de 1848, nunca dispuso de un instrumento análogo al que constituye actualmente el ejército ruso.

El poder financiero y militar del absolutismo aplastaba y cegaba, no solamente a la burguesía europea, sino incluso al liberalismo ruso, arrebatándole toda esperanza de ser capaz de luchar con el absolutismo en igualdad de fuerzas y abiertamente. Este poder financiero y militar excluía, en apariencia, toda posibilidad de revolución rusa.

Sucedió todo lo contrario.

Cuanto más centralizado e independiente de las clases dirigentes es el Estado, más se transforma rápidamente en organización absoluta,alzada por encima de la sociedad. Cuanto mayores son las fuerzas militares y financieras de una organización de este género, más puede prolongar con éxito su lucha por la existencia. El Estado centralizado, con un presupuesto de dos mil millones, una deuda de ocho mil millones y un ejército permanente de un millón de hombres, podía subsistir mucho tiempo después de haber dejado de satisfacer las exigencias más elementales del desarrollo social, e incluso, en particular, las exigencias de la seguridad militar, para cuya salvaguarda había sido constituido.

De esta manera, el poder administrativo, militar y financiero del absolutismo, que le daba la posibilidad de subsistir *a pesar* del desarrollo social, lejos de impedir toda revolución como pensaba el liberalismo, hacía por el contrario de la revolución la única salida admisible, y esta revolución tenía que tener un carácter tanto más radical cuanto que el poder del absolutismo abría progresivamente el precipicio entre el poder y las masas populares arrastradas en el nuevo movimiento económico.

El marxismo ruso puede verdaderamente enorgullecerse de haber sido el único en esclarecer el sentido de este movimiento, ya que sólo él ha previsto las formas generales⁶, en un período en que el liberalismo se nutría de las inspiraciones de un “realismo” plenamente utópico, mientras que los “populistas” (narodniki)⁷ revolucionarios vivían de fantasmagorías y creencia en los milagros.

⁶ Incluso un burócrata reaccionario, como Mendeleev, no puede dejar de reconocerlo. A propósito del desarrollo de la industria, hace notar: “Los socialistas percibieron, en este punto, ciertas verdades y las comprendieron en cierta medida, pero se extraviaron, llevados por el espíritu latino (!), al recomendar la violencia, adulando los bajos instintos del populacho y fijándose como objetivos el golpe de Estado y el poder”. (1909)

⁷ Populistas: primeros revolucionarios rusos, organizadores de atentados terroristas.

2. EL CAPITALISMO RUSO

El nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, en razón de la rapacidad del Estado, era demasiado bajo para permitir la acumulación del excedente, o bien una extensión de la división social del trabajo o, en fin, el crecimiento de las ciudades. Los oficios no se separaban de la agricultura, no estaban concentrados en las ciudades, quedando dispersos con la población rural, entre las manos de los artesanos rurales, en toda la extensión del país. A causa también de la dispersión de las industrias, los artesanos se veían obligados a trabajar no por encargo, como lo hacen los de las ciudades europeas, sino para la venta al por mayor. El intermediario entre los productores aislados y los consumidores no menos aislados, era el mercader (en ruso: *gost*, el huésped, el viajero). De esta suerte, el desperdigamiento y la penuria de la población y, por consiguiente, la escasa importancia de las ciudades, hacían extremadamente importante el papel *del capital comercial* en la organización económica de la antigua Moscovia. Pero este capital permanecía fragmentado y no alcanzaba a crear grandes centros comerciales.

No fue el artesano rural, ni tampoco el gran comerciante, quien sintió la necesidad de crear una industria fuerte y vasta, sino el Estado. Los suecos obligaron al zar Pedro a construir una flota y a reconstituir sobre nueva planta su ejército. Pero, al complicar su organización militar, el Estado de Pedro el Grande caía bajo la dependencia directa de la industria de las ciudades hanseáticas, Holanda e Inglaterra. La creación de manufacturas nacionales afectas al servicio del ejército y de la flota se convierte así en el punto esencial de la defensa del Estado. Antes de Pedro, nunca había sido preciso ocuparse de la producción industrial. Después de él pueden contarse ya 233 empresas públicas o privadas de gran envergadura: minas y arsenales, fábricas de paños, de tela, de velas, etc. La base económica de las nuevas formaciones industriales estaba constituida, de una parte, por los recursos del Estado, de otra por el capital comercial. Por último, con bastante frecuencia, se importaba una nueva rama industrial al mismo tiempo que el capital europeo, que se había asegurado los privilegios necesarios para un determinado número de años.

El capital de los mercaderes desempeñó un papel importante en la creación de la gran industria en Europa occidental. Pero allí la manufactura había crecido en perjuicio del pequeño oficio en vía de descomposición, y el artesano de antaño había perdido su independencia para convertirse en el asalariado del fabricante. La manufactura, al pasar de occidente a Moscovia, no encontró artesanos libres, teniendo que emplear el trabajo de los siervos.

De esta manera, la manufactura rusa, en el siglo XVIII, se encontró, desde un principio, libre de toda competencia por parte de las ciudades. Tampoco rivalizaba con ella el artesano rural, el cual trabajaba para el consumidor al por mayor, mientras que la manufactura, regida por un reglamento de la cima a la base, se hallaba principalmente al servicio del Estado y, en parte, de las clases altas de la sociedad.

En la primera mitad del siglo XIX, la industria textil rompe el círculo del trabajo servil y de los reglamentos estatales. La manufactura, basada en el trabajo de asalariados libres, era, como es lógico, radicalmente hostil a las normas sociales de Rusia bajo Nicolás I. En consecuencia, los nobles poseedores de esclavos figuraban entre los partidarios de la libertad de industria. Todas las simpatías de Nicolás se inclinaban de su lado. Sin embargo, las necesidades del Estado, los intereses del fisco en particular, le obligaron a una política de aranceles prohibitivos y de subvenciones financieras a los fabricantes. Cuando finalmente fue autorizada la exportación de máquinas de Inglaterra, toda la industria textil rusa se construyó según modelos ingleses. El alemán Knopp, de 1840 a 1850 aproximadamente, transportó de Inglaterra a Rusia la maquinaria de 122 hilaturas, hasta el último clavo. En las diversas regiones de la industria textil, llegó a circular el dicho: “En la iglesia, es el pope; en la fábrica, Knopp”. Y como la industria textil trabajaba para el mercado, a pesar de la constante escasez de obreros libres y experimentados, logró colocar a Rusia, antes de la abolición de la servidumbre, en el quinto lugar por el número de oficios. Pero las otras ramas industriales, sobre todo la metalurgia, apenas se habían desarrollado después del zar Pedro. La causa principal de este marasmo era la servidumbre, que no permitía la aplicación de la nueva técnica. Si la fabricación de indianas respondía a una necesidad de los campesinos esclavos, el hierro suponía una industria desarrollada, la existencia de grandes ciudades, de ferrocarriles, de barcos a vapor. Era imposible crear todo eso sobre la base de la servidumbre. Esta retrasaba al mismo tiempo el desarrollo de la economía rural, que trabajaba cada vez más para los mercados extranjeros.

La abolición de la servidumbre se imponía, pues, sin demora, siendo la condición previa al desarrollo económico. Pero, ¿quién podía realizarla? La nobleza no quería oír hablar de ella. La clase capitalista era todavía demasiado insignificante para obtener mediante presión una reforma tan considerable. Las agitaciones que frecuentemente se producían entre los campesinos no podían en modo alguno compararse, por su extensión, a la guerra de los campesinos que tuvo lugar en Alemania o a la *jacquerie* francesa; fueron explosiones parciales que no encontraron dirección en las ciudades, y demasiado débiles para destruir el poder de los propietarios. El zarismo tuvo que sufrir los desastres militares de Crimea para decidirse, en su propio interés, a abrir ante el capital la vía del progreso con una reforma a medias, por la semi-emancipación de 1861.

A partir de este momento, se abre el nuevo periodo de desarrollo económico del país; lo que le caracteriza es la rápida formación de una reserva de trabajo “libre”, el febril crecimiento de la red ferroviaria, la creación de puertos, el incesante aflujo de capitales europeos, la europeización de la técnica industrial, el incremento de las facilidades y el buen mercado del crédito, un mayor número de compañías por acciones, la aparición del oro en el mercado, un furioso proteccionismo y la inflación de la deuda pública, que se acumula como un alud. El reinado de Alejandro III (1881-1894), época en que una ideología de nacionalismo específico y absoluto dominaba todos los pensamientos, imponiéndose a todos los espíritus, tanto en la vivienda del conspirador revolucionario (populista) como en la cancillería imperial (populismo oficial), fue también la época de una revolución despiadada en todas las relaciones que regían la producción; con la implantación de la gran industria y la proletarización del mujik, el capital europeo minaba las más profundas bases de la autonomía moscovita y asiática.

Los ferrocarriles fueron el poderoso instrumento de industrialización del país. La iniciativa de su creación perteneció, lógicamente, al Estado. La primera vía férrea, entre Moscú y Petersburgo, fue inaugurada en 1851. Tras los desastres de Crimea, el gobierno cede su puesto a las empresas privadas en lo que concierne a la construcción de ferrocarriles. Pero el propio gobierno, incansable ángel de la guarda, permanece detrás de los empresarios; concurre a la formación de capitales por acciones y obligaciones, se encarga de garantizar las rentas del capital y cubre el camino de los accionistas de toda clase de privilegios y ventajas estimulantes. Durante los diez primeros años que siguieron a la abolición de la servidumbre, se construyeron siete mil verstas¹ de vías férreas,

¹ La versta equivale a 1067 metros.

en los diez siguiente, doce mil más tarde, en un tercer periodo de diez años, siete mil verstas y, por último, en los diez años que siguieron, más de veinte mil verstas en la Rusia europea y alrededor de treinta mil en todo el imperio.

Desde 1880 hasta fin de siglo, cuando Witte² se convirtió en el heredero de la idea de un capitalismo autocrático y policial, el Estado vuelve a concentrar entre sus manos todas las empresas ferroviarias. El desarrollo del crédito, para Witte, era un medio, puesto en manos del ministro de Hacienda, “para encauzar la economía nacional en este o en aquel sentido”; los ferrocarriles del Estado se presentaban a su espíritu de burócrata como “un poderoso instrumento que permitirá dirigir el desarrollo económico del país”. Como hombre de la bolsa e ignorante político, era incapaz de comprender que reunía fuerzas y preparaba armas para la revolución. Hacia 1894, la longitud de las vías férreas alcanzaba 31.800 verstas, de las que 17.000 pertenecían al Estado. En 1905, año de la primera revolución, el personal de los ferrocarriles, que desempeñó un papel político tan considerable, contaba en sus filas 667.000 trabajadores.

La política arancelaria del gobierno ruso, combinando estrechamente la rapacidad del fisco con un ciego proteccionismo, cerraba casi completamente el camino a las mercancías europeas. Privado de la posibilidad de arrojar sus productos sobre nuestro mercado, el capital europeo franqueó la frontera occidental en forma menos vulnerable y más seductora: fue para nosotros dinero. La animación del mercado financiero ruso dependía siempre de nuevos empréstitos susceptibles de acordarse con el extranjero. Paralelamente, los empresarios europeos se apoderaban directamente de las ramas más importantes de la industria rusa. El capital financiero de Europa, llevándose la parte del león del presupuesto del Estado ruso, regresaba en parte a territorio ruso bajo la forma de capital industrial. Esto le proporcionaba la posibilidad, no sólo de agotar, por medio del fisco gubernamental, las fuerzas productivas del mujik, sino también de explotar directamente la energía obrera de nuestros proletarios. Solamente en la última década del siglo precedente, sobre todo tras el lanzamiento de la moneda de oro (1897), no se introdujo menos de millón y medio de rublos de capital industrial en Rusia. Mientras que, durante los cuarenta años anteriores a 1892, los fondos de las empresas por acciones, en capital enteramente desembolsado, no sobrepasaban los 919 millones,

² El conde *Witte, Sergei* (1849-1915): ministro de Finanzas de Rusia (1902-1903), presidente de Consejo de 1903 a 1906. Conformó el Ministerio Witte, siendo designado primer ministro por el zar el día de la publicación del manifiesto del 17 octubre de 1905 (luego de la gran huelga). Durnovo fue ministro del Interior entre octubre de 1905 hasta mayo de 1906.

se elevaron bruscamente en los diez años siguientes a 2.100 millones de rublos. La importancia adquirida por este torrente de oro que desde occidente se vertía sobre la industria rusa, es visible por el hecho de que el valor de la producción de todas nuestras fábricas y manufacturas, que se elevaba a 1.500 millones de rublos en 1890, alcanzó en 1900 de 2.500 a 3.000 millones. Al mismo tiempo, el número de obreros de fábricas y manufacturas ascendía de 1,4 a 2,4 millones.

Si la economía rusa, así como su política, se desarrollaba siempre bajo la influencia inmediata o, decir mejor, bajo la presión de la economía europea, la forma y la profundidad de esta influencia cambiaban sin cesar como vemos. En la época de la producción por oficios y las manufacturas en occidente, Rusia había importado de Europa técnicos, arquitectos, capataces, y en general artesanos experimentados. Cuando la manufactura fue reemplazada por la fábrica, Rusia se ocupó sobre todo de adquirir e importar maquinaria. Y, por último, cuando bajo la influencia inmediata de las necesidades del Estado, la servidumbre fue abolida, cediendo su puesto al trabajo "libre", Rusia se abrió a la acción directa del capital industrial, al que habían desembarazado el camino los empréstitos exteriores.

Las crónicas relatan que en el siglo IX llamamos de ultramar a los váregos, para establecer con su ayuda nuestro Estado nacional. Vinieron más tarde los suecos, que nos enseñaron el arte de la guerra siguiendo métodos europeos. Thomas y Knopp nos trajeron la industria textil. El inglés Hughes implantó en el mediodía de nuestro país la metalurgia. Nobel y Rothschild transformaron la Transcaucasia en una fuente de rentas (yacimientos petrolíferos). Y, al mismo tiempo, el *gran vikingo*, el internacional Mendelssohn, hacía de Rusia una dependencia de la bolsa.

Mientras que nuestro nexo económico con Europa se limitó a la introducción de obreros expertos y a la importación de máquinas, o incluso a empréstitos destinados a la producción, no se trataba, en suma, para la economía nacional de Rusia, más que de incorporar tales o cuales elementos de la producción europea. Pero cuando los capitales libres del extranjero, persiguiendo beneficios cada vez más elevados, se arrojaron sobre el territorio ruso al que rodeaba la gran muralla china de los derechos aduaneros, la historia determinó inmediatamente que toda la economía rusa se confundiese con el organismo del capital industrial europeo. Tal es el programa cuya ejecución ocupa los últimos decenios de nuestra historia económica.

Hasta 1861, no existía aún más que el 15 % del número total de empresas industriales rusas; de 1861 a 1880, esta proporción es del 23,5 %, y de 1881 a 1900 asciende por encima del 61 %; en los diez

últimos años del siglo precedente, hacían su aparición el 40 % de todas las empresas existentes. En 1767, Rusia producía 10 millones de puds³ de acero. En 1886, cien años más tarde, esta producción sólo había llegado a los 19 millones. En 1896 alcanzaba ya 98 millones y, en 1904, los 180; hay que añadir que si en 1890 el sur de Rusia no proporcionaba todavía más de 1/5 de todo el acero, diez años más tarde daba ya la mitad. El desarrollo de la industria petrolífera en el Cáucaso siguió el mismo camino. Entre 1860 y 1870, la extracción no daba aún más que un millón escaso de puds de petróleo; en 1870, la producción alcanzó 21,5 millones de puds. Desde 1885 aproximadamente, el capital extranjero se pone a la obra, apoderándose de Transcaucasia, de Baku hasta Batúm, y trabajando para el mercado mundial. En 1890, la producción de petróleo asciende a 242,9 millones de puds y, en 1896 a 429,9 millones.

Así, la explotación de las vías férreas, el carbón y el petróleo en el sur, hacia el cual se precipita el centro de gravedad económico del país, no cuenta más que de veinte a treinta años. El desarrollo de la producción tomó allí, desde un principio, un carácter puramente americano y, en unos cuantos años, los capitales francobelgas cambiaron radicalmente el aspecto de estas provincias meridionales, de estepas inmensas, cubriéndolas de empresas monstruosas, casi desconocidas en Europa. Fueron precisas dos condiciones: la técnica europeo-americana y las subvenciones del Estado ruso. Todas las fábricas metalúrgicas del sur —y muchas de ellas fueron compradas hasta el último tornillo en América y transportadas a través del océano—, reciben, desde su aparición, pedidos anticipados del Estado para varios años. El Ural, con sus costumbres patriarcales que le acercan todavía a la época de la servidumbre, y con su capital “nacional”, quedó muy atrás; sólo con estos últimos tiempos el capital inglés ha comenzado a extirpar de este país la barbarie y las viejas costumbres.

Las condiciones históricas del desarrollo de la industria rusa explican suficientemente por qué, a pesar de su relativa juventud, ni la producción pequeña ni la media desempeñan aquí un papel considerable. La gran industria de las fábricas y de las factorías no creció entre nosotros “naturalmente”, orgánicamente, pasando progresivamente por el pequeño oficio y la manufactura, pues los mismos oficios no tuvieron tiempo de separarse del trabajo de los campos y se vieron condenados, por el capital y la técnica extranjeros, a perecer económicamente antes de que hubieran podido nacer. Las fábricas de tejidos de algodón no tuvieron que luchar contra la competencia del artesano; fueron, por el contrario, las que hicieron aparecer pequeños fabricantes

³ El pud (cuarenta libras rusas) equivale a 16,38 Kg.

de telas en los pueblos. La industria metalúrgica del sur o la petrolífera del Cáucaso no tuvieron que preocuparse tampoco de la absorción de las pequeñas empresas; antes bien, fue preciso suscitarlas y animarlas en gran número de ramas secundarias y auxiliares de la economía.

Es absolutamente imposible expresar con cifras exactas las relaciones proporcionales de la pequeña y la gran producción en Rusia, a consecuencia del lamentable estado en que se encuentra nuestra estadística industrial. El cuadro siguiente no proporcionará más que una idea aproximada de la situación real, pues las informaciones que conciernen a las dos primeras categorías de empresas, ocupando hasta 50 obreros, están basadas en datos muy imperfectos o, por decir mejor, sin garantía alguna:

Grupos de empresas mineras, fábricas y manufacturas	Número de empresas	Número de obreros	
		En Miles	%
Obreros menos de diez	17436	65,0	2,5
De 10 a 49	10586	236,5	9,2
De 50 a 99	2551	175,2	6,8
De 100 a 499	2779	608,0	23,8
De 500 a 999	556	381,1	14,9
Con 1000 y más	453	1097,0	42,8
TOTAL	34361	2562,8	100

Puede verse con mayor claridad la misma cuestión comparando los beneficios obtenidos en las diversas categorías de empresas comerciales e industriales de Rusia:

Beneficios	Número de empresas	Beneficios en millones
De 1000 a 2000 rublos	37000 = 44,5 %	56 = 8,6 %
Por encima de 5000 rublos	1400 = 1,7 %	291 = 45,0 %

Dicho en otros términos, aproximadamente la mitad del número total de empresas (44,5 %) realiza menos de la décima parte del beneficio total (8,6 %), mientras que 1/60 de las empresas (1,7 %) obtienen casi la mitad de estos beneficios (45 %). Y está fuera de duda que los beneficios de las grandes empresas, representados por las cifras anteriores, están muy por debajo de la realidad. Para mostrar hasta qué punto se halla centralizada la

industria rusa, citaremos los datos paralelos que conciernen a Alemania y a Bélgica, con exclusión de las empresas mineras:

Obreros	Alemania (Censo de 1985)				Rusia (datos de 1902)			
	Número de empresas	Número de obreros			Número de empresas	Número de obreros		
		en miles	%	Por emp.		en miles	%	Por emp.
De 6 a 50	191101	2454,3	44	13	14189	234,5	12,5	16,5
De 51 a 1000	18698	2595,5	46	139	4722	918,5	49,0	195,0
Más de 1000	269	562,6	10	1900	302	710,2	38,5	2351,0
TOTAL	210095	5612,4	100		19213	1863,2	100	

Obreros	Bélgica (Censo de 1985)				Rusia (datos de 1902)			
	Número de empresas	Número de obreros			Número de empresas	Número de obreros		
		en miles	%	Por emp.		en miles	%	Por emp.
De 56 a 59	13000	162	28,6	12,5	14189	234,5	12,6	16,5
De 50 a 499	1446	250	43,7	170,0	4298	628,9	33,8	146,3
500 y más	184	160	28,0	869,0	726	999,8	53,6	1337,0
TOTAL	14650	572	100		19213	1863,2	100	

El primer cuadro, aunque los datos no sean completos, permite afirmar que: 1) en grupos de la misma especie, una empresa rusa cuenta por término medio con muchos más obreros que una empresa alemana; 2) los grupos de empresas grandes (de 51 a 1.000 obreros) y muy grandes (más de 1.000) concentran en Rusia una proporción mayor de obreros que en Alemania. En el último grupo, este exceso tiene un carácter no solamente relativo, sino absoluto. El segundo cuadro muestra que pueden formularse las mismas conclusiones cuando se comparan Rusia y Bélgica.

Veremos más tarde la considerable importancia que presenta esta concentración de la industria rusa para la marcha de nuestra revolución, como en general para el desarrollo político del país.

Al mismo tiempo, debemos tener en cuenta otra circunstancia no menos capital: esta industria muy moderna, del tipo capitalista más elevado, sólo engloba directamente a la minoría de la población, mientras que la mayoría, compuesta de campesinos, se debate en las redes de la opresión y la miseria que les impone la constitución de las clases. Esta circunstancia, a su vez, señala estrechos límites al desarrollo de la industria capitalista.

He aquí la distribución de la población *industrial*, en relación a los trabajadores de la agricultura o de otras profesiones, en Rusia y en los Estados Unidos de América.

Categorías de campesinos	Campeños de sexo masculino en 1860	Deciainas ¹ atribuidas	Deciainas por campesino
Campeños antes pertenecientes a propietarios nobles	11907000	37758000	3,17
Campeños antes pertenecientes al Estado	10347000	69712000	6,74
Campeños propietarios de tierras	870000	4260000	4,90
TOTAL	23124000	111730000	4,83

Sobre 128 millones de habitantes en Rusia, no se cuentan más trabajadores de la industria (30,6 millones) que en Norteamérica (9 millones), donde la población no es sino de 76 millones. La razón es que el país se halla, desde todos los puntos de vista, económicamente atrasado, por lo cual *la enorme mayoría constituida por la población agrícola frente a las restantes profesiones* (60,8 % contra 39,2 %) es un hecho que domina todos los ámbitos de la economía pública.

En 1900, las fábricas y grandes manufacturas de los Estados Unidos producían mercancías por un valor de 25.000 millones de rublos, mientras que Rusia no daba sino 2.500 millones, es decir la décima parte, lo que muestra hasta qué punto el trabajo era entre nosotros poco productivo por término medio. En el mismo año, la extracción de carbón alcanzó: en Rusia, 1.000 millones de puds; en Francia, 1.000 millones, en Alemania, 5.000 millones; en Inglaterra, 1.3000 millones. La producción de hierro arrojó una proporción de 1,4 puds por cabeza en Rusia, 4,3 en Francia, 9 en Alemania, y 13,5 en Inglaterra. “Y sin embargo, dice Mendeleev, seríamos capaces de aprovisionar al mundo de hierro y acero, que resultan en nuestro país a buenos precios. Nuestros yacimientos petrolíferos, nuestras riquezas en carbón y en otros productos de la tierra apenas son explotados”. Pero es imposible obtener un desarrollo de la industria en relación con tantas riquezas sin ampliar el mercado interior, sin elevar la capacidad adquisitiva de la población, en una palabra, sin asegurar la recuperación económica de las masas campesinas.

Esta es la razón de la decisiva importancia que para los destinos capitalistas de Rusia tiene la cuestión agraria.

3. EL CAMPESINADO Y LA CUESTION AGRARIA

Según cálculos, que por lo demás no brillan por su exactitud, la renta económica de Rusia, en la industria de extracción y transformación, alcanza de 6.000 a 7.000 millones de rublos por año, de los que aproximadamente 1.500 son absorbidos por el Estado. De esta forma Rusia es de tres a cuatro veces más pobre que los restantes países europeos. El número de trabajadores de producción económica, en relación al volumen total de población, es muy restringido, como hemos visto; y a su vez la productividad de estos elementos es poco considerable. Esto concierne a la industria, cuya producción anual está lejos de corresponder al número de brazos empleados; pero las fuerzas productivas de la agricultura se encuentran en un nivel incomparablemente más bajo: emplea, en efecto, aproximadamente el 61 % de las fuerzas obreras del país y, a pesar de ello, su renta no sobrepasa los 2.800 millones, siendo por tanto inferior a la mitad de la renta total de la nación. Las condiciones de la economía rural rusa, representadas por el campesinado en su enorme mayoría, han sido predeterminadas en sus rasgos esenciales por el carácter de “la emancipación” de 1861. Esta reforma, realizada en interés del Estado, se llevó a cabo tratando de satisfacer las exigencias de la nobleza, y no sólo se vio perjudicado el mujik en el reparto de la tierra, sino además sometido a intolerables gravámenes. El cuadro siguiente muestra las cantidades de tierra que fueron afectadas, con ocasión del reparto de liquidación, a las tres principales categorías de campesinos:

Categorías de campesinos	Campesinos de sexo masculino en 1860	Deciatinas¹ atribuidas	Deciatinas por campesino
Campesinos antes pertenecientes a propietarios nobles	11907000	37758000	3,17
Campesinos antes pertenecientes al Estado	10347000	69712000	6,74
Campesinos propietarios de tierras	870000	4260000	4,90
TOTAL	23124000	111730000	4,83

¹ Deciatina: medida agraria rusa equivalente a 1,09 ha.

Si se admite que la porción de tierra concedida a los antiguos siervos del Estado (6,7 deciatinas por hombre) era, en las condiciones económicas de entonces, suficiente para ocupar los brazos de toda una familia –lo que poco más o menos corresponde a la realidad–, se verá que los liberados de antiguos propietarios y los campesinos de la tercera categoría hubieran debido recibir alrededor de 44 millones de deciatinas más para obtener lo justo. Los lotes que, en tiempo de la servidumbre, eran explotados por los campesinos para sus propias necesidades, no exigían más que la mitad del trabajo del que los campesinos eran capaces, porque éstos debían tres días semanales de trabajo a su propietario. Sin embargo, de estos lotes insuficientes se retiró en conjunto –con grandes diferencias de modalidad según las regiones– un 2 % de las mejores tierras en provecho de los señores. De esta manera la superpoblación de la explotación agraria, que había sido una de las condiciones del sistema de servidumbres personales, era agravada aún más en sus consecuencias por la rapiña de las tierras de campesinos efectuada en beneficio de la nobleza. Los cincuenta años que siguieron a la reforma ocasionaron cambios considerables en la propiedad de las tierras, que pasaron de manos de la nobleza a las de los comerciantes y burguesía campesina, por un valor de 750.000 millones de rublos. Pero esta modificación apenas supuso ventaja alguna para la masa campesina. En los cincuenta gobiernos de la Rusia europea, la distribución de la tierra se presentaba en 1905 como sigue:

	En millones de deciatinas
1. Lotes	112
<i>De los cuales pertenecían:</i>	
A antiguos siervos del Estado	66,3
A antiguos siervos particulares	38,4
2. Tierras pertenecientes a particulares	101,7
<i>De las cuales pertenecían:</i>	
A sociedades y compañías (De ellos 11,4 a asociaciones de campesinos)	15,7
<i>Propiedades individuales:</i>	
Menores de 20 deciatinas (De las que 2,3 a campesinos)	3,2
De 20 a 50 deciatinas	3,3
Mayores de 50 deciatinas	79,4

	En millones de deciatinas
3. Tierras de la Corona y explotaciones libres (udieli) (De ellas desbrozadas y cultivables aproximadamente de 4 a 6)	145,0
4. Tierras pertenecientes a iglesias, monasterios, municipios y otras instituciones	8,8

Como hemos visto, el resultado de la reforma fue proporcionar 4,8 deciatinas por campesino como media, contando sólo los hombres; cuarenta y cinco años más tarde, en 1905, el campesino no poseía por cabeza sino 3,1 deciatinas, comprendidos los lotes por ellos adquiridos. En otras palabras, la superficie de tierras poseídas por el campesinado se había reducido en un 36 %.

El desarrollo de la actividad comercial e industrial, que no atraía hacia sí más que un tercio del crecimiento anual de la población campesina; el movimiento de emigración hacia las provincias de la periferia, que hasta cierto punto hacía escasear esta población en el centro; en fin, la acción del Banco Rural, que dio la posibilidad a los labradores acomodados de adquirir, entre 1882 y 1905, 7,3 millones de deciatinas de tierra, fueron factores incapaces de provocar una reacción, que restableciese el equilibrio en relación al crecimiento natural de la población e impidiese la agravación de la crisis ocasionada por la falta de tierra.

Según cálculos aproximados, alrededor de siete millones de hombres adultos no encuentran en el país empleo para sus fuerzas. Sólo una minoría entre ellos constituye las reservas del ejército industrial o se compone de vagabundos profesionales, mendigos y similares. La aplastante mayoría de esos millones de "hombres inútiles" pertenece a la clase campesina de las provincias en que la tierra es más fértil, las provincias de la *tierra negra* (*chernozem*). No son proletarios, son campesinos adscritos a la gleba. Aplicando sus fuerzas a una tierra que podría muy bien ser trabajada sin ellos, reducen en un 30 % la productividad del trabajo agrícola y, confundidos con la masa de cultivadores, no escapan a la proletarización sino implantando el pauperismo entre ella. La única solución que puede pensarse en teoría hubiera consistido en intensificar la economía agrícola. Pero, para eso, necesitarían los campesinos conocimientos, iniciativa; tendrían que ser liberados de la tutela en que se les mantiene y gozar de un estatuto jurídico suficientemente estable, condiciones que no existían y no podían existir en la Rusia autocrática. Además, y ése es el obstáculo principal y esencial que dificulta el perfeccionamiento de la economía rural, se carecía y se carece aún de

recursos materiales. La crisis de la economía campesina, en este aspecto como en relación a la falta de tierra, se remonta a la reforma de 1861.

Por insuficientes que fuesen los lotes atribuidos, los campesinos no los recibieron a título gratuito. Las tierras que les habían alimentado durante el período de servidumbre, es decir, que les pertenecían en propiedad y que la reforma había, además, alcanzado, tuvieron los campesinos que adquirirlas de nuevo, y el dinero que entregaron a sus antiguos amos fue recogido por el Estado como intermediario. Agentes del Gobierno, que estaban de acuerdo con los propietarios, procedieron a la estimación, y en lugar de los 648 millones de rublos que representaba la renta capitalizada de la tierra, cargaron sobre los hombros de los campesinos una deuda de 867 millones. Sin contar el dinero que entregaron los campesinos para readquirir sus propios bienes, dieron de más a sus antiguos amos otros 219 millones, como rescate de su liberación. A éstos habría que añadir los exorbitantes derechos de arrendamiento, como resultado de la falta de tierra, y la monstruosa actividad del fisco gubernamental. Es así como los impuestos directos sobre la tierra gravan a cada deciatina perteneciente a un campesino en 1,56 rublos, mientras que la deciatina perteneciente a cualquier otro particular no paga más que 0,23 rublos. El presupuesto del Estado recae, pues, con todo su peso sobre la clase campesina. Llevándose la parte del león en las rentas que da la tierra al agricultor, el Estado no ofrece apenas nada a cambio al pueblo para elevar su nivel intelectual y desarrollar sus fuerzas productivas. Las comisiones de economía rural, que el gobierno había organizado en 1902, comprobaron que los impuestos directos e indirectos absorbían del 50 al 100 % y más, del ingreso neto de una familia de agricultores. Esta circunstancia, por una parte conducía a la acumulación de deudas atrasadas de las que no cabía esperanza de salir; por otra, causaba el marasmo e incluso la decadencia completa de la economía rural. En los inmensos territorios de la Rusia central, la técnica de trabajo y el volumen de las cosechas se hallan todavía al nivel en que se encontraban hace mil años. La cosecha de trigo en Inglaterra es de una media de 26,9 hectolitros por hectárea; en Alemania, de 17,0, en Rusia, de 6,7. Conviene añadir que la productividad de los campos que pertenecen a los campesinos es en un 46 % inferior a la de las tierras de los propietarios nobles, y esta diferencia es tanto mayor cuanto peor es la cosecha; el labrador ha dejado hace mucho tiempo de soñar en acumular reservas de trigo para los malos años. Las nuevas aportaciones comerciales, basadas en la moneda por una parte y en el fisco por otra, le obligan a transformar todas sus reservas en grano y todo el excedente de la producción en valores constantes, que son inmediatamente

absorbidos por los derechos de granjería y el Tesoro público. La apatencia febril del rublo obliga al agricultor a forzar despiadadamente el suelo, que carece de abono y no es trabajado según métodos racionales. La privación viene pronto a vengar a la tierra esquilada, asolando al pueblo desprovisto de reservas, y siendo para él un cataclismo devastador.

Pero incluso durante los años “normales”, la masa campesina no escapa nunca a un cierto grado de hambre. Veamos el presupuesto del mujik, que convendría grabar sobre los dorados vientres de los banqueros europeos acreedores del zarismo: para su alimentación, una familia de campesinos gasta, por persona y año, 19,5 rublos, para alojamiento 3,8, para vestido 5,5, para otras necesidades materiales, 1,4, para necesidades intelectuales 2,5 (!). Un solo obrero calificado en América consume directa e indirectamente tanto como dos familias de campesinos rusos de seis personas cada una. Pero para cubrir estos gastos, que ni un solo moralista político se atrevería a llamar exagerados, el agricultor ruso termina con un déficit de más de mil millones de rublos por año. Las pequeñas industrias rurales suponen para los campos alrededor de 200 millones de rublos. Descontando esta suma, la economía rural se encuentra todavía frente a un déficit anual de 850 millones de rublos; precisamente la suma que el fisco arranca anualmente a la clase campesina.

Al caracterizar así la economía rural, hemos marginado deliberadamente hasta ahora, las diferencias regionales que existen, y que de hecho tienen una importancia considerable, que se ha traducido de manera muy expresiva en los movimientos agrarios². Si nos limitamos a considerar los cincuenta gobiernos de la Rusia europea, y si se deja aparte la zona septentrional de bosques, el resto del país puede dividirse, desde el punto de vista de la economía rural y del desarrollo económico en general, en tres grandes cuencas:

I. La zona industrial en que están comprendidos el gobierno de Petersburgo en el norte y el de Moscú en el sur. Las fábricas, sobre todo textiles, los pequeños oficios rurales, el cultivo del lino, la agricultura comercial, los cultivos de huerta en particular, caracterizan a esta cuenca capitalista septentrional, que dominan Petersburgo y Moscú. Como cualquier otro país industrial, esta región no tiene suficiente trigo con el que produce y recurre a la importación de granos del sur.

II. La región del sudeste que confina con el Mar Negro y el Bajo Volga, “la América rusa”. Esta zona, que apenas conoció la servidumbre, ha desempeñado un papel colonial en relación con la Rusia central. En las libres estepas que atraían a masas de emigrantes, se instalaron rápi-

² Véase el capítulo: El mujik se revela.

damente fábricas de trigo, que empleaban maquinaria agrícola perfeccionada, expedían el grano hacia el norte, a la región industrial, y hacia el oeste, al extranjero. Al mismo tiempo, la mano de obra era atraída hacia la industria de fabricación, la industria pesada florecía y las ciudades crecían con actividad febril. Las diferencias de aplicación de la mano de obra en el núcleo rural se acusan aquí con gran fuerza. Frente al granjero se alza el proletario de la agricultura que, con mucha frecuencia, procede de los gobiernos de “la tierra negra”.

III. Entre el norte de la vieja industria y el mediodía de la nueva, se extiende la amplia zona de “la tierra negra”, “la India rusa”. Su población, relativamente densa ya en la época de la servidumbre y enteramente vinculada a la agricultura, ha perdido, con la reforma de 1861 el 24 % de las tierras de que disponía; fueron los mejores lotes, los más indispensables, los que fueron arrebatados a los campesinos para satisfacer a los propietarios. El valor de la tierra aumentó rápidamente, los propietarios adoptaron un sistema de economía puramente parasitario, haciendo trabajar sus tierras con los instrumentos y las bestias de carga comunales, o arrendándolas a campesinos incapaces de salir de las condiciones de una penosa aparcería. La mano de obra abandona esta región por millares y millares de hombres, emigra hacia el norte, a la zona industrial, o hacia las estepas del mediodía, en que necesariamente se deprecia el valor de su trabajo. En la zona de la “tierra negra”, no hay ni gran industria, ni agricultura capitalista. El agricultor-capitalista es incapaz de competir aquí con el agricultor-indigente, y la maquinaria agrícola a vapor es vencida en su lucha contra la agilidad psicológica del mujik que, después de haber pagado como arrendamiento no sólo toda la renta de su “capital”, sino también la mayor parte de su salario, se alimenta con un pan hecho de harina mezclada con raspaduras de madera o con corteza molida. En algunos lugares, la miseria de los campesinos toma tales proporciones que la presencia de cucarachas y chinches en la isba está considerada como elocuente síntoma de bienestar. Y, en efecto, Chingarev, médico de un zemstvo³, y actualmente diputado liberal en la tercera Duma⁴, constató que, entre los campesinos desprovistos de tierra, en los distritos del gobierno de Voronej por él explorados, nunca se encuentran chinches, mientras que, para las restantes categorías de la población rural, la cantidad de chinches en las isba, está

³ Asamblea elegida de distrito.

⁴ Como una “concesión” frente a la huelga de octubre de 1905, el zarismo aprobó una Constitución promulgando una ley electoral, lo que dio inicio a una serie de Dumas (o parlamentos). La primera Duma se reunió entre mayo y julio de 1906. La segunda Duma se extendió entre marzo y junio 1907, cuando fue disuelta por Stolipin.

en proporción con el bienestar de las familias. La cucaracha tiene, al parecer, un carácter menos aristocrático, pero también requiere unas comodidades mayores que las que exige el mísero habitante de Voronej: entre el 9,3 % de los campesinos, no se encuentran cucarachas, en razón del hambre y del frío que reinan en las viviendas.

En estas condiciones, resulta inútil hablar del desarrollo de la técnica. El equipo de labranza, comprendidas las bestias de arrastre, es vendido con frecuencia para pagar el arrendamiento y los impuestos, o la alimentación del trabajador. Pero allí donde falta el desarrollo de las fuerzas productivas, no hay lugar para una diferenciación social. En la comunidad de la "tierra negra" reina la igualdad en la miseria. En comparación con el norte y el mediodía, las distinciones sociales entre los campesinos son sólo superficiales. Por encima de los contrastes embrionarios de las clases, no puede señalarse sino el gravísimo antagonismo entre los campesinos empobrecidos y la nobleza parásita. Los tres tipos económicos que acabamos de caracterizar no corresponden exactamente, como es lógico, a los límites geográficos de las regiones. La unidad nacional y la ausencia de barreras aduaneras interiores no permiten la formación de organismos económicos individuales. Hacia 1880, la situación de semiservidumbre agrícola que reinaba en los doce gobiernos de la tierra negra se extendía además a otros cinco gobiernos. Las bases capitalistas predominaban en la situación rural de nueve gobiernos de la "tierra negra" y en diez extraños a esta zona. Por último, en siete gobiernos se equilibraban ambos sistemas. Proseguíase y se prosigue aún una lucha, en que la sangre no se ha vertido aunque no falten las víctimas, entre el arrendamiento y la economía capitalista, y ésta se halla lejos de poder cantar victoria. Encerrado en la ratonera de su lote y carente de toda otra forma de vida, el campesino se ve obligado, como hemos visto, a tomar en arrendamiento la tierra del propietario al precio pedido. No sólo renuncia a cualquier beneficio, no sólo reduce al máximo su consumo personal, sino que vende por un lado y por otro sus aperos de labranza, rebajando así el ya poco notable nivel de su técnica. Ante estas "ventajas" decisivas de la pequeña producción, el gran capital retrocede desarmado: el propietario liquida una economía racional y arrienda su tierra, en pequeñas parcelas, a los campesinos. Aumentando sin cesar los precios de arrendamiento y el valor de la tierra, la superpoblación del centro contribuye a disminuir los salarios en todo el país. Suprime así las ventajas que sería dado esperar de la introducción de la maquinaria y del perfeccionamiento de la técnica, no sólo en la agricultura, sino en todo el ámbito industrial. Durante los diez

últimos años del siglo XIX, una profunda decadencia económica alcanzó a una parte considerable de las regiones meridionales, observándose, con el crecimiento de los precios de arrendamiento, una disminución progresiva de la cabaña rural. La crisis de la economía agrícola y el empobrecimiento de los pueblos estrechan más y más la base del capitalismo industrial ruso, que debe fundar sus cálculos en primer término sobre el mercado interior. En la medida en que la gran industria vive de los pedidos del Estado, la creciente miseria del mujik se ha convertido para ella en un peligro no menos amenazador, pues esta indigencia ha atacado las bases mismas del presupuesto público.

Estas circunstancias explican suficientemente por qué la cuestión agraria se ha convertido en el eje de la vida política en Rusia. Al tropezar con los múltiples fillos de este problema, todos los partidos de oposición y revolucionarios han recibido hasta ahora profundas heridas; así sucedió, en diciembre de 1905, en la primera y en la segunda Duma. La tercera Duma gira en la actualidad en torno a la cuestión agraria como una ardilla en su jaula. Y es sobre esta cuestión donde el zarismo tiene un gran riesgo de romperse su criminal cabeza.

El presente gobierno de nobleza y burocracia –incluso con las mejores intenciones– es incapaz de efectuar una reforma radical en un dominio en que los paliativos han perdido desde hace tiempo toda eficacia. Los 6 ó 7 millones de deciatinas de tierra utilizable de que dispone el Estado, son absolutamente insuficientes para dar ocupación a un excedente de mano de obra masculina que se estima en 5 millones. El gobierno no podría por lo demás sino *vender* estas tierras a los campesinos, y aun esto según los precios que él mismo habría consentido a los propietarios; es decir, que incluso llegando a suponer la transmisión rápida y completa de aquellos millones de deciatinas a los campesinos, ahora como en 1861, el mujik, en lugar de encontrar su empleo productivo, caería una vez más en los pozos sin fondo de la nobleza y el gobierno.

El campesinado no puede saltar directamente desde su estado de miseria y de hambre al paraíso de una agricultura intensiva y racional; para que este tránsito sea posible, el campesino tendría, en las condiciones de trabajo actuales, que recibir de modo inmediato una base suficiente para el empleo de su mano de obra. La primera e indispensable condición de toda reforma agraria, sería colocar nuevamente todas las propiedades agrícolas, grandes y medias, a disposición del propio pueblo. Además, frente a las decenas de millones de deciatinas que no son para los propietarios más que un medio de extirpar rentas usurarias, hay que dejar en segundo plano a las 1840 explotaciones, con 7 millones de deciatinas, en que el gran cultivo se presenta bajo un aspecto relativamente

modernizado. La venta de estas explotaciones privadas a los campesinos apenas alteraría la situación: lo que el mujik paga ahora como arrendamiento, tendría que pagarlo como derecho de rescate. Sólo cabe contemplar un procedimiento: la confiscación. Pero no es difícil demostrar que la confiscación, incluso la de las grandes explotaciones, no sería suficiente para salvar a los campesinos. La renta total de la economía rural se eleva a 2.800 millones de rublos de esta cifra, 2.300 millones corresponden a los campesinos y obreros agrícolas, y aproximadamente 450 millones a los propietarios nobles. Hemos señalado antes que el déficit anual del campesinado es de 850 millones. Por consiguiente, la renta alcanzable con las tierras confiscadas a los propietarios no llegaría a cubrir el déficit.

Los adversarios de la expropiación de la nobleza han empleado más de una vez cálculos de este tipo. Pero marginan el principal aspecto de la cuestión: la expropiación presentará todo su valor cuando, sobre los bienes raíces arrancados a las manos de los ociosos, pueda desarrollarse libremente una economía rural de alto cultivo que aumente considerablemente la renta agraria. El cultivo a la manera de las granjas americanas no es a su vez posible en territorio ruso más que tras la abolición definitiva del absolutismo, del zarismo, de su fisco, de su tutela burocrática, de su militarismo devorador, de sus compromisos financieros ante la bolsa europea. La fórmula de la cuestión agraria, en toda su amplitud, sería: expropiación de la nobleza, abolición del zarismo, democracia. Sólo así cabe hacer avanzar a la economía rural. De esta forma podría elevar sus fuerzas productivas y, al mismo tiempo, intensificar la demanda de productos industriales. La industria recibiría un poderoso impulso, tomando para sí una parte considerable de la mano de obra hoy inútil en los campos. Aunque con ello no se encuentre todavía “la solución” de la cuestión agraria: bajo el régimen capitalista, no puede ser resuelta. Pero, en todo caso, la liquidación revolucionaria de la autocracia y del régimen feudal debe preceder a esta solución. La cuestión agraria en Rusia es un peso enorme, atado a los pies del capitalismo, un apoyo y al mismo tiempo la dificultad principal para el partido revolucionario, el obstáculo mayor para el liberalismo, un *memento mori* para la contrarrevolución.

4. LAS FUERZAS MOTRICES DE LA REVOLUCION RUSA

Rusia cuenta con 5,4 millones de kilómetros cuadrados en Europa, 17,5 millones en Asia, 150 millones de habitantes. Sobre estos inmensos espacios, todas las épocas de la cultura humana: desde la barbarie primitiva de los bosques septentrionales, en que se come pescado crudo y se ora ante un trozo de madera, hasta las nuevas condiciones sociales de la vida capitalista, en que el obrero socialista se considera como participante activo de la política mundial y sigue atentamente los acontecimientos de los Balcanes o los debates del Reichstag. La industria más concentrada de Europa sobre la base de la agricultura más atrasada. La máquina estatal más poderosa del mundo, que emplea todas las conquistas del progreso técnico para obstaculizar el progreso histórico en su país... En los capítulos precedentes, hemos intentado, dejando a un lado detalles, proporcionar un cuadro general de las relaciones económicas y los contrastes sociales de Rusia. Ese es el suelo sobre el que crecen, viven y luchan entre sí las clases. La revolución nos mostrará estas clases en el periodo de la lucha más encarnizada. Pero, en la vida política, actúan directamente los grupos constituidos conscientemente: partidos, asociaciones, ejército, burocracia, prensa y, por encima de todo ello, los ministros, los dirigentes, los demagogos y los verdugos. Resulta imposible discernir las clases a primera vista; ordinariamente permanecen entre bastidores. Lo cual no excluye que los partidos, sus jefes, los ministros y sus verdugos, sean los órganos de las clases. Ciertamente, importa que estos órganos sean buenos o malos, para la marcha y resultado de los acontecimientos. Si los ministros no son más que jornaleros “de una razón de Estado objetiva”, eso no los libera de la necesidad de tener un poco de cerebro en el cráneo (circunstancia que olvidan con frecuencia). Por otra parte, la lógica de la lucha de clases no nos dispensa de emplear nuestra lógica subjetiva. El que no es capaz de encontrar espacio para su iniciativa, su energía, su talento y un cierto heroísmo en el marco de la necesidad económica, no posee el secreto filosófico del marxismo. Por otro lado, si queremos comprender el proceso político –en la presente circunstancia la revolución en su

conjunto—, debemos ser capaces, por debajo del abigarramiento de los partidos y de los programas, de la perfidia y los apetitos sanguinarios de unos, el valor y el idealismo de otros, de descubrir los contornos reales de las clases sociales, cuyas raíces se hunden en las entrañas profundas de la producción y cuyas flores se abren en las esferas superiores de la ideología.

LA CIUDAD MODERNA

El carácter de las clases capitalistas se halla estrechamente unido a la historia del desarrollo de la industria y de la ciudad. Es cierto que el mundo industrial está menos ligado en Rusia que fuera de ella a la población de las ciudades. Al margen de los suburbios poblados de fábricas, que no están excluidos de la ciudad más que desde el punto de vista administrativo, existen varias decenas de centros industriales considerables en los pueblos grandes: fuera de las ciudades se localiza el 57 % de las empresas, con un 58 % del número total de obreros. Y, a pesar de ello, la ciudad capitalista sigue siendo la expresión más acabada de la nueva sociedad. Las ciudades modernas de Rusia son la obra de unos cuantos decenios. En el primer cuarto del siglo XVIII, la población de las ciudades se elevaba en Rusia a 328.000 almas, esto es, alrededor de un 3 % de la del país. En 1812, había en las ciudades 1,6 millones de almas, lo que no suponía aún sino el 4,4 %. Mediado el siglo XIX, las ciudades cuentan con 3,5 millones de habitantes, es decir, el 7,8 %. Por fin, según el censo de 1897, la población de las ciudades se compone ya de 17,3 millones, un 13 % del total del país. De 1885 a 1897, la población ha aumentado en las ciudades en un 33,8 % y en los pueblos sólo el 12,7 %. Determinadas ciudades han crecido con rapidez todavía mayor. La población de Moscú se elevó de 604.000 a 1.359.000 en los últimos treinta y cinco años, lo que representa un 123 %. Este crecimiento fue aún más activo en las ciudades del mediodía: Odesa, Rostov, Ekaterinoslav, Bakú, etc.

Paralelamente al aumento del número y la extensión de las ciudades, se producía en la segunda mitad del siglo XIX una transformación completa de su papel económico y de la estructura interior de las clases.

En oposición a las ciudades corporativas europeas, que habían luchado enérgicamente y con éxito en numerosos casos por llegar a concentrar en sus muros toda la industria de fabricación, las antiguas ciudades rusas, como las de los déspotas asiáticos, no cumplían casi ninguna de las funciones de la producción. Eran centros militares y administrativos, fortalezas de campaña y, en algunos casos, centros comerciales que vivían de lo que se les proveía. Componíase la población de estas

ciudades de funcionarios y empleados, mantenidos a costa de los fondos públicos, de comerciantes y, por último, de agricultores que habían buscado refugio en sus murallas. Incluso Moscú, la mayor ciudad de la antigua Rusia, no era a fin de cuentas más que un gran pueblo agregado a la casa del zar.

Los oficios de las ciudades sólo ocupaban un lugar insignificante: la industria de producción hallábase entonces dispersa, como hemos visto, entre los artesanos del campo. Los antepasados de los 4 millones de artesanos rurales que contaba el censo de 1897 habían desempeñado las funciones productivas de los oficios urbanos, como en Europa, pero, diferentes en eso de los maestros-obreros europeos, no tomaron parte alguna en la creación de las manufacturas y las fábricas. Cuando estas últimas hicieron su aparición, proletarizaron a más de la mitad de los pequeños artesanos y sometieron a los restantes a su acción directa o indirecta. Así como la industria rusa no había pasado por la etapa medieval del pequeño oficio, las ciudades rusas no conocieron el crecimiento progresivo de un tercer estado en las corporaciones, los gremios, las comunas y los municipios. El capital europeo, en unas cuantas décadas, creó la industria rusa que, a su vez, creó las ciudades modernas, en las que las funciones esenciales de la producción son aseguradas por el proletariado.

LA GRAN BURGUESIA CAPITALISTA

El predominio económico fue, pues, entregado al gran capital. Pero el papel inmenso que desempeñó, en esta circunstancia, el capital extranjero tuvo consecuencias fatales para la influencia política de la burguesía rusa. En razón de las deudas contraídas por el Estado, una parte considerable de la renta nacional pasaba cada año al extranjero, enriqueciendo y reforzando a la burguesía financiera de Europa. La aristocracia de la bolsa que, en los países europeos, detenta la hegemonía y que ha transformado sin esfuerzo al gobierno del zar en su vasallo financiero, no podía y no quería unirse a la oposición burguesa que se encontraba en Rusia, por la primera razón de que ningún otro gobierno nacional le hubiese asegurado los beneficios usurarios que obtenía del zarismo. Pero no sólo el capital financiero; también el capital *industrial* extranjero, al explotar las riquezas naturales y la mano de obra de nuestro país, daba realidad a su poder político fuera de las fronteras de Rusia, en los parlamentos francés, inglés o belga. Por otra parte, el capital del país no podía ponerse a la cabeza de la lucha nacional contra el zarismo, porque se encontró desde el primer momento en estado de

hostilidad frente a las masas populares: el proletariado al que explota directamente y la clase campesina a la que despoja por medio del Estado. Esto es válido en particular para la gran industria, la cual depende en la actualidad en todas partes de las medidas gubernamentales y principalmente del militarismo. Es cierto que se halla interesada en obtener “un firme estatuto de orden civil”, pero todavía tiene mayor necesidad de un poder estatal fuertemente centralizado, gran dispensador de todas las ventajas y privilegios. En sus fábricas, los empresarios de la metalurgia se encuentran frente a frente con la parte más avanzada y más activa de la clase obrera, que aprovecha cada desfallecimiento del zarismo para hacer incursiones en los dominios del capital.

La industria textil conserva más independencia respecto al Estado; además, está directamente interesada en el crecimiento de la capacidad de compra de las masas, mejora que no puede alcanzarse sin una vasta reforma agraria. Por esta razón, el centro de la industria, Moscú, desplegó en 1905 una oposición mucho más violenta, si no más enérgica, ante la burocracia autocrática, que Petersburgo, sede de la metalurgia. La municipalidad moscovita consideraba con indudable benevolencia la ola creciente de la rebelión. Si bien repentinamente se mostró tanto más resuelta y fiel al “principio” de un firme poder gubernamental cuando la revolución le fue descubriendo todo el contenido social de sus pretensiones, impulsando al propio tiempo a los obreros textiles a seguir la ruta que habían marcado los metalúrgicos. La capital de la contrarrevolución alióse con la propiedad contrarrevolucionaria, y encontró su jefe en Guchkov, comerciante de Moscú, líder de la mayoría en la tercera Duma.

LA DEMOCRACIA BURGUESA

Al matar en embrión al pequeño oficio ruso, el capital europeo destruyó el terreno social sobre el que hubiera podido apoyarse la democracia burguesa. ¿Es posible comparar Moscú o Petersburgo de hoy con Berlín o Viena de 1848, o mejor aún con París de 1789, que desconocía los ferrocarriles, el telégrafo y consideraba una manufactura de 300 obreros como una gran empresa? No hay ni huellas entre nosotros de la sólida pequeña burguesía que pasara por la escuela secular de la administración autónoma y de la lucha política y que, más tarde, uniendo sus fuerzas a las de un joven proletariado no constituido definitivamente, tomó por asalto las bastillas de la feudalidad. ¿Quién la reemplazó? Una “nueva clase media”, compuesta por los profesionales de la *intelligentzia*: abogados, periodistas, médicos, ingenieros, profesores,

maestros de escuela. Esta capa social que carecía por sí misma de valor en la producción general y era poco numerosa y desprovista de independencia desde el punto de vista económico, sintiendo perfectamente su debilidad, no cesa de buscar la gran clase a la cual podía ligarse. Y aquí surge el hecho notable: su primer apoyo no fueron los capitalistas sino los agricultores.

El Partido Constitucional Demócrata (Kadete)¹, que dirigió las dos primeras dumas, se formó en 1905 por la unión de la Asociación constitucional de los zemstvos con la Asociación denominada “de la emancipación”. La fronda liberal de los miembros de los zemstvos expresaba, por una parte el descontento envidioso de los agrarios frente al monstruoso proteccionismo industrial que manifestaba la política gubernamental, y traducía por otra parte la oposición de los propietarios más amantes del progreso, a quienes la barbarie agraria del campo ruso impedía alzar su economía particular sobre un pie capitalista. La Asociación de la emancipación agrupaba elementos intelectuales a los que una situación social “conveniente” y el bienestar resultante de la misma impedían entrar en la vía revolucionaria. La oposición de los zemstvos tuvo siempre un carácter de impotencia cobarde, y el muy augusto heredero expresaba una amarga verdad cuando declaró, en 1894, que las aspiraciones políticas de este grupo no eran más que “absurdos ensueños”. Por otra parte, los privilegiados de la *intelligentzia*, grupo que por lo demás dependía materialmente del Estado, de forma directa o indirecta, o del gran capital al que protegía el gobierno o, en fin, de la propiedad liberal censitaria, eran incapaces de desplegar una oposición política de una cierta entidad. Por sus orígenes, el partido kadete confundía la debilidad de la oposición de los zemstvos con la debilidad general de la *intelligentsia* diplomada. Hasta qué punto el liberalismo de los zemstvos era superficial, pudo verse claramente desde finales de 1905, cuando los propietarios –influidos por las agitaciones agrarias– se volvieron bruscamente hacia el viejo poder. La *intelligentzia* liberal se enterneció al tener que abandonar la casa solariega del propietario en que a fin de cuentas sólo era un hijo adoptivo, e intentó hacerse reconocer en su patria histórica, en las ciudades. ¿Y qué encontró allí fuera de ella misma? El gran capital conservador, el proletariado revolucionario y un irreductible antagonismo de clase entre ambos.

¹ Kadetes (Partido Constitucional Demócrata): partido burgués de Rusia fundado en 1905, dirigido por Miliukov, apoyó la monarquía constitucional, luego se inclinó hacia una república. Participó en el Gobierno Provisional de 1917, trabajó por la derrota del Gobierno soviético después de la revolución de Octubre. Después de la Guerra Civil existió sólo en la emigración.

Fue este antagonismo el que escindió hasta la base la pequeña producción allí donde había conservado alguna importancia. El proletariado de los pequeños oficios se desarrolla en la atmósfera de la gran industria y se distingue poco del proletariado de las fábricas. Atrapados entre la gran industria y el movimiento obrero, los artesanos rusos constituyen una clase oscura, famélica, amargada que, junto al *lumpen-proletariat*, proporciona el personal de combate a las manifestaciones de los Centurias Negras² y a los pogromos... Como resultado, el grupo intelectual de la burguesía, deplorablemente atrasado, engendrado bajo las maldiciones socialistas permanece al borde de un abismo, ante los conflictos de clase; abrumado por las traiciones de la antigua propiedad y obstaculizado por prejuicios profesoriales, carece de iniciativa, de influencia sobre las masas y de confianza en el mañana.

EL PROLETARIADO

Las causas históricas y mundiales que habían hecho de la democracia en Rusia una cabeza (muy poco clara) sin cuerpo, determinaron, por otra parte, la importancia del papel que debía desempeñar el joven proletariado ruso. Ahora bien, ¿qué fuerzas reunía? Las cifras, muy incompletas, de 1897, nos dan la respuesta siguiente:

Número de obreros	
A. Industrias mineras, fabricación, vías de comunicación, construcciones y empresas comerciales	3332000
B. Agricultura, silvicultura, caza y pesca	2723000
C. Jornaleros y artesanos	1195000
D. Criados, porteros, ordenanzas, etc.	2132000
TOTAL (hombres y mujeres)	9382000

Contando los miembros de la familia que viven en dependencia del trabajador, el proletariado representaba, en 1897 el 27,6 % de la población, es decir, algo más de la cuarta parte. La actividad política es muy diversa en las diferentes capas de que esta masa se compone, y el papel de los dirigentes en la revolución pertenece casi exclusivamente a los obreros comprendidos en el primer grupo del cuadro anterior. Sería no obstante erróneo medir la importancia efectiva y virtual del proletariado ruso respec-

² Las "Centurias Negras" era el nombre popular de la Unión del Pueblo Ruso, una liga de monárquicos y nacionalistas rusos, conocida por su práctica de "pogromos", que utilizaban la violencia y el terror contra los judíos y contra los revolucionarios.

to a la revolución, basándose en su cuantía relativa; semejante perspectiva significaría no querer ver, por debajo de las cifras, las relaciones sociales.

La importancia del proletariado se determina por su papel en la economía moderna. Los medios de producción más poderosos de la nación se encuentran bajo la acción directa o indirecta de los obreros: ¡3,3 millones de fuerzas obreras (grupo A) producen como mínimo la mitad de la renta anual del país! Los más importantes medios de comunicación, los ferrocarriles, que por sí solos transforman un inmenso país en un todo económico, como lo han demostrado los acontecimientos, sitúan al proletariado en una posición económica y política de alcance inapreciable. Es preciso añadir a esto los correos y telégrafos que, sin depender directamente del proletariado, se encuentran sin embargo bajo su influencia efectiva.

Mientras que el campesinado se encuentra disperso por todo el país, el proletariado se moviliza en grandes masas en las manufacturas y en los centros fabriles. Constituye el núcleo de la población urbana en toda ciudad que goce de importancia económica y política; todas las ventajas que posee la ciudad en un país capitalista —concentración de las fuerzas y los medios de producción, unión de los elementos más activos de la población y agrupamiento de los bienes de la civilización, se convierten de forma natural en ventajas de clase para el proletariado. Esta clase se ha dibujado y constituido con una rapidez inaudita en la historia. Apenas salido de la cuna encontróse el proletariado ruso ante el poder estatal más centralizado y un capital cuyas fuerzas no estaban menos concentradas. Las tradiciones corporativas y los prejuicios del pequeño oficio no tuvieron influencia alguna sobre él. Desde sus primeros pasos, optó por la vía de la lucha sin piedad. De esta manera, la insignificancia del pequeño oficio y, en general de la pequeña producción, y el carácter muy desarrollado de la gran industria rusa han tenido por resultado, en política, rechazar la democracia burguesa en beneficio de la democracia proletaria. La clase obrera, al asumir las funciones productivas de la pequeña burguesía, se encargó igualmente del papel político que esta burguesía detentaba antaño y de las pretensiones históricas que tuviera de dirigir a las masas campesinas, en el movimiento en que éstas se emancipaban del yugo de la nobleza y el fisco. El lugar político sobre el cual la historia puso a prueba a los partidos urbanos, fue la cuestión agraria.

LA NOBLEZA Y LOS PROPIETARIOS TERRATENIENTES

El programa de los kadetes, o por mejor decir su antiguo programa, que contemplaba la expropiación forzosa de la media y gran propiedad

según una “justa” estimación, constituye, según la opinión de los miembros del partido, el máximo que cabe obtener “por los procedimientos creadores de un trabajo legislativo”. De hecho, la tentativa liberal de expropiación de las grandes propiedades condujo solamente a la expropiación por el gobierno del derecho electoral y al golpe de Estado del 3 de junio de 1907. Los Kadetes consideraban la liquidación de los bienes raíces de la nobleza como una operación puramente financiera y se esforzaban con plena consciencia en hacer su “justa estimación” tan aceptable como fuera posible para los propietarios. Pero la nobleza consideraba las cosas de manera totalmente diversa. Con su infalible instinto, había comprendido inmediatamente que no se trataba simplemente de vender 50 millones de deciatinas, incluso a un alto precio, si no la era liquidación de su papel social de clase dirigente, y rehusó lisa y llanamente dejarse subastar. En la primera Duma, el conde Saltikov exclamaba, dirigiéndose a los propietarios: “Vuestra divisa y vuestro lema deben ser: ¡Ni una pulgada de nuestras tierras, ni un gramo de arena de nuestros campos, ni una brizna de hierba de nuestros prados, ni una rama de nuestros bosques!” Y esta voz no clamaba en el desierto; no, los años de la revolución son justamente para la nobleza rusa un periodo de concentración de clase y consolidación política. Durante la reacción más sombría, bajo Alejandro III, la nobleza no era más que una casta, aunque fuese la primera de ellas. La autocracia, que velaba para conservar su independencia, no dejaba escapar ni un segundo a la nobleza de una estrecha vigilancia policíaca y llegaba a emplear su control en modelar su codicia. Mientras que en la actualidad, la nobleza es, en el pleno sentido de la palabra, la casta que manda: obliga a los gobernadores de provincia a bailar al son de su música, amenaza a los ministros, y abiertamente los destituye, dirige al gobierno ultimátum tras ultimátum y siempre obtiene su cumplimiento. Su lema es: ¡ni una pulgada de nuestras tierras, ni una parcela de nuestros privilegios!

Entre las manos de 60.000 particulares propietarios de tierras, con una renta anual superior a 1.000 rublos, se encuentran concentrados alrededor de 75 millones de deciatinas, evaluadas en el mercado en 56.000 millones de rublos; producen a sus poseedores más de 450 millones de renta neta anual. Por lo menos los dos tercios de esta suma revierten a la nobleza. La burocracia se halla estrechamente ligada a la propiedad. Para el mantenimiento de 30.000 funcionarios, que reciben más de mil rublos de ingresos, se gastan anualmente casi 200 millones de rublos. Y es justamente entre estos funcionarios altos y medios donde predomina la nobleza. Por último, dispone sólo para sí de los órganos del zemstvo autónomo y de las rentas derivadas del mismo.

Si antes de la revolución una mitad larga de los zemstvos tenían a su cabeza propietarios “liberales”, que se habían señalado por un trabajo puramente “civilizador”, los años revolucionarios cambiaron esta situación de medio a medio; en estos grupos fueron reclutados los representantes menos conciliadores de la reacción. El todopoderoso Consejo unificado de la nobleza ahoga desde un principio las tentativas que hace el gobierno, en interés de la industria capitalista, por “democratizar” los zemstvos o aflojar las esposas del campesinado. En presencia de hechos semejantes, el programa agrario de los kadetes como base de *un acuerdo por vía legislativa*, no es sino una miserable utopía y no resulta extraño que los kadetes renunciasen a él tácitamente. La socialdemocracia ha llevado a cabo la crítica del programa kadete, principalmente sobre la línea de la (justa estimación), y a fin de cuentas ha acertado. Ya desde el punto de vista financiero, el rescate de todas las explotaciones, que supondría para los propietarios más de mil rublos anuales, añadiría a nuestra deuda pública de 9 mil millones una suma aproximada de 5 a 6 mil millones, lo que significa que solamente los intereses de la deuda devorarían anualmente 750 millones. Pero no es sólo el aspecto *financiero*; es el punto de vista *político* el que tiene, en este asunto, un valor decisivo. Las condiciones de la reforma supuestamente emancipadora de 1861, al comprender una suma exagerada de rescate para las tierras campesinas, indemnizaban de hecho a los propietarios por la emancipación de sus siervos (en la medida aproximada de 250 millones, es decir, del 25 % del precio total de rescate). Por consiguiente, la “justa estimación” contribuía a liquidar los grandes derechos históricos y los privilegios de la nobleza, y si ésta había en su día podido otorgar su adhesión a la reforma semiemancipadora, es que podía resignarse a ello. Hacía gala entonces de un seguro instinto, así como hoy cuando rehúsa resueltamente cerrar su existencia de clase con un suicidio –aún cuando fuese según una “justa estimación”–. ¡Ni una pulgada de nuestras tierras, ni una parcela de nuestros privilegios!: bajo el estandarte que lleva esta divisa, la nobleza se apoderó definitivamente del aparato estatal desarticulado por la revolución, y ha mostrado que lucharía, con todo el encarnizamiento de que es capaz una clase dirigente, cuando se trata para ella de la vida o la muerte.

No será por medio de un acuerdo parlamentario como podrá ser resuelta la cuestión agraria, sino por el empuje y la presión revolucionaria de las masas.

EL CAMPESINADO Y LA CIUDAD

La barbarie social y política de Rusia tiene sus raíces en los campos; pero esto no significa que el campo haya sido incapaz de formar

una clase que con sus propias fuerzas pudiera romper esas ligaduras. Diseminado sobre una extensión de 5 millones de verstas cuadradas, en la Rusia europea –en 500.000 localidades–, el campesinado no extrajo de su pasado experiencia alguna de unión para la lucha política. Durante las revueltas agrarias de 1905-1906, los campesinos sublevados no pensaban sino en expulsar a los propietarios de los límites del pueblo, el distrito o el cantón. Contra la revolución campesina, los nobles propietarios disponían de un aparato estatal completo y centralizado. Para vencerlo, los campesinos hubieran tenido que operar mediante una insurrección simultánea y resuelta. Pero fueron incapaces de ello, en razón misma de todas las condiciones de existencia que les eran impuestas. El cretinismo local es una maldición que pesa sobre las revueltas campesinas. Los hombres del campo no se emancipan sino cuando dejan de pensar en sus intereses puramente campesinos y se adhieren a los movimientos revolucionarios de las nuevas clases sociales.

Ya a lo largo de la revolución de los campesinos alemanes, en el primer cuarto del siglo XVI, a pesar de la debilidad económica y la insignificancia política de las ciudades en la Alemania de aquel tiempo, el campesinado se colocaba con toda naturalidad bajo la dirección inmediata de los partidos urbanos. Revolucionaria desde el punto de vista social y por el objetivo que perseguía, pero desunida e impotente en política, esta clase no hubiera sabido constituir su propio partido y, de acuerdo con las circunstancias locales, tendía su mano, unas veces al partido burgués de oposición, otras a la plebe revolucionaria de la ciudad. Esta única fuerza capaz de asegurar la victoria a la revolución de entonces, el embrión del proletariado contemporáneo, hallábase a su vez completamente desprovista de lazos nacionales y carecía de una conciencia clara de los fines revolucionarios. Todos estos impedimentos dependían en cierto modo del desarrollo económico del país, del estado primitivo de las vías de comunicación y del particularismo nacional. De esta manera, no pudo obtenerse la colaboración revolucionaria del campo en rebelión y la plebe urbana. El movimiento campesino fue aplastado...

Pasados más de tres siglos, la misma situación volvió a presentarse con la revolución de 1848. La burguesía liberal no sólo no tenía interés en sublevar a los campesinos y unirlos en torno a sí, sino que temía por encima de todo la extensión de un movimiento rural que habría contribuido principalmente a reforzar los elementos radicales de la plebe urbana contra la misma burguesía. La plebe, por otra parte, no había llegado aún a tomar figura social y política, superando su desunión, y no hubiese podido, por consiguiente, postergar a la burguesía liberal para ponerse a la cabeza de las masas campesinas. La revolución de 1848 sufre una total derrota...

Pero sesenta años antes, vemos en Francia la triunfal realización de los problemas revolucionarios, gracias precisamente a la cooperación entre los campesinos y la plebe urbana, es decir, los proletarios, semiproletarios y *lumpenproletariat* de la época, presentóse esta cooperación bajo el aspecto de la dictadura de la Convención, esto es, de la dictadura de la ciudad sobre el campo, la capital sobre la provincia y los *sans-culottes* sobre París. En la Rusia moderna, la supremacía social de la población industrial respecto al mundo rural es incomparablemente mayor que en la época de las antiguas revoluciones europeas y, al mismo tiempo, en las ciudades rusas de hoy, el caos de la plebe ha sido sustituido por un proletariado perfectamente definido. Una sola circunstancia no ha cambiado: el campesinado, en tiempo de revolución, no puede servir de apoyo más que al partido que tenga tras de sí a las masas urbanas más revolucionarias y que no tema acabar con la propiedad feudal por veneración hacia los bienes de la burguesía. Este partido es ahora y no puede ser otro que la socialdemocracia.

EL CARACTER DE LA REVOLUCION RUSA

Por el propósito directo e inmediato que a sí misma se impone, la revolución rusa es propiamente “burguesa”, pues tiene por objeto emancipar a la sociedad burguesa de los grillos y las cadenas del absolutismo y la propiedad feudal. Ahora bien, la principal fuerza motriz de esta revolución se halla constituida por el proletariado, y por esta razón, por su método, la revolución es proletaria. Este contraste ha parecido inaceptable, inconcebible a numerosos pedantes que definen el papel histórico del proletariado por medio de cálculos estadísticos o aparentes analogías históricas. Para ellos, el jefe providencial de la revolución rusa debe ser la democracia burguesa, mientras que el proletariado ha marchado en cabeza de los acontecimientos a lo largo de todo el período de empuje revolucionario, debería aceptar el dejarse envolver en los pañales de una teoría mal fundada y pedante. Para ellos, la historia de una nación capitalista repite, con modificaciones más o menos importantes, la historia de otra. No perciben el proceso, propio de nuestros días, del desarrollo capitalista mundial que engloba a todos los países a los que se extiende y que, por la unión de las condiciones locales con las generales, crea una amalgama social cuya naturaleza no puede ser definida rebuscando lugares comunes históricos, sino solamente por medio de un análisis de base materialista.

Entre Inglaterra, pionera del desarrollo capitalista, que a través de una larga sucesión de siglos creó nuevas formas sociales y una poderosa

burguesía que es su expresión, y, por otra parte, las colonias actuales, a las que el capital europeo lleva, sobre buques totalmente montados, raíles ya hechos, traviesas, pernos, coches-salón para la administración colonial, al tiempo que, con ayuda de la carabina y la bayoneta, obliga a los indígenas a salir de su estado primitivo para adaptarse a la civilización capitalista, no hay analogía alguna en cuanto al desarrollo histórico, aunque pueda descubrirse un nexo profundo e íntimo entre fenómenos de tan diferente aspecto.

La nueva Rusia ha tomado un carácter peculiar por cuanto que ha recibido el bautismo capitalista, en la segunda mitad del siglo XIX, del capital europeo que se presentó bajo su forma más concentrada y abstracta, como capital financiero. La historia anterior de este capital no se haya en modo alguno relacionada con la historia de la Rusia antigua. Para alcanzar en su propio país las alturas inaccesibles de la Bolsa moderna, el capital tuvo que salir de las calles estrechas, de las callejas de la ciudad medieval y el pequeño oficio por las que aprendiera a andar y a trepar. En su lucha incesante con la Iglesia, se vio obligado a desarrollar la técnica y la ciencia, agrupar estrechamente en torno a sí a toda la nación, a apoderarse del poder revelándose contra los privilegios feudales y dinásticos. Tuvo que abrirse un camino libre, poniendo fuera de combate a los pequeños oficios que fueron su origen para, a continuación, desgajarse de la carne misma de la nación, de las influencias ancestrales, los prejuicios políticos, las simpatías de la raza, las longitudes y latitudes geográficas, a fin de cernerse, como gran ave carnívora, sobre el globo terrestre, envenenando hoy con opio al artesano chino que previamente ha arruinado, enriqueciendo mañana con un nuevo acorazado las aguas rusas, apoderándose después de las minas diamantíferas del África medieval.

Sin embargo cuando el capital inglés o francés, extracto concentrado de una obra histórica de siglo, es transportado a las estepas del Donetz, resulta absolutamente incapaz de manifestar las fuerzas sociales, las pasiones, los valores relativos que previamente ha absorbido. Sobre un territorio nuevo, no puede renovar el desarrollo ya realizado, sino que reanuda su obra en el punto en que la había dejado en su país. En torno a las máquinas que ha traído consigo a través de mares y aduanas, agrupa enseguida, sin etapas intermedias, a las masas proletarias e infunde a esta clase las energías revolucionarias de las viejas generaciones burguesas, aquella energía que se había reunido en él.

En la época heroica de la historia de Francia, contemplamos una burguesía que todavía no es consciente de los contrastes de que está llena su situación, tomando la dirección de la lucha por un nuevo orden

de cosas, no solamente contra las instituciones anticuadas de Francia, sino incluso contra las fuerzas reaccionarias de toda Europa. Progresivamente, la burguesía, representada por sus élites, se considera como el jefe de la nación y de hecho se convierte en ello, arrastra a las masas a la lucha, les da un lema, les enseña una táctica de combate. La democracia introduce en la nación el lazo de una ideología política. El pueblo —pequeñoburgueses, campesinos y obreros— elige como diputados a burgueses y las instrucciones que entregan los municipios a sus representantes están escritas en el lenguaje de la burguesía que toma conciencia de su papel de Mesías. En la misma revolución, aún cuando ya sean visibles los antagonismos de clase, la poderosa corriente de la lucha revolucionaria expulsa, uno tras otro de la vida política a los elementos más estacionarios de la burguesía. Ninguna capa es arrastrada antes de transmitir su energía a las capas siguientes. La nación en su conjunto sigue combatiendo por los fines que se había asignado, por medios cada vez más violentos y decisivos. Cuando la masa nacional se pone en movimiento y se separan de ella las esferas superiores de la burguesía propietaria, para formar alianza con Luis XVI, las exigencias democráticas de la nación, dirigidas ahora contra esta burguesía, conducen al sufragio universal y a la república, formas lógicamente indispensables de la democracia.

La gran revolución francesa es realmente una revolución nacional. Todavía más. En ella, dentro de los marcos nacionales encuentra su expresión clásica la lucha mundial de la clase burguesa por la dominación, por el poder, por un triunfo indiscutible.

En 1848, la burguesía era ya incapaz de jugar un papel de este género. No quería, ni se atrevía tampoco, a tomar sobre sí la responsabilidad de la liquidación revolucionaria de un régimen social que entorpecía su dominación. Su propósito se reducía —y se daba cuenta de ello— a introducir en el antiguo régimen las garantías indispensables para asegurar, no su dominio político, sino el reparto del poder con las fuerzas del pasado. No sólo se negaba a llevar las masas al asalto del antiguo orden, sino que se adhería al viejo régimen para rechazar a las masas que trataban de arrastrarla. Conscientemente retrocedía ante las condiciones objetivas que hubieran hecho posible su dominación. Las instituciones democráticas se le presentaban no como el objeto de la lucha, sino como una amenaza para su bienestar. La revolución no se haría por ella, sino contra ella. De aquí que, en 1848, para el éxito de la revolución se precisaba una clase que fuese capaz de ponerse a la cabeza de los acontecimientos, dejando de lado a la burguesía, obrando a pesar suyo, que pudiese no sólo impulsarla hacia delante por medio de una violenta presión, sino, en el momento decisivo, arrojar del camino su cadáver

político. Ni la pequeña burguesía ni el campesinado eran capaces de desempeñar este papel.

La *pequeña burguesía* era hostil, no sólo a las cosas de la víspera, sino a las del día siguiente. Todavía se encontraba atada por los grillos creados por las relaciones sociales de la Edad Media, pero ya carecía de fuerza para resistir al desarrollo de la industria “libre”; sin llegar a marcar a las ciudades con su influencia, ya había cedido su dominio a la media y gran burguesía; plagada de prejuicios, ensordecida por el fragor de los acontecimientos, explotadora y explotada, codiciosa e impotente en su codicia, la atrasada pequeña burguesía no podía tomar la dirección de la historia mundial.

El *campesinado* carecía aún más de iniciativa. Diseminado, alejado de las ciudades, centros nerviosos de la política y de la cultura, obtuso, limitando sus miradas a un estrecho horizonte, indiferente a todo lo que la ciudad había conseguido, esta clase no podía ejercer una acción dirigente. Sus aspiraciones se colmaron al desembarazar sus hombros del peso de las servidumbres feudales y habiendo pagado a la ciudad, que combatiera por su derecho, con una negra ingratitud, los campesinos emancipados se habían convertidos en fanáticos del “orden”.

La *intelligentzia democrática*, desprovista de toda fuerza como clase, se arrastraba en pos de su hermana mayor la burguesía liberal, sirviéndole de cola política, o bien se separaba de ella en los momentos críticos para manifestar su impotencia. Sumida en contradicciones y contrastes mal definidos todavía, esparcía por doquier esta oscuridad.

El *proletariado* era demasiado débil, carecía de organización, experiencia y conocimientos. El desarrollo capitalista había ido lo bastante lejos como para hacer necesaria la abolición de las antiguas condiciones feudales, pero no lo suficiente para proyectar a la clase obrera, producto de las nuevas condiciones de producción, como fuerza política decisiva. El antagonismo entre el proletariado y la burguesía se hallaba demasiado afirmado para que ésta pudiese asumir sin temor la función de dirigente nacional; pero este antagonismo no era aún tan fuerte como para permitir al proletariado hacerse cargo de ese papel.

Austria ofreció un ejemplo particularmente significativo y trágico de esta situación, mostrando que las relaciones políticas no estaban suficientemente definidas en el período revolucionario.

El proletariado de Viena manifestó, en 1848, un heroísmo sublime y una gran energía revolucionaria. Iba y volvía sin cesar al fuego, impulsado solamente por un oscuro instinto de clase, sin darse cuenta del objeto final de la lucha, tanteando y adoptando una divisa tras otra. La dirección del proletariado fue tomada de forma sorprendente por los

estudiantes, el único grupo democrático que gozara entonces, gracias a su actividad, de una gran influencia sobre las masas, y por consiguiente sobre los acontecimientos. Pero aunque los estudiantes fuesen capaces de batirse con bravura en las barricadas y de fraternizar sinceramente con los obreros, no podían asegurar la dirección general de la revolución que les había confiado “la dictadura de la calle”. Cuando el 26 de mayo todos los obreros de Viena se sublevaron ante el llamamiento de los estudiantes para oponerse al desarme de “la legión académica”, cuando la población de la capital se apoderó de la ciudad, cuando la monarquía huída perdió toda influencia sobre los acontecimientos, cuando, bajo la presión popular, las últimas tropas fueros evacuadas y el poder estatal de Austria quedó reducido a una sombra, no se encontró una fuerza política para hacerse con las riendas del gobierno. La burguesía liberal se negaba conscientemente a utilizar un poder obtenido por medios de bandidaje. Sólo soñaba con el regreso del emperador, que se había retirado al Tirol, dejando huérfana a Viena. Los obreros tuvieron suficiente valor como para aplastar la reacción, pero no poseían la organización necesaria para recibir su herencia. Incapaz de actuar como piloto, el proletariado no puede obligar a desempeñar este gran papel histórico a la democracia burguesa que, como hace con frecuencia, habíase escondido en el momento en que más se la necesitaba. La situación resultante ha sido muy bien caracterizada por un contemporáneo en estos términos: “De hecho, la república está establecida en Viena, pero desgraciadamente nadie se ha dado cuenta...” De los acontecimientos de 1848-1849, Lassalle extrajo esta lección irrefutable: ninguna lucha en Europa puede alcanzar el éxito si, desde un principio, no se afirma como puramente socialista, no obteniéndose nunca ventaja alguna de una lucha en la que las cuestiones sociales entren sólo como un oscuro elemento y permanezcan en segundo plano, de una lucha llevada bajo la enseña engañosa de un renacimiento nacional o de un republicanismo burgués...

En la revolución cuyo comienzo fijará la historia en el año 1905, el proletariado avanzó por vez primera bajo un estandarte que le pertenecía en propiedad, hacia un fin realmente suyo. Y, al mismo tiempo, está fuera de duda que ninguna de las antiguas revoluciones ha absorbido tanta energía popular y ha arrojado tan escasas conquistas positivas como la revolución rusa hasta la hora presente. Estamos lejos de querer profetizar, no creemos poder anunciar los acontecimientos que se producirán en las semanas o en los meses venideros. Pero, para nosotros, una cosa está clara: la victoria sólo es posible por la vía indicada, formulada en 1849 por Lassalle. De la lucha de clases a la unidad de la nación burguesa, no hay posible regreso. La “ausencia de resultados” de la Revolución

Rusa muestra solamente un aspecto pasajero de su carácter social más profundo. En esta revolución “burguesa” sin burguesía revolucionaria, el proletariado, por el desenvolvimiento interior de los hechos, es llevado a tomar la hegemonía sobre la clase campesina y a luchar por la conquista del poder soberano. La primera ola de la revolución rusa vino a romperse contra la grosera incapacidad política del mujik que, en su pueblo, devastaba la explotación del señor a fin de hacerse con sus tierras y que, a continuación, vestido con el uniforme de los cuarteles, fusilaba a los obreros. Todos los acontecimientos de esta revolución pueden considerarse como una serie de despiadadas lecciones de cosas, por medio de las cuales la historia inculca violentamente al campesino la conciencia del nexo que indefectiblemente existe entre sus necesidades locales y el problema central del poder. En la escuela histórica de los conflictos violentos y de las derrotas crueles, se elaboran los primeros principios cuya adopción ha de determinar la victoria revolucionaria.

“Las revoluciones burguesas –escribía Marx en 1852–, se precipitan rápidamente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se superan, hombres y cosas están como iluminados por un fuego de diamantes, el entusiasmo extático es el estado permanente de la sociedad, pero son todas de corta duración. Pronto alcanzan su punto culminante, y la larga apatía que sigue a la embriaguez se apodera de la sociedad antes de que haya podido recuperarse y asimilar los resultados del período de tempestad y empuje (Sturm und Drang). Por el contrario, las revoluciones proletarias se critican constantemente a sí mismas, interrumpen a cada instante su propia marcha, vuelven sobre lo que parece ya realizado para comenzar de nuevo, ridiculizan despiadadamente las torpezas, las debilidades y las miserias de sus primeras tentativas, parece que no derriban al adversario sino para darle la ocasión de recuperar fuerzas y alzarse de nuevo formidable frente a ellas; retroceden sin cesar, abrumadas por la inmensidad indeterminada de sus propios fines hasta el momento en que, por fin, es creada la situación que hace imposible todo retroceso y las mismas circunstancias les gritan con voz imperiosa: ¡Hic Rhodus, hic salta³!”.

³ El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte.

5. LA “PRIMAVERA”

I

El difunto general Dragomirov, en una carta particular, juzgaba así al ministro del Interior Sipiaguin: “¿Cuál puede ser su política interior? Es sencillamente el montero mayor de la Corte y, además, un imbécil.” Esta opinión es tan justa que puede excusarse el giro groseramente amanerado del militar que la formuló. Tras Sipiaguin, vimos en el mismo puesto a Pleve¹, después al príncipe Sviatopolsk-Mirski, después a Buligin, después a Witte y Durnovo... Unos se distinguían de Sipiaguin, solamente en que no eran monteros mayores de Su Majestad, o en que a su manera eran inteligentes. Pero todos, uno tras otro, salían del escenario dejando tras de sí la perplejidad inquieta de los amos de arriba, el odio y el desprecio del público. El montero mayor de la triste figura o el delator profesional, el señor brutalmente benévolo o el especulador sin fe ni ley, todos se presentaban con la firme intención de acabar con las perturbaciones, restituir el prestigio perdido del poder, salvaguardar las bases del Estado, y todos, cada uno a su modo, abrían las esclusas de la revolución y eran arrastrados en su corriente. Las perturbaciones se desarrollaban con una poderosa regularidad, ensanchaban inexorablemente su alcance, fortalecían sus posiciones y arrancaban los obstáculos que se oponían a su paso; y, sobre el fondo de esta gran obra, ante su ritmo interior, ante su inconsciente genialidad, aparecían los hombrecillos del poder que promulgaban leyes, contrataban nuevas deudas, disparaban sobre los obreros, arruinaban a los campesinos, y, como resultado, sumían cada vez más al poder que querían salvar en una furiosa impotencia.

Crecidos en la atmósfera de las pequeñas conspiraciones de cancillería y de las intrigas de despacho, donde la ignorancia impúdica rivaliza con la perfidia, sin idea alguna de la marcha y del sentido de la historia contemporánea, del movimiento de las masas, de las leyes de la revolución, provistos de dos o tres pobres ideas, de miserables programas

¹ Pleve, Vyacheslav von (1846-1904): Ministro del Interior ruso desde 1902 a 1904. Provocó una reacción terrible y fue asesinado en 1904. *El Europeo*, gran órgano internacional en occidente, no dejó de denunciar su política nefasta en artículos de Nesvoy (Bug. Semenoff), etc.

destinados a informar sobre todo a los bolsistas de París, estos hombres se esfuerzan por unir a procedimientos dignos de los grandes favoritos de la corte en el siglo XVIII las formas propias de los “hombres de estado” del occidente parlamentario. Con humillantes coqueteos, satisfacen mediante entrevistas a los corresponsales de la Bolsa europea, exponen ante ellos sus “planes”, sus “objetivos”, sus “programas”, y cada uno de ellos expresa la esperanza de poder resolver finalmente el problema que ha agotado sin resultados los esfuerzos de sus predecesores. ¡Si solamente fuera posible apaciguar la sedición! Comienzan de forma diferente, pero terminan todos por dar la orden de disparar sobre los sediciosos. Lo que les espanta, es que la sedición no muere, que es inmortal... Y todos terminan en un hundimiento ignominioso y, cuando un terrorista no les hace el servicio de liberales de una penosa existencia, son condenados a sobrevivir a su descrédito y a ver la sedición, poderosa y genial como las fuerzas de la naturaleza, emplear sus planes y sus objetivos para alcanzar la victoria.

Sipiaguin fue muerto por un disparo de revólver. Pleve, destrozado por una bomba. Sviatopolsk-Mirski no fue más que un cadáver político tras el 9 de enero. Buliguin fue arrumbado, como un trapo viejo, por la huelga de octubre. El conde Witte, totalmente extenuado por las revueltas militares y obreras, cayó sin pena ni gloria, tropicando en el umbral de la Duma que él mismo había creado...

En determinados círculos de oposición, especialmente entre los liberales de los zemstvos y los demócratas de la intelligentsia, las transformaciones ministeriales traían siempre esperanzas imprecisas, una nueva confianza, nuevos planes. Y, en efecto, para la agitación que trataban de suscitar las gacetas liberales, para la política de los propietarios partidarios de una constitución, no resultaba indiferente ver a la cabeza de los asuntos a un viejo perro policía como Pleve o a un ministro de confianza como Sviatopolsk-Mirski. Pleve fue, bien entendido, tan impotente ante la sedición popular como su sucesor; pero también se presentaba amenazador para los periodistas liberales y los pequeños conspiradores de los zemstvos. Detestaba la revolución con un odio furioso de viejo delator al que espera la bomba en todas las esquinas de la calle, perseguía a los sediciosos con los ojos inyectados en sangre, pero en vano... Y su odio insatisfecho se extendía a los profesores, a los miembros de los zemstvos, a los periodistas a quienes quería considerar como “instigadores” legales de la revolución. Redujo la prensa liberal al último grado de envilecimiento. Trataba a los periodistas como canallas: no sólo los exiliaba o encerraba, sino que, en las entrevistas que tenía con ellos, los amenazaba como a chiquillos. Castigaba a los más moderados

representantes de los comités de economía rural, organizados por iniciativa de Witte, como a turbulentos estudiantes, y no “vulnerables miembros de zemstvos”. Alcanzó sus fines: la sociedad liberal temblaba ante él y le odiaba con el ferviente rencor de la impotencia. Gran número de estos fariseos liberales que claman infatigablemente contra la “violencia de las izquierdas” como contra la “violencia de las derechas”, acogieron la bomba del 15 de julio como una enviada del Mesías.

Pleve fue terrible y detestable para los liberales pero, frente a la sedición, no era ni más ni menos que cualquier otro. El movimiento de masas ignoraba necesariamente el marco de lo que estaba permitido o prohibido. En estas condiciones, importaba bien poco que este marco fuese más ancho o más estrecho.

II

Los panegiristas oficiales de la reacción se han esforzado por representar la regencia de Pleve como un instante, si no de felicidad, al menos de calma universal. En realidad, el favorito fue incapaz de crear incluso lo que podría llamarse tranquilidad policíaca. Apenas llegado al poder, manifestó su celo ortodoxo de neófito dos veces convertido por la intención que tuvo de visitar las santas reliquias de Laura; pero se vio obligado a partir a toda velocidad hacia el sur, donde acababan de estallar grandes agitaciones agrarias, en los gobiernos de Jarkov y Poltava. Las sublevaciones y los desórdenes entre los campesinos se renovaron pronto sin descanso en diversos puntos del territorio. La famosa huelga de Rostov, en noviembre de 1902, y las jornadas de julio de 1903, en toda la extensión del mediodía industrial, fueron los signos precursores de todas las manifestaciones ulteriores del proletariado. Sin cesar salían las multitudes a la calle. Los debates y las decisiones en los comités, relativas a las necesidades de la economía rural, sirvieron de apertura a una vasta campaña de los zemstvos. Las universidades con anterioridad al ministerio de Pleve, eran focos de violenta agitación política; bajo su administración conservaron este papel. Los dos congresos de Petersburgo en enero de 1904 —el de técnicos y el de médicos—, fueron las avanzadas de la reunión de los intelectuales demócratas. De suerte que el prólogo de la “primavera” social fue representado bajo Pleve. Furiosas represalias, encarcelamientos, investigaciones judiciales, registros y medidas de deportación que provocaron el terror, no pudieron, a fin de cuentas, paralizar completamente ni siquiera la movilización de la sociedad liberal.

El último semestre del ministerio Pleve coincidió con el comienzo de la guerra. La sedición se apaciguó o, por decir mejor, se recogió. Es posible hacerse una idea del estado de ánimo que reinaba en las esferas burocráticas y en la alta sociedad liberal de Petersburgo durante los primeros meses de guerra, siguiendo el libro del periodista vienés Hugo Hantz, *Vor der Katastrophe (Antes de la catástrofe)*. Se observaba un enloquecimiento cercano a la desesperación. “¡esto no puede seguir así!” ¿Cuál era la posible salida? Nadie lo sabía; ni los altos funcionarios retirados, ni los célebres abogados liberales, ni los famosos periodistas igualmente liberales. “La sociedad es del todo impotente. Es inútil pensar en un movimiento revolucionario procedente del pueblo, e incluso si este movimiento se produjese estaría dirigido no contra el poder, sino contra los amos en general”. ¿Cuál era, pues, la posible salvación? Estábamos ante la bancarrota financiera y el desastre militar. Hugo Hantz, que pasó en Petersburgo los tres primeros meses de la guerra, afirma que la rogativa común de liberales moderados y numerosos conservadores se formulaba así: “*Gott, hilf uns, damit wir geschlagen werden*” (*Dios, ayúdanos, para que seamos derrotados*). Lo cual naturalmente no impedía que la sociedad liberal adoptase el tono del patriotismo oficial. En múltiples declaraciones, todos los zemstvos, todas las dumas, sin excepción, juraron fidelidad al trono y se comprometieron a sacrificar su existencia y sus bienes –bien sabían que las cosas no irían tan lejos– para salvaguardar el honor y el poder del zar y de zemstvos y dumas. Uno tras otro, los maestros de la universidad hicieron eco de la declaración de guerra mediante alocuciones en que las florituras del estilo armonizaban con la bizantina necesidad de fondo. No fue una pifia, un malentendido. Fue una táctica basada siempre sobre un único principio: el acercamiento cueste lo que cueste. De ahí todos los esfuerzos que se hicieron para ayudar al absolutismo a atravesar las angustias de la reconciliación. Se organizaron, no para combatir a la autocracia, sino para servirla; no se trataba de vencer al gobierno, sino de seducirle. Se aspiraba a merecer su gratitud y su confianza, convirtiéndose en indispensable para él. Esta táctica es tan vieja como el liberalismo ruso y no ha ganado con los años ni en inteligencia, ni en dignidad. Así, desde el comienzo de la guerra, la oposición liberal hizo todo lo necesario para corromper definitivamente la situación. Pero la lógica revolucionaria de los acontecimientos no conocía el descanso. La flota de Port Arthur había sido derrotada, muerto el almirante Makarov, la guerra proseguía ahora en tierra firme –Yalu, Kinchou, Dachichao, Vafangou, Liaoiao, Chahe nombres todos que decretaron el oprobio de la autocracia. La posición del gobierno era más difícil que nunca,

la desmoralización de los gobernantes hacía imposibles toda continuidad de ideas y toda firmeza en la política interior. Las vacilaciones, los intentos de acomodación y de apaciguamiento se hacían inevitables. La muerte de Pleve fue una ocasión favorable para modificar el curso de la política.

III

La “primavera”² gubernamental debía ser obra del príncipe Sviatopolsk-Mirski, antiguo jefe de la gendarmería. ¿Por qué? El mismo hubiera sido sin duda el último en explicar esta designación.

La figura política de este “hombre de Estado” se dibuja nítidamente en las entrevistas concedidas a los corresponsales de la prensa extranjera para comunicarles su programa:

– ¿Cuál es la opinión del príncipe –pregunta el colaborador de *L’Echo de Paris*– respecto a la opinión pública que reclama para Rusia ministros responsables?

El príncipe sonríe:

– Toda responsabilidad sería artificial y nominal.

– ¿Cuál es su punto de vista, príncipe, sobre las cuestiones confesionales?

– Soy enemigo de las persecuciones religiosas, pero con ciertas reservas...

– Es cierto que estaría dispuesto a conceder más libertades a los judíos?

– Se alcanzan excelentes resultados con la bondad.

– En general, señor ministro, ¿se declara partidario del progreso?

Respuesta: el ministro tiene la intención de “conformar sus actos con el espíritu de un progreso amplio y verdadero, *en la medida, al menos, en que ello no contraríe el régimen existente*” ¡Son palabras textuales!

Por otra parte, el príncipe no tomaba en serio ni su propio programa. Es cierto que el cometido inmediato de la administración consistiría en asegurar el bien de la población “confiada a nuestro cuidado”; pero el ministro confesaba al corresponsal americano Thomson, que de hecho no sabía todavía en qué había de emplear su poder.

“No sería exacto que dijese –declaraba el ministro– que tengo un programa determinado. ¿La cuestión agraria? Sí, sí, sin duda existe sobre este problema una enorme documentación, pero no la conozco, por el momento, más que a través de los periódicos”.

² Este término, que se hizo popular, fue concebido por Suvorin, editor de *Novoie Vremia* para caracterizar “la época de acercamiento entre el poder y el pueblo”. (1909)

El príncipe tranquilizaba a Peterhof³, consolaba a los liberales y concedía a los corresponsales extranjeros seguridades que honraban su corazón, pero comprometían definitivamente su reputación de genio político.

Y esta débil figura de señor, de *barin*, ornada con los cordones de gendarme, estaba llamada –no sólo por Nicolás, sino, por la imaginación de los liberales– a cortar los grilletes seculares, tan profundamente arraigados en la carne del país.

IV

Todo el mundo parecía haber acogido a Sviatopolsk-Mirski con entusiasmo. El príncipe Mescherski, redactor del periódico *Graj danin* (*El ciudadano*), escribía que había llegado un día de fiesta para “la inmensa familia de las gentes de bien en Rusia”. “La independencia es pariente de la nobleza de carácter –escribía el venerable Suvorin–, y la nobleza de carácter nos es muy necesaria”. El príncipe Ujtomski, en las *Petersburgskia Viedomosti* (*La información de Petersburgo*) atraía la atención sobre el hecho de que el nuevo ministro “procedía de una antigua línea de príncipes que se remontaba a Rurik por el Monómaco”. La *Neue freie tresse* de Viena señala con satisfacción las cualidades esenciales del príncipe: “humanidad, justicia, objetividad, simpatía hacia las luces de la instrucción”. La *Birjevyia Viedomosti* (*La Información de la Bolsa*) recuerda que el príncipe sólo tiene cuarenta y siete años y que, por consiguiente, no ha tenido aún tiempo de impregnarse de la rutina burocrática.

Aparecieron entonces relatos en prosa y en verso donde se decía que “estábamos sumidos en un profundo sueño”, y que el antiguo comandante del cuerpo de gendarmes nos había despertado con su gesto liberal y nos había indicado las vías “de un acercamiento entre el poder y el pueblo”. Cuando se leen todas estas declaraciones, cuando se consideran todas estas efusiones, parece que se respirara estupidez a una presión de veinte atmósferas.

Sólo la extrema derecha no perdía la cabeza en medio de esta “bañal de entusiasmos liberales”. La *Moskovskia Viedomosti* (*La Información de Moscú*) recordaba despiadadamente al príncipe que con la cartera de Plevé había asumido toda la tarea del difunto ministro. “Si nuestros enemigos interiores, en sus imprentas clandestinas, en diversas organizaciones, en las escuelas, en la prensa y en la calle, con la bomba en las manos, han levantado tan alto la cabeza para marchar al asalto de nuestro Port Arthur interior, eso sólo ha sido posible porque desorientaban a la

³ Residencia del zar y su corte.

sociedad y a una determinada fracción de las esferas dirigentes con teorías absolutamente falaces sobre la necesidad de abolir los más sólidos fundamentos del Estado ruso: la autocracia de sus zares, la ortodoxia de su iglesia y el sentimiento nacional de su pueblo”.

El príncipe Sviatopolsk intentó conservar el justo medio: la autocracia, pero suavizada por la legalidad; la burocracia, pero apoyada sobre las fuerzas sociales. La *Novoie Vremia*, que apoyaba al príncipe porque el príncipe estaba en el poder, tomó oficiosamente a su cuenta el papel de mediador político. Las circunstancias eran inevitablemente favorables para que eligiese esta actitud.

El ministro, cuyas buenas intenciones no encontraban eco alguno entre la camarilla que dominaba al zar, intentó tímidamente apoyarse sobre los miembros de los zemstvos: a este objeto, tenía la intención de utilizar la conferencia que se anunciaba y que debía reunir a los representantes de las administraciones locales. La *Novoie Vremia* invitaba a los miembros de los zemstvos a ejercer una prudente presión desde la izquierda. La animación que se manifestaba entonces en la sociedad y el tono exaltado de la prensa inspiraban, sin embargo, grandes aprensiones en cuanto a los resultados de la conferencia. El 30 de octubre, la *Novoie Vremia* se batía resueltamente en retirada. “Por interesantes y constructivas que sean las decisiones que tomen los miembros de la conferencia, no conviene olvidar que, en razón de la composición de esta asamblea y de los medios empleados para reunirla, es perfectamente razonable considerarla oficialmente como una asamblea privada; sus decisiones no pueden tener sino un carácter puramente académico y no constituyen más que una obligación moral”.

A fin de cuentas, la conferencia de los zemstvos que debía ser un punto de apoyo para el ministro “del progreso”, fue prohibida por él y se reunió de forma semiclandestina semilegal, en una residencia privada.

V

Un centenar de miembros reputados de los zemstvos –por una mayoría de setenta votos contra treinta– reclamaba, el 6 y el 8 de noviembre de 1904, las libertades públicas, la inviolabilidad del individuo y una representación popular con participación en el poder legislativo, sin pronunciar empero la palabra sagrada de constitución. La prensa liberal de Europa elogió con deferencia la discreción llena de tacto de los zemstvos: los liberales habían sabido expresar lo que querían decir evitando las palabras que hubieran hecho imposible para el príncipe Sviatopolsk la aceptación de sus mociones. En ello encuentra su verdadera

explicación la nueva figura retórica inventada por los zemstvos: el silencio. Al formular sus exigencias, los miembros de los zemstvos se dirigían exclusivamente a un gobierno con el que tendrían que entenderse; no pensaban para nada en las masas populares a las que hubieran podido llamar en su apoyo. Elaboraron los diferentes puntos de un compromiso político, pero no lemas destinados a conmover las multitudes. En lo cual permanecían fieles a sí mismos. “¡La sociedad ha terminado su labor, ahora es el gobierno a quien corresponde actuar!”—exclamaba la prensa en tono insinuante y, al mismo tiempo, obsequioso. El gobierno del príncipe Sviatopolsk-Mirski aceptó este llamamiento, este “desafío”, y precisamente en razón a la obsequiosa invitación, creyó su deber llamar al orden a la revista liberal *Pravo (El derecho)*. Se prohibió a los periódicos imprimir y discutir las resoluciones de la conferencia de los zemstvos. Una modesta súplica del zemstvo de Chernigov fue declarada “insolente y desprovista de tacto”. La “primavera” gubernamental tocaba a su fin. La “primavera” del liberalismo apenas había comenzado.

La conferencia de los zemstvos dio fuerzas al espíritu de oposición “de la sociedad cultivada”. El congreso, es cierto, no se hallaba compuesto de representantes oficiales de todos los zemstvos; pero se había visto en él a representantes de las administraciones locales y a gran número de hombres “autorizados” a quienes su inercia rutinaria debía justamente conferir peso e importancia. Es cierto también que el congreso no había sido legalizado por la burocracia, pero había tenido lugar a la vista y presencia de las autoridades. No es pues extraño que los intelectuales, reducidos por las fuertes lecciones que habían recibido al último grado de timidez, creyeran entonces que sus aspiraciones de constitución, los sueños secretos de sus insomnios, habían recibido, gracias a las resoluciones de este congreso semioficial, una sanción semilegal. Y nada podía dar más ánimos a la humillada sociedad liberal que la idea, por ilusoria que fuese, de apoyarse en la legalidad para sus gestiones. Fue aquél un periodo de banquetes, mociones, declaraciones, protestas, memorias y peticiones. Todas las corporaciones imaginables, todas las asambleas, partiendo de sus necesidades profesionales, de incidentes regionales, solemnidades o jubileos, terminaban por formular las exigencias constitucionales que contenían “los 11 puntos” ya famosos de la resolución adoptada por la conferencia de los zemstvos. ¡La democracia se apresuraba a formar un coro en torno a los corifeos del zemstvo para resaltar mejor la importancia de sus decisiones y reforzar su acción sobre la burocracia! Toda la tarea política del momento, para la sociedad liberal, consistía en presionar sobre el gobierno, colocándose a espaldas de los miembros del zemstvo. En los primeros tiempos, se creyó que las

mociones bastarían para, como un torpedo, hacer saltar por el aire la burocracia. Pero nada semejante sucedió. Nos acostumbramos a las mociones; los mismos que las escribían y aquellos contra quienes estaban dirigidas dejaron de prestarles atención. La voz de la prensa, a la que el ministerio de la confianza interior ahogaba más y más, manifestaba una irritación sin objeto... Al mismo tiempo la oposición comienza a dividirse. En los banquetes, se ve aparecer con frecuencia cada vez mayor a figuras inquietas, rudas, intolerantes, de radicales: esta vez es un intelectual, otra, un obrero. Denuncian la actitud equívoca de los zemstvos y exigen de la sociedad cultivada consignas claras y una táctica determinada. Se les hacen señales para imponerles silencio, para calmarles, se los adula, se los ataca, se les tapa la boca, son acariciados y, finalmente, expulsados; pero realizan su labor, empujan a los elementos intelectuales de izquierda en la vía revolucionaria.

Mientras que el ala derecha de la “sociedad”, vinculada, por intereses materiales o por las ideas, al liberalismo censitario, se encargaba de mostrar la moderación y el carácter leal de las mociones del congreso y apelaba al sentido político del príncipe Sviatopolsk, los intelectuales radicales y principalmente los estudiantes, se unían a la campaña de noviembre con el fin de sacarla del atolladero en que estaba atascada, darle un carácter más combativo y vincularla al movimiento revolucionario de los obreros en las ciudades. Es así como se produjeron dos grandes manifestaciones en la calle: la de Petersburgo, el 28 de noviembre, y la de Moscú, los días 5 y 6 de diciembre. Estas demostraciones eran para los “hijos” radicales la conclusión directa y necesaria de las consignas lanzadas por los “padres” liberales: puesto que se había decidido reclamar un régimen constitucional, había que comprometerse en la lucha. Pero los “padres” no mostraban intención alguna de seguir las ideas políticas con tanta perseverancia. Bien al contrario, creyeron su deber mostrarse asustados: demasiada prisa, demasiada fogosidad, podrían romper la frágil tela de araña de la confianza. Los “padres” no apoyaron a los “hijos”; los abandonaron a los cosacos y a la gendarmería del príncipe liberal.

Los estudiantes no fueron apoyados tampoco por los obreros. En esto se reveló claramente el carácter estrecho de la campaña de los banquetes de noviembre y diciembre de 1904; el proletariado no se unió a ella más que a través de su poco considerable elite; los “verdaderos obreros” cuya aparición engendraba a un tiempo temores hostiles y curiosidad, no se mostraron en las reuniones de este periodo sino en corto número. La profunda evolución que se efectuaba entonces en la conciencia de las masas no tenía lógicamente nada en común con las demostra-

ciones apresuradas de la juventud revolucionaria. Así los estudiantes fueron, a fin de cuentas, abandonados casi exclusivamente a sus propias fuerzas.

Sin embargo todas estas manifestaciones, tras el largo silencio político que la guerra había causado, en la grave situación interior que había sido consecuencia del desastre militar, estas demostraciones puramente políticas en las capitales, cuya noticia se transmitía por el telégrafo al mundo entero, produjeron, en tanto que síntoma, una impresión mucho más fuerte sobre el gobierno que lo que hubieran podido hacer las sesudas amonestaciones de la prensa liberal... El gobierno se despezó, volvió en sí y se apresuró a tomar posición.

VI

A la campaña constitucional que se iniciara con la reunión de una decena de miembros de los zemstvos en la residencia suntuosa de Korsakov y que se había cerrado con el envío de unas decenas de estudiantes a las comisarías de la policía de Petersburgo y Moscú, el gobierno respondió de dos maneras: con un ukase de reforma y con una “comunicación” policial. El ukase imperial del 12 de diciembre de 1904, que ha quedado como el fruto más maduro de la política primaveral “de confianza”, plantea como condición *sine qua non* de las reformas ulteriores la intangibilidad de las leyes fundamentales del imperio. En su conjunto, el ukase reproducía las entrevistas plenas de benevolencia y reservas del príncipe Sviatopolsk con los corresponsales extranjeros. Esto es bastante para fijar su valor. Había una claridad política mucho mayor en la comunicación gubernamental que apareció dos días después del ukase. Este documento caracteriza al congreso de noviembre como la fuente original de un movimiento extraño al pueblo ruso y hace observar a las municipalidades y a los zemstvos que al deliberar sobre las resoluciones de la conferencia de noviembre contravienen la ley. El gobierno recuerda además que su deber legal consiste en defender el orden en el Estado y garantizar la seguridad pública; por consiguiente, todas las reuniones de carácter anti-gubernamental serán disueltas por todos los medios legales de que disponen las autoridades. Si el príncipe tuvo poco éxito en regenerar pacíficamente el país, realizaba con notable fortuna el encargo más general para el que la historia le había colocado a la cabeza del gobierno: la destrucción de las ilusiones políticas y los prejuicios de la clase media.

El periodo de Sviatopolsk-Mirski, que se abrió a los sonos alegres de la trompeta, y fue clausurado con el silbido de la *nagaika* (látigo de

los cosacos), tuvo por resultado final excitar el odio del absolutismo hasta un grado desconocido entre todos los elementos más o menos conscientes de la población. Los intereses políticos tomaron una forma más determinada, el descontento ganó en profundidad y se convirtió en una especie de principio. El pensamiento de ayer, todavía primitivo, se vierte hoy con avidez sobre el trabajo del análisis político. Todos los fenómenos del mal público y de la arbitrariedad gubernamental son por fin considerados en sus causas originales. Las enseñanzas revolucionarias no asustan ya a nadie; por el contrario, encuentran el eco de miles de voces, se transforman en dichos populares. Como una esponja absorbe un líquido, la conciencia social se impregna de toda palabra de negación, de acusación o de maldición dirigida al absolutismo. El gobierno no puede ya hacer nada impunemente. Cada torpeza es cargada rápidamente en su cuenta. Sus coqueteos con la opinión sólo incitan a la burla, sus amenazas engendran odio. Es cierto que el ministerio del príncipe Sviatopolsk había conseguido algunas facilidades a la prensa, pero los intereses de ésta sobrepasaban ya con mucho la condescendencia de la Dirección de Asuntos de Prensa. Otro tanto sucedía en los restantes dominios: la semilibertad otorgada por gracia no irritaba menos que la esclavitud absoluta. Tal es, en general, la suerte de las concesiones en las épocas revolucionarias: no pueden satisfacer, pero suscitan nuevas exigencias. Estas pretensiones eran formuladas altivamente en la prensa, en las asambleas, en los congresos, e irritaban, a su vez, al poder que perdía rápidamente toda "confianza" y recurría a la represión. Por la fuerza se disolvían reuniones y congresos, llovían los golpes sobre la prensa, eran perseguidas las manifestaciones con brutalidad despiadada. Finalmente, como para ayudar a todos a conocer definitivamente el peso específico del ukase del 12 de diciembre el príncipe Sviatopolsk publicó, el 31 de diciembre, una circular en la que explicaba que la reedición del reglamento sobre los campesinos, anunciado por el ukase liberal, se efectuaría según el proyecto de Pleve. Fue el último acto gubernamental de 1904. 1905 se abrió con acontecimientos que establecieron un corte fatal entre el pasado y el presente. Subrayaron con un trazo sangriento la época de la "primavera", periodo en que la conciencia política del país había vivido su infancia. El príncipe Sviatopolsk, su bondad, sus planes, su confianza, sus circulares, todo fue echado atrás, todo olvidado.

6. EL 9 DE ENERO

El jefe de los Strelitz

Gran soberano,
No podemos retener al pueblo
Fuerza las puertas,
Grita:
“Queremos hablar con el zar Boris.
Queremos ver al zar Boris”

Boris

Ábranse las puertas de par en par:
Entre el pueblo ruso y su zar
no hay barrera alguna
(*El zar Boris*, A. Tolstói)

I

“Soberano, nosotros, los obreros, nuestras mujeres y nuestros débiles ancianos, nuestros padres, hemos venido a ti, soberano, para pedir justicia y protección. Estamos reducidos a la miseria, somos oprimidos, abrumados con un trabajo superior a nuestras fuerzas, injuriados, no se quiere reconocer en nosotros a hombres, somos tratados como esclavos que deben sufrir su suerte y callar. Hemos esperado con paciencia, pero se nos precipita cada vez más en el abismo de la indigencia, la servidumbre y la ignorancia. El despotismo y la arbitrariedad nos aplastan, nos ahogamos. ¡Las fuerzas nos faltan, soberano! Se ha alcanzado el límite de la paciencia; para nosotros, éste es el terrible momento en que la muerte vale más que la prolongación de insoportables tormentos”.

Tales son los acentos solemnes en los que resuena la amenaza de los proletarios a través de la súplica de los súbditos; tal es el comienzo de la famosa petición de los obreros de Petersburgo. Relataba todas las persecuciones y todas las injurias que el pueblo sufría. Enumeraba todo: desde las corrientes de aire que atravesaban las fábricas hasta la servidumbre política del país. Solicitaba la amnistía, las libertades públicas, la separación de la Iglesia del Estado, la jornada de ocho horas, el salario normal y la sesión progresiva de la tierra al pueblo. Pero, ante todo, exigía la convocatoria de una asamblea constituyente, elegida por sufragio universal no censitario.

“Estas son, soberano —concluía la petición— las principales necesidades que te sometemos. Ordena y jura satisfacerlas y harás a Rusia fuerte y gloriosa, grabarás tu nombre en nuestros corazones, en los corazones de nuestros hijos y nietos, para siempre. Si rehúas escuchar nuestras súplicas, moriremos aquí, en esta plaza, delante de tu palacio. No existe otra salida para nosotros, carecemos de motivo alguno para buscarla en

otro lugar. Ante nosotros sólo quedan dos caminos: o hacia la libertad y la felicidad, o hacia la tumba. Muéstranos, soberano, el que debemos elegir; lo seguiremos sin replicar, aún cuando fuera el camino de la muerte. Sacrifíquese nuestra vida por la Rusia agotada en los tormentos. No lamentaremos este sacrificio; lo ofreceremos voluntariamente".

Y efectivamente lo ofrecieron.

La petición de los obreros oponía a la fraseología confusa de las resoluciones liberales los términos precisos de la democracia política; además, introducía el espíritu de clase al exigir el derecho de huelga y la jornada de ocho horas. Su significación política no reside empero en el texto, sino en el hecho. La petición servía de prólogo a una acción que había de unir a las masas obreras ante el fantasma de una monarquía idealizada, con el resultado de oponer inmediatamente al proletariado y la monarquía real como enemigos mortales.

La marcha de los acontecimientos ha quedado en todas las memorias. Los incidentes se sucedieron, durante algunos días, con una notable moderación, persiguiendo siempre el mismo objetivo. El 3 de enero, estalló la huelga en la fábrica Putilov. El 7 de enero, el número de huelguistas se elevaba a 140.000. La huelga alcanzó su apogeo el 10 de enero. El 13 se volvió al trabajo. De suerte que estamos en presencia de un movimiento antes que nada económico que tiene por causa un motivo ocasional. El movimiento se extiende, arrastra a decenas de millares de obreros y se transforma por consiguiente en un acontecimiento político. A la cabeza del movimiento se encuentra la "Sociedad de Obreros de Talleres y Fábricas", organización de origen policial. Los radicales, cuya política de banquetes ha entrado en un callejón sin salida, arden de impaciencia. Se hallan descontentos por el carácter puramente económico de la huelga y empujan hacia delante al conductor del movimiento, Gapón. El cual se compromete en la vía política y encuentra, en las masas obreras, tal desbordamiento de descontento, irritación y energía revolucionaria, que los planes de sus inspiraciones se pierden y ahogan con él. La socialdemocracia pasa a primer plano. Es acogida con manifestaciones hostiles, pero pronto se adapta a su auditorio y le subyuga. Sus enseñanzas se convierten en las de la masa y quedan fijadas en la petición.

El gobierno se oculta. ¿Por qué razón? ¿Perfidia? ¿Provocación? ¿O bien miserable confusión? Una cosa y otra. Los burócratas, en torno al príncipe Sviatopolsk, permanecen estúpidos, sin saber qué hacer. La banda de Trepov¹, que se había apresurado a poner fin a la

¹*Trepov, D.F.* (1855-1906): jefe de la gendarmería y comandante de la plaza de San Petersburgo en 1905.

“primavera” y que, por consiguiente, había preparado conscientemente una matanza, permite a los acontecimientos desarrollarse hasta su final lógico. El telégrafo tuvo plena libertad de informar al mundo entero respecto de las etapas recorridas por la huelga de enero. El último portero de París sabía con tres días de antelación que en Petersburgo, el domingo 9 de enero, a las dos de la tarde, debía estallar la revolución. Y el gobierno ruso no hizo nada para impedir la efusión de sangre.

En las once secciones de la “Sociedad” obrera, las reuniones proseguían sin interrupción. Se elaboraba, se redactaba la petición y se deliberaba sobre el plan de un cortejo que avanzaría hacia el palacio. Gapón corría en coche de una sección a otra, los agitadores de la socialdemocracia habían perdido la voz a fuerza de hablar y caían extenuados. La policía no se mezclaba en nada. No existía. De acuerdo con la resolución adoptada en común, el avance hacia el palacio fue pacífico: no se cantaba, ni se llevaban banderas, ni se pronunciaban discursos. Los manifestantes iban endomingados. En algunas partes de la ciudad llevaban íconos y oriflamas. En todas partes tropezaron con las tropas. Suplicaron al ejército que concediese el paso, imploraron, intentando rodear los destacamentos o atravesarlos. Los soldados dispararon durante toda la jornada. Los muertos se contaron por cientos, los heridos por miles. No pudo establecerse su número exacto, pues la policía retiraba los cadáveres durante la noche, haciéndolos desaparecer secretamente. A medianoche, el 9 de enero, escribía Georgi Gapón: “A los soldados y a los oficiales que asesinan a nuestros hermanos inocentes, a sus mujeres y a sus hijos, a todos los opresores del pueblo: mi maldición pastoral. A los soldados que ayuden al pueblo a obtener la libertad, mi bendición. Les eximo de su juramento de soldados hacia el zar traidor que ha ordenado verter sangre inocente...”.

La historia se sirvió del plan fantástico de Gapón para llegar a sus fines y no le quedaba al clérigo sino sancionar con la autoridad sacerdotal sus conclusiones revolucionarias. El 11 de enero, en la sesión del consejo de ministros, Witte, que no disfrutaba entonces de poder real alguno, propuso una deliberación sobre los acontecimientos del 9 de enero y la adopción de medidas “para prevenir en el futuro tan deplorables incidentes”. La propuesta de Witte fue rechazada por “no entrar en la competencia del consejo y no estar inscrita en el orden del día de la sesión”. El consejo de ministros pasó por encima del comienzo de la Revolución Rusa, porque esta revolución no estaba inscrita en el orden del día de su sesión.

II

La histórica manifestación del 9 de enero se presentó bajo un aspecto que nadie, lógicamente hubiera podido prever. El sacerdote a quien la historia había puesto a la cabeza de la masa obrera, durante algunos días, de manera tan inesperada, marcó los acontecimientos con el sello de su personalidad, de sus opiniones, de su dignidad eclesiástica. Y estas apariencias disimularon, ante los ojos de muchas personas, el sentido real de los acontecimientos. Pero la significación esencial del 9 de enero no reside en el cortejo simbólico que avanzó hacia el Palacio de Invierno. La sotana de Gapón era algo accesorio. El verdadero actor fue el proletariado. Comienza por una huelga, se unifica, formula exigencias políticas, baja a la calle, atrae hacia sí todas las simpatías, todo el entusiasmo de la población, choca con la fuerza armada y abre la Revolución Rusa. Gapón no creó la energía revolucionaria de los obreros petersburgueses, se limitó a descubrirla, sin haberla sospechado. Hijo de un clérigo, seminarista más tarde, estudiante de la academia eclesiástica, capellán de una prisión, agitador entre los obreros con la autorización benévola de la policía, se encontró de pronto a la cabeza de una multitud cuyos componentes eran cientos de miles. Su situación oficial, su sotana, la exaltación de las masas poco conscientes y la rapidez fabulosa de los acontecimientos habían hecho de Gapón "un líder".

Hombre de imaginación desordenada, con visos de aventurero, meridional sanguíneo con un sesgo de bribón, completamente ignorante en las cuestiones sociales, Gapón era tan poco capaz de regular los acontecimientos como de preverlos. Los acontecimientos le arrastraban.

Durante mucho tiempo la sociedad liberal creyó que, en la personalidad de Gapón, se escondía todo el misterio del 9 de enero. Se le oponía a la socialdemocracia como jefe político que poseyera el secreto de seducir a las masas, mientras que los socialdemócratas no formaban, según se decía, más que una secta de doctrinarios. Olvidábase por lo demás que el 9 de enero no hubiera llegado de no haber encontrado Gapón en su camino varios miles de obreros conscientes que pasaron antes por la escuela socialista. Los cuales le cercaron enseguida en un anillo de hierro del que no hubiera logrado escapar de haberlo pretendido. Pero ni siquiera lo intentó. Hipnotizado por su propio éxito, se dejó llevar por la marea creciente. Sin embargo, si desde el día siguiente al Domingo sangriento comprendíamos que el papel político de Gapón se subordinaba absolutamente a los hechos, subestimábamos todavía sus cualidades personales. En la aureola de su cólera pastoral, con la maldición en los labios, se nos aparecía de lejos como una figura de

estilo casi bíblico. Hubiérase dicho que las poderosas pasiones revolucionarias se habían despertado en el pecho de un joven sacerdote, capellán de la prisión central de Petersburgo. ¿Qué es lo que vimos después? Cuando la llama descendió, Gapón quedó al descubierto ante nosotros en su nulidad política y moral. Las actitudes que afectó ante la Europa socialista, sus enclenques escritos “revolucionarios”, fechados en el extranjero, simples y groseros, su llegada a Rusia, sus relaciones clandestinas con el gobierno, los denarios de Witte, sus entrevistas pretenciosas y absurdas con los representantes de los periódicos conservadores, su conducta ruidosa, sus fanfarronadas y, finalmente, la miserable traición que fue causa de su pérdida, todo destruyó definitivamente la idea que nos habíamos formado de Gapón el 9 de enero. Involuntariamente recordamos las penetrantes palabras de Victor Adler, jefe de la socialdemocracia austríaca, quien, al recibir el primer telegrama sobre la estancia de Gapón en el extranjero, declaró: “Lástima... Para su fama en la historia hubiese sido mejor que desapareciera misteriosamente como había venido. Se conservaría la hermosa leyenda romántica de un sacerdote que abrió las compuertas de la revolución rusa... Hay hombres – añadía Adler, con la fina ironía que le caracteriza–, hay hombres que están mejor entre los mártires que entre los camaradas de partido...”.

III

“No existe todavía un pueblo revolucionario en Rusia”. Eso escribía Peter Struve, en el órgano que publicaba en el extranjero bajo el título de *Emancipación*, el 7 de enero de 1905, es decir, dos días antes de que los regimientos de la guardia aplastasen la manifestación de los obreros petersburgueses. “No existe un pueblo revolucionario en Rusia”, declaraba por la boca de un renegado socialista el liberalismo ruso que, durante un periodo de tres meses, en sus banquetes, había adquirido la convicción de ser el principal personaje en el escenario político. Y esta declaración no había tenido tiempo de llegar hasta Rusia cuando ya el telégrafo transmitía a todos los puntos del mundo la gran noticia del comienzo de la Revolución Rusa...

La esperábamos, no dudábamos de ella. Había sido para nosotros, durante largos años, una simple deducción de nuestra “doctrina” que excitaba las burlas de todos los cretinos de todos los matices políticos. No creían en la eficacia de las peticiones de los zemstvos, en Witte, en Sviatopolsk-Mirski, en cajas de dinamita... No había prejuicio político que no aceptasen a ojos cerrados. Sólo la fe en el proletariado les parecía un prejuicio.

No solamente Struve, sino toda “la sociedad cultivada” al servicio de la cual había pasado, se encontraron sorprendidos de improvisto. Fue con miradas de espanto y de impotencia como observaron, desde sus ventanas, el drama histórico que se desarrollaba. La intervención de los intelectuales en los acontecimientos tuvo un carácter verdaderamente lastimoso y nulo. Una diputación compuesta de unos cuantos literatos y profesores, visitó al príncipe Sviatopolsk-Mirski y al conde Witte, “con la esperanza —explicaba la prensa liberal— de esclarecer la cuestión de tal manera que no fuese preciso el empleo de la fuerza armada”. Una montaña marchaba contra otra montaña, y un puñado de demócratas creía que sería suficiente con pudrirse en las antecámaras de dos ministerios para eludir lo inevitable. Sviatopolsk se negó a recibir la diputación; Witte abrió los brazos en señal de angustia. A continuación, como si se hubiese querido, con una frescura digna de Shakespeare, introducir los elementos de la farsa en la mayor de las tragedias, la policía declaró que la desgraciada diputación era “un gobierno provisional” y la envió a la fortaleza de Pedro y Pablo. Pero, en la consciencia de los intelectuales, en esta informe mancha de niebla, las jornadas de enero dejaron un surco bien marcado.

Para un tiempo indeterminado, archivaron nuestro liberalismo tradicional con su única ventaja: la fe en un feliz cambio de las figuras gubernamentales. El estúpido reinado de Sviatopolsk-Mirski fue, para tal liberalismo, la época de apogeo. El ukase de reforma del 12 de diciembre fue su fruto más maduro. Pero el 9 de enero barrió “la primavera”, a la que sustituyó por la dictadura militar y la omnipotencia del inolvidable general Trepov, a quien la oposición liberal acababa justamente de descolgar del puesto de jefe de policía en Moscú. Al mismo tiempo se dibujaba nítidamente, en la sociedad liberal, la escisión entre la democracia y la oposición censitaria. La manifestación de los obreros dio más peso a los elementos radicales de la *intelligentzia*, así como, anteriormente, la manifestación de los *zemstvos* había sido una baza en manos de los elementos oportunistas. Para el ala izquierda de la oposición, la cuestión de la libertad política se presentó finalmente bajo su aspecto real, como una cuestión de lucha, de preponderancia de fuerzas, de ímpetu por parte de las robustas masas populares. Y, al mismo tiempo, el proletariado revolucionario, todavía ayer “ficción política” de los marxistas, se convertía hoy en una poderosa realidad.

“¿Es ahora —escribía el influyente semanario liberal *Prago (El derecho)*—, después de las sangrientas jornadas de enero, cuando puede ponerse en duda la idea de la misión histórica del proletariado urbano de Rusia? Evidentemente, esta cuestión, al menos para el momento histórico

actual, está resuelta, y no para nosotros, sino para los obreros, que en estas memorables jornadas de honor sangriento han inscrito sus nombres en el libro de oro del movimiento social ruso”. Entre el artículo de Struve y las líneas que acabamos de citar había un intervalo de una semana, y sin embargo, es toda una época histórica la que los separa.

IV

El 9 de enero marca un giro en la consciencia política de la burguesía capitalista. Si, en los últimos años anteriores a la revolución, a despecho del capital, se creó toda una escuela de demagogia gubernamental (por los procedimientos del célebre Zubatov), que provocaba a los obreros a conflictos económicos con los fabricantes, con el objeto de desviarlos de todo conflicto con el poder gubernamental, en adelante, a partir del Domingo sangriento, la marcha normal de la vida industrial se interrumpió completamente. La producción sólo se efectuaba a saltos, en los intervalos que subsistían entre las perturbaciones. Los fantásticos beneficios realizados sobre los aprovisionamientos de guerra, en lugar de volver a la industria que sufría una crisis, enriquecían a un pequeño número de aves de rapiña privilegiadas, en situación de monopolio; el capital no podía pues resignarse a ver el crecimiento progresivo de la anarquía interior. Las diferentes ramas de la industria pasan a la oposición una tras otra. Las sociedades de agentes de bolsa, los congresos industriales, los llamados “despachos de consulta”, que no son sino sindicatos disfrazados y las restantes organizaciones del capital que, todavía ayer, conservaban su virginidad política, votaban hoy órdenes del día de desafío frente a la autocracia policíaca y se expresaban con el lenguaje del liberalismo. El comerciante de la ciudad mostraba bien que, estando en la oposición, no cedería en nada al propietario “instruido”. Las dumas, no contentas con unirse a los zemstvos, se adelantaban a ellos; la Duma de Moscú, compuesta en efecto de comerciantes, ocupó en esta época la posición más avanzada.

La lucha entre las diferentes ramas del capital que tratan de atraerse las gracias y los favores del Ministerio de Hacienda, retrocede provisionalmente ante la necesidad que se siente en general de renovar el régimen gubernamental y el derecho civil. En lugar de las sencillas nociones de concesión y subvención, o bien a su lado, aparecen ideas más complejas: desarrollo de las fuerzas productivas, ampliación del mercado interior. Al lado de estos pensamientos esenciales, todas las peticiones, las notas y las resoluciones de los empresarios organizados expresan la grave preocupación que tienen de apaciguar a las masas obreras y

campesinas. El capital ha perdido la ilusión respecto a las virtudes curativas de la represión policíaca que, al golpear al obrero alcanza el bolsillo del industrial; el capital llega a la solemne conclusión de que la marcha pacífica de la explotación capitalista exige un régimen liberal. “¡Tú también, Bruto!” exclama la prensa reaccionaria, cuando ve a los comerciantes de Moscú, a los Antiguos Creyentes, conservadores de la antigua piedad, trabajar con sus manos en el apuntalamiento de las plataformas constitucionales. Pero este clamor no detiene al Bruto de la industria textil. Ha de seguir la curva de su evolución política para, a final de año, en el momento en que alcance su cénit el movimiento proletario, volver a refugiarse bajo la égida secular, una e indivisible, de la *nagaika*.

V

Pero la matanza de enero tuvo una influencia especialmente notable y profunda sobre el proletariado de toda Rusia. De un extremo a otro del país corrió una oleada grandiosa de huelgas que estremecieron el cuerpo de la nación. Según un cálculo aproximado, la huelga se extendió a 122 ciudades y localidades, a varias minas del Donetz y a diez compañías de ferrocarriles. Las masas proletarias fueron removidas hasta sus cimientos. El movimiento arrastró a un millón de almas. Sin tener un plan determinado, incluso frecuentemente sin formular exigencia alguna, interrumpiéndose y comenzando de nuevo, guiada sólo por el instinto de solidaridad, la huelga reinó en el país por espacio de unos dos meses.

En lo más fuerte de esta tempestad, en febrero de 1905, escribíamos: “Después del 9 de enero, la revolución no conocerá descanso. No se limita ya a un trabajo subterráneo oculto a la vista, para sublevar incesantemente nuevos estratos; ha llegado a hacer abiertamente, con prisa, el llamamiento de sus compañías, sus batallones, sus regimientos y sus cuerpos de ejército. La fuerza principal de esta inmensa tropa se halla constituida por el proletariado; por eso la revolución procede al llamamiento de sus soldados mediante la huelga.

“Una tras otra, las profesiones, las fábricas, las ciudades abandonan el trabajo. Los ferroviarios son los iniciadores del movimiento, las vías férreas sirven de transmisor a esta epidemia. Son formuladas exigencias económicas, satisfechas casi de inmediato, en todo o en parte. Pero ni el comienzo de la huelga, ni su término dependen exclusivamente de las reivindicaciones presentadas, ni de las satisfacciones que se obtienen. La huelga comienza, no porque la lucha económica haya llegado a

exigencias determinadas, sino, por el contrario, al hacerse una selección de exigencias que se formulan porque se tiene necesidad de la huelga. Existe la necesidad de comprobar por sí mismo, por el proletariado de otros lugares y en fin por el pueblo entero, las fuerzas que se han acumulado, la solidaridad de la clase, su ardor combativo; es preciso pasar una revista general de la revolución. Los propios huelguistas y quienes los apoyan, y quienes por ellos sienten simpatía, y los que les temen, y los que les odian, todos comprenden o sienten confusamente que esta curiosa huelga que corre localmente de un lugar a otro, recupera su impulso, y pasa como un torbellino; todos comprenden o, sienten que no obra por sí misma, que se limita a cumplir la voluntad de la revolución que la envía. Sobre el campo de operaciones de la huelga, es decir, sobre toda la extensión del país, está suspendida una fuerza amenazadora, siniestra, cargada de una insolente temeridad.

“Tras el 9 de enero, la revolución no conoce descanso. Sin preocuparse ya de guardar los secretos de su estrategia, abierta y ruidosamente, echando por tierra las rutinas habituales, desembarazándose de toda hipnosis, nos conduce hacia su apogeo”.

7. LA HUELGA DE OCTUBRE

– ¿Así que usted piensa que la revolución avanza?

– ¡Avanza!

(*Novoie Vremia*, 5 de mayo de 1905)

– ¡Aquí está!

(*Novoie Vremia*, 14 de mayo de 1905)

I

Asambleas populares absolutamente libres entre los muros de las universidades, mientras que, en la calle, reina sin límites Trepov: he ahí una de las paradojas más sorprendentes de la evolución política y revolucionaria durante el otoño de 1905. Un viejo ignorante, el general Glazov, nombrado no se sabe por qué ministro de la instrucción pública, creó sin duda asilos en que la palabra tenía toda su libertad. El cuerpo liberal de profesores elevaba protestas: la universidad pertenece a la ciencia, las gentes de la calle no tienen nada que hacer en una academia. El príncipe Sergei Trubetskoi murió con esta verdad en los labios. Pero la puerta de la universidad permaneció ampliamente abierta durante unas cuantas semanas. “El pueblo” llenaba los pasillos, las aulas y las salas. Los obreros venían directamente de la fábrica a la universidad. Las autoridades habían perdido la cabeza. Podían detener, arrastrar y fusilar a los obreros en tanto que éstos se encontraban en la calle o en sus casas. Pero apenas el obrero había traspasado el umbral de la universidad cuando su persona se convertía en inviolable. Así se ofrecía a las masas una lección de experiencia que les demostraba las ventajas del derecho constitucional sobre el derecho autocrático.

El 30 de septiembre, tuvieron lugar las primeras asambleas populares en las universidades de Petersburgo y Kiev. La agencia telegráfica describe con horror el público que se había amontonado en el paraninfo de la universidad de San Vladimir. Según los telegramas, se veía, en esta multitud, entre los estudiantes, gran número “de personas de ambos sexos venidas del exterior, alumnos de enseñanza secundaria, adolescentes de las escuelas privadas, obreros, un amasijo de gentes de toda especie y pordioseros”.

La palabra revolucionaria había salido de los subterráneos y resonaba en las salas de conferencias, en los pasillos y los patios de la universidad. La masa se impregnaba con avidez de las divisas de la revolución, tan hermosas en su sencillez. Una multitud no organizada, reunida por azar, que, para los imbéciles de la burocracia y los aventureros del periodismo reaccionario, no era más que “un amasijo de gentes de toda especie”, manifestaba una disciplina moral y un

instinto político que arrancaron exclamaciones admirativas incluso a los publicistas burgueses.

“¿Sabén lo que más me ha sorprendido en la reunión de la universidad?, escribía un cronista del periódico *Russ (Rusia)*. El orden maravilloso, ejemplar, que reinaba. Se había anunciado una suspensión en la sala de sesiones y me fui a merodear al pasillo. El pasillo de la universidad es ahora toda la calle. Todas las aulas que daban al pasillo estaban llenas de gente; se celebraban en ellas reuniones particulares, por fracciones. El propio corredor estaba atestado, la multitud iba y venía. Algunos estaban sentados en los bordes de las ventanas, en los bancos, en los arcones. Se fumaba. Se charlaba a media voz. Hubiera creído estar asistiendo a una ‘reunión’, pero la asamblea era más numerosa y más seria que en las recepciones al uso. Y sin embargo, allí estaba el pueblo, el verdadero pueblo, el pueblo de manos rojas y totalmente agrietadas por el trabajo, con el color terroso que tienen quienes pasan su vida en locales cerrados y malsanos. Y todos los ojos brillaban, hundidos en las órbitas... Para estos hombres de talla pequeña, delgados, mal nutridos, que habían llegado de la fábrica o de la factoría, del taller en que se temple el acero, donde se derrite el arrabio, donde sofocan el calor y el humo, para todos ellos la universidad era un templo, de altas murallas, amplios espacios, donde resplandecía el color blanco. Y toda palabra que se pronunciase aquí tenía los acentos de una oración... La curiosidad despertada, como una esponja, absorbe cualquier (?) doctrina”.

No, la multitud inspirada no absorbía en sí cualquier doctrina. Hubiéramos querido ver tomar la palabra ante ella a estos atrevidos de la reacción que pretenden que entre los partidos extremistas y la masa no hay solidaridad alguna. No se atrevieron. Permanecieron confinados en sus madrigueras, esperando una tregua para calumniar lo pasado. Pero no sólo ellos se abstuvieron: los políticos y los oradores del liberalismo no se mostraron tampoco ante el inmenso y moviente auditorio. Los oradores de la revolución reinaban aquí sin competencia. La socialdemocracia reunía a los innumerables átomos del pueblo mediante la fusión viva, la conjunción indestructible de las ideas políticas. Traducía las grandes pasiones sociales de las masas en el lenguaje acabado de los lemas revolucionarios. La multitud que salía de la universidad no se parecía ya a la que antes entraba en ella... Tenían lugar reuniones todos los días. Entre los obreros, los espíritus se exaltaban cada vez más, pero el partido no lanzaba llamamiento alguno. Contábase con hacer una manifestación general mucho más tarde, para el aniversario del 9 de enero y la convocatoria de la Duma de Estado que debía reunirse el 10. El sindicato de ferroviarios amenazaba con detener el paso a los diputados

reaccionarios que quisieran dirigirse a Petersburgo. Pero los acontecimientos se precipitaron, adelantándose a toda previsión.

II

El 19 de septiembre, los cajistas de la imprenta Sitin, en Moscú, se pusieron en huelga. Exigían una disminución de las horas de trabajo y un aumento del salario a destajo basado en mil caracteres, incluidos los signos de puntuación: este pequeño acontecimiento no tuvo otro resultado, ni más ni menos, que abrir la huelga política general de toda Rusia; se comenzaba por los signos de puntuación y se debía, al fin de cuentas, echar abajo el absolutismo.

La huelga de Sitin fue aprovechada, como se lamenta en su informe el departamento de policía, por una asociación no autorizada que se titulada “Unión de obreros tipolitógrafos de Moscú”. En la tarde del 24 cincuenta imprentas se hallaban ya en huelga. El 25 de septiembre, en una reunión autorizada por *gradonatchalnik* (prefecto de policía de la ciudad), se elaboró un programa de reivindicaciones. El *gradonatchalnik* atribuyó este programa a “la arbitrariedad del Consejo (Soviet) de diputados de los tipógrafos”, y, en nombre de la “independencia” individual de los obreros, a la que amenazaba la voluntad proletaria, el sátrapa intentó aplastar la huelga con todos sus medios.

Pero el movimiento que había comenzado por una cuestión de puntuación ganaba ya a otras ramas de la industria. Los panaderos de Moscú dejaron las artesas y se obstinaron en su resistencia, hasta el punto que dos escuadrones (*sotnias*) del 1^{er} Regimiento de cosacos del Don se vieron obligados, con la bravura aventurera que caracteriza a este arma insigne, a tomar por asalto la panificadora Filipov. El primero de octubre, se telegrafaba de Moscú que la huelga estaba en declive en las fábricas y factorías. Pero no era más que un descanso.

El 2 de octubre, los cajistas de las imprentas de Petersburgo decidieron probar su solidaridad con los camaradas de Moscú mediante una huelga de tres días. Se telegrafía de Moscú que “la huelga continúa” en las fábricas. No hubo desórdenes en las calles: el mejor aliado de la policía fue, en esta ocasión, una lluvia torrencial.

Los ferrocarriles que habían de desempeñar un papel tan considerable en la lucha de octubre dan entonces un primer aviso. El 30 de septiembre comenzó la agitación en los talleres de las líneas de Kursk y de Kazán. Estas dos vías estaban preparadas para abrir la

campana el primero de octubre. El sindicato las retuvo fundándose en la experiencia de las huelgas de empalmes de febrero, abril y julio, preparaba la huelga general de los ferrocarriles para el momento de convocatoria de la Duma; en aquel momento, se oponía a toda acción separada. Pero la fermentación no se apaciguaba. El 20 de septiembre se había inaugurado en Petersburgo la “conferencia” oficial de los representantes ferroviarios, en relación a las cajas de retiro. La conferencia tomó sobre sí la ampliación de sus poderes y, con el aplauso de todos los ferroviarios, se transformó en un congreso independiente, sindical y político. De todas partes llegaron felicitaciones al congreso. La agitación crecía. La idea de una huelga general inmediata sobre los ferrocarriles comenzaba a abrirse paso en el radio de Moscú.

El 3 de octubre, el teléfono nos anuncia de Moscú que la huelga en las fábricas y las factorías disminuye poco a poco. En la línea de Moscú-Brest, donde los talleres habían dejado de trabajar, se aprecia un movimiento en favor de la vuelta al trabajo.

La huelga no era todavía decidida. Reflexionaba, vacilaba. La asamblea de diputados obreros de las corporaciones de la imprenta, de la mecánica, de la carpintería, el tabaco y otras ramas, adoptó la resolución de constituir un consejo (soviet) general de los obreros de Moscú. En las jornadas que siguieron, todo parece ir hacia el apaciguamiento. La huelga de Riga había concluido. En los días 4 y 5, volvieron al trabajo en todas las imprentas de Moscú. Salieron los periódicos. Un día más tarde aparecieron los periódicos de Saratov, después de una semana; nada pues parecía anunciar los acontecimientos.

En la reunión universitaria de Petersburgo, el 5, una resolución invita a los obreros a dejar las huelgas, “por espíritu de solidaridad”, en una fecha fijada. Desde el 6 de octubre, los cajistas de Moscú regresan a sus cajas después de una manifestación de tres días. En la misma fecha, el *gradonatchalnik* de Petersburgo anuncia que el orden reina en la dirección de Schlüsselburg y que los trabajos, interrumpidos por las órdenes venidas de Moscú, se han reanudado en todas partes. El 7, la mitad de los obreros del astillero de construcciones navales del Neva regresaban a sus puestos. En el distrito del Neva, todas las fábricas trabajaban, con excepción de la de Obujov, que había declarado la huelga política hasta el 10 de octubre.

Evidentemente, las jornadas iban a recuperar su ritmo acostumbrado, naturalmente su ritmo revolucionario. Parecía que la huelga hubiese querido hacer unas cuantas experiencias al azar para abandonarlas pronto e irse. Pero no era sino una apariencia.

III

En realidad, la huelga iba a desplegarse en toda su amplitud. Resolvió realizar su obra con la mayor brevedad y se volvió de inmediato a los ferrocarriles. En razón a la efervescencia que se hacía sentir en todas las líneas, particularmente en el radio de Moscú, la oficina central del sindicato de ferroviarios decidió declarar la huelga general. El propósito no era por lo demás sino ensayar una movilización de todas las fuerzas disponibles; la batalla seguía siempre aplazada hasta enero. El 7 de octubre fue un día decisivo. “El corazón tuvo espasmos”, escribía la *Novoie Vremia*: las locomotoras en los ferrocarriles de Moscú se apagaban una tras otra. El telégrafo lanzaba partes de alarma: Nijni-Novgorod, Arzamas, Kachira, Riazan, Venev, unas tras otras o al unísono, se quejaban de haber sido traicionadas por los ferrocarriles. El 7, la línea de Moscú-Kazán se puso en huelga. En Nijni-Novgorod, el empalme de Romodanovo cesó también el trabajo. Al día siguiente, la huelga se extendió a las líneas de Moscú-Yaroslav, Moscú-Nijni y Moscú-Kursk. Pero los otros centros no respondieron de inmediato al llamamiento. El 8 de octubre, en la conferencia de los ferroviarios del radio de Petersburgo, fue acordado ocuparse inmediatamente de la organización de un sindicato panruso de los ferrocarriles, cuya creación había sido decidida en el congreso de abril en Moscú; y esto, para presentar a continuación un ultimátum al gobierno y apoyar las reivindicaciones para una huelga de toda la red. No se hablaba pues de huelga más que para un futuro indeterminado.

El 9 de octubre se detuvieron los trenes de Moscú-Kiev-Voronej, de Moscú-Brest y de otras direcciones. La huelga domina la situación y, sintiéndose en terreno seguro, anula todas las decisiones tomadas hasta entonces por espíritu de moderación, bien para dominar, bien para entorpecer el movimiento.

El 9 de octubre igualmente, en una sesión extraordinaria del congreso de delegados ferroviarios de Petersburgo, se formula y expide inmediatamente por telégrafo a todas las líneas el lema de la huelga de los ferrocarriles: la jornada de ocho horas, las libertades cívicas, la amnistía, la Asamblea constituyente.

La huelga extiende ahora una mano dominadora sobre toda la extensión del país. Se deshace de todas sus vacilaciones. A medida que el número de huelguistas aumenta, su seguridad se hace mayor. Por encima de las necesidades económicas de las profesiones, se elevan las reivindicaciones revolucionarias de la clase. Despegándose de los marcos corporativos y locales, comienza a sentir que es ella misma la revolución, y esto le confiere una audacia inesperada.

Corre sobre los raíles y, con gesto autoritario, cierra el camino tras de sí. Advierte de su paso por el hilo telegráfico del ferrocarril. “¡La huelga! ¡Haced la huelga!”, exclama en todas las direcciones. El 9, los periódicos anunciaban a toda Rusia: en la dirección de Kazán había sido detenido un cierto Bednov, electrotécnico, que estaba cargado de proclamas. Pensaban así detener aún la huelga confiscando un paquete de proclamas. ¡Insensatos! La huelga seguía...

Persiguió un plan colosal: detener la vida industrial y comercial del país, sin omitir ningún detalle. Cuando el telégrafo se niega a servirla, por una resolución enteramente militar, corta los hilos o derriba los postes. Detiene las locomotoras inquietas y les arrebató el vapor. Corta igualmente las centrales de electricidad o bien, si eso presenta dificultades, destruye los cables y sume las estaciones en la noche. Cuando una oposición tenaz estorba sus designios, no duda en arrancar los raíles, demoler un semáforo, poner de costado una locomotora, obstruir la vía, atravesar vagones en un puente. Penetra en el elevador y detiene el funcionamiento de la maquinaria. Detiene los trenes de mercancías allí donde los encuentra; en cuanto a los de viajeros, los conduce hasta la estación más cercana o hasta su destino, si es preciso.

No deroga su acuerdo de paro sino para alcanzar mejor sus fines. Abre una tipografía cuando tiene necesidad de publicar los boletines de la revolución, se sirve del telégrafo para enviar sus instrucciones, deja pasar los trenes que conducen a los delegados de los huelguistas. Para el resto, no hace excepción alguna: cierra las fábricas, las farmacias, las tiendas, los tribunales.

A veces, su atención decae, se debilita su vigilancia en un lugar o en otro. A veces un tren aventurado logra franquear las barreras de la huelga y huir; organiza entonces la persecución. Se desliza como un criminal, atravesando estaciones tenebrosas y desiertas, sin que el telégrafo prevenga de su llegada, acompañado por el temor, abandonado a lo desconocido. Pero, finalmente, la huelga le atrapa, detiene la locomotora, obliga al mecánico a descender y abre el tubo de escape. Pone en acción todos los medios: llama, exhorta, conjura, suplica de rodillas —en Moscú una mujer oradora se arrodilló sobre el andén de la estación de Kursk—, amenaza, asusta, lapida y llega a lanzar disparos de revólver. Tiene que alcanzar sus fines, cueste lo que cueste. La apuesta es demasiado considerable: se trata de la sangre de los padres, del pan de los hijos, de la reputación misma de las fuerzas revolucionarias. Toda una clase obedece, y si una ínfima porción del mundo obrero, desviada por aquellos contra los que se ha entablado la lucha, se atraviesa en el camino, ¿hay que extrañarse de que la huelga, con un rudo empujón, aparte los recalcitrantes?

IV

Los nervios motores del país se insensibilizan cada vez más. El organismo económico se anquilosa. Smolensko, Kirsanov, Tula, Lujoianov se quejan de sufrir la huelga completa. Los batallones de guardia de los ferrocarriles no tienen ni la fuerza ni la habilidad para obrar cuando toda la línea, toda la red se vuelve contra ellos. El 10, el tráfico había cesado en casi todas las líneas de Moscú, en la de Nicolás (Moscú-Petersburgo), en particular hasta Tver, y Moscú se encontraba completamente perdida en el centro del inmenso territorio. La última línea de la red, la de Savelovo se puso en huelga el 16.

El 10 por la noche, los ferroviarios en huelga se reunieron en una sala de la Universidad de Moscú y decidieron continuar el movimiento hasta completa satisfacción. La huelga se había extendido desde el centro hasta las extremidades. Alcanzaba, el 8, la línea de Riazán al Ural, el 9 las de Briansk-Polesie y de Smolensko-Dankov. El 10, la de Kursk-Jarkov-Sebastopol y la de Ekaterinoslav, todas las vías de la red de Jarkov. Los productos de consumo corriente aumentaban rápidamente de precio. El 11 se quejaban en Moscú de carecer de leche.

En el mismo día, la huelga hizo nuevas conquistas. El tráfico se detuvo en la vía de Samara-Zlatoust. La red de Orel se inmovilizó. Sobre las líneas del sudoeste, hicieron paro a su vez las estaciones más importantes: Kazatin, Birzula y Odesa; en la vía de Jarkov fueron Nicolaiev, y Krementchug. Todos los caminos de Polesie fueron cortados. No llegaron en el día más que tres trenes a Savatov y traían delegados de la huelga. Los trenes de delegados, según anunciaba el telégrafo, eran acogidos con ovaciones a lo largo de todo el recorrido.

La huelga de los ferrocarriles se extiende inevitablemente, arrastrando una línea tras otra, un tren tras otro. El 11 de octubre el general gobernador de Curlandia emitía la suspensión del trabajo en las vías férreas. Este desafío recibió inmediata respuesta. El 12, no había ya un solo tren entre Moscú y Kreuzburg, toda la línea estaba en huelga, el tren de Windau no llegaba. El 15 en Windau, el elevador y la agencia comercial de los ferrocarriles interrumpían sus actividades.

En la noche del 11 al 12, el movimiento se detuvo en todos los empalmes del Fístula. Por la mañana ningún tren salió de Varsovia para Petersburgo. En el mismo día, el 12, la huelga se extendió a Petersburgo. El instinto revolucionario le había indicado la buena táctica: primero había sublevado toda la provincia, inundado Petersburgo con miles de telegramas de alarma, había creado así el “momento psicológico”, aterrorizado al poder central, y, a continuación, llegaban personas para dar

el golpe final. En la mañana del 12, con una completa unanimidad, se abandonaron los trabajos en toda la red de Petersburgo. Sólo la línea de Finlandia funcionaba aún, esperando la movilización revolucionaria de este país; la vía no debía cerrarse hasta cuatro días más tarde, el 16. El 13 de octubre, la huelga alcanzó Reval, Libau, Riga y Brest. Los trabajos cesan en la estación de Perm. El movimiento se detiene en una parte del camino de Tachkent. El 14, se ponen en huelga la red de Brest, la línea de Transcaucasia y las estaciones de Asjabad y de Novaia-Bujara, en las líneas del Asia Central. El mismo día, comenzaba la huelga en la línea de Siberia; comenzaba por Chita e Irkutsk y, ganando de oriente a occidente, llegaba, el 17 de octubre, a Cheliabinsk y Kurgan. El 15 de octubre estaba en Bakú, el 17 en la estación de Odesa.

A la parálisis de los nervios motores se unió, por cierto tiempo, la de los nervios sensoriales: las comunicaciones telegráficas fueron suspendidas: el 11 de octubre en Jarkov, el 13 en Cheliabinsk e Irkutsk, el 14 en Moscú, el 15 en Petersburgo.

En razón de la huelga de los ferrocarriles, el correo rehusó aceptar la correspondencia interurbana. Pudo verse, sobre la vieja *trakt* (carretera nacional) troikas a la antigua usanza. No sólo todos los caminos de Rusia y de Polonia, sino también los de Vladicáucaso, Transcaucasia y Siberia estaban bloqueados. Todo el ejército de ferroviarios estaba en huelga: 750000 hombres.

V

Sonó la alarma en los boletines de la bolsa del trigo, de las mercancías al por mayor, de las carnes, de las verduras, del pescado, etc. El precio de los víveres, sobre todo el de la carne, subió rápidamente. La bolsa del dinero temblaba. La revolución había sido siempre su mortal enemiga. Cuando ambas se encontraron cara a cara, la bolsa perdió la cabeza. Se precipitó hacia el telégrafo, pero éste guardaba un silencio hostil. El correo se negaba igualmente a servirla. La bolsa fue a llamar a la puerta del Banco del Estado, pero éste no respondía ya de la ejecución de los giros. Las acciones de los ferrocarriles y de las empresas industriales abandonaron el lugar, como una nidada de pájaros asustados, y volaron, no para ascender al cielo, sino para caer lo más bajo posible. En el sombrío reino del agio, sobrevino el pánico, el rechinar de vientres. La circulación de dinero se vio obstaculizada. Los ingresos no llegaban de la provincia a las capitales. Las firmas que pagan al contado cerraban sus ventanillas. El número de efectos protestados aumentaba con rapidez. Los signatarios de billetes y cheques, los avaladores,

los deudores y los endosantes se agitaron, corrieron a derecha e izquierda, exigiendo la violación de las leyes que habían sido hechas para ellos porque la *enemiga*, la huelga, que personificaba la revolución, había violado todas las leyes del cambio y el movimiento económico.

La huelga no se limita ya a los ferrocarriles, tiende a hacerse general. Después de haber descargado las locomotoras y apagado las luces de las estaciones, se dirige, con la muchedumbre de ferroviarios, a las ciudades, detiene el tranvía, coge por la brida al caballo del cochero y hace descender al cliente, cierra los almacenes, los restaurantes, los cafés, las tabernas y se aproxima audazmente a las puertas de la fábrica. Era esperada. Resuena el silbido de alarma, cesa el trabajo, aumenta la multitud inmediatamente en la calle. Va más lejos y lleva ya la bandera roja. Sobre la bandera se lee que solicita una Asamblea constituyente y la República, que lucha por el socialismo. Pasa por delante de la redacción de un periódico reaccionario. Considera con aversión tal foco de epidemia ideológica, y si encuentra una piedra en su camino la lanza contra la ventana. La prensa liberal, que se imagina servir al pueblo, envía hacia la muchedumbre una diputación, prometiendo aportar “la reconciliación” en estas terribles jornadas y solicitando gracia y perdón. La iniciativa es dejada sin respuesta. En las imprentas, las cajas son alineadas y los cajistas bajan a la calle. Los despachos, los bancos cierran... La huelga reina como dueña de todo. El 10 de octubre, se abre la huelga política general en Moscú, Jarkov y Reval. El 11, en Smolensko, Kozlov, Ekaterinoslav y Lodz. El 12, en Kursk, Belgorod, Samara, Saratov y Poltava. El 13 en Petersburgo, Orcha, Minsk, Krenientchug, Simferopol. El 14, en Gomel, Kalisz, Rostov del Don, Tiflis, Irkutsk. El 15, en Vilna, Odesa, Batum. El 16, en Orenburg. El 17, en Derpt, Vitebsk, Tomsk. La huelga llegó a extenderse a Riga, Libau, Varsovia, Plotsk, Belostok, Kovno, Dvinsk, Pskov, Poltava, Nicolaiev, Mariupol, Kazán, Czenstochowo, Zlatoust, etc. En todas partes, la vida industrial se detiene, así como en muchos lugares el movimiento comercial. Cierran los establecimientos de enseñanza. A la huelga del proletariado se adhieren las “uniones” de intelectuales. En numerosos casos, los jurados se niegan a juzgar, los abogados a alegar, los médicos a tratar sus enfermos. Los jueces de paz cierran su salas de audiencia.

VI

La huelga organiza grandiosos mítines, la animación intensa de las masas y el enloquecimiento del poder crecen paralelamente, se fo-

mentan entre sí. Calles y plazas están cubiertas de patrullas a pie y a caballo. Los cosacos provocan la huelga al desorden: se lanzan sobre la multitud, dan latigazos, golpean con el sable, disparan sin advertencia, desde sus lugares de emboscada.

Entonces la huelga demuestra, siempre que puede, que no consiste simplemente en una interrupción del trabajo para esperar los acontecimientos, que no es una protesta pasiva de brazos cruzados. Se defiende, y de la defensa pasa a la ofensiva.

En diversas ciudades del mediodía, levanta barricadas, asalta las tiendas de los armeros, se arma y ofrece una resistencia, si no victoriosa, al menos heroica.

En Jarkov, el 10 de octubre, después de un mitin, la multitud se apoderó de un depósito de armas. El 11, cerca de la universidad, obreros y estudiantes levantaron barricadas. Postes telegráficos fueron tumbarlos atravesando las calles; les fueron añadidas planchas de hierro, procedentes de las puertas cocheras, postigos, verjas, cajas de embalaje, planchas y vigas, unido todo con alambre. Varias barricadas se sujetaron sobre bases de piedra; fueron arrojados pesados adoquines arrancados de la acera sobre las vigas. Hacia la una de la tarde, gracias a esta arquitectura sencilla pero noble, habían sido levantadas diez barricadas. Igualmente habían sido obstruidas las ventanas y las entradas de la universidad. El sector fue declarado en estado de sitio... Los poderes sobre el lugar se confiaron a un cierto teniente general, Mau, sobre cuya bravura no cabía duda alguna. Sin embargo el gobernador trató de parlamentar. Usando como intermediario a la burguesía liberal, se elaboraron las condiciones de una capitulación honrosa. La milicia que se organizó fue saludada por los aplausos entusiastas de los ciudadanos. Restableció el orden. Petersburgo exigía empero que *el orden* fuese aplastado por *la fuerza*. La milicia, apenas constituida, fue dispersada; la ciudad se encontró de nuevo en poder de los bribones a pie y a caballo. En Ekaterinoslav, el 11 de octubre, los cosacos dispararon traidoramente sobre una multitud pacífica; enseguida, se alzaron las primeras barricadas. Hubo seis. La mayor, *la madre barricada*, se encontraba en la plaza de Briansk. Vehículos, raíles, postes, un gran número de objetos menudos, todo lo que la revolución, según la expresión de Víctor Hugo, puede arrojar a la cabeza del antiguo régimen, sirvió para la construcción. El propio esqueleto de la barricada fue recubierto con una espesa capa de tierra. Se cavaron fosos a los lados y fueron dispuestas alambradas ante ellos. Desde la mañana, varios centenares de hombres se encontraban en cada barricada. El primer asalto dado por las tropas fue fallido; los soldados no se apode-

raron del primer obstáculo hasta las tres y media. En el momento en que avanzaban dos bombas fueron arrojadas desde lo alto de los tejados, una tras otra, hubo muertos y heridos entre los soldados. Hacia el atardecer, el ejército era dueño de todas las barricadas. El 12, una calma sepulcral reinó en la ciudad. Los soldados limpiaban sus carabinas y la revolución sepultaba sus muertos.

El 16 fue día de barricadas en Odesa. Desde la mañana, en las calles de la Transfiguración y de Richelieu, eran volcados los vagones del tranvía, arrancadas las banderas, cortados los árboles, amontonados los bancos. Rodeadas de alambre de púas cuatro barricadas cerraban la calle en toda su longitud. Fueron tomadas por los soldados después de un combate y barridas por sirvientes.

En muchas otras ciudades hubo escaramuzas entre la multitud y las tropas, se trató de construir barricadas. Pero, en su conjunto, las jornadas de octubre no fueron más que una huelga política, una gran maniobra para la revolución, una revista simultánea de todas las fuerzas; no fue una verdadera insurrección.

VII

Y sin embargo, el absolutismo cedió. La terrible sobreexcitación que se hizo sentir en todo el país, el azoramiento que delataban los informes venidos de la provincia y cuya profusión era aplastante por sí misma, la incertidumbre absoluta respecto al día siguiente, todo vino a producir un increíble pánico en las filas del gobierno. No podía contar de forma absolutamente segura con el ejército: los soldados se dejaban ver en los mítines, oficiales tomaban la palabra para afirmar que un tercio del ejército estaba “con el pueblo”. La huelga de los ferrocarriles creaba por lo demás obstáculos insuperables para la represión militar. Y, en fin, había que pensar en la bolsa europea. Esta había comprendido que se encontraba ante la revolución, y declaraba que no deseaba tolerarla más. Exigía orden y garantías constitucionales. Habiendo perdido así la cabeza, agobiado, el absolutismo otorgó concesiones. Se promulgó el manifiesto del 17 de octubre. El conde Witte se convirtió en primer ministro y –que intente negarlo– gracias a la victoria de la huelga revolucionaria o, mejor aún, gracias a la *insuficiencia* de esta victoria. En la noche del 17 al 18, el pueblo recorría las calles con banderas rojas, reclamaba la amnistía, cantaba *Memoria eterna* (el *Requiem* ruso) en los puntos de la ciudad donde habían tenido lugar las carnicerías de enero, y gritaba “anatema” bajo las ventanas de Pobedonotsev y del *Novoie Vremia*... En la mañana del 18 tuvo lugar la primera matanza de la era constitucional.

El enemigo no estaba aplastado. Solamente se había batido en retirada cierto tiempo, ante la manifestación repentina de una fuerza imprevista. La huelga de octubre mostró que la revolución podía en adelante levantar simultáneamente todas las ciudades de Rusia. Este paso adelante era inmenso, y la reacción dirigente mostró que comprendía su importancia cuando respondió al intento de octubre mediante el manifiesto, por una parte, y por otra, con la convocatoria de todos sus efectivos para organizar el terror negro.

VIII

Hace diez años¹, Plejanov declaraba al Congreso socialista de Londres: “El movimiento revolucionario ruso triunfará en tanto que movimiento obrero, o no triunfará”. El 7 de enero de 1905, Struve escribía: “No existe un pueblo revolucionario en Rusia.”

El 17 de octubre, el gobierno autocrático contrafirmó la primera victoria seria de la revolución, y tal victoria la había conseguido el proletariado. Plejánov tenía razón: el movimiento revolucionario había triunfado en tanto que movimiento obrero.

Es cierto que la huelga obrera de octubre tuvo lugar no sólo con la ayuda material de la burguesía, sino con su apoyo, en razón de la huelga de las profesiones liberales. Esto no cambia sin embargo nada. Una huelga de ingenieros, de abogados y de médicos no podía tener la importancia alguna por sí misma. Acrecentó sólo en un grado muy modesto la significación política de la huelga general de los trabajadores. Por el contrario, subrayó la hegemonía indiscutible, ilimitada, del proletariado en la lucha revolucionaria; las profesiones liberales que, después del 9 de enero, adoptaron los lemas fundamentales de la democracia, preconizados por los obreros de Petersburgo, se sometieron en octubre al método de lucha que constituye la fuerza específica del proletariado: declararon la huelga. De todos los intelectuales, el grupo más revolucionario, el de los estudiantes, había introducido desde tiempo atrás en las universidades el procedimiento de lucha por la huelga, tomado de las fábricas, y eso a pesar de las solemnes protestas de todo el profesorado liberal. La hegemonía revolucionaria del proletariado se afirmó a continuación por la extensión de la huelga a los tribunales, a las farmacias, a las administraciones de los zemstvos y a las dumas municipales. La huelga de octubre fue la demostración de la hegemonía proletaria en la revolución burguesa y, al mismo tiempo, la de la hegemonía de la ciudad sobre un país de campesinos.

¹ Esto se escribió en 1905. (1909)

El viejo poder de la tierra, divinizado por la escuela populista, fue reemplazado por *la autoridad despótica de la ciudad capitalista*.

La ciudad se había hecho dueña de la situación. Había concentrado riquezas inmensas, había logrado la vinculación del campo mediante el ferrocarril; por este camino había asimilado las mejores fuerzas de iniciativa y de creación en todos los dominios de la vida; había sojuzgado material y moralmente todo el país. En vano la reacción intenta evaluar la importancia proporcional de la población urbana y se consuela pensando que Rusia es todavía una nación de campesinos. El papel *político* de la ciudad moderna no puede medirse con la simple cifra de sus habitantes, así como tampoco su papel económico. El retroceso de la reacción ante la huelga de la ciudad, a pesar del silencio del campo, es la mejor prueba que pueda ofrecerse de la dictadura ejercida por aquélla.

Las jornadas de octubre mostraron que sí, en la revolución, la hegemonía pertenece a las ciudades, en las ciudades corresponde al proletariado. Pero, al mismo tiempo, los acontecimientos descubrieron que *la ciudad conscientemente revolucionaria carecía de política común con el campo, del que sólo el instinto estaba desencadenado*. Las jornadas de octubre plantearon en la práctica y en toda su amplitud la cuestión: ¿de qué lado se encuentra el ejército? Y han mostrado que de la solución de esta interrogante dependía la suerte de la libertad rusa. Las jornadas de octubre suscitaron una orgía de reacción a partir de finales de mes. La fuerza tenebrosa aprovechó el momento en que la marea revolucionaria descendía para lanzarse al ataque con toda la furia sanguinaria que la caracteriza. Su éxito fue debido al hecho de que la huelga revolucionaria, abandonando el martillo, aún no había empuñado la espada. Las jornadas de octubre probaron a la revolución, de manera hiriente, que precisaba estar armada. *Organizar el campo y vincularlo a la ciudad; conseguir la estrecha adhesión del ejército; tomar las armas*, tales son las simples y considerables deducciones que impusieron al proletariado la lucha y la victoria de octubre.

Sobre estas deducciones se apoya en adelante la revolución.

En el estudio que escribimos en la época de la “primavera” liberal, bajo el título *Antes del 9 de enero*, intentamos señalar las vías que debería seguir más tarde el desarrollo de las fuerzas revolucionarias. Aplicamos toda nuestra energía a resaltar la importancia de una huelga política de las masas, como método indispensable de la revolución rusa. Ciertos políticos perspicaces, hombres por lo demás respetables bajo todos los aspectos, nos reprochaban la búsqueda de una receta de la revolución. Estos críticos nos explicaban que la huelga, medio específico de lucha

para la clase proletaria, no puede jugar en las circunstancias de una revolución nacional y burguesa el papel que pretendíamos “imponerle”. Los acontecimientos que se produjeron, a pesar de tantas previsiones basadas sobre la rutina, a pesar de las teorías más “sensatas”, nos ahorran la necesidad de refutar a estos honrados críticos². La huelga general de Petersburgo, ocasión del drama del 9 de enero, estalló antes de que el estudio hubiese sido publicado: evidentemente, nuestra “receta” no era más que un simple plagio, una copia de la verdad del movimiento revolucionario. En febrero de 1905, durante las huelgas parciales y caóticas que suscitó el Domingo sangriento de Petersburgo, escribíamos: “Después del 9 de enero, la revolución no conocerá descanso. No se limita ya a un trabajo subterráneo, oculto a la vista, para sublevar incesantemente nuevos estratos: ha llegado a hacer abiertamente, con prisa, el llamamiento de sus compañías, sus batallones, sus regimientos y sus cuerpos de ejército. La fuerza principal de esta inmensa tropa está constituida por el *proletariado*; por eso la revolución procede al llamamiento de sus soldados mediante la *huelga*.”

“Una tras otra, las profesiones, las fábricas, las ciudades abandonan el trabajo. Los ferroviarios son los iniciadores del movimiento, las vías férreas sirven de transmisor a esta epidemia. Son formuladas exigencias económicas, satisfechas casi de inmediato, en todo o en parte. Pero ni el comienzo de la huelga, ni su término dependen por completo de las reivindicaciones presentadas, ni de las satisfacciones que se obtienen. Cada huelga parcial comienza no porque la lucha económica cotidiana haya llegado a exigencias determinadas: por el contrario, se hace una selección de exigencias y se las formula porque hace falta la huelga. Existe la necesidad de comprobar por sí mismo, por el proletariado de otros lugares, y en fin por el pueblo entero, las fuerzas que han sido acumuladas, la solidaridad de la clase, su ardor combativo; es preciso pasar una revista general de la revolución. Los propios huelguistas y quienes les apoyan, y quienes sienten por ellos simpatía, y los que los temen, y los que los odian, todos comprenden o sienten confusamente que esta furiosa huelga que corre locamente de un lugar a otro, recupera su impulso y pasa como un torbellino; todos comprenden o sienten que no obra por sí misma, que se limita a cumplir la voluntad de la revolución que la envía”.

No nos engañamos: sobre el terreno preparado por una campaña de huelgas de nueve meses, surgió la gran huelga de octubre. Para el liberalismo, cuyas ideas son orgánicamente superficiales, los aconteci-

² Se trata de los escritores mencheviques: Martov, Dan, etc. (1909)

mientos del otoño fueron tan imprevistos como los había sido el nueve de enero. Esto no entraba en el esquema histórico previo del pensamiento liberal; la huelga era una intrusa y los liberales no la aceptaron más que a *posteriori*. Aún más, si antes de la huelga de octubre el liberalismo, apoyado sobre los congresos de zemstvos, desdeñó la idea de una huelga general, este mismo liberalismo, representado por su ala izquierda, tras el 17 de octubre, habiendo comprobado el triunfo de la huelga, se alzó contra cualquier otra forma de lucha revolucionaria. “Esta huelga pacífica –escribía Procopovich en la revista *Pravo (El derecho)*–, huelga que ha ocasionado un número mucho menos considerable de víctimas que lo hiciera el movimiento de enero, y que se ha cerrado *con un golpe de Estado*, ha sido una revolución, puesto que *ha transformado radicalmente el régimen gubernamental de Rusia*”.

“La historia –prosigue– que había privado al proletariado de uno de sus medios de lucha por los derechos populares, la insurrección y las barricadas en la calle, le dio otro mucho más poderoso, la huelga política general”³.

Las citas que acabamos de hacer muestran la enorme importancia que concedíamos entonces a una huelga política de las masas, considerada como indispensable método de la revolución rusa, mientras que los radicales como Procopovich se nutrían de vagas esperanzas fundadas en la oposición de los zemstvos. Pero no podemos admitir en modo alguno que la huelga general haya abolido y reemplazado los antiguos métodos revolucionarios. No podemos tampoco reconocer que la huelga de octubre, por mucha estima en que la tengamos, haya “radicalmente transformado el régimen gubernamental de Rusia”. Por el contrario, todos los acontecimientos políticos ulteriores no se explican más que en razón del hecho que la huelga de octubre *no ha cambiado en nada* el régimen gubernamental.

Sin duda alguna, la huelga de los ferrocarriles y del telégrafo desorganizó hasta el último grado el mecanismo gubernamental. Y la desorganización se agravó con la duración de la huelga. Pero, al prolongarse, la propia huelga trastornaba las funciones de la vida, económica y social y debilitaba necesariamente a los obreros. Y, finalmente, debía tener un término. Pero, desde que la primera locomotora estuvo a presión, desde que el primer aparato Morse produjo su tac-tac, el poder que subsistía encontró la posibilidad de reemplazar todas las palancas rotas y renovar todas las piezas averiadas de la vieja máquina gubernamental.

³ *Pravo*, 1905, número 41. (1909)

En la lucha es extremadamente importante debilitar al adversario; es la función de la huelga. Al mismo tiempo, pone en pie el ejército de la revolución. Pero ni este resultado ni aquél constituyen por sí mismos un golpe de Estado.

Es preciso además arrancar el poder a quienes lo detentan y traspasarlo a la revolución. Esa es la tarea esencial. La huelga general crea las condiciones necesarias para que este trabajo sea ejecutado, pero es, por sí misma, insuficiente para llevarlo a término.

El viejo poder gubernamental se apoya sobre su fuerza material, sobre el ejército ante todo. Sobre el camino de un verdadero “golpe de Estado”, además del que se cree haber hecho sobre el papel, se encuentra siempre el ejército. En un momento dado de la revolución, se plantea una cuestión que domina todas las restantes: ¿de qué lado están las simpatías y las bayonetas de las tropas? La respuesta no puede obtenerse mediante una investigación. Pueden formularse muchas observaciones justas y preciosas sobre el ancho y la regularidad de las calles modernas, sobre los nuevos modelos de fusil, etc., pero todas estas consideraciones técnicas dejan en pie la cuestión de la conquista revolucionaria del poder gubernamental. La inercia del ejército debe ser superada. La revolución no llega a ese fin más que provocando una colisión entre el ejército y las masas populares. La huelga general crea condiciones favorables para ese enfrentamiento. El método es brutal, pero la historia no conoce otro.

8. FORMACION DEL SOVIET DE DIPUTADOS OBREROS

Octubre, noviembre y diciembre de 1905: es la época culminante de la revolución. Comenzó por la modesta huelga de los tipógrafos moscovitas y se cerró con el saqueo de la antigua capital de los zares entregada a las tropas del gobierno. Pero con la excepción de la hora final –la de la insurrección moscovita– el primer lugar en los acontecimientos de este periodo no corresponde a Moscú.

El papel de Petersburgo en la Revolución Rusa no puede compararse con el de París en la revolución que cierra el siglo XVIII. Las condiciones generales de la economía aún primitiva de Francia, el estado rudimentario de sus medios de comunicación por una parte, y por otra su centralización administrativa, permitían a París localizar de hecho la revolución entre sus murallas. Todo lo contrario sucedió entre nosotros. El desarrollo capitalista suscitó en Rusia otros tantos focos revolucionarios separados como centros industriales existían, y éstos, aún conservando la independencia y espontaneidad de sus movimientos, seguían estando estrechamente ligados entre sí. El ferrocarril y el telégrafo descentralizaban la revolución, a pesar del carácter centralizado del Estado, y sin embargo, los mismos medios de comunicación daban unidad a todas las manifestaciones locales de fuerza revolucionaria. Si, a fin de cuentas, puede admitirse que la voz de Petersburgo haya tenido una influencia preponderante, esto no quiere decir que toda la revolución estuviera concentrada en la Perspectiva Nevski o delante del Palacio de Invierno; significa simplemente que las consignas y los métodos de lucha que preconizaba Petersburgo encontraron un poderoso eco revolucionario en todo el país. La organización de Petersburgo, la prensa de Petersburgo proporcionaban modelos rápidamente adoptados por las provincias. Los acontecimientos que se produjeron en los diversos rincones del país, con excepción de las rebeliones de la flota y de las fortalezas, nunca presentaron un valor independiente.

Por tanto, si tenemos derecho a colocar la capital del Neva en el centro de todos los acontecimientos con que acaba 1905, en el propio Petersburgo hemos de conceder el lugar más alto al Consejo o Soviet

de Diputados Obreros. Es realmente la más importante organización obrera que haya conocido Rusia hasta hoy. Además, el Soviet de Petersburgo fue un ejemplo y un modelo para Moscú, Odesa y varias otras ciudades. Pero hay que señalar sobre todo que esta organización, que verdaderamente emanaba de la clase de los proletarios, fue la organización-tipo de la revolución. Todos los acontecimientos giraron en torno al soviet, todos los hilos se anudaron a él, todos los llamamientos procedieron de él.

¿QUE ERA EL SOVIET?

El Soviet de Diputados Obreros se formó para responder a una necesidad objetiva, suscitada por la coyuntura de entonces: era preciso tener una organización que gozase de una autoridad indiscutible, libre de toda tradición, que agrupara desde el primer momento a las multitudes diseminadas y desprovistas de enlace; esta organización debía ser la confluencia para todas las corrientes revolucionarias en el interior del proletariado; tenía que ser capaz de iniciativa y de controlarse a sí misma automáticamente; lo esencial, en fin, era poder ponerla en marcha en veinticuatro horas. La organización socialdemócrata que vinculaba estrechamente, en sus retiros clandestinos, a varios cientos, y mediante la circulación de las ideas, a miles de obreros en Petersburgo, estaba en condiciones de dar a las masas una consigna que iluminase su experiencia natural a la luz fulgurante del pensamiento político; pero el partido no hubiera sido capaz de unificar por un nexo vivo, en una sola organización, a los miles y miles de hombres de que se componía la multitud, en efecto, el partido siempre había realizado lo esencial de su trabajo en laboratorios secretos, en los antros de la conspiración que las masas ignoraban. La organización de los socialistas revolucionarios sufría de las mismas enfermedades de la vida subterránea, agravadas incluso por su impotencia e inestabilidad. Las dificultades existentes entre las dos fracciones igualmente fuertes de la socialdemocracia, por una parte, y su lucha con los socialistas revolucionarios por otra, hacían absolutamente indispensable la creación de una organización imparcial. Para tener autoridad sobre las masas, al día siguiente de su formación, tenía que instituirse sobre la base de una representación muy amplia. ¿Qué principio había de adoptarse? La respuesta era obvia. Al ser el proceso de producción el único nexo que existía entre las masas proletarias, desprovistas de organización, no había otra alternativa sino atribuir el derecho de representación

a las fábricas y los talleres¹. Se tenía como ejemplo y precedente la comisión del senador Chidlovski. Una de las dos organizaciones socialdemócratas de Petersburgo tomó la iniciativa de la creación de una administración autónoma revolucionaria obrera el 10 de octubre, en el momento en que se anunciaba la mayor de las huelgas. El 13 por la noche, en el edificio del Instituto Tecnológico, tuvo lugar la primera sesión del futuro soviét. Sólo estaban unos treinta o cuarenta delegados. Fue decidido llamar inmediatamente al proletariado de la capital a la huelga política general y a la elección de delegados. “La clase obrera –decía el llamamiento redactado en la primera sesión– se ha visto obligada a recurrir a la última medida de que dispone el movimiento obrero mundial: la huelga general... En el plazo de unos días, deben producirse acontecimientos decisivos en Rusia. Determinarán para muchos años la suerte de la clase obrera; tenemos pues que ir por delante de los hechos con todas las fuerzas disponibles, unificadas bajo la égida de nuestro soviét común...”.

Esta decisión de importancia incalculable fue adoptada por unanimidad; ni siquiera hubo debate sobre el principio de la huelga general, sobre los métodos que convenían, sobre los fines y las posibilidades que podían contemplarse, y fueron sin embargo estas cuestiones las que suscitaron, poco tiempo después, una lucha ideológica apasionada en las filas de nuestro partido alemán. No existe necesidad alguna de explicar este hecho por las diferencias psicológicas de las nacionalidades; por el contrario, es a nosotros los rusos a quienes podría reprocharse una predilección enfermiza por las filigranas de la táctica y el abuso de las sutilezas en el detalle. La razón verdadera de la conducta adoptada se encuentra en el carácter revolucionario del periodo. El Soviet, desde el momento en que fue instituido hasta el de su pérdida, permaneció bajo la poderosa presión del elemento revolucionario, el cual, sin perderse en consideraciones vanas, desbordó el trabajo de la *intelligentzia* política.

Cada uno de los niveles de la representación obrera estaba predeterminado, “la táctica” a seguir se imponía de manera evidente. No había que examinar los métodos de lucha, apenas se contaba con el tiempo de formularlos...

La huelga de octubre caminaba con paso seguro hacia su apogeo. A la cabeza del cortejo, avanzaban los obreros del metal y la imprenta. Fueron los primeros en entrar en combate y formularon de forma neta y precisa, el 13 de octubre, sus lemas políticos.

¹ Había un delegado por cada quinientos obreros. Las pequeñas empresas industriales se unían para formar agrupaciones de electores. Los jóvenes sindicatos recibieron igualmente el derecho de representación. Es preciso decir, sin embargo, que estas normas no eran observadas con mucho rigor; algunos delegados no representaban más que a cien o doscientos obreros, e incluso a menos. (1909)

“Declaramos la huelga política –articulaba la fábrica de Obujov, ciudadela de la revolución– y lucharemos hasta el fin por la convocatoria de la Asamblea constituyente sobre la base del sufragio universal, igualitario, directo y secreto, con el fin de instaurar en Rusia la república democrática”.

Al promulgar los mismos lemas, los obreros de las plantas eléctricas declaraban: “Unidos con la socialdemocracia, lucharemos por nuestras reivindicaciones hasta el fin y afirmamos ante toda la clase obrera que estamos dispuestos a combatir con las armas en la mano por la liberación total del pueblo”.

La exigencia del momento era definida de manera aún más atrevida por los obreros tipógrafos que enviaban, el 14 de octubre, sus diputados al soviét: “Reconociendo que la lucha pasiva es por sí misma insuficiente, que no basta con abandonar el trabajo, decidimos: que es preciso transformar las tropas de la clase obrera en huelga en un ejército revolucionario, es decir, organizar inmediatamente compañías de combate. Que estas compañías se ocupen de armar al resto de las masas obreras, si es preciso mediante el saqueo de las armerías y arrebatando sus armas a la policía y el ejército allí donde se pueda”. Esta resolución no se quedó en meras palabras. Las compañías de tipógrafos armados alcanzaron un éxito notable al apoderarse de las grandes imprentas que sirvieron para la publicación de las *Noticias del Soviet de Diputados Obreros (Izvestia)*; rindieron servicios inapreciables con ocasión de la huelga de correos y telégrafos.

El 15 de octubre, todavía trabajaban en su mayor parte las fábricas textiles. Con el fin de arrastrar a la huelga a los abstencionistas, el soviét elaboró toda una serie de medios graduales, desde las exhortaciones hasta el empleo de la violencia. No se vio obligado, empero, a recurrir a este extremo. Si los llamamientos impresos permanecían sin efecto, bastaba con la aparición de una multitud de huelguistas, a veces incluso de unos cuantos hombres, para que cesase el trabajo.

“Yo pasaba delante de la fábrica Pecquelieu –informa al soviét uno de los diputados. Veo que trabajan dentro. Llamo. –Diga que es un diputado del soviét obrero”. –“¿Y qué quiere usted?”, pregunta el gerente. –“En nombre del soviét, exijo que su fábrica cierre inmediatamente”. –“Bien, a las tres abandonaremos el trabajo”.

El 16 de octubre, todas las fábricas textiles estaban ya en huelga. Sólo en el centro de la ciudad estaban abiertas las tiendas. En los barrios obreros, todo comercio había cesado. Al ampliar la huelga, el soviét se ampliaba y afirmaba a sí mismo. Toda fábrica que abandonaba el trabajo nombraba un representante y lo enviaba, provisto de los papeles necesarios, al soviét. En la segunda sesión, 40 grandes factorías estaban ya representadas, así como dos fábricas y tres sindicatos: los de los tipógrafos,

empleados de almacén y contables. A esta sesión, que tuvo lugar en el anfiteatro de física del Instituto Tecnológico, asistía por primera vez el autor del presente artículo.

Era el 14 de octubre: la huelga por una parte, la división en las filas del gobierno por otra, todo afirmaba la proximidad de una crisis. En aquel día apareció el célebre decreto de Trepov: “No disparar al aire y no ahorrar munición”. Al día siguiente, el 15 de octubre, el mismo Trepov reconocía de repente que entre el pueblo, “se hacía sentir la necesidad de reuniones” y, aún prohibiendo los mítines en los establecimientos de enseñanza superior, prometía poner tres edificios de la ciudad a la disposición de las asambleas. “Qué cambió en veinticuatro horas –escribíamos entonces en *Izvestia*: ayer sólo estábamos maduros para la munición y hoy lo estamos para las reuniones públicas. Este truhán sanguinario tiene razón: en las grandes jornadas de lucha, el pueblo gana madurez de hora en hora”. A pesar de la prohibición, las escuelas superiores estaban atestadas en la noche del 14. Las reuniones se celebraban en todas partes. “Nosotros, reunidos aquí, declaramos –tal fue la respuesta que se dio al gobierno– que el pueblo revolucionario de Petersburgo por nosotros representado, se encontraría apretado en las ratoneras que nos ofrece el general Trepov. Declaramos nuestro propósito de continuar nuestras asambleas en las universidades, en las fábricas, en las calles y allí donde nos convenga”. En la sala de actos del Instituto Tecnológico, donde tuvimos ocasión de hablar sobre la necesidad de reclamar de la Duma municipal el armamento de la milicia obrera, nos trasladamos al anfiteatro de física. Allí vimos por vez primera el Soviet de Diputados que sólo existía desde la víspera. Había, sobre los escalones, un centenar de delegados obreros y miembros de los partidos revolucionarios. El presidente y los secretarios estaban sentados en la mesa de demostraciones. La asamblea tenía más aire de consejo de guerra que de parlamento. ¡Ni rastro de verbosidad, esa plaga de las instituciones representativas! Las cuestiones sobre las que se deliberaba –la extensión de la huelga y las exigencias a presentar a la Duma– eran de carácter puramente práctico y los debates se proseguían sin frases inútiles, en términos breves, enérgicos. Se sentía que cada segundo valía un siglo. La menor veleidad de retórica tropezaba con una resuelta protesta del presidente, apoyada por todas las simpatías de la austera asamblea. Fue encargada una diputación especial de formular ante la Duma municipal las reivindicaciones siguientes: 1º adoptar medidas inmediatas para reglamentar el aprovisionamiento de la masa obrera ; 2º abrir locales para las reuniones; 3º suspender toda distribución de provisiones, locales, fondos a la policía, a la gendarmería, etc.; 4º asignar las sumas necesarias para el armamento del proletariado de Petersburgo que lucha por la libertad.

Era bien sabido que la Duma estaba compuesta de burócratas y propietarios; exigencias de naturaleza tan radical no tenían otro objeto que producir la agitación. El soviet, naturalmente, no se hacía ilusión alguna sobre este punto. No esperaba resultados prácticos; tampoco los hubo.

El 16 de octubre, tras una serie de incidentes, varios intentos de arresto de miembros del soviet, etc. —recordamos que todo esto sucedía antes de la promulgación del Manifiesto Constitucional—, una diputación del soviet fue recibida en “consulta privada” por la Duma municipal de Petersburgo. Ante todo, a demanda formal de la diputación, enérgicamente apoyada por un grupo de consejeros, la Duma decidió que si eran detenidos los diputados obreros, enviaría al *gradonatchalnik* (jefe superior de policía) el alcalde de la ciudad con el encargo de declarar que los consejeros consideraban el arresto de los diputados como un insulto a la Duma. Sólo después pasó la diputación a formular sus exigencias.

“El golpe de Estado que tiene lugar en Rusia —decía al terminar su discurso el camarada Radin (el hoy fallecido Knuniantz), portavoz de la diputación— es una transformación burguesa que apunta al interés de las clases poseedoras. Os interesa, pues, señores, acelerar su realización. Y si sois capaces de ver un poco lejos, si comprendéis de forma verdaderamente amplia los intereses de vuestra clase, debéis ayudar con todas vuestras fuerzas al pueblo para vencer lo antes posible al absolutismo. No tenemos necesidad de la expresión de vuestra simpatía ni del apoyo platónico que podríais conceder a nuestras reivindicaciones. Exigimos que nos deis vuestro apoyo mediante una serie de gestos prácticos.

El monstruoso sistema de elecciones ha querido que los bienes de una ciudad que cuenta con millón y medio de habitantes se encuentren entre las manos de representantes de unos miles de propietarios. El Soviet de Diputados Obreros exige —tiene derecho a exigir, no a solicitar, pues representa a varios cientos de miles de obreros, habitantes de esta capital, mientras que vuestra voz es sólo la de un puñado de electores—, el Soviet de Diputados Obreros exige que los bienes municipales sean puestos a disposición de todos los habitantes de la ciudad para sus necesidades. Y como, en este momento, la lucha contra el absolutismo es la tarea más importante que se impone a la sociedad, y como nosotros necesitamos para proseguir esta lucha lugares de reunión, ¡abridnos nuestros edificios municipales!

Necesitamos recursos para continuar la huelga, ¡asignad los fondos de la municipalidad para este objeto y no para mantener a la policía y a los gendarmes!

Necesitamos armas para conquistar y guardar la libertad, ¡asignad los fondos necesarios para la organización de una milicia de proletarios!”.

Bajo la guardia de un grupo de consejeros, la diputación abandonó el salón de sesiones. La Duma se negó a satisfacer las exigencias esenciales del soviét y expresó su confianza en la policía, protectora del orden.

A medida que se desarrollaba la huelga de octubre, el soviét se convertía naturalmente en el centro que atraía la atención general de los hombres políticos. Su importancia crecía literalmente de hora en hora. El proletariado industrial había sido el primero en cerrar filas en torno a él. La unión de los sindicatos que se había adherido a la huelga a partir del 14 de octubre, tuvo casi inmediatamente que reconocer el protectorado del soviét. Numerosos comités de huelga —los de ingenieros, abogados, funcionarios del gobierno— regulaban sus actos por las decisiones del soviét. Sometiendo a las organizaciones independientes, el soviét unificó en torno suyo la revolución.

Al mismo tiempo, la división se hacía sentir cada vez más en las filas del gobierno.

Trepov no escatimaba nada y acariciaba con la mano sus ametralladoras. El 12, se hizo colocar por Nicolás a la cabeza de todas las tropas de la guarnición de Petersburgo. El 14, daba órdenes de no ahorrar munición. Dividió la capital en cuatro sectores militares, mandado cada uno de ellos por un general. En calidad de general-gobernador, amenaza a todos los vendedores de comestibles con hacerlos deportar en el plazo de veinticuatro horas si cierran sus tiendas. El 16, custodia las puertas de todas las escuelas superiores de Petersburgo, que son ocupadas por las tropas. Sin que la ley marcial sea proclamada, de hecho está en vigor. Patrullas a caballo siembran el terror en la calle. Por todas partes están acantonadas las tropas: en los edificios públicos, en los establecimientos del Estado, en los patios de las casas particulares. Mientras los mismos artistas del ballet imperial se unían a la huelga, Trepov, incansable, llenaba de soldados los teatros vacíos. Gruñía y se frotaba las manos, presintiendo algo importante.

Se equivocaba en sus cálculos. Sus adversarios políticos, representados por una corriente burocrática que buscaba un compromiso fraudulento con la historia, se impusieron. Witte, jefe de este partido, fue llamado al poder.

El 17 de octubre, los esbirros de Trepov dispersaron la reunión del Soviet de Diputados Obreros. Pero éste encontró la posibilidad de reunirse una vez más. Decidió que se proseguiría la huelga con redoblada energía. Recomendó a los obreros que no pagasen ni sus alquileres, ni las mercancías que tomaban a crédito antes de la vuelta al trabajo e invitó a propietarios y comerciantes a no mostrarse exigentes hacia los obreros. Ese mismo 17 de octubre, apareció el primer número de las *Noticias del Soviet de Diputados Obreros (Izvestia)*.

Y, el mismo día, firmaba el zar el manifiesto de la Constitución.

9. EL 18 DE OCTUBRE

El 18 de octubre fue un día de gran confusión. Multitudes inmensas iban y venían, con aspecto extraviado, por las calles de Petersburgo. Se había obtenido una constitución. ¿Qué iba a pasar? ¿Qué es lo que estaba permitido y prohibido? En la inseguridad de los días anteriores, yo dormía en casa de un amigo que estaba empleado al servicio del Estado¹. El 18 por la mañana se acercó a mí, con la última hoja del *Pravitel' svenni Vestnik (Monitor)*. Una sonrisa de alegría y entusiasmo, que por lo demás trataba de reprimir su escepticismo habitual, se dibujaba sobre su fino rostro.

- ¡Ha sido publicado el manifiesto constitucional!
- ¡No es posible!
- Lea.

Nos pusimos a leer en voz alta. El documento expresaba primero la aflicción de un corazón paternal a la vista de los trastornos afirmaba a continuación que “el dolor del pueblo es también nuestro dolor”; finalmente, prometía de modo categórico todas las libertades, el derecho de legislar para la Duma y la extensión del derecho electoral.

Nos miramos en silencio. Resultaba difícil expresar los pensamientos y los sentimientos contradictorios que despertaba el manifiesto. La libertad de reuniones, la inviolabilidad de personas, el control sobre la administración... Naturalmente, allí sólo estaban las palabras. Pero, en fin, ¿no eran las palabras mismas del zar? ¡Era Nicolás Romanov, el muy augusto patrón de los pogromistas, el Telémaco de Trepov, el autor de estas palabras! Y este milagro se había obtenido mediante la huelga general. Cuando los liberales, once años antes, solicitaron modestamente que existiese comunión entre el monarca autócrata y su pueblo, el *junker* (oficial noble) coronado les había tirado de las orejas como a niños traviesos, por sus “sueños absurdos”. ¡También estas palabras eran suyas! Y ahora, se cuadraba bien estirado, con las manos siguiendo la costura del pantalón, ante el proletariado en huelga.

- ¿Y usted qué piensa?, pregunté a mi amigo.
- ¡Los muy imbéciles han tenido miedo!, respondió.

¹ A. A. Litkens, médico jefe de la Escuela Constantino de artillería. (1909)

Era una frase clásica en su género. Leímos el “muy respetuoso” informe de Witte, contrafirmado por el zar con esta observación: “A tomar en consideración”.

– Tiene usted razón, dije, los imbéciles han tenido verdaderamente miedo.

Cinco minutos más tarde, estaba en la calle. La primera persona que crucé era un estudiante sin aliento que tenía su gorra en la mano. Era un camarada del partido². Me reconoció.

– Esta noche, las tropas han disparado sobre el Instituto Tecnológico. Se pretende que había sido lanzada una bomba sobre ellos desde el Instituto... Es evidentemente una provocación... Hace un momento, una patrulla acaba de dispersar a sablazos una pequeña reunión en la Perspectiva Zabalkanski. El profesor Tarlé, que había tomado la palabra, ha sido gravemente herido. Dicen que ha muerto...

– Vaya, vaya... No es un mal comienzo.

– Hay masas de gente que deambulan por todos lados. Se espera a los oradores. Me voy corriendo a la reunión de los agitadores del partido. ¿Qué piensas? ¿De qué será mejor hablar? ¿Debe ser ahora la amnistía el tema central?

– Ya se encargarán todos de hablar sin nosotros de la amnistía. Exigid que las tropas sean alejadas de Petersburgo. Ni un soldado en veinticinco verstas a la redonda...

El estudiante prosiguió su camino corriendo y agitando su gorra. Una patrulla a caballo pasó por delante de mí. Trepov aún no había desmontado. La descarga dirigida sobre el Instituto era el comentario que añadía al manifiesto. Estos mozos se habían encargado inmediatamente de destruir las ilusiones constitucionales.

Pasé delante del Instituto Tecnológico. Seguía cerrado y custodiado por soldados. Sobre el muro, estaba aún fijada la promesa de Trepov de “no ahorrar munición”. Al lado de esta declaración, alguien había pegado el manifiesto del zar. En las aceras, la gente formaba pequeños grupos.

– ¡A la Universidad! clamó una voz. Allí se hablará.

Seguí a los demás. La marcha era rápida y en silencio. La multitud aumentaba de minuto en minuto. No se apreciaba alegría alguna; más bien incertidumbre e inquietud... Las patrullas no se dejaban ver, y los agentes de policía se apartaban tímidamente de la muchedumbre. Las calles estaban engalanadas con banderas nacionales.

– ¡Ah! ¡ah! el Herodes – exclamó un obrero. Él tiene miedo, ahora...

² A. A. Litkens, hijo menor del médico, joven bolchevique que murió pronto después de duras pruebas. (1909)

Risas de asentimiento le respondieron. La animación crecía visiblemente. Un adolescente arrancó de una puerta cochera la bandera tricolor con su hasta, desgarró las bandas azul y blanca y esgrimió bien alto el pedazo rojo que quedaba del estandarte “nacional” por encima de la multitud. Decenas de personas le imitaron. Minutos después, una multitud de banderas rojas flotaban sobre la masa. Los jirones azules y blancos eran arrastrados, pisoteados... Atravesamos el puente y entramos en Vasilievski Ostrov. Sobre el muelle se había formado un inmenso embudo a través del cual la innumerable muchedumbre discurría pacientemente. Todo el mundo intentaba aproximarse al balcón desde el cual iban a hablar los oradores. El balcón, las ventanas y la flecha de la Universidad estaban adornadas con banderas rojas. Me costó trabajo penetrar en el edificio. Tomé la palabra en tercero o en cuarto lugar. Desde el balcón se descubría un espectáculo asombroso. La calle estaba totalmente cubierta por el pueblo apretujado. Las gorras azules de los estudiantes y las banderas rojas ponían manchas claras sobre esta multitud de más de mil almas. Reinaba un silencio absoluto, todos querían escuchar a los oradores.

– ¡Ciudadanos! Ahora que hemos puesto el pie sobre el pecho de los bandidos que nos gobiernan, se nos promete la libertad. Se nos prometen los derechos electorales, el poder legislativo. ¿Y quién nos lo promete? Nicolás II. ¿De buena gana, por buena voluntad? Nadie se atrevería a pretenderlo. Comenzó su reinado felicitando a los cosacos por haber disparado sobre los obreros de Iaroslavl, y, de cadáveres en cadáveres, llegó al Domingo sangriento del 9 de enero. Hemos obligado al infatigable verdugo que tenemos sobre el trono a prometernos la libertad. ¡Buen triunfo! Pero no os apresuréis a cantar victoria: No es completa. Una promesa de pago no vale lo que una moneda de oro. ¿Creéis que una promesa de libertad sea ya la libertad? Aquel de vosotros que crea en las promesas del zar, que venga a decirlo aquí arriba: nos gustará contemplar a este ser extraño. Mirad en derredor vuestro, ciudadanos, ¿ha cambiado algo desde ayer? ¿Se han abierto las puertas de nuestras prisiones? ¿No escucháis, como antes, los gemidos y rechinar de dientes que resuenan en sus muros malditos? ¿Han regresado a sus hogares nuestros hermanos, desde el fondo de los desiertos de Siberia?...

– ¡Amnistía! ¡Amnistía! ¡Amnistía! –gritaron desde abajo.

– ...Si el gobierno hubiese querido sinceramente reconciliarse con el pueblo, habría comenzado por conceder la amnistía. Pero, ciudadanos, ¿creéis que la amnistía sea todo? Se dejará salir hoy un centenar de militantes políticos para detener mil mañana. ¿No habéis visto al lado del manifiesto sobre las libertades la orden de no escatimar munición?

¿No se ha disparado esta noche sobre el Instituto Tecnológico? ¿No se han ejecutado hoy cargas sobre el pueblo que escuchaba tranquilamente un orador? ¿No sigue siendo ese verdugo de Trepov el amo de Petersburgo?

– ¡Abajo Trepov!, gritaron nuevamente desde abajo

– ...¡Abajo Trepov!, pero, ¿creéis que sea único? ¿No hay en las reservas de la burocracia muchos otros truhanes que pueden remplazarle? Trepov nos gobierna con la ayuda de las tropas. Los soldados de la guardia, cubiertos de la sangre del 9 de enero: ahí está su apoyo y su fuerza. Es a ellos a quienes ordena que no ahorren la munición para vuestras cabezas y vuestros pechos. ¡No podemos, no queremos, no debemos seguir viviendo bajo el régimen del fusil! ¡Ciudadanos, exijamos ahora que las tropas sean alejadas de Petersburgo! Que no quede un soldado en veinticinco verstas a la redonda. Los ciudadanos libres se encargarán de mantener el orden. Nadie tendrá que sufrir ni arbitrariedad ni violencia. El pueblo tomará a todos y a cada uno bajo su protección.

– ¡Que se aleje a las tropas de Petersburgo!

– ...¡Ciudadanos! Nuestra fuerza reside en nosotros mismos. Con la espada en la mano, hemos de tomar la guardia de la libertad. En cuanto al manifiesto del zar, ved: no es más que una hoja de papel. ¡Aquí está delante de vosotros, y mirad: hago con ella un guiñapo! Nos la ha dado hoy, nos la quitaría mañana para hacerla pedazos, como yo desgarré en este momento, ante vuestras miradas, este papelucho de libertad... Dos o tres oradores hablaron después y todos terminaron sus discursos invitando a la multitud a reunirse, a las cuatro, en la Perspectiva Nevski, frente a la catedral de Kazán, para ir desde allí a las prisiones a reclamar la amnistía.

10. EL MINISTERIO DE WITTE

El 17 de octubre, el gobierno del zar, cubierto por la sangre y las maldiciones de los siglos, había capitulado ante la sublevación de las masas obreras en huelga. Ningún intento de restauración podría nunca borrar de la historia este acontecimiento. Sobre la corona sagrada del absolutismo, la bota del proletario había aplicado su marca imborrable. El mensajero de la capitulación, tanto en la guerra interior como en la extranjera, fue el conde Witte. Era un plebeyo, un advenedizo, un intruso en la alta burocracia; como las gentes de este medio, era inaccesible a la influencia de las ideas generales, de los principios morales y políticos; pero en comparación con sus rivales, tenía la ventaja de no estar vinculado por ninguna de las tradiciones de la nobleza, de la corte y de sus caballerizas. Esto le había permitido progresar, convertirse en un burócrata ideal, libre de compromisos no sólo hacia la necesidad, la religión, la conciencia y el honor, sino también hacia los prejuicios de su clase. Se adaptaba así con mayor facilidad a las exigencias elementales.

El mensajero de la capitulación, en la guerra interior de los monjes mayores, tenía el aire de un genio político.

La carrera constitucional del conde Witte descansa enteramente sobre la revolución. Durante diez años tenedor de libros no controlado y cajero de la autocracia, había sido, en 1902, absorbido por su adversario Pleve en el puesto sin importancia de presidente del Consejo de ministros. Cuando el propio Pleve hubo “pasado a la reserva” por la bomba de un terrorista, Witte logró hacerse valer, con el concurso de celosos periodistas, en el papel de salvador de Rusia. Se contaba con tono significativo que apoyaba todas las medidas liberales del conde Sviatopolsk-Mirski. Con ocasión de las derrotas que sufrimos en oriente, este hombre perspicaz meneaba la cabeza. En vísperas del 9 de enero, respondió a los liberales asustados: “Sabéis que no dispongo del poder”. Así, los atentados terroristas, las victorias japonesas y los acontecimientos revolucionarios le abrieron el camino. De Portsmouth, donde había añadido su rúbrica a un tratado dictado por la finanza mundial y sus agentes políticos, regresó en triunfador. Hubiera podido creerse que era él, Witte, y no el mariscal Oyama, quien había alcanzado todas las

victorias del Lejano Oriente. Sobre este hombre providencial se concentraba la atención del mundo burgués en su totalidad. En París, el periódico *Le Matin* había expuesto en vitrina un trozo de secante que Witte aplicara sobre su firma en Portsmouth. Todo en él excitaba el interés de los papanatas: su estatura colosal, su descuidado pantalón, e incluso su nariz medio aplastada. La audiencia que obtuvo del emperador Guillermo fijó aún más sólidamente sobre su cabeza la aureola de gran hombre político. Por otra parte, su entrevista secreta con el emigrado Struve mostraba que podría lograr la adhesión del liberalismo más “sedicioso”. Los banqueros se sentían transportados de alegría: este hombre sabría asegurarles el pago regular de sus intereses. Witte recuperó con un aire satisfecho y seguro de sí mismo su puesto sin autoridad; pronunció discursos liberales en el comité y, especulando visiblemente sobre las perturbaciones, declaró que la diputación de los ferroviarios en huelga representaba “las mejores fuerzas del país”. No se había equivocado en sus cálculos: la huelga de octubre le elevó al rango de ministro autócrata de la Rusia constitucional.

Witte dio su nota más liberal en el “muy respetuoso informe” en que exponía su programa. Intenta en él elevarse desde el punto de vista de la antecámara y del cortesano, desde el punto de vista de las covachuelas y del fisco, a la altura de las ideas políticas más generales. El informe reconoce en efecto que la agitación que se ha apoderado del país no es simplemente la obra de agitadores; que proviene de haberse roto el equilibrio entre las tendencias de la “sociedad” pensante y las formas exteriores de su existencia. Si, no obstante, se deja de lado el medio para el cual este informe estaba escrito, si se le considera como el programa de “un hombre de Estado”, uno se sorprende por la indigencia del pensamiento, el sesgo evasivo y cobarde de la forma, la falta de precisión del lenguaje, hecho en realidad para las covachuelas. La declaración sobre las libertades públicas es presentada bajo un aspecto confuso, que subraya tanto más la energía de los comentarios por los que son limitadas estas libertades. Cuando se atreve a tomar la iniciativa de una reforma constitucional, Witte ni siquiera pronuncia el nombre de constitución. Espera realizarla insensiblemente en la práctica apoyándose sobre personas que ni su nombre pueden tolerar. Pero, para eso, requiere la tranquilidad. Declara pues que, de ahora en adelante, los arrestos, las confiscaciones y las ejecuciones tendrán lugar, aunque sobre la base de las antiguas leyes, “en el espíritu” del manifiesto del 17 de octubre. En su truhanesca simplicidad, esperaba que la revolución capitulara inmediatamente ante su liberalismo como el día anterior la autocracia había capitulado ante la revolución. Cometía un grosero error.

Si Witte recibió el poder gracias a la victoria o, por mejor decir, gracias a la semivictoria de la huelga de octubre, las propias circunstancias que le procuraron el ascenso vinieron a colocarle en una situación sin salida. La revolución no se mostró lo bastante fuerte como para demoler la vieja maquinaria gubernamental y construir una nueva con los elementos de su propia organización. El ejército permanecía en las mismas manos. Todos los viejos administradores, desde los gobernadores de provincia hasta los jefes de policía, elegidos para el servicio de la autocracia, conservaron sus puestos. Las antiguas leyes siguieron igualmente en vigor, en espera de la promulgación de otras nuevas. De esta manera, el absolutismo, en tanto que hecho material, subsistía íntegramente. Permanecía el mismo título, pues el nombre de autócrata siguió adherido al de zar. Es cierto que las autoridades recibieron la orden de aplicar las leyes del absolutismo “en el espíritu” del manifiesto de 17 de octubre. Pero era como si le hubieran propuesto a Falstaff entregarse a la orgía con un “espíritu de castidad”. Como resultado, los autócratas locales de las sesenta satrapías rusas perdieron completamente la cabeza. Tanto se ponían a la cola de las manifestaciones revolucionarias y saludaban militarmente la bandera roja, como parodiaban a Gessler, exigiendo que la población se descubriese ante ellos, en tanto que representantes de la persona sagrada de Su Majestad, ora autorizaban a los socialdemócratas a solicitar a las tropas que prestasen juramento, ora organizaban abiertamente matanzas contrarrevolucionarias. El resultado fue una anarquía completa. No existía el poder legislativo. Ni siquiera se sabía en qué momento y cómo serían convocados los representantes de este poder.

Cada vez eran mayores las dudas sobre si alguna vez llegaría a reunirse la Asamblea. Por encima de este caos, el conde Witte conservaba su equilibrio, esforzándose en mistificar a Peterhof y la revolución y, posiblemente, mistificándose a sí mismo más que a nadie. Recibía innumerables diputaciones, radicales y reaccionarias, se mostraba igualmente prevenido con las unas como con las otras, exponía confusamente sus planes ante los corresponsales de Europa, redactaba todos los días comunicaciones gubernamentales, en las que suplicaba con tono lacrimoso a los alumnos de los institutos que no participasen en las manifestaciones organizadas contra el poder, y recomendaba a todas las clases de los institutos y a todas las clases de la sociedad, el autodomínio y el regreso a un trabajo regular; en una palabra, hacía todas las estupideces imaginables.

Como contrapartida, los elementos contrarrevolucionarios de la burocracia no perdían su tiempo. Habían aprendido a sus propias expensas a apreciar la ayuda de las “fuerzas sociales”: en todas partes suscitaban

organizaciones de pogromistas, y sin cuidarse de la jerarquía burocrática oficial, se unían estrechamente, teniendo además un hombre propio en el mismo ministerio, un hombre llamado Durnovo. Se trataba de uno de los más viles representantes de la vil burocracia rusa, un canalla a quien el inolvidable Alejandro III se había visto obligado a expulsar diciendo: “¡Quitadme este cerdo de mi vista!” Se sacó a Durnovo del cubo de basura para servirse de él, en calidad de ministro del Interior, como contrapeso del jefe “liberal” del gabinete. Witte aceptó esta colaboración deshonrosa incluso para él y vio así su propio papel reducido a una ficción, así como el manifiesto había sido reducido por la práctica burocrática. Tras haber publicado toda una serie de escritos confusos, redactados según el espíritu liberal de las covachuelas y fatigosos para todo el mundo, Witte llegó a la conclusión de que la sociedad rusa carecía del más rudimentario sentido político, de toda fuerza moral y de instintos sociales. Constató su propio fracaso y previó que una sangrienta política de represión sería inevitable como medida preparatoria para la instauración del nuevo régimen. Pero no se juzgaba llamado a cumplir esta obra, creía carecer de “las capacidades necesarias” y prometió ceder su lugar a otro. Mentía una vez más en esta ocasión. Primer ministro sin autoridad, despreciado de todos, conservó su puesto durante todo el periodo de diciembre y enero, mientras que el dueño de la situación, Durnovo, con las mangas remangadas, realizaba su trabajo de carnicero contrarrevolucionario.

11. LOS PRIMEROS DIAS DE LA “LIBERTAD”

El mismo día de la publicación, el soviét dijo clara y limpiamente lo que pensaba. Los representantes del proletariado exigieron: la amnistía, la dimisión de la policía de arriba abajo, el alejamiento de las tropas, la creación de una milicia popular. Comentando esta resolución en un artículo de fondo de las *Izvestia* escribíamos: “De manera que se nos da una constitución. Nos es concedida la libertad de reunión, pero las reuniones son acosadas por la tropa. Se nos ha dado la libertad de palabra y no ha sido tocada la censura. Se nos ha dado la libertad de la ciencia, pero las universidades están ocupadas por los soldados. Se nos ha dado la inviolabilidad de la persona, pero las prisiones están atestadas. Se nos ha dado a Witte, pero se ha dejado a Trepov. Se nos ha dado una constitución, pero la autocracia permanece. Se nos ha dado todo, y no tenemos nada” ¿Y esperan aún un apaciguamiento? Se verán decepcionados. “El proletariado sabe lo que quiere y lo que no quiere. No quiere a ese bribón de policía que se llama Trepov, ni a ese cortesano liberal que se llama Witte; no quiere ni al lobo, ni a la zorra. No quiere la *nagaiika* envuelta en el pergamino de la constitución”.

El soviét emite entonces esta decisión: *la huelga general continúa*.

Las masas obreras ejecutan la voluntad del soviét con una unanimidad sorprendente. Ningún humo sale de las chimeneas de las fábricas; son aquellas como los testigos mudos de la incredulidad de los barrios obreros en que no ha penetrado la ilusión constitucional. Sin embargo, a partir del 18, la huelga pierde su carácter combativo. Se transforma en una grandiosa *manifestación de desconfianza*. Pero he aquí que la provincia, a la que ha desbordado la capital en su lucha, vuelve al trabajo. El 19, termina la huelga en Moscú. El Soviet de Petersburgo fija la vuelta al trabajo para el 21 de octubre a mediodía. Abandonando el último el campo de batalla, organiza una admirable demostración de disciplina proletaria: invita a miles y miles de obreros dejar sus herramientas el mismo día y a la misma hora.

Antes de que concluyese la huelga de octubre, pudo apreciar el soviét la enorme influencia que había adquirido en una semana: lo vio el día en que, a petición de las multitudes, se puso a su cabeza y pasó con ellas en cortejo por las calles de Petersburgo.

El 18, hacia las cuatro de la tarde, cientos y miles de personas se habían reunido ante la catedral de Kazán. El lema era: amnistía. La muchedumbre quería ir a las prisiones, solicitaba ser dirigida y avanzó hacia el lugar el lugar en que tenían su sesión los diputados obreros. A las seis de la tarde, el soviét designa tres de sus miembros para conducir la manifestación. Ostentando vendas blancas sobre la cabeza y en el brazo, se asoman en la ventana del tercer piso. Abajo, el océano humano respira y se agita. Las banderas rojas flotan sobre la negra superficie como las velas de la revolución. Fuertes clamores acogen a los elegidos. El soviét en pleno baja a la calle y se sumerge en la multitud. “¡Un orador!” Decenas de brazos se tienden hacia el orador; un instante más y se encuentra en pie sobre los hombros de un desconocido. “¡Amnistía! ¡A las cárceles!” Himnos revolucionarios, gritos sin fin... Sobre la plaza de Kazán y cerca de la de Alejandro, las cabezas se descubren: aquí se unen a los manifestantes las sombras de las víctimas del 9 de enero. Se canta en su honor *Memoria eterna y Caísteis en sacrificio...* Las banderas rojas pasan delante de la casa de Provedonostsev. Se elevan silbidos y maldiciones. ¿Las escucha el viejo buitro? Podría asomarse sin miedo: en este momento, nadie le tocaría. ¡Contemple con sus propios ojos el viejo criminal al pueblo revolucionario que se ha hecho amo de Petersburgo! ¡Y adelante!

Dos o tres manzanas de casas más, y la multitud se encuentra ante la prisión de detención preventiva. Llegan noticias, de que un fuerte destacamento de soldados se halla emboscado en la misma. Los guías de la manifestación deciden adelantarse para un reconocimiento. En este momento se acerca una diputación de la Unión de Ingenieros –más tarde se supo que la mitad de los miembros de esta diputación habían usurpado su título–, y anuncia que el ukase de amnistía está ya firmado. Todas las casas de detención están ocupadas por tropas, y la Unión puede afirmar, de fuente segura, que de aproximarse la multitud a las prisiones, Trepov tiene las manos libres y por consiguiente se hace inevitable la efusión de sangre. Tras ponerse rápidamente de acuerdo, los representantes del soviét dispersan la multitud. Los manifestantes juran que si el ukase no se promulga, se reunirán ante el llamamiento del soviét y marcharán sobre las prisiones.

La lucha por la amnistía tuvo lugar en todos los puntos del país. En Moscú, el 18 de octubre, una multitud enorme obtuvo del general gobernador la liberación inmediata de los prisioneros políticos cuya lista fue entregada a una diputación del Comité de huelga¹ –futuro Soviet de Diputados Obreros de Moscú–; la liberación se efectuó bajo el control de esta diputación. El mismo día, el pueblo rompía las puertas de las

¹ Este comité se desarrolló pronto hasta llegar a ser el Soviet de Diputados Obreros de Moscú.(1909)

prisiones de Simferopol, liberando a los presos políticos. En Odesa y Reval, los reclusos salieron igualmente de sus calabozos ante la petición formal de los manifestantes. En Bakú, un intento de asalto llevó a una escaramuza con las tropas: hubo tres muertos y 18 heridos. En Saratov, Windau, Tashkent, Poltava, Kovno... en todas partes, avanzaban las manifestaciones hacia las cárceles. “¡Amnistía!” no sólo las piedras de las calles sino hasta la misma Duma municipal de Petersburgo repetía ese grito.

– ¡Vamos, gracias a Dios! ¡Les felicito, señores! – declaró Witte, colgando el teléfono y dirigiéndose a tres obreros que representaban al soviet.

– El zar ha firmado la amnistía.

– ¿Es una amnistía entera o parcial, conde?

– La amnistía es otorgada dentro de límites razonables, pero aún con todo es bastante amplia.

El 22 de octubre, el gobierno publicaba finalmente el ukase imperial “sobre el alivio de la suerte de las personas que, antes de la promulgación del manifiesto, se hubiesen mostrado culpables de actos criminales contra el Estado”; era un acto de mezquino cambalache, redactado con toda una graduación de “misericordias”. Era la obra lógica de un poder en el que Trepov encarnaba el Estado y Witte el liberalismo.

Pero hubo una categoría de “criminales de Estado” a quienes este ukase no alcanzó y no podía alcanzar. Eran aquellos a los que se había torturado, decapitado, estrangulado, despedazado y fusilado, eran todos los que habían muerto por la causa popular. En estas horas de octubre en que las masas revolucionarias se inclinaban piadosamente sobre las plazas ensangrentadas de Petersburgo, conmemorando las víctimas del 9 de enero, había ya en los depósitos de la ciudad nuevos cadáveres, los de los primeros muertos de la era constitucional. La revolución no podía devolver la vida a sus nuevos mártires, resolvió sencillamente adoptar el luto y hacerles funerales solemnes. El soviet fija para el 23 de octubre la manifestación general de las exequias. Se propone informar de ello a gobierno por diputación, alegando ciertos precedentes: el conde Witte había dado orden efectivamente un día, de poner en libertad a dos agitadores detenidos en un mitin; en otra ocasión, había hecho abrir de nuevo la fábrica estatal del Báltico, cerrada durante la huelga de octubre. Después de escuchar las objeciones y advertencias de los representantes oficiales de la socialdemocracia, la asamblea decide hacer saber al conde Witte, mediante una delegación especial, que el soviet toma sobre sí la responsabilidad del orden durante la manifestación y exige que sean alejadas la policía y las tropas.

El conde Witte está muy ocupado y acaba de rehusar una audiencia a dos generales; pero recibe sin discusión a la diputación el soviet.

¿Un desfile? Nada tiene personalmente que objetar: “Los desfiles de este género son perfectamente tolerados en Europa occidental”. Pero esto no le concierne. Es preciso dirigirse a Dmitri Fedorovich Trepov, puesto que la ciudad se halla confiada a su custodia.

– No podemos dirigirnos a Trepov; carecemos de los poderes necesarios.

– Lo siento. De otro modo, podrían comprobar por ustedes mismos que no es en modo alguno la bestia feroz que se pretende.

– ¿Y que dice de la famosa orden: “No ahorrar munición”, conde?

– ¡Oh! Es una frase que se le escapó en un momento de cólera...

Witte da un telefonazo, Trepov le participa con deferencia su deseo de “que no se vierta sangre” y espera una decisión. Trepov, altivamente, le envía al *gradonatchalnik*. El conde escribe con toda rapidez unas palabras a este último y entrega la carta a la diputación.

– Tomamos su carta, conde, pero pretendemos conservar la libertad de nuestros actos. No estamos seguros de tener que utilizar esta nota.

¡Ah! ¡Naturalmente, naturalmente! Nada tengo que objetar a eso².

Es un verdadero corte en la historia de octubre. El conde Witte felicita a los obreros revolucionarios por haber obtenido la amnistía. El conde Witte desea que el desfile tenga lugar sin efusión de sangre, “como en Europa”. Poco seguro de poder derribar a Trepov, intenta entonces reconciliar con él al proletariado. Representante supremo del poder, se sirve de una diputación obrera para solicitar al jefe de policía que tenga a bien tomar la constitución bajo su custodia. ¡Cobardía, bribonada, estupidez! Tal es la divisa del gobierno constitucional.

En contrapartida, Trepov camina recto hacia adelante. Declara que “en esta época de trastornos, en el momento en que una parte de la población está dispuesta a alzarse, con las armas en la mano, contra la otra, ninguna manifestación sobre el terreno político, en el interés mismo de los manifestantes, puede ser tolerada”, e invita a los organizadores de la manifestación a renunciar a su designio... “en razón de las penosas consecuencias que podrían tener las medidas de firmeza que deberá tomar sin duda la autoridad policial.” Era claro y nítido como un sablazo o un disparo de fusil. Armar la canalla de la ciudad en las comisarías, echarla sobre la manifestación, ocasionar la confusión y aprovecharla para hacer intervenir la policía y las tropas, atravesar la ciudad

² *Ante el conde S. J. Witte*, estudio de P.A. Zlidnev, miembro de la diputación, en la obra colectiva titulada *Historia del Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo*, 1906. El Comité Ejecutivo, después de haber escuchado el informe de la diputación, tomó la siguiente resolución: “Encargar al presidente del Consejo de Diputados Obreros de devolver su carta al presidente del Consejo de Ministros”. (1909)

como un ciclón, dejando tras de sí la sangre, la devastación, el humo de los incendios y la rabia impotente de la multitud, era el invariable programa del bribón de policía a quien un idiota coronado había confiado la suerte del país. Los platillos de la balanza gubernamental oscilaban en aquel momento: ¿Witte o Trepov? ¿Iba a ampliarse la experiencia constitucional o a ahogarla en un pogromo? Decenas de ciudades, durante esta luna de miel, se convirtieron en teatros de acontecimientos atroces cuyos hilos se encontraban en manos de Trepov. Pero Mendelssohn y Rothschild preferían la constitución: las leyes de Moisés, como las de la bolsa, les prohíben el consumo de sangre fresca. En eso residía la fuerza de Witte. La situación oficial de Trepov fue desmontada y Petersburgo era su último reducto.

El momento estaba cargado de responsabilidades. El Soviet de Diputados no tenía interés alguno en apoyar a Witte, y tampoco el deseo de hacerlo, cosa que demostró unos días más tarde. Y bajar a la calle era ir al encuentro de las miras del general. Naturalmente, la situación política no se resumía sólo en el conflicto que había surgido entre la bolsa y las cámaras de tortura. Era posible situarse por encima de los planes de Witte y de Trepov, y buscar conscientemente un encuentro para barrer a ambos. Esta era precisamente, en su dirección general, la política del soviét: miraba bien de frente y marchaba hacia un conflicto. Sin embargo, no se creía autorizado a acelerar su llegada. Mejor sería más tarde. Buscar una batalla decisiva en una manifestación de duelo, en el momento en que la energía titánica desplegada por la huelga de octubre comenzaba a decaer, abriendo paso a una reacción psicológica temporal de cansancio y satisfacción, hubiera sido un error monstruoso.

El autor de este libro —creo necesario mencionar este hecho porque, más tarde he incurrido frecuentemente en severos reproches a este respecto— propuso renunciar a la manifestación proyectada con ocasión de las exequias. El 22 de octubre, en una sesión extraordinaria del soviét, a la una de la madrugada, después de debates apasionados, la moción que habíamos preconizado fue adoptada por aplastante mayoría. Este era su texto: “El Soviet de Diputados Obreros tenía la intención de organizar funerales solemnes a las víctimas de un gobierno criminal, el domingo 23 de octubre; pero la intención pacífica de los obreros de Petersburgo ha indignado a todos los representantes sanguinarios de un régimen que expira. El general Trepov, que se ha alzado sobre los cadáveres del 9 de enero y que nada tiene que perder en la estima de la revolución, ha lanzado hoy un desafío al proletariado de la capital. Trepov, en su insolente declaración, da a entender que dirigirá contra el pacífico cortejo las bandas negras armadas por la policía, y que a continuación,

bajo el pretexto de apaciguamiento, ensangrentará una vez más las calles de Petersburgo. A fin de deshacer este plan diabólico, el Soviet de Diputados declara que el proletariado de la capital libraré su última batalla al gobierno del zar, no en el día y la hora que escoja Trepov, sino cuando las circunstancias se presenten de manera ventajosa para el proletariado organizado y armado. En consecuencia, el Soviet de Diputados decide sustituir las exequias solemnes por imponentes mítines que serán organizados en diversos lugares de la ciudad para honrar a las víctimas; se recuerda además que los militantes caídos en el campo de batalla nos han dejado, al morir, la consigna de multiplicar nuestros esfuerzos para armarnos y acelerar la proximidad del día en que Trepov, con toda su banda policial, sea arrojado al montón de inmundicias en que debe ser sepultada la monarquía”.

12. LOS SICARIOS DE SU MAJESTAD

El soviét liquidaba la huelga de octubre en días sombríos: los llantos de inocentes asesinados, las maldiciones furiosas de las madres, los estertores de los viejos y los rugidos de la desesperación subían hacia los cielos desde todos los puntos del país. Un gran número de ciudades y localidades se habían transformado en un infierno. El humo de los incendios velaba los rayos del sol, las llamas devoraban calles enteras, sus casas y sus habitantes. El antiguo régimen se vengaba de las humillaciones que había sufrido.

Reunió por todas partes sus falanges, en todos los escondrijos, en todos los cuchitriles, en todas las madrigueras. Podía reconocerse en este ejército al pequeño tendero y al mendigo, al tabernero y a su cliente habitual, al dependiente y al soplón, al ladrón profesional y al ratero, al pequeño artesano y al portero de la casa de placer, al oscuro mujik hambriento y al recién llegado del campo a quien aturde el estruendo de la fábrica. La miseria amargada, las tinieblas profundas y el vicio que se vende se colocan bajo el mando de los privilegios rapaces y de la alta anarquía.

Los malandrines se habían entrenado en las manifestaciones de masa, en los cortejos “patrióticos” que formaron al comienzo de la guerra ruso-japonesa. Es entonces cuando se vieron aparecer los accesorios indispensables: el retrato del emperador, una botella de vodka y la bandera tricolor. Desde entonces la organización regular de los bajos fondos recibió un prodigioso desarrollo: si la masa de los autores de pogromos –en tanto que pueda hablarse aquí de masa– se recluta casi al azar, el núcleo de este ejército siempre es disciplinado y organizado militarmente. Recibe desde arriba y transmite hacia abajo la consigna, fija la hora de la manifestación y la medida de las atrocidades a cometer. “Puede organizarse un pogromo a vuestro gusto –declaraba un cierto Kommissarov, funcionario del Departamento de Policía–, tendremos diez hombres si lo desea y diez mil si los necesita”¹.

Cuando un pogromo debe tener lugar, todo el mundo lo sabe de antemano: se distribuyen llamamientos, artículos odiosos aparecen en

¹ Este hecho fue comunicado a la primera Duma por el príncipe Urusov, antiguo subsecretario de Estado en el Ministerio del Interior. (1909)

el órgano oficial *Gubernskia Vedomosti* (*La Información provincial*), en ocasiones incluso se publica una gazeta especial. El *gradonatchalnik* de Odesa firma y lanza una proclama para llamar a las bandas negras a la matanza. Cuando ha sido preparado el terreno, se ve venir a los especialistas de este género de asuntos, como actores en gira. Esparcen rumores siniestros entre las masas ignorantes: los judíos se disponen, parece ser, a caer sobre los ortodoxos; los socialistas han profanado un verdadero icono; los estudiantes han hecho pedazos un retrato del zar. Si no hay universidad en la ciudad, se atribuye este sacrilegio a miembros del *zemstvo* liberal o incluso a alumnos del instituto. Son extrañas noticias que se transmiten de un extremo a otro del país por telégrafo, confirmadas incluso por personajes oficiales. Al mismo tiempo, los preparativos continúan: se redactan listas de proscripción en las que son mencionadas las residencias y las personas que los bandidos deben atacar en primer lugar; un plan general es elaborado; se hace venir de los suburbios, para una fecha determinada, a los miserables, a los hambrientos. Al llegar el gran día, el oficio divino es celebrado en la catedral. El obispo pronuncia un sermón. A la cabeza del cortejo patriótico marcha el clero, con el retrato del zar sacado de la jefatura de policía, con innumerables banderas nacionales. La música militar acompaña a la procesión y toca sin descanso. A los lados y en cola, la policía. Los gobernadores saludan al cortejo, los jefes de policía besan en público a los directores de la banda. Las campanas de las iglesias redoblan. “¡Descubrirse!” En medio de la multitud están diseminados instructores especiales, venidos de fuera, y miembros de la policía local, en civil, pero que a veces, por falta de tiempo, han conservado el pantalón del uniforme. Siguen atentamente todo lo que sucede, animan, exaltan a la multitud, la hacen comprender que: todo está permitido y buscan la ocasión de abrir fuego. Al comienzo, sólo se rompen cristales, se maltrata a los viandantes o se entra de paso en las tabernas donde se bebe gratis. La música militar repite incansablemente el himno ruso, “¡Dios guarde al emperador!”, el himno de los pogromos. Si la ocasión se hace esperar demasiado, se la provoca: alguien escala un granero y, desde allí arriba, dispara sobre la multitud, casi siempre al aire. Las bandas armadas de pistolas por la policía cuidan de que el furor de la multitud no se paralice por el espanto. Al disparo del provocador, responden con una salva dirigida hacia las ventanas de un piso designado de antemano. Rompen todo en las tiendas y extienden delante del cortejo piezas de paño y de seda que proceden de un pillaje. Si se tropieza con medidas de defensa, las tropas regulares vienen en ayuda de los bandidos. Todo retrocede ante los fusiles... Protegida en su vanguardia y en su retaguardia por patrullas de

soldados, con un escuadrón de cosacos que se adelanta a un reconocimiento, dirigida por policías y provocadores, acompañada de mercenarios y merodeadores voluntarios que husmean la ganancia, la banda se precipita a través de la ciudad en una locura de embriaguez y de sangre...². El pordiosero es amo de la situación. Hace un momento todavía esclavo tembloroso, perseguido por la policía, muerto de hambre, siente que ahora ninguna barrera podría oponerse a su despotismo. Todo le está permitido, dispone del honor como de los bienes de los ciudadanos, tiene derecho de vida y muerte. Si le conviene, arrojará a la calle a una anciana desde la ventana de un tercer piso, destrozará un piano, romperá a silletazos la cabeza de un lactante, violará una niña ante los ojos de la multitud, hundirá clavos en un cuerpo vivo... Asesina familias enteras; rocía de petróleo una casa, hace de ella un brasero y, con su garrote, termina con los que se arrojan al pavimento. Los miserables irrumpen en un hospicio armenio, decapitan ancianos, enfermos, mujeres, niños... No hay suplicio imaginado por un cerebro furioso de vino y de fanatismo que le sea prohibido. Lo puede todo, y a todo se atreve... ¡Dios guarde al emperador! ¡Un joven ha visto tan de cerca la muerte que sus cabellos, en unos minutos, han enblanquecido! ¡Un muchachito de diez años que ha perdido la razón sobre los cadáveres mutilados de sus padres! ¡Un médico que ha conocido todos los horrores del sitio de Port Arthur sin vacilar, pero que no ha podido soportar unas horas del pogromo de Odesa, y se sume en las tinieblas eternas de la locura. ¡Dios guarde al emperador!... Ensangrentadas, quemadas, enloquecidas, las víctimas corren de un lado a otro en un pánico de pesadilla, buscando una sombra de salvación. Unos despojan a los muertos de sus vestidos sangrientos, se los ponen y se acuestan entre los montones de cadáveres, permaneciendo inmóviles en ellos durante horas, durante uno, dos o tres días... Otros caen de rodillas ante los oficiales, los policías, ante los asesinos, extienden los brazos, se arrastran en el polvo, besan las botas de los soldados, suplican, piden socorro. La respuesta son risas de borracho. “Habéis querido la libertad, ¡disfrutad de ella!” En estas palabras se resume la moral, la infernal política de los pogromos...

² “En numerosos casos, los hombres de la policía dirigían a la multitud de canallas sobre las casas, los alojamientos y las tiendas de judíos, para proceder en ellas al pillaje y la devastación; proporcionaban a los malhechores garrotes, ramas de árboles, participaban ellos mismos en el saqueo, en el pillaje y los asesinatos y guiaban a la multitud en todos sus actos”. (*Informe del senador Kuzminki a Su Majestad, sobre el pogromo de Odesa*) “Bandas de holgazanes que se entregaban al saqueo y al pillaje –quien lo confiesa es el *gradonatchalnik* Neudgart– le acogieron con hurras de entusiasmo.” El barón Kaulbars, comandante del ejército, dirigió a los agentes de policía un discurso que comenzaba así: “Hay que decir las cosas como son. Es preciso confesar que todos, en nuestro fuero interno, aprobamos este pogromo”. (1909)

Ebrio de sangre, el pordiosero prosigue su camino. Lo puede todo, se atreve a todo, es el amo. El “zar blanco” le ha permitido todo, ¡viva el zar blanco!³. No se equivoca. Es el autócrata de toda Rusia y no otro quien sirve de protector supremo a esta camorra semigubernamental de bandidos y asesinos, apoyada por la burocracia oficial, que agrupa en las provincias más de cien representantes de la alta administración y tiene por Estado Mayor la camarilla de cortesanos. Limitado y atemorizado, todopoderoso y nulo de espíritu, presa de prejuicios dignos de un esquimal, envenenada la sangre con todos los vicios de la raza imperial, Nicolás Romanov, como muchos de los de su oficio, haría la más crapulosa depravación con una ferocidad apática. La revolución, a partir del 9 de enero, le despojó de sus insignias sagradas y en adelante ha de imponer él mismo sin vergüenza su corrupción. Están lejos los días en que, permaneciendo él mismo en la sombra, se contentaba con los servicios de Trepov para la organización de los pogromos⁴. Ahora se muestra orgulloso del vínculo que le une a la insolente canalla de las tabernas y las compañías disciplinarias. Arrojando a los pies el principio tontamente convencional de “la monarquía fuera de los partidos”, intercambia telegramas amistosos con bandidos reputados como tales, concede audiencias a “patriotas”, a quienes el desprecio general ha cubierto de salivazos y, ante las exigencias de la Unión del Pueblo Ruso, otorga la gracia sin excepción a los asesinos y los saqueadores a los que sus propios tribunales han condenado. Es difícil imaginarse un sinvergüenza con menos respeto hacia el ideal místico de la monarquía: en no importa qué país, no importa qué tribunal se creería obligado a condenar a este verdadero y auténtico soberano a trabajos forzados a perpetuidad, a menos de reconocer en él un caso de locura completa.

Durante la sombría bacanal de octubre, comparada con la cual los horrores de la noche de San Bartolomé sólo parecen un inocente efecto teatral, hubo, en cien ciudades, de tres a cuatro mil personas asesinadas y diez mil mutiladas. Las pérdidas materiales, estimadas en decenas, si no en cientos de millones de rublos, sobrepasan con mucho los daños sufridos por los propietarios durante las agitaciones agrarias... ¡Así es como el antiguo régimen se vengaba de haber sido humillado!

³ “En una de estas procesiones, se llevaba adelante la bandera tricolor, detrás el retrato de Su Majestad e inmediatamente después, una bandeja de plata y un saco lleno de objetos robados” (*Informe del Senador Turau*). (1909)

⁴ Según una opinión bastante extendida, Trepov informa a S. M. El Emperador sobre la situación... e influye sobre la dirección de la política... Habiendo sido nombrado comandante de palacio, el general Trepov ha solicitado inmediatamente que le fueran asignados fondos especiales para el mantenimiento de sus agencias especiales. (*Carta del senador Lopujin*) (1909)

¿Cuál fue el papel de los obreros en presencia de tantas atrocidades? A fines de octubre, el presidente de la Federación de Sindicatos de los Estados Unidos envió, dirigido al conde Witte, un telegrama en el que invitaba enérgicamente a los obreros rusos a reaccionar contra los pogromos que amenazaban la libertad recientemente conquistada. “En nombre de tres millones de obreros organizados –terminaba el telegrama– y aún más, en nombre de todos los obreros de los Estados Unidos, os ruego, señor conde, transmitir este mensaje a vuestro conciudadanos, nuestros hermanos obreros”. Pero el conde Witte, que se daba algún tiempo atrás aires de demócrata en Norteamérica, proclamando que “la pluma es más fuerte que la espada”, no encontró vergonzoso esconder el telegrama en el cajón más secreto de su despacho. El soviético no fue informado a este respecto sino en noviembre, y por caminos desviados. Pero los obreros rusos –y ello les honra– no habían esperado las advertencias de sus amigos de ultramar para intervenir activamente en la aventura sangrienta. En gran número de ciudades, organizaron compañías armadas que resistieron a veces heroicamente a los bandidos, y si la tropa por su parte hubiera guardado al menos la neutralidad, las milicias obreras no hubiesen precisado esfuerzo alguno para reprimir los desbordamientos de los bribones.

“Al lado de esta pesadilla –escribía entonces Nemirovich-Danchenko, viejo escritor, absolutamente extraño al socialismo y al proletariado–, al lado de esta noche de Walpurgis del monstruo moribundo, considerad la asombrosa firmeza, el orden y la disciplina que presidieron el grandioso movimiento de la clase obrera. Estos no se han deshonrado ni por asesinatos, ni por pillajes; por el contrario, en todas partes han venido en ayuda de la sociedad y, ciertamente, se han mostrado mucho más capaces que la policía, los cosacos y los gendarmes de defenderla contra la locura devastadora de los caínes sanguinarios. Las compañías obreras se han formado allí donde los bribones comenzaban a manifestar su locura furiosa. La fuerza nueva que entra en la arena de la historia ha aparecido tranquila en la conciencia de su derecho, moderada por el triunfo de su ideal de bien y de libertad, organizada y disciplinada como un verdadero ejército, sabiendo perfectamente que la victoria para ella, es la victoria de todas las ideas generosas en cuyo nombre la humanidad existe, de todo lo que satisface al hombre, de todo aquello por lo que lucha y soporta mil tormentos”.

No hubo pogromos en Petersburgo. Sin embargo, los preparativos de la matanza se hicieron abiertamente. Los israelitas de la capital vivían en continua alarma. A partir del 18, en diversos barrios de la ciudad, fueron maltratados estudiantes, obreros agitadores, judíos.

Las bandas no se muestra sólo en las afueras de la ciudad; avanzan sobre la Perspectiva Nevski, se arrojan sobre los viandantes, con abucheos y silbidos, empleando mazos, navajas automáticas y *nagaikas*. Varios diputados del soviét se vieron atacados, y por lo tanto, se proveyeron de revólveres. Agentes de policía incitaban a los comerciantes y a sus dependientes a atacar el cortejo fúnebre que debía atravesar la ciudad el 23 de octubre... Si las Centurias Negras fueron obligadas a contentarse con una guerra de guerrillas, no fue por culpa suya.

Los obreros se preparaban activamente para defender la ciudad. Algunos equipos se comprometieron a bajar a la calle en cuanto el teléfono les señalara el peligro. Las tiendas de armas vendían las brownings sin contar y sin preocuparse de los límites fijados a este comercio por la policía. Pero los revólveres cuestan caro, sus precios no son abordables para las gentes del pueblo: los partidos revolucionarios y el soviét llegan difícilmente a proporcionar a sus compañías las armas indispensables. Sin embargo, los rumores que anuncian un pogromo se hacen cada vez más amenazadores. El 29 de octubre, un poderoso impulso arrastra a las masas proletarias de Petersburgo: cada uno se arma como puede. Todas las fábricas, todos los talleres que trabajan el hierro o el acero comienzan a fabricar, por su propia iniciativa, armas blancas. Varios miles de martillos dan forma a puñales, picas, látigos de alambre y mazos. Por la noche, en la sesión del soviét, los diputados suben a la tribuna uno tras otro, exhiben sus cuchillos, los blanden bien alto por encima de las cabezas y hacen público el juramento hecho por sus electores de aplastar el pogromo al primer intento. Semejante manifestación podía ya bastar para paralizar toda iniciativa de los bandidos de profesión. Pero los obreros no se limitaron a eso. En el arrabal del Neva, en los barrios de las fábricas, organizaron una verdadera milicia con servicios de noche regulares. Determinados grupos se encargaron además de montar guardia en los locales de la prensa revolucionaria. Era una medida indispensable en una época en que el periodista redactaba su artículo y el cajista de pie ante su caja, tenían cada uno su revólver en el bolsillo...

Armándose para la defensa contra las bandas negras, el proletariado se armaba necesariamente contra el poder imperial. El gobierno lo comprendía muy bien y manifestó su inquietud. El 8 de octubre, *El Monitor (Pravitel'svenni Vestnik)* hizo conocer al público lo que todo el mundo sabía muy bien sin él: "En estos últimos tiempos, los obreros se arman con revólveres, escopetas, puñales, cuchillos y picas. Entre los obreros de este modo armados, y cuyo número se eleva, según nuestras informaciones, a seis mil, se ha formado un grupo que ha tomado el nombre de milicia, o compañía de protección, y cuyo efectivo es de

unos trescientos hombres; estos obreros recorren las calles por la noche, en destacamentos de diez, bajo pretexto de mantener el orden; su objetivo es en realidad proteger a los revolucionarios contra las medidas de la policía o contra el ejército”.

Una campaña regular se abrió en Petersburgo contra las milicias. Sus destacamentos fueron dispersados, sus armas confiscadas. Pero, en ese momento, había pasado todo riesgo de pogromo. En sentido contrario, otro peligro se anunciaba, mucho más grave. Si el gobierno concedía permiso a sus francotiradores, hacía entrar en escena a sus tropas regulares de *bachibuzuks*⁵, sus cosacos y sus regimientos de la guardia; se preparaba a librar una batalla en toda línea.

⁵ Tropas auxiliares formadas de mercenarios turcos.

13. EL ASALTO A LAS BASTILLAS DE LA CENSURA

El Soviet de Petersburgo condujo una hermosa campaña –bien regulada, conforme a todas las exigencias de la política y finalmente victoriosa–, por la defensa de la libertad de prensa. Encontró un fiel compañero de lucha en una joven pero sólida organización profesional y política: el Sindicato de Obreros de la Prensa.

“La libertad de prensa –declaraba un orador obrero en una poblada reunión del Sindicato que precedió a la huelga de octubre–, no sólo nos es necesaria en tanto que ventaja política. Es para nosotros una reivindicación económica. La literatura, arrancada a las tenazas de la censura, permitirá la expansión del arte tipográfico y de las ramas industriales a él vinculadas”. Desde entonces, los obreros de la prensa emprenden una lucha sistemática contra los reglamentos de la censura. Ya antes, durante todo el año 1905, las tipografías legalmente autorizadas habían impreso literatura clandestina. Pero este trabajo se realizaba con toda clase de precauciones y en una medida muy limitada. A partir de octubre, gran número de cajistas se ocupan de componer escritos de naturaleza ilegal. Apenas se sienten molestias en las imprentas por efectuar semejante trabajo. Al mismo tiempo, los obreros ejercen una presión más fuerte sobre los editores. Los cajistas exigen que la publicación de los periódicos se haga sin tener en cuenta los reglamentos de la censura y amenazan, si no logran satisfacción, con abandonar el trabajo. El 13 de octubre, se reúne una conferencia de representantes de los periódicos. Los reptiles del *Novoie Vremia* se encuentran sentados al lado de los radicales de extrema izquierda. Y este arca de Noé de la prensa petersburguesa decide “no solicitar del gobierno la libertad de prensa, sino realizarla por su propia cuenta”. ¡Cuánto valor cívico en esta decisión! Afortunadamente, la huelga general protege a los editores, y su audacia no es puesta a prueba. La “constitución” viene después en su ayuda. Los peligros del martirio político son apartados, a la mirada se abren perspectivas más radiantes puesto que se puede contemplar un acuerdo con el nuevo ministerio.

El manifiesto del 17 de octubre no decía nada de la libertad de prensa, el Conde Witte explicaba empero a las diputaciones liberales

que este silencio era un signo de asentamiento, que la libertad de palabra, que era prometida, se extendía igualmente a la prensa. Pero, añadía el primer ministro, hasta la promulgación de una nueva ley sobre la prensa, la censura permanece en vigor. Se equivocaba: su censura constitucional fue tan imponente como él mismo. No fueron los editores, fueron los obreros quienes lo decidieron.

“El manifiesto del zar ha proclamado la ‘libertad’ de la palabra en Rusia –declaró el soviét, el 19 de octubre–, pero la Administración Principal de los Asuntos de Prensa subsiste todavía, el lápiz de la censura continúa sus hazañas... La libertad de la palabra impresa aguarda a ser conquistada por los obreros. El Soviet de Diputados decide que sólo podrán salir los periódicos cuyos redactores conserven su independencia respecto al comité de la censura, sin someter sus números a la aprobación, y procedan como el Soviet de Diputados en la publicación de su periódico. Por consiguiente, los cajistas y restantes camaradas obreros de la prensa que concurren con su trabajo a la publicación de los periódicos, no se pondrán a la obra sino después de haber obtenido de los redactores la promesa formal de realizar la libertad de prensa. Hasta ese momento, los obreros de los periódicos continuarán la huelga y el Soviet de Diputados adoptará todas las medidas necesarias para que los camaradas en huelga disfruten de su salario. Los periódicos que no se sometían a la presente decisión serán confiscados en los lugares de venta y destruidos, las máquinas tipográficas serán saboteadas y los obreros que hubiesen transgredido la interdicción del soviét serán objeto de boicot.”

Esta decisión que, unos días después, se extendía a todos los periódicos, libros y folletos, constituyó la nueva ley sobre la prensa. La huelga de la imprenta prosiguió con la huelga general hasta el 21 de octubre. El sindicato de obreros de la prensa decidió no quebrantar el paro ni siquiera para la impresión del manifiesto constitucional, y su voluntad fue rigurosamente observada. El manifiesto no apareció más que en el *Monitor (Pravitelstvenni Vestnik)*, que estaba formado por soldados. Hay que añadir que un periódico reaccionario, *La Luz (Sviet)*, editó un ejemplar clandestino de la proclama del zar, y lo hizo escondiéndose de sus propios cajistas. *La Luz* pagó caro el gesto: su imprenta fue saqueada por los obreros de las fábricas.

¡Sólo nueve meses habían transcurrido desde el peregrinaje de enero hacia el Palacio de Invierno! ¡Era posible! ¡Diez meses antes, este mismo pueblo suplicaba al zar que le concediese la libertad de prensa! ¡Era cierto? No, en verdad nuestro viejo calendario mentía. La revolución estableció ella misma y para sí misma el cómputo de sus años: sus meses son lustros, sus años, siglos.

El manifiesto del zar no encontró entre veinte mil tipógrafos, un solo sujeto dispuesto a servirle con sus manos. Por el contrario, las proclamas de la socialdemocracia que comunicaban el manifiesto con los comentarios indispensables, se difundieron en enormes cantidades a partir del 18 de octubre. Y el segundo número de *Las Noticias (Izvestia)* del soviét, que apareció ese mismo día, fue distribuido en todas las esquinas. Todos los periódicos declararon tras la huelga que en adelante aparecerían sin preocuparse de la censura. Sin embargo, la mayoría no dijo una sola palabra acerca del verdadero instigador de la medida. Sólo el *Novoie Vremia*, por la pluma de su Stolipin, hermano del futuro primer ministro¹, expresó una tímida indignación: estábamos totalmente dispuestos, afirmaba, a hacer este sacrificio sobre el altar de la libre prensa; pero han venido a nosotros para forzarnos, quitándonos el placer que nos hubiera dado tal acto de abnegación. Un cierto Bachmakov, editor del reaccionario *Voz del pueblo (Narodni Golos)* y del *Diario de San Petersburgo*, órgano diplomático que se publicaba en francés, no manifestó ninguna disposición liberal, no quiso hacer al mal tiempo buena cara y sonreír cuando tenía la muerte en el alma. Solicitó del ministerio una dispensa de censura para sus pruebas y ejemplares, e imprimió una protesta furiosa en la *Voz del Pueblo*:

“Violando la ley mediante coacción –escribía este caballero de la reacción policial–, aunque para mí, y es mi firme convicción, la ley, por mala que sea, debe siempre ser observada hasta su abrogación regular por el poder legítimo, publico *a pesar mío* el presente número sin haberlo presentado a la censura y reconozco que este derecho no me pertenece. Protesto con toda mi alma contra la violencia moral que se me hace, y declaro que observaré la ley en cuanto se presente la menor posibilidad de ello, pues en esta época de perturbaciones consideraría como un deshonor ser puesto en el número de los huelguistas. Alejandro Bachmakov.”

Esta declaración caracteriza a la maravilla las verdaderas relaciones que existieron entonces entre la legalidad oficial y el derecho revolucionario. Y, para ser justo, creemos necesario añadir que la conducta de Bachmakov gana mucho en comparación con la del periódico *Slovo (La palabra)*, órgano de tendencia “octubrista”, que solicita oficialmente del Soviet de Diputados Obreros que le entregue una orden escrita para no enviar más sus números a la censura. Para transformar tímidamente el antiguo régimen, tales personas necesitaban ser autorizadas a ello por

¹ *Stolipin, Peter* (1862-1911): reaccionario político zarista, fue primer ministro después de la derrota de la Revolución de 1905. Impulsó una reforma agraria que tenía como objetivo promover un nuevo sector de campesinos ricos. En el gabinete de Goremkin, Stolipin era ministro del Interior. (1909)

nuevos jefes. El Sindicato de Obreros de la Prensa se mantenía infatigablemente en guardia. Hoy, tenía que reaccionar contra el intento de un editor para infringir la decisión del soviét y entrar en relaciones con la censura que se entumecía por falta de trabajo... Mañana había que prevenir un intento de otro tipo: alguien quería servirse de la prensa para lanzar un llamamiento al pogromo. Casos de esta especie se presentaban con frecuencia cada vez mayor. La lucha contra la publicidad de los pogromos comenzó con la confiscación de cien mil ejemplares de una proclama, encargada y firmada por “un grupo de obreros”; el documento instaba a la población a rebelarse contra “los nuevos zares”, es decir, contra los socialdemócratas. Sobre el texto original del llamamiento podían leerse las firmas del conde Orlov-Davidov y de la condesa Musina-Puchkina. Los cajistas solicitaron instrucciones del Comité Ejecutivo, que les envió la prescripción siguiente: detener las máquinas, destruir los estereotipos, confiscar las pruebas y los ejemplares. En cuanto al llamamiento mismo de aquellos bribones del gran mundo, el Comité Ejecutivo lo imprimió con los comentarios apropiados en un periódico socialdemócrata.

“Siempre que el texto no contenga un llamamiento directo a la violencia y a los pogromos, la impresión tendrá lugar sin impedimentos”, tal fue el principio general establecido de concierto por el Comité Ejecutivo y por el Sindicato de Obreros de la Prensa. Gracias a los esfuerzos conjugados de los cajistas y del Comité, toda la publicidad de los pogromos fue definitivamente excluida de las imprentas privadas: sólo el departamento de policía y la dirección de la gendarmería, cerrando sus postigos y atrancando sus puertas, imprimían ahora los llamamientos sanguinarios en máquinas a brazo arrebatadas con anterioridad a los revolucionarios. La prensa reaccionaria aparecía casi sin dificultades. Hubo, es verdad, en los primeros días, algunas pequeñas excepciones. Sabemos que en Petersburgo algunos cajistas intentaron un día añadir observaciones a un artículo reaccionario; hubo también cierto número de protestas contra los groseros despropósitos que cometían los enemigos de la revolución. En Moscú, los cajistas se negaron a imprimir el programa del grupo de octubristas que acababa de constituirse.

“¡Eso es, señores, lo que se llama la libertad de prensa!”, gemía entonces Guchkov (que debía ser más tarde el jefe de la Unión del 17 de octubre) en un congreso de zemstvos. —“En verdad, es todavía el antiguo régimen, por el otro extremo. No nos queda más que utilizar los recursos de este régimen: haremos imprimir en el extranjero o bien organizaremos una tipografía clandestina”.

Ciertamente, la indignación de los fariseos de la libertad capitalista no conocía límites... Creían tener razón en el sentido de que el cajista

no es responsable del texto que compone. Pero, en esta época excepcional, las pasiones políticas alcanzaron tal grado que el obrero, incluso en la esfera de su profesión, no olvidaba nunca, un solo instante, su responsabilidad ante la revolución. Los cajistas de ciertas publicaciones reaccionarias llegaron hasta dejar sus puestos, condenándose así voluntariamente a la penuria. Sin duda, violaban así “la libertad de prensa”, al negarse a poner en formas las calumnias de la reacción o de los liberales contra la clase obrera a la que pertenecían. Llegaron incluso hasta la violación de los compromisos de su contrato, Pero el capital está hasta tal punto penetrado de la metafísica de la violencia que trae consigo la sedicente “libre contratación”, que obliga a obreros a realizar las tareas más detestables, a construir prisiones y acorazados, a forjar cadenas y esposas, a imprimir las mentiras de la burguesía, que encuentra siempre acusaciones para aquellos que se niegan, en nombre de la moral de su clase, a ejecutar trabajos de ese tipo: el capital ve en ello una violación, ora de la “libertad de trabajo”, ora de la “libertad de prensa”.

El 22 de octubre, los periódicos rusos salían liberados de sus trabas seculares. Todo un enjambre de antiguos y nuevos periódicos burgueses seguía apareciendo: para ellos, la posibilidad de decirlo todo era una maldición y no una bendición, pues, en esa época, no tenían nada que decir; no encontraban, en su vocabulario, las palabras que les hubiesen permitido conversar con el nuevo lector; la desaparición del gendarme de la censura dejaba subsistir el gendarme que llevaban en su interior, su prudencia obsequiosa ante la autoridad; entre esta cofradía que cubría su impotencia política con la toga suntuosa que se denomina razón de Estado, o la adornaba con los cascabeles de un radicalismo de bazar, la voz de la prensa socialista resonó entonces clara y valerosa.

“Nuestro periódico es el órgano del proletariado revolucionario – declaraba entonces *El Comienzo (Natchalo)*, socialdemócrata. El proletariado ruso, por su abnegación en la lucha, nos ha abierto el campo de la palabra libre; pondremos nuestra libre palabra al servicio del proletariado ruso.” Publicistas del socialismo ruso, que durante mucho tiempo habíamos vivido como topos de la revolución, conocimos entonces la alegría y el valor de una existencia a cielo abierto, al aire libre, el precio de la libertad de palabra; nosotros, que habíamos salido de las tinieblas de la reacción, cuando los vientos rugían, cuando por todas partes volaban lechuzas siniestras; nosotros, poco numerosos, débiles, dispersos, inexpertos, casi unos niños, contra la espantosa bestia del Apocalipsis; nosotros, armados solamente con una inquebrantable fe en el *evangelio* del socialismo internacional, contra un enemigo poderoso, cubierto de pies a cabeza con la armadura del militarismo internacional.

Encubiertos, disimulados en las fisuras de la sociedad “legal”, habíamos declarado a la autocracia una guerra sin cuartel; era cuestión para nosotros de vida o muerte. ¿Cuál había sido nuestra arma? La palabra. Si se quisiese evaluar el número de horas de prisión y de lejanas deportaciones que tuvo que pagar nuestro partido por cada palabra revolucionaria, la lectura de las cifras sería terrible... ¡Espantosa estadística de nuestros recursos nerviosos y de la sangre de nuestros corazones!

Sobre el largo camino, sembrado de trampas y de emboscadas que se extiende entre el escritor “ilegal” y el lector no menos “ilegal”, existe toda una serie de intermediarios “ilegales”: el cajista, el vendedor ambulante, el agente de propaganda... ¡Cuántas tipografías fueron confiscadas antes de haber tenido tiempo de ponerse a trabajar! ¡Cuántas imprentas no lograron ni llegar al lector, siendo quemadas en los patios de las comisarías. ¡Cuánto trabajo a pura pérdida, fuerzas paralizadas, existencias rotas! Nuestros miserables hectógrafos, las prensas a brazo que fabricábamos nosotros mismos en gran secreto, ¡esos eran los instrumentos que oponíamos a las rotativas de la mentira gubernamental y el liberalismo autorizado! ¿No era como luchar con un hacha primitiva contra el cañón Krupp? Se burlaban de nosotros, nos satirizaban. Sin embargo, durante las jornadas de octubre, fue el hacha de sílex la vencedora. La palabra revolucionaria se abrió espacio, se embriagó con su propia fuerza.

El éxito de la prensa revolucionaria fue inmenso. En Petersburgo, aparecían dos grandes periódicos socialdemócratas; uno de ellos contó desde el primer día con más de cincuenta mil suscriptores; el otro, sin esfuerzo, elevó su tirada en dos o tres semanas a cien mil ejemplares. El gran periódico de los socialistas revolucionarios tuvo asimismo amplia difusión. Al mismo tiempo, la provincia, que rápidamente se había dado una prensa socialista, reclamaba a pesar de ello y con insistencia creciente las publicaciones revolucionarias de la capital. La situación de la prensa, como en general todas las condiciones de la vida política, era muy variada y desigual en las diferentes regiones del país. Todo dependía de la fuerza que podía manifestar la reacción, del vigor que poseía la revolución. En la capital, la censura de hecho no existía. En provincias, se había mantenido, pero, bajo la influencia de los periódicos de Petersburgo, había aflojado las riendas. La lucha de la policía contra la prensa revolucionaria proseguía al azar, carecía de todo principio, de toda idea directriz. Se decretaba la confiscación de determinadas publicaciones, pero nadie se encargaba seriamente de ejecutar estas órdenes. Los números de los periódicos socialdemócratas sedicentes confiscados, se vendían abiertamente, no sólo en los barrios obreros, sino en la Perspectiva Nevski. La provincia devoraba la prensa de la capital como el maná.

A la llegada de los trenes-correo se alineaban, en las estaciones, largas filas de compradores de periódicos. Las noticias eran discutidas. Alguien desgarraba con mano impaciente el envoltorio de la *Gazeta de Rusia* (*Ruskaia Gazeta*) y leía en voz alta los principales artículos. Los locales de la estación estaban abarrotados y parecían más bien una tumultuosa sala de conferencias. Esto se repetía un día tras otro y se convertía en sistema. Pero a veces, incluso con bastante frecuencia, la actitud pasiva de la policía dejaba paso a la arbitrariedad y a violencias desenfrenadas. Los suboficiales de la gendarmería confiscaban la prensa “sediciosa” de la capital, en los mismos vagones, y la destruían por paquetes enteros. La policía perseguía con encarnizamiento particular las revistas satíricas. Era Durnovo quien dirigía la caza, el que más tarde propuso el restablecimiento de la censura previa de los dibujos. Tenía razones para ello: la caricatura, autorizándose con la opinión expresada tiempo atrás por Alejandro III, fijaba invariablemente la cabeza estúpida del ministro del interior sobre el cuerpo de un cerdo... Durnovo, sin embargo, no estaba solo en sus rencores; todos los ayudantes de campo, chambelanes, maestros de Corte, monteros mayores, caballerizos mayores, sentían como él una sed de venganza.

Esta pandilla había logrado echar mano sobre el proyecto de ley concerniente a la prensa, que el ministro había elaborado con el objeto, se decía, “de realizar la libertad de prensa desde ahora, en espera de la sanción legislativa de la Duma de Estado”; en realidad, el ministerio venía a refrenar la libertad que, gracias al proletariado de Petersburgo, existía ya de hecho. El reglamento provisional del 24 de noviembre que mantenía la prensa como antes en manos de la administración, previa penas no sólo para todo llamamiento a la huelga y para toda manifestación, sino también para los insultos al ejército, la difusión de falsas noticias relacionadas con los actos del gobierno, y para toda información errónea en general. En Rusia, es costumbre que todo “reglamento provisional” se convierta en una especie de ley de las más duraderas. Así sucedió con el reglamento provisional sobre la prensa. Fue decretado en espera de la convocatoria de la Duma de Estado; pero todos los interesados lo boicotearon, y fue un reglamento en el aire como el propio ministerio de Witte. No obstante, la victoria de la contrarrevolución en diciembre abrió el camino para la ley de Witte sobre la prensa. Entró en vigor acompañada de nuevas penas previstas para todo elogio dirigido a un criminal; la utilización de la ley era entregada a la discreción de los gobernadores y jefes de policía. Presentada así, la ley subsistió durante la primera Duma, durante la segunda y sobrevivirá a la tercera...

Para terminar de describir la lucha desarrollada en nombre de la libertad de prensa, nos queda por relatar mediante qué procedimientos

Las Noticias (Izvestia) del Soviet de Diputados Obreros veían la luz. Pues la historia de la publicación de estos boletines de la revolución ilustra con una página interesante el relato de la lucha emprendida por el proletariado ruso por la emancipación de la palabra.

El primer número se imprimió antes del manifiesto de la “Constitución”, fue tirado en pequeño formato, con muy pocos ejemplares, en una tipografía particular, secretamente, mediante el pago de dinero. El segundo número se imprimió el 18 de octubre². Un grupo de voluntarios se dirigió a la imprenta del *Sin Otchestva (El hijo de la patria)*, órgano radical que, algo más tarde, pasó a manos de los socialistas revolucionarios. La administración quedó perpleja. La situación era confusa y todavía no se conocía qué consecuencias podría tener la impresión de una publicación revolucionaria.

– Las cosas podrían arreglarse si nos pusiérais en estado de arresto – declaró uno de los miembros de la administración.

– Estáis arrestado –se le respondió.

– Por la fuerza armada –añadió otro sacando de su bolsillo un revólver.

– ¡Arrestado! ¡Arrestado! ¡Arrestado! –sonaban voces en la imprenta y en las salas de la redacción.

– Dejad entrar a todos los que vengan, pero que no salga nadie.

– ¿Dónde está el teléfono?... ¡Quédese cerca del teléfono!, se ordenaba.

El trabajo comenzó; cada momento aparecían nuevas figuras en la imprenta. Llegaban los colaboradores, los cajistas pedían su sueldo. Fueron llamados los cajistas al taller y colocados delante de sus cajas; los colaboradores del periódico fueron encargados de escribir los recuadros. El trabajo iba a todo ritmo. La imprenta de *La Utilidad Social (Obchestvennaia Polza)* es ocupada. Todas las salidas son cerradas y colocados centinelas. En la sala de estereotipia, se ve llegar al obrero. Son desmontadas las cubiertas y encendida la estufa. Figuras desconocidas aparecen en derredor suyo.

– ¿Quién da órdenes aquí? ¿Quién os ha permitido?... exclama un recién llegado y se cree en el deber de apagar el fuego. Es rechazado y amenazado con el encierro en un cuarto trastero. Pero, a fin de cuentas, ¿qué sucede aquí? Se le explica que está imprimiéndose el número tres de las *Izvestia* del Soviet de Diputados Obreros. – Podíais haberlo dicho antes... ¿Es que yo...? Siempre estoy dispuesto...

² Todos los episodios que siguen son relatados siguiendo la memoria del principal organizador de las “tipografías volantes” del soviet, el camarada Simanovski: “Cómo se imprimieron las *Izvestia* del Soviet de Diputados Obreros”. (1909)

– Y el trabajo prosigue enérgicamente bajo la dirección experimentada del patrón. – ¿Como váis a hacer para imprimir? ¡La electricidad no funciona! – exclama el gerente a quien se acaba de detener.

– ¿De qué estación la recibisteis? La tendremos en media hora. El gerente da el nombre de la estación, pero permanece escéptico sobre la declaración que se le ha hecho. Hace ya varios días que reclama, sin poder obtenerla, electricidad al menos para iluminar los locales; en la central los marineros han reemplazado a los obreros en huelga y sólo se proporciona electricidad a los establecimientos del Estado.

Exactamente media hora más tarde, la electricidad brilla en las lámparas y los motores pueden funcionar. Los personajes de la administración muestran entonces una extrañeza mezclada con una singular deferencia. Unos minutos más y el obrero que había sido enviado regresa con una nota del oficial que está al mando de la central de electricidad. “A petición del Soviet de Diputados Obreros, será proporcionada la corriente eléctrica a la casa número 39 de la calle Bolchaia Podiacheskaia para la tipografía *La Utilidad Social*. Firmado”.

Los agresores y las personas detenidas trabajan en común y con gran alegría; el número tres tiene una tirada de enorme cantidad de ejemplares. Finalmente, el lugar donde se imprimen las *Izvestia* es conocido por la policía. Se presenta en la tipografía, pero demasiado tarde: las *Izvestia* han sido retiradas y desmontadas las formas. Sucedió empero en una ocasión, la noche del 4 de noviembre, durante la segunda huelga, que la policía logró encontrar y aprehender en flagrante delito a la compañía volante de *Izvestia*. El hecho se produjo en la imprenta del periódico *Nuestra Vida (Nacha Jisn)*, donde la tarea se desarrollaba desde hacía casi dos días. Al negarse los compañeros a abrir las puertas, la policía las forzó. “Apoyados por una compañía de infantería, con la bayoneta calada –relata Simanovski– los comisarios y los agentes de policía hicieron irrupción en el taller, pero se detuvieron desconcertados ante el pacífico cuadro que descubrían: los cajistas continuaban su trabajo con toda tranquilidad sin inquietarse de las amenazadoras bayonetas.”

– Todos estamos aquí por orden del Soviet de Diputados Obreros –declararon los trabajadores–, y exigimos el alejamiento de la policía; si se niega a salir, no podremos responder por la conservación de los instrumentos y mobiliario de la tipografía.

Mientras que se proseguían las conversaciones con la policía, mientras que ésta recogía los manuscritos originales y las pruebas, y las sellaba a las mesas de trabajo, los obreros no perdían su tiempo y hacían propaganda entre los soldados y los agentes de la policía: les leían a media voz el llamamiento que el soviet dirigiera a los soldados, distribuyéndoles

números de las *Izvestia*. Los nombres de los cajistas fueron anotados a continuación en una lista y los obreros puestos en libertad; las puertas de la imprenta fueron cerradas y selladas, colocándose policías como centinelas. Pero cuando al día siguiente el juez de instrucción se presentó, no encontró nada de lo que buscaba. Las puertas estaban cerradas, los sellos intactos, pero las formas, las pruebas, y los manuscritos habían desaparecido. Todo había sido transportado a la imprenta de *La Información de la Bolsa (Birjevyia Vedomosti)*, donde la impresión del número seis de *Izvestia* se hacía en ese momento preciso sin dificultades. En la noche del 6 de noviembre tuvo lugar el más arriesgado y asombroso de los actos de este género: nos apoderamos de la inmensa imprenta del *Novoie Vremia*. El importante periódico reaccionario consagró al día siguiente dos artículos al acontecimiento, uno de los cuales se titulaba: “Cómo se imprime el diario oficial del proletariado.”

Veamos de qué manera “la víctima” relata este asunto:

“Hacia las seis de la tarde, tres jóvenes se presentaron en la imprenta del periódico... El gerente acababa justamente de llegar. Le fueron anunciados los recién llegados a quienes hizo entrar en su despacho.

–Haga salir a todo el mundo –dijo uno de los jóvenes al gerente– necesitamos charlar con usted sin testigos.

– Sois tres y yo uno –respondió el gerente. Prefiero que esté aquí alguien para escucharnos.

–Le invitamos a hacer salir a todo el mundo. Que se queden si le parece en la habitación de al lado: sólo tenemos que decirle dos palabras.

El gerente dio su asentimiento. Los desconocidos le declararon que estaban allí por orden del Comité Ejecutivo y que tenían instrucciones de tomar la imprenta del *Novoie Vremia* e imprimir el número siete de las *Izvestia*.

– No puedo decirles nada sobre eso –replicó el gerente. La tipografía no me pertenece; tendré que hablar con el patrón.

– Le está prohibido a usted salir de la imprenta; si necesita a su patrón, hágale venir aquí, –respondieron los diputados.

– Puedo comunicarle su propuesta por teléfono.

– Bien...

El gerente se dirigió hacia el teléfono, acompañado por los dos diputados, y llamó a Suvorin (hijo). Este se negó a venir por razones de salud, pero envió en su lugar a un miembro de la redacción, llamado Goldstein. Goldstein describió los acontecimientos que siguieron de forma bastante verídica, añadiendo sólo algunos pequeños detalles destinados a resaltar de manera ventajosa el valor cívico que creyó desplegar en esta ocasión. “Al acercarme a la imprenta –relata– los mecheros de gas estaban apagados. Delante del establecimiento y en las inmediaciones, vi unos grupos poco

numerosos y, delante de la puerta, unos ocho o diez hombres. En el patio, cerca de la entrada había tres o cuatro. Encontré allí al jefe de los empleados que me condujo al despacho de la administración. Allí estaba el gerente con tres jóvenes que tenían aspecto de obreros. Al entrar yo, se levantaron.

– ¿Qué tienen ustedes que decirme, señores?, pregunté.

Por toda respuesta, uno de los jóvenes me puso ante los ojos un papel que contenía el mandato del Soviet de Diputados Obreros de tener que imprimir el próximo número de las *Izvestia* en la tipografía del *Novoie Vremia*. Esta orden había sido escrita sobre un pedazo de papel y estaba marcada con yo no sé qué sellos.

– Es ahora el turno de su imprenta –me declaró uno de los enviados. ¿Qué entiende usted por eso de “es ahora el turno”? –pregunté yo.

– Hemos tirado nuestros números en *La Rusa*, en *Nuestra Vida*, en *El Hijo de la Patria*, en *La Información de la Bolsa*: ahora será en el suyo... Hace falta que nos dé su palabra de honor, en nombre suyo y en el de Suvorin, de no denunciarnos antes de que hayamos terminado el trabajo.

– No puedo responder por Suvorin y yo no tengo ninguna gana personalmente, de darles mi palabra de honor.

– En ese caso, no le permitiremos salir.

– Saldré por la fuerza. Se lo advierto, estoy armado...

– Nosotros estamos armados igualmente –respondieron los diputados sacando sus revólveres.

– Haga venir al guardián y al jefe de los empleados, dijo entonces uno de los diputados al gerente.

Este me interrogó con la mirada. Hice un gesto de impotencia. Se hizo venir al guardián, obligándosele a despojarse de su chaqueta. El jefe de los dependientes vino también a la oficina. Fuimos todos puestos en estado de arresto. Un minuto más tarde, sonaban numerosos pasos en la escalera; en la puerta de la oficina, en el vestíbulo, se reunían desconocidos.

Tenía lugar la ocupación.

Los tres diputados salían continuamente, volvían, desplegaban una gran actividad.

– Permítame –dije a uno de ellos–, que le pregunte sobre qué máquina tienen ustedes intención de trabajar.

– En la rotativa.

– ¿Y si se la cargan?

– Tenemos un excelente maquinista.

– Y el papel, ¿dónde van a tomarlo?

– Del suyo.

– ¡Pero esto es un pillaje en regla, un robo calificado!

– ¿Qué le vamos a hacer?...”

A fin de cuentas, el señor Goldstein se resignó, prometió guardar un silencio religioso y fue puesto en libertad.

“Bajé –relataba de nuevo el mismo–. En la puerta cochera, las tinieblas eran absolutas. Cerca de la entrada, enfundado en la chaqueta tomada del guardián, un “proletario” montaba guardia, provisto de un revólver. Un segundo hizo brillar una cerilla, un tercero puso la llave en la cerradura. Corrió el pestillo, abrióse el postigo y salí...”

La noche transcurrió tranquilamente. El gerente de la imprenta, a quien se había propuesto dejarle salir bajo palabra, se negó a dejar el lugar. Los “proletarios” le dejaron tranquilo... La composición avanzaba con relativa lentitud, dado que los manuscritos se hacían esperar. La copia concerniente a los asuntos del día aún no había sido enviada. Si el gerente aconsejaba activar el trabajo, se le respondía: “Tenemos tiempo; nada nos reclama fuera.” Finalmente, hacia las cinco de la mañana, se hicieron ver el compaginador y el corrector. Pronto se pudo apreciar que eran gentes con experiencia...

“La composición fue terminada a las seis de la mañana. A continuación nos ocupamos de preparar las formas y fundir el estereotipo. El gas que debía servir para calentar el horno de la estereotipia faltaba a causa de la huelga. Fueron enviados dos obreros en misión y se obtuvo el gas. Todas las tiendas estaban cerradas pero, durante toda la noche, llegaron sin dificultad provisiones. Las tiendas se abrían cuando lo querían los proletarios. A las siete de la mañana, se procedió a la impresión del diario oficial del proletariado. Se trabajaba en la rotativa y la tarea se realizaba sin entorpecimientos. Duró hasta las once de la mañana. Entonces, los obreros abandonaron la tipografía, llevando los paquetes del periódico impreso. El transporte se hizo en coches de alquiler reclutados en número suficiente, desde diversos puntos de la ciudad... La policía no fue informada sino al día siguiente y se quedó helada...”

Una hora después de concluirse el trabajo, un fuerte destacamento de policía, apoyado por una compañía de infantería, cosacos y empleados, hacía irrupción en el local del sindicato de obreros de la prensa para confiscar el número siete de las *Izvestia*. La policía tropezó con una resistencia de las más enérgicas. Se le hizo saber que los números que quedaban aún (153, sobre los 35.000 que habían sido impresos) no le serían entregados por las buenas. En numerosas imprentas de la ciudad, los cajistas, al saber la intrusión de la policía en el local de su sindicato, detuvieron inmediatamente el trabajo al que acababan de regresar después de la huelga de octubre, para dejar venir los acontecimientos. La policía ofreció un compromiso: las personas presentes se volverían y fingirían no ver nada, la policía robaría las *Izvestia* y haría constar en su proceso

verbal que la confiscación había tenido lugar por la fuerza. Pero el compromiso fue resueltamente rechazado. La policía no se atrevió a emplear la violencia y se retiró en buen orden sin haber recogido un solo ejemplar de las *Izvestias*.

Después de la ocupación de la imprenta del *Novoie Vremia* el prefecto de policía declaró en una orden del día que los policías que tolerasen en su distrito semejantes atentados serían hechos responsables de los mismos e incurrirían en penas severas. El comité ejecutivo respondió que las *Izvestia*, que no se publicaban más que durante las huelgas generales, continuarían apareciendo en el futuro como antes, siempre que hubiera necesidad de ello; y, en efecto, durante la huelga de diciembre, el segundo Soviet de Diputados Obreros (tras la detención del primero) publicó cuatro números más de *Izvestia*.

La relación detallada que dio el *Novoie Vremia* de la incursión que se había hecho en su imprenta tuvo resultados del todo inesperados. Los revolucionarios de provincias siguieron el ejemplo de Petersburgo y, desde entonces, las ocupaciones operadas sobre las imprentas, para las exigencias de la literatura revolucionaria, se multiplicaron en toda Rusia... Es preciso por lo demás formular ciertas reservas sobre la naturaleza de estas operaciones. Dejemos de lado las imprentas de los periódicos de izquierda, cuya administración sólo pedía ser descargada de toda responsabilidad y por consiguiente se declaraba deseosa de ser puesta en estado de arresto. Pero el episodio resonante del *Novoie Vremia* no hubiera sido posible sin el concurso activo o pasivo de todo el personal. Cuando el que dirigía las operaciones proclamaba en la imprenta “el estado de sitio” y relevaba así de toda responsabilidad al personal, pronto desaparecía toda diferencia entre los sitiadores y los sitiados; el cajista bajo arresto tomaba en sus manos el texto revolucionario, el obrero especialista ocupaba su puesto delante de su máquina y el gerente exhortaba tanto a sus asalariados como a los obreros de fuera a acelerar el trabajo. Los procedimientos de ocupación no habían sido rigurosamente calculados y la violencia física nunca hubiera asegurado el éxito; hay que descontar aquí la atmósfera de simpatía revolucionaria que sólo la actividad del soviet podía hacer eficaz.

Será posible preguntarse con extrañeza por qué el soviet tuvo que recurrir al peligroso procedimiento de los atentados nocturnos para imprimir su periódico. La prensa socialdemócrata se publicaba entonces abiertamente. Por el tono, difería poco de *Izvestia*. Imprimía íntegramente las decisiones del soviet, resúmenes de sus sesiones. Es cierto también que las *Izvestia* aparecían casi exclusivamente durante las huelgas generales, cuando el resto de la prensa guardaba silencio. Pero hubiera

dependido del soviét hacer una excepción para los periódicos socialdemócratas, cuya publicación era absolutamente legal, y dispensarse así de la necesidad de cometer atentados sobre imprentas de la prensa burguesa. Sin embargo, no lo hizo. ¿Por qué?

Esta cuestión, planteada aisladamente quedaría sin respuesta. Pero se comprenderá todo si se considera al soviét en su conjunto, desde su formación, en toda su táctica, como la expresión organizada del derecho supremo de la revolución en el momento de su esfuerzo más intenso, cuando no quiere ni puede aceptar transacción alguna con el enemigo, cuando camina rompiendo todo lo que encuentra ante sí, ensanchando mediante un empuje heroico su territorio y arrastrando todos los obstáculos. Durante las huelgas generales, cuando toda la vida social estaba suspendida, el antiguo régimen se atribuía un punto de honor imprimiendo sin interrupción su *Monitor* (*Pravitelsvenni Viestnik*), y lo hacía bajo la protección de las tropas. El soviét oponía a este procedimiento el de sus compañías obreras y publicaba el órgano de la revolución.

14. LA OPOSICION Y LA REVOLUCION

Así, el manifiesto, en lugar de restablecer el orden, había contribuido a revelar en toda su amplitud el antagonismo que existía entre los polos sociales: por un lado, la reacción pogromista de la nobleza y de la burocracia, por otro, la revolución obrera. Durante los primeros días, o por decir mejor durante las primeras horas, pareció incluso que el manifiesto no había traído cambio alguno en el estado de espíritu de los elementos más moderados de la oposición. Sin embargo, sólo era una apariencia. El 18 de octubre, una de las más poderosas organizaciones capitalistas, la “Oficina Consultiva de Metalúrgicos” escribía al conde Witte: “Debemos declararlo sin reservas: Rusia sólo confía en los hechos; su sangre y su miseria no le permiten dar crédito ya a simples palabras”. Al reclamar una amnistía completa, la Oficina Consultiva “comprobaba, con un placer particular, que por parte de las masas revolucionarias la violencia no se ha manifestado más que dentro de límites muy estrechos, y que estas masas han sabido observar una disciplina verdaderamente increíble”. La Oficina declara que “en teoría” es poco dada a afirmar la necesidad de un sufragio universal; pero ha tenido que reconocer que “la clase obrera, que con tanta fuerza había manifestado su conciencia política y su disciplina de partido, debe tomar parte en la administración de los asuntos públicos”. Todo ello era expresado en términos amplios y generosos, pero no iba a durar mucho tiempo. Sería demasiado simple afirmar que estamos aquí en presencia de una política exclusivamente decorativa. Sin duda alguna, ciertas ilusiones jugaban un gran papel en este asunto: el capital esperaba aún que una amplia reforma política desencadenase inmediatamente el mecanismo de la industria, liberada de todo obstáculo. Es lo que explica que una parte considerable de los empresarios –si no fue la mayoría–, guardaron frente a la huelga de octubre una actitud de amistosa neutralidad. Apenas se recurrió al lock out. Los propietarios de las fábricas metalúrgicas del sector de Moscú decidieron rehusar los servicios de los cosacos.

Pero la mayor muestra de aprobación que se dio a las intenciones políticas de la lucha, fue el pago a los obreros de sus salarios por todo el tiempo de la huelga de octubre: esperando una expansión de la industria

bajo “el régimen de la legalidad”, los empresarios liberales inscribieron sin discutir este gasto bajo la rúbrica de gastos extraordinarios de producción. Pero, al pagar a los obreros su permiso, el capital declaró secamente: ¡es la última vez! La fuerza del ataque conducido por los obreros le hacía comprender la necesidad de la prudencia. Las esperanzas más queridas del capital no se vieron justificadas: el movimiento de las masas, tras la promulgación del manifiesto, no se apaciguó; por el contrario, de día en día manifestaba una fuerza mayor, una independencia más absoluta, un carácter de revolución social mejor marcado. Mientras que los plantadores de la producción azucarera se veían amenazados de una confiscación de tierras, toda la burguesía capitalista, en su conjunto, tenía que retroceder paso a paso ante los obreros, aumentando los salarios y disminuyendo las horas de trabajo.

Independientemente del terror inspirado por el proletariado revolucionario, que se había incrementado febrilmente durante los dos últimos meses de 1905, ciertos intereses más estrechos pero no menos serios impulsaban al capital hacia una alianza inmediata con el gobierno. En primer plano, estaba una necesidad prosaica pero imperiosa, la necesidad de dinero; las ansias de los empresarios y sus anhelos tenían todos por objeto el Banco del Estado. Esta institución servía de prensa hidráulica a la “política económica” de la autocracia, de la que Witte fue el gran maestro durante diez años. De las operaciones del banco y, al mismo tiempo, de la opinión y las simpatías del ministro dependía el ser o no ser de las grandes empresas. Entre otras causas, ciertos préstamos concedidos a pesar de los estatutos, el descuento de fantásticas letras de cambio y, en general, el favoritismo en el sector de la economía política contribuían al viraje de la oposición capitalista. Cuando bajo la triple influencia de la guerra, de la revolución y de la crisis general, el banco redujo sus operaciones al mínimo, gran número de capitalistas se encontraron arruinados. No se preocuparon ya de las perspectivas políticas generales, necesitaban dinero costase lo que costase. “No creemos ya en las palabras –declararon al conde Witte a las dos de la mañana, en la noche del 18 al 19 de octubre–, dadnos hechos.” El conde Witte metió la mano en la caja del Banco de Estado y les distribuyó “hechos”... Gran cantidad de hechos. El descuento se elevó bruscamente. Fue de 138,5 millones de rublos en noviembre y diciembre de 1905, contra 83,1 millones de rublos para el mismo periodo en 1904. El crédito de los Bancos privados aumentó de manera aún más considerable: 148,2 millones de rublos a primeros de diciembre de 1905, contra 39 millones en 1904. Todos los tipos de operaciones se vieron igualmente incrementados. “La sangre y la miseria de Rusia” que comprobaba,

como hemos visto antes, el sindicato capitalista, fueron descontadas por el gobierno de Witte, y el resultado de esta operación se tradujo en la formación de la "Unión del 17 de octubre". Así, encontramos en la cabecera de este partido, no un fervor político, sino una simple gratificación. En la persona de estos empresarios, organizados en uniones "profesionales" o políticas, el Soviet de Diputados Obreros encontró desde sus primeros pasos un enemigo resuelto y consciente.

Pero si los octubristas tuvieron al menos la audacia de tomar claramente posición contra la revolución, es preciso reconocer el papel verdaderamente digno de lástima que desempeñó entonces el partido del radicalismo intelectual y pequeñoburgués que debía, seis meses más tarde, ejercer su facundia sobre las tarimas del Palacio de Táuride. Hablamos de los kadetes. En lo más fuerte de la huelga de octubre, tenía sus sesiones el congreso fundador de este partido. Faltaban la mitad de los delegados: la huelga de los ferrocarriles les había cortado el camino. El 14 de octubre, el nuevo partido definió su actitud ante los acontecimientos: "El partido, al dar su entero asentimiento a las reivindicaciones, cree su deber declararse enteramente solidario con el movimiento huelguista. Renuncia resueltamente (¡resueltamente!) al pensamiento de llegar a sus fines por medio de conversaciones con los representantes del poder". Hará todo lo posible para impedir una colisión, pero si no lo logra, declara de antemano que sus simpatías y su apoyo irán al pueblo. Tres días más tarde, el manifiesto de la constitución era firmado. Los partidos revolucionarios salieron bruscamente de los escondrijos de maldición donde estaban enterrados, y, sin haber tenido tiempo de enjugar el sudor de sangre de que estaban cubiertos, se sumieron cuerpo y alma en las masas populares, llamándolas y agrupándolas para la lucha. Fue una gran época: el martillo de la revolución forjaba nuevas almas.

Pero, ¿qué podían hacer en esta circunstancia los cadetes, políticos de frac, oradores de foro, tribunos de los zemstvos? Esperaron pasivamente, el movimiento del estanque constitucional. El manifiesto existía, pero todavía faltaba el parlamento. No sabían cuándo y cómo vendría el parlamento, y ni siquiera si iba a venir. El gobierno no les inspiraba confianza alguna, la revolución aún menos. Su sueño hubiera sido salvar la revolución de sí misma, pero no veían cómo. No se atrevían a aparecer en las reuniones populares. Su prensa era la expresión de su debilidad y de su cobardía. Se leía poco lo que imprimían. Así, en este periodo de la Revolución Rusa, el más cargado de responsabilidades, los kadetes sólo sabían cruzarse de brazos. Un año más tarde, Miliukov, que no discutía el hecho, se esforzó en justificar su partido, no de haber negado sus fuerzas a la revolución, sino de no haber hecho nada por

obstaculizarla. “Toda manifestación de un partido como el de los constitucional-demócratas –escribió durante las elecciones de la segunda Duma– era absolutamente imposible en los últimos meses de 1905. Aquellos que reprochan ahora al partido por no haber protestado entonces, mediante la organización de mítines, contra las ilusiones revolucionarias del trotsquismo... no comprenden o no se acuerdan de cuál era entonces el estado de ánimo del público democrático que se reunía en los mítines”. Tal es la justificación de un partido “popular”: ¡no se atrevió a aparecer ante el pueblo, por miedo de asustarle!

En este periodo, la Unión de las Uniones desempeñó un papel más ventajoso. La huelga de octubre se generalizó con el concurso activo de los intelectuales radicales. Organizando comités de huelga, nombrando diputaciones, suspendieron el funcionamiento de instituciones sobre las que los obreros apenas tenían influencia. Es así como se detuvieron los trabajos en las administraciones de los zemstvos, en los municipios, los bancos, en toda clase de oficinas, los tribunales, las escuelas e incluso en el Senado. Hay que señalar también la importancia verdaderamente considerable de los socorros en dinero que el ala izquierda de los intelectuales destinó al Soviet de Diputados Obreros. Sin embargo, la idea del papel gigantesco que habría desempeñado la Unión de las Uniones, de crear a la prensa burguesa de Rusia y de Europa occidental, aparece como absolutamente fantástica cuando se considera lo que esta Unión hizo realmente a sabiendas de todo el mundo. La Unión de las Uniones sirvió de intendencia a la revolución y a veces, cuando más, de auxiliar en el combate. Pero nunca pretendió tomar la dirección del movimiento.

Por lo demás, ¿hubiera podido hacerlo? El elemento original de la agrupación era aún y siempre el filisteo cultivado a quien las vicisitudes históricas habían roído las alas. La revolución le sacudió y elevó por encima de sí mismo. Una mañana, al despertarse, había pedido inútilmente su periódico. Al llegar la noche, esa misma revolución había apagado la luz en el apartamento del intelectual y, sobre el muro tenebroso, había trazado caracteres de fuego anunciando jornadas de perturbación, pero, al fin, grandes jornadas. El filisteo quería creer, y no se atrevía. Quería tomar impulso y no podía. Tal vez comprendamos mejor el drama que se desarrollaba en él si lo contemplamos en el momento en que redacta una moción radical y consideramos su actitud en su casa, a la mesa, a la hora del té.

Al día siguiente de la vuelta al trabajo, después de la huelga, fui a visitar a una familia conocida donde reinaba la atmósfera habitual del radicalismo pequeñoburgués. En la pared del comedor estaba fijado el programa de nuestro partido que se acababa de imprimir en gran

formato: era el suplemento del primer periódico socialdemócrata aparecido después de la huelga.

Toda la familia estaba sobreexcitada.

– No está mal... no está nada mal...

– ¿De qué se trata?

– ¡Y lo pregunta! Su programa: ¡échele una ojeada!

– He tenido ocasión de leerlo más de una vez.

– No, pero, ¿cómo encuentra usted esto?... Escriben literalmente:

“El partido se da como objetivo político inmediato la demolición de la autocracia zarista –comprende, *la demolición*– y quiere reemplazarla por la república democrática... ¡La re-pú-bli-ca! ¿Comprende usted?

– Creo comprenderlo.

– Y eso se imprime en condiciones legales, la hoja se vende ante la mirada de la policía, puede comprarse por cinco copecs no lejos del Palacio de Invierno, ¿no? ¡Pero es cierto!

– ¿Entonces le parece bien?

– “¡Le parece bien... le parece bien!”, ¿es cuestión ahora de eso? ¿Se trata de mí? Le hablo de *ellos*, en Peterhof, de aquellos a quienes les ponen esto delante de las narices. Dígame, se lo ruego: ¿puede esto agradales?

– ¡Lo dudo!

El *pater familias* se mostraba especialmente excitado. Dos o tres semanas antes, aún detestaba a la socialdemocracia con el estúpido odio que caracteriza al pequeño burgués radical, infectado desde su juventud de prejuicios populistas. Hoy un sentimiento nuevo le embargaba: sentimiento de veneración mezclado con inquietud.

– Esta mañana, leímos el programa en la dirección de la Biblioteca Imperial, pues el número les ha sido enviado... ¡Ah! ¡Si les hubiese oído! El director ha hecho venir a sus dos adjuntos y a mí, ha cerrado la puerta con llave y nos ha leído el programa desde la primera hasta la última letra. Palabra, todo el mundo estaba sofocado. “¿Qué dice usted de esto, Nicolás Nicolaievich?, me preguntó el director. “No, *usted, usted*, Simon Petrovich, ¿qué dice usted?”.

“Yo, respondo, sabe, he perdido la facultad de hablar. Todavía ayer, no estaba permitido a un periódico decir la menor cosa de un comisario de policía. Hoy, se declara así, por las buenas, francamente, a Su Majestad el Emperador: ¡lárguese! Estas gentes no tienen ninguna preocupación por la etiqueta, ninguna, ninguna... Pensado y dicho...”

“Entonces uno de sus adjuntos dijo:

“El documento está redactado de una forma un poco pesada, haría falta un poco más de ligereza en el estilo...”

Simon Petrovich le mira por encima de sus gafas:

“Querido, no es un folletón dominical, es un programa, ¿comprende? El programa de un partido.

– ¿Y sabe lo que han dicho para terminar, estos señores de la Biblioteca Imperial? ¿Cómo, han preguntado, de qué manera es admitido uno como miembro del partido socialdemócrata? ¿Qué le parece?

– Muy bien.

– Hum... Pero, en realidad, ¿cómo entrar en su partido? –me pregunta mi interlocutor después de una ligera duda.

– Nada más sencillo. La condición esencial, es reconocer, admitir el programa, después, hay que hacerse inscribir en una sección y pagar regularmente su cotización. ¿El programa le gusta, no?

– Que el diablo le lleve, no está mal, es indiscutible... Pero, ¿qué piensa usted de la situación presente? Sólo que sabe, dígame, no como redactor de un diario socialdemócrata, sino con toda franqueza... Estamos lejos aún de la república democrática, ciertamente, pero al menos, tenemos la constitución.

– No, en mi opinión, la república democrática está mucho más cerca y la constitución mucho más alejada de lo que usted piensa.

– ¡Que el diablo le lleve! ¿Qué tenemos pues en este momento? ¿No es la constitución?

– No, sólo el prólogo de la ley marcial.

– ¿Qué...? ¡Usted bromea! Habla en su jerga de periodista. Ni usted mismo se lo cree. ¡Fantasías! ¡Bobadas!...

– No, es el más puro realismo. La revolución crece en fuerza y en audacia. Vea lo que sucede en las fábricas y los talleres, en las calles... Considere finalmente la hoja de papel fijada sobre su pared. Hace quince días, no se hubiera atrevido a ponerla ahí. En cuanto a ellos, allí, en Peterhof, ¿lo que piensan?, le preguntaría yo a mi vez. Viven todavía, se agarran a la existencia. Todavía disponen del ejército. ¿Cree usted que van a ceder sus posiciones y rendirse sin combate? ¡En modo alguno! Antes de dejar libre el lugar, pondrán en obra todas las fuerzas de que disponen, hasta la última bayoneta.

– Pero, ¿el manifiesto? ¿La amnistía? ¡Son hechos, hechos!

– El manifiesto no es más que la declaración de una tregua momentánea, para respirar un poco. ¿La amnistía?... Desde sus ventanas, ve usted la flecha de la fortaleza de Pedro y Pablo: no se ha movido. La prisión de las Cruces tampoco. El servicio de seguridad tampoco... Duda usted de mi sinceridad, Nicolás Nicolaievich. Pues bien, puedo decirle esto: personalmente, estoy en las condiciones requeridas para beneficiarme de la amnistía, pero no tengo prisa alguna para hacer mi

declaración legal. Vivo y seguiré viviendo hasta el desenlace con papeles falsos. El manifiesto no ha cambiado nada en mi situación desde el punto de vista jurídico y en mi conducta.

– En este caso, ustedes debían quizá observar un poco más de prudencia en su política.

– ¿Cómo es eso?

– No hablar de la demolición de la autocracia.

– ¿De forma que se imagina usted que si nos expresamos más cortésmente, Peterhof nos concederá la república y la confiscación de las tierras?

– Hum... Yo me digo que de todas formas exageran un poco...

– Eso lo veremos... Por el momento, adiós: es la hora para mí de ir a la sesión del soviet. A propósito, para su entrada en el partido. Sólo tiene usted que decir una palabra, y le ingresaremos; es cuestión de dos minutos.

– Gracias, muchas gracias... No tengo prisa... La situación es todavía tan incierta... Volveremos a hablar de ello... ¡Adiós, adiós!...

15. LA HUELGA DE NOVIEMBRE

De peligro en peligro, de escollo en escollo, el ministerio de octubre cubría lentamente su camino. ¿Adónde iba? El mismo lo ignoraba.

En los días 26 y 27 de octubre, estalló en Cronstadt¹, a tres disparos de cañón de Petersburgo, un motín militar. Cierta número de soldados conscientes de la situación política trataban de contener a la masa, pero el furor de la multitud hizo explosión. Los mejores elementos del ejército, viendo que no podían detener el movimiento, se pusieron a su cabeza. No tuvieron sin embargo la suerte de impedir los pogromos incitados por las autoridades, en los cuales el papel principal correspondió a las bandas del famoso prodigio Ioann de Cronstadt, que arrastraron tras de sí una oscura multitud de marineros. El 28, Cronstadt fue declarada en estado de sitio y el desgraciado motín aplastado. Los mejores soldados y marineros se veían amenazados por la pena capital. El día de la toma de la fortaleza de Cronstadt, el gobierno quiso dar una seria advertencia al país; declaró el estado de sitio en toda Polonia: era un gran hueso que el ministerio del manifiesto se decidía por vez primera a arrojar a los perros de Peterhof, después de once días de existencia. El conde Witte asumió toda la responsabilidad de esta medida: en la comunicación gubernamental, mentía descaradamente, haciendo alusión a una tentativa temeraria (!) de separatismo por parte de los polacos y previniéndoles que se comprometían en una vía peligrosa “de la que habían conocido más de una vez las duras pruebas”. Al día siguiente, para no encontrarse cautivo de Trepov, se vio obligado a batirse en retirada: reconoció que el gobierno se refería no tanto a los acontecimientos reales como a las consecuencias posibles de su desarrollo, “a causa de la excesiva impresionabilidad de los polacos”. Así el estado de sitio era, a su modo, un tributo constitucional que se concedía al temperamento político del pueblo polaco.

¹ Los marinos de Cronstadt constituyeron un baluarte de las revoluciones de 1905 y 1917 expresando la crisis en las filas de las tropas rusas producto de las contradicciones sociales de estas etapas revolucionarias. Más tarde, los años de Guerra Civil cambiarán la composición de clase entre los marinos de Cronstadt y éstos protagonizarán uno de los levantamientos contra el gobierno bolchevique.

El 29 de octubre, cierto número de comarcas de los gobiernos de Chernigov, de Saratov, y de Tambor, donde se habían declarado perturbaciones agrarias, fueron proclamadas en estado de sitio. Según parecía los mujiks de Tambor se distinguían igualmente por una “excesiva impresionabilidad”. De terror, castañetearon los dientes en la sociedad liberal. Este sector respondía mediante gestos desdeñosos a los coqueteos de Witte, pero en el fondo de su alma, tenía firme esperanza en él. Y ahora, tras la espalda de Witte se mostraba con seguridad Durnovo, que tuvo suficiente espíritu como para adoptar para su uso el aforismo de Cavour: “El estado de sitio es un medio de gobierno de que se sirven los imbéciles.”

El instinto revolucionario sugirió a los obreros que dejando impune el ataque abierto de la contrarrevolución, daban fuerzas a su descaro. El 29, el 30 de octubre y el 1 de noviembre, hubo en la mayoría de las fábricas de Petersburgo grandes mítines en los que se reclamaba del soviét enérgicas medidas de protesta.

El primero de noviembre, después de violentos debates, en una reunión numerosa y tumultuosa, el soviét adoptó, por aplastante mayoría, la decisión siguiente: “El gobierno sigue caminando sobre cadáveres. Entrega a sus consejos de guerra a los valerosos soldados del ejército y de la flota de Cronstadt que se han alzado para defender sus derechos y la libertad del pueblo. El gobierno echa al cuello de la Polonia oprimida la soga del estado de sitio.

El Soviet de Diputados Obreros invita al proletariado revolucionario a manifestar, por medio de la huelga política general, de la que ya ha constatado la fuerza amenazadora, y por mítines de protesta, su solidaridad fraternal con los soldados revolucionarios de Cronstadt y el proletariado revolucionario de Polonia.

Mañana, 2 de noviembre, a mediodía, los obreros de Petersburgo dejarán el trabajo a los gritos de: ¡Abajo la pena de muerte! ¡Abajo la ley marcial en Polonia y en toda Rusia!”

El éxito del llamamiento sobrepasó todas las esperanzas. La huelga de octubre sólo había terminado quince días antes, había consumido mucha energía y, no obstante, los obreros de Petersburgo abandonaron los talleres con una unanimidad sorprendente. Antes de mediodía, el 2 de noviembre, todas las grandes fábricas y factorías que tenían representantes en el soviét hacían ya paro. Gran número de empresas industriales, medias y pequeñas, que no habían participado aún en la lucha política, se adherían ahora a la huelga, elegían diputados y los enviaban al soviét. El comité regional de la red de vías férreas de Petersburgo adoptó la decisión del soviét, y todos los ferrocarriles, salvo el de Finlandia, interrumpieron su tráfico. En total, el número de los huelguistas de

noviembre sobrepasó el de enero e incluso el de octubre. Sin embargo, los correos y telégrafos, los coches de alquiler, los tranvías de caballos y la mayoría de los dependientes de comercio no se unieron al movimiento. Entre los periódicos sólo aparecían el *Monitor* (*Pravitelsvenni Vietsnik*), *La Información de la Prefectura de Petersburgo* (*Viedomosti Petersburgskavo Gradonatchalstva*) y las *Izvestia*; los dos primeros bajo la protección de las tropas, el último bajo la guardia de las compañías obreras armadas.

El conde Witte fue tomado absolutamente de improviso. Quince días antes, creía que, estando el poder entre sus manos, sólo tendría que exhortar, guiar, detener, amenazar, llevar en una palabra las cosas como quisiera... La huelga de noviembre, protesta indignada del proletariado contra la hipocresía gubernamental, desconcertó totalmente al gran estadista. Nada caracteriza mejor su falta de comprensión de las cosas de la revolución, su azoramiento pueril ante los hechos y, al mismo tiempo, su altiva suficiencia, que el telegrama mediante el cual se imaginaba apaciguar al proletariado. Este es su texto íntegro:

“Hermanos obreros, poneos al trabajo, renunciad al motín, tened piedad de vuestras mujeres y de vuestros hijos. El Soberano nos ha ordenado aplicar nuestra solicitud a la cuestión obrera. Con este objeto, Su Majestad Imperial ha constituido un Ministerio del Comercio y la Industria, cuya función será establecer relaciones equitativas entre obreros y patronos. Dadnos el tiempo necesario y se hará por vosotros todo lo posible. Seguid los consejos de un hombre que os quiere bien, que siente simpatía por vosotros. Conde Witte”.

Este impúdico telegrama, en el que una cobarde cólera que disimula su cuchillo toma aires de altiva benevolencia, fue recibido y leído en la sesión del soviét, el 3 de noviembre, y sublevó una tempestad de indignación. Con resonante unanimidad, fue adoptado de inmediato el texto de respuesta que propusimos, y que fue publicado al día siguiente en las *Izvestia*:

“El Soviet de Diputados Obreros, después de haber escuchado la lectura del telegrama del conde Witte a sus ‘hermanos obreros’, expresa en primer término la extrema extrañeza que le causa la osadía de un favorito del zar que se permite llamar ‘hermanos’ a los obreros de Petersburgo. Los proletarios no tienen ningún vínculo de parentesco con el conde Witte.

Sobre el fondo de la cuestión, el soviét declara:

1. El conde Witte nos invita a apiadarnos de nuestras mujeres y de nuestros hijos. El Soviet de Diputados Obreros invita como respuesta a todos los obreros a contar cuántas nuevas viudas y cuántos nuevos huérfanos figuran en las filas de la clase obrera desde el día en que el conde Witte ha tomado el poder.

2. El conde Witte señala la graciosa solicitud del soberano respecto al pueblo obrero. El Soviet de Diputados Obreros recuerda al proletariado de Petersburgo el Domingo sangriento del 9 de enero.

3. El conde Witte nos ruega que le demos el ‘tiempo necesario’ y nos promete hacer por los obreros ‘todo lo posible’. El Soviet de Diputados Obreros sabe que Witte ha encontrado ya *el tiempo* para entregar Polonia a los verdugos militares, y el mismo soviet no duda que el conde Witte hará *todo lo posible* para ahogar al proletariado revolucionario.

4. El conde Witte declara ser un hombre que nos quiere bien y que siente simpatía por nosotros. El Soviet de Diputados Obreros declara que no tiene ninguna necesidad de la simpatía de los favoritos del zar. Exige un gobierno popular sobre la base del sufragio universal, igualitario, directo y secreto”.

Personas bien informadas afirmaban que el conde tuvo un sofoco al recibir la respuesta de sus “hermanos” en huelga.

El 5 de noviembre, la agencia telegráfica de Petersburgo comunicaba: “En razón de los rumores que se han extendido en provincias respecto a la institución de un consejo de guerra sumarísimo y de la aplicación de la pena de muerte a los simples soldados y marineros que han participado en los desórdenes de Cronstadt, estamos autorizados para declarar que todos los rumores de este género son prematuros (?) y desprovistos de todo fundamento... Ningún consejo de guerra sumarísimo ha juzgado o juzgará a los culpables de los acontecimientos de Cronstadt”. Esta declaración categórica no indicaba otra cosa que la capitulación del gobierno ante la huelga, y este hecho no podía, ciertamente ser disimulado por la aserción infantil relativa a “rumores en provincias” mientras el proletariado de Petersburgo, con su protesta, había suspendido la vida comercial e industrial de la capital. En cuanto a Polonia, el gobierno había entrado aún más pronto en la vía de las concesiones al declarar que tenía intención de suspender la ley marcial en los gobiernos del reino de Polonia en cuanto la agitación hubiese decaído².

En la noche del 5 de noviembre, el comité ejecutivo, estimando que había alcanzado su apogeo el momento psicológico, presentó, en la sesión del soviet, una moción destinada a terminar la huelga. Para caracterizar la situación política de entonces, citaremos el texto del discurso leído por el portavoz del comité ejecutivo:

“Acaba de publicarse un telegrama del gobierno que declara que los marineros de Cronstadt serán juzgados, no por un consejo de guerra sumarísimo, sino por el consejo de guerra de la región.

² La ley marcial fue suspendida por un ukase del 12 de noviembre. (1909)

Este telegrama no es otra cosa que la prueba de la debilidad del gobierno zarista y la prueba de nuestra fuerza. De nuevo, podemos felicitar al proletariado de Petersburgo por haber alcanzado una inmensa victoria moral. Pero hablemos con franqueza: de no haberse hecho esta declaración gubernamental, hubiéramos tenido a pesar de todo que invitar a los obreros de Petersburgo a suspender la huelga. Según los telegramas de hoy, es visible que en todas partes de Rusia nuestra manifestación política está en declive. Nuestra huelga actual no tenía más que el carácter de una demostración. No es sino desde este punto de vista como podremos apreciar su éxito o su fracaso. Nuestro objetivo directo e inmediato ha sido demostrar al ejército que se despierta, que la clase obrera está con él, que no le abandonará a los ultrajes y a las violencias sin decir una palabra. ¿No hemos ganado el corazón de todo buen soldado? ¿Quién podría negarlo? En estas condiciones, ¿es posible afirmar que no hayamos obtenido nada? ¿Puede considerarse el cese de la huelga como una derrota para nosotros? ¿No hemos mostrado a toda Rusia que, unos días después de la gran lucha de octubre, mientras que los obreros no habían tenido aún tiempo de restañar sus heridas, la disciplina de las masas era tan grande que bastaba con una palabra del soviét para que todos los proletarios abandonasen su trabajo como un solo hombre? ¡Mirad! Esta vez, las fábricas más atrasadas, que nunca habían dejado el trabajo, se adhirieron a la huelga y sus diputados se encuentran entre nosotros, en el soviét. Los elementos avanzados del ejército han organizado mítines de protesta y participado de esta manera en nuestra manifestación. ¿No es una victoria? ¿No es un brillante resultado? Camaradas, hemos hecho lo que teníamos que hacer. La bolsa europea ha rendido nuevamente los honores del saludo a nuestra fuerza, a nuestra energía. Ha sido suficiente con conocer la decisión del Soviet de Diputados Obreros para que esta información fuera seguida de una notable baja de nuestros valores en el extranjero. Así, cada una de nuestras decisiones, sea una respuesta al conde Witte, o al gobierno en su conjunto, ha supuesto un golpe decisivo al absolutismo.

Algunos camaradas exigen que la huelga continúe hasta que los marineros de Cronstadt sean llevados ante un jurado de la sala de lo criminal y hasta la abrogación de la ley marcial en Polonia. En otros términos, quieren que la huelga se sostenga hasta la caída del gobierno actual, pues –hay que darse cuenta de ello, camaradas– contra nuestra huelga el zarismo empleará *todas* sus fuerzas. Si se estima que el fin de nuestra manifestación era derribar la autocracia, es claro que no lo hemos alcanzado. Desde este punto de vista, hubiéramos debido ahogar la indignación en nuestros pechos y renunciar a la manifestación que

hemos hecho para protestar. Pero nuestra táctica, camaradas, no está establecida sobre ese plano. Las manifestaciones que organizamos, son batallas sucesivas. El fin perseguido es desorganizar al enemigo y conquistar las simpatías de nuevos amigos. Y, ¿qué simpatía puede ser más importante para nosotros que la del ejército? Comprendedlo bien: cuando discutimos la cuestión de saber si es preciso continuar, si o no, la huelga, de hecho preguntamos si la huelga debe conservar su carácter de demostración o transformarse en batalla decisiva, es decir, conducirnos a la victoria completa o a la derrota. No tememos ni las batallas ni las derrotas. Nuestras derrotas no son más que peldaños que nos conducen a la victoria. Se lo hemos probado ya más de una vez a nuestros enemigos. Pero, para cada batalla, buscamos las condiciones más favorables. Los acontecimientos trabajan para nosotros y nosotros no tenemos razón alguna para forzar su marcha. Decidme, si os parece, a quién resulta ventajoso retrasar la hora del combate decisivo: ¿a nosotros o al gobierno? ¡La ventaja es para nosotros, camaradas! Pues mañana seremos más fuertes que hoy, y pasado mañana más fuertes que mañana. No olvidéis, camaradas, que las circunstancias sólo desde hace poco nos permiten organizar mítines para miles de personas, unificar las masas del proletariado y dirigirnos mediante la palabra revolucionaria impresa a toda la población del país. Es necesario aprovechar lo mejor posible estas circunstancias para una amplia propaganda, para la organización de las filas del proletariado. El periodo de preparación de las masas, la acción decisiva debe prolongarse todo lo que podamos, quizá uno o dos meses, a fin de que luego marchemos como un ejército bien agrupado, bien organizado. Sería ciertamente más ventajoso para el gobierno fusilarnos inmediatamente, puesto que todavía no estamos dispuestos para el combate final. Algunos camaradas experimentan hoy, como en el día en que renunciamos a la manifestación de los funerales, la siguiente duda: si nos batimos en retirada en este momento, ¿sabremos levantar una vez más a las masas? ¿No se apaciguará la multitud? Os respondo: ¿creéis que el régimen actual pueda hacer lo necesario para el apaciguamiento? ¿Tenemos razones para inquietarnos, para temer que en el futuro no haya acontecimientos que obliguen al pueblo a levantarse? Creedme, estos acontecimientos no faltarán, serán demasiado numerosos: el zarismo se encargará de ello. No olvidéis además que todavía tenemos ante nosotros una campaña electoral que debe poner en pie a todo el proletariado revolucionario. ¿Y quién sabe si la campaña electoral no ha de terminar con una explosión, si el proletariado no hará saltar por el aire el poder existente? Dominemos, pues, nuestros nervios y no intentemos ir por delante de los acontecimientos. Tenemos que confiar en el proletariado

revolucionario. ¿Se ha calmado después del 9 de enero? ¿Después de la comisión de Chidlovski? ¿Después de los acontecimientos del mar Negro? No, la ola revolucionaria sube sin cesar y no está lejos el momento en que se romperá sobre el régimen de la autocracia.

Lo que nos espera es una lucha decisiva y sin cuartel. Detengamos por el momento la huelga, satisfechos con la victoria moral que ha alcanzado, y apliquemos todas nuestras fuerzas a crear y asegurar aquello que más necesitamos: la organización, de nuevo la organización, siempre la organización. Sólo hace falta mirar en torno a sí para ver que, en este dominio, cada día nos trae nuevas conquistas.

En este momento, los ferroviarios y los funcionarios de correos y telégrafos se organizan. Por el acero de los raíles y por el hilo del telégrafo, harán una sola hoguera con todos los hogares revolucionarios del país. Nos darán la posibilidad de levantar, llegado el momento, a toda Rusia en veinticuatro horas. Es necesario prepararse para ese momento y elevar al más alto nivel la disciplina y la organización. ¡Al trabajo, camaradas!

Por ahora, es indispensable pasar a la organización militar de los obreros, a su armamento. Constitúyanse en cada fábrica grupos de combatientes, por diez hombres, con un jefe elegido, por centenas con un centurión, y que un comandante tome la autoridad sobre estos batallones. Impúlsese la disciplina en estos grupos hasta tal punto que toda la fábrica pueda ponerse en marcha al primer llamamiento. No olvidéis que en la hora del compromiso decisivo, sólo podemos contar con nosotros mismos. La burguesía liberal comienza ya a considerarnos con desconfianza y hostilidad. Los intelectuales demócratas dudan. La Unión de las Uniones que se ha unido de tan buena gana a nosotros durante la primera huelga, siente mucha menor simpatía por la segunda. Uno de sus miembros me decía uno de estos días: ‘Con vuestras huelgas, indisponéis a la sociedad contra vosotros. ¿Es posible que esperéis vencer al enemigo con vuestras propias fuerzas?’ Le recordé el momento de la revolución francesa en que la Convención decretó: ‘El pueblo francés no tratará con un enemigo que ocupa su territorio’. Uno de los miembros de la Convención exclamó: ‘¿Es que habéis concluido un tratado con la victoria?’ Se le respondió: ‘No, hemos concluido un tratado con la muerte’.

Camaradas, cuando la burguesía liberal, se diría que orgullosa por haber traicionado, nos pregunta: ‘Solos, sin nosotros, ¿pensáis poder luchar? ¿Habéis concluido un tratado con la victoria?’ le arrojamos a la cara nuestra respuesta: ‘No, hemos concluido un tratado con la muerte’.

Por aplastante mayoría, el soviét adoptó la decisión siguiente: “Suspender la manifestación de huelga el lunes 7 de noviembre, a mediodía”. Fueron repartidos en las fábricas carteles con la resolución del soviét,

y pegados en la ciudad. En el día y la hora fijados, la huelga se detuvo al unísono, como había comenzado. Había durado ciento veinte horas, tres veces menos que la ley marcial en Polonia.

La importancia de la huelga de noviembre no consiste ciertamente en haber salvado del nudo corredizo a unas decenas de marineros; sería poca cosa en una revolución que devora las existencias por decenas de miles. Su importancia no reside tampoco en que obligase al gobierno a suprimir lo antes posible la ley marcial en Polonia; un mes más o menos bajo el régimen de las leyes de excepción no es nada para un país que tanto ha sufrido. La huelga de octubre fue un grito de alarma dirigido al país entero. ¿Quién sabe si una furiosa bacanal de reacción no se hubiera desencadenado en todo el país, en el caso de haber tenido éxito la experiencia lanzada en Polonia? Pero el proletariado estaba ahí, demostró que “existía, vigilaba y está dispuesto para devolver golpe por golpe”³. En esta revolución que, por la solidaridad que manifestaron las razas tan diversas del país, hace un contraste magnífico con los acontecimientos de 1848 en Austria, el proletariado de Petersburgo, en nombre de la propia revolución, no podía abandonar en silencio a las manos de la impaciente reacción a sus hermanos de Polonia, no tenía derecho a hacerlo. Y, desde el momento en que se cuidaba de su propio futuro, no podía ignorar, no tenía derecho a ignorar la rebelión de Cronstadt. La huelga de noviembre fue un grito de solidaridad lanzado por el proletariado, por encima de las cabezas del gobierno y de la oposición burguesa, a los prisioneros del cuartel. Y el grito fue escuchado.

El corresponsal del *Times*, en el relato que hizo de la huelga de noviembre, recogía estas palabras de un coronel de la guardia: “Por desgracia, no puede negarse que la intervención de los obreros que han tomado la defensa de los amotinados de Cronstadt ha tenido una influencia moral muy lamentable sobre nuestros soldados”. En esta “lamentable influencia moral” está contenido lo esencial de la huelga de noviembre. De un solo golpe, removió las masas del ejército y, en el curso de los días que siguieron, ocasionó una serie de mítines en los cuarteles de la guarnición de Petersburgo. En el comité ejecutivo, e incluso en las sesiones del soviét, se vio aparecer no sólo a soldados aislados, sino a delegados de la tropa que pronunciaron discursos y solicitaron ser apoyados; el vínculo revolucionario se afirmó entre ellos, las proclamas se difundieron con profusión en ese medio.

En aquellos días, la efervescencia ganó las filas más aristocráticas del ejército. El autor del presente libro tuvo, durante la huelga de

³ Son los términos de la resolución del soviét. (1909)

noviembre, la ocasión de participar como “orador hablando en nombre de los obreros” en una asamblea de militares, única en su género. El hecho merece la pena de ser contado.

Había recibido una tarjeta de invitación de la baronesa Ikskul von Hildebrand; me presenté a las nueve de la noche en una de las más ricas residencias particulares de Petersburgo. El portero, que tenía el aspecto de un hombre resuelto a no extrañarse ya de nada, me quitó el abrigo y lo colgó en una larga hilera de capotes de oficiales. El lacayo esperaba, para presentarme, tener mi tarjeta de visita. ¡En fin! Un hombre que se oculta de la policía no podía tener tarjeta de visita. Para sacarle del apuro le entregué la nota de invitación de la dueña de la casa. Un estudiante se acercó a mí en el vestíbulo después de un *privatdozent* radical, redactor de una gran “revista”, y, finalmente, la misma baronesa. Esperaban sin duda encontrar en mí, “enviado de los obreros”, una fisonomía más avinagrada. Di mi nombre. Fui invitado amablemente a entrar. Al levantarse el cortinón, pude ver una agrupación de sesenta o setenta personas. Sobre sillas dispuestas en líneas regulares, estaban sentados, a un lado del pasillo, treinta o cuarenta oficiales, entre ellos brillantes militares de la guardia; al otro lado, las damas. En un rincón, delante, se apercibía un grupo de levitas negras: eran publicistas y abogados radicales. Delante de una pequeña mesa que servía de cátedra, un anciano hacía funciones de presidente. A su lado, reconocí a Rodichev, el futuro “tribuno” de los constitucionales demócratas. Hablaba de la aplicación de la ley marcial en Polonia, de las obligaciones de la sociedad liberal y de la parte pensante del ejército frente a la situación polaca; hablaba con tono aburrido y monótono, sus pensamientos eran cortos y vulgares, y cuando concluyó su discurso se escucharon aplausos impregnados de cansancio. Tras él, Peter Struve tomó la palabra; ayer todavía era “el exilado de Stuttgart”, a quien la huelga de octubre había abierto de nuevo el camino de Rusia y que había aprovechado la ocasión para tomar posiciones en la extrema derecha del liberalismo de los zemstvos y para desde allí emprender una campaña desvergonzada contra la socialdemocracia. Orador penoso, mascullando y comiéndose las palabras, demostraba que el ejército debía mantenerse en el terreno del manifiesto del 17 de octubre y defenderlo contra todo ataque, tanto de la derecha como de la izquierda. Esta sabiduría de víbora conservadora resultaba muy divertida en los labios del antiguo socialdemócrata. Escuché su discurso y me acordé que, siete años antes, este hombre había escrito: “Cuanto más se avanza hacia el oriente de Europa, más aparece la burguesía débil, cobarde y vil en su actitud política”. Desde entonces, sobre las muletas del revisionismo alemán el mismo hombre había

pasado al campo de la burguesía liberal, a fin de demostrar, por ejemplo, la justeza del aforismo que acabamos de citar... Después de Struve, el publicista radical Procopovich habló del motín de Cronstadt; escuchamos a continuación a un desgraciado profesor cuya elección dudaba entre el liberalismo y la socialdemocracia, y que habló de todo y de nada. Por fin, un famoso abogado (Sokolov) invitó a los oficiales a tolerar la propaganda en los cuarteles. Los discursos tomaban un tono cada vez más resuelto, la atmósfera se caldeaba, los aplausos del público se hacían cada vez más sonoros. Llegado mi turno señalé que los obreros estaban desarmados, que con ellos la libertad se hallaba desguarnecida, que en manos de los oficiales se encontraban las llaves de los arsenales de la nación, que en el minuto decisivo estas llaves deberían ser transmitidas a aquellos a quienes pertenecían por derecho, es decir, al pueblo. Fue la primera y, sin duda, la última vez en mi vida que tuve ocasión de hablar ante un auditorio de este género...

“La lamentable influencia moral” del proletariado sobre los soldados indujo al gobierno a ejercer actos de represión. Se procedió a detenciones en uno de los regimientos de la guardia; una parte de los marineros fueron enviados bajo escolta de Petersburgo a Cronstadt. De todas partes, se dirigían al Soviet soldados preguntando qué se podía hacer. A estas preguntas respondimos con un llamamiento hecho famoso bajo el nombre de Manifiesto a los soldados. Este es su texto:

“El Soviet de Diputados Obreros responde a los soldados: ¡Hermanos soldados del ejército y de la flota! Os dirigís frecuentemente a nosotros, Soviet de Diputados Obreros, para obtener un consejo o un apoyo. Al efectuarse la detención de hombres del regimiento Preobrajenski, nos habéis solicitado socorro. Al ser detenidos alumnos de la escuela militar electrotécnica, nos habéis pedido asistencia. Al ser enviadas bajo escolta las tripulaciones de la flota de Petersburgo a Cronstadt, han buscado nuestra protección.

Gran número de regimientos nos envían sus diputados.

Hermanos soldados, tenéis razón. Sólo tenéis para defenderos al pueblo obrero. Si los obreros no vienen en socorro vuestro, no hay salvación para vosotros. El maldito cuartel os ahogará.

Los obreros están siempre al lado de los buenos soldados. En Cronstadt y en Sebastopol, los obreros han luchado y han muerto con los marineros. El gobierno había decidido que los marineros y los soldados de Cronstadt pasasen ante consejo de guerra; los obreros de Petersburgo suspendieron inmediatamente todo trabajo.

Consienten en sufrir las torturas del hambre, pero no quieren considerar en silencio los tormentos que se inflige a los soldados.

Nosotros, Soviet de Diputados Obreros, nosotros os decimos, soldados, en nombre de todos los obreros de Petersburgo:

Vuestras penas son nuestras penas, vuestras necesidades son nuestras necesidades; la lucha que lleváis a cabo, es la misma que hemos emprendido. Nuestra victoria será vuestra victoria. Estamos ligados a la misma cadena. Solamente uniendo sus esfuerzos el pueblo y el ejército la romperán.

¿Cómo obtener la libertad de los soldados de Preobrajenski? ¿Cómo salvar lo de Cronstadt y Sebastopol? Para eso, hay que limpiar el país, de todas las prisiones zaristas, de todos los consejos de guerra. Mediante golpes aislados, no obtendremos nada a favor de los de Preobrajenski, Sebastopol y Cronstadt. Solamente por un poderoso impulso de toda la masa barremos la arbitrariedad y la autocracia del suelo de nuestra patria.

¿Quién puede encargarse de esta gran tarea? El pueblo obrero unido con el ejército fraterno.

¡Hermanos soldados: despertaos, levantaos, venid a nosotros! ¡Buenos y valerosos soldados, agrupaos en asociaciones!

¡Despertad a los que duermen! ¡Llevad por la fuerza a los remolones! ¡Poneos de acuerdo con los obreros! ¡Constituid un vínculo con el Soviet de Diputados Obreros!

¡Y adelante, por la justicia, por el pueblo, por la libertad, por nuestras mujeres y nuestros hijos!

Una mano fraterna os es tendida, la del Soviet de Diputados Obreros!"
Este manifiesto corresponde a los últimos días del soviet.

16. ¡LAS OCHO HORAS Y UN FUSIL!

El proletariado estaba solo en la lucha. Nadie quería ni podía apoyarle. Esta vez, no se trataba ya de la libertad de prensa, ni de combatir la arbitrariedad de los de uniforme, ni siquiera del sufragio universal. El obrero pedía garantías para sus músculos, para sus nervios, para su cerebro. Había decidido reconquistar una parte de su propia existencia. No podía esperar por más tiempo y tampoco quería. En los acontecimientos de la revolución, había tomado conocimiento de su fuerza, había descubierto una vida nueva, una vida superior. Acababa en cierto modo de renacer para la vida del espíritu. Todos sus sentimientos se encontraban tensos como las cuerdas de un instrumento. Nuevos mundos inmensos y radiantes se habían abierto ante él... ¿Será preciso esperar aún por mucho tiempo al gran poeta que reproduzca el cuadro de la resurrección revolucionaria de las masas obreras?

Después de la huelga de octubre, que había hecho de las fábricas ennegrecidas por el humo los templos de la palabra revolucionaria, después de una victoria que había llenado de orgullo a los corazones más pesimistas, el obrero recayó en el engranaje maldito de la máquina. Todavía presa del adormecimiento del alba tenebrosa, tenía que arrojarse a la garganta infernal de la fábrica; avanzada la tarde, cuando la máquina finalmente atrancada daba una señal con su sirena, el obrero, presa aún y siempre del adormecimiento, arrastrando su cuerpo agotado, regresaba al alojamiento en la noche morosa y lúgubre. Sin embargo, en derredor suyo, ardían llamas claras, cercanas e inaccesibles, las llamas que él mismo había encendido. La prensa socialista, las reuniones políticas, la lucha de los partidos, banquete inmenso y maravilloso de intereses y pasiones. ¿Cuál era entonces la salida? La jornada de ocho horas. Fue el programa entre todos los programas, el deseo entre todos los deseos. Sólo la jornada de ocho horas podía liberar inmediatamente la fuerza del proletariado para la política revolucionaria del día. ¡A las armas, proletarios de Petersburgo! Un nuevo capítulo se abre en el libro austero de la lucha.

Ya durante la gran huelga, habían declarado los delegados más de una vez que a la vuelta del trabajo las masas no consentirían por nada

del mundo seguir en las antiguas condiciones. El 26 de octubre, los delegados de uno de los sectores de Petersburgo deciden, independientemente del soviet, realizar en sus fábricas la jornada de ocho horas por la vía revolucionaria. El 27, la propuesta de los delegados es adoptada por unanimidad en diversas reuniones obreras. En el taller mecánico Alexandrovski, la cuestión es decidida por escrutinio secreto, para evitar toda presión. Resultados: 1.668 votos a favor, 14 en contra. Los grandes talleres metalúrgicos no trabajan más que ocho horas desde el 28. Un movimiento análogo se dibuja al mismo tiempo en el otro extremo de Petersburgo. El 29 de octubre, el organizador de la campaña informa al soviet que la jornada de ocho horas ha sido establecida “por la fuerza” en tres grandes fábricas. Truenos de aplausos. No hay lugar para la duda. ¿No es la violencia la que nos ha dado la libertad de reunión y la de prensa? ¿Son para nosotros más sagrados los intereses del capital que los de la monarquía? Las tímidas voces del escepticismo se ahogan en las oleadas del entusiasmo general. El soviet emite una decisión de la más alta importancia: invita a todas las fábricas y talleres a establecer por su propia cuenta la jornada de ocho horas. Este decreto es adoptado casi sin debates, como si la decisión se impusiese por sí misma. Da a los obreros veinticuatro horas para adoptar sus disposiciones al efecto. Fue suficiente. “La propuesta del soviet ha sido acogida por nuestros obreros con transportes de entusiasmo –escribe mi amigo Nemtsov, delegado de un taller metalúrgico. En octubre, hemos luchado en nombre de las exigencias del país entero, ahora ponemos por delante nuestras reivindicaciones exclusivamente proletarias que mostrarán claramente a nuestros patronos burgueses que no olvidamos un solo instante las necesidades de nuestra clase. Después de los debates, el comité de la fábrica (reunión de los representantes de los talleres; los delegados del soviet desempeñaban un papel dirigente en estos comités) ha decidido por unanimidad establecer la jornada de ocho horas a partir del primero de noviembre. El mismo día, los diputados han transmitido la decisión del comité de fábrica a todos los talleres... Han invitado a los obreros a traer sus alimentos a la fábrica, con el fin de no hacer la suspensión habitual de mediodía. El primero de noviembre, los obreros han ido al trabajo a las siete menos cuarto de la mañana, como siempre. A mediodía, un golpe de silbato les llamó a la comida; fue la ocasión para numerosas bromas entre los compañeros, que no se concedían más que media hora de descanso en lugar de una hora y tres cuartos. A las tres y media, toda la fábrica dejaba el trabajo, que había durado exactamente ocho horas.

El lunes 31 de octubre, leemos en el número 5 de la *Izvestia*: todos los obreros de las fábricas de nuestro sector, conforme a la decisión del

soviet, después de haber trabajado ocho horas, han dejado los talleres y han salido en manifestación por las calles con banderas rojas, al canto de *La Marsellesa*. En el curso del recorrido, los manifestantes ‘sacaban’ a los obreros que prolongaban el trabajo en los pequeños establecimientos.” La decisión del soviet fue aplicada en los otros sectores con la misma energía revolucionaria. El 1 de noviembre, el movimiento se extiende a casi todos los talleres metalúrgicos y a las más importantes fábricas textiles. Los obreros de las fábricas de Schlüsselburg preguntaban al soviet a través del telégrafo: “¿Cuántas horas de trabajo debemos proporcionar a partir de hoy?” La campaña se desarrollaba con una fuerza invencible, con una grandiosa unanimidad. Pero la huelga de cinco días, cortó esta campaña en sus comienzos. La situación se hacía cada vez más difícil. La reacción gubernamental realizaba esfuerzos desesperados, y no sin éxito, para recuperar terreno. Los capitalistas se unían enérgicamente para la resistencia, bajo la protección de Witte. La democracia burguesa estaba “harta” de huelgas. Tenía sed de tranquilidad y reposo.

Antes de la huelga de octubre, los capitalistas habían enjuiciado de diferente modo la reducción de trabajo por los obreros: unos amenazaban con cerrar inmediatamente las fábricas, otros se limitaban a operar retenciones sobre los salarios. En gran número de fábricas y talleres, la administración entraba en la vía de las concesiones, consentía en reducir la jornada a nueve horas y media, e incluso a nueve horas. Esto es, por ejemplo, lo que decidió el sindicato de impresores. La incertidumbre reinaba en general entre los patronos. Hacia el final de la huelga de noviembre, el capital, agrupando sus fuerzas, logró dominar la situación y se mostró intratable: la jornada de ocho horas no sería concedida, y en el caso de que los obreros insistieran, se procedería a un lock out en masa. Abriendo el camino a los patronos, el gobierno tomó la iniciativa de cerrar las fábricas del Estado. Las reuniones obreras eran cada vez con mayor frecuencia dispersadas por la policía, y se esperaba evidentemente abatir así los espíritus. La situación se agravaba de día en día. Siguiendo a las fábricas del Estado, fueron cerrados los establecimientos privados. Varias decenas de miles de obreros fueron echados a la calle. El proletariado tropezaba con una muralla abrupta. Era absolutamente necesario batirse en retirada. Pero la masa obrera sabía lo que quería. No aceptaba ni siquiera oír hablar de un regreso al trabajo en las antiguas condiciones. El 6 de noviembre, el soviet recurre a un compromiso: declara que la prohibición deja de ser obligatoria para todos e invita a los trabajadores a no continuar la lucha más que en las empresas donde hubiese alguna esperanza de éxito. La solución no era evidentemente satisfactoria: no es un llamamiento formal y amenaza con dividir el

movimiento en una serie de escaramuzas. Sin embargo, la situación sigue agravándose. En tanto que las fábricas del Estado se volvían a abrir, a instancias de los delegados, para un trabajo a realizar en las antiguas condiciones, los empresarios privados cerraban las puertas de trece nuevas fábricas y talleres. Eran 19.000 desocupados más. La preocupación de obtener la reapertura de las fábricas, incluso en las antiguas condiciones, no permitía pensar ya en realizar por un golpe de fuerza la jornada de ocho horas. Era necesario mostrar decisión; el 12 de noviembre, el soviet ordenó batirse en retirada. Fue la más dramática de todas las sesiones del parlamento obrero. Los votos se repartieron. Dos talleres metalúrgicos de los más avanzados insistían por que se continuase la lucha, siendo apoyados por los representantes de algunas fábricas textiles, de determinadas empresas del tabaco y el vidrio. La fábrica Putilov se declara enérgicamente contra esta actitud. Se levanta una mujer: es una tejedora de la fábrica Maxwell, ya de cierta edad. Su rostro es hermoso y abierto, el vestido de indiana ajado, aunque se acerca el invierno; su mano tiembla de emoción y sube nerviosamente hasta el cuello. Voz penetrante, profunda, vibrante, inolvidable: "Habéis acostumbrado, grita a los delegados de Putilov, a vuestras mujeres a comer bien y a dormir bien, y por eso teméis perder vuestro ganapán. Pero a nosotras eso no nos asusta. Estamos dispuestas a morir por obtener la jornada de ocho horas. Lucharemos hasta el final. La victoria o la muerte. ¡Viva la jornada de ocho horas!"

Han pasado treinta meses desde que escuché ese grito, y aquella voz de esperanza, de desesperación y de pasión resuena aún en mis oídos como un reproche vehemente, como un llamamiento irresistible. ¿Dónde estás ahora, camarada heroica, humildemente vestida con un traje ajado de indiana? ¡Oh! Seguramente nadie te había enseñado a dormir bien, a comer bien, a vivir a gusto...

La vibrante voz se quiebra... Un instante de silencio doloroso. Y a continuación una tempestad de aplausos apasionados. Los delegados que se habían reunido bajo la penosa impresión de la violencia capitalista y de una inmutable fatalidad, se elevaron en este momento muy por encima de la vida cotidiana. Aplaudían a la victoria que tenían que alcanzar un día sobre el destino sanguinario.

Después de debates que duraron cuatro horas, el soviet adoptó por una aplastante mayoría la resolución de ceder. La resolución señalaba que la coalición del capital con el gobierno había, al primer golpe, transformado la cuestión de las ocho horas, aplicable a Petersburgo, en una cuestión de interés general para todo el país; demostraba que los obreros de Petersburgo no podían por consiguiente obtener esta ventaja

sin el concurso del proletariado de la nación entera, y decía: “Por estas razones, el Soviet de Diputados Obreros estima necesario suspender provisionalmente las medidas directas que habían sido indicadas a todas las empresas para realizar la jornada de ocho horas.” Hubo que hacer grandes esfuerzos para que la retirada se efectuase en buen orden. Numerosos obreros preferían entrar en la vía señalada por la tejedora de Maxwell. “Camaradas obreros de las restantes fábricas y talleres –escribían al soviet los trabajadores de una gran fábrica que habían resuelto continuar la lucha por la jornada de nueve horas y media–, excusados por obrar así, pero no podemos aceptar más esta sobrecarga que progresivamente agota nuestras fuerzas físicas y morales. Lucharemos hasta la última gota de sangre...”

Al abrirse la campaña por la jornada de ocho horas, la prensa capitalista exclamaba, como es lógico, que el Soviet quería arruinar la industria nacional. El periodismo liberal democrático, que temblaba en esta época ante los amos de izquierda, parecía haberse tragado la lengua. Pero cuando la derrota de la revolución, en diciembre, le devolvió la libertad de su iniciativa, emprendió la traducción en su jerga liberal de todas las acusaciones lanzadas por los reaccionarios contra el soviet. La lucha que éste había desarrollado por la jornada de ocho horas fue, *a posteriori*, el objeto de la acusación más rigurosa por parte de estos buenos señores. No obstante, es preciso anotar que la idea de realizar por la violencia la jornada de ocho horas, es decir, interrumpiendo simplemente el trabajo sin esperar el asentimiento de los empresarios, había nacido antes del mes de octubre y no entre los miembros del soviet. Durante las huelgas épicas de 1905, habían tenido lugar más de una vez tentativas de este género. Y no habían sido seguidas por derrotas. En las fábricas del Estado, donde los motivos políticos desempeñan un papel más importante que las razones económicas, los obreros habían obtenido de esta manera la jornada de nueve horas. No obstante, la idea de establecer sólo por medios revolucionarios la jornada normal únicamente en Petersburgo y en veinticuatro horas, puede parecer fantástica. Un buen contable, afiliado a un sindicato de gentes graves y sesudas, la juzgaría sin duda absolutamente loca. Y lo era en efecto desde el punto de vista de las gentes razonables. Pero, en la “locura” revolucionaria, no carecía de razón. Ciertamente, la jornada normal sólo para Petersburgo es una pretensión absurda; pero el intento de la capital, en el ánimo del soviet, debía levantar al proletariado del país entero. Naturalmente, la jornada de ocho horas no puede realizarse si no es con el concurso del poder gubernamental; pero el proletariado entonces luchaba precisamente por la conquista del poder. Si hubiese alcanzado una victoria

política, el establecimiento de la jornada de ocho horas no habría sido más que el desarrollo natural de una “experiencia fantástica”. Pero el proletariado no salió vencedor de este primer combate, y esa es, sin duda alguna, su “falta” más grave.

A pesar de todo, creemos que el soviét se condujo como podía y debía conducirse. En realidad, no tenía elección. Si, por razones de política “realista”, hubiese gritado a las masas: “¡Retroceded!”, no le habrían escuchado. El conflicto habría estallado, pero sin que nadie dirigiera a los combatientes. Las huelgas se habrían producido, pero el enlace entre ellas hubiera faltado. En estas condiciones, la derrota hubiese causado una total desmoralización. El soviét comprendió su función de otra manera. Sus dirigentes no contaban en modo alguno con un éxito práctico, inmediato, absoluto; pero, para ellos, las poderosas fuerzas elementales que entraban en movimiento se imponían como un hecho esencial, y resolvieron transformar el movimiento en una, manifestación grandiosa, inaudita hasta entonces en el mundo socialista, en favor de la jornada de ocho horas. Los resultados prácticos de esta campaña, es decir, una reducción considerable de las horas de trabajo en una serie de empresas, fueron pronto reducidas a la nada por los patronos. Pero los resultados políticos dejaron una huella imborrable en la conciencia de las masas. La idea de la jornada de ocho horas fue a partir de entonces popular entre los grupos obreros más atrasados, y tuvo más influencia que la que habría obtenido una propaganda pacífica desarrollada durante largos años. Al mismo tiempo, la reivindicación era orgánicamente asimilada a las exigencias esenciales de la democracia política. Cuando tropezó con la resistencia organizada del capital, detrás de la cual se alzaba el poder del Estado, la masa obrera volvió a la idea del golpe de Estado revolucionario, de la inevitable insurrección, del armamento indispensable. Al defender en el soviét la moción que debía terminar la lucha, el portavoz del comité ejecutivo resumía de la manera siguiente los resultados de la campaña. “Si no hemos conquistado la jornada de ocho horas para las masas, al menos hemos conquistado a las masas para la jornada de ocho horas. En adelante, en el corazón de todo obrero petersburgués resonará el mismo grito de batalla: ‘¡Las ocho horas y un fusil!’”

17. EL MUJIK SE REBELA

Era en las ciudades donde tenían lugar los acontecimientos decisivos de la revolución. Pero los campos no guardaban un silencio pasivo. Se agitaban ruidosamente, se levantaban con pesadez y daban traspies como al salir de un sueño; y, apenas se dio cuenta de estos primeros signos de agitación, la clase dirigente entera tembló.

Durante los dos o tres años que habían precedido a la revolución, las relaciones entre campesinos y propietarios se fueron haciendo muy difíciles. Los “malentendidos” se multiplicaban. A partir de la primavera de 1905, la efervescencia en los campos se hace amenazadora; se manifiesta bajo aspectos variados a las diversas regiones del país. Esquemáticamente, se pueden señalar tres zonas de “revolución” campesina: 1) el norte, que se distingue por un desarrollo considerable de la industria de fabricación; 2) el sudeste, relativamente rico en tierras; 3) el centro, en que la tierra falta y donde esta cuestión se agrava aún más por el estado lamentable en que vegeta la industria. A su vez, el movimiento campesino elaboró cuatro procedimientos típicos de lucha: ocupación de las tierras de los propietarios, acompañada de expulsión de los amos y destrucción de sus mansiones, con el fin de asegurar al pueblo una utilización más amplia de las tierras; apropiación de los trigos, el ganado, el heno y tala de bosques con el fin de avituallar inmediatamente al pueblo hambriento y necesitado; huelga y boicot teniendo por objeto obtener una disminución del arrendamiento, o el elevar los salarios; y finalmente, negativa a proporcionar reclutas al ejército, a pagar los impuestos y las deudas. Diversamente combinados, estos procedimientos de lucha se propagaron en todo el país, adaptándose a las condiciones económicas de cada región. El movimiento campesino fue particularmente violento en el centro miserable. La devastación pasó por estas provincias como un ciclón. En el mediodía, se recurrió principalmente a las huelgas y al boicot de las explotaciones. Finalmente, en el norte, donde el movimiento fue más débil, se pensó sobre todo en cortar madera para calefacción. Los campesinos se negaron a reconocer los poderes administrativos y a pagar los impuestos allí donde la revuelta económica tomaba un carácter político radical. En todo caso, el movimiento agrario, no ganó a las masas profundas más que después de la huelga de octubre.

Veamos más de cerca como el mujik procede en la revolución. En el gobierno de Samara, los desórdenes se extendieron a cuatro comarcas. Al principio, sucedía así: los campesinos se presentaban en las explotaciones privadas y no se apoderaban más que de los forrajes; en el curso de esta operación, tenían en cuenta el ganado que se encontraba en la propiedad y dejaban al patrono el forraje necesario para alimentar el rebaño; se llevaban el resto en sus carretas. Obraban con calma, sin violencia, “en consciencia”, esforzándose en entenderse con el propietario para evitar “todo escándalo”. Explicaban al patrón que habían llegado tiempos nuevos, que hacía falta vivir ahora siguiendo una regla nueva, “según Dios”, el que poseía mucho debía dar a los que no tenían nada... A continuación, grupos de representantes, “provistos de poder”, se presentan en las estaciones de los ferrocarriles: hay allí importantes depósitos de grano perteneciente a los propietarios. Los delegados se informan primero sobre la procedencia del trigo almacenado, luego declaran que, por decisión del *mir* (municipio campesino), van a llevarselo. “De modo, pues, hermanitos, que queréis cogerlo –replica el jefe de estación. Pero soy yo quien responderá de él... Deberíais al menos dejarme al margen...” “¿Qué quieres que te digamos? –declaran los “expropiadores”, tan amenazantes hace un momento, ahora conciliadores. No tenemos intención de causarte molestias... Hemos venido aquí porque la estación no está lejos... No teníamos ganas de ir a la granja; hay un buen trecho... Pero en fin, tanto peor. Nos veremos obligados a ir donde el patrono, cogeremos lo que necesitamos de su granero...” Así el trigo amontonado en el depósito del ferrocarril permanece intacto; pero, en las haciendas, se hace el reparto “en buena justicia” con los propietarios. Sin embargo, los motivos aducidos, las alusiones al “tiempo nuevo” se hacen cada vez menos persuasivas: el propietario recobra valor, resiste. Entonces el mujik bonachón se enfada, y pronto no quedan de la vieja casa solariega sino las piedras y los despojos. En el gobierno de Jerson, los campesinos, en muchedumbres inmensas, viajaban de hacienda en hacienda con sus carros para coger lo que les correspondiese del “reparto”. No hubo violencias ni asesinatos: los propietarios aterrados y los administradores asustados habían huido, dejando todas las puertas abiertas, desde la primera reclamación de los campesinos. Una lucha enérgica es igualmente emprendida en esta provincia para obtener una reducción de los arrendamientos. Los precios son fijados por los municipios campesinos, conforme a la “justicia”. Sin embargo, en el monasterio de Berzukov, los campesinos se apoderaron de 150.000 deciatinas sin consentir en pagar su valor, alegando que los monjes debían rogar a Dios y no preocuparse del tráfico de tierras.

Pero los acontecimientos más tumultuosos tuvieron lugar a fines de 1905 en el gobierno de Saratov. En los pueblos a los que se extendió el movimiento, ningún campesino guardó una actitud pasiva. Todos se levantaron. Los propietarios con sus familias dejan sus casas; todos los bienes muebles son repartidos, se llevan fuera el ganado, reciben su pago los obreros y servidores y, como conclusión, “el gallo rojo” –el incendio– despliega sus alas sobre la hacienda. A la cabeza de las “columnas” campesinas que marchan al ataque, se encuentran compañías armadas. Los suboficiales de la gendarmería y los guardias se esconden; en algunos lugares, son detenidos. Se queman las edificaciones del propietario para impedirle volver más tarde a sus dominios. Pero ninguna otra violencia es tolerada. Después de haber devastado completamente la casa solariega, los campesinos redactan en común un “juicio” según el cual, a partir de la primavera próxima, la tierra del propietario revertirá al mir. Las sumas de dinero cogidas en los “despachos” de los amos, en los depósitos de aguardiente del gobierno o en casa de los recaudadores del fisco comisionados de la venta de alcohol, son inmediatamente entregadas a la comunidad. La distribución de los bienes expropiados se efectúa por medio de comités locales o “cofradías”. Cuando se destruye todo en una hacienda, no hay que ver en ello una manifestación de odio individual del campesino hacia el propietario: la devastación alcanza tanto a los liberales como a los reaccionarios. No hay matices políticos, es la aversión de la clase desheredada que se traduce así... Se destruyen de arriba abajo las mansiones de miembros liberales de los zemstvos, se queman viejos castillos con sus preciosas bibliotecas y sus galerías de cuadros. En determinadas comarcas, las casas solariegas que han escapado a la devastación son consideradas excepciones... El cuadro que ofrece la cruzada de los mujiks es en todas partes semejante. “El cielo nocturno se ilumina a la luz de los incendios, escribe uno de los corresponsales. El cuadro es espantoso: desde por la mañana pueden verse filas de carruajes enganchados a dos o tres caballos, llenos de fugitivos que abandonan sus dominios; al sobrevenir el crepúsculo, todo el horizonte es envuelto por un círculo de fuego. Durante ciertas noches, se han contado hasta dieciséis incendios simultáneos... Los propietarios huyen, con un pánico que comunican a todos aquellos a quienes encuentran.” En poco tiempo, fueron quemadas y destruidas en el país más de dos mil casas solariegas; sólo en el gobierno de Saratov, 272 sufrieron la venganza del campesino. Los daños causados a los propietarios en los diez gobiernos que más sufrieron son evaluados, según los datos oficiales, en 29 millones de rublos, de los que unos 10 millones representan las pérdidas del gobierno de Saratov.

Si es verdad que puede decirse en general que la ideología política no es lo que determina el desarrollo de la lucha de clases, ello es tres veces más cierto cuando se trata de los campesinos. El mujik de Saratov debía tener razones serias, en los límites de su huerto, de su granja y de su tierra, para decidirse a arrojar un puñado de paja encendida bajo el techo del noble propietario. Sería empero un error dejar absolutamente de lado, en la explicación de su conducta, la propaganda política. Por confuso y desordenado que haya sido el levantamiento de los campesinos, pueden discernirse en él intentos ciertos de generalización política. Es preciso reconocer el trabajo de los partidos. En el curso de 1905, los propios liberales de los zemstvos hicieron la experiencia de instruir a los campesinos en el espíritu de oposición. En diversas instituciones de zemstvos, eran admitidos representantes del mundo rural a título semioficial y deliberaban sobre las cuestiones de interés general. Los empleados de los zemstvos desplegaron, al lado de los liberales censitarios, una actividad todavía mayor: estadísticos, maestros de escuela, agrónomos, enfermeras, etc... Una parte considerable de este personal pertenecía a los partidos socialdemócrata y socialista revolucionario; la mayoría se componía de radicales indecisos para quienes, en todo caso, la propiedad privada no tenía un carácter sagrado. Durante varios años, los partidos socialistas, por medio de los empleados de los zemstvos, organizaron entre los campesinos círculos revolucionarios y propagaron las publicaciones que la ley había prohibido. En 1903, la propaganda se dirigió a las masas y salió de sus retiros clandestinos. Un gran servicio fue prestado en este aspecto por el absurdo ukase del 18 de febrero que establecía una especie de derecho de petición. Apoyándose en este derecho o, por decir mejor, sobre el aturdimiento que había causado el ukase entre las autoridades locales, los agitadores convocaban las asambleas municipales y las llevaban a solicitar en sus mociones la abolición de la propiedad privada concerniente a la tierra, y la convocatoria de los representantes del pueblo. En numerosos lugares, los mujiks que habían firmado mociones de este género se consideraban como miembros de un "sindicato campesino" y constituían comités que, frecuentemente, ponían en jaque a la autoridad legal del pueblo. Así sucedió, por ejemplo, entre los cosacos del Don. Tenían lugar, en sus pueblos, reuniones de seiscientas a setecientas personas. "Es un extraño auditorio —escribía uno de los propagandistas. En la mesa del presidente se encuentra un *hetman* (jefe cosaco) armado. Ante uno, permanecen de pie o sentados hombres que llevan el sable. Estamos acostumbrados a verlos en el último cuadro de nuestras reuniones y de nuestros mítines como figurantes de una apoteosis que no tiene para nosotros nada de agradable. Resulta

extraño contemplar estos ojos, donde poco a poco se enciende el odio del señor y del *chinovnik*¹. ¡Que distancia, que inverosímil diferencia entre el cosaco en las filas y el cosaco en los campos!”. Los propagandistas eran acogidos y acompañados con entusiasmo; se les iba a buscar muy lejos y se vigilaba para protegerlos contra la policía. Pero con mucha frecuencia, en los campos retirados, se hacían una idea muy oscura del papel que tenían que desempeñar. “Gracias a las buenas gentes –decía a veces el mujik que acababa de firmar una resolución– van a pedir un poco de tierra para nosotros”. En el mes de agosto, se reunió cerca de Moscú, el primer congreso de campesinos. Más de cien representantes de 22 gobiernos estuvieron reunidos durante dos días en un viejo cobertizo situado lejos de las carreteras. En este congreso, tomó forma por primera vez la idea de una Unión Panrusa de Campesinos, idea a la cual dieron su asentimiento numerosos campesinos e intelectuales, miembros o no de los partidos políticos. El manifiesto del 17 de octubre dio aún más amplitud a la propaganda en los campos. Uno de los miembros más moderados de los zemstvos, en el gobierno de Pskow, el conde Heiden, hoy fallecido, no permaneció extraño a ello: emprendió la organización en las comarcas de su provincia de mítines, con el objeto de explicar a sus frustrados auditores los principios del “nuevo régimen”. Los campesinos contemplaron primero con indiferencia los esfuerzos del conde, luego se desataron y sintieron la necesidad de pasar de las palabras a los actos. Para comenzar, resolvieron “poner en huelga” los bosques². Es entonces cuando el aristócrata liberal perdió el control. Pero si, en sus intentos por establecer la armonía de clases sobre la base del manifiesto imperial, los liberales censitarios tuvieron a menudo que morderse los dedos, en cambio los intelectuales revolucionarios alcanzaron inmensos éxitos. En los diversos gobiernos, se reunían congresos de campesinos; tenía lugar una propaganda intensiva, febril; las ciudades inundaban los campos con publicaciones revolucionarias; las uniones de campesinos se consolidaban y ampliaban. En una provincia lejana y perdida, en el gobierno de Viatka, un congreso de campesinos reunió a doscientas personas. Tres compañías del batallón que estaba allí como guarnición enviaron sus delegados para expresar las simpatías de la tropa y prometer su apoyo. Los obreros se declararon en el mismo sentido

¹ Funcionario del Estado.

² La palabra “huelguista” recibió, entre los campesinos y, en general, en las masas populares, la significación de “revolucionario”. Hacer la huelga es entregarse a actos revolucionarios. “Ha sido puesto en huelga el jefe de policía comarcal”, quiere decir que el policía ha sido detenido o muerto. Esta original interpretación demuestra, al menos, cuán importante fue la influencia revolucionaria de los obreros y de sus métodos de lucha. (1909)

por mediación de sus representantes. El congreso obtuvo de las autoridades extraviadas la autorización de organizar mítines en ciudades y pueblos. Durante quince días, se multiplicaron las reuniones en la provincia. La decisión emitida por el congreso de suspender el pago de los impuestos fue rigurosamente aplicada... A pesar de la diversidad de estas manifestaciones, el movimiento campesino en toda la extensión del país logró agrupar a las masas. En los extremos del imperio, adquirió desde el primer momento un carácter claramente revolucionario. En Lituania, el campesinado, por decisión del congreso de Vilna, que reunía a más de dos mil representantes, destituyó revolucionariamente a los escribanos de las comarcas, a los ediles (*starchini*), a los maestros de escuelas primarias, expulsó a los gendarmes, los inspectores rurales (*zemskie nachalniki*) y se dio a sí mismo jueces por vía de elección y comités ejecutivos para la administración comarcal... Los campesinos de Georgia, en el Cáucaso, se condujeron de manera aún más determinada.

El 6 de noviembre, a sabiendas de todo el mundo, se abrió en Moscú el II Congreso de la Unión campesina, ciento ochenta y siete delegados representaban a veintisiete gobiernos. De este número, ciento uno habían sido provistos de sus poderes por las asambleas comarcales y municipales, y los restantes hablaban en nombre de los comités de los gobiernos, de los departamentos y de los grupos locales de la Unión. Entre los delegados, había ciento cuarenta y cinco campesinos; el resto se componía de intelectuales vinculados de cerca al campesinado: maestros y maestras de escuela, empleados de los zemstvos, médicos, etc. Para quien deseara conocer el carácter del país, fue uno de los congresos más interesantes de la época revolucionaria. Pudo verse allí a buen número de figuras pintorescas, de hombres que se habían elevado por sus propias fuerzas por encima del nivel provincial; revolucionarios que no lo eran sino desde ayer y que ellos mismos, "por sus propios recursos", habían llegado a la comprensión de las cosas; políticos dotados de fuerte temperamento, animados de grandes esperanzas, pero cuyas ideas no eran suficientemente claras. He aquí unas siluetas bosquejadas por uno de los miembros del congreso: "Vemos un sacerdote de Sumi, Antón Cherbak, de alta talla, cabellos blancos, bigote corto, con mirada penetrante, que tenía el aspecto de acabar de salir de la tela de Repin, *Los cosacos zaporogos*. Cherbak, no obstante, decía que era granjero de los dos hemisferios, porque había pasado veinte años en América y poseía en California una granja bien instalada, ocupada por su familia rusa... El cura Miretski, delegado del gobierno de Voronej, representaba a cinco comarcas. En uno de sus discursos, el padre Miretski declaró que

Cristo había sido el primer socialista. ‘Si Cristo estuviese aquí, estaría con nosotros...’ Dos campesinas con blusa de indiana, chal de lana y botines de piel de cabra, hablaban en nombre de la asamblea de mujeres de uno de los pueblos del mismo gobierno de Voronej... El capitán Perelechin representaba a los artesanos rurales de la misma provincia. Se presentó en el congreso de uniforme, con el sable al cinto, lo que ocasionó una seria perturbación en la asistencia. Una voz llegó a gritar en medio de la asamblea: ‘¡Abajo la policía!’

Entonces el oficial se levantó y ante los aplausos de todos los congresistas declaró: “Soy el capitán Perelechin, delegado del gobierno de Voronej, que nunca ha ocultado sus convicciones y siempre se ha conducido abierta y francamente; por esta misma razón vosotros me veis aquí de uniforme...”

Las deliberaciones versaron preferentemente sobre cuestiones de táctica. Ciertos delegados preconizaban la lucha por medios pacíficos: mítines, decisiones de las asambleas municipales, boicot de las autoridades por el *mir*; creación de administraciones autónomas revolucionarias, laboreo de las tierras expropiadas por el *mir*, negativa por el *mir* de pagar los impuestos y proporcionar reclutas. Otros, sobre todo los que representaban al gobierno de Saratov, lanzaban llamamientos a la lucha armada, querían que se apoyase inmediatamente la rebelión iniciada en las provincias. En definitiva, se alcanzó un justo medio. “Para poner fin a las desgracias del pueblo, ocasionadas por la falta de tierras –decía la resolución–, no hay más que un único medio, y es que todas las tierras se conviertan en propiedad común del pueblo entero, y que no sean utilizadas más que por quienes trabajan la tierra ellos mismos, en familia o en asociación”. El establecimiento de un sistema equitativo de explotación de las tierras era confiado a la Asamblea constituyente, que debía ser convocada sobre las bases más democráticas, “no más tarde (!) del mes de febrero próximo”. Para llegar a este resultado, “la Unión campesina se concertará con sus hermanos obreros, con los sindicatos de las ciudades, de las fábricas, de los talleres, de los ferrocarriles y restantes empresas, así como con las organizaciones que defienden los intereses de los trabajadores... En el caso de que las reivindicaciones del pueblo no fuesen satisfechas, la Unión campesina tendrá que recurrir a la huelga general de la tierra (!), es decir, negará a los propietarios de toda clase de haciendas sus fuerzas obreras, y mediante ese mismo hecho les obligará a suspender su explotación. Para la organización de la huelga general, la Unión se pondrá de acuerdo con la clase obrera”. El congreso decidió a continuación renunciar al consumo del aguardiente, y declaró al fin de su resolución que, “según los informes que se reciben

de todos los puntos de Rusia, la negativa a satisfacer las reivindicaciones populares, podría ser la causa de perturbaciones considerables en el país y suscitaría necesariamente una insurrección general, pues la paciencia del campesino ha llegado a fin y no hace falta más que una gota para desbordar el vaso". Por ingenua que resulte esta resolución en determinados pasajes, muestra al menos que los elementos avanzados de la clase campesina se comprometían en el camino revolucionario. La expropiación de las tierras de los propietarios aparecía inminente a los ojos del gobierno y de la nobleza, se anunciaba con un realismo riguroso en las sesiones de este parlamento de mujiks. La reacción lanzó un grito de alarma, y tenía razón total para hacerlo.

El 3 de noviembre, es decir, unos días antes del congreso, el gobierno había publicado un manifiesto que anunciaba la abolición de las tasas de rescate sobre los lotes concedidos a los campesinos y el aumento de los recursos del Banco Rural. El manifiesto expresaba la esperanza de que el gobierno lograría, con el concurso de la Duma, satisfacer las necesidades esenciales del campesinado "sin causar daño alguno a los restantes propietarios". La resolución del congreso de campesinos no era de naturaleza que fortaleciese estas esperanzas. Las cosas fueron aún peor en la práctica, en provincias, entre "la población campesina tan cara al corazón" del monarca. No sólo la devastación y los incendios, sino el laboreo de las haciendas por las fuerzas municipales, la fijación obligatoria de nuevos salarios y nuevos arrendamientos suscitaron por parte de los propietarios una resistencia encarnizada; presentaron al poder enérgicas reclamaciones. De todas partes, se exigía el envío de tropas. El gobierno se despertó, sintiendo que la época de las efusiones sentimentales había pasado y que era más que oportuno entrar en acción.

El 12 de noviembre, el congreso de campesinos llegaba a su clausura, y el 14 era detenido el comité de la Unión en Moscú. Fue el comienzo. Dos o tres semanas más tarde, respondiendo a las solicitudes de instrucciones que le llegaban en relación con las perturbaciones en los campos, el ministro del Interior respondía literalmente esto: "Hay que exterminar por la fuerza armada a los revoltosos y, en caso de resistencia, quemar sus casas. En el momento presente, es necesario terminar de una vez por todas con las facciones. Las detenciones no cumplen actualmente su objeto; es imposible llevar ante los tribunales a cientos y miles de hombres. El único punto indispensable en este momento es que las tropas se impregnen bien de las indicaciones que acabo de dar. P. Durnovo". Con esta orden del día monstruosa abre la nueva era de las saturnales de la contrarrevolución. Esta época de horrores infernales comienza en las ciudades para extenderse desde ellas a los campos.

18. LA FLOTA ROJA

“La revolución –escribía a fines de noviembre el viejo Suvorin, servidor emérito de la burocracia rusa–, da un impulso extraordinario al individuo y atrae hacia sí una multitud de fanáticos de los más abnegados, siempre dispuestos a sacrificar su vida. Es difícil luchar contra esta revolución, precisamente porque tiene en sus manos mucho ardor, temeridad, elocuencia sincera y ardientes entusiasmos. Cuanto más fuerte es el enemigo, más resuelta y valerosa se muestra, y cada una de sus victorias le proporciona gran cantidad de adoradores. El que ignore esto, el que no vea que es seductora como una mujer hermosa y apasionada que abre sus brazos y da el ávido beso con sus labios inflamados, ese hombre no ha sido joven”.

El espíritu de rebelión planeaba sobre la tierra de Rusia. Una transformación inmensa y misteriosa se realizaba en innumerables corazones: las trabas del temor se rompían, el individuo, que apenas había tenido tiempo de tomar conciencia de sí mismo, se disolvía en la masa y toda la masa se confundía en un mismo impulso. Liberada de los temores hereditarios y de los obstáculos imaginarios, esta masa no podía y no quería ver los obstáculos *reales*. Ahí residían su debilidad y su fuerza. Iba hacia adelante como una ola impulsada por la tempestad. Cada día levantaba nuevas profundidades y engendraba nuevas posibilidades. Era como si una fuerza gigantesca removiese el tejido social hasta el fondo.

Mientras que los *chinovniki* (funcionarios) liberales seguían aún tomando las medidas del vestido nuevo de la nueva Duma, el país no se concedía un minuto de descanso. Huelgas obreras, mítines incesantes, manifestaciones en las calles, devastación de haciendas, huelgas de policías y de sirvientes se sucedían, y finalmente se vio que los trastornos y la rebelión ganaban a los marineros y los soldados. Todo se descompuso, todo se convirtió en un caos. Y al mismo tiempo, en este caos, se despertaba la necesidad de un orden nuevo cuyos elementos cristalizaban ya. Los mítines que se repetían regularmente traían ya, en sí mismos, un principio organizador. De estas reuniones salían diputaciones que tomaban a su vez la forma más importante de representación.

Pero como la agitación de las fuerzas elementales desbordaba el trabajo de la consciencia política, la necesidad de obrar dejaba muy atrás la febril elaboración organizadora.

En esto reside la debilidad de la revolución, de toda revolución, pero en lo mismo consiste igualmente su fuerza. Quien quiera poseer influencia en la revolución tiene que asumir su carga entera. Los tácticos demasiado razonadores, que se imaginan sea posible tratar la revolución como un espárrago, separando a su gusto la parte nutritiva del desperdicio, están condenados a un papel infructuoso. En efecto, *ni un solo* acontecimiento revolucionario crea condiciones “racionales” para el empleo de su táctica “racional”; así, fatalmente, quedan fuera y detrás de *todos* los acontecimientos. Y, a fin de cuentas, no les queda sino repetir la frase de Fígaro: “¡Ay! No tendremos otra representación para borrar el fracaso de la primera...” No tenemos por objeto describir, ni siquiera enumerar todos los acontecimientos de 1905. Esbozamos en sus rasgos más generales la marcha de la revolución, y nos encerramos además —si nos es permitido expresarnos así—, en los límites de Petersburgo, aun cuando tengamos a la vista la historia del país entero. Más, a pesar de los límites que nos hemos fijado para nuestro relato, no podemos dejar de lado uno de los mayores acontecimientos del gran año, entre la huelga de octubre y las barricadas de diciembre: queremos hablar de la rebelión militar de Sebastopol. Comenzó el 11 de noviembre y el 17, el almirante Chujnin escribía en su informe al zar: “La tempestad militar se ha apaciguado, la tempestad revolucionaria continúa”.

En Sebastopol, las tradiciones del *Potemkin* no habían muerto. Chujnin había ejercido crueles represalias sobre los marineros del acorazado rojo: había fusilado a cuatro, colgado a dos, enviado a varias decenas a trabajos forzados. El *Potemkin* había sido rebautizado: *Panteleimon*. Pero en vez de inspirar el terror, había solamente atizado el espíritu de rebelión de la flota. La huelga de octubre abrió el periodo épico de grandiosos mítines, en los que marineros y soldados de infantería aparecían no sólo como auditores, sino como oradores. La banda de los marineros interpretaba *La Marsellesa* encabezando las manifestaciones revolucionarias. En una palabra, se observaba por todas partes una “desmoralización” completa. La prohibición hecha a los militares de asistir a las reuniones populares tuvo como resultado ocasionar mítines puramente militares en los patios de las tripulaciones de la flota y de los cuarteles. Los oficiales no se atrevían a protestar y las puertas de los cuarteles estaban abiertas día y noche a los representantes del comité de nuestro partido en Sebastopol. Nuestro comité se veía obligado a contener constantemente la impaciencia de los marineros que querían

pasar “a los hechos”. El *Pruth*, que estaba anclado a cierta distancia, transformado en presidio, recordaba que unos hombres sufrían por haber participado en el motín del *Potemkin*, en junio. La nueva tripulación de este último se declaraba dispuesta a conducir el navío a Batum para apoyar la revuelta del crucero *Otchakov*, de reciente construcción. Pero la organización socialdemócrata insistía en contemporizar: su táctica consistía en crear un soviet de diputados marineros y soldados, darle un enlace con la organización de los obreros, y apoyar la huelga política del proletariado que se anunciaba, mediante una rebelión de la flota. La organización revolucionaria de los marineros adoptó este plan; pero fue desbordada por los acontecimientos.

Las reuniones eran cada vez más frecuentes y numerosas. Se celebraban ahora en la plaza que separaba las tripulaciones de la flota y el cuartel de infantería ocupado por el regimiento de Brest. Como no se permitía a los militares ir a los mítines obreros, las masas obreras fueron a las reuniones de los soldados. Se reunían por decenas de miles. Las compañías más avanzadas elegían diputados. El mando militar resolvió tomar medidas. Los intentos de determinados oficiales que pronunciaron en los mítines discursos “patrióticos”, dieron lastimosos resultados. Los marineros, ahora expertos en la discusión, derrotaban a sus ridiculizados jefes. Entonces se decidió prohibir todas las reuniones en general. El 11 de noviembre, ante la puerta principal de las tripulaciones, se formó desde por la mañana a una compañía de fusileros. El contralmirante Pisarevski declaró en alta voz, dirigiéndose al destacamento: “No se dejará salir a nadie de los cuarteles. En caso de desobediencia, os ordeno disparar”. De la compañía a la que era dada esta orden salió un marinero llamado Petrov: delante de todo el mundo, armó su carabina y de un primer disparo mató al teniente coronel del regimiento de Brest, Stein; de un segundo disparo, hirió a Pisarevski. Se escuchó la orden dada por un oficial: “¡Detenedlo!”. Nadie se movió. Petrov dejó caer su carabina. “¿Qué esperáis? ¡Atrapadme!” Fue detenido. Los marineros que acudían de todas partes exigieron su puesta en libertad, diciendo que respondían de él. La efervescencia estaba al máximo.

– Petrov, ¿tú no lo has hecho adrede?, – preguntaba un oficial, intentando salir de la situación.

– ¿Cómo que no adrede? Salí de la fila, armé mi carabina, apunté. ¿Es que eso se llama no hacer las cosas adrede?

– La tripulación solicita tu libertad...

Y Petrov fue puesto en libertad. Los marineros estaban impacientes por actuar inmediatamente. Todos los oficiales de servicio fueron detenidos, desarmados y enviados al local de la oficina. Finalmente,

bajo la influencia de un orador socialdemócrata, se decidió esperar la reunión de los diputados que debían celebrar sesión el día siguiente por la mañana. Los representantes de los marineros, unos 40 hombres, permanecieron reunidos toda la noche. Decidieron poner en libertad a los oficiales, pero no dejarlos entrar más en los cuarteles. Además, allí donde los marineros estimaban el servicio necesario, resolvieron asegurarlo como en el pasado. Por fin, quisieron dirigirse en manifestación, con la música a la cabeza, a los cuarteles de infantería para invitar a los soldados a unirse a ellos. Muy de mañana, se presentó una diputación de obreros para deliberar con ellos. Unas horas más tarde, todo el puerto estaba inmovilizado; los ferrocarriles interrumpían igualmente su tráfico. Los acontecimientos se precipitaban. “En los acuartelamientos de las tripulaciones –anunciaban telegramas oficiosos–, reina un orden ejemplar. La conducta de los marineros es absolutamente correcta. No hay borrachos”. Todos los marineros habían sido distribuidos en compañías, sin armas. Sólo estaba armada la compañía que permanecía como guardia de las tripulaciones, con objeto de rechazar todo ataque imprevisto. El jefe elegido por este destacamento era Petrov.

Una parte de los marineros, conducidos por dos oradores socialdemócratas, se dirigió hacia los cuarteles vecinos, ocupados por el regimiento de Brest. Existía mucha menos resolución entre los soldados. Fue necesaria una fuerte presión por parte de los marineros para llevarles a desarmar y expulsar a sus oficiales. Los mismos jefes que habían mandado en Mukden, entregaban sin resistencia sus sables y sus revólveres, diciendo: “¡Ahora, aquí estamos desarmados, no nos hagáis daño!” Y humildemente pasaban entre las calles formadas por los soldados. Pero, entre éstos, hubo vacilación desde el principio. Prefirieron conservar en los cuarteles algunos oficiales de servicio. Esta circunstancia influyó considerablemente sobre la marcha ulterior de los acontecimientos.

Los soldados comenzaban por ponerse en formación para dirigirse, con los marineros, a través de toda la ciudad, hacia los cuarteles del regimiento de Belostok. Ponían un celoso cuidado para que “la gente de fuera” no se confundiese con ellos: querían marchar por separado. En el mismo momento en que realizaban estos preparativos, llega en su coche el comandante de la fortaleza, Nepluev, acompañado por el general Sedelnikov, jefe de la división. Los soldados exigen del comandante que haga retirar del Bulevar Histórico las ametralladoras que fueron emplazadas por la mañana. Nepluev responde que eso no depende de él, sino de Chujnin. Se le pide entonces que comprometa su honor en no hacer uso de las ametralladoras, en tanto que comandante de la fortaleza. El general tuvo el valor de negarse. Se decidió desarmarle y detenerle,

pero se negaba a entregar sus armas y los soldados dudaban en proceder con violencia. Unos cuantos marineros tuvieron entonces que saltar al coche: se llevaron a los generales a su cuartel. Allí los oficiales fueron rápidamente desarmados, *sin frases*, y encerrados en la oficina, en estado de arresto. Más tarde, por lo demás, fueron liberados.

Los soldados salieron de sus acuartelamientos con la música a la cabeza. Los marineros aparecieron igualmente en la calle, en buen orden. En la plaza, los esperaban las masas obreras. ¡Instante magnífico! Todos los entusiasmos se confundían en uno solo. Las manos se tendían, se besaban entre sí. Subía el estrépito de las fraternales aclamaciones. Había juramentos de mutuo apoyo hasta el fin. La multitud se alineó y se dirigió en orden perfecto hasta el otro extremo de la ciudad, hacia los cuarteles del regimiento de Belostok. Los soldados y los marineros enarbolaban el estandarte de San Jorge¹, los obreros blandían las banderas de la socialdemocracia. “Los manifestantes –decía entonces la agencia oficiosa–, han organizado en la ciudad un cortejo que se ha desarrollado siguiendo una orden ejemplar, con banda a la cabeza y banderas rojas”. La multitud se vio obligada a pasar ante el Bulevar Histórico, donde estaban dispuestas las ametralladoras. Los marineros se dirigieron a la compañía de ametralladoras, invitándoles a hacer desaparecer sus máquinas. Fueron satisfechos. Más tarde, sin embargo, las ametralladoras reaparecieron. “Las compañías armadas del regimiento de Belostok –prosigue la agencia–, que se encontraban bajo la vigilancia de sus oficiales, levantaron las armas y dejaron pasar a los manifestantes”. El éxito, sin embargo, no fue completo, los soldados vacilaron: unos se declaraban solidarios con los marineros, otros prometían solamente no disparar. Finalmente, los oficiales lograron incluso retirar el regimiento de Belostok. En cuanto a la manifestación, sólo al atardecer regresó al cuartel de las tripulaciones.

Durante este tiempo, el *Potemkin* enarbolaba la bandera de la socialdemocracia. El *Rotislavl* respondía por señales: “Veo claramente.” Los restantes navíos callaban. Los reaccionarios que se encontraban entre los marineros protestaron al ver el estandarte revolucionario izado por encima del de San Andrés. Hubo que quitar la bandera roja. La situación permanecía aún indecisa. Sin embargo, ningún retroceso era posible.

En las oficinas de las tripulaciones, tenía sesión permanente una comisión compuesta de marineros y soldados delegados por las diferentes armas (entre otros por siete navíos), y representantes del partido socialdemócrata invitados por los delegados. Un miembro de este partido

1. Bandera de la marina zarista.

había sido elegido para la presidencia de la comisión, a título permanente. Allí llegaban todos los informes y de allí salían todas las decisiones. En este lugar fueron elaboradas las reivindicaciones particulares de soldados y marineros que se unieron a las exigencias políticas generales. Para la gran masa, estas reclamaciones, que sólo podían interesar a los cuarteles, figuraban en primer término. La comisión se inquietaba sobre todo por la insuficiencia de municiones. Los fusiles no faltaban pero sólo había cartuchos en corto número. Después del asunto del *Potemkin*, las municiones de guerra se guardaban en lugar secreto. “Se sentía fuertemente también –escribe un hombre que tomó parte activa de los acontecimientos–, la ausencia de un jefe que conociese suficientemente las cuestiones militares”.

La comisión de diputados insistía enérgicamente en obtener de las tripulaciones el desarme de sus oficiales y que les hiciesen abandonar navíos y cuarteles. Era una medida indispensable. Los oficiales del regimiento de Brest, que permanecían aún en los acuartelamientos, habían desmoralizado completamente a sus hombres. Desarrollaban una intensa campaña contra los marineros, contra “las gentes de fuera” y los “yupins”, propaganda a la que habían añadido la reacción del alcohol. Durante la noche, bajo su dirección, los soldados huyeron vergonzosamente hacia los campos situados fuera de la ciudad, sin pasar por las puertas, que custodiaba una compañía revolucionaria; se filtraron por una brecha abierta en la muralla. Hacia la mañana, volvieron empero a los cuarteles, pero en adelante no participaron en la lucha. La indecisión de este regimiento tenía necesariamente que influenciar a las tripulaciones de la flota. Sin embargo, al siguiente día, el sol del éxito brillaba con nuevo esplendor: los zapadores se unían a la rebelión. Se presentaron en el depósito de los marineros en orden de combate y con las armas en la mano. Fueron acogidos con entusiasmo y alojados en los cuarteles. El estado de los espíritus se elevó y se fortaleció. De todas partes llegaban diputaciones: la artillería de la fortaleza, el regimiento de Belostok y los guardias fronterizos prometían “no disparar”. Al no contar ya con los regimientos de la guarnición, el mando emprendió el traslado de tropas de las ciudades vecinas: de Simferopol, Odesa, Teodosia. Entre los soldados que llegaban, se desarrolló una activa propaganda revolucionaria que obtuvo éxito. Pero las relaciones de la comisión con los navíos eran de lo más difícil. Los marineros ignoraban de hecho el lenguaje de señales. Sin embargo, se recibieron declaraciones de completa solidaridad del crucero *Otchakov*, del acorazado *Potemkin*, de los contratorpederos *Volni* y *Zavetni*. Los restantes buques vacilaban y no enviaban más que la promesa de “no disparar”. El 13, un oficial de la

flota se presentó en el depósito de las tripulaciones, enseñando un telegrama: el zar les ordenaba deponer las armas en veinticuatro horas. El oficial fue abucheado y expulsado. Para impedir todo pogromo en la ciudad, circularon por ella patrullas de marineros. Esta medida tranquilizó inmediatamente a la población y conquistó sus simpatías. Los marineros custodiaban ellos mismos los almacenes del monopolio del aguardiente con el objeto de impedir la embriaguez. Durante todo el tiempo de la rebelión el orden que reinó en la ciudad fue perfecto.

La noche del 13 de noviembre fue un momento decisivo en el curso de los acontecimientos: la comisión de diputados invitó a tomar dirección al teniente Schmidt, oficial de marina retirado, que había adquirido una gran popularidad en las asambleas populares de octubre. Aceptó valerosamente la invitación y, desde ese día, se encontró a la cabeza del movimiento. En la noche del día siguiente, Schmidt embarcó sobre el crucero *Otchakov*, donde permaneció hasta el último momento. Enarboló sobre el navío el pabellón de almirante y lanzó la señal: “Tomo el mando de la flota, Schmidt”, contando así con atraer a toda la escuadra. Después dirigió su crucero hacia el *Pruth*, a fin de poner en libertad a los “amotinados del *Potemkin*”. Ninguna resistencia le fue opuesta, el *Otchakov* tomó a bordo a los marineros forzados y dio con ellos la vuelta a la escuadra. Sobre todos los buques resonaban hurras, aclamaciones. Algunos navíos y, entre ellos los acorazados *Potemkin* y *Rostislavl*, enarbolarán la bandera roja que, por lo demás, no flotó más que unos minutos sobre este último.

Cuando hubo asumido la dirección de la rebelión, Schmidt dio a conocer su conducta mediante la declaración siguiente:

“Al Señor Alcalde de la Ciudad: He enviado hoy a Su Majestad el Emperador un telegrama concebido en los siguientes términos: La gloriosa flota del Mar Negro, guardando sagradamente la fidelidad a su pueblo, exige de vos, Soberano, la convocatoria inmediata de una Asamblea constituyente y deja de obedecer a nuestros ministros. El Comandante de la Flota, Ciudadano Schmidt”.

La orden llegó de Petersburgo por telégrafo: “Aplastad la rebelión”. Chujnin fue reemplazado por Meller-Zakomelski, que se hizo después famoso como verdugo. La ciudad y la fortaleza fueron declaradas en estado de sitio, todas las calles ocupadas por las tropas. La hora decisiva había llegado. Los rebeldes esperaban que las tropas se negarían a disparar sobre sus hermanos y que los restantes buques se unirían a la escuadra revolucionaria. En varios navíos fueron, en efecto, detenidos los oficiales y conducidos al *Otchakov*, a disposición de Schmidt. Con esta medida, se pensaba, entre otras cosas, proteger el crucero almirante

contra el fuego del enemigo. Una multitud se amontonaba en la orilla, esperando el saludo que debía anunciar la adhesión de la escuadra. Pero la espera fue inútil. Los representantes del orden no permitieron al *Otchakov* dar por segunda vez la vuelta a los buques y abrieron el fuego. La muchedumbre, ante la primera salva, creyó escuchar el esperado saludo, pero pronto comprendió lo que sucedía y huyó del puerto asustada. Los disparos de cañón y de fusil tronaron por todas partes. Se disparaba desde los buques, se disparaba desde la fortaleza, también la artillería de campaña disparaba. Las ametralladoras disparaban desde el Bulevar Histórico. Una de las primeras salvas destruyó la maquinaria eléctrica del *Otchakov*. Antes de seis andanadas, el *Otchakov* era reducido al silencio y tenía que izar la bandera blanca. A pesar de lo cual las descargas en dirección al crucero continuaron hasta el momento en que un incendio se declaró a bordo. La suerte del *Potemkin* fue todavía más triste. No se había tenido tiempo, en este navío, de adaptar a los cañones las culatas y los percutores, y toda defensa se hizo imposible desde el comienzo de la batalla. Sin haber disparado una sola vez, el *Potemkin* enarboló la bandera blanca. Los cuarteles de las tripulaciones, en tierra, hicieron la más larga resistencia. No se rindieron más que después de haber quemado sus últimos cartuchos. La bandera roja flotó hasta el fin sobre los cuarteles en rebelión. Fueron definitivamente ocupados por las tropas del gobierno hacia las seis de la mañana.

Cuando pasó el primer espanto causado por el cañoneo, una parte de la multitud regresó a la orilla. “El cuadro era horroroso –escribe uno de los actores de la insurrección, testigo que ya hemos citado. Bajo el fuego cruzado de las piezas, varios torpederos y chalupas habían sido hundidos. Pronto, el *Otchakov* se cubrió de llamas. Los marineros que huían nadando pedían socorro. Seguía disparándose sobre ellos en el agua. Las lanchas que se dirigían hacia ellos para recogerlos caían bajo el fuego, los marineros que alcanzaban la orilla donde estaban las tropas eran rematados en el sitio. Sólo se salvaron los que lograron esconderse entre la multitud, de cuyas simpatías gozaban”. Schmidt intentó huir, disfrazado de marinero, pero fue apresado. Hacia las tres de la mañana, el trabajo sangriento de los verdugos del “apaciguamiento” había terminado. Después, tuvieron que desempeñar el mismo papel de verdugos “en el tribunal”.

Los vencedores escribían en su informe: “Fueron hechos prisioneros o detenidos más de 2.000 hombres... fueron puestos en libertad: 19 oficiales o civiles detenidos por los revolucionarios; han sido cogidas cuatro banderas, cajas fuertes y numeroso material perteneciente al Estado, cartuchos, armas, municiones, equipos y 12 ametralladoras”.

El almirante Chujnin telegrafiaba por su parte a Tsarskoie-Selo: “La tempestad militar se ha apaciguado, la tempestad revolucionaria continúa”.

¡Qué inmenso paso adelante, cuando se compara esta rebelión con el motín de Cronstadt! En éste, no había habido más que una explosión de fuerzas elementales, cerrada por una salvaje represión. En Sebastopol, la rebelión había crecido de forma regular, buscando conscientemente el orden y la unidad de acción. “En la ciudad rebelde –escribía *El Comienzo (Natchalo)* órgano de la socialdemocracia, en lo más fuerte de los acontecimientos de Sebastopol–, nadie habla de hazañas que hubieran sido posibles por parte de los bribones y merodeadores, habiendo debido hacerse más raros los simples delitos de robo por la sencilla razón de que los ladrones del Tesoro público que pertenecen al ejército y a la flota, han sido expulsados de esta feliz ciudad. ¿Queréis saber, ciudadanos, qué es la democracia apoyada sobre la población armada? Contemplad Sebastopol. Contemplad esta ciudad republicana que no conoce otra autoridad que la de sus elegidos responsables...”

Y, sin embargo, la ciudad republicana no sostuvo la prueba más que cuatro o cinco días y se rindió sin haber agotado, ni mucho menos, los recursos de su fuerza militar. ¿Es que hubo errores de estrategia? ¿O bien indecisión de los líderes? No puede negarse ni esto ni aquello. Pero el resultado global de la lucha fue determinado por causas más profundas. A la cabeza de la rebelión marchaban los marineros. Su oficio exige de ellos una mayor independencia de carácter y más ingenio que el servicio de tierra. El antagonismo entre los marineros rusos y la casta aristocrática de los oficiales de marina, cerrada a todo intruso, es más profundo que el que existe entre los soldados de infantería y el personal de sus oficiales, a medias plebeyo. Por fin, las vergüenzas de la última guerra, que habían pesado principalmente sobre la flota, mataron en el marinero toda estima por sus capitanes y sus almirantes, personajes apoltronados y codiciosos.

A los marineros, como hemos visto, se unen muy resueltamente *los zapadores*. Vienen con sus armas y se instalan en los cuarteles de la flota. En todos los movimientos revolucionarios de nuestro ejército de tierra, observamos el mismo hecho: en primera fila marchan los zapadores, los minadores, los artilleros, en una palabra los hombres que no son rústicos ignorantes, mozos de pueblo, sino soldados calificados, que saben leer y escribir convenientemente, con una instrucción técnica. A esta diferencia de nivel intelectual corresponde una diferencia de tipo social: el soldado de infantería es, en una aplastante mayoría, el joven campesino, mientras que las tropas de ingenieros y artillería se reclutan principalmente entre los obreros industriales.

Hemos comprobado la irresolución de los regimientos de infantería de Brest y de Belostok a lo largo de toda la rebelión. No se deciden a expulsar a todos sus oficiales. Primero, se unen a la flota, después la abandonan. Prometen no disparar, pero, finalmente, se someten completamente a la influencia del mando y dirigen vergonzosamente su fuego de fusil sobre los cuarteles de la flota. Esta inestabilidad revolucionaria de la infantería campesina se manifestó más de una vez en las ocasiones siguientes, sobre la línea de ferrocarril de Siberia, así como en la fortaleza de Sveaborg.

No fue solamente en el ejército de tierra donde el papel revolucionario fue asumido por hombres provistos de una instrucción técnica, es decir, por el elemento proletario. Observaremos el mismo fenómeno en la flota. ¿Quién se encuentra a la cabeza de los “amotinados”? ¿Quién iza la bandera roja sobre el acorazado? El marinero técnico, los hombres de la sala de máquinas. Los obreros industriales, que constituyen la minoría de la tripulación, la dominan, pues poseen la máquina, que es el corazón mismo del navío.

Los debates y las dificultades entre la minoría proletaria y la mayoría campesina del ejército se reproducen en todas nuestras rebeliones militares, a las que debilitan y paralizan. Los obreros traen al cuartel las ventajas particulares de su clase: una cierta instrucción general, conocimientos técnicos, decisión, sentido de unidad en la acción. El campesinado domina, en cambio, por el número, que es aplastante. Automáticamente, el ejército, reclutado por el servicio obligatorio y universal, da a la clase de los mujiks la cohesión que le faltaba en la producción y, del mayor defecto político de esta clase, de su pasividad, surge una ventaja inapreciable. Si los regimientos de campesinos se dejan arrastrar a un movimiento revolucionario por haber experimentado con demasiada dureza las miserias del cuartel, están siempre inclinados a contemporizar y, al primer ataque decisivo del enemigo, abandonan a “los amotinados” y se dejan imponer de nuevo el yugo de la disciplina. Es preciso sacar de ello la consecuencia de que el buen método de rebelión militar consistirá en un ataque resuelto, llevado sin descanso, de forma que sea impedida toda vacilación y toda dispersión de las tropas; pero hay que concluir igualmente que la táctica del movimiento revolucionario encuentra su principal obstáculo en la pasividad desconfiada del inculto soldado, del mujik.

Esta dificultad se manifestó en toda su amplitud poco tiempo después, en el aplastamiento de la insurrección de diciembre que cerró el primer capítulo de la Revolución Rusa.

19. EN EL UMBRAL DE LA CONTRARREVOLUCION

“Para un mal gobierno –dice el penetrante conservador Tocqueville– el momento más peligroso es casi siempre aquel en que comienza a transformarse”. Los acontecimientos reafirmaban cada vez más en esta opinión al conde Witte. Contra él se alzaba la revolución, inexorablemente. La oposición liberal no se decidía a marchar abiertamente con él, y en su contra actuaba aún la camarilla. El aparato gubernamental se deshacía entre sus manos. El mismo, en fin, se oponía a sí mismo, al no tener inteligencia alguna de los acontecimientos, ningún plan y no estar armado más que de intriga, en lugar de tener un programa de acción. Y, mientras que bregaba sin sentido, la reacción y la revolución caminaban hacia la batalla.

“... Los hechos, incluso los que se pueden extraer de los expedientes del departamento de policía –dice una nota secreta, redactada en noviembre de 1905 por orden del conde Witte, para luchar contra ‘los partidarios de Trepov’–, los hechos demuestran con entera evidencia que una importante parte de las graves acusaciones lanzadas contra el gobierno por la sociedad y por el pueblo, en los días que siguieron al manifiesto, están basadas en motivos absolutamente serios: los altos dignatarios del gobierno habían creado partidas para ‘oponer una resistencia organizada a los elementos extremistas’, eran igualmente organizadas manifestaciones patrióticas por el gobierno, quien, al mismo tiempo, dispersaba las restantes manifestaciones; se disparaba sobre manifestantes pacíficos y se permitía a otros, ante los ojos de la policía y de las tropas, maltratar a determinadas personas y quemar la administración de un zemstvo en una cabeza de partido; no se tocaba a los autores de pogromos y se disparaba por salvas de pelotón sobre los que se permitían defenderse; consciente o inconscientemente (?) se empujaba a la muchedumbre a ejercer violencias por medio de bandos oficiales que el más alto representante del poder gubernamental había firmado en una gran ciudad, y cuando, a continuación, se produjeron los desórdenes, no se tomó ninguna medida para reprimirlos. Todo eso ha sucedido, en tres o cuatro días, en diversos puntos de Rusa, y los incidentes han elevado entre la población una tempestad de cólera, que ha borrado

completamente la primera y tan feliz impresión que se había tenido del manifiesto del 17 de octubre.

Además, la población ha llegado a la firme convicción de que todos los pogromos que han pasado, de manera tan imprevista, y sin embargo simultánea, por toda Rusia, han sido provocados y dirigidos por una sola mano, por una mano poderosa. Y desgraciadamente la población tenía motivos muy serios de pensar así”.

Cuando el general gobernador de Curlandia apoyaba con un telegrama la resolución adoptada en un mitin de veinte mil personas, exigiendo la supresión de la ley marcial, cuando este gobernador afirmaba que “la ley marcial no era ya conforme a las nuevas circunstancias”, Trepov le respondía con mano segura: “A su telegrama del 20 de octubre. Su conclusión, según la cual la ley marcial no está conforme con las circunstancias, no es la mía”.

Witte se tragaba en silencio esta hermosa declaración de un hombre a él subordinado y que pretendía que la ley marcial no estaba en modo alguno en contradicción con el manifiesto del 17 de octubre; Witte se esforzaba incluso en persuadir a la diputación obrera que “Trepov no era de ningún modo la bestia feroz que se decía”. Es cierto que ante la indignación general, Trepov fue obligado a abandonar su puesto. Pero el que le reemplazó en las funciones de ministro del Interior, Durnovo, no era mejor que él. Además, Trepov, que había sido nombrado comandante del palacio, conservó toda su influencia sobre la marcha de los asuntos. La conducta de la burocracia provincial dependía de él mucho más que de Witte.

“Los partidos extremistas –sigue diciendo la nota de Witte que acabamos de citar–, han adquirido fuerza porque, en su violenta crítica de los actos del gobierno, han tenido razón con excesiva frecuencia. Estos partidos habrían perdido considerablemente prestigio si las masas, tras la publicación del manifiesto, hubiesen visto que el gobierno estaba efectivamente resuelto a marchar por la nueva vía trazada por aquel documento, y la seguía. Desgraciadamente sucedió lo contrario, y los partidos extremistas tuvieron una vez más ocasión, cuya importancia es casi inapreciable, de enorgullecerse, pues habían comprendido justamente, y sólo ellos habían estimado bien el valor de las promesas del gobierno”.

En noviembre, como muestra la nota, Witte comenzaba a comprender esto. Pero no tenía la posibilidad de poner en obra lo que le sugería su inteligencia. La nota que había hecho escribir para el zar no fue utilizada¹.

Debatiéndose de pies y manos, Witte desde entonces se dejaría arrastrar por la contrarrevolución.

¹ Esta interesante nota fue impresa en una colección (naturalmente, confiscada): *Materiales para servir a la historia de la contrarrevolución rusa*, San Petersburgo, 1908. (1909)

A partir del 6 de noviembre, se reunió en Moscú un Congreso de los zemstvos, que había de definir la actitud de la oposición liberal respecto al gobierno. Los espíritus dudaban, oscilaban, pero se inclinaban más bien, sin duda alguna, hacia la derecha. Es cierto que se dejaban oír voces radicales. Se dijo que “la burocracia era incapaz de crear, que no era buena más que para destruir”, que “no aceptamos que nos sea otorgada una constitución, no aceptaríamos ésta sino de las manos del pueblo ruso”. Roditchev, que experimenta una predilección invencible por el falso estilo clásico, exclamaba: “¡O sufragio universal directo, o no habrá Duma!” Pero, por otra parte, se declaraba en el mismo congreso: “Los desórdenes agrarios, las huelgas, engendran el terror; el capital está asustado, las personas con fortuna han tomado miedo, retiran su dinero de los bancos y huyen al extranjero”. “Nos burlamos de los que han instituido satrapías como medios de lucha contra las perturbaciones agrarias –se alzaban voces, voces de propietarios que hacían volver a los congresistas a un justo sentimiento de las cosas–; pero que se nos indique un medio constitucional para remediar estos desórdenes”. “Más vale aceptar no importa qué compromiso antes de agravar el conflicto...” “Es hora de detenerse –exclamaba en fin Guchkov, que hacía sus primeras armas en la arena política–; traemos con nuestras propias manos haces de leña a la pira que nos quemará a todos”.

Las primeras noticias que se tuvieron de la rebelión de la flota en Sebastopol, sometieron el valor de la oposición, en los zemstvos, a una prueba demasiado ruda. “No estamos ya en presencia de la revolución –declaró el Nestor del liberalismo, Petrunkevitch–, tenemos que vérnoslas con la anarquía”. Bajo la influencia directa de los acontecimientos de Sebastopol, se abre paso una tendencia que preconiza un acuerdo inmediato con el ministerio de Witte, y esta tendencia resulta vencedora. Miliukov intenta contener al congreso, impedir medidas que le comprometerían con demasiada evidencia. Para tranquilizar a los hombres de los zemstvos, les dice que “la rebelión de Sebastopol llega a su fin, que los principales revoltosos se hallan detenidos y que los temores experimentados son evidentemente prematuros”. ¡En vano! El congreso decide enviar una diputación a Witte para entregarle una moción de confianza condicional, engastada en un cierto número de frases de oposición democrática. Durante este tiempo, el Consejo de ministros, asistido por algunos “miembros influyentes de la sociedad”, escogidos en el ala derecha liberal, examinaba la cuestión del sistema de elecciones a adoptar para la Duma de Estado. Los “personajes influyentes de la sociedad”, como eran llamados, defendían el sufragio universal aún como triste necesidad. El conde demostraba las ventajas de un perfeccionamiento

progresivo del sistema genial de Buligin. No se llegó así a ningún resultado y, a partir del 21 de noviembre, el Consejo de ministros prescindía ya de los señores “personajes influyentes”. El 22 de noviembre, la diputación de los zemstvos, compuesta por Petrunkevitch, Muromtsev y Kokochkin, entregó al conde Witte la nota de los zemstvos y, después de haber esperado una respuesta por espacio de siete días, volvió cubierta de vergüenza a Moscú. La alcanzó allí la respuesta del conde, redactada en el tono arrogante de la alta burocracia. La función del Consejo de ministros, decía, consiste, ante todo y sobre todo, el ejecutar la voluntad del monarca; todo lo que sobrepase los límites del manifiesto del 17 de octubre debe ser rechazado; la decisión no permite renunciar al empleo de medidas de excepción; en lo que concernía a los grupos de la sociedad que no querían dar su apoyo al gobierno, éste no veía otro interés que hacer sentir a semejantes grupos las consecuencias posibles de su conducta...

En contraste, y para servir de contrapeso al congreso de los zemstvos que, a pesar de toda su cobardía y de su debilidad, se alejaba no obstante muy a la izquierda de la corriente real de los zemstvos y de los municipios, el 24 de noviembre llegó a Tsarskoie-Selo una diputación del zemstvo central de Tula. El jefe de la diputación, conde Bobrinski, en su discurso de esclavo bizantino, declaró, entre otras cosas: “No tenemos necesidad de derechos importantes, pues el poder del zar, por nuestro propio bien, debe ser fuerte y real... Soberano, conoceréis las necesidades del pueblo no mediante gritos y clamores surgidos al azar sino, según la verdad, por la Duma de Estado a la que habéis dado una existencia legal. Os suplicamos no diferir su convocatoria. El pueblo se ha hecho ya a la idea de la solución electoral y tiene sus miradas en el 6 de agosto...”

Los acontecimientos parecían combinados para acelerar el paso de las clases poseedoras al campo del orden. A primeros de noviembre, una huelga espontánea e inesperada había estallado: la de correos y telégrafos. Era la respuesta dada por los esclavos del correo, que finalmente se despertaban, a una circular de Durnovo prohibiendo a los funcionarios formar sindicatos. El conde Witte recibió del sindicato de correos y telégrafos un ultimátum invitándole a anular la circular de Durnovo y a reintegrar a los funcionarios revocados por pertenecer a la organización. El 13 de noviembre, el congreso de correos y telégrafos, reunido con un número de setenta y tres delegados en Moscú, decide por unanimidad enviar por todas las líneas el siguiente telegrama: “Witte no ha contestado. Haced la huelga.” El estado de los ánimos era tal que en Siberia la huelga comenzó antes del plazo fijado por el ultimátum. Al día siguiente, la huelga, ante los aplausos de los grandes grupos progresistas de los funcionarios, ganaba toda Rusia.

Witte explicaba a las diputaciones, con aire profundo, que el gobierno “no había esperado” semejante peripecia. Los liberales estaban inquietos por el mal que podía hacer a “la cultura” la suspensión de las comunicaciones postales y, frunciendo el seño, emprendían investigaciones para conocer “los límites de la libertad de coalición en Alemania y Francia.” El Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo no dudó un minuto. Y, aunque la huelga de correos y telégrafos no hubiera sido debida en modo alguno a su iniciativa, fue seguida en Petersburgo con su enérgico apoyo. La caja del soviet entregó dos mil rublos a los huelguistas; el comité ejecutivo enviaba a sus reuniones oradores, imprimía sus llamamientos y organizaba patrullas contra los esquiros. Es difícil apreciar hasta qué punto esta táctica perjudicó a “la cultura”; pero está fuera de duda que conquistó al proletariado las ardientes simpatías de los funcionarios desheredados. Desde el comienzo de la huelga, el congreso de correos y telégrafos había enviado al soviet cinco delegados...

La suspensión de las comunicaciones postales, si no perjudicó mucho a “la cultura” ocasionaba en todo caso graves daños al comercio. Los comerciantes y los bolsistas, enloquecidos, iban de un lado para otro, entre el comité de huelga y el ministerio, ora suplicando a los funcionarios que volviesen al trabajo, ora exigiendo medidas de represión contra los huelguistas.

Alcanzada cada vez más en el lugar sensible, en el bolsillo, la clase capitalista se reafirmaba más y más en la reacción. Y de hora en hora crecía la impudicia reaccionaria de los conjurados de Tsarkoie-Selo. Si algo retenía aún a la reacción en su impulso, era el temor inspirado por la réplica inevitable que se esperaba de la revolución. Pudo apreciarse con maravillosa evidencia con ocasión de un incidente que se produjo en la fortaleza de Kuchka, en Asia central, donde el consejo de guerra acababa de juzgar a cierto número de ferroviarios. El hecho es tan significativo por sí mismo que lo narraremos en unas palabras.

El 23 de noviembre, en lo más fuerte de la huelga de correos y telégrafos, el comité de la red de ferrocarriles de Petersburgo recibió de Kuchka un telegrama haciendo saber que el comandante de la fortaleza, ingeniero Sokolov, y varios otros funcionarios, habían sido llevados por propaganda revolucionaria ante un consejo de guerra: el tribunal les había condenado a la pena de muerte y la sentencia debía ser ejecutada el 23 de noviembre, a medianoche. El telégrafo, volviendo inmediatamente a su servicio, restableció en unas horas las comunicaciones entre todas las redes de ferrocarril. El ejército de los ferroviarios exigía que se presentase con urgencia al gobierno un ultimátum. Se hizo. De acuerdo con el comité ejecutivo del Soviet de Diputados, el congreso de

ferroviarios declaró al ministerio que si, a las ocho de la tarde, no era anulada la sentencia de muerte, todos los ferrocarriles suspenderían su tráfico.

El autor de este libro ha guardado un vivo recuerdo de la sesión memorable del comité ejecutivo en la que, en espera de la respuesta del gobierno, se elaboró un plan de acción. Las miradas no podían apartarse de la aguja que marcaba las horas. Uno tras otros, iban llegando los representantes de las diferentes vías férreas, anunciando que tal o cual línea daba su adhesión por telégrafo al ultimátum. Estaba claro que si el gobierno no cedía, tenía que entablarse una lucha encarnizada... ¿Qué sucedió en efecto? A las ocho y cinco –para salvar su prestigio, el gobierno del zar no se atrevió a diferir la respuesta más que trescientos segundos–, el ministro de Vías de Comunicación hizo saber urgentemente por telegrama al comité de ferroviarios que la ejecución de la sentencia era aplazada. Había recibido, decía, “el ruego (!) de anular la condena, acompañado por una declaración diciendo que en caso contrario se tenía la intención (!) de desencadenar la huelga”. El gobierno afirmaba no haber recibido información alguna de las autoridades militares del lugar en cuestión, “lo cual se explicaba, probablemente, por la huelga del telégrafo del Estado”. En todo caso, había enviado la orden “de suspender la ejecución de la sentencia, si tal sentencia había sido pronunciada, hasta más amplia información”. La comunicación oficial no dice, sin embargo, que el ministro de la Guerra se vio obligado a enviar esta orden por mediación del sindicato de ferroviarios; pues el propio gobierno no tenía acceso al telégrafo en huelga.

No obstante, esta hermosa victoria fue la última de la revolución, que no conoció después más que derrotas. Las organizaciones revolucionarias sufrieron primero una descarga de fusil de avanzada. Se hizo evidente que se preparaba contra ellas un ataque furioso. A partir del 14 de noviembre, se hallaba detenida en Moscú, conforme al reglamento “de protección reforzada”, entonces en vigor, la presidencia de la Unión de los campesinos. Hacia la misma fecha, se decidió en Tsarskoie-Selo operar la detención del presidente del Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo. Sin embargo, la administración tardaba en ejecutar la resolución. No se sentía aún completamente segura del terreno, tanteaba, vacilaba. El ministro de Justicia se declaraba adversario de la conjura de Tsarskoie-Selo. Demostraba que el Soviet de Diputados no podía ser considerado como una sociedad secreta, pues obraba abiertamente, anunciaba sus sesiones, imprimía en los periódicos sus informes y llegaba a entrar en relación con personajes de la administración. “Esta circunstancia –decía entonces la prensa informada sobre la intención del mi-

nistro de Justicia—, de que ni el gobierno ni la administración hayan tomado medida alguna para romper la actividad de esta agrupación, que tiende no obstante a derribar al régimen; que la propia administración haya enviado con frecuencia al local de sesiones del soviat patrullas para mantener el orden; que el prefecto de policía (*gradonatchalnik*) de Petersburgo haya en persona recibido a Jrustalev, presidente del soviat, sabiendo bien quién era y con qué título se presentaba; todo esto da a los miembros del Soviet de Diputados Obreros el derecho absoluto a considerar su actividad como no opuesta a la corriente que domina en las esferas gubernamentales y sin tener, por consiguiente, nada de criminal”.

Pero, finalmente, el ministro de Justicia encontró el medio de salir de la duda que experimentaba como hombre de leyes y, el 26 de noviembre, Jrustalev fue detenido en el local del comité ejecutivo.

Digamos dos palabras sobre la importancia de esta detención. En la segunda sesión del soviat, el 14 de octubre, a propuesta del representante de la organización socialdemócrata, se había elegido presidente a un joven abogado, Georgi Nosar, que se hizo pronto muy popular bajo el nombre de Jrustalev. Siguió de presidente hasta el día de su detención, el 9 de noviembre, y todos los hilos de la organización y de la actividad práctica del soviat se encontraban reunidos en sus manos. La prensa radical vulgar, por una parte, y la prensa reaccionaria y policial por otra, lograron en pocas semanas crear en torno a su figura una leyenda histórica. Antes, el 9 de enero les había parecido el resultado de las profundas meditaciones y el genio demagógico de Georgi Gapón: ahora, el Soviet de Diputados Obreros se les aparecía como un simple instrumento entre las manos titánicas de Georgi Nosar. El error, en el segundo caso, es todavía más grosero y estúpido que en el primero. Aunque el trabajo proporcionado por Jrustalev como presidente haya sido infinitamente más fructífero y más significativo que la aventura de Gapón, la influencia personal del presidente del soviat sobre la marcha y el resultado de los acontecimientos estuvo con mucho por debajo de la que ejerció el pope rebelde, afiliado al departamento de policía. Y no era falta de Jrustalev, sino mérito de la revolución. De enero a octubre, hizo falta pasar al proletariado por una gran escuela política. La fórmula que dice “el héroe y la masa”, no se adaptaba ya a la práctica revolucionaria de las masas obreras. La personalidad del jefe se disolvía en la organización y, por otra parte, la masa unificada se convertía en la misma en una personalidad política.

Fértil en hallazgos prácticos, activo, presidente enérgico y capaz, si bien orador mediocre, de naturaleza impulsiva, sin pasado ni fisonomía políticas, Jrustalev convenía mejor que nadie para el papel que

desempeñó a fines de 1905. Las masas obreras, cuyo estado de ánimo era revolucionario y cuyo sentimiento de clase estaba claramente desarrollado, carecían empero, en su mayoría, de la determinación que proporciona la adhesión a un partido. Lo que hemos dicho antes del soviét mismo puede aplicarse a Jrustalev. Todos los socialistas de carrera pertenecían a partidos; la candidatura de un hombre de partido había suscitado dificultades en el seno mismo del soviét desde el momento de su constitución. Por otra parte, la indeterminación política de Jrustalev facilitaba al soviét su relación con los grupos extraños al proletariado, en particular con las organizaciones intelectuales, que concedieron al soviét una ayuda material considerable. Al confiar la presidencia a un sin partido, la socialdemocracia contaba con ejercer un control político. No se equivocaba. No habían transcurrido tres o cuatro semanas, cuando el crecimiento formidable de su influencia y de sus fuerzas se traducían en particular por la adhesión pública de Jrustalev a la socialdemocracia (fracción de los mencheviques).

¿Qué resultado pensaba obtener el gobierno deteniendo a Jrustalev? ¿Pensaba destruir la organización al detener a su presidente? Hubiera sido demasiado burdo, incluso para Durnovo. No obstante, es difícil representarse claramente los motivos que impulsaron al gobierno a este acto, primero por esta razón, de que la propia reacción no se apercibió: los conjurados se habían reunido en Tsarskoie-Selo para resolver sobre la suerte de la revolución y dieron a luz una simple medida policíaca. En todo caso, la detención del presidente, en las condiciones en que se produjo, tomaba para el soviét una importancia de las más sintomáticas. Si alguien dudaba aún, en aquel momento, del verdadero carácter de la situación, se le hizo ver nítidamente, claro como el día, que no había ya retirada posible, ni por parte de la reacción ni por la adversa, que el encuentro decisivo era inevitable y que tendría lugar, no dentro de unos meses o semanas, sino en el plazo de pocos días.

20. LOS ULTIMOS DIAS DEL SOVIET

Tras la detención de Jrustalev, el soviat no podía abandonar el campo de batalla; el parlamento de la clase obrera, libremente elegido, obtenía su fuerza precisamente del carácter público de su actividad. Disolver la organización era tanto como abrir voluntariamente las puertas de la fortaleza al enemigo. No quedaba, pues, otra alternativa que seguir el camino en que se estaba comprometido: había que marchar al encuentro del conflicto. En la sesión del comité ejecutivo que tuvo lugar el 26 de noviembre, el representante del partido de los socialistas revolucionarios (Chernov “en persona”) propuso declarar que a cada medida de represión del gobierno, respondería el soviat con un atentado terrorista. Nos declaramos hostiles a esta medida: en el poco tiempo que quedaba hasta el comienzo de la batalla, el soviat tenía que establecer un enlace, y el más estrecho posible, con las Uniones de campesinos, ferroviarios, correos y telégrafos, con el ejército; a este objeto, a mediados de noviembre, había enviado dos delegados, uno al sur y otro al Volga. La organización de una caza terrorista contra tal o cual ministro hubiera absorbido sin duda toda la atención y toda la energía del comité ejecutivo. Propusimos en consecuencia someter a deliberación la moción siguiente. “El 26 de noviembre, el gobierno del zar ha puesto en cautividad al presidente del Soviet de Diputados Obreros nuestro camarada Jrustalev-Nosar. El Soviet de Diputados Obreros elige una presidencia temporal y continúa sus preparativos para la insurrección armada”. Se proponían tres candidatos para la presidencia: el del comité ejecutivo Ianovski (bajo este nombre figuraba en el soviat el autor del presente libro), el cajero Vedenski (Sverchkov) y el obrero Zlidnev, diputado de la fábrica de Obujov.

La asamblea general del soviat tuvo lugar al día siguiente, a puertas abiertas como siempre. Trescientos dos diputados se hallaban presentes. Se apreciaba un fuerte nerviosismo en la reunión, numerosos miembros del soviat querían dar una respuesta inmediata y directa al golpe de mano del ministerio. Pero, tras breves debates, la asamblea adoptó por unanimidad la moción del comité ejecutivo y eligió por escrutinio secreto los candidatos que le fueron propuestos para la presidencia.

El representante del Comité principal de la Unión de campesinos, que asistía a la sesión, hizo conocer a la asamblea la decisión adoptada en

noviembre por el congreso de esta Unión: se rehusaría la entrega de reclutas al gobierno y pagar los impuestos, y se retirarían de los Bancos del estado y de las cajas de ahorro todos los depósitos realizados. Dado que el comité ejecutivo, el 23 de noviembre, había adoptado una resolución invitando a los obreros a prever “la bancarrota inminente del Estado”, a no aceptar, por consiguiente, el importe de sus salarios más que en oro y a retirar de las cajas de ahorro todas las sumas depositadas, fue adoptada una decisión para generalizar estas medidas de boicot financiero y se resolvió darlas a conocer al pueblo por medio de un manifiesto redactado en nombre del soviét, de la Unión de campesinos y de los partidos socialistas.

¿Serían en adelante posibles las reuniones generales del parlamento proletario? No era seguro. La asamblea decidió que, en el caso de que no fuera posible convocar al soviét, el ejercicio de sus funciones correspondería al comité ejecutivo ampliado. Tras la detención del soviét, el 3 de diciembre, sus poderes, de acuerdo con esta decisión, pasaron al comité ejecutivo del segundo soviét.

A continuación, la asamblea escuchó la lectura de comunicaciones de ardiente simpatía enviadas por los soldados conscientes de los batallones finlandeses, por el Partido Socialista Polaco y por la Unión panrusa de campesinos. El delegado de esta unión prometió que en la hora decisiva no faltaría la ayuda fraterna del campo revolucionario. Despertando un entusiasmo indescriptible entre los diputados y toda la asistencia, bajo una tempestad creciente de aplausos y ovaciones, se estrecharon la mano el representante de la Unión de campesinos y el presidente del soviét. La asamblea se dispersó muy avanzada la noche. El destacamento de policía que, como siempre, permanecía en entrada, por orden del *gradonatchalnik*, dejó su puesto el último. Para caracterizar la situación, es interesante señalar que en la misma noche un pequeño funcionario de la policía, por orden del mismo *gradonatchalnik*, había prohibido una reunión legal y pacífica de electores burgueses, a la cabeza de los cuales se encontraba Miliukov...

La mayoría de las fábricas de Petersburgo dieron su adhesión a la resolución del soviét, que obtuvo igualmente el asentimiento de los soviets de Moscú y de Samara, asentimiento expresado en mociones particulares, así como el de los sindicatos de ferroviarios y de correos y telégrafos, y numerosas organizaciones provinciales. La oficina central de la Unión de sindicatos se adhirió a la decisión del soviét y lanzó un llamamiento, invitando a “todas las fuerzas vivas del país” a prepararse enérgicamente para la huelga política próxima y “a la última colisión armada con los enemigos de la libertad popular”. Sin embargo, entre la burguesía liberal y radical, las simpatías sentidas en octubre hacia el proletariado habían tenido tiempo de enfriarse. La situación se agravaba sin cesar, y el

liberalismo, exasperado por su propia inacción, gruñía contra el soviét. La masa, que apenas participa en la política, consideraba al soviét de forma entre benevolente y obsequiosa. El que temía ser sorprendido en viaje por una huelga de ferrocarriles iba a informarse a la oficina del soviét. Otros, durante la huelga de correos y telégrafos, venían a someter un texto telegráfico al examen de la oficina y, si ésta reconocía la importancia del telegrama, le hacía salir. Por ejemplo, la viuda del senador B., después de haber recorrido en vano las cancillerías de los ministerios, se dirigió finalmente al soviét, en una grave circunstancia familiar, solicitándole ayuda. Una orden escrita por este mismo soviét dispensaba a las personas de someterse a las leyes. Un taller de grabadores no consintió en fabricar un sello para el sindicato de correos y telégrafos, cuya existencia no estaba sancionada por la ley, sino después de recibir “la autorización” escrita del soviét. El Banco del Norte descontó un cheque caducado en beneficio del soviét. La imprenta del Ministerio de Marina preguntaba al soviét si tenía que hacer huelga. En el peligro, se dirigían aún y siempre al soviét, buscando junto a él protección contra particulares, contra funcionarios e incluso contra el gobierno. Al ser declarada la ley marcial en Livonia, los letones de Petersburgo invitaron al soviét “a decir su palabra” respecto a la nueva violencia del zarismo. El 30 de noviembre, el soviét tuvo que ocuparse del sindicato de enfermeros, a quienes la Cruz Roja había arrastrado a la guerra mediante falaces promesas, para dejarles después privados de todo; la detención del soviét puso fin a las medidas enérgicas que había emprendido por correspondencia a este respecto ante la Dirección General de la Cruz Roja. En el local del soviét, siempre había una multitud de pedigüeños, solicitantes y querellantes; eran, casi siempre, obreros, criados, dependientes, campesinos, soldados, marineros... Algunos se formaban una idea absolutamente fantástica del poder del soviét y de sus métodos. Un inválido ciego que había hecho la guerra rusoturca, cubierto de cruces y de medallas, se quejaba de su miseria y pedía al soviét “que empujara un poco al patrón”, esto es, al zar... Se recibían declaraciones y solicitudes de localidades lejanas. Los habitantes de una comarca de una de las provincias polacas enviaron al soviét, después de la huelga de noviembre, un telegrama de agradecimiento. Un viejo cosaco, del fondo del gobierno de Poltava, enviaba su queja al soviét contra la injusticia de los príncipes Repnin. La dirección de esta curiosa súplica estaba redactada así: “Petersburgo. Dirección Obrera”; y, sin embargo, el correo revolucionario, sin dudar, entregó el pliego en su destino. Desde el gobierno de Minsk llegó al soviét, para obtener una información, un diputado especialmente enviado por una mutual de jornaleros a la que un propietario pretendía pagar tres mil rublos en acciones depreciadas. “¿Cómo

hacer? –preguntaba el enviado. Tendríamos buenas ganas de tomarlas, pero al mismo tiempo tenemos miedo. Hemos oído decir que vuestro gobierno quería que los obreros recibiesen sus salarios en moneda sonante: en oro o en plata”. Se averiguó que las acciones del propietario no tenían casi ningún valor... Los campos no fueron informados de la existencia del soviét sino muy tarde, cuando ya su actividad tocaba a su fin. Las instancias y los deseos de los campesinos nos llegaban con frecuencia cada vez mayor. Gentes de Chernigov pedían que se les pusiese en relación con la organización socialista local; campesinos de la provincia de Mohilev enviaron representantes encargados de hacer conocer las decisiones de varias asambleas comunales, expresando que en adelante obrarían en completo acuerdo con los obreros de las ciudades y el soviét...

Un vasto campo de actividad se abría pues ante el soviét; en su derredor se extendían inmensos baldíos políticos, que solamente hubiera sido preciso trabajar con el fuerte arado revolucionario. Pero faltaba el tiempo. La reacción, febrilmente, forjaba cadenas y podía esperarse, de hora en hora, un primer golpe. El comité ejecutivo, a pesar de la masa de trabajos que tenía que realizar cada día, se apresuraba en ejecutar la decisión adoptada por la asamblea el 27 de noviembre. Lanzó un llamamiento a los soldados (véase *La huelga de noviembre*) y en una conferencia con los representantes de los partidos revolucionarios aprobó el texto del manifiesto “financiero” propuesto por Parvus.

El 2 de diciembre, el manifiesto fue publicado en ocho periódicos de Petersburgo: cuatro socialistas y cuatro liberales. He aquí el texto de este documento histórico:

“El gobierno llega a la bancarrota. Ha hecho del país un montón de ruinas, lo ha sembrado de cadáveres. Agotados, hambrientos, los campesinos ya no están en situación de pagar los impuestos. El gobierno se ha servido del dinero del pueblo para abrir créditos a los propietarios. Ahora no sabe que hacer con las propiedades que le sirven de garantías. Los talleres y las fábricas no funcionan. Falta el trabajo. Por todas partes vemos el marasmo comercial. El gobierno ha empleado el capital de los empréstitos extranjeros en construir ferrocarriles, una flota, fortalezas, en hacer provisión de armas. Al agotarse las fuentes extranjeras, los pedidos del Estado no se reciben más. El comerciante, el gran proveedor, el empresario, el fabricante que han cogido la costumbre de enriquecerse a expensas del Estado, son privados de sus beneficios y cierran sus despachos y sus fábricas. Las quiebras se suceden y se multiplican. Los bancos se derrumban. Todas las operaciones comerciales se han restringido hasta el último límite.

La lucha del gobierno contra la revolución suscita perturbaciones incesantes. Nadie está seguro del día siguiente.

El capital extranjero pasa en sentido contrario la frontera. El capital 'puramente ruso' también se esconde en los bancos extranjeros. Los ricos venden sus bienes y emigran. Las aves de rapiña huyen del país, llevándose lo que es del pueblo.

Desde hace tiempo, el gobierno gasta todos los ingresos del Estado en mantener el ejército y la flota. No hay escuelas. Las carreteras están en un estado espantoso. A pesar de lo cual, falta el dinero, incluso para la alimentación del soldado. La guerra nos ha dado la derrota, en parte porque carecíamos de municiones. En todo el país, son señaladas sublevaciones del ejército reducido a la miseria y hambriento.

La economía de las vías férreas está obstaculizada por el fango; gran número de líneas han sido devastadas por el gobierno. Para reconstituir la economía de los ferrocarriles, serán precisos cientos y cientos de millones.

El gobierno ha dilapidado las cajas de ahorro y ha hecho uso de los fondos depositados para el sostenimiento de los bancos privados y de empresas industriales que, con frecuencia, son absolutamente dudosas. Con el capital del pequeño ahorro, juega a la bolsa, exponiendo los fondos a riesgos cotidianos.

La reserva de oro del Banco del Estado es insignificante en relación con las exigencias que crean los empréstitos gubernamentales y a las necesidades del movimiento comercial. Esta reserva será reducida a polvo si se exige en todas las operaciones que el papel sea cambiado contra moneda de oro.

Aprovechando que las finanzas carecen de todo control, el gobierno acordó tiempo atrás empréstitos que sobrepasaban en mucho la solvencia del país. Mediante nuevos empréstitos, paga los intereses de los precedentes.

El gobierno, de año en año, establece un presupuesto ficticio de ingresos y gastos, declarando éstos como aquéllos por debajo de su importe real, a su voluntad, acusando una plusvalía en lugar del déficit anual. Los funcionarios no controlados dilapidan el Tesoro, ya bastante agotado.

Sólo una Asamblea Constituyente puede poner fin a este saqueo de la Hacienda, después de haber derribado a la autocracia. La Asamblea someterá a una investigación rigurosa las finanzas del Estado y establecerá un presupuesto detallado, claro, exacto y verificado de los ingresos y los gastos públicos.

El temor del control popular que revelaría al mundo entero la incapacidad financiera del gobierno, fuerza a éste a fijar siempre para más tarde la convocatoria de los representantes populares.

La quiebra financiera del Estado procede de la autocracia, del mismo modo que su quiebra militar. Los representantes del pueblo no tendrán primero como tarea más que pagar lo antes posible las deudas.

Tratando de defender su régimen con malversaciones, el gobierno fuerza al pueblo a llevar a cabo contra él una lucha a muerte. En esta guerra, cientos y miles de ciudadanos perecen o se arruinan; la producción, el comercio y las vías de comunicación son destruidos de arriba a abajo.

No hay más que una salida: es preciso derribar al gobierno, arrebatándole sus últimas fuerzas. Es necesario cerrar la última fuente de donde extrae su existencia: los ingresos fiscales. Esto es necesario no sólo para la emancipación política y económica del país, sino, en particular, para la puesta en orden de la economía financiera del Estado.

En consecuencia, decimos que:

No se efectuará ninguna entrega de dinero por rescate de tierras ni pago alguno a las cajas del Estado. Se exigirá, en todas las operaciones, como pago de salarios y contratos, moneda de oro, y cuando se trate de una suma de menos de cinco rublos, se reclamará moneda sonante.

Se retirarán los depósitos hechos en las cajas de ahorro y en el Banco del Estado, exigiendo el reembolso íntegro.

La autocracia nunca ha gozado de la confianza del pueblo y no estaba en modo alguno fundada en ella.

Actualmente, el gobierno se conduce en su propio Estado como en país conquistado.

Por estas razones decidimos no tolerar el pago de las deudas sobre todos los empréstitos que el gobierno del zar ha concertado mientras llevaba a cabo una guerra abierta contra todo el pueblo.

El Soviet de Diputados Obreros, el Comité Principal de la Unión Panrusa de Campesinos, el Comité Central y la Comisión de Organización del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, el Comité Central del Partido Socialista Revolucionario, el Comité Central del Partido Socialista Polaco”.

Lógicamente, este manifiesto no podía por sí mismo derribar al zarismo, ni sus finanzas. Seis meses más tarde, la primera Duma de Estado contaba con un milagro de este género cuando lanzó el llamamiento de Viborg, que pedía a la población que se negase pacíficamente a pagar impuestos, “a la inglesa”. El manifiesto financiero del soviets no podía servir más que de introducción a los levantamientos de diciembre. Apoyado por la huelga y por los combates que se libraron en las barricadas encontró un poderoso eco en todo el país. Mientras que, para los tres años precedentes, los depósitos hechos en las cajas de ahorro en diciembre rebasaban los reembolsos en 4 millones de rublos, en diciembre de 1905 los reembolsos superaron a los depósitos en 90 millones: ¡El manifiesto había sacado de las reservas del Estado, en un mes, 94 millones de rublos! Cuando la insurrección fue aplastada por las hordas zaristas, el equilibrio se restableció en las cajas de ahorro...

Entre el 20 y el 30 de noviembre, la ley marcial fue proclamada en la comarca de Kiev y en la ciudad misma, en los gobiernos de Livonia, Chernigov, Saratov, Penza y Simbirsk, teatros principales de las perturbaciones agrarias.

El 24, día en que el reglamento “provisional” sobre la prensa entraba en vigor, se ampliaron hasta el máximo las atribuciones de los gobiernos y de los prefectos de policía.

El 28, se creó un puesto “provisional” de general gobernador de las provincias bálticas. El 29, los sátrapas provinciales fueron autorizados, en caso de huelga de ferrocarriles o de correos y telégrafos, a proclamar por propia cuenta “la ley de excepción” en sus gobiernos.

El 1 de diciembre, en Tsarskoie-Selo, Nicolás recibió una diputación reunida a toda prisa, y muy heterogénea, de propietarios asustados, monjes y ciudadanos organizadores de pogromos. Esta pandilla exigía el castigo implacable de los autores de la revolución y, al mismo tiempo, el de los dignatarios de todo rango que, con su debilidad, autorizasen el desorden; la diputación no se contentaba con hacer esta alusión a Witte, sino que lo explicaba más claramente: “¡Por un decreto autocrático, llama a otros ejecutores de tu voluntad soberana!”. “Os recibo —respondió Nicolás al amasijo de esclavistas y saqueadores mercenarios—, porque estoy seguro de ver en vosotros los verdaderos hijos de Rusia, cuya devoción nos está asegurada desde siempre, a mí y a la patria.” A una señal del centro, los administradores de provincia expiden a Petersburgo una multitud de mensajes de gratitud a su majestad, en nombre de campesinos y burgueses. “La unión del pueblo ruso” que acababa entonces de recibir, según toda probabilidad, un primer subsidio importante, organiza una serie de mítines y difunde publicaciones en el espíritu de los pogromos patrióticos.

El 2 de diciembre, son confiscados y suspendidos los ocho periódicos que imprimieron el *Manifiesto financiero del soviet*. El mismo día, se promulga un reglamento draconiano sobre las huelgas y los sindicatos de ferroviarios, empleados de correos, telegrafistas y telefonistas, amenazándoles con un encarcelamiento que puede llegar hasta cuatro años. Los periódicos revolucionarios publicaron, el 2 de diciembre, una orden del gobernador de Voronej que había sido interceptada y que estaba basada en una circular confidencial de Durnovo: “Absolutamente secreto... Investigar inmediatamente sobre todos los dirigentes de los movimientos antigubernamentales y agrarios, y encerrarlos en la prisión del lugar, a efecto de que sean tratados conforme a las instrucciones del señor ministro del Interior”. Por primera vez, el gobierno publica un aviso amenazador: los partidos extremistas se han dado por objeto destruir las bases económicas, sociales y políticas del país; los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios son esencialmente anarquistas: declaran la guerra al gobierno, difaman a sus adversarios, impi-

den a la sociedad disfrutar de los beneficios del nuevo régimen; provocan huelgas para hacer de los obreros el material de la revolución. “La efusión de sangre obrera (¡por el gobierno!) ni siquiera excita en ellos (¡revolucionarios!) el menor remordimiento.” Si contra tales delitos son insuficientes las medidas ordinarias, “será, sin duda alguna, necesario recurrir a medidas absolutamente excepcionales”.

Los intereses de las clases privilegiadas, el espanto de los poseedores, el rencor de la burocracia, el servilismo de los vendidos, el tenebroso odio de los simples engañados, todo ello no formaba más que un asqueroso bloque de barro y sangre, todo ello constituía la reacción. Tsarskoie-Selo distribuía oro, Durnovo tejía la trama de la conjura, los sicarios a sueldo afilaban sus cuchillos...

Sin embargo, la revolución crecía invenciblemente. Al proletariado industrial que formaba el grueso de su ejército, se adherían sin cesar nuevos destacamentos. Había, en las ciudades, mítines de servidores, repartidores, cocineros, criados, enceradores, camareros, bañeros, lavanderas. En las reuniones y en la prensa aparecen tipos extraordinarios: cosacos “conscientes”, guardias del servicio de estaciones, guardias municipales, comisarios, e incluso soplones arrepentidos. El terreno social desquiciado, arroja de sus misteriosas entrañas capas nuevas cuya existencia nadie sospechaba en tiempo de paz. Pequeños funcionarios, vigilantes de prisiones, furrieles, aparecían sucesivamente en las redacciones de los periódicos revolucionarios.

La huelga de noviembre influyó considerablemente en la moral del ejército. Por todos lados tenían lugar en el país mítines de militares. El espíritu de rebelión se manifestaba por doquier en los cuarteles. Las necesidades particulares del ejército y el soldado servían normalmente de ocasión para las manifestaciones de un descontento que crecía con rapidez y tornaba un cariz político. A partir del 2 de noviembre, aproximadamente, se producen desórdenes serios en Petersburgo, entre los marineros y entre los soldados, en Kiev, Ekaterinoslav, Elisavetpol, Proskurov, Kursk, Lomjé... En Varsovia, los soldados de la guardia exigen la libertad de los oficiales detenidos. De todas partes llegan informaciones, diciendo que el ejército de Manchuria entera arde con el fuego de la rebelión. El 28 de noviembre, en Irkutsk, tiene lugar un mitin en el que toman parte todas las tropas de la guarnición, unos cuatro mil soldados. Bajo la presidencia de un suboficial, la reunión decide unirse a todos los que reclaman la Asamblea Constituyente. En numerosas ciudades, los soldados, en sus mítines, fraternizan con los obreros.

Los días 2 y 3 de diciembre, los desórdenes se producen en la guarnición de Moscú. Manifestaciones en las calles a los sonos de *La Marsellesa*, oficiales expulsados de ciertos regimientos... Y, finalmente, detrás del hervor

revolucionario, puede verse el brasero de las revueltas campesinas en las provincias. A finales de octubre y principios de noviembre, las perturbaciones agrarias ganan gran número de comarcas: en el centro, en torno a Moscú, sobre el Volga, sobre el Don, en el reino de Polonia, se suceden continuamente huelgas de campesinos, saqueo de los almacenes del monopolio donde se vende el aguardiente, haciendas incendiadas, ocupación de tierras y bienes muebles. Todo el gobierno de Kovno sirve de teatro a la rebelión de los campesinos lituanos. De Livonia, las noticias recibidas son cada vez más alarmantes. Los propietarios huyen, los administradores de la provincia abandonan sus puestos... Basta con representarse claramente el cuadro que ofrecía entonces Rusia, para comprender hasta qué punto el conflicto de noviembre era inevitable. “Hubiera hecho evitar la lucha”, declaraban más tarde algunos sabios (Plejánov). ¡Como si se tratara de una partida de ajedrez y no de un movimiento cuyas fuerzas elementales se contaban por millones!...

“El Soviet de Diputados Obreros —escribía *Novoie Vremia*—, no se desanima, sigue obrando enérgicamente e imprime sus órdenes en un lenguaje verdaderamente lacónico, en términos breves, claros e inteligibles, lo que no se podría decir del gobierno del conde Witte, que prefiere los giros interminables y farragosos que emplearía en su lenguaje una anciana melancólica”. El 3 de diciembre, el gobierno de Witte, a su vez, se puso a hablar “en términos breves, claros e inteligibles”: hizo cercar el edificio de la Sociedad Económica Libre por tropas de todas las armas; hizo detener al soviet.

A las cuatro de la tarde, el comité ejecutivo se había reunido. El orden del día estaba señalado de antemano por la confiscación de los periódicos, por el reglamento draconiano sobre las huelgas que se acababa de decretar y por el telegrama donde se revelaba la conjura de Durnovo. El representante del comité central del Partido socialdemócrata (bolcheviques) propone, en nombre del partido, las medidas siguientes: se aceptará el desafío del absolutismo, poniéndose de acuerdo inmediatamente con todas las organizaciones revolucionarias del país, para fijar el día de declaración de una huelga política general, el llamamiento a la acción de todas las fuerzas, todas las reservas y, apoyándose sobre los movimientos agrarios y las rebeliones militares, se irá en busca del desenlace...

El delegado del sindicato de ferroviarios afirma que sin ninguna duda el congreso de ferrocarriles, convocado para el 6 de diciembre, se pronunciará por la huelga.

El representante del sindicato de correos y telégrafos se declara a favor de la moción propuesta por el partido y espera que una acción común dé vida nueva a la huelga de correos y telégrafos que amenaza decaer... Los debates son interrumpidos por un aviso que se transmite al

comité: el soviét debe ser detenido ese mismo día. Media hora más tarde, esta información es confirmada. En este momento, la gran sala, iluminada por ambos lados por grandes ventanales, se ha llenado ya de delegados, representantes de los partidos, corresponsales e invitados. El comité ejecutivo, que celebra sesión en el primer piso, decide hacer salir a algunos de sus miembros para conservar al Soviet una línea de sucesión en el caso de ser detenido.

¡Pero la decisión llega demasiado tarde! El edificio está acordonado por soldados del regimiento de la guardia Ismai-lovski, cosacos a caballo, guardias municipales, gendarmes... Se escuchan los pasos sordos, el chasquido de las espuelas, de los sables; estos ruidos llenan el edificio. Resuenan abajo las violentas protestas de algunos delegados. El presidente abre la ventana del primer piso, se asoma y grita: “¡Camaradas, no opongáis resistencia! Declaramos de antemano que, si alguien dispara, no puede ser más que un policía o un provocador...” Unos instantes después, suben soldados al primer piso y se apostan a la entrada del local donde está reunido el comité ejecutivo.

El presidente (dirigiéndose al oficial): Le ruego que cierre las puertas y no estorbe nuestros trabajos (Los soldados permanecen en el corredor, pero no cierran las puertas).

El presidente: La sesión continúa. ¿Quién pide la palabra?

El representante del sindicato de contables: Por este acto de violencia brutal, el gobierno ha confirmado los motivos que teníamos para declarar la huelga general. Lo ha decidido de antemano... El resultado de la nueva y decisiva acción del proletariado dependerá de las tropas. ¡Que tomen ellas la defensa de la patria! (Un oficial se apresura a cerrar la puerta. El orador eleva la voz.) ¡Incluso a través de las puertas cerradas, los soldados escucharán el fraternal llamamiento de los obreros, la voz del país agotado en los tormentos!...

La puerta se abre de nuevo, un capitán de gendarmes se desliza en la cámara, pálido como la muerte (temía recibir una bala); tras él se adelantan dos decenas de agentes que se colocan detrás de las sillas de los delegados.

El presidente: Levanto la sesión del comité ejecutivo.

Abajo, resuena un rumor enérgico y casi cadencioso de metal; se diría que son herreros que golpean el yunque: son los delegados que desmontan y rompen sus revólveres antes que entregarlos a la policía.

Comienzan las pesquisas. Nadie consiente en dar su nombre. Los delegados son cacheados, se toman sus señas, se les numera y son confiados a una escolta de soldados de la guardia medio borrachos.

El Soviet de diputados Obreros de Petersburgo está en manos de los conspiradores de Tsarkoie-Selo.

21. DICIEMBRE

El 4 de diciembre, el Soviet de Moscú dio su adhesión a los firmantes del “manifiesto financiero” y, el 6 de diciembre –bajo la influencia directa de graves desórdenes en la guarnición de Moscú– el soviét, que representaba en esta época a 100.000 obreros, decidió, con los demás partidos revolucionarios, declarar en Moscú la huelga general para el día siguiente, 7 de diciembre, con la intención de transformarla en una insurrección armada. La conferencia de los diputados obreros de 29 líneas de ferrocarril, que se reunieron en Moscú los días 5 y 6 de diciembre, determinó dar su asentimiento a la decisión del soviét. El Congreso de Correos y Telégrafos tomó la misma decisión. En Petersburgo, la huelga que se inició el día 8, alcanzó su apogeo al día siguiente, declinando ya el día 12. Fue mucho menos unitaria y general que la de noviembre y no reunió más que 2/3 de los obreros. La irresolución de Petersburgo se explica por el hecho de que los obreros de la capital comprendían más claramente que en otros sitios que no se trataba esta vez de una simple manifestación, sino de una lucha a muerte. El día 9 de enero ya había quedado grabado este hecho en el espíritu de las masas. Frente a una numerosa guarnición cuyo núcleo estaba formado por los regimientos de la guardia, los obreros de Petersburgo no podían tomar por sí mismos la iniciativa de una insurrección revolucionaria; su misión –como había demostrado la huelga de octubre– era dar el último golpe al absolutismo cuando éste estuviera suficientemente resquebrajado por el levantamiento del resto del país. Sólo una gran victoria en las provincias podía dar a Petersburgo la posibilidad psicológica de una acción decisiva, pero esta victoria no llegó y, tras muchas dudas, se batió por último en retirada. Aparte de la actitud pasiva de Petersburgo, hay que señalar además el mal papel que llevó a cabo, durante los acontecimientos, el grupo de ferroviarios que continuaron trabajando en la línea de Petersburgo a Moscú (ferrocarril Nicolás). El comité del sindicato de ferroviarios de Petersburgo se resintió con la incertidumbre que se manifestaba en la capital y el gobierno, cuya atención estaba concentrada en esta importante vía de comunicación, aprovechando las vacilaciones, hizo ocupar la línea por sus tropas. Una parte de los talleres

entró en huelga, pero los jefes trabajaban en el telégrafo y el batallón de ferrocarriles en la vía. Hubo varios intentos de detener el movimiento, pero sin éxito. El 16 de diciembre los obreros de Tver destruyeron una parte de la línea para evitar el envío de tropas de Petersburgo a Moscú, pero era demasiado tarde, porque el regimiento de la guardia Semenovski había pasado ya. En conjunto, la huelga de ferrocarriles empezó con gran ímpetu y unidad; antes del día 10, la mayor parte de las líneas habían interrumpido el tráfico, y las que faltaban se adhirieron al movimiento los días sucesivos. Al declarar la huelga, el congreso del sindicato de ferroviarios decía: “Podemos encargarnos de hacer volver a las tropas de Manchuria mucho más deprisa que el gobierno... Tomaremos todas las medidas necesarias para el transporte del trigo destinado a los campesinos hambrientos y para la expedición de víveres a los camaradas que están en las líneas”. No es la primera vez que comprobamos fenómenos de esta índole, sobre cuyo sentido deberían meditar los anarquistas que son aún capaces de reflexión: paralizando el poder del gobierno, la huelga general impone a su organización funciones públicas enormemente importantes. Hay que reconocer que el sindicato de ferroviarios cumplió con su tarea a maravilla. Los trenes que transportaban a los reservistas, a las compañías obreras y a los miembros de organizaciones revolucionarias, circulaban con una regularidad y una velocidad notables a pesar de la amenazadora proximidad de las tropas del gobierno en muchos puntos, numerosas estaciones estaban administradas por comandantes elegidos, y las banderas rojas ondeaban en los edificios del ferrocarril. Moscú empezó la huelga el día 7, y al día siguiente, Petersburgo se adhirió, así como también Minsk y Taganrog; después, citando sólo los centros más importantes, se solidarizaron: el 10, Tiflis, el 11, Vilna, el 12, Jarkov, Kiev, Nijni-Novgorod, el 13, Odesa y Riga, el 14, Lodz y el 15, Varsovia. En total había 33 ciudades en huelga, frente a 39 en octubre.

Moscú fue el centro del movimiento de diciembre. Ya a primeros de mes se había advertido un fuerte movimiento en ciertos regimientos de la guarnición de Moscú, y a pesar de todos los esfuerzos de la socialdemocracia por prevenir explosiones aisladas, la agitación crecía violentamente. Se decía entre los obreros: “Hay que apoyar a los soldados, no podemos desperdiciar la ocasión.” Los soldados que estaban de guardia en las fábricas estaban totalmente influenciados por los obreros. “Cuando os levantéis –decían a menudo– haremos lo mismo y os abriremos el arsenal”. Los soldados y los oficiales hablaban frecuentemente en los mítines. El 4 de diciembre se constituyó un Soviet de Diputados Soldados, y sus representantes se unieron al soviét obrero. Rumores persistentes permiten pensar

que en otras ciudades el ejército había hecho causa común con los obreros. Tal era el ambiente cuando comenzó la huelga de Moscú.

El primer día unas 100.000 personas abandonaron el trabajo. En una de las estaciones murieron dos mecánicos por haber querido conducir trenes sin autorización. Hubo escaramuzas en varios sitios de la ciudad, y un destacamento de las compañías obreras entró en un almacén de armas. A partir de ese momento, los agentes de policía no pudieron hacer su vigilancia más que por grupos. Al día siguiente, el número de huelguistas se elevó a 150.000, la huelga se generalizó en la ciudad y llegó a las fábricas de los alrededores, habiendo mítines multitudinarios por todas partes; en la estación a la que llegan los trenes del Lejano Oriente la muchedumbre desarmó a los oficiales de Manchuria, y los obreros sacaron de un vagón bastantes libras de cartuchos y, algo más tarde, se apoderaron de los pertrechos que venían en otro vagón.

El día 8 de diciembre, segundo de la huelga, el comité ejecutivo publicó la siguiente decisión: “Cuando aparezcan las tropas se procurará hablar con los soldados y moverlos por la camaradería... Se evitará todo choque abierto y no se opondrá resistencia armada salvo en caso de que la conducta de las tropas sea particularmente provocativa”. El ejército era quién tenía la palabra y todo el mundo lo comprendía así. El menor rumor favorable que aparecía sobre la buena voluntad de la guarnición volaba de boca en boca, al mismo tiempo la muchedumbre revolucionaria sostenía una lucha incesante contra las autoridades moscovitas para conseguir la adhesión del ejército. Al saber que los soldados de infantería avanzaban por las calles al son de *La Marsellesa*, los obreros tipógrafos enviaron una diputación a su encuentro, pero ya era demasiado tarde. Los jefes militares hicieron rodear a los soldados revolucionarios por cosacos y dragones, que los llevaron a los cuarteles, e inmediatamente los mandos militares hicieron justicia a las reivindicaciones de esos mismos soldados. El mismo día, 500 cosacos, dirigidos por un oficial de policía, recibieron la orden de disparar sobre los manifestantes, pero los cosacos no obedecieron, poniéndose a hablar con la gente, antes de volver lentamente a filas, a la llamada de un suboficial, acompañados por las aclamaciones de la multitud. Una manifestación de 100.000 personas chocó con un grupo de cosacos y hubo un momento de peligro. Pero dos obreras se destacaron de la multitud, blandiendo banderas rojas, y acercándose a los cosacos: “Tirad sobre nosotras –gritaban– porque, vivas, nunca os entregaremos la bandera”. Los cosacos se detuvieron, asombrados e indecisos. Fue un momento decisivo. La multitud, al verlos vacilar, trataba de animarlos: “Cosacos, venimos con las manos vacías, ¿vais a tirar contra nosotros?”. “No tiréis vosotros y tampoco lo haremos nosotros”, contestaron

los cosacos. Un oficial, furibundo y un tanto atemorizado, estalló en invectivas y groserías, pero su voz fue ahogada por los gritos de indignación de la muchedumbre. Alguien pronunció un breve discurso y la multitud aplaudió. Un momento después, los cosacos volvieron los caballos y se alejaron al galope, con la carabina en bandolera.

Tras el cerco de un mitin popular, que terminó con una serie de violencias contra la masa desarmada, el nerviosismo empezó a aumentar en la ciudad. La gente estaba en la calle, en grupos cada vez más numerosos. Los más diversos rumores circulaban sin cesar para ser olvidados en seguida, y en todos los rostros se pintaba una gran animación mezclada de inquietud. “Hay muchas personas que se imaginan —escribe Gorki, entonces en Moscú— que son los revolucionarios quienes han comenzado a construir barricadas. Es una opinión que nos honra, pero que no corresponde por completo a la verdad, porque en realidad fueron los simples habitantes, la gente, los sin partido, quienes emprendieron esas construcciones, y esto es lo más importante. En Tverskaia, las primeras barricadas fueron levantadas alegremente, entre bromas y risas, y en este trabajo tomaron parte personas de las condiciones más dispares, desde el que lleva un elegante abrigo hasta la cocinera o el mozo de caballos, que pasaba por ser, hasta ahora, el más sólido sostén del régimen... Los dragones hicieron una salva contra la barricada, varias personas fueron heridas y dos o tres muertas; inmediatamente se elevó un clamor de indignación, acompañado de un grito unánime de venganza y, en un momento, todo cambió. Tras estas muertes todo el mundo se puso a construir barricadas y ya no por juego, sino seriamente, para proteger su vida contra Dubasov y sus dragones”.

Las compañías obreras, es decir, los combatientes de las organizaciones revolucionarias, agrupados militarmente, se hicieron más activas. Sistemáticamente, desarmaban a los policías que les salían al paso. Por primera vez se practicó la maniobra de gritar: ¡Arriba las manos!, con el fin de proteger al asaltante contra un mal golpe. Al que no obedecía se le ejecutaba. Se procuraba no inquietar a los soldados, para no tenerlos en contra. En una reunión se adoptó incluso la siguiente decisión: será pasado por las armas quien dispare sin la autorización del jefe de la compañía. Delante de las fábricas, los obreros hacían propaganda entre los soldados. Sin embargo, el tercer día de huelga ya hay encuentros sangrientos entre la muchedumbre y el ejército, los dragones dispersaron una reunión que había en una plaza, sin luz por la huelga. “Hermanos, no nos atacéis: somos de los vuestros”. Los soldados pasan, pero un cuarto de hora más tarde vuelven, en número mucho mayor y atacan a la gente.

Tinieblas, pánico, gritos y maldiciones. Parte de la multitud intenta refugiarse en la estación del tranvía. Los dragones exigen a los refugiados que se rindan, y, ante la negativa de éstos, comienzan los disparos. Como resultado, un muchacho muerto y varias personas heridas. Inquietos por el remordimiento o, quizá, por temor de una venganza, los dragones se alejan al galope. “¡Asesinos!” La gente rodea a las primeras víctimas y levanta el puño, llena de furia. “¡Asesinos!” En un instante, el pabellón manchado de sangre es presa de las llamas. “¡Asesinos!” La multitud intenta encontrar una salida para sus sentimientos. En medio de la oscuridad y del peligro, avanza, excitada, chocando con obstáculos, empujando. Se oyen nuevos disparos. “¡Asesinos!” La multitud comienza a levantar barricadas, tarea completamente nueva para ella, que no sabe cómo debe resolverse y que lleva a cabo sin ningún sistema. A dos pasos de allí, en la oscuridad, un grupo de 30 a 40 personas canta a coro: “Habéis caído víctimas...” Nuevos disparos, y más heridos y más muertos. Los patios de las casas vecinas se convierten en puestos de socorro, y sus habitantes permanecen en las puertas cocheras recogiendo a los heridos.

Abiertas las hostilidades, la organización socialdemócrata de combate colocó sobre los muros de Moscú carteles en los que se daban instrucciones técnicas a los insurgentes:

Regla esencial: 1. No actuar en masa. Hay que realizar las operaciones en pequeños grupos de tres o cuatro hombres como máximo, multiplicar estos grupos lo más posible y que cada uno de ellos aprenda a atacar resueltamente y a desaparecer con prontitud. La policía trata de fusilar a miles de personas con sólo cien cosacos. A esos cien cosacos no deben enfrentarse más de dos o tres tiradores, porque es más fácil alcanzar a un grupo que a un hombre solo, sobre todo si este último sabe disparar inopinadamente y desaparecer en un instante.

2. Por otra parte, no debe intentarse nunca ocupar posiciones fortificadas, porque la tropa siempre sabrá tomarlas o, simplemente, destruirlas con su artillería. Las mejores fortalezas son los lugares de paso y todos los sitios desde donde es fácil tirar y escapar. Si la tropa llegase a tomar un lugar de este tipo, no encontraría a nadie, habiendo perdido, sin embargo, muchos hombres en el empeño.

La táctica de los revolucionarios estuvo determinada, desde el principio, por la situación misma. Por el contrario, las tropas del gobierno se mostraron, durante cinco días enteros, absolutamente incapaces de adaptarse a la táctica del adversario, no pudiendo salir de su estupidez y de su perplejidad sino para caer en la barbarie más sanguinaria.

El siguiente relato dará una idea de lo que fueron los combates. Avanzaba una compañía de georgianos, que contaba con los hombres más intrépidos. Se componía su destacamento de veinticuatro tiradores, avanzando en perfecto orden, de dos en dos. Advertidos por la multitud de que dieciséis dragones, al mando de un oficial, venían a su encuentro, la compañía se desplegó empuñando los máuseres y, en cuanto apareció la patrulla, ejecutó unos disparos simultáneos. El oficial cayó herido y los caballos, situados en primera línea, también heridos, se encabitaron. Se apoderó de la tropa una confusión tal, que los soldados fueron incapaces de disparar. Así, la compañía obrera no había hecho más de cien disparos, mientras los dragones se daban a una fuga desordenada, dejando tras sí algunos heridos y muertos. “Marchaos ahora –decían apresuradamente los espectadores–, la artillería estará aquí en un instante”. En efecto, no tardó en aparecer y, con sus primeras descargas, comenzaron a caer personas, heridas o muertas, en medio de aquella multitud desarmada que no se había imaginado que podría servir de blanco al ejército. Pero los georgianos se preparaban entretanto y volvieron a disparar contra las tropas. La compañía obrera era casi invulnerable, protegida por la coraza de la simpatía general. Otro ejemplo, escogido entre miles. Un grupo de trece obreros armados, emboscados en un edificio, resistió durante cuatro horas a quinientos o seiscientos soldados que disponían de tres cañones y dos ametralladoras. Después de haber terminado sus cartuchos e infligido serias pérdidas al ejército, los francotiradores se alejaron sin un herido. Pero los soldados destruyeron a cañonazos varias manzanas de casas, quemaron otras y asesinaron buen número de personas inofensivas y aterradas, todo para dominar a una docena de revolucionarios...

Las barricadas no se defendían, servían sólo para estorbar la circulación de las tropas, sobre todo de los dragones. En el área de las barricadas, las casas quedaban fuera del alcance de la artillería. Así pues, el ejército no tenía más solución que disparar de un extremo al otro de la calle para “tomar” el obstáculo, pero, cuando llegaba sobre la barricada, no encontraba a nadie. Y, cuando los soldados no habían hecho más que alejarse de la barricada, ya se encontraba ésta reconstruida, como por sí misma. El bombardeo sistemático de la ciudad por la artillería de Dubasov comenzó el día 10 de diciembre. Los cañones y las ametralladoras funcionaban sin descanso, sembrando el pánico en las calles. Las víctimas caían, no ya de una en una, sino por docenas. La gente, desconcertada y furiosa, corría de un lado a otro, negándose a dar crédito a lo que veía: así, pues, los soldados tiraban, y no solamente contra los revolucionarios aislados sino contra un oscuro enemigo llamado Moscú,

contra casas en las que viven ancianos y niños, contra las multitudes desarmadas... “¡Cobardes asesinos! Así es cómo recuperan su reputación, después de haberla perdido en Manchuria”.

Tras el primer cañonazo, la construcción de barricadas se hizo de una manera febril, porque se había atribuido al hecho un sentido más amplio, utilizándose entonces medios más atrevidos. No se vaciló ante la demolición de un enorme puesto de fruta, ni en volcar un quiosco de periódicos, al tiempo que se arrancaban letreros, se destrozaban las rejas y se abatían los cables del tranvía.

“A pesar de que la policía había dado orden de mantener las puertas cocheras cerradas –decían los periódicos reaccionarios– no se ha cumplido, sino todo lo contrario, ¡hasta han quitado las puertas de sus goznes y las han empleado para construir barricadas!”. El 11 de diciembre toda la ciudad había quedado cubierta por una red de barricadas: calles enteras estaban rodeadas de alambradas.

Dubasov había declarado que toda reunión de “más de tres personas” correría el riesgo de un fusilamiento. Pero los dragones disparaban incluso contra los transeúntes aislados, a los que registraban primero, y, si no les encontraban armas, los dejaban irse para pegarles luego un tiro por la espalda. Tiraban incluso sobre los mirones que se encontraban leyendo los carteles de Dubasov. Bastaba con que disparasen desde una ventana, normalmente por cuenta de agentes provocadores, para que la casa fuera bombardeada inmediatamente. Restos de sangre, de vísceras, mechales de cabellos aglutinados, pegado todo ello a los letreros o a los escaparates de las tiendas, tales eran las señales indicadoras de la ruta seguida por los proyectiles. En muchos sitios se veían casas con brechas u otras completamente destruidas. Ante uno de estos edificios destruidos se encontraba expuesto un plato con un pedazo de carne humana y una pancarta en que se leía: “Dad vuestro óbolo para las víctimas” (horrible reclamo de la insurrección). En dos o tres días, la buena voluntad de la guarnición había sufrido un cambio radical; ahora estaban en contra de los revolucionarios. Desde el comienzo de los motines en los cuarteles, las autoridades militares habían tomado una serie de medidas: habían despedido a los reservistas, a los voluntarios, a todos aquellos cuya fidelidad era dudosa, al tiempo que mejoraban el rancho. Cuando se trató de aplastar la insurrección, se utilizó primero a las tropas con las que se podía contar, y en el cuartel se quedaban los regimientos que no inspiraban confianza o que se componían de elementos oscuros e ignorantes. Dubasov no los utilizaba más que para una segunda pasada, y, en realidad, entraban en la lucha a pesar suyo y en medio de vacilaciones. Pero la influencia de una bala perdida, la propaganda

realizada por los oficiales, el hambre y la fatiga los indujeron a cometer los peores servicios. Duvasov procuraba añadir a esos motivos de cólera la influencia del aguardiente. Durante todo este tiempo, los dragones estuvieron medio borrachos.

Sin embargo, esta guerra de sorpresas, aunque irritaba mucho, fatigaba también; la hostilidad general de la población dejaba a los soldados abatidos. El 13 y el 14 de diciembre fueron días críticos. Las tropas, mortalmente cansadas, murmuraban y se negaban a ir al combate contra un enemigo que no veían y cuya fuerza se exageraba. Esos días hubo también bastantes suicidios entre los oficiales... Dubasov escribía a Petersburgo diciendo que, de 15.000 hombres que había de guarnición en Moscú, no se podía “lanzar” más que a 5.000; los otros no inspiraban confianza. Por lo que pedía refuerzos. Se le respondió que una parte de la guarnición de Petersburgo había sido enviada a las provincias bálticas, que otra era poco segura, y que el resto era necesario allí. Los documentos donde constaban estas conversaciones fueron robados al Estado Mayor y conocidos en la ciudad al día siguiente; con lo que la esperanza volvió a renacer. Sin embargo, Dubasov consiguió sus fines, se puso en contacto con Tsarskoie-Selo y declaró que no respondía ya de “poder mantener la autocracia”. Entonces fue enviado a Moscú el regimiento Semenovski.

El 15 de diciembre la situación cambió bruscamente. Como estaba asegurada la intervención de nuevas tropas, los grupos reaccionarios de Moscú recobraron el aliento. Se vio aparecer en las calles una “milicia” armada, reclutada en los bajos fondos por la Unión del Pueblo Ruso. La fuerza del gobierno crecía a medida que iban llegando tropas de las ciudades vecinas. Los francotiradores de las compañías obreras estaban extenuados y la gente cansada de temer por su vida y de vivir en la inseguridad. El entusiasmo de las masas revolucionarias decayó, y con él la esperanza en la victoria. Los almacenes, los Bancos y la Bolsa abrieron, y aumentó la circulación por las calles. Apareció un periódico. Todo el mundo comprendía que había terminado la vida de barricadas, ya no se escuchaban apenas tiros ni explosiones. El 16 de diciembre llegaron tropas de Petersburgo y de Varsovia, y Dubasov se hizo dueño de la situación. Se puso resueltamente a la ofensiva y acabó con todas las barricadas del centro de la ciudad. Reconociendo que ya no había esperanza, el soviét y el partido decidieron acabar con la huelga el 19 de diciembre.

Durante la insurrección, el barrio de Presnia, el Montmartre moscovita, había vivido una existencia aparte. El 10 de diciembre, mientras que en el centro de la ciudad había ya disparos, la calma reinaba aún en Presnia, en donde no había más que mítines, que no satisfacían

a unas masas deseosas de actuar y que incitaban a ello a sus diputados. Por fin, a las cuatro de la tarde se recibió la orden de levantar barricadas, y todo se animó en el barrio, pero sin el desorden que reinaba en el centro de la ciudad. Los obreros se repartieron en grupos de diez, eligieron sus jefes, tomaron palas, picos y hachas y bajaron ordenadamente a la calle, como si se les enviara a arreglar el pavimento. Nadie quedó ocioso. Las mujeres llevaban los trineos, transportaban madera y hojas de puertas; los obreros abatían los postes telegráficos y los de la luz. Se oían los golpes de las hachas en todo el barrio, como si se estuviera talando un bosque.

Presnia, separada de la ciudad por las tropas, y enteramente cubierta de barricadas, fue el cuartel general del proletariado. Por todas partes las compañías obreras establecían puestos de vigilancia; los centinelas armados iban y venían, por la noche, entre las barricadas, y pedían a los transeúntes la contraseña. Los obreros jóvenes se distinguían por su coraje, iban en misión de reconocimiento y charlaban con los policías, obteniendo así, útiles informaciones. El número de obreros armados en Presnia no pasaba de doscientos como máximo, y disponían solamente de ochenta carabinas o máuseres, pero a pesar de su reducido número, se producían a cada momento escaramuzas con las tropas. Los obreros desarmaban a los soldados o mataban a los que resistían, y volvían a construir las barricadas destruidas. Las compañías obreras se atenían rigurosamente a la táctica de las guerrillas: los francotiradores iban en grupos de dos o tres y abrían fuego contra los cosacos o los artilleros desde los tejados de las casas, desde los depósitos de madera o desde los vagones vacíos, cambiando rápidamente de lugar y sin dejar de disparar desde lejos. El día 12 de diciembre, habiendo tomado los obreros un cañón a los dragones, pasaron un cuarto de hora dando vueltas en torno al artefacto, sin saber qué hacer con él, pero su perplejidad terminó en cuanto apareció un fuerte destacamento de cosacos y de dragones dispuestos a reconquistar la pieza.

El 16 de diciembre, por la noche la compañía de Presnia llevó a una fábrica a seis artilleros que había hecho prisioneros. Durante la comida se pronunciaron discursos políticos, que los soldados escucharon atentamente y sin ocultar su simpatía. Tras la cena se les dejó ir sin haberlos registrado y dejándoles incluso sus armas: no se quería exasperar al ejército. Durante la noche del 15 de diciembre, la compañía obrera detuvo en la calle al jefe de policía Voilochnikov; se procedió a registrar su casa en la que encontraron las fotos de cierto número de personas a las que vigilaba y 600 rublos pertenecientes al Tesoro. Voilochnikov fue condenado a muerte y fusilado en el patio de la fábrica Projorov. Escuchó la sentencia, con calma y murió valientemente, con más nobleza de la que tuvo en vida.

El día 16, la artillería disparó sobre Presnia, pero no tuvo más remedio que retroceder ante el tiroteo continuo con que respondieron los francotiradores. Sin embargo, ese mismo día, habiendo llegado la noticia de que Dubasov había recibido refuerzos importantes desde Petersburgo y Varsovia, reclinó el entusiasmo. Comenzó a difundirse el pánico y los tejedores fueron los primeros en huir a sus pueblos. En todas las calles podían verse filas de peatones con paquetes.

Durante la noche del 16 al 17, Presnia fue cercada por las tropas del gobierno. Entre las seis y las siete de la mañana estalló un furioso cañoneo (la artillería efectuaba hasta siete descargas por minuto), que duró hasta las cuatro de la tarde, con una interrupción de una hora. Gran número de casas y de fábricas fueron destruidas o quemadas y, al final, el barrio, rebosante de incendios y de humo, parecía un infierno, con casas y barricadas envueltas en llamas, mujeres y niños corriendo por las calles entre nubes negras de humo y en medio del estruendo y del chasquido seco de las detonaciones.

El resplandor del incendio era tan alto y tan fuerte que, incluso lejos de allí, se podía leer de noche, como en pleno día. La compañía obrera hizo frente hasta el mediodía a los soldados pero, bajo los incesantes cañonazos, se vio obligada a abandonar las hostilidades, y desde entonces sólo un pequeño grupo de tiradores continuó por su cuenta. El día 18 por la mañana, las barricadas de Presnia fueron destruidas; las autoridades permitieron a la población “pacífica” salir del barrio e incluso, por negligencia, omitieron registrar a los que salían. Los tiradores de las compañías obreras salieron los primeros, algunos hasta con sus armas. Las ejecuciones y las violencias de la soldadesca desenfundada tuvieron lugar cuando ya no quedaba ni un solo francotirador en el barrio. Los soldados enviados para “aplantar la revuelta” y que ya cometieron las primeras “hazañas” en el camino, habían recibido la siguiente orden: “No detener a la gente, actuar sin piedad”. No encontraron resistencia en ninguna parte, no se disparó contra ellos ni una sola vez, y sin embargo, mataron en la vía férrea a más de cincuenta personas, y fusilaron sin proceso. Arrastraban a los heridos fuera de las ambulancias y los remataban. Los cadáveres quedaban en tierra, sin sepultura. Entre los fusilados se encontraba el mecánico Ujtomski, que había llevado en su locomotora a una compañía obrera perseguida. Antes de la ejecución, contó su hazaña a los verdugos: “Se han salvado todos –dijo tranquila y orgullosamente– ya no podréis atraparlos”. En Moscú la insurrección había durado nueve días: del 9 al 17. Los cuadros de combate del levantamiento moscovita eran, en realidad insignificantes. De 700 a 800 eran los hombres de las compañías formadas por los partidos: 500

socialdemócratas y de 250 a 300 socialistas revolucionarios; unos 500 ferroviarios provistos de armas de fuego, que actuaban en las estaciones y en las vías y 400 francotiradores reclutados entre los obreros tipógrafos y los empleados de los almacenes que servían de destacamento auxiliar. A este respecto no hay que olvidarse de cuatro voluntarios de Montenegro que se hicieron famosos; excelentes tiradores, intrépidos e incansables, actuaban juntos, y no mataban más que a policías y a oficiales. Dos de entre ellos cayeron y el tercero fue herido, el cuarto perdió su winchester, tomo una carabina y partió solo a continuar su terrible caza. Cada mañana le daban cincuenta cartuchos y siempre se quejaba de no tener bastantes. Vivía en una especie de furiosa borrachera, llorando a los camaradas caídos y vengándolos terriblemente. Es difícil explicarse cómo un pequeño batallón de obreros pudo luchar durante una semana contra una guarnición numerosa; quizá se encuentre la respuesta si se tiene en cuenta el estado de ánimo de las masas populares. Toda la ciudad, con sus calles, sus casas, sus puertas y sus callejones se había transformado en un inmenso complot contra los soldados del gobierno. Una población de un millón de almas se había levantado como un muro viviente entre los francotiradores y las tropas regulares. Los obreros armados eran varios cientos, de la construcción y reconstrucción de las barricadas se encargaban las masas. Toda la población rodeaba a los revolucionarios de una atmósfera de simpatía eficaz y entorpecía cuanto podía los planes del gobierno. Y, ¿quiénes eran esos simpatizantes, cuyo número llegó a ser de muchos miles? Pequeñoburgueses e intelectuales, pero sobre todo, obreros. Del lado del gobierno sólo quedaba, aparte de una chusma vendida, el grupo de los grandes capitalistas, y la municipalidad de Moscú, por su parte, si dos meses antes había brillado por su radicalismo, entonces se colocó al lado de Dubasov. No sólo el octubrista Guchkov, sino también el demócrata Golovin, futuro presidente de la segunda Duma, entraron en el consejo del general gobernador. No se sabe con seguridad el número de víctimas de los disturbios de Moscú, y quizá no se sepa nunca. Según datos proporcionados por 47 ambulancias y hospitales, se registraron 855 heridos y 174 muertos. Pero los cadáveres no se llevaban a los hospitales, salvo en casos excepcionales, y, por regla general, se los depositaba en las comisarías para enterrarlos luego en secreto. El cementerio recibió por aquellos días 454 personas; sin embargo, gran número de cadáveres fueron enviados por tren fuera de la ciudad. No debe estar muy lejos de la verdad la cifra de 1.000 muertos y otros tantos heridos, entre los que hubo 86 niños, algunos de pecho. Estas cifras toman su verdadero sentido si tenemos en cuenta que, en Berlín, en la insurrección

de marzo de 1848, que causó heridas incurables al absolutismo prusiano, no hubo más que 183 muertos... El número de pérdidas sufridas por las tropas fue mantenido en secreto por el gobierno, lo mismo que el número de víctimas: el informe oficial que habla más que de unas cuantas docenas de soldados muertos o heridos, aunque en realidad habría que hablar de unos cuantos centenares. Y este precio no les pareció muy alto, ya que lo que estaba en juego era nada menos que Moscú, el “corazón” de Rusia.

Dejando aparte las provincias fronterizas (el Cáucaso y la zona báltica), el movimiento de diciembre no alcanzó en ningún sitio la magnitud que en Moscú. En gran número de ciudades hubo, sin embargo, barricadas y encuentros con las tropas y con la artillería: en Jarkov, Alexandrovsk, Nijni-Novgorod, Rostov, Tver...

Cuando se aplastó la revuelta, empezó la era de la represión, de las “expediciones correccionales”. Como indica el término oficial, su fin no era luchar contra los enemigos sino vengarse en los vencidos. En las provincias bálticas, donde la insurrección estalló quince días antes que en Moscú, estas expediciones se dividían en pequeños destacamentos que ejecutaban las órdenes de la ignominiosa casta de los barones de Ostsee, de la que salían los más feroces representantes de la burocracia zarista. Muchos letones, obreros y campesinos, fueron fusilados, ahorcados o apaleados hasta la muerte, ejecutados al son del himno de los zares. En dos meses hubo en las provincias bálticas, según informes no muy completos, 749 ejecuciones, más de cien granjas quemadas o destruidas e innumerables víctimas azotadas.

Así es como el “absolutismo por la gracia de Dios”, luchaba por su existencia. Desde el 9 de enero de 1905 hasta la convocatoria de la primera Duma de Estado, que tuvo lugar el 27 de abril de 1906, el gobierno del zar hizo exterminar –según cálculos aproximados, pero que no sobrepasan a la realidad– a más de 14.000 personas, ejecutó a más de 1.000, hubo unos 20.000 heridos (muchos de los cuales murieron) y 70.000 personas fueron detenidas, deportadas o encarceladas. El precio no les parecía muy alto, pues lo que se jugaba era nada menos que la existencia misma del zarismo.

22. CONCLUSIONES

La historia del Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo es la historia de cincuenta días.

El 13 de octubre, la asamblea constituyente del soviét se reunió por primera vez. El 3 de diciembre, la sesión del soviét fue interrumpida por los soldados del gobierno.

En la primera sesión no había más que varias docenas de hombres. Y a mediados de noviembre el número de diputados llegaba a 562, entre ellos 6 mujeres. Representaban a 147 fábricas, 34 talleres y 16 sindicatos. La mayor parte de los diputados –351– pertenecían a la industria del metal. Desempeñaron un papel decisivo en el soviét, la industria textil envió 57 diputados, la del papel e imprenta 32, los empleados de comercio tenían 12 y los contables y farmacéuticos 7. Se eligió un comité ejecutivo el 17 de octubre, compuesto por 31 miembros: 22 diputados y 9 representantes de los partidos (6 para las dos fracciones de la socialdemocracia y 3 para los socialistas revolucionarios).

¿Cuál fue el carácter de esta institución que, en un corto período de tiempo, conquistó un lugar tan importante en la revolución a la que dieron rasgos distintivos?

El soviét organizaba a las masas obreras, dirigía huelgas y manifestaciones, armaba a los obreros y protegía a la población contra los pogromos. Sin embargo, hubo otras organizaciones revolucionarias que hicieron lo mismo antes, al mismo tiempo y después de él, y nunca tuvieron la misma importancia. El secreto de esta importancia radica en que esta asamblea surgió orgánicamente del proletariado durante una lucha directa, determinada en cierto modo por los acontecimientos, que libró el mundo obrero “por la conquista del poder”. Si los proletarios, por su parte, y la prensa reaccionaria por la suya dieron al soviét el título de “gobierno proletario” fue porque, de hecho, esta organización no era otra cosa que el embrión de un gobierno revolucionario. El soviét detentaba el poder en la medida en que la potencia revolucionaria de los barrios obreros se lo garantizaba; luchaba directamente por la conquista del poder, en la medida en que éste permanecía aún en manos de una monarquía militar y policíaca.

Antes de la aparición del soviét encontramos entre los obreros de la industria numerosas organizaciones revolucionarias, dirigidas sobre todo por la socialdemocracia. Pero eran formaciones “dentro del proletariado”, y su fin inmediato era luchar “por adquirir influencia sobre las masas”. El soviét, por el contrario, se transformó inmediatamente en “la organización misma del proletariado”; su fin era luchar por “la conquista del poder revolucionario”.

Al ser el punto de concentración de todas las fuerzas revolucionarias del país, el soviét no se disolvía en la democracia revolucionaria; era y continuaba siendo la expresión organizada de la voluntad de clase del proletariado. En su lucha por el poder, aplicaba métodos que procedían, naturalmente, del carácter del proletariado considerado como clase: estos métodos se refieren al papel del proletariado en la producción, a la importancia de sus efectivos y a su homogeneidad social. Más aún, al combatir por el poder, a la cabeza de todas las fuerzas revolucionarias, el soviét no dejaba ni un instante de guiar la acción espontánea de la clase obrera; no solamente contribuía a la organización de los sindicatos sino que intervenía incluso en los conflictos particulares entre obreros y patronos. Y, precisamente porque el soviét, en tanto que representación democrática del proletariado en la época revolucionaria, se mantenía en la encrucijada de todos sus intereses de clase, sufrió desde el principio la influencia todopoderosa de la socialdemocracia. Este partido tuvo entonces la posibilidad de utilizar las inmensas ventajas que le daba su iniciación al marxismo; este partido, por ser capaz de orientar su pensamiento político en el “caos” existente, no tuvo que esforzarse en absoluto para transformar al soviét, que no pertenecía formalmente a ningún partido, en aparato organizador de su influencia.

El principal método de lucha aplicado por el soviét fue la huelga general política. La eficacia revolucionaria de este tipo de huelga reside en que, aparte de su influencia sobre el capital, desorganiza el poder del gobierno. Cuanto mayor es la “anarquía” que lleva consigo, más cercana está la victoria. Tiene que darse, sin embargo, una condición indispensable: que la anarquía que se produzca no sea conseguida por métodos anárquicos. La clase que, al suspender momentáneamente todo trabajo, paraliza el aparato de la producción y, al mismo tiempo, el aparato centralizado del poder, aislando una a una las diversas regiones del país y creando un ambiente de incertidumbre general, tiene que estar suficientemente organizada para no ser la primera víctima de la anarquía que ella misma ha suscitado. En la medida en que la huelga destruye la actividad del gobierno, la organización misma de la huelga se ve empujada a asumir las funciones del gobierno. Las condiciones de la huelga general, en tanto que

método proletario de lucha, eran las mismas condiciones que dieron al Soviet de Diputados Obreros su importancia ilimitada.

Gracias a la presión de la huelga, el soviét puso en práctica la libertad de prensa, organizó un servicio regular de patrullas en las calles para la protección de los ciudadanos, se apoderó en mayor o menor medida de correos y telégrafos y de los ferrocarriles, e intervino con autoridad en los conflictos económicos entre obreros y capitalistas, intentando, por la presión directa de la revolución, establecer la jornada de ocho horas... Paralizando la actividad de la autocracia por la insurrección huelguística, instauró un orden nuevo, un régimen democrático entre la población trabajadora de las ciudades.

Después del 9 de enero, la revolución había mostrado que era la que educaba la conciencia de las masas obreras.

El 14 de junio, con la revuelta del *Potemkin*, la revolución demostraba que podía transformarse en una fuerza material; con la huelga de octubre probó que era capaz de desorganizar al enemigo, de paralizar su voluntad y reducirlo al último grado de humillación. Por último, organizando por todas partes soviets obreros, la revolución dejaba bien claro que sabía constituir un poder.

El poder revolucionario no puede apoyarse más que sobre una fuerza revolucionaria activa. Cualquiera que sea la opinión que tengamos del desarrollo ulterior de la Revolución Rusa, es un hecho que, hasta ahora, ninguna clase social, con excepción del proletariado, se ha mostrado capaz de servir de apoyo al poder revolucionario, ni siquiera dispuesta a hacerlo. El primer acto de la revolución fue un contacto en la calle entre el proletariado y la monarquía; la primera victoria seria de la revolución se consiguió con un medio que sólo pertenece al proletariado: la huelga general política; como primer embrión del poder revolucionario vemos aparecer una representación del proletariado. En la persona del soviét encontramos por primera vez en la historia de la nueva Rusia un poder democrático; el soviét es el poder organizado de la masa misma y domina a todas sus facciones: es la verdadera democracia, no falsificada, sin las dos cámaras, sin burocracia profesional, conservando los electores el derecho de reemplazar cuando quieran a sus diputados. El soviét, por medio de sus miembros, por medio de los diputados que los obreros han elegido, preside directamente todas las manifestaciones sociales del proletariado en su conjunto o en grupos, organiza su acción y le da una consigna y una bandera.

Según el censo de 1897, Petersburgo contaba con unos 820.000 habitantes de población "activa"; dentro de este número había 433.000

obreros y sirvientes; así, el proletariado de la capital era el 53 % de la población. Si se consideran los elementos no activos, a causa de que las familias proletarias son relativamente poco importantes en número, obtendremos una cifra más baja (50,8 %). En todo caso, el proletariado constituye más de la mitad de la población de Petersburgo.

El Soviet de Diputados Obreros no representaba oficialmente a toda la población obrera de la capital, que llegaba casi a medio millón de almas; en tanto que organización, unificaba unas 200.000 personas, sobre todo obreros de fábricas y, aunque su influencia política, directa e indirecta, se extendiese mucho más, grupos importantes del proletariado (obreros de la construcción, criados, cocheros...) estaban total o parcialmente fuera de su influencia. No cabe duda, sin embargo, que el soviét expresaba los intereses de toda esta masa proletaria. Si en las fábricas, ciertos elementos representaban lo que se ha dado en llamar “centurias negras”, su número decrecía de día en día. Entre las masas proletarias, la dominación política del soviét de Petersburgo no podía encontrar sino aprobación, nunca adversarios. No había más excepción que la de los criados privilegiados, los lacayos de los grandes burócratas, los cocheros de los ministros, los bolsistas y las cortesanas, que son conservadores y monárquicos de profesión.

Entre los intelectuales, tan numerosos en Petersburgo, el soviét tenía más amigos que enemigos; los estudiantes reconocían la dirección política del soviét y la sostenían ardientemente en todos sus actos. Los funcionarios, a excepción de los que se habían vendido totalmente, se pusieron, momentáneamente al menos, al lado del soviét. El enérgico apoyo de éste a la huelga de correos y telégrafos le atrajo la atención y la simpatía de los funcionarios subalternos. Todos los oprimidos y desheredados, la gente honrada, y de espíritu consecuente –consciente o instintivamente– se pusieron al lado del soviét.

¿Quiénes eran, pues, sus adversarios? Los representantes del pillaje capitalista, los alcistas de la Bolsa, los empresarios, los comerciantes y los exportadores, arruinados por la huelga, los proveedores de la chusma dorada, la cuadrilla municipal de Petersburgo (verdadero sindicato de propietarios de inmuebles), la alta burocracia, las cortesanas inscriptas en el presupuesto del Estado, los portadores de estrellas y condecoraciones, los hombres públicos oficialmente mantenidos, la policía, en fin, todas las avaricias, brutalidades y corrupciones que se sabían ya condenadas por la fortuna.

Entre el ejército del soviét y sus enemigos había aún elementos políticamente indeterminados, dudosos o de los que se dudaba. Eran los grupos más atrasados de la pequeña burguesía, que todavía no habían

sido atraídos por la política o que no habían comprendido bastante el papel y el sentido del soviet, ni tomado posición respecto a él. Los artesanos estaban alarmados, asustados. La indignación del pequeño propietario ante unas huelgas ruinosas luchaba, en cada uno, con el deseo vago de un futuro mejor.

Entre la *intelligentzia*, los políticos profesionales a quienes los acontecimientos desorientaban, los periodistas radicales que no sabían lo que querían y los demócratas escépticos criticaban, con indulgencia al soviet, enumeraban una a una sus faltas y, en general, daban a entender que, si dirigiesen ellos esa institución, la felicidad del proletariado quedaría asegurada para siempre. La excusa de toda esta gente era su impotencia.

En todo caso, el soviet, de hecho o virtualmente, era el órgano de la inmensa mayoría de la población. Los enemigos que podía tener en la capital no hubieran sido peligrosos para su dominación política si no hubiesen encontrado un protector en el absolutismo, todavía vivo, que se apoyaba sobre los elementos más retrógrados de un ejército de *mujiks*. La debilidad del soviet no estaba en él mismo, era la debilidad de una revolución puramente urbana. Los cincuenta días marcaron el apogeo de esta revolución y el soviet fue su órgano de lucha contra el poder. El carácter de clase del soviet estaba determinado por el fraccionamiento de la población urbana y por el profundo antagonismo político que se manifestaba entre el proletariado y la burguesía capitalista, incluso dentro del estrecho marco histórico de la lucha contra la autocracia.

La burguesía capitalista, después de la huelga de octubre, trató conscientemente de frenar la revolución; la pequeña burguesía era demasiado insignificante para jugar un papel independiente; el proletariado ejercía una hegemonía indiscutible en la ciudad y su "organización" de clase era el órgano de la "lucha revolucionaria" por el poder.

El soviet era tanto más fuerte cuanto que el gobierno estaba más desmoralizado. Concentraba en sí las simpatías de los grupos no proletarios a medida que el antiguo poder se revelaba cada vez más impotente y enloquecido.

La huelga política de masa fue el arma principal del soviet. Como unía a todos los grupos del proletariado con un lazo revolucionario directo, y como sostenía a los obreros y a cada empresa con toda la autoridad y toda la fuerza de la clase, tuvo la posibilidad de suspender, en el momento previsto, la vida económica del país. Aunque la propiedad de los medios de producción quedase en manos de los capitalistas, como antes, aunque el poder gubernamental permaneciese en manos de la burocracia, fue el soviet quien dispuso de las fuentes nacionales de producción y de los medios de comunicación, al menos en la medida necesaria para interrumpir la marcha

regular de la vida económica y política. Y esta capacidad del soviét, manifestada en los hechos, de paralizar la economía e introducir la anarquía en la existencia del Estado, hizo de él precisamente lo que fue. En estas condiciones, buscar vías de coexistencia pacífica entre el soviét y el antiguo régimen hubiese sido la más deplorable de las utopías. Y, sin embargo, el verdadero contenido de todas las objeciones hechas a la táctica del soviét procede precisamente de la fantástica idea de que el soviét hubiera debido preocuparse de la organización de las masas, absteniéndose de toda ofensiva, a partir de octubre y manteniéndose en el terreno conquistado al absolutismo.

Pero, ¿en qué consistía la victoria de octubre?

Sin duda alguna, como resultado de los ataques y de la presión de octubre, el absolutismo había abdicado “en principio”. Había renunciado a sí mismo. Pero, en realidad, no había perdido aún la batalla, la había rehuido simplemente. No había hecho intentos serios de oponer su ejército de campesinos a las ciudades revolucionarias. Desde luego que esta moderación no se debía a motivos humanitarios, el absolutismo estaba simplemente desmoralizado, sin coordinar, en aquel momento. Los elementos liberales de la burocracia vieron llegado su turno e hicieron publicar el manifiesto del 17 de octubre, que era una abdicación de principios del absolutismo. Pero toda la organización material del poder, la jerarquía de funcionarios, la policía, los tribunales y el ejército, todo eso quedó como antes, como propiedad no compartida de la monarquía. ¿Qué táctica podía y debía emplear el soviét en tales condiciones? Su fuerza consistía en que, apoyándose sobre el proletariado productor, podía, en cierta medida, quitar al absolutismo la posibilidad de utilizar el aparato material de su poder. Desde este punto de vista, la actividad del soviét significaba la organización de la “anarquía”. Su existencia y desarrollo ulteriores marcaban una consolidación de la “anarquía”. No era posible ningún tipo de coexistencia duradera. El próximo conflicto estaba anunciado por la casi victoria de octubre, estaba ya implícito en ella.

¿Qué podía hacer el soviét? ¿Fingir que no veía la imposibilidad de evitar el conflicto? ¿Tenía acaso que hacer ver que organizaba a las masas para gozar de las alegrías del régimen constitucional? Nadie lo hubiera creído, ni el absolutismo ni la clase obrera.

Hasta qué punto los formalismos y las apariencias de lealtad son impotentes en la lucha contra la autocracia, lo hemos comprobado más tarde en las dos Dumas.

Para seguir la táctica de la hipocresía “constitucional” en este país autocrático, el soviét hubiera tenido que ser algo muy distinto de lo que era. Y aun en el caso de que lo hubiera sido no habría servido de nada. Habría tenido un fracaso semejante al de la Duma.

El soviét no tenía más remedio que reconocer que el conflicto era inevitable dentro de un futuro muy próximo y que la única táctica de que disponía era preparar la insurrección.

Ahora bien, esta preparación radicaba esencialmente en el desarrollo y en el fortalecimiento de las facultades propias del soviét, susceptibles de paralizar la vida del Estado y que constitúan su misma fuerza. Así pues, todo lo que el soviét emprendía para desarrollar y fortalecer esas facultades, precipitaba naturalmente el conflicto.

El soviét se preocupaba cada vez más de extender su influencia al ejército y a la clase campesina. En noviembre hizo un llamamiento a los obreros para que manifestasen activamente sus sentimientos de fraternidad con respecto a la armada, cuya consciencia comenzaba a despuntar, en especial para con los marinos de Cronstadt. Si no lo hubiera hecho habría quedado probado que no se hacían esfuerzos por aumentar las fuerzas disponibles. Al hacerlo se adelantaban a los acontecimientos.

¿Había por ventura una tercera vía? ¿Es que el soviét hubiera podido, junto con los liberales, recurrir al llamado sentido político del poder? ¿Hubiera sido quizá posible y preferible encontrar una línea que separase los derechos del pueblo de las prerrogativas de la monarquía, para detenerse en este límite sacrosanto? Pero, aun así, ¿quién hubiera podido garantizar que la monarquía iba a detenerse al otro lado de la línea de demarcación? ¿Quién hubiera podido encargarse de poner paz entre las dos partes, o, al menos, de organizar una tregua? ¿El liberalismo, quizá...? Precisamente, una diputación liberal se dirigió al conde Witte el día 18 de octubre para proponerle que se alejasen las tropas de la capital, como señal de reconciliación con el pueblo, a lo que respondió el ministro: "Preferimos estar privados de agua y de electricidad que de nuestras tropas". Es obvio que el gobierno no había pensado siquiera en la eventualidad de un desarme.

¿Qué le quedaba al soviét por hacer? No había más que una alternativa, o bien cedía, abandonando el asunto a un arbitraje externo, como la futura Duma de Estado, que era lo que exigía el liberalismo, o bien se disponía a mantener y a conservar por las armas lo que había conquistado en octubre, así como a preparar una nueva ofensiva, si fuera posible. Ahora ya sabemos que la Duma fue el escenario de un nuevo conflicto. Por consiguiente, el papel objetivo que desempeñaron las dos primeras Dumas no hizo más que confirmar la exactitud de las previsiones políticas sobre las que el proletariado basaba su táctica. Pero no hace falta ir tan lejos para preguntarnos qué es lo que podía y debía garantizar la creación de esa "cámara de arbitraje" o "camara de conciliación", que no podía reconciliar a nadie, en realidad. ¿Podía ser el tan traído y llevado

sentido político de la monarquía o quizá un compromiso solemne por su parte? ¿La palabra de honor del conde Witte, tal vez? ¿Las visitas que hacían los zemstvos a Peterhof por la escalera de servicio? ¿Las advertencias del señor Mendelssohn? ¿O era, quizá, la “marcha natural de las cosas”, a la que el liberalismo abandona todos los problemas, en cuanto la historia se los presenta, proponiéndoselos a su iniciativa, a sus fuerzas o a su sentido político?

Ya que el conflicto era inevitable en diciembre, podíamos buscar las causas de la derrota de entonces en la composición misma del soviet. Se afirmaba que su defecto esencial residía en su carácter de clase, ya que para llegar a ser el órgano de una revolución “nacional” hubiera tenido que ensanchar sus cuadros y dar, cabida en ellos a representantes de todos los estratos sociales. Pero, ¿era esto realmente así?

La fuerza del soviet estaba determinada por el papel del proletariado en la economía capitalista. La tarea del soviet, no era transformarse en una parodia de parlamento ni en organizar una representación proporcional de los intereses de los diferentes grupos sociales; su tarea era dar unidad a la lucha revolucionaria del proletariado, y el instrumento principal de lucha que encontró fue la huelga general política, método exclusivamente apropiado para el proletariado en tanto que clase asalariada. La homogeneidad de su composición suprimía todo roce en el interior del soviet y le hacía capaz de una iniciativa revolucionaria.

Tampoco había manera de ensanchar la composición del soviet, porque ¿se iba a llamar a los representantes de las uniones liberales? Esto habría proporcionado al soviet dos docenas de intelectuales y su influencia hubiera sido parecida al papel de la Unión de Sindicatos en la revolución, es decir, ínfima.

Y ¿qué otros grupos había? ¿El congreso de los zemstvos? ¿Las organizaciones comerciales e industriales?

El Congreso de los zemstvos tuvo sus sesiones en Moscú durante el mes de noviembre y examinó la cuestión de sus relaciones con el ministro Witte, pero no se le ocurrió siquiera preguntarse cuál debía ser su postura con respecto al soviet obrero.

Durante la sesión del Congreso, estalló la rebelión de Sebastopol, que, como hemos visto, lanzó bruscamente a los zemstvos hacia la derecha, y hasta tal punto que M. Miliukov tuvo que encargarse de tranquilizar a “la Convención” de zemstvos, con un discurso que venía a significar en definitiva, que la rebelión estaba aplastada, gracias a Dios. Así pues, ¿de qué manera hubiera podido realizarse una colaboración revolucionaria entre estos señores contrarrevolucionarios y los diputados obreros que, por el contrario, aclamaban a los insurrectos de Sebastopol?

Hasta ahora, nadie ha podido responder a esta pregunta. Uno de los dogmas, a medias sinceros e hipócritas del liberalismo, consistía en exigir que el ejército quedara al margen de la política, mientras que el soviét, en cambio, desplegaba una gran energía para atraer al ejército a su política revolucionaria. Si admitimos que el soviét no podía permitir que el ejército quedase a la entera disposición de Trepov, entonces, ¿a partir de qué programa hubiera podido concebirse una colaboración con los liberales en esta cuestión tan importante? ¿Qué hubieran aportado estos señores a la actividad del soviét, a no ser una oposición sistemática, polémicas interminables y, en fin, la desmoralización interna? ¿Qué hubieran podido darnos, aparte de consejos e indicaciones, como los que se encontraban en la prensa liberal en cantidad considerable? Aunque el verdadero “pensamiento político” hubiera estado a disposición de los constitucionales demócratas (kadetes) y de los octubristas, el soviét no podía de ninguna manera convertirse en un club de polémicas y de enseñanzas recíprocas. El soviét debía ser y seguía siendo un órgano de lucha.

No había nada que pudiesen dar los representantes del liberalismo y la democracia burguesa a “la fuerza” del soviét. Basta con recordar el papel que tuvieron en octubre, noviembre y diciembre, basta con ver la resistencia de estos elementos a la disolución de la Duma para comprender que el soviét tenía el derecho y el deber de continuar siendo una organización de clase, es decir, una organización de lucha. Los diputados burgueses habrían podido proporcionarle el “número”; pero eran absolutamente incapaces de darle la “fuerza”.

Estas constataciones destruyen las acusaciones puramente racionalistas, y no justificadas por la historia, que han sido lanzadas contra la intransigente táctica de clase del soviét, que mantuvo a la burguesía en el campo del orden. La huelga de trabajo, que fue el instrumento de la revolución, provocó la “anarquía” en la industria; esto fue suficiente para obligar a la “alta oposición” a colocar por encima de cualquier consigna liberal los principios del orden político y del mantenimiento de la explotación capitalista.

Los empresarios decidieron que la “gloriosa” huelga de octubre (como ellos la llamaban) tenía que ser la última, y organizaron la unión antirrevolucionaria del 17 de octubre. Tenían razones suficientes, ya que cada uno de ellos había podido comprobar en su fábrica que las conquistas políticas de la revolución marchaban paralelamente a la radicalización de las posiciones obreras contra el capital. Ciertos políticos reprochaban a la lucha por la jornada de ocho horas haber operado una escisión definitiva en la oposición y haber hecho del capital una

fuerza contrarrevolucionaria. Estos críticos habrían querido poner a disposición de la historia la energía de clase del proletariado, pero evitando las consecuencias de la lucha de clases. Desde luego que el establecimiento de la jornada de ocho horas suscita una enérgica reacción por parte de los patrones, pero es pueril pensar que ha sido necesaria esta campaña para que se realizase la unión de los capitalistas con el gobierno. La unión del proletariado, como fuerza revolucionaria independiente que se ponía en cabeza de las masas populares, era una amenaza constante para el “orden”, y esta unión era por sí misma un argumento suficiente para que se realizase la coalición del capital con el poder.

Es verdad que durante el primer período de la revolución, cuando se manifestaba por explosiones aisladas, los liberales las toleraban, porque veían claramente que el movimiento revolucionario destruía el absolutismo y le empujaba a un acuerdo constitucional con las clases dirigentes. Se resignaban a ver huelgas y manifestaciones, trataban a los revolucionarios de manera amistosa y los criticaban sin acritud. Después del 17 de octubre, cuando las cláusulas del acuerdo constitucional ya habían sido firmadas y como ya no quedaba más que llevarlas a la práctica, la continuación de la obra revolucionaria comprometía, evidentemente, la posibilidad misma de un acuerdo entre los liberales y el poder. La masa proletaria, unida y radicalizada por la huelga de octubre, organizada desde dentro, por el hecho mismo de su existencia, separaba al liberalismo de la causa de la revolución. La opinión del liberal era que el esclavo había hecho lo que se esperaba de él y que ya no tenía más que volver tranquilamente al trabajo. El soviético opinaba por el contrario, que lo más difícil estaba aún por hacer. En estas condiciones, no era posible ningún tipo de colaboración revolucionaria entre la burguesía capitalista y el proletariado.

Los sucesos de diciembre son una consecuencia de octubre como una conclusión es consecuencia de sus premisas. El resultado del conflicto de diciembre no se explica por defectos en la táctica sino por el decisivo hecho de que la reacción era mucho más rica en fuerzas materiales que la revolución. El proletariado chocó en su insurrección de diciembre, no con errores de estrategia, sino con algo mucho más real: las bayonetas del ejército campesino.

Es cierto que el liberalismo piensa que cuando no se es bastante fuerte siempre es posible salir del asunto huyendo. Considera como táctica valiente, madura y racional batirse en retirada en el momento decisivo. Esta filosofía liberal de la desertión produjo impacto incluso sobre algunos escritores de la socialdemocracia, que después plantearon la cuestión siguiente: si la derrota de diciembre tuvo por causa la

insuficiencia de las fuerzas del proletariado, ¿no estaba el error precisamente en que, no disponiendo de la fuerza necesaria para la victoria, el proletariado hubiera aceptado la batalla? A esto puede responderse fácilmente que si las batallas no se hicieran más que estando seguros de la victoria, pocas batallas habría habido sobre la faz de la tierra. Un cálculo previo de las fuerzas disponibles no puede determinar la solución de los conflictos revolucionarios. Y si fuese de otra manera, hace tiempo que se habría sustituido la lucha de clases por una estadística de clases. No hace tanto tiempo aún que éste era el sueño de los sindicatos, que querían adaptar este método a la huelga. Sucedió, sin embargo, que los capitalistas, incluso en presencia de las más perfectas estadísticas, dignas de los tenedores de libros que las habían concebido, no se dejaron convencer, y que sólo comprendieron cuando los argumentos aritméticos se reforzaron con el argumento de la huelga.

Y, por mucho que se calcule, cada huelga suscita una multitud de hechos nuevos, materiales y morales, que es imposible prever y que, en definitiva, deciden el resultado de la lucha.

Apartad de vuestro pensamiento al sindicato, con sus precisos métodos de cálculo; extended la huelga a todo el país, fijadle un fin político, oponed al proletariado el poder del Estado que será su enemigo más directo, que uno y otro partido tengan sus aliados reales, posibles e imaginarios; contad también con los grupos indiferentes, por los cuales se disputará con encarnizamiento, el ejército, del que se destacará, en el torbellino de los acontecimientos, un grupo revolucionario; contad con las esperanzas exageradas que nacerán en un lado y con los temores, también exagerados, que sentirán en el otro, y sabed que esos temores y esas esperanzas, a su vez, serán factores esenciales en los acontecimientos; añadid, por último, la crisis de la Bolsa y las influencias entrecruzadas de las potencias extranjeras, entonces sabréis en qué circunstancias se desarrolla la revolución. En estas condiciones, la voluntad subjetiva del partido, incluso del partido “dirigente”, no es más que una fuerza entre mil, y está lejos de ser la más importante.

En la revolución, más aún que en la guerra, el momento del combate está determinado mucho menos por la voluntad y el cálculo de uno de los adversarios que por las posiciones relativas de los dos ejércitos. Es verdad que en la guerra, gracias a la disciplina automática de la tropa, es posible a veces evitar el combate y retirar el ejército; en esos casos, el general se ve obligado a preguntarse si las maniobras de la retirada no desmoralizarán a los soldados y si, por evitar la derrota de hoy, no se predisponen a otra más penosa mañana. Kuropatkin hubiese podido decirnos muchas cosas sobre esto.

En el desarrollo de una revolución es inconcebible que se efectúe una retirada regular; si, el día del ataque, el partido lleva a las masas tras de sí, eso no quiere decir que pueda luego detenerlas o hacerlas retroceder, según su conveniencia. No es sólo el partido el que mueve a las masas, éstas, a su vez, empujan al partido hacia adelante. Y este fenómeno se producirá en todas las revoluciones, por muy organizadas que estén. En estas condiciones, retroceder sin presentar batalla significa generalmente, para el partido, abandonar a las masas al fuego enemigo. Sin duda, la socialdemocracia, en tanto que partido dirigente, hubiese podido no responder al desafío lanzado por la reacción en diciembre; según la feliz expresión de Kuropatkin, hubiese podido retroceder a “posiciones preparadas de antemano”, es decir; pasar a la clandestinidad. Pero, al obrar así, habría dado al gobierno la posibilidad de destrozar una a una a las organizaciones obreras más o menos abiertas que se habían constituido con el concurso inmediato del partido: no habría cabido, pues, una resistencia común. A este precio, la socialdemocracia habría comprado la dudosa ventaja de contemplar la revolución como espectadora, de poder razonar sus defectos y elaborar planes impecables, cuyo único fallo sería el de ser propuestos y ya no serían necesarios. Esto, evidentemente, no habría unido mucho al partido y a las masas.

Nadie puede decir que la socialdemocracia haya forzado el conflicto; por el contrario, el 22 de octubre, a iniciativa del partido, el Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo renunció a la manifestación de duelo proyectada, para no provocar un conflicto antes de haber utilizado el “nuevo régimen” de perplejidad y de dudas para una labor de propaganda y de organización de masas. Cuando el gobierno hizo un intento precipitado de dominar totalmente el país y, a título de ensayo, declaró la ley marcial en Polonia, el soviets, siguiendo una táctica puramente defensiva, no trató siquiera de transformar la huelga de noviembre en lucha abierta, sino solamente en una gigantesca marcha de protesta, contentándose con la impresión moral enorme que ésta produjo en el ejército y en los obreros polacos.

Pero aunque el partido eludiese el conflicto en octubre y en noviembre, porque tenía consciencia de la necesidad de una preparación en regla, esta razón perdió todo su valor en diciembre. Por supuesto, no porque los preparativos estuviesen terminados, sino porque el gobierno, que no podía elegir, abrió la lucha, destruyendo precisamente todas las organizaciones revolucionarias que habían sido creadas en octubre y noviembre. En estas condiciones, si el partido se hubiese negado a dar la batalla, o incluso si hubiese podido obligar a las masas revolucionarias a retirarse, lo único que habría conseguido sería, simplemente,

precipitar la insurrección en condiciones más desfavorables aún, porque la prensa y las grandes organizaciones no habrían prestado ningún apoyo y porque habría tenido que contar con la desmoralización general subsiguiente a toda retirada.

“... *En la revolución, como en la guerra –dice Marx¹– es absolutamente necesario, en el momento decisivo, arriesgarlo todo, cualesquiera que sean las posibilidades de la lucha. La historia no conoce una sola revolución triunfante que no sea una prueba más de la exactitud de este principio... La derrota después de una lucha encarnizada tiene una significación revolucionaria de tanto alcance como la que pueda tener una victoria conseguida fácilmente... En todo conflicto, inevitablemente, el que recoge el guante corre el riesgo de ser vencido; pero esa no es una razón para declararse vencido desde el principio y someterse sin haber luchado*”.

“*En una revolución, cualquiera que dirige una posición de valor decisivo y la entrega sin haber obligado al enemigo a luchar, merece ser considerado un traidor*”².

En su famosa Introducción a *La lucha de clases en Francia*, de Marx, Engels ha reconocido la posibilidad de graves contratiempos cuando contraponía a las dificultades militares y técnicas de la insurrección (la rapidez en el transporte de las tropas por ferrocarril, el poder destructor de la artillería moderna) con las nuevas posibilidades de victoria, que tienen por causa la evolución del ejército en su composición de clase. Por un lado, Engels ha considerado unilateralmente la importancia de la técnica moderna en los alzamientos revolucionarios; por otra, no ha creído necesario u oportuno explicar que la evolución del ejército en su composición de clase no podía ser apreciada, políticamente hablando, a no ser por medio de una “confrontación” del ejército con el pueblo.

Examinemos brevemente los dos aspectos de esta cuestión³.

El carácter descentralizado de la revolución hace necesario un desplazamiento continuo de las fuerzas militares. Engels afirma que, gracias a los ferrocarriles, las guarniciones pueden doblarse en veinticuatro horas, pero olvida que una verdadera insurrección de masas supone primero la huelga de los ferrocarriles. Antes de que el gobierno haya pensado siquiera en transportar sus tropas, se ve obligado –en una lucha encarnizada con el personal en huelga– a tratar de apoderarse de

¹ El que habla así es en realidad Engels, que fue quien escribió esta obra, en lugar de Marx. (1909)

² Carlos Marx: *Revolución y contrarrevolución en Alemania*.

³ Conviene recordar que Engels, en su *Introducción*, no piensa más que en Alemania, mientras que nosotros razonamos a partir de la experiencia de la revolución rusa (1909). Esta nota tan poco convincente fue añadida al texto alemán de nuestro libro, simplemente para evitar la censura. (1922)

la vía férrea y del material móvil; tiene que reorganizar los servicios, volver a construir los puentes volados y los tramos de línea destruidos. Para llevar a cabo este trabajo no basta con tener fusiles y bayonetas excelentes, y el ejemplo de la revolución rusa nos dice que para obtener resultados mínimos en este sentido hacen falta mucho más de veinticuatro horas. Pero vayamos más lejos. Antes de emprender el traslado de tropas, el gobierno tiene que estar informado de la situación en todo el país, y el telégrafo asegura el servicio de información mucho más rápidamente de lo que el ferrocarril puede asegurar el traslado de las tropas; pero la insurrección supone una huelga de correos y telégrafos. Si la insurrección no es capaz de atraer a su lado a los empleados de correos y telégrafos —hecho que prueba la debilidad del movimiento revolucionario— le queda aún la posibilidad de derribar los postes y cortar los hilos telegráficos. Sin embargo, esta medida constituye ciertamente una pérdida para ambas partes, pero la revolución, cuya fuerza principal no está en una organización sin fallos, pierde mucho menos. El telégrafo y el ferrocarril son potentes armas para el Estado moderno centralizado, pero son armas de dos filos. Y si la existencia de la sociedad y del Estado depende en general de la continuidad del trabajo de los proletarios, esta dependencia se deja sentir especialmente en el trabajo de los ferrocarriles y de correos y telégrafos. En cuanto que los raíles y los hilos se niegan a funcionar, el aparato gubernamental queda dislocado en partes, entre las que no hay medios de comunicación. En estas condiciones, los acontecimientos pueden ir muy lejos antes de que las autoridades hayan logrado “doblar” una guarnición local.

Además de la necesidad de transportar las tropas, la insurrección plantea al gobierno el problema del transporte de municiones. Las dificultades crecen entonces, pues existe el riesgo importante de que las municiones caigan en manos de los insurrectos. Este peligro es tanto más real cuanto que la revolución se descentraliza y arrastra consigo a masas cada vez más numerosas. Hemos visto cómo, en las estaciones de Moscú, los obreros tomaban las armas enviadas desde el frente ruso-japonés. Hechos de este tipo han tenido lugar en muchos sitios. En la región de Kuban, los cosacos interceptaron un cargamento de carabinas, y los soldados revolucionarios daban cartuchos a los insurrectos, etc...

Desde luego, con todo esto no se trata de una victoria puramente militar de los insurrectos sobre las tropas del gobierno, que ganarán sin duda alguna, por la fuerza material, por lo que la cuestión principal en este aspecto se refiere al estado de espíritu y a la actitud del ejército. Si no hubiera una afinidad de clase entre los combatientes de ambos bandos, sería imposible la victoria de la revolución, teniendo en cuenta la

técnica militar actual. Pero también sería un sueño pretender que “el paso del ejército al lado del pueblo” pueda llevarse a cabo como una manifestación pacífica y simultánea. Las clases dirigentes, para las que el problema es una cuestión de vida o muerte, no cederían nunca sus posiciones en virtud de razonamientos teóricos respecto a la composición del ejército. La actitud política de la tropa, esa gran incógnita de todas las revoluciones, no se manifiesta claramente más que en el momento en que los soldados se encuentran cara a cara con el pueblo. El paso del ejército a la revolución es primero una transformación moral, pero los medios morales por sí solos no servirían para nada. Hay, en el ejército, corrientes diversas que se entrecruzan y se cortan: sólo una minoría se declara conscientemente revolucionaria, la mayoría duda y se deja empujar; no es capaz de deponer las armas o de dirigir sus bayonetas contra la reacción más que cuando empieza a advertir la posibilidad de una victoria popular, y esta fe no puede proceder sólo de la propaganda. Es preciso que los soldados vean con toda claridad que el pueblo se ha echado a la calle para una lucha decisiva, que no se trata sólo de una manifestación contra la autoridad sino de derribar al gobierno. Entonces, y solamente entonces, se da el momento psicológico en que los soldados pueden “pasarse a la causa del pueblo”. Así, la insurrección es, esencialmente, no una lucha “contra” el ejército, sino una lucha “por” el ejército. Si la insurrección continúa, aumenta y tiene posibilidades de éxito, la crisis de transformación en los soldados estará cada vez más cercana. Una lucha sin grandes proporciones, basada en la huelga revolucionaria –como la que hemos visto de Moscú– no puede por sí misma dar la victoria, pero permite, en cambio, probar a los soldados y, tras un primer éxito importante, es decir cuando una parte de la guarnición se ha unido al levantamiento, la lucha por pequeños destacamentos, la guerra de guerrillas, puede transformarse en el gran combate de masas, donde una parte de las tropas, sostenida por la población armada y desarmada, combatirá a la otra parte, rodeada del odio general. En virtud de las diferencias de origen y de las divergencias morales y políticas existentes entre los elementos de que se compone el ejército, el paso de ciertos soldados a la causa del pueblo significa ante todo un conflicto entre dos fracciones de la tropa, como hemos visto en el mar Negro. En Cronstadt, en Siberia y en la región de Kuban, y, más tarde, en Sveaborg y en muchos otros lugares. En estas circunstancias diversas, los instrumentos más perfeccionados del militarismo, como fusiles, ametralladoras, artillería pesada y acorazados, pasaron con facilidad de las manos del gobierno al servicio de la revolución.

Tras la experiencia del domingo sangriento de enero de 1905, un periodista inglés, Arnold White, emitió el genial juicio de que, si Luis XVI hubiese tenido unas cuantas baterías de cañones Maxim, la revolución francesa habría fracasado. ¡Qué lamentable superstición! Este hombre se imagina que las posibilidades de la revolución pueden medirse por el calibre de los fusiles o por el diámetro de los cañones. La Revolución Rusa ha demostrado una vez más que no son los fusiles, los cañones y los acorazados los que, en último término, gobiernan a los hombres sino todo lo contrario, son los hombres los que gobiernan a las máquinas.

El 11 de diciembre, el ministerio Witte-Durnovo que, en esta época, ya era el ministerio Durnovo-Witte, promulgó la ley electoral. Mientras que Dubasov rehabilitaba en el suburbio de Presnia la bandera de la marina rusa, el gobierno se ocupaba de abrir una vía legal a la clase poseedora, que buscaba un acuerdo con la monarquía y con la burocracia. A partir de ese momento, la lucha, revolucionaria en su esencia, por el poder, se desarrolló bajo el manto de la constitución.

En la primera Duma, los constitucionales demócratas (kadetes) se hacían pasar por líderes del pueblo. Como las masas populares, a excepción del proletariado urbano, tenían aún unas ideas caóticas, formando una oposición confusa e imprecisa, y como, además, los partidos de extrema izquierda boicoteaban las elecciones, los kadetes pudieron hacerse dueños de la situación en la Duma. "Representaban" a todo el país: propietarios liberales, comerciantes, abogados, médicos, funcionarios, empleados e incluso parte del campesinado. La dirección del partido quedaba, como antes, en manos de los propietarios, los profesores y los abogados. Sin embargo, bajo la presión del campesinado, cuyos intereses y necesidades dejaban las otras cuestiones en segundo plano, una fracción del Partido kadete viró a la izquierda, lo que condujo a la disolución de la Duma y al manifiesto de Viborg que, más tarde, impediría dormir a los voceros del liberalismo.

En la segunda Duma, los kadetes reaparecieron en menor número, pero, en opinión de Miliukov, tenían la ventaja de contar no sólo con los pequeñoburgueses descontentos, sino también con los electores que se mantenían apartados de la izquierda y que votaban conscientemente por un programa antirrevolucionario. Mientras la mayor parte de los propietarios y los representantes del gran capital se pasaban al campo de la reacción activa, la pequeña burguesía de las ciudades, el proletariado del comercio y los intelectuales reservaban sus sufragios a los partidos de izquierda. Tras los kadetes marchaban las capas medias de la población urbana y cierto número de propietarios. A su izquierda estaban los representantes de los campesinos y de los obreros.

Los kadetes votaron el proyecto gubernamental sobre el reclutamiento y prometieron votar el presupuesto. No hubieran dudado tampoco en votar los nuevos préstamos para cubrir el déficit del Estado y hubieran asumido sin temor la responsabilidad de las antiguas deudas de la autocracia. Golovin, ese lastimoso personaje que encarnaba en el sillón presidencial toda la nulidad y la impotencia del liberalismo, dijo tras la disolución de la Duma que en la conducta de los kadetes, el gobierno había podido reconocer su victoria sobre la oposición. Y eso era totalmente cierto. En esas condiciones no era necesario disolver la Duma y, sin embargo, fue disuelta, lo que prueba que hay una fuerza más poderosa que los argumentos políticos del liberalismo, y esa fuerza es la lógica interna de la revolución.

En sus combates contra la Duma dirigida por los demócratas, el gobierno se daba cada vez más cuenta de su poder. En la tribuna del pretendido parlamento no vio problemas históricos que esperaban una solución sino adversarios políticos a los que había que reducir al silencio. En calidad de rivales del gobierno y pretendientes al poder figuraba un grupito de abogados para los que la política era algo así como un torneo oratorio, y cuya elocuencia política oscilaba entre el silogismo jurídico y el estilo clásico. En los debates que tuvieron lugar con motivo de los tribunales militares, los dos partidos se encontraron frente a frente.

Majlakov, abogado de Moscú, al que los liberales consideraban un hombre de porvenir, sometió la justicia de los tribunales militares y, con ella, toda la política del gobierno, a una crítica abrumadora.

“Pero los tribunales militares no son una institución jurídica –le contestó Stolipin– sino un instrumento de lucha. Usted nos demuestra que este instrumento no es conforme a los principios del derecho y de la ley, pero sí es conforme al fin perseguido. El derecho no es un fin en sí mismo. Cuando está amenazada la existencia del Estado, el gobierno no sólo tiene el deber, sino también la obligación de apoyarse en los medios materiales de su poder, dejando de lado el derecho”.

Esta respuesta, que contiene tanto la filosofía del golpe de Estado como la filosofía de la insurrección popular, dejó al liberalismo en la más completa perplejidad. ¡Es una declaración inaudita!, exclamaban los publicistas liberales, proclamando por enésima vez que el derecho debe prevalecer sobre la fuerza.

Pero toda su política persuadió al gobierno de lo contrario. Sólo sabían retroceder. Para salvar la Duma, amenazada de disolución, iban renunciando a todas sus prerrogativas, probando así, irrefutablemente, que la fuerza prevalece sobre el derecho. En esas condiciones, el gobierno no

podía por menos de estar tentado por la utilización de la fuerza hasta el final.

La segunda Duma fue disuelta y, como heredero de la revolución, se vio aparecer al liberalismo nacionalista conservador, representado por la Unión del 17 de octubre. Si los demócratas creyeron continuar la tarea de la revolución, los octubristas, por su parte, continuaron con la táctica de los kadetes, limitada a una colaboración con el gobierno. A este respecto, los kadetes pueden burlarse y criticar cuanto quieran a los octubristas, pero la realidad es que estos últimos no hicieron más que sacar las conclusiones que se imponían a partir de las premisas establecidas por los kadetes: puesto que es imposible apoyarse en la revolución, lo único por hacer es apoyarse en el constitucionalismo de Stolipin.

La tercera Duma concedió al gobierno del zar 456.535 reclutas; y, sin embargo, hasta entonces, todas las grandes reformas del Ministerio de la Guerra, bajo la dirección de Kuropatkin y Stesel habían consistido en hacer nuevos modelos de charreteras y galones. Votó el presupuesto del Ministerio del Interior, gracias al cual el 70 % del territorio estaba entregado a diversos sátrapas, armados con leyes de excepción, mientras que, en el resto del país, se aplastaba al pueblo por medio de leyes que rigen en tiempo normal. Esta cámara adoptó todos los puntos esenciales del famoso edicto de 9 de noviembre de 1906, dado por el gobierno en virtud del párrafo 87, y cuyo fin era dar un valor especial, entre los campesinos, a los propietarios más fuertes, mientras que la masa quedaba entregada a la ley de selección natural, en el sentido biológico del término.

A la expropiación de las tierras de los nobles en beneficio de los campesinos, la reacción oponía la expropiación de las tierras comunales campesinas en beneficio de los kulaks. “La ley del 9 de noviembre –dijo uno de los reaccionarios en la tercera Duma– contiene el suficiente grisú para hacer saltar toda Rusia”.

Empujados a un callejón sin salida por la irreductible actitud de la nobleza y de la burocracia, que eran de nuevo los amos de la situación, los partidos burgueses trataron de salir de las contradicciones económicas y políticas en las que se habían metido por medio del imperialismo... Buscaron compensaciones a los fracasos internos en países extranjeros: en el Lejano Oriente (ruta del Amur), en Persia o en los Balcanes. Lo que se llamó “anexión” de Bosnia y Herzegovina⁴ despertó en Petersburgo y en Moscú un verdadero escándalo patriotero.

⁴ La “anexión” de Bosnia-Herzegovina: Tras un enfrentamiento entre Rusia y Turquía y la realización del congreso internacional en 1878 en Berlín, se determinó la anexión de Bosnia-Herzegovina al Imperio Austríaco. El conflicto en esta región estallará entre 1912 y 1913 en las guerras balcánicas.

Además, el partido burgués que más se había opuesto al antiguo régimen —el constitucional demócrata— iba ahora en cabeza del belicoso “neoslavismo”. Los kadetes buscaban en el imperialismo capitalista una solución para los problemas que no habían podido ser liquidados por la revolución. Llevados por la marcha misma de esa revolución a rechazar, de hecho, la idea de la expropiación de los bienes raíces y de una democratización de todo el régimen social, e inducidos, por consiguiente, a rechazar la esperanza de crear un mercado interior suficientemente estable, representado por los pequeños campesinos, que favorecerían el desarrollo capitalista, los kadetes ponían ahora sus esperanzas en los mercados exteriores. Como para lograr buenos resultados en este sentido es imprescindible un Estado fuerte, los kadetes se ven obligados, además, a sostener el zarismo, detentador del poder real. El imperialismo de Miliukov, disfrazado de oposición, cubrió, pues, con una especie de velo ideológico, la repugnante combinación que era la tercera Duma, en la que hicieron alianza los burócratas de la autarquía, los feroces propietarios y el capitalismo parásito.

La situación creada podía dar lugar a las consecuencias más insólitas. Un gobierno cuya reputación de fuerza se había ahogado en las aguas de Tsushima y que había quedado enterrada en los campos de Mukden, abrumado, además, por las terribles consecuencias de su política de aventuras, se dio cuenta de repente de que era el centro de la confianza patriótica de los representantes de “la nación”. No solamente aceptó sin replicar medio millón de nuevos soldados y quinientos millones para los gastos del Ministerio de la Guerra sino que obtuvo el apoyo de la Duma cuando intentó nuevas experiencias en el Lejano Oriente. Más aún, tanto de la derecha como de la izquierda, entre “Centurias Negras” como entre los kadetes, llegaban hasta él violentos reproches porque se estimaba que su política exterior no era lo suficientemente activa.

Así, por la lógica misma de las cosas, el gobierno del zar se vio empujado hacia una vía peligrosa, luchando por restablecer su reputación mundial. Y, ¿quién sabe?, antes de que la suerte de la autocracia se haya fijado de manera definitiva y sin posible solución en las calles de Petersburgo y de Varsovia, quizá pasará por una segunda prueba en los campos del Amur o en las costas del Mar Negro.

1905

SEGUNDA

P A R T E

PREFACIO DE LA SEGUNDA PARTE

En el Congreso de la socialdemocracia de Estocolmo se han hecho públicos ciertos datos estadísticos que caracterizan de manera bastante peculiar la actividad del partido proletario en Rusia:

Los 140 miembros del congreso han sufrido –entre todos– un encarcelamiento de 138 años, 3 meses y 15 días de duración. Además, sufrieron la deportación de un total de 148 años, 6 meses y 15 días.

Se han evadido 18 miembros del partido una sola vez, y 4 miembros dos veces.

Se han fugado de los lugares de deportación: 23 miembros una sola vez; 5 miembros dos veces y uno de los delegados del congreso tres veces.

Si observamos que los delegados en el congreso trabajaron para la socialdemocracia durante 942 años en total, podemos constatar que sus estancias en prisión y en las regiones alejadas a las que fueron deportados, constituyen alrededor de un tercio de su trabajo. Pero estas cifras son más bien optimistas, porque cuando se habla de “942” años, se quiere decir que la actividad política de los miembros del Congreso abarca esta duración; lo que no significa en absoluto que dichos 942 años hayan sido dedicados completamente a su trabajo político. La actividad “real y directa” de los miembros de la socialdemocracia, teniendo en cuenta su situación ilegal y su actividad clandestina, ocupa únicamente una quinta o, quizá, una décima parte de este tiempo. Mientras que la vida en prisión y en los lugares de deportación corresponde exactamente a las cifras citadas, el Congreso, efectivamente, ha pasado más de 50.000 días y noches bajo candado y ha vivido mucho más tiempo aún en las regiones más salvajes del país.

Se nos permitirá añadir a estas cifras algunas más, que nos conciernen directamente. El autor de este libro, detenido por primera vez en enero de 1898 tras diez meses de actividad en los círculos obreros de Nikolaiev, pasó dos años y medio en prisión y se evadió de Siberia después de haber pasado allí dos de los cuatro años de deportación a que había sido condenado.

El autor fue detenido por segunda vez el 3 de diciembre de 1905 en su calidad de miembro del Soviet de Diputados Obreros. La actividad

del citado soviét había durado siete semanas. Los miembros de esta asamblea fueron condenados y pasaron cincuenta y siete semanas en la cárcel, siendo luego deportados a Obdorsk “a perpetuidad”... Todo socialdemócrata ruso que haya trabajado en el partido durante diez años podrá aportar sobre este tema datos más o menos del mismo género.

Nuestra situación no se modificó por el desorden gubernamental que siguió al 17 de octubre y que el *Almanaque de Gotha* caracterizaba, de una manera inconscientemente humorística, cuando lo llamaba “monarquía constitucional bajo un zar autócrata”. Gozamos de cincuenta días de libertad y bebimos ampliamente en esta copa. En esos hermosos días, el zarismo comprendió lo que nosotros sabíamos desde hacía mucho tiempo: que nuestra existencia era incompatible con la suya. Entonces sobrevinieron los terribles meses de represión... El zarismo, después del 17 de diciembre, cambió varias veces de Duma, como las serpientes cambian de piel, pero a pesar de esta muda continúa siendo lo que era: un monstruo... Los ingenuos y los hipócritas liberales que nos animaban desde hacía dos años a seguir el camino de la legalidad se parecían a María Antonieta, cuando recomendaba al pueblo hambriento que comiese bizcochos. Estamos por creer que nuestro organismo ya no soporta el bizcocho, que tenemos necesidad de respirar el aire de las celdas de la fortaleza Pedro y Pablo y que no habríamos sabido ocupar mejor las horas que nos robaron nuestros carceleros.

Tenemos tantas ganas de permanecer escondidos como las que pueda tener un ahogado de quedarse en el fondo, pero no tenemos posibilidad de elección –hay que confesarlo–, como tampoco la tiene el absolutismo. Por esto, a pesar de todo tenemos derecho a mantener nuestro optimismo, incluso cuando nos ahogamos en nuestros escondrijos. No nos moriremos por eso, estamos convencidos, sobreviviremos a todo y a todos. La mayor parte de los partidos de hoy estarán ya enterrados cuando la causa a la que servimos se imponga al mundo entero. Entonces, nuestro partido, que hoy vive en una total clandestinidad, será el gran partido de la humanidad, y ésta dueña por fin de sus destinos.

La historia está al servicio de nuestro ideal, trabaja con una bárbara lentitud y con una imparable crueldad, pero estamos seguros de ella. Y cuando devora la sangre de nuestros corazones para alimentar su movimiento tenemos ganas de gritarle:

¡Lo que hagas, hazlo pronto!

1. PROCESO DEL SOVIET DE DIPUTADOS OBREROS

El 3 de diciembre se abrió la era del complot contrarrevolucionario con la detención del Soviet de Diputados Obreros. La huelga de diciembre en Petersburgo y otros levantamientos en diversas regiones del país no fueron más que heroicos esfuerzos para mantenerse en las posiciones conquistadas en octubre. La dirección de las masas obreras de Petersburgo fue asumida entonces por el segundo soviets, que quedó compuesto por los miembros del primero que estaban aún en libertad y por diputados nuevamente elegidos. Unos trescientos miembros del primer soviets seguían encarcelados en las tres prisiones de Petersburgo y su suerte fue durante mucho tiempo un enigma, no solo para ellos mismos sino incluso para la burocracia que gobernaba. El ministro de Justicia, según la prensa “bien informada”; rechazaba totalmente la idea de enviar a los diputados obreros a los tribunales, porque para él si la actividad abierta del soviets había sido criminal, el papel de la alta Administración lo era todavía más, por haber entrado en relaciones con él. Mientras los ministros discutían entre sí y los policías llevaban la investigación por su cuenta, los diputados esperaban en sus celdas. En una época en que el gobierno enviaba “expediciones de represión” a todas partes, había razones para pensar que el soviets sería enviado a un consejo de guerra, que se encargaría de condenarlo, pero a fines de abril, cuando empezó la primera Duma, todo el mundo esperaba una amnistía. Por lo cual, su suerte oscilaba entre la pena capital y la completa impunidad.

Pero por fin esta suerte fue determinada. El ministro Goremikin, que pertenecía a la Duma en el sentido de que luchaba contra ella, envió el expediente del soviets al examen del Palacio de Justicia: en la composición del tribunal entrarían representantes “de clase” o “pares”¹.

El acta de acusación del soviets, preparada por un grupo de fiscales-policías, puede interesar como documento de una gran época. La revolución se refleja en él como el sol en un charco de lodo. Los miembros del soviets fueron acusados de haber preparado una insurrección

¹ Siete personas: cuatro jueces de la Corona, un representante de los nobles del distrito de Petersburgo, el Conde Gudovitch, octubrista de derecha, un representante de la Duma Municipal de Petersburgo, Troinitski, gobernador destituido y, por último, un decano de un distrito al parecer progresista. (1909)

armada, y se les amenazó con aplicarles dos artículos del código con penas de trabajos forzados durante 8 años uno de ellos y con 12 el otro. El valor de la acusación, desde el punto de vista jurídico –o, mejor dicho, su absoluta inconsistencia– ha sido demostrado por el autor de este libro en una breve exposición², remitida desde la prisión preventiva a la fracción socialdemócrata de la primera Duma para una interpelación que se pensaba hacer a propósito del proceso. La interpelación no tuvo ningún éxito, simplemente porque, la primera Duma fue disuelta y la fracción socialdemócrata fue juzgada lo mismo que el soviét.

El proceso debía tener lugar el 20 de junio, y la causa sería pública. Hubo mítines de protesta en todas las fábricas de Petersburgo. El tribunal trató de presentar al comité ejecutivo del soviét como un grupo de conspiradores que inducían a las masas a tomar resoluciones innecesarias. La prensa liberal, desde los acontecimientos de diciembre, no cesaba de repetir, día tras día, que los “métodos ingenuamente revolucionarios” del soviét habían perdido desde hacía tiempo todo su prestigio a los ojos del pueblo, pues éste lo único que quería era seguir el camino del nuevo derecho “constitucional”. Las calumnias y las estupideces de la policía y de los liberales quedaron totalmente desmentidas cuando los obreros de Petersburgo enviaron desde sus fábricas una protesta de solidaridad con sus representantes encarcelados, pidiendo ser juzgados ellos también, como participantes activos en los acontecimientos revolucionarios, declarando que el soviét no había hecho sino ejecutar su voluntad y jurando que llevarían hasta el final la obra que había comenzado el soviét.

Las tropas acampaban en el patio del Palacio de Justicia y en las calles vecinas. Todas las fuerzas de la policía estaban en pie, y a pesar de todos estos grandiosos preparativos el juicio no pudo empezar. El presidente del tribunal, pretextando que unas formalidades no habían sido cumplimentadas y a pesar de la defensa, de la acusación y de las intenciones del Ministro, hizo que el juicio se aplazara a tres meses más tarde, es decir, hasta el 19 de septiembre. Fue una jugada política, pues a fines de junio la situación contaba aún con una serie de “posibilidades”: un ministerio formado por constitucionalistas demócratas era una hipótesis tan plausible como la restauración del absolutismo, y el proceso del soviét exigía que el presidente del tribunal estuviese seguro de la política a seguir; por consiguiente, se concedieron tres meses de reflexión a la historia, que se estaba apresurando muy poco. Pero el presidente tuvo que abandonar su cargo unos días después. En el antro de Peterhof sabían perfectamente lo que querían, exigían decisión y una represión sin piedad.

² Véase más adelante “El soviét y los tribunales”.

El proceso se abrió el 19 de septiembre, con un nuevo presidente y el asunto duró un mes entero. Era la época en la que la primera Duma acababa de ser disuelta y aún no existía la segunda, por lo que los jueces militares actuaban a sus anchas. Y, a pesar de todo, se dio tal publicidad al asunto en casi todos sus detalles que la cosa parecería inconcebible si no se adivinara la intriga burocrática subyacente: el ministro Stolipin buscaba devolver de esta manera los ataques del conde Witte. Sabía lo que hacía, puesto que, al develar el fondo del proceso, recordaba la humillación que el gobierno había sufrido a fines de 1905. La debilidad de Witte, sus coqueteos con la derecha y con la izquierda, su falsa seguridad en Peterhof y sus vulgares alabanzas a la revolución, era lo que las altas esferas burocráticas querían poner en evidencia. Los acusados podían, pues, aprovechar una situación tan ventajosa para sus designios políticos, y para lo cual lo único que tenían que hacer era ensanchar lo más posible el marco del proceso.

Fueron citados cerca de 400 testigos, de los cuales acudieron a declarar más de 200³. Obreros, fabricantes, policías, ingenieros, criadas, simples habitantes de la ciudad, empleados de correos y telégrafos, alumnos de institutos, consejeros municipales, senadores, gentes sin oficio, diputados, profesores y soldados desfilaron durante un mes ante el tribunal y reconstituyeron, punto por punto y rasgo por rasgo, la época de actividad del soviét obrero, tan rica en resultados. De esta manera, el tribunal se enteró de la gran huelga de octubre que se extendió por toda Rusia, de la huelga-manifestación de noviembre en Petersburgo (esta noble manifestación de protesta del proletariado contra el juicio militar que amenazaba a los marineros de Cronstadt) después de la lucha heroica de los obreros de Petersburgo por la implantación de la jornada de ocho horas, y por último del levantamiento de los sumisos obreros de correos y telégrafos, que fue organizado por el soviét.

Los procesos verbales de las sesiones del soviét y del comité ejecutivo, a los que los debates dieron una publicidad enorme, mostraron al país el inmenso trabajo cotidiano llevado a cabo por los representantes del proletariado cuando organizaron el apoyo a los desocupados, cuando intervinieron en los conflictos entre obreros y patrones, o cuando dirigieron incesantes huelgas económicas.

La copia del proceso, que llenaría sin duda gruesos volúmenes, no ha sido publicada hasta ahora. Tendremos que esperar un cambio de régimen para que se saque a la luz este inapreciable documento histórico. Si un magistrado alemán o un socialdemócrata alemán hubiese asistido

³ Numerosos testigos se encontraban, en el momento del juicio "en lugar desconocido", o bien en Siberia. (1909)

a alguna de las sesiones del proceso habría quedado completamente confundido, pues al lado de una intransigente seguridad se manifestaba un total relajamiento, y estos dos modos de enfocar el proceso caracterizaban de forma clara la confusión que reinaba todavía en las esferas gubernamentales desde la huelga de octubre.

El Palacio de Justicia fue sometido a la ley marcial, y estaba ocupado por tropas; se podían contar varios centenares de soldados y de cosacos en el patio, en la puerta principal e, incluso, en las calles cercanas. Contingentes de policía vigilaban por todas partes con el sable desenvainado: se les veía en el corredor subterráneo que une la prisión con el tribunal, en todas las dependencias del Palacio de Justicia, detrás de los acusados, en los lavabos, y es posible que estuviesen también en los tubos de las chimeneas. Su labor era formar un muro viviente entre los acusados y el mundo exterior, entre los acusados y el público (de 100 a 120 personas) que había en la sala. Solamente los treinta o cuarenta abogados, vestidos de frac, atraviesan el muro de uniformes azules. En el banco de los acusados hay periódicos, cartas, caramelos y flores, ¡montones de flores! Unos las llevan en los ojales, otros en las manos, hay ramilletes por todas partes. El presidente no se atreve a prohibir este alarde de flores; al final son los mismos policías desmoralizados los que se encargan de pasar las flores a los acusados. Habían sido citados muchos obreros a declarar; estaban en una sala reservada para ellos y, a veces, los himnos revolucionarios que cantaban llegaban a oídos del propio presidente del tribunal. Era un espectáculo impresionante, estos obreros nos traían la atmósfera de los suburbios y de las fábricas, y profanaban con tan soberbio desprecio el místico ceremonial de la justicia que el presidente, amarillo como un pergamino, se agotaba dando órdenes que nadie cumplía, los testigos de la “buena sociedad” y los periodistas de la prensa liberal contemplaban a estos trabajadores con el respeto y la envidia que los débiles sienten ante los fuertes.

El primer día del proceso estuvo señalado por una manifestación notable. De los 52 acusados, el presidente no citó más que a 51, callando el nombre de Ter-Mekertchiantz.

– ¿Dónde está el acusado Ter-Mekertchiantz?, preguntó el abogado Solokov.

– Ha sido excluido de la lista de los acusados.

– ¿Por qué?

– Ha sido... ejecutado.

En efecto, entre el 20 de junio y el 19 de septiembre, Ter-Mekertchiantz, entregado a la utilidad militar por la magistratura civil, había sido fusilado en el foso de la fortaleza de Cronstadt, por haber participado de la sublevación en la guarnición.

Los acusados, los testigos, los defensores y el público, todos se levantaron en silencio, rindiendo así homenaje a la memoria del mártir. Los oficiales de policía debían haber perdido la cabeza: ¡ellos también se levantaron!

Los testigos, en grupos de veinte o treinta fueron introducidos para prestar juramento; muchos de ellos habían venido con sus ropas de trabajo, incluso no habían tenido tiempo para lavarse las manos. Echaban una ojeada a los jueces y luego, muy de prisa, buscaban a los acusados y nos saludaban en voz alta: ¡Qué hay, camaradas! Un viejo pope se acercó al pupitre y sacó sus bártulos, los testigos no se movieron; entonces el presidente repitió la invitación.

– ¡No prestamos juramento!, contestaron todos. No admitimos esa clase de ceremonias.

– ¿No son ortodoxos?

– La policía nos tiene inscritos como ortodoxos pero no creemos en nada de eso.

– En ese caso, reverendo, puede usted retirarse; no tendremos hoy necesidad de sus servicios.

Algunos obreros luteranos y católicos cumplieron esta formalidad con los policías; todos los ortodoxos se negaron a ello y se comprometieron simplemente a decir la verdad.

Estos incidentes se repitieron todos los días, pero algunas veces los hubo curiosos.

– Los que quieran prestar juramento que se acerquen al reverendo, los demás que retrocedan.

Un viejo policía, guardián de fábrica, sale del grupo y avanza con paso marcial hacia la mesa; los demás retroceden. Pero, a mitad de camino entre el policía y los obreros se encuentra el testigo O, un conocido abogado de Petersburgo, liberal.

– ¿Presta usted juramento, testigo O? –pregunta el presidente.

– Bueno... sí... sí, presto juramento...

– En ese caso, acérquese al reverendo.

Bastante apurado, el testigo se acerca a la mesa; se vuelve y ve que nadie le sigue, que sólo hay a su lado una persona, el policía, y delante de él el pope.

– Levante el brazo.

El policía levanta el brazo bien alto. El testigo O lo levanta un poco y lo deja caer.

– Testigo O, ¿va usted a prestar juramento o no?, pregunta, ofendido, el presidente.

– Sí, ¿cómo no?... claro.

Y el testigo liberal, superando su confusión, levanta el brazo casi tanto como el policía y repite con su compañero la ingenua fórmula. Si un artista hubiese reproducido esta escena se habría dicho que al cuadro le faltaba naturalidad. El profundo simbolismo social del espectáculo fue captado por todos los asistentes: la gente “bien” se miraba, molesta; los obreros cambiaban miradas irónicas con los acusados, y una maligna satisfacción traicionó el rostro jesuítico del presidente. La sala quedó en completo silencio.

Primero fue interrogado el senador conde Tiesenhausen, consejero municipal en la Duma por Petersburgo; había estado presente en una sesión de la Duma a la que llegó una diputación del soviét para presentar sus exigencias.

– ¿Qué piensa el señor testigo de la organización de una milicia municipal armada?, preguntó uno de los defensores.

– Estimo que esta pregunta no tiene nada que ver con el asunto que nos trae aquí, contestó el conde.

– En el marco en que deben mantenerse los debates del proceso, replicó el presidente, la pregunta hecha por la defensa es legítima.

– En ese caso debo decir que, entonces, la idea de organizar una milicia municipal gozó de mis simpatías, pero que después he cambiado completamente de opinión.

¡Cuántos no han tenido tiempo de cambiar de opinión sobre este asunto y sobre muchos otros en un año! La prensa liberal, que aseguraba su “entera simpatía” a los acusados, ahora no encuentra palabras suficientemente duras para criticarlos. Los periódicos liberales hacían gala de piadosa ironía al hablar de las “ilusiones” revolucionarias del soviét. Por el contrario, los obreros seguían fieles a éste sin la menor reticencia.

Numerosas fábricas enviaron declaraciones colectivas por medio de testigos elegidos. A petición de los acusados, el tribunal añadió estos documentos al sumario, y se dio lectura de ellos durante la sesión.

“Los abajo firmantes, obreros de la fábrica Obujov –decía uno de los documentos– al saber que el gobierno pretende llevar ante un tribunal arbitrariamente constituido al Soviet de Diputados Obreros, y profundamente indignados al ver que este gobierno trata de presentar al soviét como un grupo de conspiradores que persiguen fines extraños por completo a la clase obrera, nosotros, obreros de la fábrica Obujov, declaramos que el soviét no está compuesto por un grupo de conspiradores sino por verdaderos representantes de todo el proletariado de Petersburgo. Protestamos contra la arbitrariedad del gobierno, que acusa a los camaradas elegidos por nosotros y que no han hecho más que ejecutar nuestras voluntades, y declaramos al gobierno que, si nuestro

camarada P. A. Zlidnev es culpable, nosotros lo somos también, lo cual certificamos con nuestras firmas”.

Y a esta resolución iban unidas varias hojas cubiertas con más de dos mil firmas, hojas que estaban sucias y arrugadas de haber circulado de mano en mano por todos los talleres de la fábrica. Pero la declaración de los obreros de Obujov no era la más violenta ni mucho menos, hubo otras que el presidente se negó a creer, alegando que el tono era “profundamente irrespetuoso”, para el tribunal.

En total, se hubieran podido reunir miles de firmas; las declaraciones de los testigos, la mayor parte de los cuales, al salir de la sala, fueron detenidos por la policía, ilustraron estos documentos con excelentes comentarios. Los conspiradores que el tribunal quería desenmascarar, se convirtieron en una heroica multitud anónima. Incluso el fiscal, que, a pesar de su vergonzoso papel, quería aparecer como hombre correcto, se vio obligado a confesar, durante su requisitoria, que había dos hechos de los que no se podía prescindir: primero, que el proletariado, cuando llega a un cierto nivel de evolución política, “tiende” al socialismo; segundo, que durante la actividad del soviét, el estado de espíritu de las masas era auténticamente revolucionario. Tuvo incluso que abandonar el fiscal otra importante posición, “pues la preparación de una insurrección armada” servía principalmente de base a la instrucción.

– ¿El soviét les invitó a la insurrección armada?

– No –contestaron los testigos. El soviét se había limitado a, afirmar que la insurrección armada se hacía inevitable.

– El soviét pedía una Asamblea constituyente. ¿Quién iba a crear esta Asamblea?

– ¡El pueblo!

– ¿Cómo?

– Por la violencia, desde luego. De otra manera no se consigue nada.

– Entonces, ¿el soviét armaba a los obreros para la insurrección?

– No, lo hacía como legítima defensa. El presidente del tribunal se encogía de hombros irónicamente, pero, al final, las declaraciones de los testigos y de los acusados obligaron al tribunal a admitir “proposiciones contradictorias”: los obreros se habían armado para defenderse, pero, al mismo tiempo, con el fin de preparar la insurrección contra un poder gubernamental que se había demostrado ser el principal organizador de los pogromos. Esta cuestión quedó dilucidada por el discurso que el autor del presente libro pronunció ante el tribunal⁴.

⁴ Este discurso se da un poco más adelante, sacado de una copia a máquina que no ha sido publicada en Rusia. (1909)

El proceso despertó el más vivo interés cuando nuestros defensores transmitieron al tribunal la “Carta de Lopujin”, que llegó a ser famosa.

Los acusados y la defensa decían:

– Señores jueces, ustedes piensan sin duda que hablamos sin sentido común cuando afirmamos que ciertos órganos del poder han tenido un papel decisivo en la preparación de los pogromos. Quizás para ustedes las declaraciones que acabamos de oír no son suficientes. ¿Es que ya han olvidado las revelaciones hechas por el príncipe Urusov, antiguo viceministro del Interior, en la Duma de Estado? Puede ser que el general de policía Ivanov les haya convencido cuando ha venido a decirles, bajo juramento, que los discursos pronunciados con motivo de los pogromos no eran más que un pretexto para armar a la multitud; o bien ha sido el testigo Statkovski, funcionario de la policía secreta, el que les ha convencido cuando ha declarado, bajo juramento, que jamás ha visto en Petersburgo un solo llamamiento al pogromo. Pues bien, aquí tienen la copia certificada de una carta de Lopujin, antiguo director del Departamento de Policía en el gabinete de Goremikin⁵. Tras una investigación hecha por encargo del conde Witte, Lopujin afirma que los llamamientos a los pogromos, que, según parece, el testigo Statkovski no ha visto nunca, habían sido impresos en la imprenta de esa policía secreta de la que Statkovski es funcionario; que estos llamamientos han sido repartidos por los agentes de la policía secreta y por los monárquicos de toda Rusia; que entre el Departamento de Policía y las Milicias Negras existen muchos lazos, y que, a la cabeza de esta organización criminal, se encontraba, en la época de actuación del soviét, el general Trepov que, como comandante de palacio, gozaba de una enorme autoridad, presentaba él mismo al zar los informes sobre el trabajo de la policía e, independientemente de los ministros, disponía de sumas enormes, sacadas del Tesoro, para organizar los pogromos.

– ¡Y aún hay otro hecho, señores jueces! Muchas hojas impresas por las Centurias Negras (que se encuentran en sus manos, en el auto de instrucción) acusaban a los miembros del soviét de haber dilapidado el dinero de los obreros. El general de policía Ivanov, que supo de estas calumnias, hizo una investigación especial en las manufacturas y en las fábricas de Petersburgo, investigación que no ha dado, desde luego, ningún resultado. Nosotros, los revolucionarios, estamos acostumbrados a estos procedimientos de la autoridad. Pero, sin idealizar lo más mínimo a la policía –sabéis que somos incapaces de esto– estábamos lejos de sospechar la audacia de esta institución.

Se sabe, en efecto, que las proclamas en las que se acusa al soviét de haber dilapidado el dinero de los obreros han sido redactadas e impresas

⁵ En el gabinete de Goremikin, Stolipin era ministro del Interior. (1909)

secretamente en la dirección de policía, donde el general Ivanov está de servicio. He aquí, señores jueces, una copia de la carta, que lleva la firma auténtica del autor. Pedimos que este documento sea leído integralmente en la audiencia de este tribunal, y, además, que el consejero de Estado, Lopujin, sea citado a comparecer en calidad de testigo.

Esta declaración cayó como un rayo sobre los magistrados.

Los debates estaban ya casi acabados, y el presidente había creído, después de una tormentosa travesía haber alcanzado el puerto; este incidente volvía a dejarlo en alta mar.

La carta de Lopujin contenía alusiones a los misteriosos informes que Trepov presentaba al zar. Pero nadie podía prever de qué manera se explicaría el antiguo jefe de policía sobre estas alusiones cuando los acusados le interrogaron. El tribunal, presa de sagrado temor, retrocedió ante la posibilidad de nuevas revelaciones; tras una larga deliberación rechazó la carta y recusó el testimonio de Lopujin.

Los acusados declararon entonces que no tenían nada que hacer en la audiencia y pidieron que se les enviase de nuevo a sus celdas.

Nos sacaron, e inmediatamente nuestros defensores abandonaron también la sala. En ausencia de los procesados, de los abogados defensores y del público, el fiscal pronunció su requisitoria, que fue seca y “correcta”. En una sala casi vacía, los magistrados pronunciaron el veredicto. La acusación de haber proporcionado armas a los obreros para una insurrección, fue descartada. Quince de los acusados –y entre ellos el tutor de estas líneas– fueron condenados a la privación de todos los derechos civiles y a deportación perpetua en Siberia; dos debían cumplir detenciones de poca duración y los demás fueron absueltos.

El proceso del Soviet de Diputados Obreros produjo una enorme impresión en el país. Se puede afirmar que la socialdemocracia, en las elecciones para la segunda Duma, debió su éxito a la propaganda que le había hecho el tribunal ante el proletariado de Petersburgo.

Durante el proceso del soviet tuvo lugar un episodio que merece ser mencionado. El 2 de noviembre, día en que fue publicada la sentencia en su forma definitiva, *Novoia Vremia*, publicó una carta del conde Witte, que volvía del extranjero. Hablaba en este escrito del proceso, defendiéndose contra los ataques de la derecha burocrática. No solamente afirmaba no haber tenido el honor de preparar, como instigador principal, la Revolución Rusa, en lo cual tenía bastante razón, sino que negaba categóricamente sus relaciones personales con el soviet. En cuanto a los testimonios habidos en el proceso y a las declaraciones de los acusados, se atrevía a afirmar que “habían sido inventados para provecho de la defensa”. No se esperaba sin duda, ser desmentido por los prisioneros, pero había calculado mal.

Una respuesta colectiva de los condenados, impresa en nuestro periódico *El Camarada (Tovarichtch)* el 5 de noviembre, contenía lo siguiente: “Conocemos demasiado bien la diferencia de naturaleza que existe entre el conde Witte y nosotros, desde el punto de vista político; por lo tanto no creemos tener el deber de explicar al ex primer ministro las razones que nos obligan a nosotros, representantes del proletariado, a decir siempre la verdad cuando hacemos política: pero opinamos que es perfectamente oportuno citar aquí la requisitoria del fiscal. Acusador de oficio y funcionario de un gobierno que nos detesta, ha reconocido que, con nuestras declaraciones y nuestros discursos, le habíamos proporcionado “sin resistencia” todas las bases necesarias a la acusación –a la acusación, no a la defensa– y, ante nuestros jueces, ha afirmado que nuestras declaraciones eran verídicas y sinceras.

“Verdad, sinceridad, he aquí cualidades que los enemigos políticos del conde Witte no le han reconocido jamás, como tampoco sus aduladores”.

A continuación, la respuesta colectiva demostraba, basándose en documentos, hasta qué punto las denegaciones del conde Witte eran aventuradas⁶ y terminaba con algunas líneas que, en resumen, dan la apreciación definitiva del proceso intentado contra el parlamento revolucionario, contra los elegidos del proletariado de Petersburgo.

“Cualesquiera que hayan sido los fines y los motivos del escrito publicado por el conde Witte, decía nuestra carta, por muy imprudente que este escrito parezca, llega a su hora, y caracteriza con un último rasgo indispensable, al poder frente al cual se encontró el soviet en esos días de lucha. Nos permitiremos decir algo sobre este punto.

El conde Witte hace notar que ha sido él quien nos ha entregado a la justicia. Esta histórica hazaña, como ya hemos dicho, se remonta al 3 de diciembre de 1905. Desde entonces, hemos pasado por la Seguridad, después por la policía y por fin hemos comparecido ante un tribunal.

En este proceso han figurado, como testigos, dos funcionarios de la policía secreta; se les ha preguntado si se había preparado un pogromo en Petersburgo durante el otoño del pasado año, y han respondido resueltamente que no, que jamás habían visto llamamientos al pogromo. Ahora bien, el antiguo director del departamento de policía, el consejero Lopujin, declara que los llamamientos al pogromo se imprimían justamente entonces en los locales de la Seguridad. Esta es la primera etapa de la ‘justicia’ a la que nos ha entregado el conde Witte.

En este mismo proceso han figurado oficiales de policía que habían llevado la instrucción del asunto del soviet; según han dicho, el

⁶ El conde tuvo que reconocer más tarde que había tenido relaciones con el soviet, pero “explicó” que, en las diputaciones del soviet, él nunca quiso ver más que “representantes de los obreros”. (1909)

comienzo de la investigación que hicieron para saber si algunas sumas de dinero habían sido dilapidadas por los diputados, se encuentra en unas hojas anónimas impresas por las Centurias Negras. El señor fiscal ha declarado que estas hojas no contenían más que mentiras y calumnias. ¿Qué ocurre, pues? El consejero Lopujin da fe de que estas hojas fueron impresas por esta misma policía que llevó la investigación sobre el asunto del soviet. Esta es la segunda etapa de la 'justicia'.

Y, cuando diez meses más tarde nos encontramos en presencia del tribunal, ése nos permitió explicar abiertamente lo que se conocía ya a grandes rasgos antes del proceso; pero cuando hemos tratado de probar que, ante nosotros, en aquel momento, no había ningún poder gubernamental, que los órganos más activos de este poder se habían transformado en asociaciones contrarrevolucionarias que despreciaban, no solamente las leyes escritas, sino todas las leyes de la moral humana que los elementos más autorizados del personal del gobierno constituían una organización para llevar a cabo pogromos en toda Rusia, que el Soviet de Diputados Obreros había, en suma, llevado a cabo una tarea de seguridad nacional; cuando hemos pedido que se añadiese al auto la carta de Lopujin, que nuestro proceso había hecho famosa, y, sobre todo que se interrogase a Lopujin como testigo, el tribunal, sin turbarse por escrúpulos jurídicos, nos ha cerrado imperiosamente la boca. Esta viene a ser la tercera etapa de la 'justicia'.

Y, por fin, cuando el asunto ha terminado, cuando la sentencia ha sido pronunciada, el conde Witte trata de difamar a sus adversarios políticos, creyéndolos, sin duda, definitivamente vencidos. Tan resueltamente como los funcionarios de la Seguridad, que afirmaban no haber visto ningún llamamiento a los pogromos, el conde Witte declara que no ha tenido ninguna relación con el Soviet de Diputados Obreros. ¡Su audacia corre pareja con su franqueza!

Consideramos con serenidad estas cuatro instancias de la justicia oficial que nos han sido aplicadas. Los representantes del poder nos han privado de 'todos los derechos' y nos deportan. Pero hay un derecho del que no pueden privarnos: el derecho a la confianza del proletariado y de todos nuestros conciudadanos honrados. En nuestro caso, como en todas las demás cuestiones de nuestra existencia nacional, la última palabra será dicha por el pueblo.

Con entera confianza hacemos a la conciencia popular, al pueblo, este llamamiento”.

Prisión de detención preventiva, 4 de noviembre de 1906

2. EL SOVIET Y LOS TRIBUNALES

El proceso del Soviet de Diputados Obreros no es más que un episodio en la lucha de la revolución contra la conspiración gubernamental de Peterhof. En la magistratura de policía, ¿piensan en verdad que el juicio de los miembros del soviet ha sido un acto jurídicamente motivado? ¿Han creído en algún momento que el proceso del soviet empezaba y continuaba por iniciativa de un poder judicial independiente? ¿Opinan acaso que se trataba de una causa de derecho estricto?

Esto es más que dudoso, todo el mundo comprende muy bien que el arresto del soviet ha sido un acto de arbitrariedad política y militar, que marca un momento de la sangrienta empresa organizada por un poder que el mismo pueblo rechaza y aborrece.

No preguntamos aquí –aunque la cuestión se plantea por sí sola– por qué, entre todos los métodos de represión de que se podía hacer uso, se ha escogido, con respecto a los representantes obreros, el medio relativamente difícil de un juicio ante un tribunal constituido por representantes de clase, de “pares”.

La autoridad dispone de muchos otros medios que, siendo tan eficaces, son más cómplices. Sin contar con el rico arsenal de métodos administrativos, se puede indicar el consejo de guerra, o bien un procedimiento que no figura en los manuales de Derecho pero que se usa con éxito en muchos sitios: se ruega al acusado que se mantenga a varios pasos de sus jueces y que les vuelva la espalda, y una vez cumplida esta formalidad el pelotón hace fuego. Esa sentencia no permite ni recurso ni casación.

Es un hecho, sin embargo, que el gobierno, en vez de aplicar una medida de ese tipo a las 52 personas que sus agentes habían señalado, organizó un proceso, y que el proceso no se hizo, en realidad, a esas 52 personas sino al Soviet de Diputados Obreros.

Desde ese momento, el gobierno nos obliga a apreciar críticamente la postura jurídica que ha adoptado.

La requisitoria pretende establecer que estos 52 acusados “han entrado en una asociación (...) que tiene por fin, en su opinión, atentar por la violencia contra el régimen que funciona en Rusia en virtud de las leyes fundamentales, y reemplazarlo por una república democrática”.

Tal es el fondo de la acusación que se basa en los artículos 101 y 102 del Código Penal.

Así, la requisitoria presenta al Soviet de Diputados Obreros como “asociación” revolucionaria constituida para llevar a cabo una tarea política determinada y formulada de antemano, como una organización, cuyos miembros, por el hecho de haberse adherido a ella, habían suscrito un programa político bien determinado. Esta calificación del soviet se contradice totalmente con la historia de su formación, tal como se encuentra descrita en la misma acusación.

En la primera página de la acusación leemos, en efecto, que los iniciadores del futuro soviet invitaban a los obreros a “elegir diputados para un Comité Obrero que diese al movimiento organización, unidad y fuerza” y “representase las necesidades de los obreros de Petersburgo ante el resto de la sociedad”. Y, “efectivamente –continuaba la requisitoria–, hubo entonces, en numerosas fábricas, elecciones de diputados. ¿Cuál era, pues, el programa del soviet así constituido? Ese programa no existía. Más aún, ese programa no podía existir, pues el soviet –como ya hemos visto– en lugar de componerse de personas que compartían las mismas opiniones políticas (como un partido o una conspiración) se formaba de representantes elegidos (como una дума o un zemstvo). Las condiciones mismas de la formación del soviet demuestran, sin lugar a dudas, que los hombres citados en la acusación, lo mismo que los demás miembros del soviet, lejos de entrar en un complot que tuviese como fin, conscientemente, derribar por la fuerza el régimen y crear una república democrática, se constituían en colegio de representantes cuyos trabajos no tomarían una dirección definida más que por la ulterior colaboración de sus miembros.

Si el soviet es una de las asociaciones previstas en los artículos 101 y 102, ¿dónde están los límites de esta asociación? Los diputados no entran por su propio deseo en el soviet, son enviados allí por los electores. Por otra parte, el colegio electoral no se disuelve nunca, permanece constantemente en la fábrica y el diputado tiene que darle cuenta de sus actos. Por la mediación del diputado, el colegio electoral influye de una manera decisiva en la actividad del soviet. En las cuestiones esenciales –huelgas, lucha por la jornada de ocho horas, armamento de los obreros– la iniciativa venía de las fábricas más avanzadas, no del soviet. Una reunión de obreros electores votaba determinada resolución y el diputado la transmitía al soviet. Por tanto, este soviet, este consejo, era la organización de la inmensa mayoría de los obreros de Petersburgo. En la base de esta organización se encontraba el conjunto de los colegios electorales, con respecto a los cuales el soviet representaba un papel análogo al del comité ejecutivo con respecto al mismo soviet.

Cierto pasaje de la requisitoria reconoce esta situación de la manera más categórica: “la tendencia del comité obrero¹ a realizar el armamento de todos los obreros se expresó (...) en las decisiones y las resoluciones de las diversas organizaciones que formaban parte del comité obrero”. La acusación cita un poco después una decisión de este tipo tomada por una reunión de obreros de la prensa. Pero si el sindicato de obreros de la prensa, según la opinión de los tribunales, “formaba parte” del soviet (o, más exactamente, formaba parte de las organizaciones del soviet) es evidente que, desde ese momento, cada miembro del sindicato se transformaba en miembro de una asociación que tenía como fin derribar al régimen por la violencia. Pero no solamente el Sindicato obrero de la Prensa, sino todos los obreros de las manufacturas y de las fábricas, al enviar diputados al soviet, entraban, a título de colegio electoral, en la organización del proletariado de Petersburgo. Y si los tribunales hubieran previsto una aplicación íntegra y lógica de los artículos 101 y 102, según la letra y el espíritu de la ley, hubiesen citado a comparecer en el banquillo de los acusados a los doscientos mil obreros de Petersburgo. Este era el punto de vista de los mismos obreros que, en junio, en una serie de resoluciones muy atrevidas, pidieron que se les juzgue a ellos también. Y esto no era solamente una manifestación política, este paso quería hacer recordar a los tribunales sus obligaciones más elementales desde el punto de vista jurídico.

Pero los principios del derecho les importan muy poco a los tribunales. Saben que la autoridad reclama un grupo de víctimas para sentir mejor el precio de “su victoria”, y limitaban el número de los acusados, a pesar de la evidencia, por medio de groseros sofismas.

1. Cierran completamente los ojos ante el hecho de que el soviet es una asamblea “elegida” y la consideran como una asociación de militantes revolucionarios.

2. El número de miembros del soviet se eleva a 500 o 600; lo que es demasiado para el proceso de intención que se quiere hacer a algunos conjurados que dirigen a la multitud obrera. Entonces los tribunales se contentan con separar la causa del comité ejecutivo. Conscientemente, los tribunales quieren ignorar que el comité ejecutivo ha sido elegido, que su composición es variable; sin tener en cuenta los documentos, los tribunales atribuyen al comité ejecutivo las decisiones que han sido tomadas por el soviet en asamblea plenaria.

3. Además de los miembros del comité ejecutivo, los tribunales escogen y llaman, de entre los miembros del soviet, a los diputados que “han tomado parte activa y personal (?) en los trabajos del soviet”.

¹ Así se llamaba el soviet al principio. (1909)

Esta distinción es absolutamente arbitraria; el código no castiga solamente al que “toma parte activa y personal” en un complot, sino a todo hombre afiliado a una asociación criminal. El carácter de la participación determina simplemente el grado de la pena.

¿Cuál es entonces el criterio de los tribunales? La prueba de una participación activa y personal, en una asociación, cuyo fin es derribar al régimen por la violencia, la acusación lo encuentra, por ejemplo, en el hecho de haber controlado los carnets de entrada, de haberse unido a un grupo de huelguistas, o, incluso, en la simple declaración de ser miembro del soviét. Así con respecto a los acusados Krasin, Lukanin, Ivanov y Marlotov, los tribunales no pueden usar más que un solo motivo de acusación: el reconocimiento de haber pertenecido al soviét. De esta declaración los tribunales deducen, por misteriosas razones, su “participación activa y personal”.

4. Si se observa que ciertas personas “extrañas” al soviét fueron detenidas el 3 de diciembre, durante una sesión a la cual asistían “por azar”, si se reconoce que estas personas no entraron nunca en relaciones directas con el soviét y no tomaron nunca la palabra, podremos hacernos una idea de la detestable arbitrariedad que guió a los tribunales en la elección de sus acusados.

5. Pero esto no es todo. Después del 3 diciembre, lo que quedaba del soviét fue completado con nuevos miembros, el comité ejecutivo se reformó, *Izvestia* continuó apareciendo (el número 8 salió al día siguiente de nuestra detención) y el soviét reconstituido llamó a los obreros a la huelga de diciembre. Algún tiempo después, el comité ejecutivo de este nuevo soviét fue detenido, y ¿qué ocurrió entonces? A pesar de que se había limitado a continuar la obra de sus predecesores persiguiendo los mismos fines y aplicando los mismos métodos de lucha, el nuevo soviét, en vez de ser llamado a juicio fue entregado a la represión administrativa.

¿Se mantuvo el soviét dentro del campo del derecho? No, desde luego, pero es que no podía mantenerse porque este campo no existía.

El Soviet de Diputados, aun cuando hubiera querido, no hubiera podido servirse del manifiesto del 17 de octubre para justificar su creación porque, cuando se constituyó, el manifiesto aún no existía. El soviét salió del movimiento revolucionario que más tarde nos valió también el manifiesto.

La acusación reposa enteramente en la grosera ficción de suponer la persistencia integral de la legislación rusa durante el año pasado. Los tribunales expresan la fantástica hipótesis de que todos los artículos del Código criminal han conservado siempre su valor efectivo, que nunca se

han dejado de aplicarlos, que nunca han sido abolidos, si no de derecho al menos de hecho.

Ahora bien, la revolución había arrancado del viejo código, con el mudo consentimiento de las autoridades, un buen número de páginas.

¿Es que los congresos de los zemtvos se habían apoyado en el derecho? ¿Las manifestaciones se habían reglamentado según el derecho? ¿La prensa había observado los reglamentos de la censura?, y las sociedades de intelectuales ¿no se habían constituido impunemente o, como se dice ahora, “espontáneamente”, cosa que viene a decir “en nombre del derecho revolucionario”?

Pero examinemos la suerte misma del soviét. Suponiendo que los artículos 101 y 102 del código hayan estado siempre en vigor, los tribunales consideran al soviét como una organización francamente criminal, y esto desde el día de su formación, por lo que el hecho de pertenecer al soviét se transforma en un crimen. Pero entonces, ¿cómo explicar que un alto representante del poder haya iniciado conversaciones con una asociación criminal que tenía como fin establecer la república por medio de la revolución? Si se admite que la legislación antigua continuaba en vigor, íntegramente, las conversaciones del conde Witte son un crimen que sería preciso juzgar. La inconsecuencia de los tribunales, cuando intentan defender un derecho inexistente, es manifiesta en este punto.

La acusación cita la discusión que tuvo lugar a propósito del envío de una delegación al conde Witte con el fin de obtener la libertad de tres miembros del soviét detenidos en un mitin ante la catedral de Kazán, y el fiscal considera este paso como una “tentativa legítima para obtener la libertad de los detenidos”.

Por lo tanto, los tribunales admiten que el conde Witte, representante del poder ejecutivo, haya tenido una entrevista con los miembros de una asociación revolucionaria cuyo fin es derribar al régimen que Witte está llamando a defender.

¿Cuál fue el resultado de “esta legítima tentativa”? La acusación reconoce perfectamente que el presidente del consejo de ministros, “después de haber hablado con el prefecto de policía, mandó a liberar a las personas detenidas” (pág. 6). Así es que el poder gubernamental cedía a las exigencias de hombres cuyo lugar, siguiendo los artículos 101 y 102, era el presidio, y no la antecámara del ministro.

¿Dónde estaba la “legalidad” en este asunto? ¿La reunión que tuvo lugar ante la catedral de Kazán (el 18 de octubre) estaba autorizada por la ley? No, sin duda, ya que los miembros del soviét que presidieron este mitin fueron detenidos. ¿Era legal que una asociación antigubernamental enviase una delegación al gobierno? Los tribunales dicen que sí. ¿La ley

aprobaba la puesta en libertad de tres criminales ante las instancias de otros cientos de criminales? La ley, parece ser, quería más bien la detención de los cómplices que habían quedado en libertad. Pero ¿es que el conde Witte concedía la amnistía a estos criminales? ¿De dónde le venía ese derecho de amnistía?

El Soviet de Diputados Obreros no se mantenía en el derecho, pero el poder gubernamental tampoco. Ese derecho no existía.

Las jornadas de octubre y de noviembre conmovieron a una inmensa cantidad de gente, develaron numerosas tendencias que habían permanecido siempre ignoradas, multiplicaron las jóvenes organizaciones y crearon nuevas relaciones políticas. Por el manifiesto del 17 de octubre, el antiguo régimen quedaba liquidado solemnemente en todo lo que se refiriera a su pasado. Pero el nuevo régimen no existía aún. Las viejas leyes que estaban en contradicción evidente con el manifiesto, no habían sido abolidas. Sin embargo de hecho, se las violaba constantemente. Fenómenos nuevos, nuevas formas de vida no podían encontrar sitio en los límites de la "legalidad" instituida por la autocracia. El poder no solamente toleraba que la ley fuese transgredida mil veces sino que cubría en cierta medida los crímenes y los delitos. Por otra parte, en buena lógica, el manifiesto del 17 de octubre abolía un gran número de leyes en vigor y suprimía el aparato legislativo del absolutismo.

Las nuevas formas de la vida social se constituían y vivían fuera de toda definición jurídica. El soviet era una de estas formas.

La diferencia, enorme hasta el ridículo, que se ve entre los grupos definidos por el artículo 101 y la naturaleza real del soviet se explica por el hecho de que el Soviet de Diputados Obreros era una institución absolutamente nueva, una creación que las leyes de la antigua Rusia no habían previsto. Surgió en un momento en que el velo del antiguo derecho, muy usado ya, se rompía, y el pueblo revolucionario pisoteaba los jirones. El soviet se constituyó fuera del derecho, conforme a una necesidad real.

Cuando la reacción dirigente se consolidó, después de haber rechazado los primeros ataques, recurrió a las leyes caducas: en una riña se toma la primera piedra a mano para lanzarla al adversario. El artículo 101 del Código criminal es una piedra de la que han creído poder servirse, y los magistrados se han encargado de tirarla; los tribunales tenían orden de castigar a todos aquellos que les señalasen unos policías ignorantes y unos fiscales vendidos a la policía.

Desde el punto de vista jurídico, la acusación se encontraba en una situación poco envidiable; se vio muy bien cuando examinó la cuestión de la participación de los representantes oficiales de los partidos en las decisiones del soviet.

Cualquiera que conozca el soviét, no ignora que los representantes de los partidos no tenían, ni en el soviét ni en su comité ejecutivo, el derecho al voto; participaban en los debates, pero no en las votaciones. Esto se explica por el hecho de que el soviét estaba organizado según el principio de representación de las empresas y profesiones obreras, no de partidos. Los representantes de los partidos podían ser útiles y se hacían útiles al soviét por su experiencia política y por sus conocimientos, pero no podían votar sin violar el principio de representación de las masas obreras. Eran, podríamos decir, expertos políticos en el seno del soviét.

Este hecho indudable que no era difícil de entender, creaba, sin embargo, un gran problema a los magistrados de la instrucción y la acusación.

La primera dificultad era de orden puramente jurídico. Si el soviét era una asociación criminal con tal o cual fin, si los acusados eran miembros de esta asociación criminal y debían, precisamente por esto, comparecer ante el tribunal, ¿cómo tratar a los acusados cuyo sufragio era puramente consultivo, que podían defender una opinión pero no obrar a título de miembros de la asociación, que no podían, votar, es decir, vincularse directamente a la voluntad colectiva de la asociación criminal? Lo mismo que las declaraciones de un experto en un tribunal pueden ejercer una enorme influencia sobre los jueces sin que, por eso, el experto responda de la sentencia, las declaraciones de los representantes de los partidos, aunque hayan influido en la actividad del soviét, no hacen por eso jurídicamente responsables a los hombres que han dicho al soviét: “Esta es nuestra convicción, esta es la opinión de nuestro partido, pero la decisión depende de vosotros.” Desde luego, los representantes de los partidos no tienen de ninguna manera la intención de eludir los tribunales invocando este motivo. La “justicia” intenta defender algo más que los artículos de la ley y el derecho, se preocupa de los intereses de una clase. Y como los representantes de los partidos, al igual que los miembros del soviét, han atacado a esta clase, es natural que la venganza del gobierno, presentada bajo la apariencia de una sentencia del Palacio de Justicia, caiga sobre los representantes de los partidos, lo mismo que sobre los de las fábricas y manufacturas. Pero hay una cosa que es indudable: si se declara que los diputados del soviét son miembros de una asociación criminal y si, para afirmar esto, se violenta la verdad y la significación jurídica de las palabras, la aplicación del artículo 101 a los representantes de los partidos es una cosa totalmente absurda. Al menos la lógica humana lo dice así y la lógica del derecho no puede ser más que una aplicación de la lógica general a un conjunto de nociones especiales.

La segunda dificultad que la “justicia” encontraba cuando examinó la situación de los delegados de los partidos en el soviét, era de carácter político. El fin último perseguido por el general de policía Ivanov y, después, por

el sustituto Baltz o por el que lo inspirase, era bastante simple: presentar al soviét como una organización de conspiradores que, bajo la presión de un pequeño grupo de revolucionarios profesionales, dirigía a las masas organizadas. Todo se oponía a esta imagen del soviét, su composición, su actividad abierta y pública, los procedimientos de discusión y deliberación que en él se aplicaban y, por último, el hecho de que los representantes de los partidos no tuviesen voto. Ahora bien ¿qué es lo que hizo durante la instrucción a pesar de todo?

Si la verdad material está contra ella, tanto peor para la verdad, que la magistratura corrigió con medios administrativos. Con los interrogatorios, y según los informes de sus agentes, la policía podía fácilmente establecer que los representantes de los partidos no tenían en el soviét más que derecho a voz, pero no a voto. La policía lo sabía, pero como este hecho estorbaba a sus combinaciones, hizo conscientemente todo lo necesario para engañar a la “justicia”. Era muy importante saber cuál había sido la situación jurídica de los representantes de los partidos en el Soviet y la policía dejó de lado sistemáticamente esta cuestión. Para ella resultó muy importante decir en qué lugar estaba sentado tal o cual miembro del comité ejecutivo, cómo se entraba o cómo se salía, pero se olvidó completamente de preguntarse si 70 socialdemócratas y 35 socialistas revolucionarios, en total 105 representantes, tuvieron voto a la hora de decidir la huelga general, la jornada de 8 horas, etc. No se interrogó a los acusados ni a los testigos sobre estas cuestiones a fin de evitar todo tipo de aclaraciones². Es un punto evidente e irrecusable.

Hemos dicho más arriba que los jueces instructores se desviaban adrede de la acusación. ¿Es exacto esto? La “justicia”, representada por uno de sus miembros, asistía a los interrogatorios o, por lo menos, los firmaba. Tenía, pues, la facultad de dilucidar si había algo de interés en ellos para el esclarecimiento de la verdad. Desde luego, de esto no se ocuparon para nada, porque no solamente cubrían los “defectos” de la instrucción sino que se sirvieron de ellos para sacar conclusiones a todas luces falsas.

Esto aparece de una manera muy clara en la parte de requisitoria que trata de las actividades del soviét destinadas a conseguir armas para los obreros.

No estudiaremos aquí la cuestión de la insurrección armada y la actitud tomada a este respecto por el soviét; este tema ha sido estudiado en otros artículos. Será suficiente decir que el levantamiento armado, en tanto que idea revolucionaria que inspira a las masas y determina su organización, difiere tanto de la rebelión armada que se imaginan los

² Sólo hay un momento de la requisitoria en el que se dice que, según Rastorguev, “los representantes de los partidos no tenían derecho al voto”, pero el fiscal no se ocupó lo más mínimo de aclarar este punto o, más bien, lo que hizo fue olvidarlo tranquilamente. (1909)

jueces y la policía, como el Soviet de Diputados Obreros de las asociaciones previstas por el artículo 101. Pero si la instrucción y la acusación, en su estupidez policíaca, son incapaces de comprender la significación y el espíritu del soviet, si se pierden a la hora de ver sus ideas políticas, no buscan más que basar obstinadamente su requisitoria en un principio claro y simple, como es la pistola automática.

La policía, como veremos no podía proporcionar a la “justicia” más que modestas afirmaciones sobre este punto, y sin embargo, el autor de la requisitoria trató temerariamente de probar que el comité ejecutivo había armado a las masas obreras con el fin de provocar una insurrección. Nos vemos obligados a citar todo un pasaje de la acusación a fin de examinarla en detalle.

“En esta época —es decir, en la segunda quincena de noviembre—, dijo el fiscal, se realizaron todos los planes mencionados antes, los planes formados por el comité ejecutivo para el armamento de los obreros de Petersburgo; pues, según nos ha dicho Grigori Levkin, diputado de la fábrica de tabaco Bogdanov, en una de las sesiones que tuvieron lugar a mediados de noviembre, se decidió (¿por quién?) constituir, para sostener a los manifestantes, grupos de diez y cien obreros armados; entonces, el diputado Nemtsov hizo observar que a los obreros les faltaban armas, y entre los asistentes (¿dónde fue esto?) se empezó una colecta cuyo producto sería utilizado para comprar armas.”

Así pues, nos enteramos de que, a mediados de noviembre, el comité ejecutivo realizaba “todos” sus planes para armar al proletariado. ¿Cómo prueban esto? Por dos testimonios indiscutibles: en primer lugar Grigori Levkin declara que, hacia esta época, se había decidido (probablemente por el soviet) constituir grupos armados de 10 y 100 obreros. ¿No está claro que el soviet, a mediados de noviembre, había realizado todos sus planes de armar a los obreros, desde el momento en que expresaban... la intención (o la decisión) de organizar grupos? Pero, ¿había tomado el soviet esta decisión realmente? De ninguna manera. La requisitoria se basa en este caso no en la decisión del soviet, que no fue tomada, sino en el discurso de uno de los miembros del soviet (yo).

Así, para probar que “los planes” se habían realizado, la justicia cita una resolución que, incluso aunque hubiera sido tomada, no sería por sí misma más que un “plan”.

Como segunda prueba del armamento de los obreros de Petersburgo a mediados de noviembre, se nos citan las palabras de Nikolai Nemtsov, que “precisamente entonces” hacía observar que a los obreros les faltaban armas. Es difícil comprender cómo, cuando Nemtsov señala que faltaban armas, eso puede servir de prueba de la presencia de armas. Se dijo antes

que “entre los asistentes se empezó una colecta cuyo producto serviría para comprar armas”. Es indiscutible que los obreros han tratado de reunir fondos con destino a la compra de armas. Pongamos que, en el caso particular del que habla el fiscal haya tenido lugar una colecta de este tipo; pero es imposible, sin embargo, admitir que, desde ese momento y a causa de este hecho, “se hayan realizado todos los planes del comité ejecutivo en lo que concierne al armamento de los obreros de Petersburgo”. Además, uno se pregunta ante quien Nicolás Nemtsov creía útil señalar que faltaban armas. Evidentemente, ante la asamblea del soviét, o bien del comité ejecutivo. Es preciso, pues, admitir que varios cientos de diputados recogían dinero entre ellos para armar las masas; ¡y este hecho, inverosímil por sí mismo, tendría que ser la prueba de que las masas estaban ya armadas!

Como ya tienen probado que los obreros estaban armados, no queda más que develar el fin. La requisitoria se expresa también con respecto a este tema: “estas armas, como certifica el diputado Alexei Chichkin, tenían como pretexto la posibilidad de pogromos, pero, según él, estos pogromos no eran más que un pretexto, y, en realidad, se preparaba una insurrección armada para el 9 de enero”. “En efecto, continúa el fiscal, la distribución de armas, según la declaración del diputado Mijhail Jajarev, de la fábrica Odner, fue empezada por Jrustalev-Nosar en octubre, y Jajarev recibió de Jrustalev una browning “para defenderse de las Centurias Negras”.

Ahora bien, este fin defensivo del armamento ha sido desmentido no solamente por las decisiones del soviét sino por el contenido de ciertos documentos descubiertos entre los papeles de Georgi Nosar; se ha encontrado el texto auténtico de una resolución del soviét, no fechada, con un llamamiento a las armas, a la formación de compañías y de un ejército “dispuesto a resistir al gobierno de las Centurias Negras que desgarran a Rusia”.

Detengámonos primero en este punto. La resistencia a las Centurias Negras no era más que un pretexto: el verdadero fin del armamento general realizado por el soviét a mediados de noviembre sería una rebelión armada para el 9 de enero.

Es verdad que este fin no era conocido ni por aquellos a los que se armaba ni por quienes los armaban, de manera que, sin la declaración de Alexei Chichkin, se habría ignorado siempre que la organización de las masas obreras había fijado el levantamiento para una fecha determinada. Otra prueba de que hacia mediados de noviembre el comité ejecutivo armó a las masas para una insurrección en enero, era que Jajarev recibió de Jrustalev una browning “para defenderse de las Centurias Negras”.

El fin defensivo de las armas se ve desmentido, sin embargo, según el fiscal, por otros documentos encontrados en los papeles de Nosar, por

ejemplo por el texto auténtico (?) de una resolución por la que se hacía un llamamiento a las armas, con el fin de oponer una resistencia al “gobierno de las Centurias Negras que desgarró a Rusia”. El Soviet de Diputados Obreros recordaba a las masas que era necesario armarse y que la insurrección sería inevitable; esto está probado por medio de numerosas decisiones del soviét, nadie puede negarlo, y el fiscal ni tuvo que buscar pruebas para este hecho. La acusación trataba de mostrar simplemente que el comité ejecutivo, a mediados de noviembre, “había realizado todos sus planes” de armar a las masas y que este armamento había tenido como fin inmediato la rebelión armada. Como prueba, el fiscal cita una resolución que se distingue de las demás en que no se puede decir en qué fecha ha sido tomada, e incluso ni siquiera si ha sido tomada por el soviét. Y es precisamente esta dudosa resolución la que tiene que desmentir el carácter defensivo del armamento, puesto que habla de una resistencia (esta es la palabra) al gobierno de las Centurias Negras que desgarró a Rusia.

Sin embargo, los descuidos de la acusación en la cuestión de los revólveres no terminan aquí. El fiscal sigue diciendo: “Entre los papeles de Nosar se ha encontrado una nota redactada por no se sabe quién, nota que prueba que Nosar había prometido distribuir, en la sesión que siguiera al 13 de noviembre, pistolas sistema Browning, o bien Smith y Wesson, a precios reducidos, en favor de la organización; el autor de esta nota, que vive en Kolpino, pide que se le dé lo que se le ha prometido.”

¿Por qué el autor de la nota, “que vive en Kolpino”, no ha podido obtener pistolas “a precios reducidos” con fines de legítima defensa y no de levantamiento armado? Esto es tan difícil de comprender como el resto. Lo mismo podría decirse de otra petición de pistolas que se ha mencionado en el proceso.

A fin de cuentas, los informes proporcionados por la justicia en lo que se refiere al armamento de los obreros de Petersburgo son verdaderamente lamentables. La propia requisitoria se da cuenta de ello: “Entre los documentos de Nosar -se dice- no se han encontrado más que gastos insignificantes para la compra de armas, pues no había más que un carnet y una hoja arrancada, donde estaba anotada la entrega a los obreros de pistolas de diferentes sistemas y de cajas de cartuchos; además, estas notas probarían que no se habían distribuido más que 64 pistolas. Sesenta y cuatro pistolas significan pues la realización de “todos los planes” del comité ejecutivo en lo referente al armamento de los obreros, en vista a un levantamiento en enero: el fiscal se ve atrapado. Entonces se arriesga a dar un paso si las pistolas no han sido compradas, tratará de probar que “podían haberlo sido”.

Con este fin, el fiscal completa los pobres informes que acaba de proporcionar, dejando entrever grandes posibilidades financieras. Tras haber

señalado que en la fábrica de la Sociedad de Wagons-Lits se había recogido dinero destinado a comprar armas, dice: “las colectas de este género permitían comprar armas, el soviet de diputados obreros podía, en caso de necesidad, comprar armas en grandes cantidades, ya que disponía de sumas considerables.” El total de ingresos realizados por el comité ejecutivo ascendía a 30.063 rublos con 52 kopeks.

Esta forma de afirmar las cosas es la misma que la de un folletín, que no busca ni la verosimilitud. Se citan notas y “textos auténticos” de decisiones, para dejarlos de lado en seguida y recurrir a simples suposiciones: el comité ejecutivo tenía mucho dinero, luego tenía muchas armas.

Si se sigue el método de la justicia, se puede decir: la policía tenía mucho dinero, luego los autores de los pogromos tenían muchas armas. Esta conclusión no sería idéntica más que en apariencia a la de la requisitoria pues, mientras que el menor kopek estaba escrito en las cuentas del soviet, lo que permite refutar fácilmente las audaces suposiciones del fiscal, los gastos de la policía permanecen en el mayor secreto, secreto que una verdadera justicia debería haber explorado hace mucho tiempo.

Para acabar con las razones y conclusiones de la requisitoria sobre las armas de los obreros, vamos a tratar de presentarlas en una forma concisa y lógica.

TESIS: hacia mediados de noviembre, el comité ejecutivo, ha armado al proletariado de Petersburgo con el fin de hacer una insurrección armada.

PRUEBAS: *a)* uno de los miembros del soviet, en la reunión del 6 de noviembre impulsó a la asamblea a organizar a los obreros en grupos de 10 y 100; *b)* Nikolai Nemtsov, a mediados de noviembre señalaba que faltaban armas; *c)* Alexei Chichkin sabía que el alzamiento había sido fijado para el 9 de enero; *d)* “desde el mes de octubre”, Jajarev tenía una pistola para defenderse de las Centurias Negras; *e)* una resolución cuya fecha se ignora dice que es preciso procurarse armas; *f)* un desconocido, “que vive en Kolpino”, ha pedido que se le proporcionasen pistolas “a precios reducidos a favor de la organización”; *g)* aunque no se pueda probar más que la distribución de 64 pistolas, el soviet tenía dinero, y como el dinero permite comprarlo todo, el dinero del soviet ha podido ser cambiado por armas.

Esta forma de razonar es tan estúpida, tan contraria al buen sentido, que no se la pondría ni siquiera como un ejemplo de sofisma en un manual de lógica.

Con estos materiales y sobre este edificio jurídico, el tribunal debía, sin embargo, erigir su sentencia.

3. MI DISCURSO ANTE EL TRIBUNAL

Sesión del 4 de octubre de 1906

Señores jueces: El objeto de los debates y de la instrucción se refiere esencialmente a la cuestión de la insurrección armada, cuestión que, durante los cincuenta días de existencia del Soviet de Diputados Obreros, no se ha planteado –por raro que pueda parecer el hecho al tribunal especial– en ninguna de las sesiones del soviet. En ninguna de nuestras sesiones se ha formulado la cuestión de la insurrección armada; más aún, en ninguna de nuestras sesiones se han presentado ni discutido particularmente las cuestiones de la Asamblea Constituyente, de la república democrática, ni siquiera la de la huelga general y su significación como método de lucha revolucionaria. A estas cuestiones esenciales, que habían sido debatidas durante muchos años, primero en la prensa revolucionaria y después en los mítines y reuniones, el Soviet de Diputados Obreros las ha dejado a un lado. Diré después cómo se explica esto y caracterizaré la actitud del soviet con respecto a la insurrección armada. Pero antes de abordar esta cuestión esencial para el tribunal me permito llamar la atención de los señores jueces hacia otro punto, que, en comparación con el primero presenta un interés más general, aunque menos grave: es la cuestión del empleo de la violencia por el soviet. ¿Se reconocía el soviet el derecho, en la competencia de cualquiera de sus órganos, de aplicar, en ciertos casos, la violencia y las represalias? A esta pregunta, formulada en general, responderé: ¡Sí! Yo sé tan bien como el representante de la acusación que, en todo Estado que funciona “normalmente”, cualquiera que sea la forma de este Estado, el monopolio de la violencia y de la represión pertenece al poder gubernamental. Es su derecho “inalienable” y lo guarda celosamente, velando porque ningún grupo de particulares se lo quite. Así es como la organización gubernamental lucha por la existencia. Es preciso representarse de una manera concreta la sociedad actual, esta complicada cooperación de intereses contradictorios, en un inmenso país como Rusia, para comprender enseguida que, en el régimen social de hoy, desgarrado por los antagonismos, la represión y las represalias son inevitables. No somos anarquistas, somos socialistas. Los anarquistas nos llaman “estatistas”

porque reconocemos la necesidad histórica del Estado, y por consiguiente, la necesidad histórica de la violencia gubernamental. Pero en las condiciones creadas por la huelga general política, cuyo interés esencial es paralizar el mecanismo gubernamental, en estas condiciones, el antiguo régimen que se sucede a sí mismo y contra el cual iba dirigida la huelga se ha mostrado absolutamente incapaz de ninguna acción; el poder gubernamental no ha podido mantener el orden, ni siquiera con los medios bárbaros de que disponía. Ahora bien, la huelga lanzaba a miles y miles de obreros de la fábrica a la calle, llevándoles a la vida política y social.

¿Quién podía dirigirlos y poner disciplina en sus filas? ¿Algún órgano del antiguo poder? ¿La policía? Me pregunto quién y no encuentro respuesta. ¡Nadie, salvo el Soviet de Diputados Obreros! El soviét, que conducía estas fuerzas inmensas, se había impuesto la tarea de disminuir en lo posible las dificultades interiores, de prevenir todo exceso y de reducir al mínimo el número de víctimas que, fatalmente, causaría la lucha. Y así el soviét que surgió en el conflicto político, no era otra cosa que el órgano del gobierno autónomo de las masas revolucionarias, el *órgano de un poder*. Mandaba sobre los partidos, en nombre de la voluntad de todos. Era un poder democrático al que todos se sometían de buen grado. Pero, en la medida en que el soviét era el poder organizado de la inmensa mayoría, se veía obligado a aplicar procedimientos de represión contra aquellas fracciones de la masa que introdujeran la anarquía en sus filas. Oponer su fuerza a estos elementos era un derecho del Soviet de Diputados Obreros: juzgaba así las cosas, se consideraba como un nuevo poder histórico, como el único poder en el momento de la bancarrota íntegra, tanto moral como política y técnica, del antiguo gobierno; era la única garantía de la inviolabilidad de las personas y del orden social en el mejor sentido de la palabra.

Los representantes de un viejo poder que se apoya completamente sobre una sangrienta represión, no tienen el derecho a indignarse cuando se habla de los métodos violentos del soviét. El poder histórico en nombre del cual habla aquí el fiscal no es más que la violencia organizada de una minoría contra la mayoría. El nuevo poder del que es precursor el soviét es la voluntad organizada de la mayoría que llama al orden a la minoría. Ahí está la diferencia, ahí es donde aparece el derecho revolucionario del soviét a la existencia, derecho que pasa por encima de todas las dudas jurídicas y rurales.

El soviét se había reconocido el derecho a aplicar la represión, pero ¿en qué ocasiones y en qué medida? Cientos de testigos han venido a decirlo, antes de aplicar la violencia, el soviét recurría a la exhortación;

este era su verdadero método y lo empleó infatigablemente. Por la propaganda revolucionaria, por la palabra, el soviét levantaba y sometía su autoridad a masas cada vez más numerosas. Si chocó con la resistencia de grupos ignorantes o apartados del proletariado, se pensó que siempre habría tiempo para impedirles molestar por la fuerza física. Se buscaron otros medios, como han demostrado las declaraciones de los testigos. Se empleó la razón con los directores de las fábricas, invitándoles a suspender los trabajos, se trabajó con los obreros ignorantes por medio de los técnicos e ingenieros que aprobaban la huelga general, se enviaron diputados a los obreros para animarlos a abandonar el trabajo, y sólo en casos extremos se amenazó con la violencia a los que rompían la huelga. ¿Se ha empleado siquiera la violencia? No se encontrarán ejemplos en los autos del sumario y, a pesar de todos los esfuerzos que se han hecho, ha sido imposible encontrarlos. Incluso tomando en serio los ejemplos, más bien cómicos que trágicos, de “violencia” que se han mencionado en el tribunal (alguien entró en un piso con la gorra puesta, un hombre detuvo a otro con consentimiento mutuo...), ¿qué significa esa gorra que se han olvidado de quitar ante los cientos de cabezas que el antiguo régimen no cesa de hacer caer por su culpa? Si se piensa en ello, las violencias del Soviet de Diputados Obreros adquieren su verdadero sentido. Y no tenemos necesidad de otra cosa.

Nuestra tarea es reconstituir los acontecimientos de ese momento bajo su auténtico aspecto, y precisamente para cumplir esa tarea es para lo que nosotros, los acusados, resolvemos tener una participación activa en este proceso.

Voy a hacer al tribunal otra pregunta, importante en extremo: ¿Se mantuvo el Soviet de Diputados Obreros, en sus actos y en sus declaraciones, en el campo del derecho y, particularmente, en el campo del manifiesto del 17 de octubre? ¿Qué relación podía existir entre las resoluciones adoptadas por el soviét con respecto a la Asamblea constituyente o a la república democrática y el manifiesto de octubre? Esta es una cuestión que entonces no nos interesaba pero que hoy adquiere una enorme importancia para la justicia. Hemos oído aquí, señores jueces, la declaración del testigo Lutchinin, que me ha parecido extraordinariamente interesante y, en algunas de sus conclusiones, muy justa y profunda. Ha dicho, entre otras cosas, que el Soviet de Diputados Obreros, republicano en su forma, en sus principios y en su ideal, realizaba de hecho, concreta y directamente, las libertades que el manifiesto imperial había proclamado en principio y contra las cuales luchaban, con todos los medios a su alcance, los mismos que habían publicado el manifiesto. Sí, señores jueces, nosotros, el soviét revolucionario y proletario,

hemos llevado a la práctica la libertad de palabra, de reunión, la inviolabilidad de la persona, todo lo que había sido prometido al pueblo bajo la presión de la huelga de octubre. Por el contrario, el aparato del antiguo poder da la impresión de no haberse despertado, a no ser para romper las actas donde constaban las conquistas del pueblo. Señores jueces, he aquí un hecho indudable, objetivamente probado, que pasará a la Historia. No se puede negar porque es innegable.

Sin embargo, se me puede preguntar –se preguntarán quizá mis compañeros– si nos hemos apoyado subjetivamente en nuestro fuero interno, en el manifiesto del 17 de octubre. Responderemos entonces con un no categórico. ¿Por qué? Porque estábamos convencidos –y no nos engañábamos– de que el manifiesto del 17 de octubre no constituía una base jurídica, de que no establecía un nuevo derecho. En efecto, un nuevo régimen jurídico, señores jueces, no se establece a nuestro parecer, con manifiestos, sino que es necesario para ello la reorganización real de todo el aparato gubernamental. Y como nos manteníamos en este punto de vista materialista, el único acertado, creíamos tener derecho a dudar de las virtudes inmanentes del susodicho manifiesto y lo declarábamos abiertamente. Pero nuestra actitud personal, en tanto que miembros de un partido, en tanto que revolucionarios, no define todavía, me parece, para el tribunal, nuestra actitud objetiva, en tanto que ciudadanos del Estado, con respecto al manifiesto, considerado como la base formal del régimen, pues el tribunal en la medida en que representa a la justicia, tiene que considerar al manifiesto como una base, o bien tiene que dejar de existir. Sabemos que en Italia, un partido burgués republicano-parlamentario puede existir conforme a la constitución monárquica del país. En todos los Estados civilizados se ve la existencia legal, se ven las luchas de los partidos socialistas, que se son esencialmente republicanos. Preguntemos ahora si el manifiesto del 17 de octubre nos comprende también a nosotros, socialistas-republicanos, en su régimen de libertad. Esta cuestión debe ser decidida por el tribunal.

Es el tribunal quien tiene que decir si tenemos razón nosotros, los socialdemócratas, cuando declaramos que el manifiesto constituyente no era más que una serie de promesas que no se cumplirían nunca de buen grado; dirá si teníamos razón al criticar, como revolucionarios, las garantías que se nos ofrecían sobre el papel, si la teníamos al llamar al pueblo a la lucha abierta para conseguir una libertad verdadera y completa. ¡O bien, que diga que nos hemos equivocado!

Que diga que el manifiesto del 17 de octubre era una verdadera base jurídica sobre la cual nosotros, los republicanos, obrábamos conforme a la ley, a pesar de nuestra desconfianza y de nuestras intenciones.

Que el manifiesto del 17 de octubre nos diga por medio de vuestra sentencia: “me habéis negado, pero existo para vosotros como para todo el país.”

Ya he dicho que el Soviet de Diputados Obreros, en sus sesiones, no había planteado ni una sola vez la cuestión de la Asamblea Constituyente y de la república democrática. Sin embargo, su opinión sobre estos dos puntos, como habéis visto por las declaraciones de los testigos estaba muy claramente definida. ¿Cómo hubiera podido ser de otro modo? El soviét no había salido de la nada, había surgido en el momento en que el proletariado ruso acababa de pasar por el 9 de enero, por el orden del senador Chidlovski y, en general, por la larga, demasiado larga escuela del absolutismo ruso. Reivindicar una asamblea constituyente, el sufragio universal, la república democrática, eso entraba, antes de la existencia del soviét, en las fórmulas esenciales del proletariado revolucionario, junto con la jornada de ocho horas. Por esto es por lo que el soviét nunca tuvo que plantearse estas cuestiones de principio; las inscribió simplemente en sus resoluciones, como problemas resueltos de una vez y para siempre. Ocurrió lo mismo, en suma, con la idea de la insurrección.

Antes de llegar a la cuestión de la insurrección, tengo que advertir que, puesto que he comprendido la opinión de la acusación y, al menos parcialmente, la del tribunal sobre este punto, esta opinión difiere de la nuestra no solamente en el sentido político sino también en la significación que se le da, apreciación contra la cual sería inútil luchar: la noción misma de insurrección armada que posee el fiscal difiere radicalmente de la que tenía el soviét, y con él todo el proletariado ruso.

¿Qué es una insurrección, señores jueces? ¿Un complot de palacio, un complot militar, o un levantamiento de las masas obreras? El presidente del tribunal ha preguntado a uno de los testigos si él estimaba que la huelga política era una insurrección. No me acuerdo de lo que ha contestado el testigo, pero creo y afirmo que la huelga política, a pesar de las dudas del señor presidente, es esencialmente una insurrección. No es una paradoja, aunque la acusación pueda juzgarlo así. Lo repito: para mí, la insurrección –y voy a demostrarlo– no tiene nada en común, salvo el nombre, con lo que se figuran los policías y los tribunales. La huelga política es una insurrección, he dicho. En efecto ¿qué es la huelga general política? No tiene nada en común con la huelga económica, aunque, en los dos casos, los obreros abandonen el trabajo. Por lo demás, las dos huelgas son absolutamente distintas. La huelga económica tiene como fin preciso y limitado actuar sobre un empresario, impidiéndole mantener su competencia con otras empresas. Esta huelga detiene el trabajo en una fábrica para obtener modificaciones inter-

nas en esta fábrica. La huelga política difiere profundamente de la anterior por su carácter. Por regla general, no ejerce ninguna presión sobre los capitalistas, no formula reivindicaciones económicas particulares: sus exigencias alcanzan, por encima de los patrones y de los consumidores, al poder gubernamental. ¿Cómo actúa entonces la huelga política sobre el poder? Paralizando sus funciones vitales. El Estado moderno, incluso en un país tan atrasado como Rusia, se apoya sobre un organismo económico centralizado cuya armadura general está constituida por los ferrocarriles y el telégrafo, que son, podríamos decir su sistema nervioso. Y aunque el absolutismo ruso no utilice el telégrafo, los ferrocarriles y, en general, todas las conquistas de la técnica moderna para fines culturales y económicos, tiene gran necesidad de ellos para ejercer su represión. Para poder enviar tropas de un extremo al otro del país, para unificar y guiar la acción de la administración en su lucha contra la rebelión, los ferrocarriles y el telégrafo son instrumentos indispensables. ¿Y qué es lo que hace la huelga política? Paraliza el aparato económico del Estado, rompe los lazos que existían entre las diferentes piezas de la máquina administrativa, aísla y priva de fuerza al gobierno. Por otra parte, da una cohesión política a la multitud de obreros de las fábricas y manufacturas, y opone este ejército obrero al poder gubernamental. Esta es, señores jueces, la naturaleza propia de la insurrección: unificar las masas proletarias en una misma protesta revolucionaria y oponerlas al poder gubernamental organizado, como un enemigo frente a otro; esa es la insurrección, señores jueces, así es como la entendía el Soviet de Diputados Obreros y así es como yo la entiendo. Esta colisión revolucionaria de los dos campos enemigos la hemos visto durante la huelga de octubre, que se desencadenó como una fuerza elemental, sin la ayuda del soviét, que surgió antes de la existencia misma del soviét, que dio lugar incluso al soviét. La huelga de octubre produjo la “anarquía” en el Estado, y el resultado de esta anarquía fue el manifiesto del 17 de octubre. Espero que el fiscal no lo negará: los políticos y los publicistas más conservadores se han visto obligados a reconocerlo, incluso el oficial *Novoie Vremia*, que sería muy feliz si pudiera borrar el manifiesto del 17 de octubre, arrancado por la revolución, del libro en que constan tantos otros manifiestos análogos u opuestos. Estos últimos días, *Novoie Vremia* publicaba un artículo en el que se reconocía que el manifiesto del 17 de octubre había sido producto de un único pánico gubernamental, resultado la huelga política.

Pero, si ese manifiesto sirve ahora de base a todo el régimen actual, debemos reconocer, señores jueces, que nuestro sistema de gobierno proviene de un pánico, y que este pánico tiene como origen la huelga

política del proletariado. Como ven, la huelga general es algo más que una simple suspensión del trabajo.

He dicho que la huelga política, desde el momento en que deja de ser una manifestación, se convierte esencialmente en una insurrección. Sería más exacto decir que se convierte en el método esencial y más general de la insurrección proletaria. El método esencial pero no único ni exclusivo. El método de la huelga política tiene sus límites naturales, como bien se ha visto desde que los obreros, siguiendo al llamamiento del soviét, han vuelto al trabajo el 21 de octubre (3 de noviembre) al mediodía. El manifiesto del 17 de octubre ha sido acogido con desconfianza. Las masas tenían perfecta razón al prever que el gobierno no concedería las libertades anunciadas, el proletariado veía con claridad que la lucha decisiva se haría inevitable y se agrupaba en torno al soviét, que era el centro de la fuerza revolucionaria. Por otra parte, el absolutismo, repuesto de su pánico, restauraba su aparato medio destruido y volvía a poner en orden sus regimientos. Como resultado, tras la colisión existían dos poderes: un poder nuevo, popular, que se apoyaba en las masas, el del Soviet de Diputados Obreros, y el antiguo poder oficial, que se apoyaba en el ejército.

Estas dos fuerzas no podían coexistir: el fortalecimiento de la una amenazaba con aniquilar a la otra. La autocracia, que se apoyaba en las bayonetas, se esforzaba, naturalmente, en fomentar los problemas, el caos y la descomposición en el grandioso movimiento que agrupaba a las fuerzas populares, y cuyo centro era el Soviet de Diputados Obreros. Por otra parte, el soviét, apoyándose en la confianza, la disciplina, la actividad y la unanimidad de las masas obreras, no podía ignorar la terrible amenaza que constituía para la libertad popular, para los derechos cívicos y la inviolabilidad individual, el hecho de que el ejército y, en general, todos los instrumentos materiales del poder permaneciesen en las sangrientas manos que los habían detentado hasta el 17 de octubre. En ese momento comienza la lucha titánica de estos dos órganos de poder, que quieren, ambos, asegurarse la ayuda del ejército, y ésta es la segunda etapa de la insurrección popular al crecer. En la base de la huelga de masas, que lanza al proletariado contra el absolutismo, aparece la voluntad firme de conseguir la colaboración del ejército, de fraternizar con él, de atraerlo a la causa. Esta voluntad se manifiesta naturalmente con un llamamiento a los soldados que sostienen el absolutismo. La segunda huelga de noviembre fue una poderosa manifestación de la solidaridad de las fábricas y los cuarteles. Efectivamente, si el ejército se hubiera puesto al lado del pueblo, la insurrección no habría sido necesaria. Pero, ¿podía esperarse que el ejército se pusiese al lado del pueblo

y de la revolución sin resistencia alguna y sin dificultades? ¡No, desde luego! El absolutismo no esperaría, con los brazos cruzados, a que el ejército, escapando a su influencia corruptora, se hiciese amigo del pueblo. El absolutismo tenía que tomar la iniciativa del ataque antes de que todo estuviera perdido. ¿Comprendían esto los obreros de Petersburgo? Sí, evidentemente. ¿Pensaba el proletariado, pensaba el soviét que el asunto sería llevado necesariamente hasta un abierto conflicto entre las dos partes? Sí, desde luego, sabían que tarde o temprano sonaría la hora fatal...

Está claro que si la organización de las fuerzas sociales no hubiera sido obstaculizada por ningún ataque de la contrarrevolución armada, si hubiese continuado por la vía en que había entrado bajo la dirección del Soviet de Diputados Obreros, el antiguo régimen hubiera caído sin que hubiese sido necesaria la menor violencia. Porque, ¿qué más se ha visto? Hemos comprobado que los obreros se unían cada vez más al soviét, que la Unión de Campesinos, que englobaba multitudes cada vez más numerosas, enviaba a este soviét diputados, que los sindicatos de ferrocarriles y de telecomunicaciones se unían igualmente al soviét. Hemos comprobado la existencia de una cierta tolerancia, e incluso de una especie de simpatía, por parte de los directores de las fábricas. Algo parecido ha ocurrido en las profesiones liberales, representadas por la Unión de Sindicatos. Parece como si toda la nación hubiese hecho un esfuerzo heroico para sacar de sí misma un órgano de poder que estableciese las bases reales y sólidas de un nuevo régimen antes de la convocatoria de la Asamblea constituyente. Si el antiguo poder gubernamental no se hubiera opuesto a este trabajo organizador, si no hubiese tratado por todos los medios de fomentar en la nación una verdadera anarquía, si este movimiento de organización de fuerzas hubiese podido desarrollarse con entera libertad, hubiésemos tenido, como resultado, una nueva Rusia regenerada, sin violencia y sin derramamientos de sangre.

Pero, evidentemente, no hemos creído ni por un momento que la libertad del pueblo pudiese producirse de esta manera. Sabíamos demasiado bien lo que era el antiguo régimen. Como socialdemócratas, estábamos seguros de que a pesar de un manifiesto que parecía romper con el pasado, el viejo aparato gubernamental no cedería su lugar de buen grado, no daría el poder al pueblo y no abandonaría ni una sola de sus principales posiciones; habíamos previsto que el absolutismo haría alguna tentativa aún por retener, entre sus manos convulsas, el poder que le quedaba y por retirar incluso el que había concedido solemnemente; y nosotros advertimos abiertamente al pueblo de esto. Precisamente por eso, la insurrección, el levantamiento armado, señores jueces, era, para nosotros, inevitable: era y sigue siendo una necesidad

histórica en la lucha del pueblo contra un régimen de autoridad militar y policíaca. En octubre y en noviembre, esta idea dominaba todas las reuniones y toda la prensa revolucionaria, flotaba en la atmósfera política y, de una u otra manera, cristalizaba en la conciencia de cada uno de los diputados del soviét. He ahí por qué no teníamos ni que discutirla.

La difícil situación que la huelga de octubre nos dejó como herencia, fue, por una parte, una organización revolucionaria de las masas, luchando por su existencia, apoyándose, no sobre un derecho que no existía, sino sobre la fuerza, en la medida en que ésta se poseía y, por otra parte, una contrarrevolución armada que esperaba la hora de la venganza; ésta era, si posible expresarla así, la fórmula algebraica de la insurrección.

Los nuevos acontecimientos no podían introducir en ella nuevos coeficientes. La idea del levantamiento armado —a pesar de las conclusiones sacadas tan a la ligera por la acusación— ha dejado huellas no sólo en la resolución del soviét con fecha del 27 de noviembre, es decir, ocho días antes de que fuéramos detenidos, resolución que expresa claramente esta idea, sino desde el comienzo de la actividad del soviét, en otra resolución que suprimía una manifestación de duelo y en otra más aún, que anunciaba el fin de la huelga de noviembre —y en muchas más: en todos estos casos, el soviét hablaba de un conflicto armado, de un último combate que consideraba como ineludible; bajo diversos aspectos, la misma idea de insurrección armada se manifiesta en todas las decisiones del Soviet de Diputados Obreros.

Pero ¿qué sentido tenían estas decisiones para el soviét? ¿Pensaba éste que la insurrección sería concebida y preparada en secreto y que sólo al final, ya preparada, sería propuesta a los hombres de la calle? ¿Suponía que este acto podría llevarse a cabo siguiendo un plan determinado? ¿Elaboraría el Comité Ejecutivo un plan de batalla en la calle?

¡No, desde luego! Y va a serle difícil probarlo al autor de la requisitoria, que tiene sólo algunas docenas de pistolas como prueba de insurrección armada. Por otra parte, el fiscal se ajusta a un derecho criminal, que prevé complots, pero que no sabe nada de la organización de las masas, que prevé los atentados pero que no conoce ni puede conocer la revolución. Las nociones jurídicas que sirven de base al actual proceso están superadas por el movimiento revolucionario. El movimiento obrero ruso de hoy no tiene nada que ver con la noción de complot, tal como está expuesta en nuestro Código penal, que no ha sido modificado desde Speranski, en la época de los carbonarios. Por eso precisamente, cuando se trata de entender la actividad del soviét dentro del estrecho marco de los artículos 101 y 102, la tentativa es, desde el punto de vista de la jurisprudencia, absolutamente vana. La insurrección de las masas, señores jueces,

no se prepara, se lleva a cabo. Es el resultado de circunstancias sociales, y no la realización de un plan. No se la puede suscitar, se la puede prever. En virtud de una serie de causas que no dependen ni de nosotros ni del gobierno imperial, el conflicto abierto se hacía inevitable. Se acercaba más cada día. Prepararnos para él significaba únicamente hacer todo lo necesario para limitar en lo posible el número de víctimas del inevitable choque. No pensábamos que fuese preciso preparar las armas, trazar un plan de operaciones militares, fijar puestos de combate, o dividir la ciudad en secciones, es decir que fuese necesario, en una palabra, adoptar todas las medidas que suele tomar la autoridad militar cuando prevé “perturbaciones” (pues ellos sí dividen la capital en barrios, designan coroneles para dirigir cada una de estas secciones, entregan ametralladoras y pertrechos...). No, nosotros no entendíamos de esta manera nuestro papel. Nos preparábamos para la inevitable insurrección; nótenlo, señores jueces, nunca hemos *preparado la insurrección*, como dice el fiscal, *nos hemos preparado para la insurrección*. Prepararnos para ella significaba esclarecer la consciencia popular, explicar al pueblo que el conflicto era inevitable, que todo lo que se nos concedía nos sería arrebatado enseguida, que sólo la fuerza podía proteger el derecho, que teníamos necesidad de una poderosa organización de las fuerzas revolucionarias, que era preciso hacer frente al enemigo y estar dispuestos a entrar en la lucha hasta el fin, que no había otro camino. Esto es lo que nosotros considerábamos, esencialmente, como una preparación para el levantamiento.

¿En qué condiciones nos llevaría la insurrección a la victoria? Pensábamos que en caso de que estuviéramos seguros de la simpatía de las tropas, era preciso, ante todo, atraer a nuestro lado al ejército. Teníamos que hacer comprender a los soldados el vergonzoso papel que hacen actualmente, y pedirles que trabajasen en unión del pueblo; esta era la tarea que se nos imponía en primer lugar. He dicho ya que la huelga de noviembre, esta huelga que fue un intento desinteresado de manifestar nuestra fraternal simpatía a los marineros amenazados con la pena de muerte, tuvo a la vez un sentido político de la mayor importancia, porque atrajo la simpatía y la atención del ejército hacia el proletariado revolucionario. En este punto, quizá, debiera el fiscal buscar huellas de preparación para una insurrección armada. Pero, desde luego, una manifestación de simpatía y de protesta no podía por sí sola resolver la cuestión. ¿En qué circunstancias y en qué momento se podía esperar el paso del ejército a la revolución? ¿Qué sería preciso para que eso ocurriera? ¿Ametralladoras y fusiles? Sin duda, si las masas obreras dispusieran de ametralladoras y de fusiles, tendrían un poder considerable

entre sus manos y no existiría siquiera la necesidad de la insurrección. El ejército, intimidado, depondría las armas ante el pueblo armado. Pero la masa no tenía armas, no las tiene y no podría tenerlas en grandes cantidades. ¿Quiere decir eso que la masa esté condenada al fracaso? ¡No! Aunque es muy interesante tener armas, esa no es, señores jueces, la fuerza principal. ¡Ni mucho menos! *No es la posibilidad de matar, es la disposición del pueblo para morir la que asegurará, señores jueces, el triunfo final de la insurrección popular.*

Cuando salgan los soldados a la calle para la represión, cuando se encuentren frente a frente con la multitud, cuando comprendan que el pueblo no se irá sin haber obtenido lo que quiere, cuando vean que el pueblo está dispuesto a caer y comprendan que el pueblo va a una lucha seria, y que luchará hasta el final, entonces, el corazón del soldado, como ha pasado siempre en las revoluciones, reaccionará, dudará de la solidez del régimen que defiende y creará en la victoria del pueblo.

Se confunde habitualmente la insurrección con las barricadas. Si no se dice que las barricadas dan una idea un poco decorativa de la insurrección, no hay que olvidar que este elemento material tiene un papel más bien *moral*. Pues, en todas las revoluciones, las barricadas, en vez de ser lo que las fortalezas en tiempos de guerra, un obstáculo duradero, han servido simplemente para detener los movimientos de las tropas y para ponerlas así en contacto con el pueblo. Delante de la barricada es donde el soldado oye, quizá por primera vez en su vida, un honrado discurso de hombre a hombre, una llamada fraternal –la voz de conciencia popular– y gracias a esta unión imprevista de soldados y ciudadanos, en una atmósfera de entusiasmo revolucionario, la disciplina se relaja y desaparece. Eso y sólo eso es lo que asegura el triunfo de la insurrección popular. Por eso, según nosotros, la insurrección “está preparada”, no cuando el pueblo está ya armado con ametralladoras y cañones –en este caso no habría nunca insurrecciones– sino cuando está dispuesto a morir en la batalla de las calles.

Evidentemente el antiguo régimen, viendo crecer este noble sentimiento, esta disposición para morir por el bien de la patria, para entregar la vida por la felicidad de las generaciones futuras, viendo que las masas comenzaban a compartir unánimemente ese entusiasmo que, para la autoridad, es un sentimiento desconocido y condenable, el régimen asediado no podía considerar serenamente la transformación moral que tenía lugar ante sus ojos. Esperar pasivamente era, para el gobierno del zar, condenarse a una caída segura. ¿Qué había que hacer entonces? Había que luchar con todas las fuerzas y por todos los medios contra la voluntad política del pueblo. Con este fin, le parecía bien emplear al

mismo tiempo un ejército de soldados inconscientes, las bandas de las Centurias Negras, los agentes de la policía y la prensa vendida. Lanzar a las muchedumbres unas contra otras, regar las calles de sangre, saquear, violentar, provocar incendios, suscitar el pánico, mentir, calumniar, que son los únicos medios que le quedan a este viejo poder criminal. Y este viejo poder no obró de otra manera, ni ha obrado de otro modo hasta ahora. Si el conflicto era fatal, no hemos sido nosotros, en todo caso, sino nuestros mortales enemigos, los que han provocado el momento.

Se ha dicho aquí más de una vez que los obreros habían sido armados en octubre y noviembre contra las Centurias Negras. Si no se sabe nada fuera de esta sala, parecerá absolutamente incomprensible que, en un país revolucionario en el que la inmensa mayoría de la población comparte un ideal de libertad, en donde las masas populares se declaran resueltas a combatir hasta el fin, que, en este país, miles y miles de obreros tengan que armarse para combatir a las Centurias Negras, que no forman más que un reducido grupo, insignificante con respecto a la población. ¿Es que son tan peligrosos esos bajos fondos de todas las clases de la sociedad? ¡Claro que no! ¡Qué fácil sería nuestra tarea si sólo esas bandas se pusiesen en la ruta del pueblo! Pero sabemos por la declaración del abogado Bramsohn, testigo aquí, que según las declaraciones de otros testigos obreros, las Centurias Negras estaban sostenidas por numerosos altos funcionarios, hasta quizá por el poder gubernamental; tras esas bandas de granujas que no tienen nada que perder y a los que nada detiene, que no retroceden ante los cabellos blancos de un anciano, ni ante un niño, hay agentes del gobierno que arman y organizan las bandas, sin duda con los fondos del presupuesto nacional.

Sabíamos todo esto antes del actual proceso. Leíamos los periódicos, oíamos los relatos de los testigos oculares, recibíamos cartas y lo observábamos todo con nuestros propios ojos. ¿Es que se podían ignorar las escandalosas declaraciones del príncipe Urusov? Los tribunales se niegan a creer en todo esto. No pueden admitir estas cosas, es lógico, puesto que se verían obligados a dirigir la acusación contra aquellos a los que actualmente protegen; se verían obligados a reconocer que un ciudadano ruso que emplea una pistola contra la policía, obra en legítima defensa. Pero, quiéralo o no el tribunal, el papel de las autoridades en los pogromos está claro. Para la justicia es suficiente darse cuenta de que creemos en eso, que están convencidos de eso los millares y millares de obreros que se arman a nuestro llamamiento. Para nosotros, está claro que, tras las bandas decorativas de granujas que se llaman Centurias Negras, obra la poderosa mano de la banda dirigente. Señores jueces, seguiremos viendo esa siniestra mano.

La acusación les invita, señores jueces, a declarar que el Soviet de Diputados Obreros ha armado a los obreros para una lucha directa contra la “forma de gobierno” actualmente existente. Si se me pide que responda categóricamente a esta pregunta diré: ¡Sí! Acepto esta acusación, pero con una condición, y no sé si el fiscal aceptaría esta condición ni si el tribunal la consentirá.

Pregunto: ¿Qué entiende la acusación cuando habla de una cierta forma de gobierno? ¿Es que tenemos alguna forma de gobierno? El gobierno hace tiempo que ha abandonado a la nación, que se ha retirado con sus fuerzas militares y policías y con las Centurias Negras. Lo que tenemos en Rusia no es un poder nacional sino una máquina automática que sirve para asesinar a la población. No puedo definir de otra manera a una máquina gubernamental que martiriza al cuerpo vivo de nuestro país y si me dicen que los pogromos, los asesinatos, las violaciones..., si me dicen que todo lo que ha pasado en Tver, en Rostov, en Kursk, en Sedlitz..., si me dicen que los acontecimientos de Kichinev, de Odesa, de Belostok representan la forma de gobierno del Imperio ruso, reconozco entonces, con el fiscal, que en octubre y en noviembre nos hemos armado para luchar contra la forma de gobierno que existe en este Imperio ruso.

4. DEPORTADO

(Cartas escritas durante el camino)

3 de enero de 1907. Hace ya dos o tres días que hemos sido encerrados en la cárcel de los deportados. Confieso que dejé la celda de detención preventiva con cierta inquietud nerviosa, porque ya estaba del todo acostumbrado a aquella celda minúscula en la que tenía posibilidad de trabajar, mientras que en la Casa de Deportación sabía que se nos pondría en una habitación común, lo que resulta bastante penoso. Pensaba, además, en el barro, las idas y venidas, y en todas las complicaciones de un viaje por etapas. Nadie podía saber el tiempo que pasaría hasta llegar a nuestro destino, y nadie hubiera podido decir cuándo volveríamos. Cuánto mejor hubiera sido, pues, quedarme encerrado en la celda 462, como antes, leyendo, escribiendo y... esperando. Si cambiar de casa supone siempre un esfuerzo sobrehumano para mí, lo es mucho más un cambio de prisión, que es mil veces peor. Nueva administración, nuevas dificultades y nuevos esfuerzos para tratar de entablar relaciones con las personas que no sean demasiado odiosas. Además, hay que pensar en un continuo cambio de jefes, desde la administración de Petersburgo hasta el guardián del pueblo siberiano donde pasemos el tiempo de deportación. He pasado ya una vez por esta escuela y vuelvo a ella por segunda vez sin ningún entusiasmo.

Se nos ha enviado aquí súbitamente, sin prevenirnos. En el vestíbulo nos han obligado a ponernos el traje de los presidiarios. Hemos cumplido esta formalidad con curiosidad de escolares. Es divertido verse con pantalón gris, casacón gris y gorro gris. Sin embargo, no llevamos a la espalda el as de oro, el trozo de trapo, la insignia clásica. Se nos ha permitido guardar nuestra ropa interior y nuestros zapatos. Hemos entrado en grupo, bastante animados, vestidos con la nueva ropa, en la habitación que nos esperaba.

El trato que nos ha dado la administración, a pesar de la mala reputación de esta casa, ha sido relativamente pasable y hemos notado incluso ciertos agasajos. Hay razones para pensar que han debido recibir instrucciones especiales: “vigilarnos rigurosamente, pero no provocar incidentes”.

Como otras veces, mantienen en el mayor secreto la fecha de partida, porque temen sin dudas manifestaciones y, quizá, una tentativa de liberarnos durante el camino. Temen eso y toman las medidas necesarias, pero, en las actuales circunstancias, un intento de este tipo sería verdaderamente absurdo.

10 de enero. Os escribo desde el tren... Perdonad la letra... Son las nueve de la mañana.

El vigilante jefe nos ha despertado esta noche a las tres y media; la mayor parte de nosotros acabábamos de acostarnos, habíamos estado jugando al ajedrez. El vigilante ha dicho que nos pondríamos en camino a las seis. Hemos esperado tanto tiempo la partida que una vez fijada la hora nos ha sorprendido... resultaba inesperada. Después todo ocurrió como de costumbre. Hicimos rápidamente nuestros paquetes, embarullándolo todo, y bajamos al vestíbulo, donde nos esperaban las mujeres y los niños. Allí nos "entregaron" a la escolta, que examinó rápidamente nuestros equipajes. Un ayudante adormilado dio nuestro dinero al oficial. Después, se nos instaló en los coches y, bajo guardia reforzada, nos llevaron a la estación Nicolás.

No sabíamos aún a qué lugar íbamos. Es curioso que nuestra escolta haya venido hoy mismo de Moscú; evidentemente, no tenían confianza en los soldados de Petersburgo. El oficial se mostró muy amable en el momento en el que le entregaban sus prisioneros, pero a todas las preguntas que le hacíamos respondía invariablemente que no sabía nada. Dijo que un coronel de policía era el encargado de nosotros y que todas las órdenes venían de él, que él estaba solamente encargado de llevarnos a la estación, y eso era todo. Es posible, desde luego, que el gobierno haya llevado la prudencia hasta ese extremo pero, por otra parte, es lógico suponer que el oficial se comportaba diplomáticamente.

Hace ya una hora que está andando el tren y aún no sabemos si vamos hacia Moscú o hacia Vologda. Los soldados no saben nada tampoco; es cierto que no lo saben.

Tenemos un vagón aparte, de tercera clase, un buen vagón, en donde cada uno dispone de una litera. Para los equipajes tenemos también un vagón especial en el que, según dicen los soldados de la escolta, hay diez policías que nos acompañan, a las órdenes de un coronel.

Nos hemos instalado como personas a las que les resulta indiferente a dónde las conduzcan puesto que de todas maneras vamos a llegar...

Sabemos ya que vamos a pasar por Vologda, porque uno de los nuestros lo ha adivinado al leer el nombre de una estación pequeña. Así que estaremos en Tiumen dentro de cuatro días.

Nuestro grupo es muy animado, el viaje nos distrae y nos anima después de trece meses de prisión. Aunque hay rejas en las ventanas del vagón, vemos del otro lado la libertad, la vida, el movimiento... ¿Volveremos pronto por estos raíles?... Adiós, querido amigo.

11 de enero. Si el oficial de la escolta es amable y obsequioso, ¿qué decir de los soldados? Casi todos han leído nuestro proceso y nos expresan la más viva simpatía. Un detalle interesante es que hasta el último momento los soldados no sabían a qué personas tenían que conducir ni hacia dónde. A juzgar por las medidas de seguridad de que fueron rodeados cuando se les trasladó de Moscú a Petersburgo, creían que nos tenían que escoltar hasta Schluselburgo para una ejecución capital. En el vestíbulo de la prisión de deportados me di cuenta de que los hombres de la escolta estaban muy emocionados, y que nos trataban con una cortesía extraña, como si se sintiesen un poco culpables. Sólo supe la razón en el tren: habían sentido una gran alegría al saber que se trataba de los “diputados obreros” que no estaban condenados más que a la deportación.

Los policías, cuya misión viene a ser el dar escolta a la escolta, no aparecen por nuestro vagón. Hacen sólo la guardia exterior: rodean el vagón en las estaciones, montan vigilancia ante la puerta y, sin duda, vigilan a los soldados de la escolta. Eso es, al menos, lo que éstos piensan.

El agua –hirviendo– y la comida, nos son preparadas según órdenes enviadas por telégrafo. En este aspecto, viajamos con todas las comodidades. Un cantinero, en una pequeña estación, nos ha tomado tanta estima que nos ha ofrecido, por medio de la escolta, tres decenas de ostras. Nos alegró mucho. Sin embargo, rehusamos las ostras.

12 de enero. Nos alejamos cada vez más de vosotros. Desde el primer día, nuestro mundo se ha dividido en pequeñas familias y, como estamos estrechos en el vagón, los grupos se ven obligados a vivir separados. Sólo el doctor (el socialista revolucionario Feit) no forma parte de ningún grupo. Con la camisa arremangada, activo e infatigable, nos dirige a todos.

Tenemos en el vagón cuatro niños, como sabéis. Pero se portan de maravilla, es decir, se olvida uno de que existen. Se han hecho muy amigos de los soldados de la escolta y los palurdos que nos vigilan les demuestran la más delicada ternura...

...¡Pero cómo nos vigilan! En cada estación, el vagón es rodeado por los policías y en las estaciones grandes, la vigilancia es reforzada por hombres de la policía móvil. Los policías, además del fusil, tienen en la mano la pistola, amenazando con ella a cualquiera que, por casualidad o

por curiosidad, se acerque al vagón. Actualmente no hay más que dos clases de personas escoltadas de esta manera: los “criminales” de Estado y los más famosos ministros.

A nuestro parecer, se sigue una táctica bien determinada. Nos dimos cuenta ya en la Casa de Deportación.

Por un lado la más rigurosa vigilancia, y por otro una conducta especialmente amable, en lo que puede reconocerse el genio constitucional de Stolipin. Parece imposible poner en duda que toda esta complicada máquina acabará por estropearse. ¿Pero por qué lado? ¿Por el de la vigilancia o por el de los buenos modales? Ya veremos.

Acabamos de llegar a Viatka. El tren se ha detenido. ¡Menudo recibimiento nos reservaba la burocracia del lugar! Me gustaría que lo hubiéseis visto. A ambos lados del vagón hay media compañía de soldados formando paso. La segunda fila esta formada por los guardias del zemstvo, con el fusil en bandolera. Oficiales, el *ispravnik* / (jefe de policía), comisarios, etc.

Ante el vagón, como siempre, policías. En una palabra, una verdadera demostración de fuerzas militares. Evidentemente el príncipe Gorchakov, el Pompadour¹ del lugar, se ha excedido en las instrucciones recibidas de Petersburgo, imaginando esta ceremonia para nosotros. No hemos visto artillería, sin embargo.

Es difícil figurarse un cuadro más ridículo. ¡Cuánta haraganería! Verdadera caricatura de un poder que “sabe ser fuerte”. Tenemos el derecho de enorgullecernos: temen al soviét, incluso después de muerto.

La cobardía y la estupidez son a menudo el reverso de la severidad y la educación. Con el fin de que se ignore nuestro itinerario, que es, por otra parte, imposible ocultar —sí, puesto que es imposible que sea otro— se nos prohíbe escribir cartas mientras estamos en camino. Esa es la orden del invisible coronel, que se ajusta a las “instrucciones” de Petersburgo. Pero desde el primer día del viaje nos pusimos a escribir cartas con la esperanza de conseguir enviarlas. Y así ha sido. La orden no preveía que el poder no debía contar con sus servidores, ya que amigos desconocidos nos rodean por todas partes.

16 de enero. Voy a deciros en qué condiciones os escribimos; nos hemos detenido en un pueblo a veinte verstas de Tiúmen. Es de noche. Una habitación sucia, de techo bajo, y cuyo suelo está completamente ocupado por los representantes del Soviet de Diputados Obreros; no hay un intersticio libre...

¹ La palabra Pompadour entró en el lenguaje ruso como un sinónimo de administrador, de gobernador de provincias, a raíz de un panfleto, que se hizo célebre, el de Saltikov-Chedrin.

No se duerme aún, se charla, se ríe... Se ha sorteado, entre tres pretendientes, un ancho diván, y la fortuna me ha favorecido a mí. Tengo suerte en la vida.

Pasamos tres días en Tiumen, donde fuimos acogidos –ya nos hemos acostumbrado a estas recepciones– por una multitud de soldados a pie y a caballo. Los soldados de caballería (“voluntarios”) hacían piruetas y asustaban a los niños. Desde la estación hasta la cárcel fuimos a pie.

Se nos colma de amabilidades, a veces incluso excesivas, pero al mismo tiempo las medidas de seguridad son cada vez más rigurosas llegando hasta la superstición.

Por ejemplo, nos han traído mercancías de todos los almacenes para elegir, pero en cambio nos han negado la autorización para pasearnos por el patio de la cárcel. En el primer caso se nos da una prueba de amabilidad, en el segundo se viola injustamente el reglamento. De Tiumen salimos en coche; para catorce deportados han puesto cincuenta y dos (¡cincuenta y dos!) soldados de escolta, sin contar el capitán, un comisario y un brigadier de la policía rural. Es verdaderamente extraordinario. Todo el mundo está extrañado, sin exceptuar a los soldados y a los jefes. Pero es la “orden”. Ahora vamos a Tobolsk, avanzando lentamente. Hoy, por ejemplo, no hemos hecho en todo el día más que veinte verstas (unos 22 kilómetros), llegando al final de la etapa a la una de la tarde. ¿Por qué no continuamos? ¡Imposible! ¿Por qué imposible? Son las instrucciones. Para impedir toda evasión se niegan a viajar de noche y, hasta cierto punto, es comprensible. Pero en Petersburgo, se tiene tan poca confianza en la iniciativa de las autoridades locales que se ha redactado el itinerario versta por versta. ¡Cuánta actividad en el departamento de policía!

Así que no hacemos más que tres o cuatro horas de viaje al día y estamos parados veinte horas. En estas condiciones, como el camino hasta Tobolsk es de doscientas cincuenta verstas (270 kilómetros); necesitaremos diez días y llegaremos a Tobolsk el 25 o el 26 de enero. ¿Cuánto tiempo permaneceremos allí, cuándo saldremos, dónde iremos? Todo eso es un misterio, no se nos dice nada.

Ocupamos cuarenta trineos. Los vehículos que van a la cabeza del convoy llevan nuestros equipajes. Después vamos nosotros, los “diputados”, dos en cada coche y con dos soldados. Cada trineo sólo tiene un caballo. En los coches de atrás no se ven más que soldados. El oficial y el comisario van en cabeza en una *kocheva* (trineo cubierto). Los caballos van al paso. Durante un recorrido de varias verstas, al salir de Tiumen, hemos sido acompañados también por veinte o treinta soldados de caballería. Resumiendo, que si se piensa que estas inauditas medidas

han sido tomadas por orden de Petersburgo, es porque quieren, cueste lo que cueste, llevarnos a un lugar de los más escondidos. Es imposible creer que este viaje, con cortejo real, sea una simple fantasía de los burócratas... Podría suscitar más tarde serias dificultades...

Todos duermen. En la cocina de al lado, cuya puerta está abierta, los soldados velan. Los centinelas van y vienen bajo la ventana. La noche es magnífica, una noche de luna, muy azul y con mucha nieve. Qué cuadro tan extraño, esos cuerpos tendidos en el suelo y pesadamente dormidos, esos soldados a la puerta y ante las ventanas... Pero como es la segunda vez que hago un viaje de este tipo, mis impresiones no tienen la misma novedad... Ya la prisión de las Cruces me había parecido una mera repetición de la de Odesa, construida según el mismo modelo. Todo el viaje me parece una continuación del que hice la otra vez, cuando me llevaban a Irkutsk...

En la cárcel de Tiumen había muchísimos presos políticos, especialmente deportados por medida administrativa². Estos detenidos, durante su paseo, se habían detenido bajo nuestra ventana y nos saludaron con himnos, enarbolando una bandera roja en la que se leía: ¡Viva la Revolución! Formaban un buen coro, debía hacer tanto tiempo que vivían juntos allí que habían tenido tiempo para coordinar sus voces... Fue una escena extraña y también emocionante. Les dirigimos frases de simpatía por la ventana. En la misma cárcel, los presos de derecho común nos han enviado una larga súplica, en verso y en prosa, a nosotros, “grandes revolucionarios de Petersburgo”, para que les tendiésemos una mano caritativa. Hubiésemos querido dar algo de dinero a los presos políticos, pues algunos de ellos no tienen siquiera ropa adecuada para soportar el frío, pero la dirección de la penitenciaría nos lo ha prohibido categóricamente: las “instrucciones” prohíben que los diputados entren en contacto con otros “políticos”. ¿Incluso por medio del impersonal papel moneda? ¡Qué perfectamente ha sido previsto todo!

En Tiumen no nos permitieron mandar telegramas, para mejor ocultar el lugar y el momento de llegada al destino. ¡Qué cosa tan absurda! Como si las demostraciones militares que se multiplican a nuestro paso no indicaran nuestro itinerario.

18 de enero (Pokrovskoie). Os escribo durante la tercera etapa. Estamos extenuados de este viaje tan lento. No hacemos más que seis verstas por hora, y durante cuatro a cinco horas al día. Afortunadamente,

² Por “medida administrativa” quiere decir sin juicio, por decisión de un gobernador de provincias o de un jefe de policía.

el frío no es muy fuerte: 20°, 25°, 30° R bajo cero³. Hace tres semanas helaba hasta 52° R bajo cero. Hubiese sido muy difícil soportar esta temperatura, sobre todo por los niños.

Nos quedan aún ocho días de viaje hasta Tobolsk. No hay periódicos, ni cartas, ni noticias. Incluso las cartas que escribimos no estamos muy seguros de que sean recibidas, porque se nos ha prohibido escribir hasta que lleguemos, y tenemos que recurrir a medios que no son nada seguros. Pero, en último término, eso no es nada. Bien vestidos, respiramos este aire glacial a gusto, por lo menos nos evita la repugnante atmósfera de las celdas, y hay que tener en cuenta que en la formación del organismo humano no se había previsto la adaptación al régimen carcelario.

Heine escribía en 1843, en sus *Cartas de París*: “*en este país tan sociable, el encierro en celdas, el método de Pensilvania, sería de una crueldad extraordinaria y el pueblo francés es demasiado generoso para comprar la tranquilidad social a ese precio. Por eso estoy seguro que a pesar de haber sido aceptado por las Cámaras, el sistema de reclusión, sistema espantoso, inhumano y antinatural, no será aplicado, y los numerosos millones que se gastan para construir edificios de este tipo serán, gracias a Dios, dinero perdido. El pueblo destruirá esas fortalezas de la nueva nobleza burguesa con una indignación semejante a aquella con la que destruyó la Bastilla. Por espantosa que hubiese sido ésta, era un lugar luminoso al lado de estas pequeñas cavernas silenciosas, a la americana, que no podían haber sido inventadas más que por un pietista de inteligencia obtusa, y adoptadas por mercaderes sin corazón que tiemblan por la propiedad*”. Todo eso es cierto, pero yo prefiero la celda.

Todo sigue en Siberia como hace cinco o seis años pero, al mismo tiempo, todo ha cambiado: no sólo han cambiado los soldados siberianos, sino también los campesinos; les gusta hablar de política y preguntan si “esto” terminará pronto. El muchacho que nos sirve de cochero y que no tiene más que 13 años, aunque dice que tiene 15, grita continuamente: “¡Levántate, pueblo obrero! ¡Levántate para la lucha, pueblo hambriento!” Los soldados le amenazan con denunciarle al oficial pero se ve claramente que sienten una gran simpatía por él. El muchacho comprende que todos están de su parte y, sin temor, sigue exhortando al pueblo para que se levante y combata...

Desde donde paramos la primera vez os envié una carta. Era una mala isba⁴ de mujik. Las otras dos, en edificios del Estado especializados

³ Según la escala Rankine.

⁴ Vivienda rural de madera.

en esto, no estaban menos sucias, pero eran más cómodas. Hay un sector para los hombres, otro para las mujeres, y una cocina. Dormimos sobre tablas y tenemos que conformarnos con una relativa limpieza, que es el aspecto más penoso del viaje.

Las mujeres nos traen leche, queso blanco, lechones, tortas y otras cosas para comer. Se las deja pasar, aunque esto infrinja las ordenanzas, ya que las “instrucciones” prohíben todo tipo de relaciones entre nosotros y las personas de fuera. Pero si lo cumplieren, se verían mal para darnos de comer.

El orden lo mantiene nuestro jefe F., al que todos, incluso los soldados, el oficial, la policía y los vendedores, llaman “el doctor”. Despliega una energía notable: empaqueta, compra, cocina los alimentos, los distribuye, enseña cantos, da órdenes, etc. Está secundado por otros detenidos, que le ayudan cuando les corresponde y que tienen en común el no hacer nada ninguno... En este momento estamos preparando la cena en medio de una gran animación. “El doctor pide un cuchillo... El doctor pide la mantequilla... Tú, que estás de servicio, llévate la basura.” Voz del doctor: ¡Ah! ¿No comes pescado? Puedo prepararte una tortilla... Después de la cena se sirve el té. Son las mujeres las que se encargan de esto, porque así lo ha decidido el doctor.

23 de enero. Os escribo en la penúltima etapa antes, de llegar a Tobolsk. La cárcel es aquí un hermoso edificio nuevo, espacioso y limpio. Tras la suciedad de las últimas etapas, aquí descansamos a gusto. No nos quedan más que sesenta verstas para llegar a la ciudad. Estos últimos días soñamos ya con una “verdadera” prisión donde podamos lavarnos y descansar tranquilamente. No hay aquí más que un solo deportado político, antes dueño de una taberna de Odesa, condenado por hacer propaganda entre los soldados. Nos ha traído víveres y nos ha hablado de las condiciones de vida en la región de Tobolsk. La mayor parte de los deportados viven en los alrededores de la ciudad, es decir, a cien o ciento cincuenta verstas del centro, en los pueblos. Sólo hay unos cuantos deportados en el distrito de Berezov donde la vida es muy penosa y la miseria muy grande. Las evasiones son innumerables, porque no hay casi ninguna vigilancia, sería casi imposible establecer. Se atrapa a los fugitivos generalmente en Tiumen (cabeza de línea de ferrocarril)⁵ o en la vía. Pero la proporción de los que atrapan, en comparación con los que huyen, es insignificante.

Ayer, por casualidad, hemos leído en un viejo periódico de Tiumen que dos telegramas dirigidos a S y a mí, en la Casa de Deportados de la

⁵ Tiumen está ahora en la línea del Transiberiano, Tobolsk está más al Norte. (1909)

ciudad, no nos habían sido entregados. Los telegramas habían llegado justo en el momento en que estábamos en Tiumen y la administración no los había aceptado por las mismas razones de seguridad que les resultan tan incomprensibles como a nosotros. Se nos vigila de la manera más rigurosa. El capitán molesta a los soldados, obligándolos a montar la guardia por la noche, no sólo en los edificios en que vivimos, sino en todo el pueblo.

Y, a pesar de todo, notamos que, a medida que avanzamos hacia el Norte, el rigor se debilita: ya nos permiten ir con escolta a las tiendas, podemos pasearnos en grupos por los pueblos y a veces visitamos a otros deportados.

Los soldados nos ayudan cuanto pueden: lo que les acerca a nosotros es la oposición que formamos con ellos frente al capitán. La situación es particularmente delicada para el suboficial, que se encuentra entre el capitán y los soldados.

– No, señores – nos dijo éste el otro día, en presencia de sus hombres–, un suboficial ahora no es como antes...

– Hay algunos que querrían que fuese como antes –dijo una voz entre los soldados–, pero a éstos se les puede agarrar y enseñarles mejores modos...

Todos se echaron a reír, el suboficial se rió también pero de mala gana.

26 de enero (prisión de Tobolsk). Dos etapas antes de llegar a Tobolsk, un oficial de policía de la ciudad vino a nuestro encuentro para reforzar la guardia, pero también para ocuparse amablemente de nosotros. Las patrullas han sido dobladas. Se terminaron nuestros paseos a las tiendas. Sin embargo, los que viajan con sus familias han sido instalados en vehículos cubiertos (*kibitkas*). ¡Estrecha vigilancia y perfecta cortesía! A diez verstas de la ciudad, dos deportados más se han unido a nosotros. El oficial aumentó la vigilancia, ordenó a los soldados que echasen pie a tierra, y así recorrimos el resto del camino. Los soldados, gruñendo contra el oficial, tuvieron que ir a pie, con el fusil al hombro.

Me veo obligado a interrumpir mi relato. El doctor, que había sido convocado a la oficina de la prisión, vino a decirnos que se nos enviaba a todos a Obdorsk, a más de mil doscientas verstas por la “carretera de invierno”, y que haremos de cuarenta a cincuenta verstas por día, bajo escolta. Es decir que, poniéndonos en el caso más favorable, admitiendo que encontremos siempre caballos, que no nos pongamos enfermos, etc., nuestro viaje durará aún más de un mes. Una vez llegados recibiremos una paga de un rublo con ochenta kopeks al mes.

En esta época del año, es muy penoso un viaje de un mes, sobre todo con niños. Nos han dicho que, de Berezov a Obdorsk, tendremos renos para los trineos. La noticia ha sido especialmente desagradable para los que llevan a sus familias.

La administración local afirma que este absurdo itinerario (cuarenta verstas al día en vez de cien) y hasta los menores detalles de la expedición han sido fijados en Petersburgo. Los sabios que trabajan allí, en los despachos, lo han previsto todo para evitar una evasión. Pero la verdad es que, de cada diez medidas indicadas por ellos, nueve están desprovistas de sentido común. Las mujeres que acompañan a sus maridos a Siberia, solicitaron permiso para salir de la cárcel los tres días que pasamos en Tobolsk. El gobernador se negó, postura que va en contra, no sólo de la razón sino del reglamento. Nuestro pequeño mundo se movilizó y redactamos una protesta inútil, por otra parte, ya que la respuesta es siempre la misma: "Son instrucciones de Petersburgo."

Así, pues, los rumores desfavorables que habían corrido eran fundados: se nos deporta al extremo norte de esta región. Es curioso que el "espíritu de igualdad" que se aplicó en la sentencia se manifieste también en la designación del lugar al que se nos envía, el mismo para todos.

Lo que se sabe de Obdorsk en Tobolsk, es tan poco seguro como lo que podéis saber en Petersburgo. La única cosa clara, es que esta localidad se encuentra en algún sitio, más allá del círculo polar. Hay aún una cuestión: ¿Enviarán a Obdorsk un destacamento especial para vigilarnos? ¿Habría posibilidad de organizar una evasión o nos veremos obligados a esperar entre el polo Norte y el círculo polar el desarrollo ulterior de la revolución y un cambio de régimen? Tenemos miedo de que nuestro regreso, en vez de depender de nuestra habilidad, dependa únicamente de la política. Entonces, esperaremos en Obdorsk y trabajaremos.

Enviadnos solamente libros y periódicos, periódicos y libros.

¿Quién sabe lo que pasará y en qué fecha se cumplirán nuestros cálculos? Quizá el año que tenemos que pasar en Obdorsk sea un último momento de reposo en el movimiento revolucionario, un descanso que la historia nos concede para permitirnos completar nuestros conocimientos y afilar nuestras armas. ¿Pensáis que me vuelvo fatalista? Cuando se viaja bajo escolta en dirección a Obdorsk, no es raro que uno se vuelva un poco fatalista.

29 de enero. Hace ya dos días que salimos de Tobolsk... Nos escoltan treinta soldados, a las órdenes de un suboficial. Salimos el lunes por la mañana con tiros de tres caballos (que se redujeron a dos tras el primer descanso), en enormes trineos cubiertos. La mañana era espléndida con

un cielo claro, y puro, y un frío de hielo. En torno a nosotros, bosques inmóviles y como petrificados por la nieve. Un paisaje fantástico. Los caballos corrían furiosamente, como es el caso corriente en Siberia. A la salida de la ciudad –la cárcel da casi al campo– nos esperaban los deportados del lugar, unas cuarenta o cincuenta personas aproximadamente, que nos saludaban de lejos y nos preguntaban quiénes éramos y las causas de nuestra deportación... Pero tuvimos que irnos rápidamente. Entre la gente corría ya una serie de leyendas sobre nosotros: unos decían que los exilados eran cinco generales y dos gobernadores, otros hablan de un conde acompañado de su familia, otros incluso decían que somos miembros de la Duma. La dueña de la casa donde hemos parado hoy, ha preguntado al doctor: –¿Vosotros también sois políticos?– Sí, políticos. –Debéis ser los que mandan a todos los políticos del país.

En este momento nos encontramos en una habitación grande y bastante limpia, con los muros empapelados, hay un hule sobre la mesa, el suelo está encerado, tiene grandes ventanas y dos lámparas. Todo esto es muy agradable después de los sucios edificios en que hemos estado en otras etapas. Sin embargo, nos vemos obligados a dormir en el suelo porque estamos nueve en la misma habitación. Han relevado a la escolta en Tobolsk, los soldados de Tiumen eran afables y serviciales pero los de Tobolsk son vagos y groseros, lo que se explica, porque no tienen oficial y responden ante sí mismos de todo. Por otra parte, tras dos días de camino, la nueva escolta se ha “deshelado” y ahora tenemos excelentes relaciones con la mayor parte de los soldados, detalle que tiene su importancia en un viaje tan largo.

Pasado Tobolsk, en casi todos los pueblos hay “políticos”; que son generalmente campesinos deportados por revueltas en el campo, soldados y obreros; hay muy pocos intelectuales. Algunos han sido enviados aquí por decisión administrativa, otros por sentencia.

En dos pueblos por los que hemos pasado los “políticos” tienen organizados talleres corporativos (*artels*) para procurarse recursos. Hasta ahora no hemos encontrado verdadera miseria, porque la vida, por aquí, es barata; los “políticos” se instalan en casa de los campesinos, gozando de pensión completa por seis rublos al mes, que es la tarifa normal establecida por la organización de deportados. Por diez rublos se puede vivir muy aceptablemente. Cuanto más se sube hacia el Norte, más cara es la vida y más difícil encontrar trabajo.

Hemos encontrado algunos compañeros que habían vivido en Obdorsk y nos han dado informaciones muy favorables. Es un pueblo de más de mil habitantes, hay doce tiendas y las casas son como en las ciudades. Hay buenos alojamientos y es un hermoso lugar de montaña,

con un clima muy sano. Los obreros encontrarán trabajo y se pueden dar clases. La vida es un poco cara, pero se gana en proporción. Esta maravillosa localidad sólo tiene una desventaja: está completamente apartada del mundo. Hay mil quinientas verstas hasta el ferrocarril y ochocientas verstas hasta la primera estación de telégrafo, y el correo llega dos veces al mes. Durante el deshielo y las lluvias, en primavera y en otoño, no llegan noticias más que cada seis semanas o dos meses, así que aunque se forme un gobierno provisional en Petersburgo, el jefe de policía de Obdorsk seguirá gobernando aún mucho tiempo. Pero, precisamente porque el pueblo está muy lejos de Tobolsk, es relativamente animado; es un centro independiente en una inmensa región.

Los deportados no permanecen mucho tiempo en el mismo sitio, más bien viven como nómadas por la provincia. Los vapores del Obi transportan gratuitamente a los “políticos”. Los viajeros que pagan, se colocan como pueden en los rincones del barco y los “políticos” toman los mejores sitios, lo que quizá parezca extraño, pero es una tradición sólidamente establecida. Todo el mundo está tan acostumbrado que los campesinos nos dicen a propósito de nuestro viaje Obdorsk: “No estaréis mucho tiempo... en primavera volveréis en el vapor.” Pero, ¿quién sabe en qué condiciones viviremos los del soviet y con qué fin nos envían allí?

De momento, hay orden de poner a nuestra disposición los mejores trineos y los mejores alojamientos.

Obdorsk, un punto minúsculo en la tierra... Quizá tengamos que estar muchos años allí. Mi carácter fatalista no puede inspirarme mucha tranquilidad. Con los dientes apretados recuerdo las lámparas eléctricas de nuestras calles, el ruido del tranvía y algo que es lo mejor de este mundo: el olor de un periódico recién impreso.

1 de febrero (Iurovskoie). Las mismas impresiones que ayer. Hemos hecho más de cincuenta verstas. A mi lado, en el trineo, se sienta un soldado que me distrae contándome episodios de la guerra de Manchuria. Nos escoltan hombres del regimiento de Siberia, cuyos efectivos han sido casi enteramente renovados después de la guerra. Es el que más ha sufrido de todos los regimientos. Una parte se encuentra de guarnición en Tiumen y el resto en Tobolsk. Los soldados de Tiumen, como os he dicho, se portaron con mucha más simpatía con nosotros que los de Tobolsk, que son más groseros. Hay entre ellos un grupo bastante considerable de reaccionarios conscientes, pertenecientes a las Centurias Negras. El regimiento se compone de polacos, ucranianos y siberianos. Estos últimos son los más atrasados. Sin embargo, algunos son buenos muchachos... Al cabo de dos días nuestros nuevos guardas eran menos

groseros, y esto es una cosa muy importante, puesto que, de momento, son nuestros amos, tienen sobre nosotros derecho de vida y muerte.

Mi soldado admira mucho a las chinas. “Hay allí cosas bonitas. El chino es pequeño y no parece un hombre, pero la china es hermosa: blanca, llena...”

– Y entonces– preguntó el cochero, antiguo soldado– ¿los nuestros han tenido algo que ver con las chinas?

–No, no nos dejaban verlas... Primero escondían a las chinas y luego dejaban entrar a los soldados... Pero los nuestros atraparon en *gao-lian* a una china y no lo pasaron mal del todo. Un soldado hasta se dejó la gorra. Los chinos llevaron la gorra al coronel y éste mandó formar al regimiento y preguntó “¿De quién es la gorra?”... Nadie contestó; en esos momentos importa un bledo la gorra. El asunto se quedó ahí. Pero... son bonitas las chinas...

Al salir de Tobolsk los tiros eran de tres caballos, ahora ya no son más que de dos: el camino se estrecha cada vez más.

En los pueblos en que cambiamos de tiros, los trineos nos esperan, ya preparados. El cambio se efectúa fuera del pueblo, en pleno campo. Normalmente, todo el pueblo viene a vernos, y la escena suele ser animada. Mientras que las mujeres sujetan a los caballos por la brida, los mujiks, bajo la dirección del “doctor”, se ocupan de los equipajes, y los niños corren ruidosamente alrededor nuestro. Ayer, unos “políticos” quisieron fotografiarnos en el momento en que pasábamos y nos esperaron con un aparato ante la administración, pero pasamos al galope y no tuvieron tiempo de hacerlo. Hoy, cuando entrábamos en el pueblo, donde pasamos la noche, otros “políticos” vinieron a recibirnos con una bandera roja. Eran catorce, entre ellos diez de Georgia. A la vista del estandarte revolucionario hubo una gran animación entre nuestros soldados, que amenazaron a los manifestantes con sus bayonetas y gritaron que iban a disparar. Por fin, les quitaron la bandera y les hicieron retroceder. En la escolta hay algunos soldados muy adictos al cabo, que es un Viejo Creyente. Es un hombre enormemente brutal y cruel. Su mayor placer es pegar al caballo con la culata del fusil. Con un rostro petrificado, la boca entreabierta y los ojos absolutamente fijos, tiene aspecto de idiota. Este cabo se opone continuamente al sargento que manda el destacamento, porque según él, no nos trata con suficiente dureza. Cuando se trata de quitar una bandera roja o de golpear a un “político” que sigue demasiado de cerca a los trineos, el cabo es de los primeros. Tenemos que dominarnos para evitar conflictos pues, en ese caso, no podríamos contar con la protección del sargento, que tiene miedo de su subalterno.

2 de febrero por la noche (Demianskoie). Aunque la bandera roja al llegar nosotros a Iurovskoie fue quitada, hoy hemos visto otra, en un montículo de nieve a la salida del pueblo. Esta vez nadie la ha tocado, porque los soldados no quisieron dejar sus trineos. Desfilamos, pues, ante la bandera, y un poco más allá, a unos quinientos pasos del pueblo, cuando bajábamos hacia el río, vimos en un montón de nieve esta inscripción, en letras enormes: ¡Viva la Revolución! El cochero de mi trineo, un chico de dieciocho años, se echó a reír cuando leí en alto la inscripción.

– ¿Sabéis lo que significa “¡Viva la Revolución!”?, le pregunté.

– No, no sé, me contestó después de pensarlo. Sé únicamente que se grita “Viva la Revolución”.

Pero se veía claramente que sabía bastante más de lo que decía. En general, los campesinos de por aquí sobre todo los jóvenes, son muy amables con los “políticos”.

Llegamos a la una a Demianskoie, pueblo bastante grande en el que nos encontramos ahora mismo, y donde nos ha recibido una muchedumbre de deportados, pues hay más de sesenta aquí. Los soldados se emocionaron y el cabo ha reunido rápidamente a sus fieles, dispuesto a actuar en cuanto fuera necesario. Afortunadamente, no ha pasado nada. Nos esperaban, parece, desde hace mucho tiempo y con impaciencia, ya que se había organizado una comisión especial para preparar la recepción, y habían dispuesto una magnífica cena y confortable alojamiento en la “casa común”, pero no nos han permitido alojarnos allí. Hemos tenido que instalarnos en una isba y allí nos han llevado la cena. La entrevista con los políticos ha sido muy difícil; han logrado llegar hasta nosotros en grupos de dos o tres, y sólo por unos minutos trayéndonos los platos. En grupos hemos podido ir a la tienda, sin escolta, y por el camino hablábamos algo con los camaradas, que nos acechaban fuera todo el día. Una de las mujeres deportadas se había vestido de campesina para visitarnos, según dijo a la escolta, para vender leche, y representaba muy bien su papel; pero el dueño de la casa la denunció seguramente a los soldados porque la expulsaron enseguida. Por desgracia, el cabo estaba de guardia.

Me acuerdo de cómo recibíamos nosotros cuando estábamos en Ust-Kutsk (en el Lena), a los deportados que pasaban, preparando sopa de coles y albóndigas rellenas, en una palabra, lo mismo que los deportados de Demianskoie han hecho por nosotros. El paso de un destacamento numeroso es un acontecimiento de gran importancia para las colonias de deportados que residen a lo largo del camino, pues se esperan siempre con impaciencia las noticias de la lejana patria.

4 de febrero, a las ocho de la tarde (Yurtas de Tsingalin). El comisario del lugar, a petición nuestra, ha preguntado a la administración de Tobolsk si no sería posible acelerar el viaje. Tobolsk ha debido pedir a su vez instrucciones a Petersburgo, y han teleografiado al comisario que podía hacer como quisiese. A pesar de que ahora haremos un promedio de setenta verstas al día, no llegaremos a Obdorsk hasta el 18 o el 20 de febrero. Claro que no es más que un cálculo aproximado.

Estamos en una aldea que se llama las Yurtas de Tsingalin⁶. No son, en realidad, yurtas sino isbas. La población se compone principalmente de ostiacos, pueblo aborigen, con rasgos muy marcados. Su forma de vida y la lengua que emplean son las del campesino ruso. Se dan mucho más a la bebida que los siberianos. Beben todos los días, desde que amanece, de modo que a mediodía todos están borrachos.

Un deportado que vive aquí, el maestro N, nos ha contado cosas curiosas: al saber que se esperaba a unos desconocidos, a los que en todas partes se recibía con grandes ceremonias, los ostiacos, asustados, habían dejado de beber y han escondido incluso el aguardiente. Por esto encontramos a los habitantes de la aldea bastante serenos. Por la noche, sin embargo, el ostiaco en cuya casa nos alojamos, volvió borracho.

Aquí empiezan ya las pesquerías; es más difícil encontrar carne que pescado. El maestro del que acabo de hablar, ha organizado una corporación (*artels*) de pescadores, compuesta de deportados y campesinos. Ha hecho comprar redes, dirige él mismo la pesca y vigila el transporte de pescado a Tobolsk. El verano pasado, el artel ha tenido un excedente de cien rublos por trabajador. Se las arreglan, y van viviendo. También es cierto que N ha pescado una... hernia.

6 de febrero (Samarovo). Ayer hicimos setenta y cinco verstas, hoy setenta y tres; mañana haremos aproximadamente lo mismo. Hemos dejado atrás la zona agrícola. A partir de aquí, los habitantes, rusos u ostiacos, se ocupan exclusivamente de la pesca.

Es sorprendente ver hasta qué punto la región de Tobolsk está poblada de "políticos"... No hay una sola aldea en la que no haya algunos. El dueño de la isba en la que nos alojamos, nos ha contado que antes no había ningún deportado, pero que han llegado muchos de todas partes poco después del manifiesto del 17 de octubre. "Desde entonces no cesan de venir." ¡Así es cómo se ha notado en esta región la era constitucional!

Los "políticos" comparten en muchos lugares las ocupaciones de los nativos: recogen y limpian cerdos, pescan, recogen frutas salvajes y cazan.

⁶ Yurta: primitiva casa siberiana, especie de tienda formada por algunas maderas colocadas en cono y cubierta por pieles de reno o fieltro.

Los más emprendedores han fundado talleres y tiendas en cooperativa, así como arteles de pescadores. Los campesinos los tratan muy bien. Aquí, por ejemplo, en Samarovo, que es un gran pueblo de comerciantes, los campesinos han dedicado al alojamiento gratuito de los “políticos” una casa entera y han dado a los primeros que llegaron una ternera y dos sacos de harina de regalo. Las tiendas, de acuerdo con la costumbre, dan los géneros a los “políticos” más baratos que a los otros habitantes. Una parte de los deportados vive en común en una casa suya sobre la que flota siempre una bandera roja. ¡Tratad de poner esa bandera en París, en Berlín o en Ginebra y veréis lo que pasa!

A propósito de esto, voy a contaros dos o tres observaciones que he hecho sobre los deportados de esta región.

La sociedad “política” de prisiones y de Siberia se democratiza cada vez más, como se ha venido señalando muchas veces desde 1890. Los obreros constituyen una proporción cada vez más numerosa entre los “políticos” y dejan muy atrás a los intelectuales revolucionarios, que en cambio consideran desde hace tiempo la fortaleza de Pedro y Pablo, la prisión de las Cruces y la de Kolimsk como una especie de herencia privilegiada: esos calabozos son, para ellos, como mayorazgos. Yo mismo encontré, en los primeros años del siglo, miembros de los partidos de la Libertad del Pueblo (*Narodovoltsi*) y del Derecho Popular (*Marodopravsto*: constitucionales) que alzaban los hombros desdeñosamente al ver los barcos dedicados al transporte de detenidos: esos barcos transportaban, en efecto, a simples deshollinadores de Vilna o a obreros de la construcción de Minsk. Pero el obrero deportado de esa época era casi siempre miembro de una organización revolucionaria y poseía un nivel político y moral notable.

Casi todos los deportados, salvo quizá los obreros que provenían de la zona llamada “de los judíos”⁷ pasaban previamente por la criba de un interrogatorio policíaco y, por poco preparados que estuviesen los que la hacían, se ponía aparte a los obreros más avanzados. Por eso los deportados representaban un nivel intelectual y moral digno de atención.

Los deportados de nuestro periodo “constitucional” tienen un carácter muy distinto. No se ve ya la organización, sino más bien el movimiento de masas, las fuerzas elementales. La policía no interroga, detiene a las gentes en las calles y las envía aquí. Se deporta, se fusila al primero que se atrapa entre la muchedumbre. Tras el aplastamiento de las revueltas populares, empieza el periodo de las “operaciones de militantes”, de las “expropiaciones” hechas con un fin revolucionario o baja el pretexto

⁷ Es decir, provincias asignadas a la población judía (salvo excepciones rigurosamente determinadas): especie de ghettos dentro del Estado.

de revolución; entonces se producen las aventuras de los maximalistas y también, más simplemente, incursiones de granujas. Cuando era imposible ahorcarlos en el lugar, la administración los expedía a Siberia. Se comprende que entre la multitud que participaba “en los disturbios” haya un buen número de personas ajenas a toda idea revolucionaria, detenidas por azar, muchos desocupados y algunos representantes de la canalla que merodea por la noche en las grandes ciudades. Podemos apreciar hasta qué punto ha debido influir esta situación en el mundo de los deportados.

Otra circunstancia actúa fatalmente en el mismo sentido: las evasiones. Los que huyen son, claro está, los más activos, los más conscientes: un partido les espera, un trabajo les atrae. Para tener una idea del número de evasiones, basta decir que cuatrocientos cincuenta deportados en una provincia de la región de Tobolsk no quedan más que unos cien. Los que se quedan son unos perezosos, y así la inmensa mayoría de los deportados está compuesta de gentes oscuras, sin vínculos políticos, víctimas de la casualidad, por lo que la vida se hace más difícil para los elementos conscientes que por cualquier circunstancia, no han podido volver a Rusia. Todos los “políticos” están ligados entre sí por una solidaridad moral ante la población.

8 de febrero (Yurtas de Karimkrin). Hicimos ayer setenta y cinco verstas y hoy noventa. Hemos llegado muy cansados y nos hemos acostado enseguida.

Estamos en un pueblucho de ostiacos, en una isba pequeña y sucia. En la infecta cocina se apretujan, con los ostiacos borrachos, los soldados de la escolta, que tiemblan de frío. En otra habitación bala un cordero... Hay una boda en el pueblo, estamos en la época de bodas. Todos los ostiacos beben y los borrachos tratan a veces de entrar a nuestra isba.

Nos ha visitado un anciano de Saratov, deportado por orden gubernativa, borracho también. Nos dice que ha venido aquí desde Berezov con un compañero para buscar carne: es su “pequeño negocio”. Los dos son “políticos”.

Es difícil hacerse una idea de los preparativos que se han hecho aquí con vistas a nuestro paso. Nuestro convoy, como ya he dicho, se compone de veintidós trineos cubiertos, y necesitamos aproximadamente cincuenta caballos. Es raro que se encuentren tantos en los pueblos, y se ven obligados a hacerlos venir de lejos. A veces hemos encontrado caballos que habían sido traídos de una distancia de cien verstas y, sin embargo cambiábamos de caballo cada diez o quince verstas. Es decir, que un ostiaco trae su caballo desde cien verstas para que dos miembros del

Soviet de Diputados Obreros puedan recorrer en él diez. Como no se sabe nunca exactamente el día de nuestra llegada, los cocheros, venidos de lejos, nos esperan a veces semanas enteras. Un lío parecido no se les había presentado más que otra vez, cuando pasó “el señor gobernador en persona...”.

He hablado ya de la simpatía que nos manifiestan a nosotros y, en general, a todos los “políticos”, y los campesinos de esta región. Ocurrió un incidente en Belogorie, pueblo de Berezov que merece ser contado. Un grupo de campesinos de esta localidad había organizado una recepción en nuestro honor, pagándola entre todos, con té y algunos platos fríos; querían darnos además seis rublos. Rechazamos, claro está, el dinero, pero aceptamos el té. Los soldados de la escolta nos lo impidieron y tuvimos que renunciar. El sargento nos lo había permitido, pero el cabo empezó a gritar y a amenazar al sargento con una denuncia. Salimos, pues de la isba sin haber contentado a los que nos invitaban. Casi todos los habitantes del pueblo nos siguieron; fue una verdadera manifestación.

9 de febrero (Kandinskoie). Hasta Berezov nos quedan aún dos días de viaje. Llegaremos el 11. Hoy estoy francamente cansado: durante nueve o diez horas de marcha ininterrumpida no se puede comer. Seguimos el curso del Obi. La orilla derecha es montañosa, pero la de la izquierda es baja. Un tiempo tranquilo y suave. A ambos lados de la carretera, ramas de abeto plantadas en la nieve indican el camino. Nuestros cocheros son casi todos ostiacos. Los trineos tienen tiros de dos o tres caballos en hilera, pues el camino se estrecha cada vez más. Los cocheros se sirven de un largo látigo de cuerdas, con un gran puño. El convoy ocupa un gran trecho. El cochero lanza de vez en cuando un fuerte grito, entonces los caballos se ponen al galope y se eleva una nube de nieve que corta la respiración. Los trineos se precipitan unos sobre otros, de modo que se siente en el hombro el aliento caliente del caballo que sigue. Si uno de los caballos cae, si un arnés se rompe, todo el convoy se detiene. Estamos como hipnotizados por esta marcha interminable. Un momento de silencio. Los cocheros se llaman unos a otros por medio de gritos roncacos, en ostiaco. Después, los caballos vuelven a partir al galope. Estas frecuentes detenciones nos hacen perder mucho tiempo y no permiten a los conductores demostrar toda su habilidad. Vamos a unas quince verstas por hora, mientras que aquí, en condiciones normales, se pueden hacer fácilmente dieciocho, veinte e incluso veinticinco verstas en el mismo tiempo...

Una marcha rápida es habitual en Siberia y, en cierto sentido, necesaria a causa de las inmensas distancias. Pero un viaje como el que hacemos no lo había visto nunca, ni siquiera cuando me llevaron al Lena.

Por fin llegamos al relevo de tiro. Fuera del pueblo nos esperan trineos preparados y caballos de refresco, estos últimos para los trineos familiares, que no cambiarán de caballos hasta Berezov. Hemos hecho rápidamente el cambio y continuamos el viaje. Los cocheros tienen una manera particular de sentarse, en la parte delantera del trineo hay una madera fijada en el borde, y ahí es donde se sientan, de lado, con las piernas colgando. Cuando los caballos galopan y el trineo se inclina, el cochero se inclina también del lado contrario y vuelve a ponerlo derecho; a veces, incluso, toca el suelo con los pies...

12 de febrero (Cárcel de Berezov). Hace cinco o seis días –no os lo he dicho antes para no inquietaros inútilmente– hemos atravesado una localidad en donde había una epidemia de tifus exantemático; pero ya estamos muy lejos de ese lugar. En las Yurtas de Tsingalín había tifus en treinta isbas de cada sesenta, y lo mismo en los demás pueblos; la mortalidad es terrible, no hay un cochero que no cite algún muerto en su familia. La aceleración de nuestro viaje y la modificación del itinerario han sido motivadas por el tifus; es por lo que el comisario había teleografiado a Tobolsk.

Los últimos días hemos hecho ochenta y cien en verstas cada veinticuatro horas, es decir, casi un grado hacia el norte. Gracias a este avance ininterrumpido, los cultivos –si es que se puede hablar aquí de cultivo– y la vegetación disminuyen a ojos vistas. Cada día descendemos un peldaño en el salvaje reino del frío. Es la misma impresión que debe tener un turista que atraviesa una alta montaña y pasa de una zona a otra... Al principio podíamos ver aún campesinos rusos que gozan de un cierto bienestar; después encontramos ostiacos rusificados que, por matrimonios con rusas, tienen sólo a medias tipo mongol. Después dejamos atrás la zona de la agricultura y apareció el ostiaco pescador y el ostiaco cazador, que es un individuo de talla pequeña, con cabellos largos, y que se expresa en ruso con dificultad. El número de caballos disponibles disminuye y los animales son cada vez más endebles: el tráfico no es importante y un perro de caza es más útil que un caballo por estos lugares. La carretera cada vez es peor, estrecha, sin nivelar... Y, sin embargo, según dice el comisario, los ostiacos de aquí son gentes verdaderamente educadas en comparación con los que viven junto a los afluentes del Obi.

No están muy seguros de cómo considerarnos, más bien lo hacen con un cierto asombro, quizá como si fuésemos jefes provisionalmente en desgracia. Un ostiaco nos preguntaba hoy:

“¿Dónde está vuestro general?, enseñádmelo... querría verlo ... no he visto nunca un general...” Al poner un ostiaco un caballo malo

en el tiro el otro le gritó: “¡Pon un animal mejor, que no lo estás preparando para el comisario!” El caso contrario se produjo una sola vez, un ostiaco, sujetando un caballo, dijo: “No vale la pena molestarse, no son personas importantes.”

Ayer por la noche llegamos a Berezov. La ciudad se parece a Verjolensk, a Kirensk y a tantas otras de un millar de habitantes, con un *ispravnik* (jefe de policía) y un recaudador de impuestos. Aquí se muestran, sin garantizar la autenticidad, las tumbas de Ostermann y Menchikov⁸. Otros indican también, aunque sin la menor pretensión de que se crea, la casa de una anciana en la que comía Menchikov.

Nos han llevado directamente a la prisión. Toda la guarnición, unos cincuenta hombres, nos han hecho calle a la entrada. Hemos sabido que han limpiado la cárcel ante nuestra llegada; la han fregado durante quince días, tras haber hecho salir a todos los detenidos. En una de las salas hemos encontrado una mesa grande, cubierta con un mantel, sillas aceptables, una mesa verde para jugar a las cartas, candelabros con sus velas y una lámpara. Es casi enternecedor.

Descansaremos aquí dos días antes de continuar nuestro viaje... Sí, continuaremos... Pero yo, por mi parte, no he decidido aún en qué dirección...

⁸ Menchikov, favorito de Pedro el Grande, cayó en desgracia, murió en el exilio en Berezov, en 1729; su enemigo, Ostermann, cayó también en desgracia y murió allí en 1747.

6. EL PARTIDO DEL PROLETARIADO Y LOS PARTIDOS BURGUESES EN LA REVOLUCION¹

12 al 25 de mayo de 1907

Los camaradas saben que rechazo categóricamente la opinión que ha sido la filosofía oficial del partido en estos últimos tiempos sobre la revolución y el papel que desempeñan en ella los partidos burgueses.

Las opiniones que profesan nuestros camaradas mencheviques les parecen, a ellos mismos, extraordinariamente complejas. Les he oído más de una vez acusarnos de tener una idea demasiado simple de la marcha de la revolución rusa. Y, sin embargo, a pesar de una falta absoluta de precisión en las formas, que dan la apariencia de complejidad - y gracias, quizá, a este defecto- las ideas de los mencheviques degeneran en un esquema extraordinariamente simple, accesible a la comprensión del mismo Miliukov. En la nota final de un folleto aparecido recientemente, "Cómo se han hecho las elecciones para la segunda Duma de Estado", el líder del Partido Constitucional Demócrata (kadete) ha escrito: "En lo que concierne a los grupos de izquierda, en sentido estricto, es decir, los grupos socialistas y revolucionarios, nos será más difícil entendernos con ellos. Pero, si bien no tenemos razones positivas suficientemente definidas que operen este acercamiento, tenemos al menos grandes razones negativas que favorecerán el entenderse en cierta medida. Su fin es criticarnos y desacreditarnos, por eso es necesario que existamos y que obremos. Sabemos que, para los socialistas, no solamente para los de Rusia sino para los del mundo entero, la transformación que lleva a cabo ahora el régimen es una revolución burguesa y no socialista: es una revolución que debe ser hecha por la democracia burguesa. Además, si se tratara de ocupar el lugar de esta democracia (...) hay que reconocer que no hay un solo socialista en el mundo que se haya preparado para ello; y si el país ha enviado a la Duma socialistas en gran número, no es, desde luego, para realizar desde ahora el socialismo, ni para que lleven a cabo por sí mismos las reformas preparatorias de la

¹ Extracto de un discurso pronunciado por Trotsky en el Congreso de Londres del Partido Socialdemócrata Obrero de Rusia que sesionó entre el 12 y el 25 de mayo de 1907.

burguesía...’. Así, les será mucho más ventajoso dejarnos el papel de parlamentarios, que comprometerse ellos mismos en ese papel”.

Miliukov, como veis, nos introduce desde el principio en el meollo de la cuestión. En la cita que acabo de hacer tenéis los elementos esenciales de las ideas mencheviques sobre la revolución y sobre las relaciones de la democracia burguesa y socialista. “La transformación del régimen que se lleva a cabo en este momento es una revolución burguesa y no socialista”. Esto para empezar. La revolución burguesa “debe ser hecha por la democracia burguesa”, como segundo punto. La democracia socialista no puede efectuar por sí misma las reformas burguesas, tiene un papel de simple oposición: “Criticar y desacreditar”. Por fin, como cuarta observación, para que los socialistas tengan la posibilidad de quedarse en la oposición, “es preciso que la democracia burguesa exista y actúe”.

¿Y si esta democracia burguesa no existe? ¿Y si no hay una democracia burguesa capaz de marchar a la cabeza de la revolución burguesa? En este caso hay que inventarla: a esto es a lo que llegan los mencheviques. Edifican una democracia burguesa, le dan una serie de cualidades y una historia, empleando su imaginación para ello.

En tanto que materialización, tenemos que preguntarnos primero cuáles son las bases sociales de la democracia burguesa, en qué capas o clases puede apoyarse.

Es inútil hablar de la gran burguesía como de una fuerza revolucionaria, todos estamos de acuerdo en este punto. Los industriales lyoneses, por ejemplo, tuvieron un papel contrarrevolucionario en la época de la Revolución Francesa, que fue una revolución nacional en el más amplio sentido. Pero se nos habla de la media y, sobre todo, de la pequeña burguesía como fuerza dirigente en la revolución burguesa; y, ¿qué representa esta pequeña burguesía?

Los jacobinos se apoyaban en la democracia de las ciudades, derivada de las corporaciones artesanas. Los maestros de taller, sus oficiales y las gentes de la ciudad que tenían con los primeros lazos estrechos, componían el ejército revolucionario de los *sans-culottes*, y ése fue el apoyo del partido dirigente. Esta masa compacta de la población urbana, que había pasado por la larga escuela histórica de la vida corporativa, fue precisamente la que soportó todo el peso de la transformación revolucionaria. El resultado objetivo de la revolución fue crear las “condiciones normales” de la explotación capitalista. Pero el mecanismo social de la evolución histórica ha hecho que la dominación burguesa se viera asegurada por obra de la plebe, de la democracia de la calle, de los *sans-culottes*. Su dictadura, basada en el terror, libró a la sociedad burguesa de todos los vestigios del régimen anterior, y luego la burguesía

impuso su dominio, derribando la dictadura democrática de los pequeños burgueses.

Yo pregunto, y no por primera vez, desgraciadamente: “¿Qué clase social de nuestro país va a construir una democracia burguesa revolucionaria, llevándola al poder y dándole la posibilidad de realizar un trabajo inmenso, teniendo enfrente de ella la oposición del proletariado?” Esta es la cuestión central que planteo una vez más a los mencheviques.

Cierto que tenemos grandes masas de campesinos revolucionarios, pero los camaradas mencheviques saben tan bien como yo que la clase campesina, por revolucionaria que sea, no es capaz de una acción independiente y espontánea, y mucho menos de asumir una dirección política. Los campesinos pueden constituir una fuerza prodigiosa al servicio de la revolución, esto es indiscutible, pero sería indigno de un marxista pensar que el partido de los mujiks es capaz de ponerse a la cabeza de la revolución burguesa y liberar, por iniciativa propia, a las fuerzas productivas de la nación, acabando con los impedimentos seculares. Es la ciudad la que posee la hegemonía en la sociedad moderna, y sólo la ciudad es capaz de desempeñar un papel importante en la revolución burguesa. ¿Dónde veis vosotros esa democracia urbana que llevaría tras sí a toda la nación?

El camarada Martinov la ha buscado más de una vez, lupa en mano. ¡Ha encontrado maestros de escuela en Saratov, abogados en Petersburgo y técnicos estadísticos en Moscú! Como todos los de su opinión, se ha negado a ver que, en la Revolución Rusa, el proletariado industrial ocupa el lugar que, a fines del siglo XVIII, tenía la democracia de los artesanos, la democracia de los *sans-culottes*. Os ruego, camaradas, que os fijéis en este punto esencial.

Nuestra gran industria no procede del artesanado; la historia económica de nuestras ciudades ignora completamente el período de las corporaciones. La industria capitalista ha nacido, para nosotros, por la presión inmediata del capital europeo. Se ha apoderado de un suelo virgen, verdaderamente primitivo, y no ha tenido que luchar contra la resistencia de un ambiente corporativo. El capital extranjero se ha introducido en nuestro país por medio de los empréstitos de Estado y por los canales, si se pueden llamar así, de la iniciativa privada. Ha agrupado en torno a sí al proletariado industrial, sin permitir a los pequeños oficios crearse y desarrollarse. Como resultado, en el momento de la revolución, la principal fuerza de las ciudades se encuentra en un proletariado industrial con una conciencia social muy elevada. Este es un hecho irrefutable y que debe servir de base a todos nuestros estudios sobre táctica revolucionaria.

Si los camaradas mencheviques creen en la victoria de la revolución o admiten al menos la posibilidad de esta victoria, no podrán negar que,

fuera del proletariado, no hay, en Rusia, otro pretendiente al poder revolucionario. Lo mismo que la pequeña burguesía de la Revolución Francesa se puso al frente del movimiento nacional, el proletariado, la verdadera fuerza democrática y revolucionaria de nuestras ciudades, debe encontrar apoyo en las clases campesinas y tomar el poder si, por lo menos, la victoria de la revolución es posible. Un gobierno que se apoya directamente en el proletariado y, por medio de él, en la clase campesina revolucionaria, no significa aún una dictadura socialista. No quiero hablar, de momento, de las perspectivas ulteriores de un gobierno proletario. Quizá el proletariado esté condenado a caer, lo mismo que la democracia de los jacobinos, para dejar el lugar a la burguesía. Quiero solamente dejar claro un punto: si el movimiento revolucionario ha triunfado entre nosotros, como predijo Plejanov, en tanto que movimiento obrero, la victoria de la revolución no es posible sino como victoria revolucionaria del proletariado; dicho de otra manera, sería absolutamente imposible su victoria si no fuera así.

Insisto en esta deducción. Si se supone que la oposición de intereses entre el proletariado y las masas campesinas no permitirá al primero ponerse en cabeza de los últimos, esto es, que el proletariado no es lo suficientemente fuerte como para conseguir la victoria, entonces es que la victoria misma de la revolución es imposible. En tales condiciones, el resultado natural de la revolución sería un entendimiento de la burguesía liberal con el antiguo régimen. Es una posibilidad que no se puede negar, pero está claro que un resultado semejante no se presentaría más que en el caso de un fracaso de la revolución, producido por su debilidad interna.

En suma, todo el análisis de los mencheviques, y, ante todo, su apreciación del proletariado y de sus posibles relaciones con la clase campesina, les conduce inexorablemente al pesimismo sobre la revolución. Pero se empeñan en olvidarlo y en desarrollar su optimismo... en la democracia burguesa.

Así es como se explica su actitud frente a los constitucionalistas. Estos son para ellos el símbolo de la democracia burguesa y ésta es el pretendiente, por derecho natural, al poder revolucionario.

El camarada Martinov ha construido, partiendo de este punto de vista, toda una filosofía de la historia para uso del Partido Constitucional Demócrata. Los demócratas, ya lo veis, se inclinan a la derecha en las épocas de tranquilidad y oscilan hacia la izquierda cuando se aproxima la revolución. Quizá por eso creen tener un porvenir revolucionario.

Hay que dejar claro que la historia de los kadetes, tal como nos la presenta Martinov, es tendenciosa, porque pliega la historia a las exigencias de una cierta moral. Martinov nos recuerda que en octubre de

1905 los demócratas expresaron su simpatía por los huelguistas. Es indiscutible. Pero, ¿qué se escondía tras esa platónica declaración? Un sentimiento bastante vulgar, el terror del burgués ante la fuerza obrera. En cuanto se extendió el movimiento revolucionario, los demócratas se apartaron totalmente del campo político y Miliukov, explica las razones de esta actitud con entera franqueza en el folleto que he citado : “Después del 17 de octubre, cuando en Rusia tuvieron lugar las primeras grandes reuniones políticas, se tendía claramente a la izquierda (...) Un partido como el de los constitucionales-demócratas que estaba entonces en sus primeros meses de existencia, y se preparaba para la lucha parlamentaria, no podía de ninguna manera actuar en aquellos meses de 1905. Los que reprochan ahora al partido no haber protestado en su momento por medio de mítines, contra las ‘ilusiones revolucionarias del trotskismo’ y contra los ‘blanquistas’², no comprenden o no se acuerdan del estado de espíritu del público democrático que se reunía entonces en los mítines”³. Miliukov, como habéis visto, me hace un gran honor al relacionar mi nombre con el período de máximo auge revolucionario. Pero el interés de la cita no radica en esto. Es importante que nos demos cuenta de que, en octubre y noviembre, el único fin de los demócratas era luchar contra las ilusiones revolucionarias, es decir, contra el movimiento revolucionario de las masas y, si no lo consiguieron, fue simplemente porque tenían miedo del público democrático de los mítines ¡Y eso durante la luna de miel del partido! ¡Y eso en el momento en que nuestra revolución alcanzaba su apogeo!

El camarada Martinov ha recordado las platónicas felicitaciones dirigidas por los demócratas a los huelguistas. Pero, como historiador tendencioso, ha olvidado mencionar el Congreso de los zemstvos, a la cabeza del cual se encontraban los constitucionales demócratas (kadetes) en noviembre. ¿Había estudiado este congreso el problema de su participación en el movimiento popular? No. Se discutió solamente el posible entendimiento con el ministro Witte. Cuando se recibió la noticia del levantamiento de Sebastopol, el congreso se inclinó claramente hacia la derecha —hacia la derecha y no hacia la izquierda! Y sólo el discurso de Miliukov, al decir que la insurrección había sido aplastada, gracias a Dios, sólo ese discurso pudo llevar a los constitucionales demócratas a la vía parlamentaria. Ya veis que la tesis general de Martinov exige importantes restricciones.

Poco después, los kadetes llegan a la primera Duma. Es indiscutiblemente la página más brillante de la historia del Partido liberal. Pero, ¿cómo explicar esta fuerza de los kadetes? Podemos apreciar diversamente

² Seguidores de August Blanqui.

³ P. Miliukov, *Cómo se han hecho las elecciones para la segunda Duma de Estado*.

la táctica del boicot. Pero parece suficientemente claro que fue esta táctica la que impulsó artificialmente y, por lo tanto, provisionalmente, a amplias capas sociales democráticas al lado de los kadetes; introdujo en sus cuadros representativos a numerosos radicales y así pareció que el Partido Constitucional Demócrata se convertía en el órgano de una oposición “nacional”: esta excepcional situación los llevó a la famosa proclama de Viborg, a la que hacía alusión el camarada Martinov. Pero las elecciones para la segunda Duma forzaron a los kadetes a tomar la actitud que mejor les convenía, la de la lucha contra las “ilusiones revolucionarias”. Alexei Smirnov, historiador del partido kadete, caracteriza la campaña electoral en las ciudades donde los kadetes tienen su principal influencia de la siguiente manera: “No había partidarios del gobierno entre los electores de las ciudades... Por ello, en las asambleas, la lucha se desarrolló por otro lado; fue una discusión entre el partido de la Libertad del Pueblo y los partidos socialistas de izquierda”⁴.

El caos que había reinado en la oposición durante las primeras elecciones desapareció cuando se preparaba la segunda Duma: las diferencias se manifestaron dentro de la democracia revolucionaria. Los kadetes movilizaron a sus electores contra las ideas de democracia, de revolución, de proletariado. Es un hecho de la mayor importancia que la base social de los kadetes se estrecha y se hace cada vez menos democrática. Circunstancia, por otra parte, que no se explica por el azar, que no es provisional ni transitoria. Significa una escisión real, seria, entre el liberalismo y la democracia revolucionaria. Miliukov se ha percatado de este resultado de las segundas elecciones. Tras haber indicado que, en la primera Duma, los kadetes tenían la mayoría, “quizá porque no tenían oposición” pero que la habían perdido en las segundas elecciones, el líder del partido kadete declaró lo siguiente: “En revancha, tenemos ahora con nosotros una parte considerable de votos del país que se han pronunciado por nuestra táctica contra la de los revolucionarios”⁵.

Desearíamos que los camaradas mencheviques tuviesen la misma claridad en la apreciación de lo que pasa. ¿Pensáis que las cosas pasarán diferentemente más tarde? ¿Creéis que los kadetes pueden agrupar bajo su estandarte a las masas democráticas y llegar a ser revolucionarios? ¿No pensáis, por el contrario, que el desarrollo ulterior de la revolución separará definitivamente a la democracia de los liberales y lanzará a estos últimos en el campo de la reacción? ¿No es a esto a lo que conduce toda la táctica de los kadetes en la segunda Duma? ¿Y no es a esto a lo que nos conduce vuestra propia táctica? Vuestras manifestaciones en la

⁴ Idem.

⁵ P. Miliukov, *Esbozos para la historia de la civilización rusa*, San Petersburgo, 1896.

Duma, las acusaciones que lanzáis en la prensa y en las asambleas, ¿no tendrán ese efecto? ¿Qué motivos tenéis para creer aún que los kadetes pueden reformarse? ¿Os basáis acaso en hechos sacados del desarrollo político? ¡No, sólo pensáis en vuestro esquema! Para “llevar a buen fin” la revolución tenéis necesidad de la burguesía de las ciudades. La buscáis con ardor y no encontráis más que kadetes. Y manifestáis pensando en ellos un extraño optimismo: queréis forzarlos a desempeñar un papel histórico que no quieren asumir y que no asumirán.

A la cuestión esencial que os he planteado tantas veces no me habéis dado ninguna respuesta. No prevéis la revolución. Vuestra política está desprovista de toda perspectiva.

A causa de eso, vuestra actitud con respecto a los partidos burgueses se formula en términos que el congreso debiera retener: de una ocasión a otra. El proletariado no lleva una lucha sistemática para asegurar su influencia sobre las masas populares, no controla sus movimientos y su táctica por medio de esta idea directiva: agrupar en torno a ellos a los que trabajan, a los que se oprime y llegar a ser su heraldo y su jefe lleva su política de una ocasión a otra. Renuncia en principio a la posibilidad de despreciar las ventajas temporales para realizar conquistas más profundas; procede por empirismo a sus evaluaciones; efectúa combinaciones comerciales de política, aprovechando tan pronto una ocasión como otra. ¿Por qué iba a preferir las rubias a las morenas?, pregunta el camarada Plejanov. Debo reconocer que, si se trata de rubias o de morenas, estamos en el terreno de lo que los alemanes llaman *Privatsache*: no se trata más que de una opinión libremente personal. Creo que el mismo Alexinski, que no transige, como sabernos, en cuestión de principios, no pedirá que el congreso establezca en esta esfera “la unidad de ideas” que sería la condición eficiente de la unidad de acción. (*Aplausos*)

6. EL PARTIDO DEL PROLETARIADO Y LOS PARTIDOS BURGUESES EN LA REVOLUCION¹

12 al 25 de mayo de 1907

Los camaradas saben que rechazo categóricamente la opinión que ha sido la filosofía oficial del partido en estos últimos tiempos sobre la revolución y el papel que desempeñan en ella los partidos burgueses.

Las opiniones que profesan nuestros camaradas mencheviques les parecen, a ellos mismos, extraordinariamente complejas. Les he oído más de una vez acusarnos de tener una idea demasiado simple de la marcha de la revolución rusa. Y, sin embargo, a pesar de una falta absoluta de precisión en las formas, que dan la apariencia de complejidad - y gracias, quizá, a este defecto- las ideas de los mencheviques degeneran en un esquema extraordinariamente simple, accesible a la comprensión del mismo Miliukov. En la nota final de un folleto aparecido recientemente, "Cómo se han hecho las elecciones para la segunda Duma de Estado", el líder del Partido Constitucional Demócrata (kadete) ha escrito: "En lo que concierne a los grupos de izquierda, en sentido estricto, es decir, los grupos socialistas y revolucionarios, nos será más difícil entendernos con ellos. Pero, si bien no tenemos razones positivas suficientemente definidas que operen este acercamiento, tenemos al menos grandes razones negativas que favorecerán el entenderse en cierta medida. Su fin es criticarnos y desacreditarnos, por eso es necesario que existamos y que obremos. Sabemos que, para los socialistas, no solamente para los de Rusia sino para los del mundo entero, la transformación que lleva a cabo ahora el régimen es una revolución burguesa y no socialista: es una revolución que debe ser hecha por la democracia burguesa. Además, si se tratara de ocupar el lugar de esta democracia (...) hay que reconocer que no hay un solo socialista en el mundo que se haya preparado para ello; y si el país ha enviado a la Duma socialistas en gran número, no es, desde luego, para realizar desde ahora el socialismo, ni para que lleven a cabo por sí mismos las reformas preparatorias de la

¹ Extracto de un discurso pronunciado por Trotsky en el Congreso de Londres del Partido Socialdemócrata Obrero de Rusia que sesionó entre el 12 y el 25 de mayo de 1907.

burguesía...’. Así, les será mucho más ventajoso dejarnos el papel de parlamentarios, que comprometerse ellos mismos en ese papel”.

Miliukov, como veis, nos introduce desde el principio en el meollo de la cuestión. En la cita que acabo de hacer tenéis los elementos esenciales de las ideas mencheviques sobre la revolución y sobre las relaciones de la democracia burguesa y socialista. “La transformación del régimen que se lleva a cabo en este momento es una revolución burguesa y no socialista”. Esto para empezar. La revolución burguesa “debe ser hecha por la democracia burguesa”, como segundo punto. La democracia socialista no puede efectuar por sí misma las reformas burguesas, tiene un papel de simple oposición: “Criticar y desacreditar”. Por fin, como cuarta observación, para que los socialistas tengan la posibilidad de quedarse en la oposición, “es preciso que la democracia burguesa exista y actúe”.

¿Y si esta democracia burguesa no existe? ¿Y si no hay una democracia burguesa capaz de marchar a la cabeza de la revolución burguesa? En este caso hay que inventarla: a esto es a lo que llegan los mencheviques. Edifican una democracia burguesa, le dan una serie de cualidades y una historia, empleando su imaginación para ello.

En tanto que materialización, tenemos que preguntarnos primero cuáles son las bases sociales de la democracia burguesa, en qué capas o clases puede apoyarse.

Es inútil hablar de la gran burguesía como de una fuerza revolucionaria, todos estamos de acuerdo en este punto. Los industriales lyoneses, por ejemplo, tuvieron un papel contrarrevolucionario en la época de la Revolución Francesa, que fue una revolución nacional en el más amplio sentido. Pero se nos habla de la media y, sobre todo, de la pequeña burguesía como fuerza dirigente en la revolución burguesa; y, ¿qué representa esta pequeña burguesía?

Los jacobinos se apoyaban en la democracia de las ciudades, derivada de las corporaciones artesanas. Los maestros de taller, sus oficiales y las gentes de la ciudad que tenían con los primeros lazos estrechos, componían el ejército revolucionario de los *sans-culottes*, y ése fue el apoyo del partido dirigente. Esta masa compacta de la población urbana, que había pasado por la larga escuela histórica de la vida corporativa, fue precisamente la que soportó todo el peso de la transformación revolucionaria. El resultado objetivo de la revolución fue crear las “condiciones normales” de la explotación capitalista. Pero el mecanismo social de la evolución histórica ha hecho que la dominación burguesa se viera asegurada por obra de la plebe, de la democracia de la calle, de los *sans-culottes*. Su dictadura, basada en el terror, libró a la sociedad burguesa de todos los vestigios del régimen anterior, y luego la burguesía

impuso su dominio, derribando la dictadura democrática de los pequeños burgueses.

Yo pregunto, y no por primera vez, desgraciadamente: “¿Qué clase social de nuestro país va a construir una democracia burguesa revolucionaria, llevándola al poder y dándole la posibilidad de realizar un trabajo inmenso, teniendo enfrente de ella la oposición del proletariado?” Esta es la cuestión central que planteo una vez más a los mencheviques.

Cierto que tenemos grandes masas de campesinos revolucionarios, pero los camaradas mencheviques saben tan bien como yo que la clase campesina, por revolucionaria que sea, no es capaz de una acción independiente y espontánea, y mucho menos de asumir una dirección política. Los campesinos pueden constituir una fuerza prodigiosa al servicio de la revolución, esto es indiscutible, pero sería indigno de un marxista pensar que el partido de los mujiks es capaz de ponerse a la cabeza de la revolución burguesa y liberar, por iniciativa propia, a las fuerzas productivas de la nación, acabando con los impedimentos seculares. Es la ciudad la que posee la hegemonía en la sociedad moderna, y sólo la ciudad es capaz de desempeñar un papel importante en la revolución burguesa. ¿Dónde veis vosotros esa democracia urbana que llevaría tras sí a toda la nación?

El camarada Martinov la ha buscado más de una vez, lupa en mano. ¡Ha encontrado maestros de escuela en Saratov, abogados en Petersburgo y técnicos estadísticos en Moscú! Como todos los de su opinión, se ha negado a ver que, en la Revolución Rusa, el proletariado industrial ocupa el lugar que, a fines del siglo XVIII, tenía la democracia de los artesanos, la democracia de los *sans-culottes*. Os ruego, camaradas, que os fijéis en este punto esencial.

Nuestra gran industria no procede del artesanado; la historia económica de nuestras ciudades ignora completamente el período de las corporaciones. La industria capitalista ha nacido, para nosotros, por la presión inmediata del capital europeo. Se ha apoderado de un suelo virgen, verdaderamente primitivo, y no ha tenido que luchar contra la resistencia de un ambiente corporativo. El capital extranjero se ha introducido en nuestro país por medio de los empréstitos de Estado y por los canales, si se pueden llamar así, de la iniciativa privada. Ha agrupado en torno a sí al proletariado industrial, sin permitir a los pequeños oficios crearse y desarrollarse. Como resultado, en el momento de la revolución, la principal fuerza de las ciudades se encuentra en un proletariado industrial con una conciencia social muy elevada. Este es un hecho irrefutable y que debe servir de base a todos nuestros estudios sobre táctica revolucionaria.

Si los camaradas mencheviques creen en la victoria de la revolución o admiten al menos la posibilidad de esta victoria, no podrán negar que,

fuera del proletariado, no hay, en Rusia, otro pretendiente al poder revolucionario. Lo mismo que la pequeña burguesía de la Revolución Francesa se puso al frente del movimiento nacional, el proletariado, la verdadera fuerza democrática y revolucionaria de nuestras ciudades, debe encontrar apoyo en las clases campesinas y tomar el poder si, por lo menos, la victoria de la revolución es posible. Un gobierno que se apoya directamente en el proletariado y, por medio de él, en la clase campesina revolucionaria, no significa aún una dictadura socialista. No quiero hablar, de momento, de las perspectivas ulteriores de un gobierno proletario. Quizá el proletariado esté condenado a caer, lo mismo que la democracia de los jacobinos, para dejar el lugar a la burguesía. Quiero solamente dejar claro un punto: si el movimiento revolucionario ha triunfado entre nosotros, como predijo Plejanov, en tanto que movimiento obrero, la victoria de la revolución no es posible sino como victoria revolucionaria del proletariado; dicho de otra manera, sería absolutamente imposible su victoria si no fuera así.

Insisto en esta deducción. Si se supone que la oposición de intereses entre el proletariado y las masas campesinas no permitirá al primero ponerse en cabeza de los últimos, esto es, que el proletariado no es lo suficientemente fuerte como para conseguir la victoria, entonces es que la victoria misma de la revolución es imposible. En tales condiciones, el resultado natural de la revolución sería un entendimiento de la burguesía liberal con el antiguo régimen. Es una posibilidad que no se puede negar, pero está claro que un resultado semejante no se presentaría más que en el caso de un fracaso de la revolución, producido por su debilidad interna.

En suma, todo el análisis de los mencheviques, y, ante todo, su apreciación del proletariado y de sus posibles relaciones con la clase campesina, les conduce inexorablemente al pesimismo sobre la revolución. Pero se empeñan en olvidarlo y en desarrollar su optimismo... en la democracia burguesa.

Así es como se explica su actitud frente a los constitucionalistas. Estos son para ellos el símbolo de la democracia burguesa y ésta es el pretendiente, por derecho natural, al poder revolucionario.

El camarada Martinov ha construido, partiendo de este punto de vista, toda una filosofía de la historia para uso del Partido Constitucional Demócrata. Los demócratas, ya lo veis, se inclinan a la derecha en las épocas de tranquilidad y oscilan hacia la izquierda cuando se aproxima la revolución. Quizá por eso creen tener un porvenir revolucionario.

Hay que dejar claro que la historia de los kadetes, tal como nos la presenta Martinov, es tendenciosa, porque pliega la historia a las exigencias de una cierta moral. Martinov nos recuerda que en octubre de

1905 los demócratas expresaron su simpatía por los huelguistas. Es indiscutible. Pero, ¿qué se escondía tras esa platónica declaración? Un sentimiento bastante vulgar, el terror del burgués ante la fuerza obrera. En cuanto se extendió el movimiento revolucionario, los demócratas se apartaron totalmente del campo político y Miliukov, explica las razones de esta actitud con entera franqueza en el folleto que he citado : “Después del 17 de octubre, cuando en Rusia tuvieron lugar las primeras grandes reuniones políticas, se tendía claramente a la izquierda (...) Un partido como el de los constitucionales-demócratas que estaba entonces en sus primeros meses de existencia, y se preparaba para la lucha parlamentaria, no podía de ninguna manera actuar en aquellos meses de 1905. Los que reprochan ahora al partido no haber protestado en su momento por medio de mítines, contra las ‘ilusiones revolucionarias del trotskismo’ y contra los ‘blanquistas’², no comprenden o no se acuerdan del estado de espíritu del público democrático que se reunía entonces en los mítines”³. Miliukov, como habéis visto, me hace un gran honor al relacionar mi nombre con el período de máximo auge revolucionario. Pero el interés de la cita no radica en esto. Es importante que nos demos cuenta de que, en octubre y noviembre, el único fin de los demócratas era luchar contra las ilusiones revolucionarias, es decir, contra el movimiento revolucionario de las masas y, si no lo consiguieron, fue simplemente porque tenían miedo del público democrático de los mítines ¡Y eso durante la luna de miel del partido! ¡Y eso en el momento en que nuestra revolución alcanzaba su apogeo!

El camarada Martinov ha recordado las platónicas felicitaciones dirigidas por los demócratas a los huelguistas. Pero, como historiador tendencioso, ha olvidado mencionar el Congreso de los zemstvos, a la cabeza del cual se encontraban los constitucionales demócratas (kadetes) en noviembre. ¿Había estudiado este congreso el problema de su participación en el movimiento popular? No. Se discutió solamente el posible entendimiento con el ministro Witte. Cuando se recibió la noticia del levantamiento de Sebastopol, el congreso se inclinó claramente hacia la derecha —hacia la derecha y no hacia la izquierda! Y sólo el discurso de Miliukov, al decir que la insurrección había sido aplastada, gracias a Dios, sólo ese discurso pudo llevar a los constitucionales demócratas a la vía parlamentaria. Ya veis que la tesis general de Martinov exige importantes restricciones.

Poco después, los kadetes llegan a la primera Duma. Es indiscutiblemente la página más brillante de la historia del Partido liberal. Pero, ¿cómo explicar esta fuerza de los kadetes? Podemos apreciar diversamente

² Seguidores de August Blanqui.

³ P. Miliukov, *Cómo se han hecho las elecciones para la segunda Duma de Estado*.

la táctica del boicot. Pero parece suficientemente claro que fue esta táctica la que impulsó artificialmente y, por lo tanto, provisionalmente, a amplias capas sociales democráticas al lado de los kadetes; introdujo en sus cuadros representativos a numerosos radicales y así pareció que el Partido Constitucional Demócrata se convertía en el órgano de una oposición “nacional”: esta excepcional situación los llevó a la famosa proclama de Viborg, a la que hacía alusión el camarada Martinov. Pero las elecciones para la segunda Duma forzaron a los kadetes a tomar la actitud que mejor les convenía, la de la lucha contra las “ilusiones revolucionarias”. Alexei Smirnov, historiador del partido kadete, caracteriza la campaña electoral en las ciudades donde los kadetes tienen su principal influencia de la siguiente manera: “No había partidarios del gobierno entre los electores de las ciudades... Por ello, en las asambleas, la lucha se desarrolló por otro lado; fue una discusión entre el partido de la Libertad del Pueblo y los partidos socialistas de izquierda”⁴.

El caos que había reinado en la oposición durante las primeras elecciones desapareció cuando se preparaba la segunda Duma: las diferencias se manifestaron dentro de la democracia revolucionaria. Los kadetes movilizaron a sus electores contra las ideas de democracia, de revolución, de proletariado. Es un hecho de la mayor importancia que la base social de los kadetes se estrecha y se hace cada vez menos democrática. Circunstancia, por otra parte, que no se explica por el azar, que no es provisional ni transitoria. Significa una escisión real, seria, entre el liberalismo y la democracia revolucionaria. Miliukov se ha percatado de este resultado de las segundas elecciones. Tras haber indicado que, en la primera Duma, los kadetes tenían la mayoría, “quizá porque no tenían oposición” pero que la habían perdido en las segundas elecciones, el líder del partido kadete declaró lo siguiente: “En revancha, tenemos ahora con nosotros una parte considerable de votos del país que se han pronunciado por nuestra táctica contra la de los revolucionarios”⁵.

Desearíamos que los camaradas mencheviques tuviesen la misma claridad en la apreciación de lo que pasa. ¿Pensáis que las cosas pasarán diferentemente más tarde? ¿Creéis que los kadetes pueden agrupar bajo su estandarte a las masas democráticas y llegar a ser revolucionarios? ¿No pensáis, por el contrario, que el desarrollo ulterior de la revolución separará definitivamente a la democracia de los liberales y lanzará a estos últimos en el campo de la reacción? ¿No es a esto a lo que conduce toda la táctica de los kadetes en la segunda Duma? ¿Y no es a esto a lo que nos conduce vuestra propia táctica? Vuestras manifestaciones en la

⁴ Idem.

⁵ P. Miliukov, *Esbozos para la historia de la civilización rusa*, San Petersburgo, 1896.

Duma, las acusaciones que lanzáis en la prensa y en las asambleas, ¿no tendrán ese efecto? ¿Qué motivos tenéis para creer aún que los kadetes pueden reformarse? ¿Os basáis acaso en hechos sacados del desarrollo político? ¡No, sólo pensáis en vuestro esquema! Para “llevar a buen fin” la revolución tenéis necesidad de la burguesía de las ciudades. La buscáis con ardor y no encontráis más que kadetes. Y manifestáis pensando en ellos un extraño optimismo: queréis forzarlos a desempeñar un papel histórico que no quieren asumir y que no asumirán.

A la cuestión esencial que os he planteado tantas veces no me habéis dado ninguna respuesta. No prevéis la revolución. Vuestra política está desprovista de toda perspectiva.

A causa de eso, vuestra actitud con respecto a los partidos burgueses se formula en términos que el congreso debiera retener: de una ocasión a otra. El proletariado no lleva una lucha sistemática para asegurar su influencia sobre las masas populares, no controla sus movimientos y su táctica por medio de esta idea directiva: agrupar en torno a ellos a los que trabajan, a los que se oprime y llegar a ser su heraldo y su jefe lleva su política de una ocasión a otra. Renuncia en principio a la posibilidad de despreciar las ventajas temporales para realizar conquistas más profundas; procede por empirismo a sus evaluaciones; efectúa combinaciones comerciales de política, aprovechando tan pronto una ocasión como otra. ¿Por qué iba a preferir las rubias a las morenas?, pregunta el camarada Plejanov. Debo reconocer que, si se trata de rubias o de morenas, estamos en el terreno de lo que los alemanes llaman *Privatsache*: no se trata más que de una opinión libremente personal. Creo que el mismo Alexinski, que no transige, como sabernos, en cuestión de principios, no pedirá que el congreso establezca en esta esfera “la unidad de ideas” que sería la condición eficiente de la unidad de acción. (*Aplausos*)

EL PROLETARIADO Y LA REVOLUCION RUSA¹

Sobre la teoría de los mencheviques acerca de la Revolución Rusa

1908

Todo buen europeo –y por supuesto, hay que incluir aquí a los socialistas europeos– considera a Rusia como el país de las sorpresas. La razón es bien sencilla: cuando se ignoran las causas siempre se queda uno sorprendido por los efectos. Los viajeros franceses del siglo XVIII contaban que en Rusia las calles eran calentadas por medio de hogueras. Los socialistas europeos del siglo XX no lo han creído, desde luego, pero han pensado a su vez que el clima de Rusia era demasiado riguroso para permitir que en este país se desarrollara una socialdemocracia. Hemos oído las más extrañas opiniones. Un novelista francés, no sé si Eugène Sue o Dumas padre, nos muestra al héroe de una de sus novelas, en Rusia, tomando el té a la sombra de un acerolo. El europeo culto no ignora, hoy, que es tan difícil instalarse con un samovar bajo un acerolo como hacer pasar a un camello por el ojo de una aguja. Sin embargo, los grandiosos acontecimientos de la Revolución Rusa, por la sorpresa que han causado, han llevado a los socialistas occidentales a pensar que el clima ruso, que antes exigía que se calentaran las calles, transformaba ahora los musgos polares en gigantescos baobabs. Por eso es por lo que, al romperse el primer empuje de la revolución en su choque con las fuerzas militares del zarismo, muchas críticas han salido de la sombra de los acerolos para caer en la desilusión.

Por suerte, la revolución rusa ha animado a los socialistas occidentales a estudiar la situación en Rusia. Me sería difícil decir lo que hay que apreciar más, si el interés que hemos provocado en los pensadores o el papel de la tercera Duma de Estado, que ha sido también un don de la revolución, en la medida al menos en que un perro muerto, tendido en la arena de la playa, puede ser considerado como un don del océano.

¹Artículo publicado en la revista *Neue Zeit* en 1908.

Debemos una cierta gratitud a la editorial de Stuttgart, que, en los últimos tres libros publicados, se esfuerza en dar respuesta a algunas de las cuestiones que plantea la revolución².

Hay que hacer notar, sin embargo, que estos tres libros no tienen igual valor. La obra de Maslow presenta un estudio de una importancia capital para el conocimiento de la situación agraria en Rusia. El valor científico de este trabajo es tan grande que se pueden excusar las imperfecciones en la forma; se le puede disculpar incluso el haber expuesto de una manera absolutamente inexacta la teoría de la renta de la tierra de Marx. El libro de Pajitnov no tiene el valor de un estudio original, pero aporta materiales bastante numerosos como para caracterizar al obrero ruso en las fábricas, en los pozos de las minas, en sus casas y, parcialmente, en los sindicatos; sin embargo, la posición del obrero en el organismo social no queda definida. El autor, por otra parte, no se había asignado esta tarea. Pero precisamente por esta razón, su trabajo procurará pocos datos que expliquen el papel revolucionario del proletariado ruso.

Esta importantísima cuestión queda aclarada en el volumen de Cherevanin, que acaba de ser traducido al alemán, y que es la obra que pretendemos examinar.

I

Cherevanin busca en primer lugar las causas generales de la revolución. Considera a ésta como el resultado de un conflicto entre las imperiosas necesidades del desarrollo capitalista del país y las formas de Estado y de derecho, que dependen aún del feudalismo.

“La inflexible lógica del desarrollo económico –escribe– ha hecho que todos los estratos de la población, con excepción de la nobleza feudal, se viesen obligados a tomar posición contra el gobierno” (pág. 10).

En este agrupamiento de fuerzas de la oposición, “el proletariado ha ocupado sin duda alguna un lugar central”. Pero este proletariado, por sí mismo, no tenía valor más que como parte constituyente del conjunto que formaba la oposición. En los límites históricos de la lucha que se siguió para la emancipación de la nueva sociedad burguesa, el proletariado no podía tener éxito sino en la medida en que la oposición burguesa lo sostenía, o, más bien, en la medida en que él mismo, por su acción revolucionaria, sostenía a esta oposición. Lo

² Peter Maslow: *Die Agrarfrage in Russland*. Pajitnov: *Lage der arbeitenden Klasse in Russland*. A. Cherevanin: *Das Proletariat und die russische Revolution*. Verlag Dietz . (1908)

contrario es igualmente cierto. Siempre que el proletariado avanzó por su cuenta o, “si se quiere, actuó prematuramente”, aislándose de esta manera de la democracia burguesa, sufrió derrotas y detuvo el desarrollo normal de la revolución. Esta es, en sus rasgos esenciales, la concepción histórica de Cherevanin³.

Del principio al final de su obra protesta incansablemente contra los que quisieron exagerar las fuerzas revolucionarias y sobrestimar el papel político del proletariado ruso.

Analiza el drama del 9 de enero de 1905 para llegar a la siguiente conclusión: “Trotsky se equivoca cuando dice que los obreros se dirigieron el 9 de enero al Palacio de Invierno, no a presentar una súplica, sino reivindicaciones” (pág. 27). Acusa al partido de haber exagerado la madurez del proletariado de Petersburgo, en febrero de 1905, en el momento de la comisión presidida por el senador Chidlovski, cuando los representantes elegidos de las masas exigieron garantías de derecho civil y, al serles denegadas, se retiraron, y cuando los obreros respondieron a la detención de sus enviados por medio de la huelga. Tras una breve ojeada a la gran huelga de octubre, formula sus conclusiones en la siguiente forma: “Ahora vemos qué elementos desencadenaron la huelga de octubre y qué papel desempeñaron allí la burguesía y los intelectuales. Hemos dejado suficientemente claro que el proletariado no estaba solo y que tampoco podía, por sus propios medios, dar este golpe quizá mortal al absolutismo” (pág. 56). Tras la promulgación del manifiesto del 17 de octubre, toda la sociedad burguesa quería sobre todo tranquilidad. Era pues una “locura” por parte del proletariado entrar en la vía de la insurrección revolucionaria. Hubiera debido dirigirse la energía del proletariado en torno a las elecciones de la Duma. Cherevanin ataca a los que demostraron entonces que la Duma no era más que una promesa, que se ignoraba cómo y en qué momento tendrían lugar las elecciones e incluso si tendrían lugar. Cita el artículo que escribí el día que se promulgó el manifiesto y dice “Se equivocaban totalmente al disminuir la victoria conseguida escribiendo en *Izvestia*: La constitución nos ha sido dada, pero la autocracia subsiste. Nos han dado todo y no tenemos nada”.

Después, según Cherevanin todo fue de mal en peor. En lugar de apoyar al congreso de los zemstvos, que reclamaba el sufragio universal para las elecciones de la Duma, el proletariado rompió bruscamente con el liberalismo y con la democracia burguesa, y buscó nuevos aliados,

³ El mismo punto de vista ha sido expuesto recientemente en un artículo de F. Dan, en el N° 2 de la *Neue Zeit*. Pero sus conclusiones son menos audaces. (1908)

“aliados dudosos”: los campesinos y el ejército. El establecimiento por métodos revolucionarios de la jornada de ocho horas, la huelga de noviembre en respuesta a la ley marcial impuesta en Polonia... los errores se acumulan y esta vía lleva a la fatal derrota de diciembre. Esta derrota y los errores de la socialdemocracia preparan el crack de la primera Duma y las consiguientes victorias de la contrarrevolución.

Así es como Cherevanin concibe la historia. El traductor alemán ha hecho todo lo posible por eliminar la acritud de las acusaciones y de los insultos lanzados por Cherevanin, pero, aún así, el libro parece más bien una requisitoria contra los crímenes revolucionarios del proletariado desde el punto de vista de “una táctica auténticamente realista”, que una reproducción fiel del papel del proletariado en la revolución.

En lugar de darnos un análisis materialista de las relaciones sociales, Cherevanin se contenta con una deducción puramente formal. Según él, nuestra revolución es una revolución burguesa que, triunfante, debe asegurar el poder de la burguesía; como el proletariado debe participar en la revolución burguesa, debe contribuir a hacer pasar el poder a manos de la burguesía. Por consiguiente, la idea de la toma del poder por el proletariado es incompatible con la táctica que le corresponde en la época de la revolución burguesa. Como, de hecho, la verdadera táctica del proletariado ha sido, naturalmente, luchar por el poder gubernamental, esa táctica estaba basada en un error.

Esta preciosa construcción lógica, que en la escolástica se llama sorites, deja de lado la cuestión principal, ya que no se pregunta cuáles eran las fuerzas interiores de la revolución burguesa ni el mecanismo de esta clase. Conocemos el ejemplo clásico de una revolución en la que la dominación de la burguesía capitalista ha sido preparada por la dictadura y el terror de los *sans-culottes* vencedores. Esto tuvo lugar en una época en que la población de las ciudades se componía principalmente de artesanos y pequeños comerciantes. Pero la población de las actuales ciudades rusas se compone especialmente de un proletariado industrial. Esto nos lleva a concebir una situación histórica en la que la victoria de la revolución “burguesa” sólo sería posible gracias a la conquista del poder revolucionario por el proletariado. ¿Dejaría esta revolución de ser burguesa? Sí y no. Eso no dependería de una definición sino del ulterior desarrollo de los acontecimientos. Si el proletariado es rechazado por la coalición de las clases burguesas, y por la clase campesina por él liberada, la revolución conservará su carácter estrictamente burgués. Pero si el proletariado es capaz de actuar con todas sus posibilidades políticas y romper así los marcos nacionales de la revolución rusa, ésta podrá

transformarse en el prólogo de un cataclismo socialista mundial. Si nos preguntamos hasta dónde llegará la revolución rusa no podremos contestar más que de una manera condicional. Pero hay algo indudable, si nos contentamos con definir el movimiento ruso como una revolución burguesa, no diremos absolutamente nada de su desarrollo interno y nunca se podrá probar así que el proletariado tenga que adaptar su táctica a la conducta de la democracia burguesa, considerada como el único pretendiente legítimo al poder.

II

Pero ante todo, ¿qué es, pues, ese cuerpo político democracia burguesa? Al pronunciar esa palabra se asimila en el pensamiento a los liberales, que evolucionan durante el proceso revolucionario, con las masas populares, es decir, con la clase campesina sobre todo. Pero en la realidad –y ahí está lo grave del asunto– esa asimilación no tiene ni puede tener lugar.

Los demócratas constitucionales (kadetes), el partido liberal más importante de estos últimos años, han formado su grupo en 1905, a partir de la unión de los “constitucionalistas” de los zemstvos con la Asociación para la Emancipación. En la fronda liberal de los zemstvos se encuentra, por un lado, el descontento envidioso de los campesinos ante el monstruoso proteccionismo industrial que servía de base a la política del gobierno y la oposición formada por los propietarios partidarios del progreso, o los que un régimen atrasado impedía administrar sus tierras según los procedimientos racionales del capitalismo.

La Asociación para la Emancipación agrupaba a una serie de intelectuales que, por gozar de una buena situación y del bienestar consiguiente, no podían entrar en la vía revolucionaria. Muchos de estos señores habían pasado por la escuela preparatoria del marxismo, dentro de los límites prescritos por el poder. La oposición de los zemstvos se distinguió siempre por su cobardía y su impotencia, y el augusto ignorante que nos gobernaba no expresaba más que una amarga verdad cuando decía, en 1894, que los deseos políticos de esta oposición no eran más que absurdos ensueños. Por otra parte, la clase privilegiada de los intelectuales, al no ejercer ninguna influencia social por sí misma y encontrándose en el aspecto material en situación de dependencia directa o indirecta del Estado, o del gran capital protegido por el Estado o de los latifundistas que querían un liberalismo censitario, no era capaz de llevar a cabo una oposición

política importante. Por lo cual, el partido demócrata constitucional unía la impotencia de los zemstvos a la impotencia de los intelectuales diplomados.

El liberalismo de los zemstvos mostró su superficialidad desde fines de 1905, cuando, a raíz de las revueltas agrarias, los propietarios tomaron partido por el antiguo régimen. Los intelectuales liberales tuvieron que abandonar, con gran tristeza por su parte, las casas solariegas en las que vivían como hijos adoptivos y buscar mecenas en las ciudades, de donde provenían en realidad.

Si totalizamos los resultados de las tres campañas electorales veremos que Petersburgo y Moscú, con los elementos censitarios de su población, han sido las ciudadelas del Partido Demócrata Constitucional. Y, a pesar de todo, el liberalismo ruso, como se ve por su lamentable historia, no ha conseguido nunca salir de su envilecimiento. ¿Por qué? La explicación de esto no se encuentra en los excesos revolucionarios del proletariado sino en causas históricas más profundas.

La base social de la democracia burguesa, la fuerza motora de la revolución europea ha sido siempre el estado llano, cuyo núcleo estaba formado por la pequeña burguesía de las ciudades, por los artesanos, los comerciantes y los intelectuales. La segunda mitad del siglo XIX es una época de completa decadencia para esta burguesía. El desarrollo capitalista no sólo ha destruido a la clase democrática de los pequeños artesanos en occidente, sino que además ha impedido que se constituyese una clase parecida en la Europa oriental.

El capital europeo ha encontrado en Rusia el artesano de pueblo y, sin darle tiempo de disociarse del campesino para transformarse en un artesano de ciudad, lo ha encerrado en sus fábricas. De nuestras más antiguas ciudades –por ejemplo Moscú, “ese gran pueblo”– ha hecho centros de industria moderna.

El proletariado, que no tenía pasado, ni tradición, ni prejuicios corporativos, se ha encontrado de repente reunido en masas considerables. En todas las ramas esenciales de la industria, el gran capital ha suplantado al mediano y al pequeño capital sin tener que luchar.

Es imposible comparar Petersburgo o Moscú con Berlín o Viena en 1848; nuestras capitales se parecen menos aún al París de 1789, que no conocía el ferrocarril ni el telégrafo y que consideraba como una empresa de enormes dimensiones a una manufactura con quinientos obreros. Pero es notable que la industria rusa, por el grado de “concentración” que ha adquirido, no sólo sostiene la comparación con otros Estados europeos, sino que los supera.

Este pequeño cuadro da una prueba de ello:

	ALEMANIA [*]		AUSTRIA ^{**}		RUSIA ^{***}	
	Censo de 1905		Censo de 1902		Censo de 1902	
	Nro. de Empresas	Obreros	Nro. de Empresas	Obreros	Nro. de Empresas	Obreros
Empresas de 51 a 1000 obreros	18.698	2.595.536	6.334	993.000	6.334	993.000
Empresas de más de 1000 obreros	225	448.731	115	179.876	458	1.550.000

^{*} *Les artisans et le commerce dans L'Empire allemand*, pág. 42 ; ^{**} *Guide statistique de l'Autriche*, Viena, 1907, pág. 229 ; ^{***} *Etude sur les effectifs ouvriers en Russie*, Petesburgo, pág. 46. (1908)

Hemos dejado a un lado las empresas que ocupan menos de cincuenta obreros, ya que el censo correspondiente a Rusia aún no ha sido establecido con seguridad.

Pero las cifras recogidas bastan para mostrar hasta qué punto la industria rusa supera a la austríaca en cuanto a concentración de la producción. Mientras que el número de medianas y grandes empresas (de 51 a 1.000 obreros) es igual en los dos países (6.334), el número de empresas gigantes (de más de 1.000 obreros) es en Rusia cuatro veces mayor que en Austria. Un resultado análogo se obtendrá si se compara Rusia con países más adelantados que Austria, como Alemania y Bélgica. En Alemania hay 255 empresas gigantes, que ocupan algo menos de medio millón de hombres, mientras que en Rusia hay 458 y la cifra de obreros supera el millón.

Esta misma cuestión se aclara aún más si se comparan los beneficios realizados por los establecimientos comerciales de las diferentes categorías en Rusia.

	Número de empresas		Beneficios de		en millones de rublos	
	%		%			
Beneficios de 1.000 a 2.000 rublos	37.000	44,5	56	8,6		
Beneficios de más de 50.000 rublos	1.400	1,7	291	45,0		

En otras palabras, aproximadamente el 50 % de las empresas realizan menos de la décima parte del beneficio total, mientras que la sexagésima parte de las empresas se reparten la mitad de los beneficios totales.

Estas pocas cifras demuestran de manera elocuente que el carácter atrasado del capitalismo ruso agravó las dificultades que existían entre la sociedad burguesa, los capitalistas y los obreros. Estos últimos ocupan, no solamente en la economía social, sino también en la lucha revolucionaria, el lugar que en Europa occidental tiene la clase democrática de los artesanos y de los comerciantes, derivada de las antiguas corporaciones de oficios. En Rusia no tenemos el menor rastro de una pequeña burguesía arraigada que hubiese podido luchar, junto al joven proletariado aún no constituido en clase, contra las bastillas del feudalismo.

Es cierto que la pequeña burguesía ha sido siempre un cuerpo bastante inconsistente desde el punto de vista político, aunque, en los mejores días de su historia, haya desplegado una fuerte actividad en este sentido. Pero, cuando, como en Rusia, una burguesía democrática e intelectual, desesperadamente atrasada, se encuentra en presencia de dificultades y de luchas de clase, cuando está hundida en las tradiciones de la propiedad agraria y en los prejuicios del profesorado, cuando se constituye bajo las maldiciones de los partidos socialistas, cuando ni siquiera se atreve a pensar en ejercer una influencia sobre los obreros, al tiempo que se muestra incapaz de tener autoridad sobre los campesinos, al margen del proletariado y en lucha contra los propietarios, esta clase desafortunada y desprovista de toda energía sólo sirve para formar un partido kadete. E incluso, prescindiendo de todo amor propio nacional, se puede afirmar que la breve historia del liberalismo ruso constituye en los anales de los países burgueses una excepción por su mediocridad y estupidez. Por otra parte, es cierto que ninguna de las revoluciones pasadas ha absorbido tanta energía popular como la nuestra, que, sin embargo, ha dado miserables resultados. De cualquier manera que nos enfrentemos con los acontecimientos percibiremos enseguida una relación íntima entre la nulidad de la democracia burguesa y el “mal resultado” de la revolución. Esta relación es evidente y, a pesar de todo, no nos lleva a conclusiones pesimistas. El mal resultado de la Revolución Rusa no es más que una consecuencia de la extraordinaria lentitud de su desarrollo. Burguesa por los fines inmediatos que se había asignado, nuestra revolución, en virtud de la extrema diferenciación de clase que se observa en la población comercial e industrial, no conoce clase burguesa alguna que pueda ponerse a la cabeza de las masas populares, uniendo su valor social y su experiencia política a la energía revolucionaria de esas masas.

Los obreros y los campesinos, oprimidos, abandonados a su suerte, tienen que encontrar, sin ayuda alguna, en la dura escuela de las batallas y las derrotas, las fuentes políticas y la organización que les asegurarán la victoria final. Para ellos no existe otra vía.

III

Además de las funciones industriales de la democracia representada por los pequeños artesanos, el proletariado ha tenido que asumir la tarea correspondiente a esas mismas funciones, es decir, ha debido, sobre todo, conquistar una hegemonía política respecto a la clase campesina. Así, sus fines son los mismos que los de la democracia, pero no sus métodos ni sus medios.

Al servicio de la democracia burguesa encontramos un conjunto de instituciones oficiales: la escuela, la universidad, el municipio, la prensa, el teatro... Esa es una inmensa ventaja, probada por el hecho de que nuestro débil liberalismo se ha encontrado automáticamente organizado y con todos los medios a su disposición cuando le ha llegado el momento de actuar, de hacer aquello de lo que era capaz: mociones, peticiones y competencia electoral. El proletariado no ha heredado nada de la sociedad burguesa desde el punto de vista de la cultura política, salvo la unidad que le dan las condiciones mismas de la producción. Se ha visto obligado a crear, sobre esta base, su organización política, entre el humo de las batallas revolucionarias.

Salió brillantemente de esta dificultad: el período en que su energía revolucionaria alcanzó el más alto grado, a fines de 1905, fue también el momento en que creó una maravillosa organización de clase, el Soviet de Diputados Obreros. Sin embargo, no se había resuelto más que una parte del problema, porque después de haberse dado una organización, los obreros tenían que vencer a la fuerza organizada del adversario.

El método de lucha revolucionaria propio del proletariado es la huelga general. Aunque relativamente poco numeroso, el proletariado tiene bajo su dependencia al aparato centralizado del poder gubernamental y la mayor parte de las fuerzas productivas del país. Precisamente por eso la huelga del proletariado es una fuerza ante la cual el absolutismo ha tenido que rendir honores militares en 1905. Pero pronto se vio que la huelga general planteaba sólo el problema de la revolución sin resolverlo.

La revolución es, ante todo, una lucha por la conquista del poder. Ahora bien, la huelga, como han demostrado los acontecimientos, no es más que un medio revolucionario de presión sobre el poder existente. El liberalismo de los demócratas constitucionales, que nunca ha pedido otra cosa que una constitución, ha sancionado —por poco tiempo, ciertamente— la huelga general como medio de lucha para conseguir la constitución; y aún así, no dieron su aprobación más que demasiado tarde, cuando el proletariado comprendía ya hasta qué punto la huelga es un medio limitado y decía que era necesario e inevitable ir más lejos.

La hegemonía de la ciudad sobre el campo, de la industria sobre la agricultura y, al mismo tiempo, la modernización de la industria rusa, la ausencia de una pequeña burguesía fuertemente constituida, de la que los obreros hubieran sido sólo auxiliares, todas estas causas hicieron del proletariado la fuerza principal de la revolución y le obligaron a pensar en la conquista del poder.

Los pedantes que se creen marxistas sólo porque ven el mundo a través del papel en el que están impresas las obras de Marx han podido citar un montón de textos para probar que la dominación política del proletariado no “llegaba a su hora”; la clase obrera de Rusia, la clase viva que, bajo la dirección de un grupo organizado, en función de sus intereses prendió a fines de 1905 un duelo con el absolutismo, mientras que el gran capital y los intelectuales se limitaban a hacer de testigos, este proletariado, por la necesidad misma de su desarrollo revolucionario, se ha encontrado enfrentado con el problema de la toma del poder. La confrontación del proletariado y ejército se hacía inevitable, y la solución de este conflicto dependía de la conducta del ejército y, a su vez, la conducta del ejército dependía de la composición de sus efectivos.

El papel político de los obreros en el país es mucho más importante de lo que se podría pensar si sólo se tiene en cuenta su número. Los acontecimientos lo han probado, se ha visto en las elecciones de la segunda Duma. Los obreros han llevado al cuartel las cualidades y las ventajas particulares de su clase: habilidad técnica, instrucción relativa y capacidad de actuar en conjunto.

En todos los movimientos revolucionarios del ejército, el papel principal corresponde a los soldados calificados, a los artilleros, que proceden de la ciudad y de los barrios obreros. En los motines de la flota, el papel predominante lo han tenido siempre los encargados de las máquinas: los proletarios, incluso cuando estaban en minoría en la tripulación. Pero entre los reclutados para el servicio militar es lógico que haya mayor número de campesinos. El ejército da a los mujiks la cohesión que les faltaba, y del defecto esencial de esta clase, que es su pasividad política, el ejército hace su arma principal. Durante las manifestaciones de 1905, el proletariado cometió unas veces el error de ignorar la pasividad de los campesinos y otras aprovechó el oscuro descontento que manifestaban los pueblos.

Pero, cuando la lucha por el poder se transformó en una necesidad real, la solución dependió del mujik armado que formaba la masa principal de la infantería rusa. En diciembre de 1905, el proletariado ruso fue vencido, pero no a consecuencia de los errores que había cometido, sino por una fuerza mucho más real, las bayonetas del ejército campesino.

IV

Este breve análisis nos evita tenernos que detener en los diferentes puntos de la requisitoria de Cherevanin el cual, a parte de señalar “errores de táctica”, pasa sin ver al proletariado en sí mismo, en sus relaciones sociales y en su crecimiento revolucionario. Si rechaza la idea, por otra parte indiscutible, de que los obreros se echaron a la calle el 9 de enero, no para presentar súplicas a la autoridad, sino para presentar sus reivindicaciones, es porque no ve el verdadero sentido de aquella manifestación. Aunque ponga tanto cuidado en subrayar el papel de los intelectuales en la huelga de octubre, no llega a disminuir el hecho de que el proletariado, por su acción revolucionaria, arrastró tras de sí a los demócratas de izquierda, a quienes transformó en destacamento auxiliar provisional de la revolución y a los que impuso un método de lucha puramente revolucionario –la huelga general–, subordinándolos a una organización puramente proletaria, el Soviet de Diputados Obreros.

Según Cherevanin, después del manifiesto, el proletariado debería haber concentrado todos sus esfuerzos en las elecciones para la Duma. Pero olvida que, entonces, esas elecciones eran algo muy problemático y que nada ni nadie garantizaba su realización.

Si en octubre tuvimos un manifiesto, también hubo pogromos en toda Rusia, y nadie hubiera asegurado que tendríamos efectivamente una Duma y no un nuevo pogromo. En esas condiciones, ¿qué podía hacer el proletariado que, con su ofensiva, había roto los viejos diques del poder policíaco? Exactamente lo que hizo. El proletariado, naturalmente, conquistaba nuevas posiciones y trataba de atrincherarse en ellas: destruía la censura y creaba una prensa revolucionaria, imponía la libertad de reunión, protegía a la población contra los granujas, en uniforme o no, constituía sindicatos de combate, se agrupaba en torno a los representantes de su clase, establecía el enlace con los campesinos y con el ejército revolucionario. Mientras los liberales seguían diciendo que el ejército debía quedar “al margen de toda política”, la socialdemocracia continuaba incansablemente su propaganda en los cuarteles. ¿Tenía o no razón al actuar así?

Mientras que el congreso de los zemstvos, en noviembre, se inclinaba a la derecha al tener noticias de la revuelta de Sebastopol, y no se tranquilizó más que cuando supo que había sido aplastada, el soviet dirigía a los rebeldes su adhesión y entusiasmo. ¿Tampoco tenía razón? ¿Dónde hay que buscar camino más seguro para la victoria: en lo que hacían los liberales de los zemstvos o en la unión del proletariado con el ejército?

Está claro que el programa de confiscación de las tierras que desarrollaban los obreros empujaba a los propietarios a la derecha; en cambio,

los campesinos se inclinaban hacia la izquierda. Y, lógicamente también, la lucha económica continuaba, arrastrando a los capitalistas al “campo del orden”; sin embargo, hasta los obreros más ignorantes intervenían en la lucha política.

Tampoco cabe duda que la propaganda en el ejército precipitó el inevitable conflicto con el gobierno, pero ¿qué otra cosa se podía hacer? ¿Íbamos a dejar en manos de Trepov a los soldados que, durante la luna de miel de las libertades, habían secundado a los autores de los pogromos y fusilado a las milicias obreras? Cherevanin sabe muy bien que no se pudo hacer más que lo que se hizo.

“Esta táctica falla en la base”, dice como conclusión, y añade: “Admitamos que haya sido inevitable y que no hubiera otra táctica posible en aquel momento. Esto no cambia en nada la conclusión objetivamente formulada, es decir, que la táctica de la socialdemocracia ha fallado en su base” (pág. 92). Cherevanin construye su táctica de la misma manera que Spinoza construía su ética, por el método geométrico. Admite, además, que la realidad no permitió aplicar los procedimientos que él preconiza, lo que explica sin duda el hecho de que los que pensaban como él no hicieran absolutamente nada en la revolución ¿Y qué vamos a decir de una táctica “realista” que “no puede ser aplicada”? Diremos como Lutero: “La teología es algo vivo y no puede consistir solamente en razonamientos y meditaciones sobre lo divino según las leyes de la razón...”

“Todo arte, si se transforma en pura especulación y no puede ser aplicado a la práctica, demuestra así que se ha perdido, que ya no significa nada (*ist verloren und taugt nichts*).”

NUESTRAS DIFERENCIAS¹

Junio de 1909

“Tienes toda la razón al decir que es imposible superar la apatía contemporánea por medio de teorías” –escribía Lassalle a Marx en 1854, es decir, en la época de una furiosa reacción mundial. *“Voy a generalizar incluso este pensamiento, diciendo que hasta ahora nunca se ha podido vencer la apatía por medios puramente teóricos; es decir, que los esfuerzos de la teoría por vencer esta apatía han engendrado discípulos y movimientos prácticos que no han conseguido nada, que nunca han logrado suscitar un movimiento mundial real, ni un movimiento general de las conciencias. Las masas no entran en el movimiento, tanto en la práctica como en el aspecto subjetivo, sino por la fuerza de los acontecimientos”*.

El oportunismo no comprende esto. Se tomaría por una paradoja la afirmación de que el rasgo psicológico del oportunismo es su “incapacidad para esperar” y, sin embargo, es así. En los períodos en que las fuerzas sociales aliadas y adversarias, tanto por su antagonismo como por sus reacciones mutuas, llevan una vida política sin movimiento; cuando el trabajo molecular del desarrollo económico, reforzando más aún las contradicciones, en vez de romper el equilibrio político, parece más bien endurecerlo provisionalmente y asegurarle una especie de perennidad, el oportunismo, devorado por la impaciencia, busca en torno

¹Este artículo fue impreso en la revista polaca *Przegląd social-demokratyczny* durante el período de la reacción más fuerte en Rusia; el movimiento obrero estaba casi muerto y los mencheviques habían renegado de la revolución y de sus métodos.

Esta es la crítica del punto de vista oficial adoptado en aquel momento por los bolcheviques sobre el carácter de la revolución y la tarea del proletariado en ella.

La crítica a los mencheviques conserva su valor, los mencheviques rusos pagan en este momento los fatales errores que cometieron entre 1903 y 1905, prácticamente cuando se constituían; los mencheviques del resto del mundo cometen, aún hoy, los más graves errores de los mencheviques rusos.

La crítica del punto de vista bolchevique de entonces (la dictadura democrática del proletariado y de la clase campesina) no tiene más que un interés histórico. Las disensiones de antaño no existen desde hace tiempo.

El manuscrito ruso de este artículo se ha conservado muy incompleto y lo siento. No he podido encontrar el número en cuestión de la revista polaca, por lo que reproduzco el texto tal y como está. Un trozo de diez líneas no ha sido reconstruido exactamente sino siguiendo el sentido general. (1922)

suyo “nuevas” vías, “nuevos” medios de realización. Se agota en lamentaciones sobre la insuficiencia y la incertidumbre de sus propias fuerzas y busca “aliados”. Marcha hacia los liberales, los llama, e inventa fórmulas especiales de acción para uso del liberalismo.

Pero al no encontrar más que descomposición política, el oportunismo sigue buscando entre los demócratas. Tiene necesidad de aliados. Busca en la derecha y en la izquierda, y trata de retenerlos. Se dirige a “sus fieles” y los exhorta a mostrar la mayor prevención ante cualquier posible aliado. “Mucho tacto, hace falta mucho tacto”. Sufre de una enfermedad que es la manía de la prudencia y, en su furor, hiere a su propio partido.

El oportunismo quiere tener en cuenta una situación, o unas condiciones sociales que aún no están maduras. Quiere un “éxito” inmediato. Cuando los aliados de la oposición no pueden servirle, corre al gobierno, suplica y amenaza... Por último, encuentra un lugar en el gobierno (ministerialismo), pero solamente para demostrar que, si bien la teoría no puede adelantar el proceso histórico, el método administrativo tampoco consigue mejores resultados.

El oportunismo no sabe esperar, y por eso los grandes acontecimientos le parecen siempre inesperados, lo dejan atónito y lo arrastran en su torbellino y, al perder pie, lo mismo tiende a una orilla que a otra. Intenta resistir, pero en vano, y entonces se somete adoptando aires de satisfacción y moviendo los brazos para que parezca que sabe nadar, y gritando más fuerte que nadie... Una vez pasado el huracán, sube a la orilla, se sacude disgustado, se queja de dolor de cabeza y de reumatismo y, atormentado aún por el malestar de la borrachera, no ahorra las palabras crueles a propósito de esos “chiflados” de la revolución.

La socialdemocracia nació de la revolución y camina hacia ella. Toda su táctica durante los períodos llamados de evolución pacífica se limita a acumular fuerzas cuyo valor e importancia sólo aparecerán en el momento de la batalla revolucionaria. Lo que se llama “épocas normales” o “tiempos de paz” son los períodos durante los cuales las clases dirigentes imponen al proletariado su concepción del derecho y sus procedimientos de resistencia política (tribunales, reuniones políticas vigiladas por la policía, parlamentarismo...). Las épocas revolucionarias son aquellas en que el proletariado descubre procedimientos que convienen mejor a su naturaleza revolucionaria (reuniones libres, prensa libre, huelga general, insurrección...). “Pero, en la locura revolucionaria (!), cuando el fin de la revolución parece próximo, la táctica de los mencheviques, tan razonable, no consigue imponerse...” La táctica de la socialdemocracia estaría, pues, estorbada por la “locura revolucionaria”. Locura revolucionaria (¡qué terminología!). La verdad es, simplemente,

que los mencheviques, con su “razonable táctica”, pedían “una alianza temporal de acción” con el Partido Demócrata Constitucional, y la locura revolucionaria les impidió tomar esta saludable medida...

Cuando se lee la correspondencia de nuestros maravillosos clásicos que, desde sus observatorios —el más joven en Berlín y los otros dos en el centro mismo del capitalismo mundial, en Londres— miraban con gran atención el horizonte político, anotando cualquier incidente o fenómeno que pudiese anunciar la llegada de la revolución; cuando se leen estas cartas en las que se respira la atmósfera de espera impaciente pero sin desesperanza, y en las que se ve la subida de la lava revolucionaria, entonces se llega a odiar a esta cruel dialéctica de la historia que, para alcanzar unos fines momentáneos, relaciona con el marxismo a unos pensadores desprovistos de todo talento, tanto en sus teorías como en su psicología, y que oponen su “razón” a la locura revolucionaria.

“... El instinto de las masas en las revoluciones -escribía Lassalle a Marx en 1859- es generalmente más seguro que la razón de los intelectuales... Y es precisamente la falta de instrucción la que protege a las masas contra los peligros de una conducta demasiado razonable... La revolución, continúa Lassalle, no puede llevarse a cabo más que con ayuda de las masas y gracias a su apasionada abnegación. Pero estas multitudes, precisamente porque son “oscuras”, porque les falta instrucción, no saben nada de posibilismos y, lo mismo que un espíritu poco desarrollado no admite más que los extremos en todo, no conoce más que el sí o el no e ignora el juste milieu (justo medio), las masas no se interesan más que por los extremos, por lo que es entero e inmediato. A fin de cuentas, eso crea una situación en la que aquellos que razonan demasiado la revolución, se encuentran con que no tienen amigos ni adeptos a sus principios. Así, lo que parecía una razón superior queda reducido a ser el colmo de la sinrazón.”

Lassalle tiene toda la razón al oponer el instinto revolucionario de las masas ignorantes a la táctica “razonable” de los calculadores de la revolución. Pero el instinto bruto no es por sí mismo el criterio último, desde luego. Hay un criterio superior, y es “el conocimiento de las leyes de la historia y del movimiento de los pueblos”. Solamente “una ‘sabiduría’ realista —concluye— puede superar a la ‘razón’ realista y elevarse por encima de ella”. La sabiduría realista, que en Lassalle conserva aún cierto idealismo, se manifiesta claramente en Marx como una dialéctica materialista. La fuerza de esta doctrina está en que no opone su “táctica razonable” al movimiento real de Marx, sino que precisa, depura y generaliza este movimiento. Y, precisamente porque la revolución arranca los velos místicos que impedían ver los rasgos esenciales del agrupamiento social y empuja a las clases contra las clases en el Estado, el político marxista se siente en la revolución como en su elemento.

Y, ¿cuál es esta “razonable táctica menchevique” que no puede ser realizada o –peor aún– que ve la causa de su falta de éxito en la “locura revolucionaria” y espera conscientemente a que esta locura haya pasado, es decir, que haya sido aplastada por la fuerza la energía revolucionaria de las masas?

El primero en tener el triste coraje de considerar los acontecimientos de la revolución como una serie de errores ha sido Plejanov. Nos ha dado un ejemplo luminosamente claro; durante veinte años ha defendido infatigablemente la dialéctica marxista contra todos los doctrinarios, utopistas y racionalistas, pero luego, ante las realidades de la revolución política, se ha revelado como el mayor utopista y doctrinario imaginable.

En todos sus escritos de la época revolucionaria buscaríamos en vano lo que más nos importa, la dinámica de las fuerzas sociales, la lógica interna de la evolución revolucionaria de las masas. En lugar de esto, Plejanov nos ofrece múltiples variaciones sobre un silogismo sin valor, cuyos términos se disponen así: primero, “nuestra revolución tiene un carácter burgués” y al final, “hay que conducirse con los demócratas constitucionales con mucho tacto”. Aquí no encontramos ni análisis teórico ni política revolucionaria, no vemos más que las inoportunas anotaciones de un razonador al margen del gran libro de los acontecimientos. El mejor resultado de este tipo de crítica es una enseñanza pedagógica que viene a ser la siguiente: si los socialdemócratas rusos hubieran sido marxistas y no metafísicos, nuestra táctica en el año 1905 habría sido muy diferente. Es curioso que Plejanov no piense siquiera en preguntarse cómo, tras haber enseñado él mismo durante un cuarto de siglo el más puro marxismo, sólo ha contribuido a crear un partido de “metafísicos” revolucionarios, y, lo que es más grave, cómo estos “metafísicos” han conseguido llevar por el mal camino a las masas obreras, dejando de lado a los “verdaderos marxistas” en una posición de doctrinarios sin autoridad.

Una de dos, o bien Plejanov ignora por qué secretos medios la doctrina marxista se ha transformado en acción revolucionaria, o bien los “metafísicos” gozan de ventajas indiscutibles en la revolución, ventajas que faltan a los “verdaderos” marxistas. En todo caso, las cosas no irían mejor aunque todos los socialdemócratas rusos realizaran la táctica de Plejanov; quedarían borrados necesariamente por unos “metafísicos” de origen no marxista. Plejanov deja a un lado prudentemente este fatal dilema. Pero Cherevanin, el honesto Sancho Panza de la doctrina de Plejanov, toma tranquilamente al toro por los cuernos –o, dicho en lenguaje de Cervantes, toma al burro por las orejas y declara: “En un período de locura revolucionaria, la verdadera táctica marxista no tiene ninguna utilidad.”

Cherevanin se ha visto obligado a llegar a esta conclusión, porque al asignarse la tarea que su maestro evitaba cuidadosamente, ha querido darnos una visión de conjunto de la revolución y del papel que el proletariado ha tenido en ella. Mientras que Plejanov se limitaba, prudentemente, a criticar en detalle ciertas posturas y ciertas declaraciones, ignorando deliberadamente el desarrollo interno de los acontecimientos, Cherevanin se ha preguntado: ¿Cuál habría sido el aspecto de la historia si se hubiese desarrollado conforme a la “verdadera táctica menchevique”? Y ha respondido a esta pregunta con su folleto *El proletariado en la revolución* (Moscú, 1907), que es un documento que muestra la extraña valentía de que se es capaz cuando se tiene una inteligencia limitada.

Pero cuando hubo corregido todos los errores de la revolución y fijado en el orden menchevique todos los acontecimientos, con intención de llevar, teóricamente por supuesto, a la revolución por el camino de la victoria, se dijo, pero ¿por qué la historia se ha salido del buen camino? A esta cuestión ha contestado por medio de otro librito, *La situación actual y el posible porvenir*; y, de nuevo, esta obra manifiesta que la infatigabilidad de su escasa inteligencia le puede llevar a descubrir ciertas verdades: “La derrota sufrida por la revolución ha sido tan grave, declara Cherevanin, que sería ‘absolutamente imposible’ buscar las causas en determinados errores del proletariado. No se trata de errores, por supuesto, sino de razones más profundas” (pág. 174). La vuelta de la gran burguesía a su antigua alianza con el zarismo y con la nobleza, ha tenido una influencia fatal en el destino de la revolución. El proletariado ha contribuido “en una importante medida” y con una fuerza decisiva a unificar estos valores distintos, y a formar un todo contrarrevolucionario. Y, si se mira hacia atrás, se puede afirmar ahora que “este papel del proletariado era inevitable” (pág. 175; el entrecomillado es nuestro, LT.). En su primer libro, Cherevanin, siguiendo a Plejanov, atribuía todos los reveses de la revolución al blanquismo de la socialdemocracia. Ahora, su inteligencia limitada, pero sincera, se rebela contra esta opinión y declara: “Imaginemos que el proletariado se haya encontrado todo el tiempo bajo la dirección de los verdaderos mencheviques y que todo se haya llevado a la manera de los mencheviques²; la táctica del proletariado habría mejorado con ello, pero sus tendencias generales no habrían podido modificarse y lo hubieran conducido al fracaso inexorablemente” (pág. 176). En otros términos, el proletariado, como clase, no habría sido capaz de “limitarse” según la doctrina menchevique.

² Es curiosa esta manera de pensar; no son los mencheviques los que dan la fórmula de la lucha de clases del proletariado, es el proletariado el que se conduce a la manera de los mencheviques. Más valdría decir: admitamos que los acontecimientos se desarrollan al estilo Cherevanin... (1909)

Desarrollando su lucha de clases empujaba necesariamente a la burguesía hacia la reacción. Los defectos en la táctica no hacían sino “agravar el triste papel (!) del proletariado en la revolución, pero no determinaban la marcha de las cosas”. Así, “el triste papel del proletariado” procedía esencialmente de sus intereses de clase. Es una conclusión francamente deshonrosa, marca una completa capitulación ante todas las acusaciones lanzadas por el cretinismo liberal contra el partido que representa al proletariado. Y, sin embargo, en esta vergonzosa conclusión hay una partícula de verdad histórica: la colaboración del proletariado con la burguesía ha sido imposible, no a causa de las imperfecciones del pensamiento socialdemócrata, sino como consecuencia de la división profunda que existía en la “nación” burguesa. El proletariado de Rusia, en virtud de su carácter social claramente definido y del grado de conciencia a que había llegado, no podía manifestar su energía revolucionaria más que en nombre de sus intereses particulares. Pero la importancia radical de los intereses que ponía por delante, e incluso su programa inmediato, exigía necesariamente que la burguesía oscilase hacia la derecha.

Cherevanin comprendió esto. Pero –dijo– ahí está la causa del fracaso. Bien. Pero, ¿adónde llegamos con esto? ¿Qué le quedaba por hacer a la socialdemocracia? ¿Tenía que tratar de engañar a la burguesía por medio de las fórmulas estilo Plejanov? ¿O bien debía cruzarse de brazos y abandonar al proletariado en el inevitable desastre? ¿O quizá por el contrario, reconociendo que es inútil contar con una colaboración duradera de la burguesía, debía obrar de manera que se revelase toda la fuerza de clase del proletariado, de forma que se despertase el interés social entre las masas campesinas? Tal vez la solución hubiera sido recurrir al ejército proletario y campesino y buscar la victoria por esa vía. Pero esto no se podía prever. En segundo lugar, cualesquiera que fuesen las posibilidades de victoria, la vía que indicamos era la única que podía utilizar el partido de la revolución, si es que no optaba por un suicidio inmediato ante el peligro de una derrota.

Por tanto, la lógica interna de la revolución, que Cherevanin sólo entrevé ahora, cuando “mira hacia atrás”, estaba clara, antes incluso de los acontecimientos decisivos de la revolución, para aquéllos a los que acusan de “locura”.

Escribíamos en julio de 1905: “Esperar hoy alguna iniciativa, alguna acción resuelta de la burguesía, es menos razonable aún que en 1848. Por una parte, los obstáculos a superar son mucho mayores; por otra parte, la segregación social y política en el seno de la nación ha ido

mucho más lejos. El complot de silencio de la burguesía nacional y mundial suscita terribles dificultades en el movimiento de emancipación; se trata de limitar este movimiento a un arreglo entre las clases poseedoras y los representantes del antiguo régimen, con el único fin de aplastar a las masas populares. En estas condiciones, la táctica democrática no puede conducir más que a una lucha abierta contra la burguesía liberal. Es necesario que nos demos cuenta de esto. El verdadero camino no está en 'una unión' ficticia de la nación contra su enemigo (el zarismo), está en un desarrollo profundo de la lucha de clases en el propio seno de la nación... Indiscutiblemente, la lucha de clases llevada a cabo por el proletariado podrá empujar a la burguesía hacia delante; sólo la lucha de clases es capaz de obrar así. Por otra parte, es incontestable que el proletariado, cuando haya modificado, por medio de la presión, la inercia de la burguesía, chocará con ésta en un momento determinado, en el curso de la lucha, como con un obstáculo inmediato. La clase que sea capaz de superar este obstáculo será la que asuma la hegemonía, si es que es posible para el país conocer un renacimiento democrático. En estas condiciones es como vemos la posibilidad de preponderancia del Cuarto Estado. Desde luego, el proletariado lleva a cabo su misión buscando un apoyo, como en otro tiempo hizo la burguesía, en la clase campesina y en la pequeña burguesía. El proletariado dirige el campo, lleva a los pueblos a la lucha y los interesa en el éxito de sus planes, pero es él, necesariamente, el único jefe. No es la 'dictadura de los campesinos y del proletariado', es la dictadura del proletariado apoyado en los campesinos. La obra que lleva a cabo no se limita, por supuesto, a las fronteras del país. Por la lógica misma de su situación tendrá que entrar inmediatamente en la lucha internacional."³

La opinión de los mencheviques sobre la Revolución Rusa no ha estado nunca muy clara. Lo mismo que los bolcheviques, hablaban de "llevar la revolución hasta el final", pero unos y otros entendían esta fórmula de manera muy limitada. Se trataba de realizar un "programa mínimo" tras el cual se abriría la época de explotación capitalista "normal", en las condiciones generales del régimen democrático. Sin embargo, "para llevar la revolución hasta el final" había que derribar el zarismo y hacer pasar el poder a manos de una fuerza social revolucionaria. ¿Cuál? Para los mencheviques era la democracia burguesa; para los bolcheviques, el proletariado y los campesinos.

Pero, ¿qué es la "democracia burguesa" de los mencheviques? Este término no designa a un grupo social determinado, cuya existencia sea

³ Prefacio del alegato de Lassalle ante el Tribunal. Algunas expresiones son un tanto vagas, pero intencionalmente, porque este artículo debía publicarse antes de la "era constitucional" en julio de 1905. (1909)

real; es una categoría fuera de la historia, inventada por medio de deducciones y analogías. Ya que la revolución debe ser llevada “hasta el fin”, ya que es una revolución burguesa, ya que los jacobinos, revolucionarios demócratas en Francia, llevaron la revolución hasta el fin, la revolución rusa no puede transmitir el poder más que a la democracia revolucionaria burguesa.

Tras haber establecido, de manera inmutable, la fórmula algebraica de la revolución, tratan de añadirle valores aritméticos que no existen en la naturaleza. A cada momento se ven copados porque la socialdemocracia crece y adquiere fuerza a expensas de la democracia burguesa.

No hay, sin embargo, nada de extraño en esto; las cosas no pasan así por casualidad sino como consecuencia de la estructura social. Incluso el fenómeno más natural se opone claramente a las artificiales concepciones de los mencheviques. Lo que impide el triunfo de la revolución burguesa democrática es, principalmente, que el partido del proletariado crece en fuerza y en importancia. De ahí que la filosofía menchevique quiera que la socialdemocracia desempeñe el papel penoso, porque resulta demasiado difícil para la raquítica democracia burguesa; es decir, que la socialdemocracia, en vez de actuar como el partido independiente del proletariado, pase a ser una agencia revolucionaria destinada a asegurar el poder a la burguesía. Es evidente que si la socialdemocracia optase por este camino se condenaría a una impotencia semejante a la del ala izquierda de nuestro liberalismo. La nulidad de este último y la creciente fuerza de la socialdemocracia revolucionaria son dos fenómenos relacionados, que se completan entre sí. Los mencheviques no comprenden que, en la sociedad, lo que debilita a la democracia burguesa es, al mismo tiempo, una fuente de fuerza e influencia para la socialdemocracia. En la impotencia de la primera creen ver la impotencia de la revolución misma. Creo que no hace falta decir hasta qué punto es insignificante este pensamiento cuando se consideran las cosas desde el punto de vista de la socialdemocracia internacional, en tanto que partido que lucha por la transformación socialista mundial. Es suficiente comprobar cuáles son las condiciones reales de nuestra revolución. Con lamentaciones no se resucita al Tercer Estado. Se impone, pues, la única conclusión posible: sólo la lucha de clases del proletariado, que somete a su dirección revolucionaria a las masas campesinas, puede “llevar a la revolución hasta el final”.

¡Eso es perfectamente cierto!, dicen los bolcheviques. Para que nuestra revolución salga victoriosa ha de ser llevada a cabo conjuntamente por el proletariado y los campesinos. Ahora bien, “la coalición del proletariado y de los campesinos, coalición que obtendrá la victoria

sobre la revolución burguesa, no es otra cosa que la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y los campesinos”. Así habla Lenin en el número 2 de *Przeglad*. La obra de esta dictadura consistirá en democratizar las relaciones económicas y políticas dentro de los límites de la propiedad ejercida por particulares sobre los medios de producción. Lenin establece una distinción de principio entre la dictadura socialista del proletariado y la dictadura democrática (es decir, burguesa-democrática) del proletariado y los campesinos. Esta separación lógica, puramente formal, aparta, en su opinión, las dificultades con que habría tenido que contarse si se hubiese tenido en cuenta, por una parte, la poca importancia de las fuerzas productivas y, por otra, la dominación de la clase obrera. Si pensáramos, dice, que podríamos llevar a cabo un cambio de régimen en el sentido socialista, iríamos hacia un fracaso político. Pero desde el momento en que el proletariado, al tomar el poder junto con los campesinos, comprende claramente que su dictadura no tiene más que un carácter “democrático”, todo está salvado. Lenin repite infatigablemente esta idea desde 1905. Pero, a pesar de todo, no es acertada.

Ya que las condiciones sociales en Rusia no permiten aún una revolución socialista, el poder político será para el proletariado la mayor de las cargas y la mayor de las desgracias. Así hablan los mencheviques. Eso sería cierto, replica Lenin, si el proletariado no comprendiese que se trata solamente de una revolución “democrática”. En otros términos, tomando en cuenta la contradicción que existe entre los intereses de clase del proletariado y las condiciones objetivas, Lenin no ve otra salida que una limitación voluntaria del papel político asumido por el proletariado; y esta limitación se justifica por medio de la teoría de que la revolución, en la cual la clase obrera tiene un papel dirigente, es una revolución burguesa. Lenin impone esta dificultad objetiva a la conciencia del proletariado y resuelve la cuestión con un ascetismo de clase que tiene su origen no en una fe mística sino en un esquema “científico”. Es suficiente estudiar esta concepción teórica para comprender de qué idealismo procede y hasta qué punto es poco sólida.

Ya he mostrado anteriormente que, desde el momento en que se establezca la “dictadura democrática”, todos estos sueños de ascetismo casi marxista quedarán reducidos a nada. Cualquiera que sea la teoría admitida en el momento en que el proletariado tome el poder, no podrá evitar, ni siquiera el primer día, el problema de la desocupación. No le servirá entonces de nada comprender la diferencia que se ha establecido entre la dictadura socialista y la dictadura democrática. El proletariado en el Poder tendrá que asegurar inmediatamente el trabajo a los desocupados,

por cuenta del Estado, por los medios que sea (organización de obras públicas, etc.). Estas medidas llevarán consigo una gran lucha económica y una larga serie de huelgas: ya hemos visto todo esto, en escala reducida, a fines de 1905.

Los capitalistas responderán entonces como respondieron cuando se exigía la jornada de ocho horas, con el lock out. Pondrán gruesas cadenas en sus puertas y se dirán: “Nuestra propiedad no está amenazada puesto que se ha decidido que el proletariado se ocupe ahora de una revolución democrática y no socialista.” Y ¿qué hará el gobierno obrero cuando vea que se cierran las fábricas? Tendrá que volverlas a abrir y reemprender la producción por cuenta del Estado. Pero, entonces, éste es el camino del socialismo. ¡Por supuesto! ¿Qué otra vía podría proponerse?

Quizá se nos replique: Lo que nos hacéis ver es una dictadura ilimitada de los obreros, y hablamos de una dictadura de coalición del proletariado y de los campesinos. Bien, vamos a estudiar esta objeción. Acabamos de ver que el proletariado, a pesar de las buenas intenciones de los teóricos, borra en la práctica el límite lógico que iba a restringir su dictadura democrática. Se nos propone ahora completar esta restricción política con una “garantía” antisocialista, imponiendo al proletariado un colaborador: el mujik. Si se quiere decir con eso que el partido campesino que se encuentre en el poder al lado de la socialdemocracia, no permitirá dar trabajo a los desocupados y a los huelguistas a cuenta del Estado, ni volver a abrir, para la producción nacional, las fábricas cerradas por los capitalistas, eso significa que, desde el primer día, es decir, mucho antes de que la tarea de la “coalición” se haya visto cumplida, tendremos un conflicto entre el proletariado y el gobierno revolucionario. Este conflicto puede terminarse por una represión antiobrera por parte del partido campesino, o por la eliminación de este partido del gobierno. Una y otra se parecen muy poco a una dictadura “de coalición democrática”. Todo el problema radica en que los bolcheviques no conciben la lucha de clases del proletariado más que hasta el momento de la victoria de la revolución, tras lo cual la lucha queda suspendida provisionalmente y se ve aparecer una colaboración “democrática”. Sólo después del establecimiento definitivo del régimen republicano el proletariado emprende de nuevo su lucha de clase, que le llevará esta vez al socialismo. Por una parte, los mencheviques, partiendo de una concepción abstracta (“Nuestra revolución es burguesa”), llegan a la idea de adaptar toda la táctica del proletariado a la conducta de la burguesía liberal hasta la toma del poder por ésta; por otra, los bolcheviques, partiendo de una concepción no menos abstracta (“Dictadura democrática pero no socialista”), concluyen que el proletariado en el poder

debe autolimitarse y quedarse en un régimen de democracia burguesa. Es cierto que entre mencheviques y bolcheviques hay una diferencia esencial: mientras los aspectos antirrevolucionarios de la doctrina menchevique se manifiestan ya con toda claridad, lo que pueda haber de antirrevolucionario en las ideas bolcheviques no nos amenazaría más que en el caso de una victoria revolucionaria⁴.

La victoria de la revolución no podrá dar el poder más que al partido que se apoye en el pueblo armado de las ciudades, es decir, en una milicia proletaria. Cuando se encuentre en el poder, la socialdemocracia tendrá que contar con una gran dificultad que sería imposible superar si sólo se cuenta con esta ingenua fórmula: “Una dictadura exclusivamente democrática.” Una “limitación voluntaria” del gobierno obrero no tendría otro efecto que el de traicionar los intereses de los sin trabajo, los huelguistas y todo el proletariado en general, para realizar la república. El poder revolucionario tendrá que resolver problemas socialistas absolutamente objetivos y, en esta tarea, chocará en un determinado momento con una gran dificultad: el atraso de las condiciones económicas del país. En los límites de una revolución nacional, esta situación no tendría salida. La tarea del gobierno obrero será, por lo tanto, desde el principio, unir sus fuerzas con las del proletariado socialista de Europa occidental. Sólo de esta manera su dominación revolucionaria temporal se transformará en el prólogo de la dictadura socialista. La revolución permanente será imprescindible para el proletariado de Rusia, en interés y para la salvaguardia de esta clase. Si al partido obrero le faltase iniciativa para llevar a cabo una ofensiva revolucionaria, si creyese que debía limitarse a una dictadura simplemente nacional y democrática, las fuerzas unidas de la reacción europea no tardarían en hacerle comprender que la clase obrera, si detenta el poder, debe poner todo el peso en la balanza, en el platillo de la revolución socialista.

⁴ No fue así afortunadamente; bajo la dirección del camarada Lenin, la doctrina bolchevique transformó (no sin luchas internas) sus ideas sobre esta cuestión primordial en la primavera de 1917, es decir, antes de la toma del poder. (1922)

LA LUCHA POR EL PODER¹

París, 17 de octubre de 1915

Tenemos ante nosotros una octavilla que trata las cuestiones de programa y de táctica con el título “La tarea del proletariado ruso. Carta a los camaradas de Rusia”. Este documento está firmado por P. Axelrod, Astrov, A. Martinov, L. Martov y S. Semkovski. El problema de la revolución está planteado (en esta “carta”) en términos muy generales, y la claridad y exactitud desaparecen en la medida en que los autores pasan de la descripción de la situación creada por la guerra a las perspectivas políticas y a las conclusiones tácticas finales; la terminología se va haciendo cada vez más confusa y las definiciones sociales devienen ambiguas.

En el exterior de Rusia parecen predominar, a primera vista, dos estados de ánimo: primero, la preocupación por la defensa nacional (desde Romanov hasta Plejanov) y, segundo, un descontento general empezando por la “fronde” oposicional burócrata hasta llegar al comienzo de motines en la calle. Estos dos estados de ánimo predominantes provocan también la ilusión de la libertad futura del pueblo, la cual resultará de la realización de la defensa nacional. Pero ambos estados de ánimo son altamente responsables de que la cuestión referente a la “revolución popular” se formule tan vagamente, incluso cuando se la contrapone a la de “defensa nacional”.

La guerra, ni siquiera con sus derrotas, ha resuelto el problema de la revolución ni tampoco ha originado las fuerzas revolucionarias capaces de hacerlo. Para nosotros la historia no empieza, en modo alguno, con la entrega de Varsovia al príncipe bávaro. Tanto las contradicciones revolucionarias como las fuerzas sociales son las mismas que nos encontramos, por primera vez, en 1905 —completadas con los muy significativos cambios que ha introducido la década siguiente. La guerra ha descubierto simplemente, con gráfica claridad, que el régimen era objetivamente

¹Del periódico: *Nache Slovo* (Nuestra Palabra), París, 17 de octubre de 1915.

insostenible. Al mismo tiempo ha suscitado, en la consciencia social, una confusión en virtud de la cual parece que “todo el mundo” está contaminado por el deseo de hacer resistencia a Hindenburg y, al mismo tiempo, lleno de odio contra el régimen del 3 de junio². Pero en la misma medida en que la organización de una «guerra popular» tropieza ya en sus primeros pasos con la policía zarista y se demuestra que la Rusia del 3 de junio es un hecho y la “guerra popular” una ficción, igualmente ya el primer paso “hacia una revolución popular” tropieza enseguida con la policía socialista de Plejanov, al cual, junto con todos sus secuaces, verdaderamente se le podría considerar también como una ficción, si no tuviera detrás de sí a Kerensky, Miliukov, Guchkov y, en suma, a la nacional-democracia no revolucionaria y antirrevolucionaria y al nacional-liberalismo.

La “carta” naturalmente, no puede ignorar la división de clases de la nación, a la cual debe salvarse, mediante una revolución, de las consecuencias de la guerra y del régimen actual. “Los nacionalistas y los octubristas³, los progresistas y los kadetes, los industriales y también una parte (!) de la *intelligentzia* radical gritan como una sola voz la incapacidad de la burocracia para defender al país y exigen, al mismo tiempo, la movilización de las fuerzas sociales para la causa de la defensa...” La carta saca la conclusión, correcta, de que esta posición que supone “unirse con los gobernantes actuales en Rusia, con los burócratas, aristócratas y generales para la causa de la defensa del país”, tiene un carácter antirrevolucionario. La carta señala muy correctamente la posición antirrevolucionaria de los “patriotas burgueses de todos los matices”; y –podemos añadir nosotros– de los socialpatriotas a quienes la carta no menciona en absoluto.

De ello tenemos que deducir que la socialdemocracia es no sólo el partido más consecuente de la revolución, sino el único partido revolucionario del país, y que las agrupaciones que aparecen junto a ella no sólo son menos decididas en la aplicación de los métodos revolucionarios sino que representan partidos no revolucionarios. En otras palabras: que la socialdemocracia, en su tarea revolucionaria, está completamente aislada en la arena política a pesar del “descontento general”. Esta es la primera conclusión final de la cual hay que tomar consciencia

² El 3 de junio de 1907 (16 de junio según el calendario gregoriano), Stolipin, tras haber violado la inmunidad parlamentaria deteniendo los 55 diputados socialdemócratas, promulgó la disolución de la Duma y una ley electoral para la elección de la tercera Duma contraria a la Constitución (concedida por el zar en octubre de 1905). El régimen que de ello resultó es conocido con el nombre de “régimen del 3 de junio”.

³ La Unión del 17 de octubre, cuyos miembros eran conocidos con el nombre de octubristas era una organización de la gran burguesía.

claramente. Los partidos, naturalmente, no llegan a ser clases. Entre la posición de un partido y los intereses de la capa social en la cual se apoya, puede haber desacuerdos que, más tarde, pueden desarrollarse hasta llegar a una contradicción profunda. El comportamiento de los partidos puede cambiar bajo la influencia del estado de ánimo de las masas populares. Sobre esto no hay duda. Tanto más necesario es que dejemos de confiar, para nuestros cálculos, en elementos aún menos estables y dignos de confianza, como lo son las consignas y los pasos tácticos de los partidos, y referirnos en cambio a elementos históricos fidedignos: a la estructura social de una nación, a la correlación de fuerza de las clases, a las tendencias de su desarrollo.

Pero los autores de esta “carta” desatienden por completo estos problemas. ¿Qué significa una “revolución popular” en la Rusia del año 1915? Ellos solamente nos explican que “tiene que” ser hecha por el proletariado y por la democracia. Sabemos qué es el proletariado; ¿pero qué es “la democracia”? ¿Un partido político? Después de lo dicho más arriba, por lo visto no lo es. ¿Luego, son las masas populares? ¿Cuáles? Obviamente se trata de la pequeña burguesía del comercio y de la industria, la *intelligentzia* y el campesinado; sólo de ellos se puede tratar.

En la serie de artículos “La crisis de la guerra y las perspectivas políticas”, hemos dado un juicio general del posible significado revolucionario de estas fuerzas sociales. Partiendo de las experiencias de la última década en la relación de fuerzas de 1905: ¿en favor de la democracia (burguesa) o contra ella? Esta es la pregunta histórica central para el juicio sobre las perspectivas de la revolución y la táctica del proletariado: ¿Se ha fortalecido la democracia burguesa en Rusia desde 1905 o ha caído aún más bajo? Todas nuestras discusiones han tratado de la cuestión sobre el destino de la democracia burguesa, y quien todavía no sabe la respuesta a esta cuestión, camina a tientas en la oscuridad. Nosotros hemos dado una contestación a esta pregunta: una revolución burguesa nacional en Rusia es imposible porque no existe aquí ninguna democracia burguesa verdaderamente revolucionaria. Se acabó la época de las revoluciones nacionales –por lo menos en Europa– así como ha terminado la época de las guerras nacionales. Entre las unas y las otras hay una profunda conexión interna. Vivimos la época del imperialismo, que está marcado no sólo por un sistema de conquistas coloniales sino también por un régimen interno determinado. El imperialismo no contrapone la nación burguesa al viejo orden, sino el proletariado a la nación burguesa.

Ya en la Revolución de 1905, los artesanos y comerciantes pequeñoburgueses desempeñaron un papel insignificante. La importancia

social de esta clase ha bajado, sin duda, aún más durante los últimos diez años: el capitalismo en Rusia ajusta las cuentas mucho más radical y ferozmente a las clases medias que en los países de vieja tradición económica.

La *intelligentzia*, sin duda, ha crecido numéricamente. También ha crecido su papel económico. Pero al mismo tiempo ha desaparecido por completo su “independencia” ya antes aparente: la importancia social de la *intelligentzia* está enteramente determinada por el papel que juega en la organización de la economía capitalista y de la opinión pública burguesa. Su unión material con el capitalismo la ha impregnado de arriba abajo de tendencias imperialistas. Como ya hemos visto, la “carta” dice: “Incluso una parte de la *intelligentzia* radical... exige la movilización de las fuerzas sociales para la causa de la defensa”. Esto es completamente falso. No es sólo una parte, sino toda la *intelligentzia* radical. Habría que decir: no sólo toda la radical sino una parte –si no la mayoría– de la *intelligentzia* socialista. Difícilmente incrementaremos los cuadros de la “democracia” mediante una representación embellecedora del carácter de la *intelligentzia*.

La burguesía industrial y comercial ha bajado aún más, la *intelligentzia* ha abandonado sus posiciones revolucionarias. La democracia urbana no puede ser considerada como un factor revolucionario. Queda solamente el campesinado. Pero que nosotros sepamos, ni Axelrod ni Martov han cifrado nunca enormes esperanzas en su papel revolucionario. ¿Han llegado a la conclusión que la ininterrumpida diferenciación de clases entre los campesinos ha aumentado este papel en el transcurso de los últimos diez años? Semejante razonamiento iría en contra de todas las conclusiones teóricas y toda la experiencia histórica.

¿Pero de qué “democracia” habla la “carta”? ¿Y en qué sentido habla de una “revolución popular”?

La consigna de una Asamblea Constituyente supone una situación revolucionaria. ¿Se da esta situación? Sí; pero no está en lo más mínimo expresada en el supuesto nacimiento, finalmente acaecido, de la democracia burguesa en Rusia, que se supone que está dispuesta y es capaz de arreglar cuentas con el zarismo. Por el contrario: si de esta guerra se deduce algo claramente, ello es precisamente la falta de una democracia revolucionaria en el país.

El intento de la Rusia del 3 de junio de solucionar los problemas revolucionarios internos por la vía del imperialismo, ha conducido obviamente a un fracaso. Esto no quiere decir que los partidos responsables o semirresponsables del 3 de junio se decidan ahora por el camino de la revolución. Pero quiere decir que el problema revolucionario,

sacado a la luz del día por la catástrofe militar que empujará aún más a los gobernantes por la vía del imperialismo, duplica ahora la importancia de la única clase revolucionaria del país.

El bloque del 3 de junio está quebrantado por disensiones y conflictos internos. Esto no quiere decir que los octubristas y los kadetes se interesen por el problema revolucionario del poder, ni que se preparen a asaltar las posiciones de la burocracia ni de la aristocracia unida. Pero quiere decir que la capacidad de resistencia del régimen frente a la presión revolucionaria está indudablemente debilitada por un cierto tiempo.

La monarquía y la burocracia están comprometidas. Esto no significa que abandonen el poder sin lucha. Con la disolución de la Duma⁴ y el último cambio de ministros, han demostrado que falta todavía mucho para llegar a esto. Pero la política de inestabilidad burocrática, que se acentuará todavía más, tiene que facilitar extraordinariamente a la socialdemocracia la movilización del proletariado.

Las capas bajas del pueblo en las ciudades y en el campo están cada vez más agotadas, desengañadas, descontentas y furiosas. Esto no significa que, aparte del proletariado, operará una fuerza independiente de democracia revolucionaria. Para ello faltan la materia social y las personas dirigentes. Pero significa sin duda que el ambiente del descontento profundo en las capas bajas del pueblo tiene que facilitar la presión revolucionaria de la clase obrera. Cuanto menos espere el proletariado a la aparición de la democracia burguesa, cuanto menos se adapte a la pasividad y a la estrechez de la pequeña burguesía y del campesinado, cuanto más decidida e intransigente sea su lucha y cuanto más obvia sea su disposición a llegar hasta el "final", es decir hasta la conquista del poder, tanto mayores serán sus posibilidades de arrastrar también, en el momento decisivo, a las masas no proletarias. Naturalmente, no se consigue nada únicamente con consignas como la confiscación de la tierra, etc. Esto es aún más válido para el ejército, con el cual se mantiene en pie, o se derrumba, la autoridad pública. A la masa de soldados sólo se la podrá llevar al lado de la clase revolucionaria si se la convence de que ésta no sólo se queja y se manifiesta sino que lucha por el poder y tiene posibilidades de tomarlo.

Hay en el país un problema objetivo revolucionario que ha sido puesto en claro por la guerra y por las derrotas: es el problema de la autoridad pública. Los gobernantes se encuentran en un estado de desorganización creciente. El descontento de las masas urbanas y campesinas va en aumento. Pero el único elemento que puede sacar provecho de

⁴ La cuarta Duma, elegida en 1912, fue disuelta el 3 de septiembre de 1915. La mayoría liberal se dispersó gritando: ¡Viva el zar!

esta situación es el proletariado –hoy en una medida incomparablemente más grande que en el año 1905.

La “carta”, de alguna forma se aproxima con una frase a este punto central del asunto. Dice que los obreros socialdemócratas de Rusia tienen que colocarse “a la cabeza de esta lucha popular por el derrocamiento de la monarquía del 3 de junio”. Acabamos de decir lo que puede ser llamado lucha “popular”. Pero si “a la cabeza” no ha de entenderse simplemente en el sentido de que los obreros progresistas deban derramar más generosamente su sangre sin darse cuenta claramente de lo que resultará de ello, sino que ha de entenderse en el sentido de que los obreros se encargarán de dirigir políticamente toda la lucha, siendo ésta sobre todo una lucha del proletariado mismo, entonces está claro que la victoria de esta lucha tiene que entregar el poder a aquél que la haya dirigido, es decir al proletariado socialdemócrata.

Por lo tanto, no se trata simplemente de un “gobierno revolucionario provisional” (una forma exterior vacía que necesita recibir, del proceso histórico, su correspondiente e ignorado contenido) sino de un “gobierno revolucionario” la conquista del poder por el proletariado ruso.

La Asamblea constituyente rusa, la república, la jornada laboral de ocho horas, la confiscación de las tierras de los propietarios rurales, todas éstas son consignas que, junto con las consignas del fin inmediato de la guerra, la autonomía de las naciones y los Estados unidos de Europa, desempeñan un gran papel en el trabajo de agitación de la socialdemocracia. Pero la revolución es por de pronto y sobre todo una cuestión de poder, no de la forma de Estado (Asamblea constituyente, república, Estados unidos) sino del contenido social del poder. La consigna de la Asamblea constituyente o la confiscación de las tierras de propietarios rurales pierden, en las condiciones actuales, todo significado revolucionario directo sin la disposición directa del proletariado a luchar por la conquista del poder; puesto que si no es el proletariado el que arrebató el poder a la monarquía, nadie lo hará.

La rapidez del proceso revolucionario es un problema especial. Depende de una serie de factores militares, políticos, nacionales e internacionales. Estos factores pueden frenar o acelerar el desarrollo, pueden asegurar la victoria revolucionaria o llevar a una nueva derrota. Pero en cualesquiera condiciones, el proletariado tiene que ver claramente su camino y recorrerlo conscientemente. Sobre todo tiene que estar libre de ilusiones. Y la peor ilusión del proletariado ha sido siempre, durante toda su historia, la esperanza en otros.

1905

A N E X O

LAS REIVINDICACIONES DE LOS OBREROS DEL PETROLEO DE BAKU¹

Diciembre de 1904

“Bajo el régimen zarista, se nos prohibió realizar reuniones, discutir entre nosotros sobre nuestras necesidades. Pero sabemos bien que en nuestra unión reside nuestra fuerza y que nuestra salvación se encuentra en la discusión general abierta de nuestros problemas.

Por esta razón, reclamamos:

1. La libertad absoluta de convocar asambleas obreras, la libertad de palabra y de prensa...
2. La libertad de organizar uniones, fondos de ayudas mutuales y de huelgas...

Pero ¿qué autoridad defenderá nuestros intereses? Sólo nosotros mismos, el pueblo, podemos ser defensores de nuestros intereses... Un pueblo no debería tener amos, sólo puede haber servidores, elegidos por el pueblo, para ejecutar las leyes del pueblo...

En consecuencia, exigimos inmediatamente:

3. ¡Abajo la autocracia zarista!
4. ¡Viva la autocracia del pueblo!

Exigimos:

5. La convocatoria inmediata de una Asamblea Constituyente panrusa de los representantes de la población de toda Rusia, sin consideración de confesión o de nacionalidad...
6. El derecho al sufragio universal, directo e igualitario, a través del voto secreto.
7. ¡Abajo la guerra!
8. ¡Viva la jornada de 8 horas!
9. ¡Vivan las fiestas de dos días del 1º de Mayo!”

¹ Traducción inédita del francés de la versión publicada en *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 17.

LA PETICION DE LOS MANIFESTANTES DEL 9 DE ENERO¹

“Es necesario:

Medidas contra la ignorancia y la ausencia de derechos del pueblo ruso.

1) Liberación inmediata y retorno de todos aquellos que han sufrido por sus convicciones políticas y religiosas, por huelgas y desórdenes campesinos.

2) Proclamación inmediata de la libertad y la inviolabilidad de la persona, de la libertad de palabra, de prensa, la libertad de reunión, de conciencia en materia religiosa.

3) Instrucción pública general y obligatoria costeada por el Estado.

4) Responsabilidad de los ministros frente al pueblo y garantía de la legalidad de la gestión.

5) Igualdad de todos, sin excepciones, frente a la ley.

6) Separación de la Iglesia y el Estado.

Medidas contra la miseria popular.

1) Abolición de los impuestos indirectos y su reemplazo por un impuesto directo y progresivo contributivo.

2) Abolición de los intereses anuales por las compras de nuevas tierras, crédito barato y redistribución progresiva de la tierra al pueblo.

3) Los comandos del ejército y de la flota deben ser nombrados en Rusia y no en el extranjero.

4) Cese de la guerra, conforme a la voluntad del pueblo.

Medidas contra la opresión del capital sobre el trabajo.

1) Abolición de la institución de los inspectores de fábrica.

2) Creación en las usinas y fábricas de comisiones permanentes elegidas por los obreros, que examinarán, de acuerdo con la administración, todos los reclamos individuales de los obreros. El despido de un obrero sólo podrá hacerse bajo la decisión de esta comisión.

¹ Traducción inédita del francés de la versión publicada en *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 18.

- 3) Libertad inmediata de las cooperativas obreras de consumo y de protección de los sindicatos obreros.
- 4) Jornada de trabajo de 8 horas y reglamentación de las horas extras.
- 5) Libertad inmediata de lucha del trabajo contra el capital.
- 6) Salario normal, inmediato.
- 7) Participación obligatoria inmediata de representantes de las clases obreras en la elaboración del proyecto de ley sobre el seguro de los obreros por el Estado.

Estas son, Señor, nuestras principales necesidades, que hemos venido a confiarte; sólo satisfaciéndolas se puede liberar a nuestra patria de la esclavitud y la miseria, se puede hacer que ella prospere, que los obreros puedan organizarse para defender sus intereses contra la explotación desvergonzada de los capitalistas y del gobierno de funcionarios, que roba y ahoga al pueblo. Ordena y jura satisfacerlas y volverás a Rusia dichosa y gloriosa, y grabarás tu nombre en nuestros corazones y en los de nuestros descendientes por la eternidad; pero si tú no lo ordenas, si tú no respondes a nuestra súplica, moriremos aquí, en este lugar, frente a tu palacio. No tenemos dónde ir y esto no tendría objeto. Sólo tenemos dos caminos: o la libertad y la felicidad o la tumba. Que nuestra vida sea un sacrificio para que Rusia termine de sufrir. No lamentamos por este sacrificio, lo ofrecemos voluntariamente”.

G. Gapón, cura

J. Vassimov, obrero

EL “PADRECITO ZAR” Y LAS BARRICADAS¹

Vladimir Ilich Lenin

Al echar un vistazo sobre los acontecimientos del Domingo Sangriento, lo que más sorprende es esa mezcla de ingenua fe patriarcal en el zar y de encarnizada lucha en las calles, armas en la mano, contra la autoridad imperial. El primer día de la revolución rusa puso frente a frente, con un asombroso vigor, a la antigua y la nueva Rusia, y reveló la agonía de la fe secular del campesinado en el “padrecito zar” y el nacimiento de un pueblo revolucionario encarnado por el proletariado urbano. No es extraño que los periódicos burgueses de Europa declaren que la Rusia del 10 de enero no es ya la del 8 de enero. No es extraño que el periódico socialdemócrata alemán que hemos citado más arriba² recuerde cómo comenzó el movimiento obrero inglés hace setenta años, cómo en 1834 los obreros ingleses protestaron en manifestaciones callejeras contra la prohibición de las asociaciones obreras y cómo en 1838, cerca de Manchester, redactaron, en gigantescos mítines, la “Carta del Pueblo” y el predicador Stephens proclamó que “todo hombre libre que respira el aire libre de Dios y pisa la divina tierra libre tiene derecho a poseer un hogar propio”. Y este mismo predicador incitó a los obreros allí reunidos a empuñar las armas.

También en Rusia hemos visto ponerse al frente del movimiento a un cura, quien en el transcurso de un solo día pasó de la exhortación de hacer llegar al zar una petición pacífica, al llamamiento a la revolución. “¡Comrades, obreros rusos! –escribía el cura Gapón después del día sangriento, en una carta leída en un mitin de liberales—. Ya no tenemos zar. Un río de sangre lo separa hoy del pueblo ruso. Ha llegado la hora de que los obreros rusos libren sin él la lucha por la libertad del pueblo. ¡Hoy les envío mi bendición! Mañana estaré con ustedes. Hoy estoy muy ocupado, trabajando por nuestra causa”.

Quien así habla no es el cura Gapón. Son los miles y miles, los millones y millones de obreros y campesinos rusos que hasta ahora creían con fe

¹ Publicado en Lenin, V.I., *Obras Completas*, tomo VIII, Cartago, Bs. As., 1969, pág. 108.

² Se trata de *Vorwärts* (“Adelante”), órgano oficial de la socialdemocracia alemana mencionado en el N° 4 de *Vperiod*, del 31 (18) de enero de 1905, en el artículo titulado “En la plaza del Palacio. Carta de un testigo presencial”.

ciega e ingenua en el “padrecito zar”, y pedían al “padrecito zar” en persona el alivio de su insoportable situación, que acusaban de todas las villanías y desafueros de la arbitrariedad y el latrocinio, sólo a los funcionarios que engañaban al zar. Esta fe se había visto fortalecida por la vida que durante siglos llevó el campesino, humillado e intimidado, aislado del mundo exterior. Cada uno de los meses de vida de la nueva Rusia urbana, industrial, que había aprendido a leer, ayudó a socavar y destruir esta fe. La última década del movimiento obrero produjo miles de proletarios socialdemócratas de vanguardia, que rompieron con esa fe, plenamente conscientes de lo que hacían. Educó a decenas de miles de obreros en quienes el instinto de clase, fortalecido en la lucha huelguística y en la agitación política, minó todos los fundamentos de semejante fe. Pero detrás de estos miles y decenas de millares había cientos de miles y millones de trabajadores y explotados, de oprimidos y humillados, de proletarios y semiproletarios en los que dicha fe podía arraigar todavía. Estas masas no estaban aún preparadas para rebelarse; sólo sabían implorar y suplicar. El cura Gapón expresó sus sentimientos y su estado de ánimo, el grado de sus conocimientos y de su experiencia política, y en ello consiste la importancia histórica del papel desempeñado, al comenzar la revolución rusa, por un hombre que todavía ayer era perfectamente desconocido y que hoy se ha convertido en el héroe del día en Petersburgo y en la figura central de toda la prensa europea.

Ahora se comprende por qué los socialdemócratas petersburgueses, cuya carta publicamos más arriba, se mantuvieron al principio en una actitud recelosa con respecto a Gapón, y no pudieron obrar de otro modo. Un hombre que vestía la sotana eclesiástica, creía en Dios y había actuado bajo el alto patronato de Zubatov y de la policía secreta forzosamente tenía que inspirar sospechas. Si había sido o no sincero al colgar los hábitos y maldecir el hecho de pertenecer a ese estamento vil, el de los curas, que roban y corrompen al pueblo, nadie podría decirlo con seguridad, fuera tal vez del puñado de personas que lo conocieran personalmente. Los únicos que podían decirlo eran los hechos históricos, a medida que iban desarrollándose, hechos, hechos y solamente hechos. Y los hechos se han pronunciado a favor de Gapón.

¿Estará la socialdemocracia en condiciones de tomar en sus manos este movimiento espontáneo?, se preguntaban, preocupados, nuestros camaradas de Petersburgo, al ver la rapidez incontenible con que crecía y se extendía la huelga general, abarcando a capas extraordinariamente extensas del proletariado y al observar la influencia irresistible que Gapón ejercía sobre las masas tan “incultas”, que podrían dejarse seducir también por un agente provocador. Y los socialdemócratas no sólo no dieron alas a las

candorosas ilusiones acerca de la posibilidad de presentar pacíficamente un pliego de peticiones, sino que discutieron con Gapón, y defendieron con franqueza y decisión todas las concepciones y la táctica de la socialdemocracia. Los resultados, obra de las masas obreras sin intervención de la democracia, han venido a confirmar la justeza de esas ideas y esa táctica. La lógica de la posición de clase del proletariado ha demostrado ser más fuerte que los errores, las ingenuidades y las ilusiones de Gapón. El gran duque Vladimir, obrando en nombre del zar e investido de los plenos poderes que éste le otorgó, ha venido a demostrar a las masas obreras, con su hazaña de verdugo, exactamente lo mismo que los socialdemócratas le dijeron y le dirán siempre, de palabra y por escrito.

Las masas de los obreros y campesinos, aferradas todavía a un resto de fe en el zar, no estaban preparadas para la insurrección, dijimos. Después del 9 de enero, tenemos razones para afirmar: ahora sí están preparadas, y se levantarán. El mismo “padrecito zar”, con su matanza de obreros inermes, los empujó a las barricadas y les administró las primeras lecciones en la lucha de barricadas. Y las lecciones del “padrecito zar” darán su fruto.

La socialdemocracia deberá preocuparse porque las noticias sobre las sangrientas jornadas de Petersburgo se difundan con la mayor amplitud posible, porque las fuerzas socialdemócratas se organicen y cohesionen, y se propague con energía todavía mayor la consigna desde hace ya mucho tiempo planteada por ella: ¡Insurrección armada de todo el pueblo!

CARTA A LOS CAMPESINOS¹

León Trotsky

¿Qué hizo el zar? ¿Cómo respondió a los trabajadores de San Petersburgo? Escucha, escucha, campesino... Así es como el zar habló a su pueblo...

Todas las tropas de Petersburgo estaban en pie de guerra... Así, el zar de Rusia se preparaba a hablar con sus súbditos...

200.000 obreros avanzaban hacia el palacio.

Tenían sus vestidos de domingo, todos, los jóvenes y los viejos; las mujeres marchaban al lado de su marido, los padres y las madres tenían a sus hijos de la mano. Tales eran las personas que iban a ver a su zar.

Escucha, escucha, campesino. Que cada palabra se grave en tu corazón...

Todas las calles, todas las plazas donde el pacífico desfile de obreros debía pasar estaban ocupadas por las tropas.

“Déjennos ir hasta el zar”, suplicaban los obreros.

Los viejos se ponían de rodillas.

Las mujeres suplicaban y los niños suplicaban.

“Déjennos ir hasta el zar”

Y esto es lo que pasó.

Los disparos partieron en un ruido ensordecedor... La nieve se enrojecía de sangre de los obreros...

¡Digan a todos, para que nadie lo ignore, cómo el zar recibió a los trabajadores de San Petersburgo!

Recuerda, campesino ruso, con qué orgullo los zares de Rusia han repetido: “En mi país, yo soy el primer señor y el primer propietario...”

Los zares de Rusia han hecho de los campesinos una manada de siervos, que dan en obsequio, como si fueran perros, a sus fieles servidores...

Campesinos, en vuestras asambleas, digan a los soldados, esos hijos del pueblo que viven con la plata del pueblo, que no tengan la audacia de tirar sobre el pueblo.

¹ Traducción del francés del artículo publicado en *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 37.

CARTAS DE GUILLERMO II, EMPERADOR DE ALEMANIA, A NICOLAS II¹

La agitación popular de estos últimos tiempos debió inspirarte serias inquietudes. Me alegro que tus soldados se hayan mostrado seguros y fieles al juramento prestado a su emperador. El recibimiento que has hecho a la delegación de los obreros—quienes, creo, están descarriados y son incitados a hacer huelga por agitadores— produjo en todos lados una excelente impresión. Pues les ha dejado comprender que sólo podrían ver a su *batiuchka*² si solicitaban este honor como deben.

Como yo lo entiendo, vuestros proyectos de reformas son numerosos y muy abarcativos, pero lo que sería más razonable y conforme al carácter y los hábitos de la población, en mi humilde opinión, sería la convocatoria de los hombres distinguidos y más capaces de los diferentes “zemstvos”. De la misma manera, la Asamblea podría unirse al Consejo de Estado; sería posible confiarle el examen y el estudio de las cuestiones, presentando una importancia esencial para toda Rusia, así como la elaboración de proyectos para el Consejo de Estado.

Para el examen de problemas especiales, se invitaría a seres competentes, elegidos, para cada caso particular, en todas las capas de la sociedad, y se escucharía su opinión. Y lo mejor sería que tú mismo puedas presidir esta Asamblea, de vez en cuando, con el objetivo de tener un medio para conocer la opinión del mayor número posible de personas diferentes y de estar así en condiciones de formarte una idea justa sobre los problemas en estudio. Yo actué de esta manera en 1890, cuando, después de una huelga importante, convoqué una comisión en vistas de la elaboración de “leyes sociales” para la clase obrera. Yo la presidí durante semanas.

Esta Asamblea podría dar al “Consejo de Estado” todas las informaciones que le sean necesarias y brindarte la posibilidad de encontrarte en contacto permanente con la masa principal de las clases inferiores. Daría a éstas el medio para ser siempre escuchadas en las cuestiones que

¹ Traducción del francés de *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 38.

² “Padrecito”.

c o n c i e r n e n a su bienestar. Así, una relación inmediata se establecería entre el pueblo y su “emperador y padre”. Por otro lado, tú podrías, fundándote en las informaciones que te sean brindadas, controlar verdaderamente tu Consejo de Estado y tu Consejo de ministros, y vigilar lo que ellos cumplan con su trabajo conforme a tus deseos y a las necesidades de tu pueblo. De esta manera, el poder ejecutivo permanecería siempre en las manos del zar autócrata, en lugar de ser confiado al ministro dirigiendo todo un cuerpo de colegas incapaces y obediéndole ciegamente (...).

6 de febrero de 1905

¡Qué terribles novedades de Moscú! Estos miserables anarquistas perpetraron un acto abominable y cobarde³.

¡Pobre Ella!⁴ Qué terrible golpe para ella; que el Señor le envíe fuerzas y resignación para soportarlo. La vieja y bella capital de Rusia debe sufrir pesadamente por ver sus muros profanados por este crimen horrible. Pero, sin ninguna duda, no posee un solo verdadero ciudadano que lo apruebe. No puedo creer que estos poseídos salgan de las filas de tus súbditos moscovitas. Seguramente son extranjeros llegados de Ginebra; pues la gran masa de tu pueblo siempre ha tenido fe en su “*batiuchka*” zar y venerado su santa persona. He adquirido esta convicción observando atentamente las diversas fases del movimiento en Rusia, así como me fue posible siguiendo las novedades directas del país o las apreciaciones emitidas, ya sea por la prensa rusa, por la prensa europea o por personas que observan lo que pasa.

El movimiento ruso, como tú puedes figurártelo, se convirtió en el tema principal de todas las entrevistas y correspondencias, no sólo en Rusia sino por fuera de sus fronteras. Toda la prensa europea está llena de artículos sobre Rusia; por otro lado, los juicios de los diferentes órganos dependen de la actitud política del partido al cual pertenecen. Así se formó, se puede decir, un sentimiento europeo que parece manifestar muy justamente la opinión pública de nuestro continente.

Y yo pienso que, en cierta medida, sería interesante para ti en tu soledad, en Tsarkoie, tomar conocimiento de esta opinión pública europea y escuchar lo que piensa lo que se llama “el mundo civilizado”, en relación a los acontecimientos que se desarrollan en tu país. Es por eso que yo me esforzaré, en las líneas siguientes, en hacer para ti un pequeño cuadro, reflejo de la imagen de la realidad rusa, como se la percibe en el extranjero.

³ El gran duque Serge Alexandrovich, tío del zar, fue asesinado en Moscú el 4 de febrero de 1905 por el socialista revolucionario Kaliaeff.

⁴ Elizaveta Feodorovna, su mujer, hermana de la zarina.

Naturalmente, la masa extranjera no está iniciada en los detalles de los problemas complejos frente a los cuales se encuentra Rusia. Y frecuentemente, debe simplemente librarse a inducciones o formular conclusiones según los hechos de los que ignora las causas. Así, falsas intuiciones conducen a deducciones erróneas, pues la ignorancia de los hechos reales constituye una verdadera laguna. Los observadores extranjeros están obligados frecuentemente a “hacer un salto hacia adelante para deducir” pero podemos añadir: *Wo die Begriffe leklen, stellt oft ein Wort zur rechter zeit sich ein*⁵. Así debo *avant tout*⁶ excusarme frente a ti por escribir cosas que, sin duda, te son conocidas desde hace mucho tiempo según los informes de tus diplomáticos. Además, te pediría paciencia e indulgencia si, como amigo honesto, fiel y devoto, me veo obligado a destacar también opiniones que pueden parecerte groseras, ingratas, mentirosas o incluso ofensivas para tus sentimientos. Pero Rusia parece girar hoy una página de su historia y revela, en su evolución, una tendencia a introducirse en un nuevo camino.

Acordarás tú mismo que semejante proceso en un pueblo tan grande como el tuyo debe provocar naturalmente un muy vivo interés en Europa y ante todo, *comme de raison*⁷, en un país vecino.

Las medidas que deben ser tomadas, los medios de acción que son necesarios llevar adelante y los hombres que deben ser llamados para cumplir este trabajo, todo esto no puede dejar de ejercer una influencia directa sobre las naciones que se encuentran más allá de tus fronteras.

He hablado de la opinión europea, pero no puedo disimularte que muchos rusos, de paso por aquí en estos últimos meses y viviendo por toda Europa, sobre todo en París y Francia, contribuyeron también a proyectar un poco de luz sobre la situación.

De esta manera, los hechos sobre los cuales se apoya “la opinión pública europea” vienen principalmente de Francia quien, *amie et allié*⁸, se encuentra siempre muy bien informada con respecto a Rusia. Aquí va el resumen de estos pensamientos generales.

*On dit*⁹: El régimen de Mirsky ha dado demasiado bruscamente a la prensa una libertad mayor que antes. Ha relajado demasiado rápido las riendas que Pleve tenía tan fuertemente agarradas. De allí, el repentino torrente de artículos desconocidos y cartas abiertas dirigidas al jefe de Estado, cosa que era considerada como imposible hasta ahora en Rusia.

⁵ “Una laguna en las concepciones puede muy bien ser reemplazada por palabras”.

⁶ “Ante todo”, en francés en la carta original.

⁷ “Razonablemente”, ídem.

⁸ “Amiga y aliada”, ídem.

⁹ “Se dice”, ídem.

Algunas de estas cartas, muy insolentes, deben sin duda, destruir el respeto que inspira el poder autocrático. El partido revolucionario se aprovechó de ello para ganar obreros crédulos, conducirlos a fomentar desórdenes y obligarlos a exigir cosas de las cuales no tienen ninguna idea, y esto, en la forma más irrespetuosa, sin admitir réplica. Su lenguaje, sus actos recuerdan mucho a la revolución.

Esto puso a la clase obrera, contra su voluntad, estoy seguro, en oposición directa con el gobierno y llevó a un conflicto abierto con las autoridades que deben mantener la legalidad y el orden. Estos descarriados e ignorantes, cuya mayoría mira al zar como a un padre y lo tutean, fueron convencidos de que podían aproximarse al palacio y comunicarle al zar sus deseos. Y es así como se formula la siguiente opinión: hubiera sido útil que el zar pudiese escuchar a algunos de ellos, reunidos en la plaza y rodeados por las tropas. Ya que en el medio de su procesión y del clero superior con las cruces, intentaría hablarle desde arriba del balcón del palacio de Invierno, como un hermano —y esto, antes que la fuerza militar entrara en acción—. Quizás así toda efusión de sangre habría sido evitada, o al menos disminuida.

Se cita frecuentemente el ejemplo de Nicolás I, quien apaciguó una revuelta muy seria caminando en medio de la muchedumbre, sosteniendo a su hijo en los brazos. Obligó rápidamente a los revoltosos a echarse de rodillas frente a él¹⁰. Se dice que aún hoy, como otras veces, la persona del zar posee una potente autoridad sobre el pueblo, y que este siempre se inclina ante su santa persona. Una palabra dicha en una circunstancia similar, con este *entourage*¹¹, habría provocado la veneración en las masas, las hubiera apaciguado y habría resonado, por encima de sus cabezas, en los rincones más alejados del Estado, conduciendo con ello a la derrota de todos los agitadores. Aquellos tienen una influencia sobre las masas, dicen, porque el jefe de Estado no pronunció aún esta palabra, y continúan alimentando la imaginación del pueblo, afirmando: “Es su deseo, piensa así, pero ustedes no pueden escucharla debido a la gran cantidad de funcionarios que, tal como un muro, lo rodean y lo guardan lejos del pueblo”. Las masas engañadas escuchan a estos hombres y les creen hasta el momento en que es demasiado tarde, donde la sangre ya debe ser derramada.

Muchas reformas fueron llevadas adelante, numerosas nuevas leyes están en estudio, pero es necesario constatarlo que el pueblo dice

¹⁰ El káiser recuerda sin duda la tarde del 14 de diciembre de 1825. Después que la revuelta decabrista fue aplastada. Nicolás I salió del palacio de Invierno y fue ante sus tropas fieles. En ese momento, se le llevó a su hijo (el futuro Alejandro II).

¹¹ “Entorno”, en francés en el original.

habitualmente: “Esto viene de Witte, es la influencia de Muravieff, es el pensamiento de Pobiedonostieff”. ¡Jamás se nombra al zar porque sus pensamientos son desconocidos! Aunque el Consejo de los ministros o el Senado publiquen manifiestos en nombre del zar, estas instituciones son demasiado indeterminadas y misteriosas, para un observador extranjero y no puede crear ni entusiasmo ni interés por sus actos. En un régimen autocrático, como se lo llama, el jefe de Estado mismo debe dar la consigna y hacer conocer su programa de acción de manera oficial, determinada, que no de lugar a ninguna duda. Parece que todos esperan algo de este tipo, que tome la forma de una proclama personal de la voluntad del zar. Tanto que si no tuviera lugar, todos creerían que las reformas públicas y los artículos de leyes sólo son actos de ministros, cumplidos para ilusionar, para arrojar polvo a los ojos del pueblo.

¡Todos continuarán sintiendo con inquietud la ausencia de una mano firme que, dirigida por una fuerza inteligente, persiga resultados claros y conscientes con una conciencia clara de los fines determinados, conduzca el barco del Estado hacia un objetivo fijo! Semejante estado de cosas crea un sentimiento de inquietud que suscita un descontento y hace nacer críticas y acusaciones *à tort et à travers*¹² en una muy vasta escala, incluso de parte de buenos y amables hombres, inspirados por pensamientos honestos y muy sinceros. Finalmente, un observador descontento –incluso si es tu súbdito– se encuentra cada vez más inclinado a echar sobre el zar la responsabilidad de todas las cosas que provocan su descontento.

En una época normal, esto no es malo y no representa ningún peligro en los Estados constitucionales, pues los ministros del rey deben cubrir todas las brechas y defender a su persona. Pero en Rusia, donde los ministros no pueden proteger a la santa persona del jefe de Estado, porque todos saben que son únicamente instrumentos en sus manos, semejante confusión, aporta a la angustia y la inquietud en los espíritus rusos e incitan a estos últimos a acusar al jefe de Estado de todo lo que se vuelve desagradable, constituyendo un fuerte peligro, grave para este jefe de Estado y su dinastía, porque logran volverlos impopulares. Más tarde se dice que la *intelligentzia* y una parte de la sociedad ya están descontentos, es por ello que, si el zar se vuelve impopular entre las masas, los agitadores podrán levantar tal tormenta que uno podría preguntarse si la dinastía será capaz de resistir.

Me parece que todos están de acuerdo, en Europa, en un punto: es que el zar es enteramente responsable de la guerra. El inicio de las

¹² “Injustas”, ídem.

hostilidades, la ofensiva inesperada y brusca y la evidente falta de preparación, se dice que es culpable de todo. Y se repite que las miles de familias que perdieron a los suyos o fueron privadas de su presencia durante largos meses lloran la sangre derramada y elevan sus quejas hacia los pedregales del trono del zar.

Se afirma que las reservas convocadas dejan sus casas a pesar de ellas, estos hombres no desean combatir en un país que no conocen y defender intereses completamente extraños para ellos. La preocupación los atormenta cuando piensan en sus mujeres y niños dejados en sus casas y que están condenados a la pobreza y a todos los abismos de las calamidades irreparables. Y en su aflicción, giran su pensamiento hacia los escalones del palacio del zar, deseando que el emperador les permita permanecer en sus casas.

Los informes de corresponsales extranjeros y rusos del año relatan el cuadro de la difícil lucha que deben sostener contra un enemigo peligroso. Rusia, dicen, debió comenzar la guerra en las condiciones más desfavorables, no tuvo tiempo de prepararse como se necesitaba para el esfuerzo militar y es muy inferior en número a sus adversarios. No pudo resistir a la serie ininterrumpida de fracasos que sufrió y triunfar en la terrible ofensiva del enemigo que, se sabe, se preparó para la guerra durante estos cinco últimos años. Se considera al zar como responsable de estos acontecimientos y también de las terribles pérdidas navales.

La responsabilidad de una guerra para un jefe de Estado es cosa muy seria, lo sé por la experiencia de mi difunto abuelo que me hablaba de ello. Él mismo, a pesar de su bondad natural y de sus disposiciones pacíficas, debió, a una edad ya avanzada, y por tres veces seguidas, optar por la guerra. Tomaba completamente sobre él la responsabilidad de cada una de estas decisiones. Pero su consciencia era pura y su pueblo lo sostenía honestamente y con entusiasmo. Toda la nación, dirigida como un solo hombre, decidía vencer o morir; victoria o derrota, pero luchar hasta el final. Él y sus súbditos sentían que la providencia era para ellos y esto significa que la victoria ya está ganada. Semejantes guerras son livianas para un jefe de Estado, ya que el pueblo entero comparte el peso con él.

Pero la responsabilidad de una guerra impopular es otra cosa. Cuando no se enciende la llama del patriotismo, cuando la nación no toma parte voluntariamente en la guerra y no hace de ella su propia causa, cuando envía a sus hijos al frente sólo porque el zar lo quiere, entonces, es un fardo terrible y pesado. La pureza de los motivos sólo puede aliviarse, porque permite al jefe de Estado el reposo de la consciencia. Sólo esto puede autorizarlo a esperar de sus súbditos que ellos combatan por él cuando los motivos que lo hacen actuar les siguen siendo incomprensibles. Estas palabras pueden

parecerte muy extrañas y te escucho decir asombrado: “¿La guerra es impopular? ¡Imposible!” Como respuesta, te puedo afirmar que la correspondencia privada, recibida en Francia, no deja ninguna duda sobre este tema.

La guerra es muy impopular en todas las clases de Rusia, incluso entre los oficiales. Este último hecho explica porqué hasta ahora los ejércitos rusos no lograron la victoria. Los oficiales del ejército francés –tus aliados– tienen la impresión que la confianza en Kuropatkin está debilitada. Y esta alianza, tan necesaria para el éxito, entre los diferentes jefes de las fuerzas rusas deja mucho que desear. Si es verdad, semejante estado de cosas volverá a las operaciones más difíciles y a la victoria menos probable. Es urgente remediar esto y muy rápido, sino el ejército y su disciplina lo sufrirán. Admito que es muy difícil resolver este problema.

En todo caso, parece que todos están de acuerdo en decir que Kuropatkin estaría mejor en su lugar como jefe de estado mayor bajo las órdenes de otro generalísimo que como generalísimo él mismo. Y esto es porque él es un poco lento y le falta lo que se llama estar “*de l’ offensive*”¹³. Es difícil encontrar semejante generalísimo, porque los generales más antiguos que Kuropatkin son demasiado viejos y están desde hace mucho tiempo fuera de servicio. Además, la cuestión es aún saber si Kuropatkin consentiría semejante cambio. Por otro lado, se dice, su conocimiento de los lugares, del enemigo, de los medios de ataque de este último, su competencia en los problemas de aprovisionamiento y de alimentación para el ejército están en lo más alto y son preciosas e irremplazables en el frente.

El resultado de todas estas reflexiones es que la masa comienza a insinuar que si el zar podía tomar él mismo el alto comando y se pusiera a la cabeza de sus bravas tropas, les devolvería la confianza, revelaría su moral compartiendo con ellos las duras pruebas de la guerra, los reanimaría con su presencia haciendo beneficiar a sus ejércitos de los servicios de Kuropatkin pues, en este caso, este sería el jefe del estado mayor de su “general imperial”.

Como he dicho, se creó una lenta corriente de críticas erróneas, de inquietudes y desobediencias –corriente que es naturalmente necesario detener y apaciguar–. Las masas europeas, como el pueblo ruso mismo, giran instintivamente sus miradas hacia el zar a la espera de verlo tomar la iniciativa de alguna proeza. Esto mostraría a todos que él es el jefe autócrata de su pueblo y se encuentra dispuesto, mientras que esté en su poder, a aliviar sus pruebas y sufrimientos. Es la expectativa general que alguien expresó de una forma muy feliz: “Es necesario que el emperador dé un gran golpe para reafirmar su poder; es necesario que haga un esfuerzo”.

¹³ “A la ofensiva”, ídem.

Después de lo que te escribí sobre la guerra, estás en derecho de hacerte otra pregunta: “¿Por qué la guerra es impopular, por qué el pueblo entero no me apoya, por qué no está entusiasmado con esta lucha? ¡Nos atacaron, insultaron nuestra bandera y debemos batirnos por nuestro honor, por nuestro prestigio! Los observadores extranjeros piensan que la respuesta es evidente. Hela aquí. Hace mucho tiempo, tus ancestros, antes de partir para la guerra, se volvían a Moscú, oraban en las viejas iglesias, reunían a los notables en las salas del Kremlin y al pueblo en la corte. Con una gran solemnidad, les anunciaban que la guerra era inevitable e invitaban a sus fieles súbditos a seguirlos al campo de batalla. Semejante llamado partiendo del Kremlin en Moscú, que continúa siendo la verdadera capital de Rusia, encuentra siempre eco en el pueblo ruso. Esta aparición solemne, este llamado a las armas – Moscú y Rusia lo esperaron de ti en los días que siguieron al 8 de febrero del año pasado. Ellas estaban dispuestas entonces a responder con entusiasmo, sufriendo el choque que las golpeaba bruscamente. Los habitantes de la gran capital esperaban impacientemente tu llegada –se cuenta incluso que habían preparado un tren especial para tu viaje. Pero el zar no llegó. Moscú fue abandonada a sí misma. “La guerra santa”, de la cual se esperaba la proclamación con tanta impaciencia, no fue declarada y no llegó al punto del llamado a las armas. Moscú percibió allí una indiferencia con ella, lo que la hizo sufrir. Se sintió irritada y no ocultó su cólera. Recientemente, fue hecha la siguiente observación: “Es tiempo que el emperador vuelva a poner la mano en Moscú; con Moscú, logrará volver a poner orden en Rusia, sin Moscú, esto será muy difícil.”

Los observadores europeos estiman que es posible, que el zar podría cumplir este acto enérgico. Llegaría a Moscú y se dirigiría a la nobleza reunida en su admirable palacio, así como a los políticos. Podría comenzar por expresar su descontento con respecto a las cartas que fueron publicadas y los ruegos que le han sido dirigidos, pues esta es una práctica inoportuna que no es necesario renovar. Luego, él anunciaría las reformas, que el mismo zar juzga necesarias para su pueblo. Ninguna promesa de Asamblea legislativa ni de Constituyente ni de Convención nacional, sino simplemente un Habeas Corpus Act¹⁴ y la extensión de la competencia del Consejo de Estado. Ni libertad de prensa o de reunión, sino el orden severo en todos los censores con el fin de evitar en el futuro toda especie de chicana. Por otro lado, el zar debe informar a las personas presentes, las decisiones que tomó con respecto

¹⁴ Ley fundamental inglesa que garantiza la libertad individual. Toda persona detenida debe ser juzgada dentro de las 24 hs.

al ejército y –en el caso en que juzgue posible y necesario hablar él mismo– decirles que los invita a abstenerse de toda querrela interior hasta el día en que el enemigo sea vencido. Después de esto, el zar “*entouré*”¹⁵ del clero con estandartes, cruces, inciensos y santos íconos, debe aparecer en el balcón y leer el discurso ya pronunciado, que se convertirá en un manifiesto a sus fieles súbditos, reunidos abajo en la corte, en medio de las tropas “alineadas con bayonetas y cañones, sables en manos”. Y tú les dirás que, si esto te parece necesario, tú irás a compartir las pruebas de la guerra con tus hermanos y parientes, partiendo hacia allí bajo tu orden, que tú les darás coraje y los conducirás a la victoria –el pueblo entero profundamente emocionado te saludará con entusiasmo, caerá de rodillas y rogará por ti. La popularidad del zar resucitaría y además, se reconciliaría con su pueblo. Todos aquellos que verdaderamente se interesan en los acontecimientos de Rusia son unánimes en declarar que el zar no puede permanecer eternamente en Varsovia o en Peterhof. Y es evidente que si va al pueblo en las condiciones que te dije, esto produciría una impresión extraordinaria en el mundo entero, que escucharía, reteniendo su aliento, al zar dirigiendo la palabra a su pueblo, como sus ancestros, desde arriba de los muros del Kremlin.

21 de febrero de 1905

¹⁶ “Rodeado”, ídem.

EL NACIMIENTO DE LOS PRIMEROS SOVIETS EN 1905¹

Nikolai Nikolaievich Demochkin

Fueron los obreros de la fábrica Alapaiev, en los Urales, quienes hicieron la primera tentativa de crear un soviét en el curso de la primavera de 1905. Los Urales eran, al inicio de la primera revolución, una de las regiones industriales más importantes de Rusia.

EL SOVIET DE ALAPAIEV

A fines de febrero de 1905, en respuesta, entre otras cosas, a una baja salarial decidida por el patrón, los obreros de la fábrica decidieron prepararse para la huelga. Se organizaron por taller, elecciones de diputados, encargados de negociar con la administración. El 6 de marzo, se realizó la primera reunión de diputados, a la cual también fueron invitados a participar los representantes de los mineros de Alapaiev. Los diputados debían decidir el desencadenamiento de la huelga y elaborar las reivindicaciones que se presentarían frente a la administración de la empresa. El propietario de la empresa, decidió decapitar la huelga que se estaba preparando e hizo detener por la policía a los diputados electos. Los obreros respondieron a esta medida haciendo huelga el 7 de marzo y eligiendo nuevos diputados el 8. Al mismo tiempo, liberaron por la fuerza a sus camaradas, internados en la dirección del cantón, echando a los policías y al comandante militar de éste.

El 12 de marzo se realizó una reunión de los nuevos diputados electos: 27 diputados de la fábrica Alapaiev y 6 diputados de los mineros. Decidieron dar a su órgano el nombre de asamblea de diputados obreros y eligieron como presidente al bolchevique Vetluguin.

Bajo el impulso de los diputados, los obreros hicieron huelga de manera organizada. Obtuvieron la reducción de la jornada de

¹ Extractos realizados por el CERMTRI de N. Demochkin, *Soviety 1905 goga, organy revolioutsionnoï vlasti (gosou darstvienneie izdatielstvo iouriditcheskoi literatoury)*, 1963. Traducción del francés del artículo publicado en *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 46.

trabajo, la anulación de las bajas salariales decidida anteriormente, el aumento de la remuneración de las horas extras y la satisfacción de varias reivindicaciones más. Cuando la huelga finalizó, no sólo se mantuvo la asamblea, sino que ésta incluso desarrolló su actividad, mientras que los comités de huelga sólo funcionaban durante la duración de ésta. La asamblea de diputados organizó la elección de las comisiones por talleres, que definieron las tarifas para cada producción, establecieron la grilla de las calificaciones y controlaron la contratación y los despidos de los trabajadores. Bajo la exigencia de los trabajadores, la dirección de la empresa fue obligada a despedir a ciertos miembros del personal de la administración de la empresa que habían perseguido a los trabajadores de manera particularmente brutal.

La asamblea de los obreros extendió también su actividad hacia los campesinos de las aldeas vecinas. Varias sociedades campesinas eligieron diputados a la asamblea. El 18 de abril, se realizó una asamblea común entre los diputados obreros y campesinos. Este fue el embrión del primer soviét de los diputados obreros y campesinos. A su llamado, los obreros y campesinos de la aldea de Alapaija celebraron el 1º de mayo de forma organizada con una manifestación y un mitin lleno de proclamas revolucionarias y discursos políticos.

EL SOVIET DE NADEJDIN

Es necesario poner el acento también en la actividad del soviét de diputados obreros electo a fines de abril de 1905 en Nadejдин. Numerosos diputados electos eran miembros del POSDR. El jefe adjunto de la dirección de la gendarmería del gobierno (provincial) de Perm destacaba en un informe a su jefe: “La mayoría de los electos son individuos reconocidos por su falta de civismo político y que incluso están sometidos a investigaciones policiales por crímenes contra el Estado”.

La administración de la empresa anuló los resultados de la elección de diputados. Se organizaron nuevas elecciones que dieron los mismos resultados. La dirección de la empresa debió reconocer entonces oficialmente a los diputados electos la función de intermediarios de la fábrica, durante tanto tiempo como los obreros en los talleres lo decidieran. En total, fueron electos 25 diputados en los talleres; entre los 25, fue formado un presidium de 10 diputados. El presidente del soviét fue el bolchevique Dobrynin.

Luego de la primera reunión, los diputados decidieron llamar a su organización, el soviét de los plenipotenciarios de los obreros. Desde los

primeros días de su existencia, el soviet dirigió la lucha de los obreros por la mejora de su situación económica y jurídica. La asamblea general del 12 de mayo confirmó las reivindicaciones de los trabajadores frente a la administración de la fábrica: la jornada de 8 horas, el aumento de salarios, la instauración de un tribunal de camaradas cercano al soviet, etc. El soviet, al no obtener la satisfacción de las reivindicaciones, declaró una huelga que duró tres días.

Los patrones de la empresa, temerosos, fueron obligados a introducir la jornada de trabajo de 8 horas en los altos hornos y la reducción de media hora en los otros talleres, organizar un sistema de protección social de los obreros financiado por la empresa. Pero el soviet, que nació primero como comité de huelga, desplegó lo esencial de su actividad (como en la fábrica de Alapaiev) luego del fin de la huelga. El soviet reglamentó la jornada de trabajo y el salario en la fábrica. Y, bajo la decisión del soviet, el médico de la empresa, que había rechazado brindar a los obreros certificados médicos afirmando que habían sido golpeados por los policías, fue echado.

Finalmente, por decisión del tribunal de camaradas constituido junto al soviet, toda una serie de alcohólicos y ladrones fueron expulsados de la fábrica, así como el vigilante de policía y dos guardias. El soviet tomó el control de la cooperativa obrera, cuya dirección comprendía esencialmente a obreros y empleados de salarios altos, e instauró así su control sobre la actividad de la policía local.

Un servicio de orden armado de 20 miembros fue creado junto al soviet. Los obreros que formaban parte de él recibían sus armas bajo certificado librado por el secretario del soviet. No sólo las autoridades locales, sino también las provinciales debieron tomar en cuenta la actividad del soviet. Así, los diputados obtuvieron a principios de octubre de 1905, la expulsión de la fábrica del procurador y del jefe adjuntos de la dirección de la gendarmería.

El testimonio de este último ilustra la autoridad y el rol revolucionario del soviet. Escribió: “El movimiento obrero que se constituyó en la fábrica de Nadejdin se fortaleció de tal manera en octubre que los diputados electos, entre los cuales se encuentran todos los individuos ubicados bajo vigilancia, establecieron su comando como ellos quisieron: ocuparon el teatro, el club y la biblioteca y alejaron a su conveniencia a los suboficiales de la policía y a los funcionarios de la fábrica. Por un decreto hecho por ellos el 2 de octubre, el procurador adjunto y yo, nos hemos alejado de la fábrica. Un movimiento similar se desarrolló en la fábrica vecina de Sosvin, de donde una tropa armada nos ha echado”.

EL SOVIET DE IVANOVO-VOZNESSENSK

Fue luego, entre los obreros de Ivanovo-Voznessensk, que apareció el tercer soviét. El 9 de mayo, la conferencia del POSDR de la ciudad decide llamar a una huelga general política para el 12 de mayo.

Al día siguiente, 10 de mayo, luego de un mitin de toda la ciudad, los obreros elaboran sus reivindicaciones comunes y deciden constituir un órgano revolucionario para asumir la dirección directa de la huelga, un consejo de plenipotenciarios. Y son electos 151 diputados, de los cuales 17 son mujeres y 46, socialdemócratas bolcheviques. El nuevo gobernador de la región de Ivanovo-Voznessensk, que venía de acceder a sus funciones a principios de mayo, declara entonces que “toda violencia ejercida por los obreros para intentar mejorar su bienestar material debe ser considerada como criminal”. Prohíbe a los obreros reunirse en las calles y en las plazas de la ciudad. Pero esta decisión no puede terminar con el combate de los obreros de Ivanovo-Voznessensk. Estos se reúnen cada día en los márgenes de la ribera del Talka y en los alrededores de la ciudad.

Durante la huelga, el soviét se convierte fundamentalmente en un órgano del poder revolucionario. Prohíbe a los comerciantes aumentar los precios de los comestibles y obliga a los depósitos de las fábricas a entregar mercaderías a crédito a los obreros. Gracias a las medidas tomadas por el soviét, los borrachos y las peleas terminaron en la ciudad, a pesar de la existencia de alrededor de 200 cabarets. Los empresarios y los funcionarios son obligados a contar con la fuerza real del soviét, que pone fin a las expulsiones de los obreros huelguistas de las viviendas pertenecientes a sus fábricas. Las autoridades locales no pueden hacer imprimir sus documentos urgentes sin la autorización del soviét. El 20 de mayo, el soviét decide formar una milicia obrera para preservar el orden en la ciudad e impedir provocaciones. En su resolución, decide “formar una milicia de nuestro propio medio, una guardia protectora formada por obreros, que deberá vigilar el orden en la ciudad y no dejar que los talleres, fábricas, plantas retomen el trabajo aisladamente antes que nosotros decidamos volver al trabajo. Las acciones de esta milicia son dirigidas por los diputados electos por nosotros para negociar con los empresarios y fabricantes. Esto siendo que, juzgamos necesario recordar que si se le impide a los miembros de nuestra milicia ejercer estas tareas, entonces, a pesar de toda nuestra voluntad de mantener el orden, no podemos garantizar su sostenimiento”.

El poder local prohibió la formación de la milicia, pero el soviét no le obedeció. La milicia fue fundada y ejerció sus tareas con éxito. El

soviet, en su reunión del 22 de mayo, decide “enviar la milicia obrera, es decir la guardia de seguridad, a vigilar que se respete el orden en la ciudad e impedir a los obreros de algunas fábricas y talleres aislados retomar el trabajo”.

Los campesinos del distrito de Murom saludaron calurosamente la lucha de los obreros de Ivanovo-Voznessensk. En una carta dirigida al soviet, ellos escriben: “Nosotros, campesinos de Murom, habitantes de tres aldeas, hemos escuchado decir que una huelga se desarrolla en Ivanovo. Hemos escuchado decir que los obreros quieren obtener un mejoramiento de su existencia y nos alegramos que los obreros lo logren”.

Los campesinos del distrito de Chuia piden al soviet que les explique cómo quitar la tierra a los grandes propietarios y desembarazarse de los jefes provinciales.

En sus recuerdos sobre este período, Mijhail Frunze, miembro de la fracción bolchevique de Ivanovo-Voznessensk escribe: “La huelga de mayo detuvo la vida industrial de todo el distrito industrial de Ivanovo-Voznessensk y de todas partes, de las localidades y aldeas más perdidas, decenas de delegaciones aflúan a Ivanovo-Voznessensk para pedir un consejo, instrucciones, recomendaciones. Venían con las demandas más diversas, desde la exigencia de oradores hasta la solicitud de una ayuda material. Las demandas escritas eran aún más numerosas. Llenas de errores en las formas, estaban al mismo tiempo penetradas de una fe profunda y desacostumbrada en la potencia y capacidad del soviet de diputados obreros de Ivanovo-Voznessensk, en la potencia sin límite de los socialdemócratas que los dirigían y en sus cartas y pedidos, celebraban a los miembros de nuestro partido”.

Un servicio de orden armado de 60 obreros fue constituido para proteger las reuniones, las manifestaciones y los mítines. Numerosos fabricantes fueron obligados a huir de la ciudad.

Para quebrar la resistencia de los obreros, las autoridades declararon la ciudad en estado de sitio y procedieron a numerosos arrestos. Pero los obreros continuaron haciendo huelga.

En su declaración a los fabricantes, advirtieron a estos últimos que era imposible asustarlos ni con ejecuciones ni por hambre. “Nos hemos sostenido un mes, nos sostendremos aún por mucho tiempo más”.

La actividad del soviet no se interrumpió. Sus reuniones se sostuvieron regularmente. El soviet se convirtió cada vez más en el poder real en la ciudad. Las autoridades locales y zaristas estaban manifiestamente exaltadas. El gobernador de la provincia escribió el 16 de junio de 1905 al ministro del Interior Trepov: “Si continuamos autorizando sus reuniones, pueden, casi con seguridad, tomar un carácter antigubernamental;

por otro lado si se las dispersa, entonces, el movimiento obrero les dará el carácter de un levantamiento abierto (...) Las tropas son muy reticentes frente a su rol de mantenimiento del orden”.

La burguesía exigió el envío a la ciudad de unidades suplementarias del ejército y el arresto de los dirigentes del soviét. Al mismo tiempo, la policía y los fabricantes, para intentar descomponer a las filas obreras, enviaron en sus filas a provocadores y formaron grupos de esquirolas.

Pero el hambre hizo su aparición y, con la represión, obligó al soviét a decidir el 27 de junio suspender la huelga, declarando: “Dadas las acciones de la administración gubernamental, manifiestamente dirigidas hacia la defensa de los fabricantes y contra los obreros, dada la llegada de una gran cantidad de tropas a la ciudad, dado que 47 días de huelga consumieron nuestras fuerzas (...), declaramos que hemos decidido retomar el trabajo a partir del 1º de julio, con la perspectiva de consolidar nuestras fuerzas, con el fin de volver a comenzar la lucha por nuestros derechos y reivindicaciones, que hemos presentado a los fabricantes al principio de la huelga del 12 de mayo de 1905”.

El combate que había llevado adelante, permitió al proletariado de Ivanovo-Voznessensk, obtener la reducción del tiempo de trabajo, el aumento del salario, la mejora de las condiciones sanitarias. Al mismo tiempo que decidió detener la huelga, el soviét anunció su decisión de disolverse. Pero, incluso después de esta disolución, los obreros consideraron a sus antiguos diputados como sus plenipotenciarios en la reglamentación de los conflictos con los fabricantes.

Bajo la influencia de la huelga de Ivanovo-Voznessensk y de la actividad del soviét de la ciudad, apareció en Kostroma un soviét de diputados-huelguistas. El gobernador de la provincia de Kostroma, en un informe al departamento de la policía del 3 de septiembre, escribía: “No hay ninguna duda que la duración de la huelga de Ivanovo-Voznessensk y las circunstancias en las cuales se desarrolló y de las cuales fue acompañada, en relación con la agitación desarrollada por individuos que se definieron como miembros del partido socialdemócrata, han influido sensiblemente en el desarrollo de la huelga de Kostroma”.

EL SOVIET DE KOSTROMA

Después del fracaso de una primera huelga en mayo, los trabajadores de Kostroma volvieron a la huelga en julio. Para dirigir a su movimiento, eligieron 108 diputados. La primera reunión del soviét de diputados-huelguistas se sostuvo el 6 de julio. La reunión elaboró la lista de reivindicaciones y decidió excluir del soviét a las Centurias

Negras que intentaban diseminar el pánico para quebrar la huelga general.

Las asambleas obreras generales se realizaban cada día cerca de la ribera del Kostroma. Discutían sobre sus necesidades, se difundían folletos y los oradores socialdemócratas intervenían allí. El soviet se reunía dos veces por día. Constituyó una comisión de huelga de 12 miembros y una milicia popular de 110 miembros. La comisión, que reunía a los obreros que tenía más autoridad, llevaba en el nombre del soviet las negociaciones con las autoridades locales y los fabricantes. El soviet designó a cuatro recaudadores que disponiendo de carnets de recibos especiales y certificados firmados por el presidente y el secretario del soviet, recolectaban dinero entre la población para el apoyo a los obreros que se encontraban en una situación particularmente difícil. Cuando la policía detuvo un día a uno de los recaudadores, el soviet dirigió una protesta al gobernador y el recaudador detenido fue inmediatamente liberado. En respuesta a una exigencia del soviet, la Duma municipal (consejo municipal) aportó con 1.000 rublos para el sostén de los huelguistas.

Los representantes del soviet declararon a los fabricantes y al gobernador que ellos mismos asegurarían el orden en la ciudad y en las empresas, y no admitieron ninguna violencia fuera del lado que fuera: “Nosotros, obreros en huelga –afirma la resolución adoptada por el soviet con respecto a este tema– garantizamos la tranquilidad, la calma y el orden, y la inviolabilidad de los miembros de la administración de la fábrica y exigimos al mismo tiempo que ni el ejército ni la policía intervengan en nuestra pacífica huelga”.

Las autoridades locales y los fabricantes debieron tener en cuenta las decisiones del soviet.

La lucha de los obreros de Kostroma obligó a los fabricantes a dar concesiones. La jornada de trabajo fue reducida a 10 horas, las tarifas de pago de algunas categorías de trabajos fueron elevadas y las condiciones de trabajo fueron mejoradas.

Sin embargo, al mismo tiempo que llevaban adelante las negociaciones con los obreros, los jefes de empresa se preparaban para dar un golpe contra los huelguistas. Los Cosacos fueron llamados a la ciudad y la tropa entró en las fábricas. Los fabricantes intentaron también utilizar esquirols, pero la milicia obrera no los dejó penetrar en las fábricas en huelga.

El agotamiento de los recursos materiales de los obreros luego de una huelga que duró un mes, obligó al soviet a detener el combate. Los obreros retomaron el trabajo a partir del 27 de julio previniendo a los fabricantes que se preparaban “para una nueva lucha, aún más decidida”.

LOS ORIGENES DE LA REVUELTA DEL *POTEMKIN*¹

Khristian Rakovsky²

Es sabido que la revuelta del *Potemkin* no fue un acontecimiento inesperado. Fue la explosión prematura y aislada de un plan valientemente preparado de sublevación general que debía abrazar con su anillo de hierro a toda la flota del Mar Negro. Al apoderarse de bastiones marítimos, la Revolución Rusa habría dispuesto de una base inexpugnable para nuevas conquistas. Bombardeando las costas de los asentamientos de las guarniciones, ella habría ganado todo el sur y, desde entonces, se habría extendido al resto del país. Esta sublevación debía estallar en julio, durante las grandes maniobras de la flota. A la señal convenida –dos cohetes tirados uno después del otro desde el puente del acorazado *Catherine II*– los marineros que formaban parte debían detener o matar a los oficiales “en nombre del pueblo”, apoderándose de todos los navíos y tomando el comando de ellos. Como se sabe, el lamentable incidente de la comida podrida suscitó antes de tiempo una revuelta en el *Potemkin*, y todo el plan se hundió.

Los otros navíos, mal preparados, no estaban advertidos; entre ellos, sólo pudieron tomar parte del movimiento el Georgi Pobedonostzev que, durante 24 horas, permaneció fiel a la revolución, y el navío-escuela *Pruth* que buscó en vano al *Potemkin* con el fin de unirse a él. También es necesario mencionar al *Sinopia* que se unió también al *Potemkin* pero se alejó de Odesa por una orden repentina dada por el almirante Krieger de dirigirse a Sebastopol mientras que la minoría de los marinos

¹ Extractos de la introducción (“Vvedenie”) de Kirill (seudónimo de Anatoli Petrovich Berezovsky) de *Odinadtsat’ dnei na Potëmkin*, San Petersburgo, 1907, recuerdos de un marino del *Potemkin*: Rakovsky es también el autor del capítulo I. Traducción de la versión publicada en *Cahiers Léon Trotsky* N° 17, Institut Léon Trotsky, Francia, pág. 37, quien realizó cortes al texto eliminando los detalles circunstanciales. La narración fue redactada en 1905.

² *Rakovsky, Khristian* (1873-1941): de origen balcánico, fue uno de los dirigentes de la II Internacional y, desde esta época, un amigo de Trotsky. Después de la Revolución de Octubre, volvió a la Rusia soviética y fue, entre otras tareas, el dirigente de la Ucrania soviética. Miembro de la Oposición de Izquierda desde sus inicios, fue deportado en 1928. Después de la expulsión de Trotsky de la URSS fue su principal dirigente hasta su capitulación en 1934. Stalin lo hizo ejecutar en los primeros meses de la invasión alemana contra la URSS.

revolucionarios no había logrado aún vencer las dudas de la mayoría indecisa y temerosa. Lo más lamentable fue la puesta fuera de actividad del acorazado *Catherine II*, “Katia” como decían familiarmente los marinos, Katia la roja, dispuesta a dar el paso más decisivo y que fue víctima de su ardor revolucionario. Mientras que la revuelta explotaba en el *Potemkin*, se produjo un conflicto menor entre los marineros y los oficiales del *Catherine II*, un incidente ridículo en comparación con el rol que el acorazado habría podido jugar dos días más tarde, pero que condujo al descenso a tierra de la mayoría de la tripulación. Así, el más revolucionario de los acorazados fue obligado a permanecer en Sebastopol mientras que los otros se dirigían hacia Odesa contra el *Potemkin*.

Sin embargo, se planteó una cuestión: ¿la sublevación general habría tenido éxito si no hubiera tenido lugar el acontecimiento del *Potemkin*? ¿La flota podía prever un éxito en esta tentativa de tomar posesión de las ciudades costeras y sublevar allí a la población obrera?

Conociendo a través del relato de Kirill los detalles de la historia convulsiva, dramática, de la lucha de los marinos revolucionarios, descubriendo cuán próximo estaba el éxito, incluso cuando sólo se había sublevado un navío, se adquiere casi la convicción de que una sublevación general podía triunfar. (...) Desde un punto de vista puramente técnico-militar, la idea de lanzar una revuelta armada general por medio de una sublevación de la flota era excelente: primero porque los marinos eran los más receptivos de todos los militares a la propaganda socialista y sobre todo porque una flota amotinada está en mejor estado para resistir y defenderse que cualquier otra formación. Una victoria de la sublevación de la flota habría creado una situación sin precedentes en la historia de las guerras civiles. El absolutismo ruso, con todo su ejército, se habría mostrado impotente para luchar contra ese puñado de hombres. La Rusia de los gobernantes se habría encontrado en una posición ridícula como fue la de Rumania cuando el *Potemkin* se levantó repentinamente a lo largo de Constantza: se movilizó a toda la guarnición, incluso... a la caballería.

Pero el verdadero interés histórico de la sublevación de la flota se revela en la apreciación de sus causas. El Partido Obrero Socialdemócrata Ruso y particularmente su organización en Crimea (la Unión Socialdemócrata de Crimea) contribuyó mucho, a través de una acción prolongada, a la emergencia de revolucionarios entre los marinos. Pero es la estructura del Estado ruso y especialmente el régimen de los cuarteles que despertaron su espíritu y les enseñaron a comprender las ideas revolucionarias y socialistas. Es imposible comprender la sublevación revolucionaria de la flota ni otros movimientos análogos sin tomar en cuenta estos elementos.

Cuando se sabe hasta qué punto la acción revolucionaria encuentra obstáculos en Rusia, cuántas víctimas y esfuerzos cuesta cada paso —víctimas de las cuales una ínfima minoría verá realizado el objetivo y cuya mayoría caerá desde la primera batalla contra la multitud de obstáculos erigidos por el régimen político— se comprende que el origen de la revuelta de los marinos se encuentra, ante todo, en sus condiciones de vida.

Hoy es más necesario que nunca conocer bien la naturaleza del régimen de los cuarteles en Rusia. Concluida la paz y establecida la Constituyente, los partidos políticos harán reconstituir al país de manera radical. Pero Rusia no será realmente transformada más que cuando sea liberada de los errores del pasado. Queremos (...) describir, sobre la base de los documentos en nuestro poder, el rol en la revuelta de los factores conscientes, es decir, de la propaganda socialista, y los factores inconscientes, es decir, el régimen militar en Rusia. El régimen en los cuarteles sólo es un reflejo de la estructura política y social de un país y las condiciones de vida a bordo del *Potemkin* eran las mismas en el conjunto de la flota. Allí se chocaba con los mismos abusos. De parte de los oficiales, sobre todo de los oficiales superiores, en todas partes existía la misma crueldad estúpida, la misma incompreensión de la necesidad de un comportamiento más humano hacia los marinos. Toda tentativa de estos últimos para obtener una vida más soportable sólo reconocería en los oficiales la determinación obstinada de castigarlos aún más severamente. Los marinos no podían entonces alimentar buenos sentimientos con respecto a sus superiores. En apariencia eran dóciles, por temor a la represión, pero en el fondo ellos mismos, odiaban y despreciaban a los “dragones” y los “escorpiones”, palabras que no dudaban en emplear a la menor ocasión. En el curso del amotinamiento del 3 de noviembre, los marinos perseguían obstinadamente a sus oficiales a pedrazos y los injuriaban groseramente. Las injurias además eran por otra parte tan corrientes que los oficiales, habituados, parecían no escucharlas (...). El antagonismo y la desconfianza entre oficiales y soldados son un fenómeno general, en todos los ejércitos, pero eran más agudos en el ejército ruso. Este abismo infranqueable entre ellos se hacía evidente en cada acontecimiento político que conducía al envío de los soldados contra huelguistas y manifestantes (...).

Para explicar esta desconfianza, así como el odio tanto como el desprecio de los marinos por los oficiales, es necesario recordar, más allá de las razones políticas, las fallas propias del cuerpo de oficiales rusos, especialmente en la flota, en donde estos últimos se reclutaban exclusivamente entre la nobleza. Las escuelas militares estaban pobladas de la “crema” de la sociedad industrial. La juventud honesta y capaz poblaba habitualmente

las prisiones rusas y ocupaba las profesiones intelectuales. Sólo las personas incapaces y serviles se inclinaban por las carreras burocráticas y militares (...). Estos oficiales consideraban a su función como un medio de subsistencia y se esforzaban por trabajar lo menos posible con el mayor beneficio personal posible. Sobre este terreno se desarrollaron las relaciones entre oficiales y marinos que a veces tuvieron consecuencias catastróficas.

Pero volvamos al acorazado *Potemkin*. Los castigos corporales más crueles eran habituales allí. A pesar de la aparición de una circular secreta que insistía en la necesidad de “respetar la dignidad humana de los subalternos”, los oficiales de marina continuaron, por hábito, distribuyendo bofetadas y puñetazos. Los marineros me hablaron de casos de tímpanos perforados por la violencia de los golpes (...). Pero sufrían por encima de todo, las injurias y humillaciones de todo tipo que llegaban a alcanzar su dignidad de hombre. Era necesario ver con qué arrogancia los llamados aristócratas trataban a sus subordinados para comprender la fuerza del odio que estos últimos alimentaban hacia ellos (...).

Aquel que haya vivido en Rusia ha podido notar, en algunos jardines públicos, esta bárbara inscripción: “Entrada estrictamente prohibida a los perros y a los *rangos inferiores*”. El almirante Chujnin supo inventar una regla peor aún para los marineros de Sebastopol. La orden N° 184 del 29 de abril de 1905 prohibía a los marinos, “bajo pena de prisión”, el acceso a dos bulevares, dos arboledas y una calle. Algunos días más tarde, un grupo de marinos mutilados, que volvía de Port Arthur, tomó prestado uno de estos bulevares, aquel donde se encuentra el monumento a la memoria del sitio de Sebastopol en 1855. Se chocaron con un oficial que los interpeló groseramente: “¿Cómo osan venir aquí? ¡Ustedes saben que el bulevar está prohibido a los rangos inferiores!” Uno de los marinos señala: “¿Tenemos el derecho de pisar nuestra tierra natal, por la cual hemos derramado nuestra sangre? —¡Te permites discutir, canalla!” Y los golpes permitieron a estos “héroes” que recién habían vuelto, saborear los placeres de la patria agradecida. El amotinamiento del 3 de noviembre fue provocado por una orden del almirante Chujnin prohibiendo a los marinos cualquier salida a la ciudad sin permiso especial, el “billete rojo”.

Tales medidas no habrían tenido consecuencias tan graves algunos años antes. Se puede afirmar incluso que el resultado habría sido el mismo si hubiera habido una mejora y no un deterioro de las condiciones de vida en la flota: ante todo, eran los marinos mismos quienes habían cambiado y madurado. Y en unos cinco o seis años, el sentimiento de su dignidad personal había madurado. (...) Aquí se ve un hecho característico de la nueva generación: los reclutas de 1904 de la tripulación N° 36 —la del

Potemkin— plantearon al lado de sus superiores, antes incluso de prestar juramento, una serie de reivindicaciones. La potente conmoción impulsada en toda Rusia por el movimiento obrero en los cinco años precedentes había despertado en los marinos la esperanza de una nueva vida, mejor y libre. Por las condiciones de trabajo el acorazado es una verdadera fábrica flotante; los marinos están más próximos a la clase obrera que a ninguna otra. En el número importante de condenas por lectura que, aunque legales, no tenían la aprobación de los oficiales, se aprecia el grado de interés de los marinos por la ciencia y la literatura, así como su sed de conocimientos. Su búsqueda de un futuro mejor se chocaba con el obstáculo de los oficiales (...) que personificaban el absolutismo.

Los marinos discutían con fervor sobre la cuestión de las relaciones entre oficiales y soldados: el partido dirigente de la futura Rusia debe interesarse por ello sin excepción. Recordemos que el primer punto del ultimátum dado por el acorazado al comandante militar de Odesa era la sustitución del ejército permanente por milicias populares. Las relaciones de los marinos con sus superiores estaban en primer plano. Viendo el comportamiento de un marino ante sus oficiales y de sus sentimientos con respecto a ellos, los camaradas revolucionarios decidían si era digno de tomar parte en las actividades secretas (...).

Es importante detenerse en la manera en que se conducía el trabajo de propaganda a bordo del *Potemkin*. Numerosos marinos ya conocían las ideas socialdemócratas cuando trabajaban en los astilleros navales Nikolaievsky. Estaban en contacto con obreros civiles, muchos de los cuales habían sido influenciados por la propaganda socialista. Luego, la tripulación del *Potemkin* tomó contacto directamente con el partido socialdemócrata en Sebastopol donde ya había tejido relaciones sólidas con la flota militar. Sólo un pequeño número de marinos podían, evidentemente, estar en contacto directo con los revolucionarios. Entre los del *Potemkin*, he contado de quince a veinte que frecuentaban de manera irregular las reuniones secretas organizadas por los socialistas. Estas reuniones llamadas “volantes” cuando casi no había participantes y “de masas” si había muchos, reunían a los marinos que prestaban servicio en la cincuentena de barcos de guerra anclados en Sebastopol. Primero espaciadas, estas reuniones fueron cada vez más frecuentes; en el curso de los cuatro meses precedentes a la sublevación, se realizaba cerca de una cada domingo (del 10 de noviembre al 25 de marzo, hubieron once en total). El número de marinos que tomaban parte allí pasó de treinta a trescientos o cuatrocientos. Con el fin de evitar sorpresas desagradables, se realizaban estas reuniones fuera de la ciudad, en un bosque próximo a la colina de Malajov. Los marinos iban hacia allí en

pequeños grupos, tomando primero la ruta de Inkerman, luego se separaban pasando por pequeños caminos. Una guardia apostada a lo largo del camino aseguraba que éste estuviera libre. Cuando llegaban al lugar que servía de lugar de reunión, se instalaban como querían. Las intervenciones comenzaban. Los oradores, frecuentemente mujeres, explicaban a los marinos las causas de la existencia del poder opresor e intolerable, proponían medios para destruirlo y liberar a todo el país. Luego se discutía, se informaba y, después de haber adoptado una resolución, se terminaba la reunión con un canto revolucionario. Aquí está el texto de una de estas resoluciones, que fue adoptada el 20 de marzo:

“Nosotros, 194 marinos de la flota del Mar Negro, unimos nuestra voz a la de los obreros rusos representados por su ala revolucionaria, el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso; exigimos la destitución del régimen autocrático y su reemplazo por una república democrática. Estamos convencidos que sólo la convocatoria de una Asamblea Constituyente, sobre la base del sufragio directo, igual para todos y con boleta secreta, puede afirmar el poder del pueblo. Sabemos que el régimen zarista emprendió la guerra por sus propios intereses. Por ello exigimos que se le ponga fin inmediatamente. Uniendo nuestra voz a la de Rusia que se despierta a la vida política, estamos seguros que nuestro ejemplo, el de la protesta de la flota del Mar Negro, será seguida por todo el ejército ruso. El último apoyo del régimen está en camino de hundirse. Nuestra liberación está próxima y llamamos a todos aquellos que persigue y oprime la autocracia a unirse a nuestras filas, las de nuestro partido. Nuestra lucha sólo se interrumpirá cuando la humanidad esté liberada de la explotación de las tarántulas capitalistas. Luchamos por el socialismo. ¡Abajo la autocracia! ¡Abajo la guerra! ¡Viva la Asamblea Constituyente! ¡Viva la república democrática! ¡Viva el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso! ¡Viva el socialismo!”

Ciento cincuenta marinos que no habían asistido a la reunión adoptaron esta resolución.

Entre los otros marinos, la propaganda era llevada a través de folletos y sobre todo llamados. Hay que destacar que los marinos demandaban al comité de Sebastopol, llamados especialmente redactados de acuerdo a sus necesidades. Cuando el comité constató que la propaganda entre los marinos era eficaz, se esforzó en aclarar cada acontecimiento más o menos importante de la vida de la flota. Así, dos o tres días después de la revuelta, cuando los marinos se levantaron y salieron al patio, encontraron volantes sobre los últimos acontecimientos, esparcidos en el suelo. El comité de Sebastopol llamaba a los marinos a dar un carácter político a su protesta. Este llamado fue difundido en 1.800 ejemplares. En general, el comité difundió 12.000 volantes desde principios de noviembre a principios

de abril. Estos eran algunos títulos: “Es tiempo de terminar con esto”, “El ayuda memoria de los soldados” (2.800 ejemplares), “Las dos Europas”, “¿Quién vencerá?”, “Muerte a los tiranos”, “El Manifiesto del zar” (9 de enero), etc. Algunos eran relativos al régimen ruso en general, otros concernían especialmente a los marinos. Describían las penosas condiciones de existencia de los marinos que ellos oponían al confort y a los privilegios de los que disponían sus oficiales. Subrayaban la enorme diferencia entre los sueldos de los marinos y el de los oficiales de Rusia, en comparación con otros países. Mientras que en Japón, en aquella época, el gran almirante Togo recibía 5.600 rublos por año, el gran duque Aleksei, gran almirante de la flota rusa, recibía un salario dieciocho veces superior (108.000 rublos). Por el contrario, el sueldo de los marinos era incomparablemente más elevado en Japón que en Rusia. Un marino costaba al gobierno japonés 54 rublos contra 24 al gobierno ruso, del cual la mitad era robada por los oficiales. Se distribuyeron volantes particulares con respecto a la partida de 800 marinos para Libau, otros en el momento del juicio a treinta marinos acusados de haber sido los “instigadores” de la revuelta del 3 de noviembre. Paralelamente a estos hechos particulares, las cuestiones de orden general estaban planteadas: la guerra, la situación de los obreros y de los campesinos, el Estado ruso, etc. El fin de la guerra era la consigna más popular. Algunos aconsejaban el rechazo a ir a Medio Oriente. Un volante produjo una impresión particularmente vigorosa: impreso por el comité de Sebastopol, había sido redactado y firmado por “marinos y suboficiales del acorazado *Catherine II*, reunidos con el partido obrero socialdemócrata”. Este era la señal de acciones más importantes que surgieron como resultado de la derrota de Tsushima.

Hoy, mientras que Rusia es convertida en un Estado supuestamente constitucional, persiste la cuestión de la reorganización de las fuerzas armadas. Todas las reivindicaciones de los marinos apuntan a una mejora en sus condiciones de vida durante la duración del servicio: sólo mencionan al final, la relación estrecha entre el orden social de Rusia y el régimen militar. Destaquemos algunas de estas reivindicaciones:

Reducción de la duración del servicio militar en la flota a 3 años (actualmente es de 7 años).

Definición precisa de la duración de la jornada de trabajo (incluyendo las maniobras en el frente y los ejercicios especiales).

Control de los marinos sobre los gastos para la alimentación que les es destinada. Los marinos exigen ocuparse directamente del aprovisionamiento, de la elección del cocinero: “Así impedimos la posibilidad de que nos roben”, dicen a sus oficiales, los marineros del *Catherine II* (...).

Otra serie de reivindicaciones concierne a los derechos del hombre y del ciudadano: supresión de las fórmulas que los marinos deben emplear al dirigirse a sus superiores, de la costumbre de rendir honores a los oficiales; los marinos demandan también que los delitos sean juzgados por un tribunal ordinario. En caso de mantener a los tribunales militares, estos deben estar compuestos en paridad de oficiales y marinos elegidos por sus camaradas (...).

Estos llamados eran difundidos en todas partes por centenares de ejemplares. Un día los marinos del *Potemkin* tuvieron la sorpresa al despertarse, de encontrarlos sobre los cobertores de sus camas. Cada uno se ponía a recoger a los “pichones” y a buscar “un rincón tranquilo” para leerlos. Le seguían discusiones por grupos durante varios días. Los marinos quizás no comprendían todo. Sucedió que los del *Potemkin* escribían (al comité) para reprochar el empleo (en los folletos) de demasiadas expresiones incomprensibles para la mayoría de los marinos y pedir nuevos volantes. Pero estos volantes pequeños, insignificantes, frecuentemente ilegibles, impresos en secreto en máquinas primitivas, hacían su trabajo revolucionario. Eran la prueba viviente de la existencia de un partido subterráneo, que se acercaba a los marinos aislados y sometidos para escuchar sus quejas y compartir sus sufrimientos. Las personas de este partido tendían fraternalmente la mano a los marineros, los trataban de igual a igual, ponían a su disposición su tiempo, sus medios y su vida; los llamaban a luchar con ellos contra el enemigo de toda la clase obrera. No se podía esperar que esta propaganda transformara a los marinos en socialistas conscientes. Sin embargo, hizo mucho dando a su descontento difuso un carácter político y popularizando las consignas del programa mínimo socialista.

Inicialmente desordenada, la lucha de los marinos se convirtió en consciente. Retomaron por su cuenta el partido y el programa. “Somos 300 socialdemócratas dispuestos a morir”: con estas palabras me saludó el marinero Matiuchenko cuando subía al *Potemkin* en Constantza. Estos 300 socialdemócratas quizás no sabían todo lo que reclamaba su partido, pero el hecho de contarse entre sus miembros les daba una confianza ilimitada en sus propias fuerzas.

Así, con una energía y un espíritu de iniciativa creciente, los marinos encontraban en ellos mismos lo que los llamados no podían ofrecerles. Completaban su formación política observando los hechos que los rodeaban, leyendo libros y periódicos autorizados por sus oficiales. Guiados por el odio al despotismo, descubrían ideas revolucionarias hasta en los libros religiosos. Aquel que conoció de cerca la vida cotidiana a bordo del *Potemkin*, pudo constatar su intensa actividad intelectual. Era una verdadera

colmena en la cual cada uno actuaba en la medida de sus fuerzas. Había una treintena de no violentos que preconizaban la resistencia pasiva a la guerra, el rechazo a tirar sobre “seres humanos, criaturas de Dios”. Las discusiones estallaban casi todos los domingos entre ellos y el comandante Golikov (...).

Si se examina la personalidad de los marinos, se destaca que había entre ellos hombres brillantes, cuyas posibilidades de jugar un rol eran obstaculizadas por las condiciones sociales y políticas del país. Entre ellos, Nikichkin, verdadero tribuno popular, ejercía una gran influencia sobre sus camaradas (murió heroicamente en Feodosia). Dotado de un gran talento de orador, impregnado de este idealismo religioso profundamente enraizado en las masas populares, sobre todo en el campesinado y que aún no es alcanzado por el escepticismo superficial, poseyendo una notoria memoria, adornaba sus discursos con citas. Lanzó la moda de un estilo de discurso que comenzaba con un extracto del Evangelio y terminaba con un himno revolucionario.

Zvenigorodsky, aprendiz mecánico de la escuela práctica, era de otro tipo; hijo de un periodista, él mismo hacía periódicos donde describía las miserias y los sufrimientos de los marinos y se los leía a sus camaradas. Es gracias a su acción que numerosos marinos, como Reznichenko, por ejemplo, se convirtieron en revolucionarios. “Discutimos frecuentemente durante horas enteras –me contó este último– observando la superficie lisa del mar”. Más allá de estos dos personajes, había toda una serie de líderes activos, Matiuchenko, Reznichenko, Kurilov, Dymchenko, Makarov y muchos otros. Discutían los acontecimientos que agitaban a toda Rusia. Una de las consecuencias de la guerra ruso-japonesa fue indudablemente la emergencia de una vida social y de una opinión pública (...). Las aflicciones, la humillación y los sufrimientos comunes acercaron a la flota y al ejército al pueblo (...). Una vez, Nikichkin leyó un extracto de la pieza de Gorky, *Los bajos fondos*, en la cual uno de los habitantes del cabaret de Vassilissa proclama un discurso revolucionario: “Vuestra ley, vuestra verdad, vuestra justicia, no son las nuestras”, etc. Nikichkin diseminaba sus lecturas en los rincones y escondites del navío y sus auditores se animaban de un sentimiento común. Pasaban de la palabra a los actos: las protestas colectivas se volvían cada vez más frecuentes. Se las preparaba a la tarde antes de acostarse. A pesar de las órdenes del oficial de guardia los marinos, reunidos en la playa detrás del navío para la plegaria, se negaban a dispersarse y comenzaban a discutir en voz baja; luego uno de los más valientes levantaba la voz y lanzaba consignas. Cuando habían dicho todo, los marinos se dispersaban.

Es en la tarde del 3 de noviembre que, por primera vez, la protesta de los marinos toma un carácter amenazante de rebelión³. Las ventanas del cuartel, las lámparas del patio, los departamentos de los oficiales fueron saqueados en un instante. Los oficiales corrieron a esconderse en todos los lugares posibles y lograron esquivar la cólera de los marinos. Los soldados que habían sido llamados de los cuarteles vecinos, se negaron a disparar. Los marinos y los suboficiales del Pamiat' Merkuria llegaron finalmente, después de algunas salvas, a dispersar los motines (...). Los incidentes estallaron cada vez más frecuentemente en los navíos (...). Los marinos del *Catherine II* amenazaron con hundir el barco si no se pagaba el mismo sueldo que durante la guerra. Las tripulaciones de todos los navíos apoyaban esta exigencia. Ganaron, así como con la calidad del pan. Los marinos revolucionarios eran en general los que iniciaban estas acciones. Cada éxito fortalecía su influencia.

Pero la guerra era el estimulante más vivo para los marinos. Había puesto al desnudo las innumerables carencias del ejército y de la flota que los marinos imputaban a la incapacidad y cobardía de los "jefes". Los oficiales habían perdido toda autoridad y no inspiraban ningún respeto ni temor. Los marinos, habían comprendido que la acción resuelta lleva a la victoria y comenzaron a ser audaces. Los actos de insubordinación se hicieron cada vez más numerosos y eran abiertamente apoyados por todos.

Es en esta atmósfera donde soplaba el viento de la revuelta y donde de la disciplina se hizo añicos, que nació la idea de la sublevación general. ¿Dónde, cuándo y por qué, la idea fue lanzada por primera vez? Como toda idea verdaderamente popular, sin duda no fue lanzada voluntariamente por alguien preciso sino que surgió espontáneamente, en el ambiente de esperanza que reinaba en el navío. Ya, el 3 de noviembre, los marinos habían preguntado al partido socialdemócrata si no había llegado el momento de transformar la rebelión en movimiento organizado. El comité había aconsejado esperar un momento más favorable. La idea de una intervención revolucionaria había emergido desde hacía un año. Más tarde, a principios de este año, frente al anuncio de un pogromo judío perpetrado por la policía de Sebastopol, 150 marinos armados se dirigieron a la ciudad y se unieron a los obreros para defender a los judíos.

Los acontecimientos del 8 al 12 de enero (1905) en Petersburgo provocaron una gran emoción entre los marinos (...). La "central de los marinos" —el comité central dirigido por representantes de los marinos

³ Se trata del 3 de noviembre de 1904.

de todos los navíos— se puso a elaborar seriamente un plan de sublevación. Esto no era fácil. El proyecto suscitaba una afluencia de cuestiones concretas: ¿qué comportamiento adoptar con los oficiales? ¿Se los debía ejecutar o detenerlos? ¿Cuáles serían las consecuencias de la sublevación según quién gane o quién sea abatido? ¿No dislocaría a Rusia? Cada marino daba su punto de vista. En una carta dirigida al comité de Sebastopol (...) la tripulación del *Potemkin* pedía una respuesta a todas las cuestiones que provocaban dudas. Sin embargo, la derrota de Tsushima, el anuncio de la masacre de 40 marinos de la escuadra Niebogotov cerca de Shangai (aparecido en un periódico ruso) pusieron al límite la paciencia de los marinos. Decían: “Si se debe morir, también que sea por liberar a Rusia, antes que ser muerto por los oficiales o los japoneses”. Y la idea de la sublevación ganaba todos los días más partidarios.

Aquí se planteaba una cuestión: ¿cuántos marinos del *Potemkin* estaban comprometidos en el complot? Al menos la mitad, se me respondió. En efecto, los marinos revolucionarios no guardaban su plan secreto; sólo mantenían las precauciones elementales. Este es un hecho que revela su audacia: los oficiales de un pequeño navío —del cual silenciamos su nombre— iban un día a la ciudad para asistir a un casamiento: durante este tiempo, los marinos realizaron un mitin a bordo (...). Es muy probable que los oficiales supieran lo que se preparaba. Se sabía que había una treintena de delatores entre los marinos. ¿Pero cómo dismantelar este plan? ¿A quién detener? No se llegaba a descubrir a los miembros del comité revolucionario del *Potemkin* (...).

El comandante del *Potemkin* fracasó en todas sus tentativas de restablecer la disciplina a bordo a través de medidas tradicionales, ridículas e ineficaces (...). Se buscaba impedir que se reunieran los marinos; se les prohibía incluso la lectura de los periódicos y revistas, y era difícil obtener un permiso para ir a la ciudad. Golikov, que antiguamente pasaba la noche fuera del navío, no lo abandonó más: inspeccionaba las cabinas para verificar el empleo del tiempo de los marinos: “¿Por qué esta hamaca está vacía? ¿Quién es el marinero X? —Está de guardia”, respondía el vecino, mientras que el marinero X discutía en su escondite con un camarada. Estas medidas draconianas avivaban las protestas. Hubo una, particularmente fuerte, en los dos o tres días antes de la Trinidad. Golikov creyó poder ponerle fin pronunciando durante la fiesta un discurso sobre la disciplina. Contó cómo la revuelta, veinte años antes, a bordo del *Svetlana* donde se encontraba, había terminado con numerosas ejecuciones. “Eso es lo que les espera a aquellos que olvidan la disciplina”, lanzó (...). Después de la derrota de Tsushima, tales palabras eran de una gran ligereza. El hecho de aprender los riesgos

que corrían permitía a los marinos vencer su miedo a las consecuencias de una revuelta. ¿Pero qué podría hacer un lamentable comandante? Como todo buen soldado del absolutismo, defender por todos los medios a la vieja Rusia. Frente a la dificultad de la tarea, Golikov, como los otros, perdía la cabeza y sólo aceleraba el proceso. Por otro lado, él mismo estaba convencido de su propia impotencia: “El veneno revolucionario se expande en el barco incluso entre los suboficiales”, dijo un día a un oficial de gendarmería. Toda tentativa de extirpar la revolución terminaba con un fracaso (...).

Reznichenko cita un ejemplo significativo: “Estábamos a punto de comenzar la reunión cuando llegó una patrulla comandada por un oficial. Quería detenernos. Uno de nosotros se aproximó a él y después de saludarlo, le preguntó: “¿Qué le importa lo que hacemos aquí? –¡Les ordeno dispersarse! –¿Por qué? –Porque yo se los ordeno –¡Pero no hacemos nada criminal! –Dispérsense o doy la orden de tirar –Nadie le obedecerá. Hoy, yo estoy de este lado, pero mañana puedo estar en vuestra patrulla y, si usted da la orden de tirar, yo tiraré sobre usted primero”. El oficial dio marcha atrás sin decir una sola palabra. Los marinos cambiaron de lugar y retomaron la reunión. Baranovsky, el comandante del *Pruth*, hizo, a propósito de estas reuniones, un discurso en el cual acusó a los judíos de ser los instigadores de los desórdenes en la flota. Añadió que no dudaría en decretar la pena de muerte contra todos aquellos que participaran en los complots con los socialistas. Algunos días más tarde aparecía una proclama de los marinos: “Tu has dicho la verdad. Sabemos que eres un verdugo. Está próximo el día en que no dudaremos en estrangularte. La hora de pagar llegará”.

Algunas semanas más tarde, Baranovsky era detenido por los marinos y Golikov caía, víctima de la obstinación del absolutismo.

LLAMADO DE LA UNIÓN DE LOS FERROCARRILES DE RUSIA¹

A todas las estaciones, organizaciones y direcciones de los ferrocarriles de Rusia, a todos los empleados, artesanos y obreros:

¡Camaradas! El gobierno, que retrocedió bajo la presión de la huelga general de octubre y publicó el 17 de octubre el manifiesto imperial sobre la libertad de palabra, reunión, asociación y sobre el respeto a la persona, reniega en este momento de su propio manifiesto;

En lugar de la libertad de palabra, cierra los mejores periódicos; en lugar de la libertad de reunión, dispersa las reuniones;

En lugar de libertad de asociación, amenaza con encarcelar a aquellos que participen en el sindicato de los ferroviarios y del correo y telégrafo;

En lugar del respeto de la persona, detiene al consejo de diputados obreros de Petersburgo, a los miembros de la unión campesina de Moscú y a otros ciudadanos en las regiones de Rusia;

Echa a cientos de miles de obreros de las fábricas a la calle, reprime a los campesinos hambrientos con la ayuda de los oficiales y las ametralladoras, cita ante el tribunal militar a los soldados y marinos rebeldes.

¡Camaradas! Cada uno de nosotros comprende que sin estas libertades y sin nuestras organizaciones sindicales, nuestra situación económica y jurídica no sólo no va a mejorar, sino que incluso va a empeorar. El gobierno está al borde de la bancarrota y nos arriesgamos incluso a perder lo que depositamos en las cajas de jubilaciones y ahorro. Prohibiendo y violando las libertades proclamadas en el manifiesto del 17 de octubre, el gobierno se vuelve él mismo “sedicioso”: por ello los “facciosos” no son aquellos que luchan por la libertad, sino el gobierno que viola las leyes que él mismo promulgó.

¡Camaradas! No se puede tener más paciencia. El gobierno nos provoca para un nuevo combate. ¡Que sea así! El gobierno criminal de Petersburgo toma toda la responsabilidad por las consecuencias.

¹ Traducción del francés de la versión publicada en *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 53.

La conferencia de los diputados de 29 líneas de ferrocarril, en acuerdo con el buró central del Sindicato de los ferrocarriles de Rusia, se une a las decisiones de los consejos de diputados obreros de Petersburgo y Moscú y decreta la huelga general política a partir del 7 de octubre; decretando esta huelga, nos encargamos del retorno de las tropas de Manchuria y llevaremos a estas tropas a Rusia mucho más rápidamente de lo que lo haría el gobierno. Haciendo esto, nos dirigimos a nuestros hermanos, los soldados de Manchuria para que, durante su trayecto en ferrocarril, ayuden a nuestras organizaciones y hagan respetar a las medidas de orden que nosotros hemos dispuesto. Haremos llegar a los pasajeros, sorprendidos en la ruta por la huelga, a la ciudad más próxima en el sentido de su itinerario. Por otro lado, tomaremos todas las medidas necesarias para el transporte del trigo para los campesinos hambrientos y el aprovisionamiento para los camaradas de la línea.

No hay nada más que esperar del antiguo gobierno: él ya vivió. Sólo la Asamblea Constituyente, elegida bajo los principios del sufragio universal, igualitario, directo y secreto, hará salir a Rusia de la situación en la que la puso este gobierno criminal. Y en tanto exista la ley marcial y la vigilancia reforzada, en tanto sean amenazadas la libertad de palabra, de prensa, de reunión y de asociación y el respeto de la persona, la huelga general política no puede terminar, ella debe continuar.

Adelante, camaradas, todos juntos por el combate por la liberación de todo el pueblo. No estamos solos ¡El proletariado de las ciudades, el campesinado laborioso y la parte consciente del ejército y de la flota ya se sublevaron por la libertad del pueblo, por la tierra, para imponer nuestra voluntad!

*La conferencia de diputados de 29 líneas del ferrocarril
y el buró central del Sindicato de los ferrocarriles de Rusia
(Borba N° 9, 7 de diciembre de 1905)*

LLAMADO DEL CONSEJO DE LOS DIPUTADOS OBREROS Y DE LOS PARTIDOS REVOLUCIONARIOS DE MOSCU¹

6 de diciembre de 1905

A todos los obreros, soldados y ciudadanos.

¡Camaradas obreros, soldados y ciudadanos! Desde que el 17 de octubre, la clase obrera arrancó por la fuerza al gobierno zarista la promesa de diferentes libertades y un “real” respeto de la persona, lejos de cesar, las extorsiones del gobierno se fortalecieron y la sangre continúa corriendo.

Las reuniones libres donde se expresa la libertad de palabra son dispersadas por las armas y las organizaciones sindicales y políticas son duramente reprimidas.

Ya se prohibió a los periódicos libres por decenas.

La huelga puede ser castigada con prisión. Y el respeto de las personas, de los ciudadanos rusos es ridiculizado por extorsiones que hacen correr el frío por la espalda.

Las prisiones se llenan nuevamente de combatientes por la libertad.

Regiones y gobiernos enteros están sometidos a la ley marcial.

Se maltrata sin piedad y se fusila a los campesinos pobres.

Se deja pudrir en prisión a los marinos y soldados que no quieren ser fraticidas y que adhieren a la causa de su pueblo, se los masacra o se los tira al mar.

¡Con toda la sangre y las lágrimas que hizo correr en octubre, se podría sumergir al gobierno, camaradas!

Pero es con un odio particular que el gobierno zarista atacó a la clase obrera: después de haber hecho un acuerdo con los capitalistas, echa a la calle a cientos de miles de obreros, los condena a la miseria y al hambre. Encarcela a decenas, por centenas, a los diputados y dirigentes de los obreros.

¹ Texto adaptado por Catherine Dorey. Traducción de la versión publicada en *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 54.

Amenaza con tomar medidas de excepción contra los representantes del Partido obrero socialdemócrata y el Partido de los socialistas revolucionarios. Reorganizó los batallones de Centurias Negras y prepara nuevos crímenes en masa y pogromos.

El proletariado revolucionario no puede sufrir por mucho tiempo más extorsiones del gobierno y le declara una guerra decisiva y sin cuartel.

¡Camaradas obreros! Nosotros, diputados electos por ustedes, comité de Moscú, organización del distrito de Moscú del Partido socialdemócrata de Rusia y comité de Moscú del Partido de los socialistas revolucionarios, declaramos la huelga general política y llamamos el miércoles 7 de diciembre a las 12 horas a detener el trabajo en todas las fábricas y plantas, en todas las empresas de la ciudad y del gobierno.

¡Viva la lucha sin cuartel contra el gobierno criminal del zar!

¡Camaradas soldados! Ustedes son nuestros hermanos de sangre, los hijos de nuestra madre común, la Rusia mártir. Ustedes ya tomaron consciencia y lo confirmaron participando en nuestra lucha. Ahora que el proletariado declara al odiado enemigo, el gobierno zarista, una guerra decisiva, actúen también con coraje y resolución. Niéguense a obedecer a vuestros jefes sanguinarios, agárrenlos y deténganlos, elijan entre ustedes a los dirigentes seguros y únense, con las armas en la mano, al pueblo sublevado. Con la clase obrera, combatan por la dispersión del ejército permanente y el armamento del pueblo, por la supresión de los tribunales militares y la ley marcial.

¡Viva la unión del proletariado revolucionario y del ejército revolucionario!

¡Viva la lucha por la libertad común!

Y ustedes, ciudadanos que aspiran sinceramente a la libertad, ayuden a los obreros y los soldados insurgentes por todos los medios, por vuestra participación personal y por la acción común. El proletariado y el ejército se baten por la libertad y felicidad de toda Rusia y de todo el pueblo. ¡Es el futuro de Rusia el que está en juego! ¡La vida o la muerte, la libertad o la esclavitud! Uniendo nuestras fuerzas, derrocaremos finalmente al gobierno criminal del zar, convocaremos a la Asamblea Constituyente sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto y estableceremos la república democrática, la única que nos puede garantizar la más amplia libertad y un real respecto a la persona.

¡Adelante por el combate, camaradas obreros, soldados y ciudadanos! ¡Abajo el gobierno criminal del zar! ¡Viva la huelga general y la insurrección armada! ¡Viva la Asamblea Constituyente! ¡Viva la república democrática!

El consejo de los diputados obreros de Moscú

El comité de Moscú²

El grupo de Moscú³ del POSDR

La organización del distrito de Moscú

El comité de Moscú del Partido de los socialistas revolucionarios

² El comité de Moscú y la organización del distrito de Moscú del POSDR siempre fueron organismos bolcheviques del partido.

³ El grupo de Moscú del POSDR, que existió hasta el Congreso de Estocolmo, era una organización de los mencheviques.

LA HUELGA DE LOS CORREOS RUSOS EN 1905¹

N. A. Ivanov y V. V. Chelajaiev

HUELGA, SINDICATO Y SOVIET

El correo y telégrafo empleaba 50.800 personas en 1904, funcionarios divididos en 6 categorías² y “empleados inferiores” (carteros, recaderos y guardias). Los altos funcionarios que formaban el encuadramiento (alrededor del 3% del conjunto de los funcionarios), estaban ligados más estrechamente al aparato de Estado y a la burguesía, pero las condiciones de existencia de la gran mayoría estaban próximas a las de la clase obrera. Generalmente eran reclutados en su propio medio o en la pequeño burguesía, sobre todo urbana. El gobierno se esforzaba en mantener cierto espíritu de casta hacia los funcionarios y de no reclutar más que elementos seguros.

CONDICIONES DE TRABAJO AGOBIANTES Y SALARIOS MISERABLES

Lenin había destacado la explotación extrema sufrida por estos empleados. A las operaciones postales propiamente dichas se habían agregado, a partir de 1885, el funcionamiento del telégrafo y luego, a comienzos del siglo XX, las operaciones de ahorro. El tráfico estaba en constante aumento, nuevos aparatos (el telégrafo Hugues) exigían una atención constante. A esta intensificación del trabajo se agregaba, a menudo, una extensión de la jornada de trabajo, de 12 a 14 horas (a veces incluso de 16 a 18 horas) según el volumen de correspondencia a tratar. Las guardias de noche eran corrientes.

En cuanto al salario, era extremadamente bajo: 36 rublos 75 kopecks por mes para los funcionarios de 5º categoría, de 28 rublos a

¹ Extractos realizados por el CERMTRI de N. A. Ivanov y V. V. Chelajaiev, *Voprossy Istorii*, 1977. Traducción del francés de *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 26, CERMTRI, París, marzo de 2005, pág. 43.

² En ruso, *Ichinovkik*. En 1722, Pedro I instaura un sistema que une nobleza y servicio del Estado: todo noble está afectado al servicio del Estado (en la administración, el ejército o en la corte) y los empleos del Estado están estrictamente jerarquizados según la “tabla de rangos”, dividida en 14 grados (*tchin*): incluso el grado más bajo da acceso a la nobleza (para su detentor), a partir del 8º grado, a la nobleza hereditaria: la condición miserable de los funcionarios más modestos fue inmortalizada por Gogol en *El Capote*.

24 rublos con 50 para los de la 6ª categoría (categorías a las que pertenecían en 1905 el 78% de los funcionarios). Los carteros ganaban de 12 a 33 rublos por mes. Lenin hacía notar que “los empleados menos pagos tenían literalmente un salario de hambre”. Además, no tenían vacaciones pagas ni licencias por enfermedad, y no tenían derecho a una jubilación más que después de 50 años de servicio.

El ministerio de Correos tenía funciones de policía (control de la correspondencia, copia, fotografía, confiscación de cartas y telegramas) lo que indignaba a una parte de los empleados.

LAS REIVINDICACIONES

La revolución que comenzaba favoreció la radicalización de los elementos más conscientes. Amplias capas se pusieron en movimiento en el marco de una campaña de peticiones. Según datos incompletos, entre marzo y mayo de 1905, los empleados de 16 ciudades redactaron peticiones a su dirección local y a las autoridades, pensando aún poder mejorar su situación material y sus derechos por vías “legales”. Este movimiento ya era un paso adelante. Esta campaña de pedidos ayudó a elaborar reivindicaciones unidas, a tomar consciencia de los intereses comunes. Estas contemplaban la disminución de la jornada de trabajo (a 6 horas para los telegrafistas y a 8 horas para los empleados de correos), el aumento de salarios (50% sobre el salario básico y 30% sobre los subsidios de vivienda, el alineamiento de los salarios más bajos con el de los carteros, la supresión de multas), los seguros sociales (un mes de licencia anual, ayuda médica gratuita, limitación de la antigüedad a 25 años, suba de las jubilaciones), la modificación del derecho de trabajo (introducción de una progresión a la antigüedad, limitación de la arbitrariedad de los superiores, etc.).

Varios comités del POSDR difundieron volantes específicos dirigidos a los empleados de correos y telégrafo, a Irkutsk (en marzo), Moscú (en mayo), Karnov (en junio), Letonia, etc. Mientras apoyaban las reivindicaciones económicas de los empleados, los bolcheviques las ligaban a las consignas políticas de lucha contra la autocracia, de convocatoria a una asamblea constituyente, de instauración de una república democrática, y, también, al objetivo último de la clase obrera, a la lucha por el socialismo. Estos volantes, denunciaban la política del gobierno y de la burguesía, explicaban la insuficiencia de las formas legales de lucha, llamaban a la huelga general y a la lucha armada.

LA HUELGA GENERAL DE OCTUBRE DE 1905

Con los empleados ferroviarios, del comercio y de la industria, de los transportes urbanos, administraciones, muchos empleados de

correos y telégrafos tomaron parte activa en la gran huelga política nacional de octubre de 1905, sobre todo en Moscú, Samara, Vilno, Irkutsk, Nijni Novgorod, etc. Los obreros hicieron mucho para arrastrar a los empleados de correos a la huelga. En Moscú, los empleados del correo central y del telégrafo participaron en reuniones comunes con los obreros y los empleados ferroviarios y les pidieron que los ayudaran a organizar la huelga. En Samara, las manifestaciones hicieron parar el trabajo en los locales del correo y en Sormovo, el trabajo del telégrafo fue interrumpido con la ayuda de los obreros de la fábrica de Sormovo.

Diferentes categorías de empleados, de obreros de pequeñas empresas formaron sus sindicatos rápidamente. A menudo incluso antes que los obreros de las grandes empresas.

LA FORMACION DEL SINDICATO

El centro de constitución del sindicato de correos fue Moscú, en donde, desde 1902, existía en el correo central un grupo clandestino de empleados dirigido por el cartero bolchevique V. Muraviev. El sindicato nacional de ferroviarios (BJC) también desempeñó un papel importante, su programa y sus estatutos sirvieron de modelo al sindicato de correos. En julio de 1905 se constituyó un grupo clandestino para la organización del sindicato y, en agosto, una oficina provisoria. Durante la huelga de octubre, el 14, una oficina central del Sindicato Nacional de empleados de correos y telégrafos fue elegida luego de un mitin de trabajadores de las comunicaciones; el 22 de octubre, se adoptaron el programa y el estatuto del sindicato, publicados en el periódico *El correo de la tarde*, y difundidos por discusión en todas las localidades. Se anunciaba que había que elegir pronto delegados al congreso que tendría lugar los primeros quince días de noviembre.

El llamado a la formación de un sindicato fue bien acogido, y, según datos incompletos, contaba con 46.000 miembros a partir del otoño. La dirección moderada del sindicato sobrestimaba visiblemente el manifiesto zarista del 17 de octubre, que prometía un cierto número de libertades y la creación de una Duma (Asamblea).

Esta apeló varias veces al gobierno zarista, esperando mejorar la situación de los empleados en el marco de la ley. El gobierno declaró que la libertad de sindicalización proclamada en el manifiesto no se extendía a los empleados del Estado, y que aquellos que se sindicalizaran se exponían a ser despedidos. El congreso fue prohibido y los miembros activos del sindicato, despedidos.

Los empleados comprendieron que era necesaria una actitud más decidida. Le tomaron prestada a la clase obrera la idea de la huelga,

habiendo quedado demostrada en la práctica la eficacia de la huelga de masas revolucionaria. A fines de octubre, fue incluida en el proyecto de estatuto del sindicato.

A principios de noviembre de 1905, los empleados comenzaron a pronunciarse cada vez más a favor de la medida en los mítines de varias ciudades. Tomando en cuenta el nuevo estado de ánimo, la dirección del sindicato llamó a prepararse para la huelga y la puso en el orden del día del congreso nacional, convocado en Moscú el 15 de noviembre. El congreso debía discutir la fecha de la huelga, su organización, su carácter, los contactos con los otros sindicatos y los partidos.

Las medidas represivas del gobierno aceleraron el movimiento. Al haber aprendido sobre el despido de los miembros activos, la dirección del sindicato envió en la mañana del 15 de noviembre un telegrama a Witte, amenazando llamar a la huelga si no eran reintegrados. Al no recibir respuesta de Witte en el transcurso de las 12 horas acordadas, el congreso llamó a todos los empleados de correos y telégrafos a parar. En la víspera, el 14, había comenzado la huelga en Irkutsk, Chita, Omsk.

15 DE OCTUBRE: LA HUELGA

La huelga tuvo un carácter general. La movilización revolucionaria en el país, el ejemplo de la huelga de octubre, la creciente organización de los empleados en el sindicato favorecieron el movimiento. El hecho de que la red de correos y telégrafos formara un todo, que los empleados tuvieran un único empleador, empujaba también al personal a unificar su movimiento. La huelga afectó las oficinas de correo y telégrafo de 227 ciudades de Rusia, numerosos centros postales en los ferrocarriles y en el ejército. Según datos muy incompletos de la dirección central de correos y telégrafos, en noviembre-diciembre de 1905, 9.667 empleados estaban en huelga en 28 circunscripciones postales (o sea, el 66% del personal de esas circunscripciones). Los telegrafistas, sobre todo los que aseguraban el funcionamiento del telégrafo Hugues, tomaron parte activa en la huelga. A menudo, desempeñaban un papel dirigente en los comités de huelga, en la organización de servicios de orden. Los funcionarios más modestos, en particular, los carteros, también manifestaron mucha determinación y obstinación en la lucha. En el correo central de San Petersburgo, había 29,4% de huelguistas (317 personas), pero los empleados de rango inferior estaban todos en huelga. En Orlov, había 36,6% de huelguistas, en su mayoría de rango inferior. En Riga, la huelga era casi total, salvo entre los empleados de rango superior. Lo mismo ocurría en Libau, Mitav, Revel y otras ciudades de los Países Bálticos. Los funcionarios de rango superior en

general eran hostiles a la huelga y formaban el núcleo de rompe huelgas. Pero en algunos casos, participaban en la huelga e incluso la dirigían, como en Jarkov y Odesa.

Localmente, la huelga estaba dirigida por los comités sindicales locales o por comités formados especialmente siguiendo el ejemplo de los comités de huelga obreros. Hubo comités de huelga en San Petersburgo, Moscú, Orlov, Briansk, Odesa, Jarkov, Samara, Ekaterinoslav, Irkutsk, Novorossiisk, Riazan y muchas otras ciudades.

UN CONGRESO FUNDADOR

La dirección común de la huelga se esforzó por realizar un congreso, establecerlo y desarrollar las reivindicaciones, concretar los objetivos de la huelga, organizar la ayuda a los huelguistas; se creó una comisión especial para repartir esta ayuda. Sin embargo, esta “dirección común” era limitada. Localmente, los acontecimientos se desarrollaban en función de las condiciones locales. No obstante, esta tentativa de coordinar el movimiento a escala de todo el país era importante. Al mismo tiempo, la huelga influenció directamente los trabajos del congreso.

Se sabe muy poco sobre la composición social y la pertenencia política de los participantes al congreso, pero parece que la mayoría eran funcionarios de rango superior. El presidente, Parfenenko, era un funcionario de segundo rango, el presidente del comité de Moscú, Miller, un empleado de expedición. Un miembro de la dirección, Dvujilnii, era ingeniero electricista; un miembro de la dirección electo por el congreso, Udalov, era cartero. Entre los miembros de la dirección provisoria, Massanov y Simiguin eran socialdemócratas, Parfenenko, Povj y Akimov defendían las posiciones del SR, Dvujilnii era más bien liberal.

La representación en el congreso debía asegurar una igualdad ejemplar entre los funcionarios de rango superior e inferior; no debía haber más de cuatro delegados por provincia: dos debían ser de rango inferior o cartero y dos (sobre un total de cuatro) representar a un establecimiento importante. Había 109 delegados al congreso, entre ellos 85 funcionarios y 18 carteros.

DOS TENDENCIAS

Entre los delegados, había socialdemócratas, SR, algunos liberales, pero la mayoría no pertenecía a ningún partido y su posición no estaba determinada de antemano. En el curso de las sesiones del congreso, asomaron dos tendencias: una tendencia moderada, que quería limitarse a las cuestiones económicas e incluso, después de iniciada la

huelga, seguir estando en el marco del manifiesto; y una tendencia revolucionaria, que ligaba la lucha económica a la solución de las principales cuestiones políticas, que quería actuar activamente contra el gobierno y unirse a la clase obrera. Esta última tendencia se fortaleció en el transcurso del congreso y, en definitiva, ejerció una influencia decisiva. Este proceso de radicalización fue bastante rápido bajo la influencia de tres elementos: el impulso desde abajo de los empleados en huelga, que habían tenido un papel activo durante el transcurso de ésta y habían elaborado reivindicaciones más radicales; la influencia de la clase obrera y la del Partido Bolchevique; y las medidas represivas del gobierno.

En el programa y los estatutos del sindicato, las reivindicaciones adelantadas durante la campaña de peticiones fueron generalizadas, desarrolladas y concretizadas. El programa planteaba la cuestión de la instauración de una remuneración mensual mínima (50 rublos para los funcionarios, 30 rublos para los empleados peores pagos, 25 para los becarios) y un aumento de la antigüedad, cada tres años. Se reivindicaba una seguridad social estatal, la supresión de los grados, de los signos distintivos, de los uniformes, el mejoramiento del nivel cultural de los empleados. Es significativo que los trabajadores de este sector hayan relacionado el mejoramiento de su situación material y el del servicio de correos y telégrafos en su conjunto, lo que era imposible sin una democratización general de todo el sistema social, económico y político del país. En el programa estaba incluida la convocatoria inmediata a una Asamblea Constituyente, y en los estatutos, la exigencia del establecimiento de una república democrática en Rusia. Los delegados consideraban necesario luchar por la realización efectiva de los derechos de reunión, de sindicalización, de huelga, de libertad de palabra, de prensa, de inviolabilidad de la persona y del domicilio. Dos resoluciones exigían la supresión de la censura sobre el correo y la prensa.

Un llamado adoptado al congreso el 21 de noviembre afirmaba que la huelga era, de hecho, dirigida contra el gobierno, y que la victoria de los empleados de correos y telégrafos era la del pueblo.

OBREROS Y EMPLEADOS CODO A CODO

Un servicio de orden obrero montaba guardia en los centros postales, ayudando a alejar a los rompeshuelgas. En toda una serie de centros industriales, los empleados de correos y telégrafos habían establecido un contacto permanente con los obreros de las principales empresas, en Nijni-Novgorod con los obreros de la fábrica Sormov y de la fábrica Dobrov, en Jarkov con los de la fábrica de locomotoras y de la fábrica Guelfer-Sade; en

Briansk con los de la fábrica de rails Bejiks; en Perm, seis dirigentes de la huelga de correos y telégrafos que habían sido arrestados fueron liberados después de que los obreros de la fábrica Motovilijinski amenazaran con hacer huelga para obtener su liberación. Los obreros textiles de Moscú decidieron boicotear las empresas que enviaban rompohuelgas a los centros postales. En Ekaterinoslav, en donde el director de correo había decidido inculpar a los huelguistas, el gobernador tuvo que anular esta decisión, reconociendo que era apresurada “en razón de la excitación de los obreros”.

También se establecieron relaciones con los ferroviarios (en Gomel, Poltava, Ekaterinoslav, Rostov en el Don, Jarkov, etc.). En Vologda, hubo mítines comunes.

En regla general, la atmósfera en los mítines era más decidida y combativa que en el congreso. La resolución adoptada el 25 de noviembre en el mitin de los empleados de correos y telégrafos de Moscú afirmaba que “se unían a la lucha de toda la clase obrera por la liberación total (...), estaban profundamente convencidos de que sólo la acción unida de todos los explotados, de todos los trabajadores, puede poner fin a todas las formas de opresión y de explotación”. La resolución del 28 de noviembre subrayaba: “toda la clase obrera está de nuestro lado”, y decía en su llamamiento: “¡Viva la unión de toda la clase obrera! ¡Abajo el gobierno!”.

LAS RELACIONES ENTRE EL SINDICATO Y LOS PARTIDOS

El congreso estaba más dividido. Después de largas discusiones, decidió no apoyar totalmente las posiciones de ningún partido y de dejar a los diversos grupos en libertad de constituirse con la condición de adoptar como mínimo el programa político y profesional del sindicato. En su actividad social y política, el sindicato podía prescindir de los acuerdos de unidad de acción con las otras organizaciones (partidos, sindicatos) si éstas no se oponían a su programa. Así, el congreso se situaba en oposición con las organizaciones monárquicas-burguesas como la de los cadetes y afirmaba la posibilidad de unirse con los partidos y los sindicatos que exigían la convocatoria de una Asamblea Constituyente y de una república democrática. Es característico que el congreso le haya dado a los comités locales el derecho de entrar en relación solamente con las organizaciones proletarias.

¿Cuáles fueron las consecuencias prácticas de estas posiciones? Se sabe que hubo lazos con el sindicato nacional de ferroviarios en la persona de Bogdanov, Alexandrov, Vorobiev, con el comité de huelga de Moscú, que, surgido durante la huelga de octubre, contaba con miembros de diversos

orígenes, incluidos liberales de izquierda. Pero la influencia de los liberales estaba paralizada durante la huelga, les era necesario permanecer a remolque de las organizaciones revolucionarias para no perder la confianza de las masas y comprometerse ante los ojos de los demócratas pequeño burgueses. Es interesante citar la intervención del ala izquierda del comité de huelga de Moscú en la sesión del congreso del 16 de noviembre: “La unión y el armamento del proletariado, son nuestros medios, el socialismo, es nuestra bandera... Viva el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, bajo la dirección del cual lucha el proletariado”.

Los representantes de la corriente moderada del sindicato consideraban que era indispensable mantenerse “por fuera de los partidos políticos unidos en el comité de huelga” y multiplicaba los esfuerzos por adherir a la Unión de las uniones. Pero el 20 de noviembre, el congreso rechazó esta propuesta, calificando a la Unión de las uniones como organización burguesa, que no respondía a los intereses de la clase trabajadora. Todo lo que pudieron obtener Dvujilnii y sus compañeros de ideas fue que, sin adherir a la Unión, se delegue un diputado con voz consultiva para que las decisiones de la Unión no sean obligatorias para los empleados de correos y telégrafos.

LOS LAZOS DEL SINDICATO Y DEL SOVIET

Es con el soviet con quien el sindicato estableció los lazos más sólidos y sistemáticos, reconociendo su rol dirigente.

Es el comité de San Petersburgo quien estableció el primer contacto con el soviet; cinco de sus representantes fueron miembros de él, de los cuales tres participaron del comité ejecutivo. En San Petersburgo, el soviet aportó una ayuda activa y dirigió, de hecho, la huelga de correos y telégrafos. La sesión del soviet del 19 de noviembre fue consagrada casi enteramente a esta huelga: hubo un informe sobre su desarrollo, se adoptó un llamado a los telegrafistas de los ferrocarriles, llamándolos a unirse a la huelga, etc. El soviet redactó los llamados, organizó los mítines y envió a ellos representantes, ponía locales a disposición, daba instrucciones para el cierre de los centros (habitualmente con la ayuda de los obreros de las fábricas vecinas) y para la eliminación de los rompeshuelgas. El soviet exigió de la empresa Guerard Guei, que había tomado la iniciativa de organizar la expedición del correo por vía férrea, que cese el transporte de correo gubernamental. El soviet también ayudaba a los huelguistas financieramente. En la sesión del 19 de noviembre les otorgó 2.500 rublos; además, se constituyó un fondo de huelga. El soviet constituyó una comisión especial de ayuda a los huelguistas, en la que participaban representantes de los partidos revolucionarios.

El 16 de noviembre, diputados del soviet de San Petersburgo tomaron la palabra en el congreso nacional de empleados de correos y telégrafos. Su propuesta de formar parte del soviet, porque “está a la cabeza del movimiento de liberación, y, para obtener la derrota completa del antiguo régimen, hay que marchar codo a codo con esta poderosa organización” obtuvo amplio apoyo. Se adoptó una resolución por unanimidad para “unir a la organización nacional de la clase obrera al soviet de diputados obreros reunido en ese momento en San Petersburgo y a sus secciones locales”.

El soviet de Moscú le dio gran atención a la huelga de los empleados de correos y telégrafos. En la sesión del soviet del 5 de diciembre, en donde se discutía la cuestión del llamado a la huelga general, asistió un representante del congreso de los empleados de correos y telégrafos. Lo mismo sucedió en muchos soviet locales. La huelga de los empleados de correos y telégrafos estaba en el orden del día de las sesiones del soviet de Odesa del 24 de noviembre y del 6 de diciembre. El 6 de diciembre, un representante permanente de los empleados de correos y telégrafos fue electo en el soviet. En Novorossiisk, el comité de huelga de los empleados de correos y telégrafos colaboraron desde el principio de la huelga política de diciembre.

En Taganrod, los empleados de correos y telégrafos dirigieron una queja al soviet, porque su dirección los amenazaba con despidos y con privar del salario a los participantes de la huelga. El soviet de la ciudad exigió a la dirección que cierre inmediatamente el centro postal. El soviet de Bakú declaró la huelga general el 14 de diciembre e incluyó la reivindicación de satisfacción inmediata de las necesidades de los empleados de correos y telégrafos y de los ferroviarios.

LA HUELGA Y LA BURGUESIA LIBERAL

La burguesía liberal se esforzó por contener el movimiento de los empleados de correos y telégrafos en el marco de una lucha sindical pacífica y se esforzó por obtener el apoyo de algunos dirigentes del sindicato. Los liberales acusaron al gobierno de empujar a la huelga por la represión en lugar de dejar constituir el sindicato y hacer algunas concesiones. Condenando la huelga, a la que calificaban de “medio anárquico de lucha”, minando y destruyendo la economía, afirmaban que, por la huelga, los empleados se enajenaban de la “sociedad” burguesa, cuyos miembros estaban forzados a hacer el trabajo de los huelguistas. Así, representantes de la bolsa de Moscú, de las sociedades comerciales Vogau, Kuznetsov, Miur-Meriliz, etc. bajo la dirección del industrial Riabuchinski, hacían la selección del correo en la posta central de Moscú. Trabajaban mano a mano

con los miembros de la “Unión del Pueblo Ruso”, organización pogromista dirigida por el príncipe Kozlovski.

EL CONGRESO PROHIBIDO

El congreso de los empleados de correos y telégrafos sufrió represión y persecución: fue cerrado y dispersado por la fuerza, todos los delegados fueron puestos bajo vigilancia policial. Conforme a la circular secreta del 16 de noviembre, numerosos dirigentes del sindicato fueron arrestados, por “instigadores y agitadores” de la huelga. El 29 de noviembre, Nicolás II promulgó un ukase (decreto del zar) permitiendo a las autoridades locales declarar el estado de guardia reforzada y extraordinaria para luchar contra la huelga en los correos y ferrocarriles. El 2 de diciembre, un ukase especial definía los delitos penales incurridos por los huelguistas. El gobierno negaba a los huelguistas inclusive el pago del mes anterior a la huelga, los echaban en pleno invierno de sus viviendas de función.

Simultáneamente, el gobierno también intentó corromper a los huelguistas. Desde principios de noviembre, había prometido mejorar la situación de los empleados en el marco de los medios previstos para 1906. Una circular del ministro Durnovo del 26 de noviembre dividía a los huelguistas en tres categorías: los que se habían unido a la huelga “por falta de coraje y por miedo”, y prometía reintegrarlos y darles subsidios; los participantes conscientes en la huelga que no serían reincorporados; finalmente, los dirigentes e “instigadores” que comparecerían frente a los tribunales. Además, el gobierno anunciaba el aumento de las remuneraciones de los funcionarios de la 6ª categoría y de los directores de correos del campo. Todas estas medidas apuntaban a dividir a los empleados y a quebrar la huelga.

El 6 de diciembre, en su última sesión, el congreso de los empleados de correos y telégrafos decidió unirse a la huelga general política que debía comenzar en Moscú ese mismo día. Aunque la decisión fue tomada en un momento de reflujo de la huelga, en algunas ciudades en que los empleados eran muy combativos y tenían lazos estrechos con la clase obrera, participaron activamente en la huelga política y en la insurrección armada.

La huelga de los empleados de correos y telégrafos desorganizó la vida económica, política y cultural del país, trastornó la actividad del aparato de Estado. El funcionamiento del ministerio de Guerra y de otros sectores gubernamentales fue paralizado. Al cortar las relaciones telefónicas y telegráficas del centro con la provincia, la huelga hizo más difícil el aplastamiento del movimiento revolucionario que, en noviembre de 1905, sublevó a los obreros, a los campesinos y al ejército.

EL SOVIET DE MOSCÚ¹

Maksakov

17 de diciembre de 1905, el primer día de la huelga, aparecía en Moscú el N° 1 de las *Novedades (Izvestia)* del soviet de los diputados obreros de Moscú, confeccionado en la imprenta del POSDR y del Sindicato de Prensa de Moscú.

Era el primer órgano oficial del primer soviet de diputados obreros de Moscú. Para las capas burguesas de la sociedad moscovita de la época, la aparición de este órgano fue bastante inesperada. La burguesía moscovita seguramente había escuchado hablar sobre el soviet de Petrogrado y de su combate heroico, pero no sospechaba que en el seno de la clase obrera de Moscú se forjaba también una organización proletaria que se esforzaría en ocupar el lugar de los agrupamientos políticos, fundamentalmente los pequeños burgueses como el “Comité de huelga”, la “Unión de las uniones” y otros.

Este primer número de *Izvestia* brindaba las siguientes informaciones sobre la organización del soviet:

“Ciento ochenta y cuatro fábricas y plantas, es decir alrededor de cien mil obreros, están de ahora en adelante representados en el soviet por 204 diputados. En todas las grandes fábricas, estos diputados son electos por sufragio universal y directo y se puede decir con toda certeza que son los mejores representantes de los obreros de Moscú: conocen bien las necesidades de los obreros, comprenden sus aspiraciones y sus decisiones, expresan la voz de todo el Moscú obrero. También el soviet de diputados obreros de Moscú adopta cada decreto con atención y seriedad, muy consciente de las grandes responsabilidades que recaen sobre él. Y en todas estas decisiones, trabaja de común acuerdo con los partidos socialistas revolucionarios, demostrando una vez más que los obreros saben perfectamente donde están sus amigos y marchan hacia el socialismo en línea recta”.

¹ Extractos realizados por el CERMTRI de Maksakov y N. Nikodimov, Dekabrskoie Vosstanie v Moskve v 1905, Moscú, Ediciones del Soviet de Moscú, 1919. Traducción del francés de *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 57.

De hecho, jamás hemos podido encontrar informaciones detalladas sobre la organización del primer soviét de Moscú. Aparentemente, su breve existencia no le permitió dejar rastro documental, además de uno o dos llamados firmados por las grandes organizaciones políticas de la época. No hay que olvidar que el soviét de Moscú recién se constituyó en la segunda quincena de noviembre y que la insurrección armada, que iba a comenzar el 7 de diciembre, lo privaría de la posibilidad de reunirse y trabajar activamente.

Es muy curioso que la misma Ojrana (policía política secreta) de Moscú, desorientada por el desarrollo de los “acontecimientos” de 1905, inesperados desde el punto de vista policial, no vio venir a la nueva organización proletaria. Con respecto a esto, hemos descubierto en sus archivos este comentario del jefe de la Ojrana dirigida al jefe de la gendarmería, que le había consultado sobre la naturaleza de la actividad del soviét:

“En los dossier del servicio, existen muchos elementos que indican que en 1905 tuvo lugar efectivamente el ‘soviét de los diputados obreros de Moscú’, que decretó el 7 de diciembre del mismo año, la huelga general política, con la intención de transformarla en insurrección armada, pero no hay informaciones detalladas sobre esta organización y las personas que la componían”.

Este documento está fechado en 1912.

Examinando atentamente los dossiers de la Ojrana que se reportan en el año 1905, sólo encontré dos veces informaciones concernientes a la composición del Soviet de Moscú. En los dos casos, la Ojrana designa personas que, según los participantes del movimiento de diciembre, no habían participado activamente en el soviét. Esto nos obliga a considerar con una gran prudencia a los archivos de la Ojrana de Moscú para el año 1905 y especialmente en lo que concierne a la actividad del soviét. Sin embargo, tenemos la obligación de publicar estos materiales. Sobre la primera reunión del soviét, el dossier N° 870 del año 1905 nos brinda, bajo el título “Desórdenes sediciosos que tuvieron lugar en Moscú en 1905”, las siguientes informaciones, extractadas por la Ojrana de la prensa legal de la época.

LA PRIMERA REUNIÓN DEL 22 DE NOVIEMBRE

“El 22 de noviembre se sostuvo la primera sesión del soviét de los diputados obreros que viene de constituirse en Moscú.

La asamblea contaba con alrededor de 180 diputados electos por más de 80.000 obreros de Moscú. Esta cifra incluso debería aumentar

sensiblemente pues algunos distritos no han sido aún totalmente informados de las reuniones preparatorias de los obreros.

La reunión se inició con el saludo del diputado del soviet de los diputados obreros de San Petersburgo, quien hizo un informe en cuanto a las circunstancias del movimiento obrero en San Petersburgo en el período del 9 de enero hasta la última huelga política.

La asamblea respondió a este saludo con una resolución que expresaba su reconocimiento hacia el soviet de San Petersburgo, el “primer compañero de armas”.

Luego, se dieron informaciones concernientes al movimiento de huelga de Moscú, los despidos masivos de empleados y diputados y otras medidas de represión tomadas por las administraciones de las plantas y de las fábricas. La asamblea propuso varios métodos de lucha para organizarse contra ciertos patrones y el sindicato patronal.

A propósito de la jornada de 8 horas introducida en este momento en algunas fábricas por los revolucionarios, el soviet adoptó una resolución que invitaba a todos los obreros a abandonarla provisoriamente hasta la organización total del proletariado de toda Rusia y a poner al frente la reivindicación de reapertura de las fábricas cuyo cierre haya sido provocado por la introducción de esta medida. Esta resolución advertía a los obreros contra la voluntad del gobierno de provocar a la clase obrera a la confrontación antes que haya acabado su rápido trabajo de organización.

Para reunir lo más rápidamente posible a los obreros de las otras grandes ciudades, se decidió enviar diputados inmediatamente a todas las ciudades importantes de Rusia para hacer agitación y entablar relaciones organizativas permanentes con el joven soviet de diputados.

Debido a la tardía hora, la reunión dejó para más tarde algunas cuestiones y pasó a la elección de una comisión ejecutiva para tratar los asuntos corrientes, organizar reuniones de distrito, tratar las demandas y convocar a la próxima reunión del soviet.

La comisión ejecutiva se compuso de dos diputados por distrito y de dos representantes por cada partido socialista llevando adelante un trabajo de organización para la unificación del proletariado.

La presencia de representantes de estos partidos con voz decisiva debía permitir, según la opinión de la asamblea, estrechar las relaciones con estos partidos e impedir que el movimiento obrero sea sometido a la influencia de los partidos burgueses”.

En los archivos del tribunal de Moscú, el dossier titulado “La corporación de los obreros y de los pequeños empleados de la ciudad de Moscú” (Nº 527, tomo IV, 1906) contiene el informe de la investigación

de las pruebas materiales en el asunto del soviet de diputados obreros de San Petersburgo.

Allí figuran documentos reportando la actividad del soviet, tomadas luego del arresto de Jrustalev, en la calle Torgovaia al 25.

LA CARTA DEL DIPUTADO DE PETERSBURGO

Entre estos documentos se encuentra una carta consagrada a los primeros pasos del Soviet de Moscú, que confirma de conjunto las informaciones citadas más arriba sobre la primera sesión:

“Tomé la palabra en la asamblea de los diputados del soviet del distrito de Lefortovo y de otros obreros –en el comité había en total 200 personas. Les pregunté si estaban listos para el combate, para la ofensiva decisiva y si responderían al primer llamado que saliera de los soviets de diputados de San Petersburgo y de Moscú (si este último era organizado): “¡Estamos listos!”, “¡Vamos hacia allí!”, fue la respuesta.

El día anterior, el 21, había tenido lugar la primera reunión del Soviet de Moscú, con 200 personas. El primer punto concernía al informe del diputado de San Petersburgo sobre los acontecimientos que allí se desarrollaban y la actividad del soviet de la ciudad. Hizo un informe detallado sobre la situación que había llevado a los obreros de San Petersburgo a la necesidad de una organización central electa de los obreros, que se convertiría en el Soviet de San Petersburgo, luego hizo varias propuestas prácticas, que fueron adoptadas por unanimidad.

El soviet eligió un comité ejecutivo provisorio, con la participación de representantes oficiales de los partidos con voz deliberativa: de la mayoría (bolcheviques) y de la minoría (mencheviques) del POSDR y de los socialistas revolucionarios, a razón de dos personas por partido. Propuse que el comité ejecutivo elija un diputado por el norte.

Hoy, haré la propuesta de enviar diputados a San Petersburgo. Mañana, partiré para el Volga. Con mis sinceros respetos, todavía estoy con vida, Vuestro S., que Ustedes conocen bien”.

La siguiente carta del mismo “S.”, que se encuentra en el dossier Nº 527, año 1906, de los archivos del tribunal, contiene informaciones más detalladas y extremadamente interesantes sobre la nueva organización proletaria revolucionaria en gestación, contrapeso al “comité de huelga” que existía entonces. Esta carta revela, entre otras, que su autor es un representante del soviet de San Petersburgo.

“En un minuto de conversación entre el comité ejecutivo y el comité de la mayoría del partido socialdemócrata de Moscú, escribe S., hemos aprendido que el comité de huelga de Moscú no tiene nada que

ver con el soviet de San Petersburgo: hay allí pocos obreros, son los burgueses quienes dominan, representantes de profesionales, médicos, abogados, la Unión por la Igualdad de las mujeres (luego fue echada), los porteros, etc., en síntesis, elementos tan diversos como variados. Y cuando aprendimos luego que este comité de huelga ya vivía sus últimos momentos y que levantaba en su lugar un nuevo y potente 'soviet de diputados obreros', organizado bajo la iniciativa del soviet federativo del Partido socialdemócrata, comprendimos toda la historia de este movimiento de Moscú.

Seguros de estos elementos sobre la situación en Moscú, nos presentamos en la conferencia con una parte de la comisión económica (la misma que nuestro comité ejecutivo) del 'comité de huelga de Moscú'. Y, naturalmente, sin hacer por el momento ninguna propuesta práctica, nos esforzamos en explicar la situación.

Los representantes del comité de huelga explicaron luego que la cuestión de la existencia del comité de huelga al lado de la actividad del soviet de los diputados obreros no había sido discutida en la asamblea general, pues aún no había soviet, pero que la comisión constituyente del comité de huelga había decidido que esto no era normal, que no debían coexistir dos instituciones semejantes y que era necesario proponer al nuevo soviet de diputados fusionarse.

Luego, añadieron que los socialdemócratas no tenían necesidad de formar un soviet de diputados pues, 'escuchamos su voz y en nuestro caso ya se han hecho reformas importantes, tenemos una gran suma de dinero; es verdad que hay pocos obreros entre nosotros, pero ellos igualmente entran en nuestro comité...' (*Faltan algunas líneas*).

Luego, en la reunión del soviet federativo, comprendimos definitivamente que el nuevo soviet de los diputados obreros ya había tenido varias reuniones preparatorias reuniendo hasta 200 diputados, representando obreros de 70 empresas y que el lunes 21 de noviembre realizaría una reunión plenaria de los diputados después de la cual el soviet entraría en vigor y se declararía oficialmente Soviet de los diputados obreros de Moscú.

Como tal, actuará y se relacionará con las otras organizaciones y las otras ciudades.

El Soviet se constituye sobre principios idénticos a los de San Petersburgo o más exactamente, a su manera: 1) reúne a representantes electos por los obreros independientemente de sus convicciones políticas –en consecuencia, está fuera de los partidos; 2) en las elecciones, se mantenía a un diputado cada quinientos, etc. pero como aquí no había grandes fábricas y plantas, sino esencialmente artesanado y pequeñas

fábricas, un sistema indirecto fue puesto en su lugar: diputados de todas las empresas, grandes y pequeñas, se reunieron primero en las asambleas de distrito, luego eligieron diputados al soviet, sobre la base de uno cada quinientos”.

EL MANDATO DE LOS MOSCOVITAS

El último documento que nos parece indispensable publicar es una suerte de mandato dado por los moscovitas al diputado de San Petersburgo. Permite comprender cómo se acabaron las negociaciones entre el soviet de diputados obreros y el comité de huelga:

“El portador de esta misiva es el diputado mandado por el Soviet federativo del grupo de Moscú y del comité de Moscú para llevar adelante las negociaciones con el comité ejecutivo del Soviet de San Petersburgo. Esta carta fue escrita bajo nuestra propuesta. Nuestro camarada les expondrá en detalle cómo marcha la constitución del Soviet de Moscú. El representante de la Unión campesina ya les envió una carta, que precisa las características esenciales del comité de huelga y del soviet de diputados. Una vez más, subrayamos que nos parece indispensable, en el interés del fortalecimiento y la ampliación de los soviet **proletarios** (destacado en el original) que establezcan relaciones sólidas precisamente con el joven Soviet de Moscú. Llamamos vuestra atención sobre el hecho que el comité de huelga considera que su situación es ambigua y que una parte piensa adherir al soviet de diputados, cualquiera sean las condiciones planteadas para esto último. Por su parte, el organizador del soviet de los diputados, es decir, el soviet federativo, considera que es indispensable atenerse a las reglas adoptadas entre nosotros, a saber, que el recibimiento de los representantes de grupos ‘no completamente proletarios’ sea discutido por el soviet cada vez que sea necesario. Con nuestro saludo fraternal”.

Sobre la primera reunión del Soviet de Moscú, se encuentra en los dossiers de la Ojrana las siguientes informaciones recogidas acerca de un participante en esta reunión, un obrero de la fábrica Projorov, Serguei Dmitriev, quien hizo “declaraciones sinceras” luego de su arresto en el asunto de la insurrección armada.

La primera reunión, dice en sus declaraciones el 22 de febrero, fue fijada en la calle Povarskaia, en el antiguo teatro Hirsch. Un diputado del Soviet de San Petersburgo participó allí. Habló de los asuntos del Soviet de San Petersburgo, explicó que se le había encargado instalar soviet en todas las ciudades y pidió al soviet de Moscú que le adjuntara dos diputados para trasladarse a la región del Volga, lo que se hizo.

Se eligió a dos obreros: un tipógrafo, el nombre no es mencionado, luego los intelectuales dijeron que el rol del soviét era estrictamente político, que debía reunirse más frecuentemente y que los otros deberían reunirse en los distritos. Los de Krasnaia Presnia y de Jamovniki se reunían conjuntamente en la casa del doctor Terian, calle Malaia Tsaritsynskaia” (dossier 871, año 1905).

Existen algunos elementos con respecto a la siguiente reunión del soviét, que se realizó aparentemente el 27 de noviembre y que adoptó varias medidas. Dmitriev, ya citado, describe así esta reunión:

“Al cabo de un tiempo, se convocó a una segunda asamblea general del soviét de diputados, que tuvo lugar en la casa de Judov, bulevar Rojdenstvenski, en el edificio de la oficina de asistencia social.

Allí fue anunciado que en San Petersburgo, el presidente Jrustalev había sido detenido junto a muchos otros y que se había prohibido a varios periódicos por haber publicado un manifiesto de los diputados obreros que incitaba a los ahorristas a retirar su dinero del Banco del Estado.

Se propuso que los diputados de la ciudad de Moscú vayan a explicar la situación a las fábricas y proponen también publicar un manifiesto. El socialista Babkin, informó que el regimiento de Rostov rechazaba someterse a su comando, se había puesto en huelga y pedía ser apoyado” (ídem).

LAS DECISIONES DEL SOVIET

El periódico *Vperiod* escribe que en esta reunión fueron adoptadas las siguientes medidas concernientes al establecimiento definitivo del soviét:

En todas las plantas y fábricas donde el número de obreros sobrepasa a los 500 (en todo caso, no menos de 400), es elegido por todos los obreros un diputado cada 500.

Los obreros de las pequeñas plantas y fábricas (donde el número de obreros es inferior a 400) organizan dónde es posible una asamblea general para elegir el número correspondiente de diputados. Allí, donde es imposible, se elige en cada establecimiento de los diputados en razón de uno cada 50: estos diputados se reúnen en asamblea de distrito y eligen entonces un diputado cada 500.

Los sindicatos cuyo número de miembros sobrepase a los 500, además de los diputados electos en las empresas, envían al soviét de los diputados obreros de Moscú, un diputado del sindicato.

Los sindicatos con un número de miembros inferior a 500, pueden enviar diputados al soviét de Moscú bajo reserva del examen particular de las demandas hechas por estos sindicatos.

Los sindicatos cuyos miembros no hayan elegido diputados al soviét de Moscú por la vía normal en las empresas envían diputados, elegidos por el sindicato, en la proporción normal de uno cada 500.

Es preferible que estos sindicatos inviten a las asambleas para la elección de los diputados al soviét de Moscú a los obreros de la profesión que aún no están sindicalizados”.

Con respecto al arresto de los miembros del Soviet de San Petersburgo, el Soviet de Moscú decidió “poner un oído atento a la respuesta que darían los obreros de San Petersburgo a la provocación insolente del gobierno y alinearse al combate que ellos hayan decidido para infligir una derrota al enemigo”.

Por otro lado, el Soviet de Moscú adoptó una resolución detallada con respecto a la efervescencia en el seno del ejército, resolución que dice entre otras cosas:

“No está lejos el día en que el proletariado, el campesinado revolucionario y la mejor parte del ejército derrocarán al gobierno zarista. Para intentar alejar este fin inevitable, el gobierno no desprecia ningún medio. Hambrea a un ejército de medio millón de hombres en Extremo Oriente, pues teme su retorno a Rusia. El Soviet de los diputados obreros de Moscú garantiza su desprecio al cobarde gobierno zarista y llama la atención de todo el pueblo sobre este odioso crimen de nuestros verdugos. Sólo la rápida caída del gobierno zarista puede salvar a nuestros pobres hijos y hermanos que sufren o mueren en la lejana Manchuria. Es por ello que el Soviet de diputados obreros de Moscú llama al proletariado de Moscú a redoblar su energía para organizarse y prepararse para el asalto decisivo, que debe acompañarse de la insurrección armada de todo el pueblo y dar el golpe final por la liberación total de todo el pueblo oprimido”.

LA REUNION DEL 4 DE DICIEMBRE

El 4 de diciembre, se realizó una nueva reunión plenaria del soviét de diputados obreros. Encontramos algunas reseñas sobre esta reunión en el periódico *Vperiod* N° 4. La asamblea puso en primer plano varias cuestiones de organización. Entre otras cosas, se decidió recibir en calidad de invitados a 20 miembros de cada organización revolucionaria (bolcheviques, mencheviques y SR). Es de destacar que la propuesta de los SR de no dejar entrar invitados o admitirlos suponiendo una cantidad igual de los SR y de los socialdemócratas sólo obtuvo 7 votos. Esto demostraba la influencia del partido de los SR en el soviét. Se decidió añadir la firma del Soviet de Moscú bajo el manifiesto de las organizaciones

revolucionarias y llamar a la población a aplicar las medidas prácticas de combate que preconizaba.

Luego, la asamblea discutió el arresto del comité ejecutivo del Soviet de San Petersburgo. Se planteaba la huelga general y la insurrección armada. La mayoría de los diputados consideró que no había otra solución. Ya no se trataba de acumular fuerza. Era necesario desde el día siguiente decretar la huelga general en Moscú.

Muchos diputados mostraron que esta huelga ya no era un ensayo, sino un combate general contra la autocracia. Ésta debía transformarse en insurrección armada de todo el pueblo. Era necesario apreciar todo el alcance de nuestra decisión y entonces, antes de anunciar la huelga, había que explicar a todos nuestros electores la importancia de esta huelga y la responsabilidad que tomaba, frente a la clase obrera de Rusia, el Soviet de los diputados obreros de Moscú al lanzar la primera consigna de insurrección general.

Después de un prolongado debate, se decidió someter, el 8 de diciembre a la mañana, esta cuestión a la reflexión de los obreros de todas las plantas y fábricas de Moscú y en la siguiente reunión del soviet, en función de lo que hubiera decidido el proletariado de la ciudad de Moscú, tomar una u otra decisión en relación al llamado a la huelga general en el nombre del soviet.

Finalmente, se decidió hacer conocer a la población de Moscú que “el proletariado de Moscú dará un golpe decisivo a las Centurias Negras del gobierno y de sus viles agentes”.

El 6 de diciembre tuvo lugar la última reunión plenaria del soviet de Moscú antes de la insurrección. Se encuentran breves informaciones sobre esta sesión histórica en las confesiones del mismo Dmitriev:

“Llegó el día 6 de diciembre de 1905, se había fijado una reunión del soviet de los diputados en la casa de la sociedad Varvarin, calle Miasnitskaia.

En la reunión estaban presentes un diputado de la ciudad de Varsovia y un diputado de la sociedad de los ferrocarriles. Estos diputados llamaron a la huelga general, lo que recibió el consentimiento de todos los obreros.

El representante de los ferroviarios dijo que los ferrocarriles sólo harían huelga si ésta se transformaba en insurrección armada, lo que fue apoyado.

El redactor del periódico *Borba* dijo que al día siguiente, es decir el 7 de diciembre, toda la industria de Rusia se detendría. Entonces, se comenzó a preguntar a los diputados sobre la situación en las fábricas. Cuando llegó el turno de la fábrica Projorov, el socialista Babkin dijo

que los obreros ya estaban dispuestos y que incluso estaban organizados en batallones, lo que se le pidió fuera confirmado. Inmediatamente, los socialistas prepararon un decreto, que fue leído en el soviét de los diputados obreros y se adoptó por unanimidad: inicio de la huelga el 7 de diciembre a las 12 horas”.

De conjunto, estas informaciones concuerdan con los informes de la sesión del soviét aparecidos en los periódicos que fueron conservados en los dossiers de la Ojrana.

Estos informes indican que la reunión tuvo lugar a las 12 horas, con diputados de 91 empresas, de la conferencia del sindicato de los ferroviarios, del congreso de los postales, así como del proletariado polaco, es decir 120 personas en total.

Después de los testimonios, los asistentes fueron parte de una resolución de los obreros de la imprenta Kuchnarev, que se declaraban dispuestos a “responder al desafío del gobierno con la huelga general, esperando que ésta podría (pudo) y debería (debió) transformarse en insurrección armada”. Los representantes de los ferroviarios y de los postales se declararon a su turno dispuestos a apoyar la huelga.

Finalmente, se decidió por unanimidad anunciar la huelga para el 7 de diciembre a las 12 horas y, por propuesta de los representantes de los partidos, confiar totalmente la dirección de la lucha al comité ejecutivo y a los partidos revolucionarios.

Antes que fuera discutida la cuestión de la huelga, el representante del comité de Moscú del POSDR había anunciado que la conferencia de los bolcheviques había respondido positivamente a esta cuestión y proponía al soviét unirse a su decisión².

El 7 de diciembre, sólo apareció un periódico en Moscú³: el N° 1 de las *Novedades (Izvestia)* del Soviet de los diputados obreros de Moscú, en dos páginas de pequeño formato. Impreso en grandes caracteres:

“El Soviet de los diputados obreros de Moscú, el comité y el grupo del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y el comité del Partido de los socialistas revolucionarios decretaron: declarar en Moscú a partir del miércoles 7 de diciembre a las 12 horas la huelga general política y esforzarse en transformarla en insurrección armada”.

La última reunión plenaria del primer Soviet de Moscú tuvo lugar en el mayor de los trágicos combates en las calles de Moscú, el 15 de diciembre. Esta vez, los iniciadores de esta reunión fueron los

² Periódico *Jizn*, 1905.

³ El autor se equivoca. La redacción dispone del número del 7 de diciembre de *Borba*, el periódico ilegal socialdemócrata (bolchevique). Como la huelga sólo había sido fijada por 12 horas, han debido aparecer todos los periódicos del 7 de diciembre.

mencheviques, que habían levantado desde el 13 de diciembre la cuestión del fin de la huelga⁴.

En esta reunión estaban ausentes los representantes de los distritos de Lefertovo y Sokolniki y muchos diputados de otros distritos. En total había 85-90 presentes. La asamblea consideró que no era posible tomar una decisión definitiva sobre la huelga, remitiéndose a la apreciación de los soviets de distritos. La decisión final fue remitida al comité ejecutivo. El estado de ánimo de los oradores aún era combativo⁵, aún cuando algunos de ellos remarcaron que el estado de ánimo de las masas recaía. Nadie habló abiertamente a favor del cese de la huelga. Es llamativo que incluso los mencheviques guardaron silencio... Los ferroviarios exigieron, cueste lo que cueste, la continuación de la huelga. El representante del comité de Moscú leyó la resolución de su partido sobre la continuación de la huelga y de la lucha armada de las milicias. Se decidió proseguir la huelga.

En cuanto a la versatilidad, para hablar amablemente, de la posición de los mencheviques, es necesario precisar que, esa misma tarde, decidieron insistir para terminar la huelga a más tardar, el 17 de diciembre. El 13 de diciembre, contra la huelga; el 15 por la mañana, a favor de la huelga; el 15 a la tarde, por el término inmediato... El comité ejecutivo y el comité de Moscú del POSDR decidieron detener la huelga el 19 de diciembre.

Estos son los escasos testimonios que se puede encontrar en los archivos de la Ojrana de Moscú y del tribunal sobre la organización y la actividad de primer Soviet de Moscú.

⁴ *Moskva v dekabre 1905*, ediciones Kochman, Moscú, 1906.

⁵ Ídem.

EL SOVIET DE ODESA¹

Vladimir Nevski

Para que podamos juzgar según los datos fragmentarios de los cuales disponemos², el Soviet de los diputados obreros de Odesa fue organizado con la participación de los socialdemócratas, del Bund y de los SR. Desde noviembre de 1905 se elaboró el “estatuto del Soviet de los diputados obreros de la ciudad de Odesa”. Los obreros eligieron en sus talleres un diputado cada 100 personas; se constituyeron tres soviets de distrito (el de Peresyp, el de la ciudad y el de Dalnik). Cada soviet de distrito debía elegir su comisión ejecutiva y las tres comisiones constituirían juntas la comisión ejecutiva del soviet de la ciudad. En el curso del mes de noviembre tuvieron lugar, aparentemente, dos asambleas generales de los diputados, con la presencia de un socialdemócrata de San Petersburgo, S.I. Feinberg y de un socialista revolucionario de Kiev, A. M. Chevchenko. La primera de esta asamblea de los diputados electos en los talleres y los distritos tuvo lugar el 24 de noviembre de 1905 en el local de la Sociedad de los pensionados baratos. Más de 300 personas participaron allí³. El menchevique “Friedrich” (seudónimo), organizador del distrito de Peresyp, aseguraba la presidencia. Los debates fueron sobre las siguientes cuestiones: la situación política en San Petersburgo, la colecta de fondos para los desocupados petersburgueses, la abolición de la pena de muerte y los tribunales de excepción, la liberación de los empleados detenidos del correo y del telégrafo y la vigencia de la libertad de reunión, de organización, de prensa, etc.

La asamblea no tomó ninguna medida precisa. El 25 de noviembre, se realizó la asamblea de empleados de la municipalidad (zemstvo) en el local de la dirección agrícola regional, parece, esencialmente sobre

¹ Traducción del francés de *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 64.

² Archivos de historia de la revolución. Departamento especial, dossier N° 38, 1905. “El soviet de los diputados obreros y su comité ejecutivo en Odesa”.

³ Un documento del departamento de los archivos de Odesa menciona al diputado de la fundación L.P. Chifrin, cuyas cartas de visita sirvieron para dejarlo pasar a la reunión (dossier N° 38, hoja 1).

la cuestión de la huelga de los empleados del correo y del telégrafo, representados en la reunión por Ioanno y Hoffmann. El SR Chevchenko y el socialdemócrata Feinberg aportaron informaciones sobre la situación en Kiev y Novorossiisk, luego se discutió la huelga de los ferrocarriles del Sud Oeste (ligada a la suerte del ingeniero Sokolov, de los ferrocarriles de Samara-Zlatust) y del apoyo a los postales en huelga. Se decidió entonces enviar a los huelguistas el 3 % del salario de los empleados municipales, así como 6.000 rublos tomados de los fondos de seguro de la municipalidad. En esta asamblea de la dirección agrícola, había también miembros del soviét.

LA ASAMBLEA CONSTITUTIVA DEL SOVIET DEL 28 DE NOVIEMBRE

Pero la primera sesión abierta del “Soviet de los diputados obreros de la ciudad de Odesa” fue la asamblea numerosa de los diputados de los talleres que tuvo lugar el 28 de noviembre de 1905 a las seis y media de la tarde, en el auditorio de la ciudad. Había alrededor de 400 diputados y representantes de organizaciones revolucionarias (sobre la base de tres por organización con la excepción del grupo de anarquistas-comunistas). El obrero ferroviario Ivan Ananievich Avdeev fue elegido presidente de sesión (Feinberg ya había partido nuevamente de Odesa).

Luego, comenzaron los discursos de bienvenida, de los cuales dos fueron destacados: el del militante socialista revolucionario Nikolai (Iossif Nikolaievich Kossovich) y el del representante del sindicato del personal médico, N. K. Lyssenko, profesor de la universidad de Novorossiisk. Luego, la asamblea discutió el “estatuto” y lo adoptó por unanimidad, decidiendo por otra parte que los elegidos al soviét podían ser intelectuales y no sólo obreros. Después de esto, se pasó a la elección de las comisiones ejecutivas para los tres distritos. Los elegidos fueron entre otros: Avdeev (el presidente de la asamblea), Iossif Abramovich Batjan, “Friedrich”, “Evgueni”, “Martin” (militantes de los partidos).

Los siguientes puntos estaban inscriptos en el orden del día: la caja de solidaridad, el periódico del soviét de diputados obreros, la huelga política, el congreso obrero, el armamento, la derrota del gobierno, la desocupación, la censura, la agitación en las tropas de la guarnición de Odesa. No fue posible tratar todas estas cuestiones, pues las elecciones se eternizaron y la asamblea se dispersó decidiendo enviar diputados del Soviet de Odesa al de San Petersburgo.

Al día siguiente, otra sesión fue organizada en la municipalidad: los empleados escucharon el informe sobre la actividad del consejo, expresaron su aprobación y prometieron su apoyo.

Se pasó primero a la constitución del comité ejecutivo; un antiguo estudiante de la universidad de Novorossiisk, Varlam Chavli, fue elegido presidente del soviét, asistido por Iossif Abramovich Batjan. Según los informes de sesión, la comisión se puso inmediatamente a trabajar. Hasta la siguiente asamblea general del soviét, sesionó casi cotidianamente.

La sesión del 30 de noviembre trató sobre la cuestión del periódico. Los *Izvestia* del soviét de diputados obreros de la ciudad de Odesa y sobre la organización de una comisión de ayuda a los desocupados. Como presidente de esta comisión fue elegido el camarada “Dimitri” y, como secretario, el camarada “Mijhail”.

LA CUESTION DE LOS DESOCUPADOS

La cuestión de los desocupados se volvió a plantear en la sesión del 2 de diciembre. Se decidió obligar a la municipalidad y al Comité judío a aportarles 50.000 rublos. (Este dinero aparentemente jamás llegó al soviét). También se ocupó del problema de la huelga política. Se adoptó el principio de la huelga inmediata; cómo ésta podía transformarse en “insurrección popular, el comité ejecutivo recomienda (ó) al soviét de los diputados obreros ocuparse del armamento del proletariado de Odesa y de recoger el dinero necesario para hacer esto”.

La sesión del 7 de diciembre decidió, entre otras cosas, en vista de los eventuales arrestos, adjuntar un suplente electo a cada miembro de la comisión ejecutiva. También se decidió enviar un diputado al Congreso de los Soviets en San Petersburgo.

SEGUNDA ASAMBLEA GENERAL DEL SOVIET DEL 5 DE DICIEMBRE

El 5 de diciembre se convocó una segunda asamblea general del Soviet de los diputados obreros de Odesa. La principal cuestión discutida en esta sesión fue la de la huelga general política. El principio fue allí adoptado, pero se remitió la decisión a la comisión ejecutiva. Entre otros puntos importantes, señalemos la decisión de encontrar medios para ayudar a los desocupados y las medidas tomadas para impedir un pogromo contra los judíos.

Después de la segunda asamblea general del soviét, la comisión ejecutiva pasó a la aplicación de las decisiones votadas y se ocupó de resolver las cuestiones urgentes. Entre las cuestiones secundarias, señalemos el rechazo a la demanda de los socialistas-sionistas de tener su representante en el soviét; el rechazo estaba motivado por el hecho que los sionistas no eran un partido socialista.

Una cuestión importante debió ser resuelta por la comisión ejecutiva sin el aval del soviét, la de enviar a Vassili Lavrentievich Stepanov al Congreso panruso de los soviets, en San Petersburgo, pues había recibido de este soviét una carta invitándolo a enviar dos diputados al congreso.

LA HUELGA GENERAL POLITICA

El principal problema que se necesitaba resolver era el de la huelga general política. Las informaciones dadas sobre la incursión del gobierno sobre el Soviet de San Petersburgo impusieron la decisión de llamar a la huelga. La comisión ejecutiva decidió entonces organizar en diciembre mítines en todas las fábricas, explicar el objetivo y el rol de la huelga y tomar las medidas necesarias para aplicar la decisión del soviét. Para dirigir la huelga, se eligió una comisión especial que incluyó a los representantes del POSDR, del Bund y del partido SR; a esta comisión estaban sometidos todos los órganos con mandato de las direcciones de los sindicatos y de los partidos para organizar la huelga; la comisión debía editar los folletos explicativos. La comisión ejecutiva se preparó febrilmente para la huelga: los destacamentos armados de los diferentes partidos fueron sometidos a un centro único de combate, se hizo una colecta, se establecieron relaciones con las otras ciudades; el 9 de diciembre, un volante llamaba a la huelga para el 11 de diciembre, fecha en que comenzó efectivamente; se propuso a los panaderos permanecer en su trabajo y los conductores de carruajes, poco numerosos, podían o no unirse a la huelga. La comisión ejecutiva se preocupó particularmente del correo y del telégrafo: lanzó un llamado a los empleados para que se unan a la huelga e hizo todo lo posible para arrastrarlos al movimiento. Lo que caracteriza mejor a esta huelga, son sus modalidades y, con respecto a esto, la comisión ejecutiva hizo muchos esfuerzos para explicar a las masas lo que estaba en juego. La cuestión destacaba también el problema del armamento, del abandono del lugar de trabajo, de la ayuda a los desocupados, etc. Finalmente, después de prolongados debates, se decidió dar a la huelga un carácter pacífico.

La huelga comenzó, pero se demostró rápidamente que estaba lejos de ser general. Es verdad que, el 14 de diciembre, fueron reunidos por los obreros de la estación eléctrica, los contables y los empleados de oficina, los obreros del puerto, etc. pero, como lo muestra el N° 3 de *Izvestia* del Soviet de diputados obreros de Odesa del 25 de diciembre de 1905, en lo más fuerte de la huelga, era necesario emplear la fuerza de los combatientes voluntarios para detener los transportes; algunas fábricas y talleres de artesanos también trabajaban. Se demostró rápidamente

que el estado de ánimo de los obreros decaía, que la huelga pacífica había agotado sus capacidades y que se necesitaba o bien transformarla en insurrección armada, o bien, detenerla. Aparentemente, el estado de ánimo en Odesa, no era para nada combativo y fue necesario detener la huelga el 18 de diciembre. La comisión ejecutiva formula así su punto de vista sobre la huelga: “Hemos detenido la huelga. Hemos mostrado al mundo entero nuestra capacidad de organización y nuestro espíritu de disciplina, pero esta vez no hemos mostrado nuestra combatividad, deberemos demostrarla en un futuro próximo. Es nuestra principal tarea y debemos consagrarle todas nuestras fuerzas”.

LA LIQUIDACION DEL SOVIET

Lamentablemente, el soviét no tuvo ocasión de demostrarlo. En San Petersburgo, inmediatamente después de la liquidación del soviét local, se apresuraron también para liquidar al de Odesa. El dossier contiene copias de despachos dirigidos por el director del departamento de la policía de Odesa a las autoridades de la gendarmería ordenándoles dar todas las explicaciones necesarias sobre el soviét y deteniendo a sus miembros. Los gendarmes de Odesa invocaron en vano el pretexto sobre la dificultad de la misión, las órdenes se hicieron cada vez más imperativas. Los gendarmes comenzaron su trabajo y, el 2 de enero, ya habían detenido a los 15 participantes de una reunión dirigida por V. Chavli, aparentemente la comisión ejecutiva. Cinco días más tarde, luego de un intento de reunir a la asamblea general del soviét, otros 18 miembros fueron detenidos, entre los cuales estaban los camaradas Batjan y Stepanov. Con estos dos arrestos, el Soviet de Odesa fue desmantelado.

Así, el Soviet de Odesa duró poco más de un mes (del 28 de noviembre al 7 de enero); reunió a dos asambleas generales (el 28 de noviembre y el 5 de diciembre); su órgano ejecutivo era una comisión ejecutiva de 15 miembros, cuyo presidente era V. Chavli y su adjunto I. A. Batjan (lamentablemente, el dossier no permite saber quiénes eran los otros miembros). La comisión ejecutiva publicará cuatro números de los *Izvestia* del soviét de los diputados obreros de Odesa, cuyo primer número será impreso en la imprenta de las *Novedades* de Odesa, el N° 2 en otra imprenta de Odesa y los N° 3 y 4, según las declaraciones de los gendarmes, en Kichinev, por razones oscuras. Además de estos cuatro números, el soviét publicará varias proclamas, un llamado a la huelga general política, una proclama explicando el objetivo y la importancia de esta huelga y un folleto titulado *Dos boicots* (un llamado al boicot de

los productos de las firmas Popov, Kuznetsov y otros). Incluso editará otras cosas que el dossier no precisa. Llamará a la huelga general política y enviará un diputado al congreso de los soviets en Moscú (Stepanov).

SE PLANTEAN MUCHAS CUESTIONES

Analizando estos sucintos materiales sobre el soviet de Odesa, se percibe que muchas preguntas aún están en suspenso: 1. ¿Cómo nació el soviet? 2. ¿Cuál era la composición de la comisión ejecutiva y del soviet mismo⁴? 3. ¿Cuántos miembros tenía (400 o 200, como lo dicen con elocuencia los documentos)? 4. ¿Quién escribió los artículos en los *Izvestia*? 5. ¿De qué sumas disponía el soviet? (En el N° 3 de los *Izvestia*, se cita la suma de 7.217 rublos con 92 kopecks) 6. ¿El soviet disponía de fuerzas armadas? Aún queda esclarecer todas estas preguntas y muchas otras.

Pero estos escasos materiales nos permiten sacar conclusiones no desprovistas de interés comparando la actividad del Soviet de Odesa con, por ejemplo, el de Novorossiisk o el de Rostov. Lo que choca a primera vista, son las características comunes en todos los soviets: la formación espontánea, revolucionaria, del Soviet de Odesa y su obra revolucionaria, como se puede juzgar por sus actos.

Como los otros soviets, el soviet de Odesa organiza el impuesto a los ciudadanos ricos para organizar la ayuda a los desocupados (como lo hizo por ejemplo, el soviet de Novorossiisk).

Instaura la libertad de prensa, requisando las imprentas legales de Odesa para imprimir los dos primeros números de los *Izvestia*.

Confisca por vía revolucionaria las funciones del poder, administra las autorizaciones para levar anclas de los navíos, instaura impuestos sobre el pan, autoriza a volver a trabajar en las fábricas haciendo aportar el beneficio para los soviets, etc.

Finalmente, representa la expresión real de la voluntad de los trabajadores: es bajo sus órdenes que se detiene o se retoma toda la actividad industrial y comercial de la ciudad.

Estas son características propias de todos los soviets.

LAS DEBILIDADES DEL SOVIET DE ODESA

Pero también choca su falta de iniciativa y ánimo revolucionario. Mientras que incluso un soviet como el de Novorossiisk organiza una

⁴ Entre los miembros del soviet citamos a: M. M. Vilenski, E. Z. Scheenson, T. T. Kartychov, A. J. Herstein, I. N. Tabachnikov, L. S. Bronstein, Ch. L. Steinberg, L. M. Rosenfeld, I. M. Neumann, J. L. Schapiro, L. M. Maizel, V. I. Martynchik, A. I. Babitch, H. P. Schwartzman, F. H. Becker y V. L. Stepanov.

milicia, confisca el dinero de la Duma, obliga a hacer huelga al correo y al telégrafo, echa al gobernador, toma en sus manos a los ferrocarriles, etc., el Soviet de Odesa incluso no tiene la idea de desarmar a los policías y gendarmes, no alcanza a organizar una verdadera huelga política total (el correo y el telégrafo, los cocheros, no hacen huelga), incluso es incapaz (o lo juzga inútil) de cerrar o tomar el periódico de las Centurias Negras.

No llegó a pensar en detener a las Centurias Negras, como fue el caso, por ejemplo, en Novorossiisk, ni de organizar un nuevo tribunal y echar al antiguo, como también se hizo en Novorossiisk. Los obreros, de los cuales el soviet expresa la voluntad, “se enojaron” bajo su dirección, como lo reconoce su periódico *Izvestia* y por ello no sólo no tuvieron la ocasión de pensar en la insurrección armada sino simplemente de ir hasta el final con la huelga.

Estas particularidades del Soviet de Odesa lo distinguen claramente de los soviets tales como el de Novorossiisk o el de Rostov. ¿Cuál era la causa? ¿El proletariado de Odesa se cansó de las huelgas y las incesantes luchas? ¿Las fuerzas de la reacción eran tan importantes en Odesa o tiene que ver con la composición misma del soviet? No parece posible explicarlo por el momento.

Los datos informados aquí sobre el Soviet de los diputados obreros de Odesa están sacados del sucinto dossier de los Archivos de la historia de la revolución en Petrogrado (departamento especial, asunto N° 38). En este dossier también se encuentran dos números de *Izvestia*, los N° 1 y 3.

El primer número de *Izvestia* se presenta en una media hoja de periódico de gran formato, impreso de un solo lado. No hay ninguna indicación sobre los autores de los artículos.

El N° 3 también está impreso de un lado en media hoja de periódico pero es de pequeño formato.

Los “estatutos” del soviet están impresos en un estencil (in 16°). Aparentemente, fue fabricado en una imprenta clandestina.

El folleto *Dos boicots* es una hoja in 8°. Está indicado que fueron impresos 2.000 ejemplares en una imprenta clandestina (la del comité de Odesa del POSDR).

DOCUMENTOS DEL SOVIET DE ODESA¹

LOS ESTATUTOS DE LOS DIPUTADOS OBREROS DE ODESA

1) El soviet de los diputados obreros asume como tarea dirigir toda la lucha de los obreros de Odesa; organiza las huelgas, los sindicatos, dirige la lucha por los derechos políticos y cívicos de los obreros, etc.

2) El soviet de los diputados obreros está compuesto de obreros electos en todas las plantas, fábricas y talleres de Odesa.

3) Las elecciones de los diputados en las plantas y fábricas se hacen por sector (sobre las antiguas bases). Los pequeños talleres de un sector se reúnen y eligen un diputado cada 100 obreros. Si el sector tiene menos de 100 obreros, sin embargo, eligen un diputado.

El soviet de los obreros es electo por distrito (Peresyanski, Gorodskoi y Dalnitski). Los soviets de distrito luego forman el soviet de diputados obreros de toda la ciudad.

4) Cada soviet de distrito elige una comisión ejecutiva, que tiene como obligación ejecutar todas las decisiones del soviet de los diputados obreros. Las comisiones ejecutivas de distrito reunidas forman la comisión ejecutiva del soviet de la ciudad.

5) El soviet de los diputados obreros se reúne al menos dos veces por mes.

(Adoptado el 6 de noviembre de 1905)

Luego de la detención de los miembros del comité ejecutivo del soviet de Petersburgo, ocurrida el 3 de diciembre (y en particular de sus tres copresidentes, Sverchlov, Trotsky y Zlydniev), el soviet de Odesa adopta el 9 de diciembre el siguiente llamado.

LLAMADO A TODOS LOS OBREROS Y OBRERAS DE LA CIUDAD DE ODESA

El gobierno autocrático ha montado un complot contra el pueblo. Detuvo al comité ejecutivo del soviet de los diputados obreros de

¹ Traducción del francés de *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 69.

Petersburgo, luego al buró de la Unión campesina, y encarceló a combatientes de la libertad del pueblo reconocidos, cerró todos los periódicos de Petersburgo que hablaban abierta y directamente de las necesidades del pueblo. Con una fría crueldad, echó a la calle a centenares de empleados del correo y el telégrafo. En las ciudades y aldeas, los campesinos hambrientos gimen bajo la *nagaika* y los azotes.

Los miembros de la guardia y los oficiales “fieles a su juramento” fusilan a los marineros sublevados.

Apenas repuesto de su derrota de octubre, el gobierno autocrático recurrió a sus medios extremos habituales: instaló el estado de emergencia en una provincia tras otra y amenazó declarar a toda Rusia en estado de guerra.

Por toda una serie de leyes sobre la prensa, sobre las huelgas y las asociaciones, retira incluso las miserables libertades reconocidas por el manifiesto del 17 de octubre. Arruinó completamente a Rusia con sus gastos alocados por la guerra, para subvencionar a los grandes patronos, los nobles y los altos funcionarios. Ni dinero ni pan.

Los objetivos del gobierno son claros: cerrando los periódicos de todos los partidos revolucionarios, extirpando a sus jefes de las filas del pueblo combatiente, espera convocar a su Duma de Estado bajo amenaza del estado de guerra y bajo la presión de la horda de los funcionarios y policías. Compuesta por agentes del gobierno, dócil a este último y a la camarilla de los grandes capitalistas y de los grandes propietarios terratenientes, esta Duma de Estado será una nueva arma para oprimir y someter a toda Rusia.

¡Camaradas! ¡La patria está en peligro! La victoria del gobierno, es la victoria de la arbitrariedad sobre la legalidad, la victoria de la violencia sobre el derecho, es el restablecimiento de la servidumbre anterior con todo su vigor, de la esclavitud, contra los cuales el proletariado y el campesinado revolucionario combatieron durante tanto tiempo y al precio de tantas víctimas!

La victoria del pueblo revolucionario, es el establecimiento del orden en el cual todas las leyes serán promulgadas por el pueblo mismo, en el cual los representantes libremente electos por el conjunto del pueblo defenderán los intereses del pueblo, la instauración del orden en el cual el proletariado recibirá la posibilidad de combatir libremente por un mejor futuro, por la emancipación de la opresión capitalista, por el socialismo.

¡Camaradas! Dispónganse a unirse al primer llamado a la huelga general del Soviet de los diputados obreros de Petersburgo y de vuestro soviet. ¡Que la vida del país se detenga, de norte a sur, de Petersburgo a Jarbin, frente a la fuerza del proletariado organizado y el gobierno y sus acólitos temblarán!

Con el campesinado revolucionario y la parte consciente del ejército, el proletariado de Rusia conducirá el combate decisivo contra la autocracia agonizante.

¡Comaradas! Sólo puede haber una respuesta al desafío que nos lanza la autocracia impotente de rabia. ¡La victoria o la muerte!

El soviet de los diputados obreros de Odesa

El comité unificado del POSDR

El comité socialdemócrata del Bund

El comité de Odesa del Partido socialista revolucionario

(Odesa, 9 de diciembre de 1905)

LA REUNION DEL COMITE EJECUTIVO DEL SOVIET DE ODESA DEL 18 DE DICIEMBRE

Reunidos el 18 de diciembre, ante todo nos hemos preguntado: ¿cuáles son las víctimas de la última huelga? Sabemos bien que ningún paso adelante del proletariado puede ser efectuado sin víctimas, que cada movimiento hacia delante del pueblo ruso en el camino de su emancipación se pagó con víctimas. Comenzamos a contar las víctimas. Empleados y obreros de los depósitos de ferrocarril fueron despedidos, los talleres de colectivos fueron cerrados y 33 empleados fueron transferidos a la reserva militar, algunas fábricas han hecho huelga para protestar contra el rechazo de los patrones a pagar los días de huelga, algunos diputados electos fueron despedidos.

Y entonces nos confrontamos a la tarea de luchar por el pago integral de los días de huelga, por la reapertura de las fábricas que cerraron por lock out, por el reintegro de todos los trabajadores despedidos que fueron reemplazados por esquiroles, y manifestar por aquellos que han sufrido, apoyándolos en la medida de nuestras fuerzas.

DISCUSION SOBRE LOS SOVIETS EN EL PERIODICO BOCHEVIQUE NOVAIA JIZN¹

Desde el reconocimiento del principio de la libertad de prensa acordado en el Manifiesto del 17 de octubre, los bolcheviques de Petersburgo crean un diario, *Novaia Jizn* (“La nueva vida”). El periódico se dedica rápidamente a discutir la cuestión de los soviets. Publica en su primer número una editorial titulada “Sobre la cuestión del soviet”. La editorial afirma que, según los cuadros del partido de Petersburgo, “los socialdemócratas son los dirigentes de hecho del soviet”, ya que la mayoría de ellos son socialdemócratas e individuos que tienen, sin tener conciencia de ello, un punto de vista socialdemócrata: “Por otra parte, las *Izvestia* del soviet de diputados obreros (...) tienen el carácter de un órgano socialdemócrata”. Así, la editorial encuentra inaceptable una situación en la cual “mientras que por un lado, de hecho, es un órgano socialdemócrata, el Soviet de Petersburgo no se encuentra ligado por ninguna relación obligatoria con el partido”, es decir, no está sometido a la disciplina del POSDR.

Numerosos comités bolcheviques exigen que los soviets y los sindicatos estén ubicados bajo la dirección de la socialdemocracia. Así, el N° 2 de *Novaia Jizn* publica una resolución adoptada el 22 de octubre por el consejo federal de Petersburgo del POSDR, que afirma: “Todos los obreros organizados en los sindicatos deben encontrarse bajo la bandera del Partido socialdemócrata de Rusia. Es por ello que giramos hacia el soviet obrero que se formó en el curso de la última huelga política y, considerando que el programa del Partido socialdemócrata es el único aceptable para él, les propusimos dirigir su lucha ulterior por la república democrática, por la jornada de trabajo de 8 horas y por el socialismo en las filas de este partido”.

La resolución demanda entonces al soviet, adherir en bloque al POSDR. ¿Qué hacer si el soviet rechaza esta entrada en bloque o se niega a obedecer la disciplina del POSDR? ¿Los militantes socialdemócratas

¹ Traducción de la versión publicada en *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 94.

deben entonces abandonarlo o permanecer allí? La cuestión es discutida el 27 de octubre en la reunión de la sección de Viborg del soviét. Los diputados mencheviques someten al voto una resolución “proponiendo a los diputados no salir del soviét si este último decide permanecer con una institución sin partido”. Los diputados bolcheviques plantean una moción, publicada en el N° 3 de *Novaia Jizn* que afirma: “Juzgamos que para nosotros es imposible permanecer en un soviét que se afirmaría como una institución sin partido mientras que deseamos desempeñar el papel de dirigente político de las masas obreras”. La reunión de Viborg adopta las dos mociones, aunque contradictorias.

Luego de la reunión del soviét de Petersburgo del 29 de octubre, tres diputados bolcheviques (Agafonov, Knunians y Krassikov) plantean una moción, publicada en el N° 4 de *Novaia Jizn*, demandando que el soviét adopte el programa y la dirección del POSDR. La moción es rechazada por una amplia mayoría.

Pero los dirigentes bolcheviques de Petersburgo, bajo la conducción de Bogdanov, continúan desarrollando el mismo punto de vista. El bolchevique Knunians, bajo el seudónimo de Radin, publica un artículo en el N° 5 de *Novaia Jizn* titulado: “¿El soviét de diputados obreros o el partido?”, oponiendo uno al otro. Escribe:

“A diferencia del Partido obrero socialdemócrata de Rusia, el soviét unió en sus filas a todo el proletariado de Petersburgo, independientemente del grado de conciencia política de sus diversas capas (...) Por lo tanto no puede ser el dirigente político de las masas obreras y sólo puede dirigir tal o cual manifestación precisa del proletariado, estar a la cabeza de acciones activas (sic!) precisas de las masas”, como una huelga o una manifestación en la calle. Pero sólo el POSDR puede dirigir la lucha política del proletariado, pues “para ser una dirección política, es necesario tener un programa claramente expresado, objetivos definidos precisamente (...), una organización en orden formada por individuos que acepten este programa y dispuestos a combatir por estos objetivos”, todo lo que el soviét no tiene.

Knunians sin embargo escribe: “El soviét, en toda su actividad, llevó una política socialdemócrata, sus eslóganes eran los de la socialdemocracia, sólo será necesario de ahora en adelante fortalecer esta dominación de la influencia socialdemócrata en una decisión formalmente formulada del soviét de diputados”, es decir el reconocimiento por el soviét de la dirección del POSDR y la adopción de su programa. El mismo número de *Novaia Jizn* reproduce una resolución de un mitin de obreros de la fábrica Semionov, sometida al voto por los bolcheviques y adoptada por los obreros de la fábrica, que defiende estas exigencias.

Otros artículos publicados en *Novaia Jizn* sostienen el mismo punto de vista: el artículo de N. Mendeleiev “Sobre la cuestión del soviét de los diputados obreros”, publicó en el N° 6 de *Novaia Jizn*; el artículo de P. Gvozdev “La socialdemocracia y el soviét de los diputados obreros”, publicado en el N° 7. Mendeleiev escribe por ejemplo: “El soviét de los diputados obreros puede existir como una organización corporativa política (es decir como un sindicato que tiene una función o un rol político, NdA) o no debe existir para nada (...) Es por ello que es deseable que el soviét de los diputados obreros se mantengan en los marcos de una organización sindical y se desarrolle como centro sindical de Petersburgo”.

P. Gvozdev casi dice lo mismo: “Si la socialdemocracia sostuvo resueltamente al soviét obrero (durante la huelga de octubre, NdA) como organismo ejecutivo de la intervención del proletariado, ahora (casi al fin de la huelga, NdA), también debe combatir resueltamente toda tentativa de su parte de convertirse en la guía de la clase obrera. En mi opinión, la función más adecuada que el partido podría proponer al soviét, es organizar sindicatos por corporaciones y unirlos en una confederación sindical (...). El carácter indeterminado de la fisonomía política del soviét, su pretendido carácter ‘no partidario’ abrirá paso sólo a la puesta en práctica de una política de compromiso (...) Así, el soviét de los diputados obreros, incluso sin sospecharlo, puede empujar al movimiento obrero al camino del oportunismo y puede involuntariamente volverse el hueco que buscan hasta hoy en vano los partidos burgueses, que se esforzaban en poner a los obreros al remolque de la burguesía”.

La moción de los obreros de la fábrica Semionov, publicada en el N° 5 de *Novaia Jizn*, repite a su turno: “El soviét de los diputados obreros no puede jugar un rol de dirigente político, pues sólo podría cumplir este rol si reinara en su seno una comunidad de ideas sobre las cuestiones políticas, pero esta comunidad de ideas no existe y no puede existir. Sólo un partido, el POSDR, puede ser el dirigente político de la clase obrera”.

Del 21 de marzo al 23 de noviembre de 1905, se realizó en Moscú la Conferencia de las organizaciones del POSDR del norte de Rusia. La conferencia adopta una resolución, publicada en el N° 24 de *Novaia Jizn*, que reduce al soviét a un anexo del partido: “Únicamente es indispensable construir un soviét de diputados obreros allí donde la organización no tenga otro camino para dirigir las manifestaciones masivas del proletariado, allí donde sea necesario liberar a la masa de la dirección de los partidos burgueses bajo los cuales se encuentran. El soviét de diputados obreros debe ser un aparato técnico del partido para realizar en las masas la dirección política del POSDR. Es por ello que es indispensable

tomar el control de este en nuestras manos y conducirlo a reconocer el programa y la dirección política del POSDR”.

En esta misma conferencia, los comités bolcheviques de Tula y Nijni-Novgorod sacan las consecuencias de esta resolución: se oponen a la constitución de un soviét en su ciudad. Al día siguiente de la conferencia, el diputado del soviét de Petersburgo yendo a Sormovo para invitar a los obreros de la ciudad a constituir un soviét, ve rechazada su propuesta por el comité bolchevique de la ciudad, que declara: “Las organizaciones del partido de la ciudad conquistaron una influencia total sobre las masas y su autoridad es muy grande”.

El comité bolchevique de Tula también se opone a la creación de un soviét en la ciudad: “Reconocemos que es muy importante y útil que el soviét pueda ser un instrumento potente e irremplazable, pero en Tula, por el momento, el soviét no es necesario”.

El soviét de Tver, en sus estatutos, reconoce la dirección política e ideológica del POSDR y sólo puede reunir a los obreros que se sienten socialdemócratas o simpatizantes. En Voronej, la reunión constitutiva del soviét adopta una declaración que va en el mismo sentido: “A la unión del gobierno y de los ladrones, les oponemos la unión indestructible del proletariado y del campesinado y, bajo la bandera del partido obrero socialdemócrata de Rusia, venceremos al gobierno y ganaremos para nosotros la libertad y el bienestar”.

Los bolcheviques de Jarkov, la mayor ciudad industrial de Ucrania, sacan la conclusión de esta posición, que comparten completamente. En una carta publicada por *Novaia Jizn*, explican: “Nuestra organización es bastante fuerte y dispone de una autoridad bastante grande para dirigir la actividad política de las masas obreras. A partir de ahora, la cuestión de la constitución de soviets de diputados obreros levantada entre nosotros, cae por sí sola.”

En Tver, el comité local del POSDR logra imponer en los estatutos del soviét la siguiente disposición, reproducida en *Novaia Jizn*: “El soviét de los diputados obreros tiene la obligación de poner en práctica las directivas del partido, es decir, realizar en los hechos el plan de lucha que el partido propondrá”.

Leon Kamenev, que milita entonces en Petersburgo, desarrolla un punto de vista similar: “La huelga política, las jornadas de Octubre testimoniaron la hegemonía de nuestros eslóganes, de nuestra táctica, de nuestra idea de la revolución rusa (...). Es por ello que ahora, la socialdemocracia está confrontada a la tarea de fortalecer la envergadura de nuestra organización, que vuelva inútiles al proletariado las ‘guías políticas’ que constituyen los soviets de diputados obreros sin partido,

no socialdemócratas y otras organizaciones que, a menos de ver en ellos el embrión de algo mucho más grande, representan en los hechos un sustituto a la dirección de la socialdemocracia reemplazada por una dirección no socialdemócrata”.

Como remarca A. Kuraiev, autor de un artículo sobre la discusión sobre los soviets en el *Novaia Jizn*, lamentablemente, Kamenev no desarrolla en su artículo la idea sugerida al pasar en el paréntesis “a menos de ver en ellos el embrión de algo mucho más grande”.

Varios dirigentes bolcheviques de Moscú tienen el mismo punto de vista que el expresado aquí arriba. Así, en el periódico bolchevique de Moscú, *Borba*, Vassiliev-Lujin, quien es entonces uno de los tres miembros de la comisión ejecutiva de la dirección bolchevique, disponiendo de plenos poderes en el partido, afirma: “Organizaciones como los soviets son indispensables allí donde la única guía segura del proletariado –la socialdemocracia– no se logró aún, en el momento en que la revolución estalla, para reunir a las amplias masas obreras en una sólida organización”. Sin duda es esta posición la que explica que la primera asamblea fundadora (pero sin medidas reales de organización) del Soviet de Moscú recién se realizó el 22 de noviembre y que la verdadera reunión de organización del soviets se haya desarrollado el 6 de diciembre, en la misma víspera del inicio de la huelga general insurreccional. Aunque las posiciones son menos claras en Odesa, la reunión constitutiva del soviets de esta ciudad recién se realizó el 28 de noviembre.

¿Estas reticencias de la mayor parte de los comités bolcheviques explican la fecha tardía en la que se constituyen numerosos soviets? En efecto, recién es en diciembre, después de la liquidación brutal del Soviet de Petersburgo, el verdadero iniciador del movimiento de los soviets, que se constituyen soviets en Krasnoiarsk, en Mariupol, en Kremenchug, en Saratov, en Taganrog, en Novorossiisk y en una decena de otras ciudades. En total, se crearon 58 soviets. El Soviet de Petersburgo había convocado para principios de diciembre un congreso, que debía reunir a los diputados de los soviets existentes o en curso de formación, así como sindicatos que se multiplicaban, con representantes de los partidos socialistas (las dos fracciones socialdemócratas –bolcheviques y mencheviques–, los socialistas revolucionarios y el Bund, el partido obrero judío). La disolución del soviets de Petersburgo el 3 de diciembre hace abortar el proyecto.

Cuando Lenin vuelve a Rusia el 8 de noviembre, se confrontó entonces con una posición bolchevique de reserva, si no de hostilidad, con respecto a los soviets.

Lenin dirige a la redacción de *Novaia Jizn* una carta titulada “Nuestras tareas y el soviet de diputados obreros”, cuestión, afirma, “extremadamente importante”. Lo esencial del artículo es reproducido aquí en un artículo posterior. Al principio de este texto, afirma que escribiendo “como observador” (ya que efectivamente él volvía del exilio), “deja a la redacción la responsabilidad de decidir si publicar o no esta carta, redactada por un hombre mal informado”. La redacción de *Novaia Jizn* no se lo hace decir dos veces: no la publica. ¡El artículo por lo tanto no será conocido por los militantes bolcheviques!

NUESTRAS TAREAS Y EL SOVIET DE DIPUTADOS OBREROS¹

Vladimir Ilich Lenin

Camaradas:

La significación y el papel del Soviet de diputados obreros figuran ahora en el orden del día de la socialdemocracia de Petersburgo y de todo el proletariado de la capital. Tomo la pluma para exponer algunas ideas acerca de este candente problema, pero considero absolutamente imprescindible formular antes una salvedad importantísima. Mis observaciones son las de un espectador. Todavía debo escribir desde esta maldita lejanía, desde el odioso “extranjero”, desde el exilio. Y es casi imposible formarse una idea acertada sobre este problema práctico y concreto sin haber estado en Petersburgo, sin haber visto siquiera una vez al Soviet de diputados obreros ni haber cambiado opiniones con los camaradas de trabajo. Dejo, por lo tanto, a criterio de la Redacción el publicar o no esta carta, escrita por una persona poco informada. Me reservo el derecho de cambiar de opinión cuando consiga al fin, ponerme al corriente del asunto por algo más que “los papeles”.

Y ahora, al grano. Creo que el camarada Radin no tiene razón cuando en el N° 5 de *Novaia Jizn*² (no he visto más que cinco números de este periódico, que es virtualmente el órgano central del POSDR) plantea el problema del siguiente modo: ¿Soviet de diputados obreros o partido? Yo pienso que no es así como debe plantearse, que la respuesta debe ser *forzosamente*: soviet de diputados obreros y partido. El problema –y de capital importancia– es únicamente cómo distribuir y cómo coordinar las tareas del soviet y las tareas del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

A mi parecer, no sería conveniente que el soviet adhiriera en forma exclusiva a un solo partido. Esta opinión quizás asombrará a los lectores, por lo que (insisto uno vez más en que se trata de la opinión de un espectador) paso directamente a explicar mis ideas.

¹ Publicado en Lenin, V.I., *Obras Completas*, Tomo X, Ed. Cartago, Bs. As., 1969, pág 9.

² Véase Lenin, V. I., *Obras completas*, 2ª edición, Buenos Aires, Ed. Cartago, 1969, T. IX, nota 61.

El Soviet de diputados obreros ha nacido de una huelga general, con motivo de la huelga y para propiciar los fines de la huelga. ¿Quién ha sostenido y ha terminado victoriosamente dicha huelga? *Todo* el proletariado, dentro del cual se cuentan, por fortuna en minoría, los que no son socialdemócratas. ¿Qué fines perseguía la huelga? Económicos y políticos, al mismo tiempo. Los económicos interesaban a todo el proletariado, a todos los obreros y, en parte, inclusive a todos los trabajadores, y no sólo a los obreros asalariados. Los objetivos políticos interesaban a todo el pueblo, mejor dicho a todos los pueblos de Rusia. Los objetivos políticos consistían en la liberación de todos los pueblos de Rusia del yugo de la autocracia, de la servidumbre, de la carencia de derechos y de los atropellos de la policía.

Prosigamos. ¿Debe el proletariado continuar la lucha económica? Sin duda alguna, no puede haber entre los socialdemócratas dos criterios al respecto. ¿Deben sostener esta lucha sólo los socialdemócratas? ¿debe librarse sólo bajo la bandera de la socialdemocracia? Creo que no; mantengo la opinión que expresé en *¿Qué hacer?* (cierto que en condiciones totalmente distintas, que ya pertenecen al pasado): no es conveniente restringir la composición de los sindicatos y por consiguiente de quienes participan en la lucha sindical, económica, nada más que a los miembros del partido socialdemócrata. Opino que, como organización de todos los trabajadores, el soviet de diputados obreros debe *tratar* de incluir a diputados de *todos* los obreros, empleados, sirvientes, peones, etc., de *todos* los que quieran y puedan luchar en común por mejorar la vida del pueblo trabajador, de todos los que posean al menos cierta honestidad política elemental; de todos, menos los partidarios de las centurias negras. Y nosotros, los socialdemócratas, trataremos por nuestra parte, primero, de que la totalidad de las organizaciones de nuestro partido (en la medida de lo posible) ingresen en todos los sindicatos y, segundo, de aprovechar la lucha conjunta con los camaradas proletarios, sin establecer diferencias por sus ideas, para predicar sin descanso y con firmeza el *marxismo*, la *única* concepción del mundo verdaderamente consecuente y verdaderamente proletaria. Para esta prédica, para esta labor de propaganda y agitación, no cabe duda de que mantendremos, fortaleceremos y ampliaremos nuestro partido de clase del proletariado consciente, por completo independiente y firme en cuanto a los principios, es decir, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Cada paso de la lucha proletaria indisolublemente unido a nuestra actividad planificada y organizada de socialdemócratas, acercará cada vez más las *masas* de la clase obrera rusa a la socialdemocracia.

Pero este aspecto del problema, el referente a la lucha económica, es relativamente sencillo y no creemos que origine discrepancias. Distinto es el otro aspecto, el de la dirección política, el de la lucha política. A riesgo de asombrar aun más al lector, debo anticipar que tampoco en este sentido me parece conveniente pedir al soviet de diputados obreros que adopte el programa socialdemócrata y que ingrese al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Opino que para dirigir hoy la lucha política son necesarios indudablemente y por igual *tanto* el soviet (*transformado* en el sentido que vamos a exponer) *como* el partido.

Quizás me equivoque, pero creo (a juzgar por los informes que poseo, incompletos y tomados “de los papeles” únicamente) que en el aspecto político debemos considerar al soviet de diputados obreros como embrión del gobierno provisional revolucionario. Creo que el soviet debe proclamarse cuanto antes *gobierno provisional revolucionario* de toda Rusia o -lo que es lo mismo, pero dicho de otra manera- debe crear el gobierno provisional revolucionario.

La lucha política ha llegado a un grado de desarrollo en el que las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución casi se han equilibrado, en que el gobierno zarista es ya incapaz de aplastar la revolución, y la revolución no es *todavía* bastante fuerte para barrer por completo el gobierno centurionegrista. La descomposición del gobierno zarista es total. Pero, al descomponerse en vivo, el hedor que despide envenena a toda Rusia. A la descomposición de las fuerzas zaristas, contrarrevolucionarias, es imprescindible oponer ahora mismo, sin la menor demora, la *organización* de las fuerzas revolucionarias. Esta organización avanza últimamente con admirable rapidez. Así lo atestiguan la formación de destacamentos de un ejército revolucionario (grupos de defensa, etc.), el rápido desarrollo de las organizaciones socialdemócratas de masas del proletariado, la formación de comités de campesinos por el campesinado revolucionario y las primeras asambleas libres de nuestros hermanos proletarios que visten uniforme de marineros o soldados y que inician un camino duro y difícil, pero acertado y luminoso, hacia la libertad y el socialismo.

Lo que falta ahora es unificar todas las fuerzas realmente revolucionarias, que ya actúan de modo revolucionario. Falta el centro político común para toda Rusia, dinámico, ágil, fuerte por su hondo arraigo en el pueblo, que goce de la confianza absoluta de las masas, que posea una fogosa energía revolucionaria, íntimamente relacionado con los partidos revolucionarios y socialistas organizados. Ese centro sólo puede crearlo el proletariado revolucionario que llevó a cabo de manera admirable una huelga política, que organiza ahora la insurrección armada de

todo el pueblo, que conquistó a medias la libertad para Rusia y que conquistará la libertad completa.

¿Por qué el soviet de diputados obreros no puede ser el embrión de ese centro? ¿Por qué no son socialdemócratas todos los que lo forman? Eso no es un inconveniente, sino una ventaja. Siempre hemos hablado de la necesidad de la unidad de lucha de los socialdemócratas y los demócratas burgueses revolucionarios. Nosotros lo dijimos y los obreros lo hicieron. Y obraron perfectamente. Cuando leí en *Novaia Jizn* la carta de los *camaradas obreros*³ pertenecientes al partido socialista revolucionario, en la que protestan contra la inclusión del soviet en uno de los partidos, no puede dejar de pensar que, en realidad, estos camaradas obreros tienen razón en muchos aspectos. Por supuesto, discrepamos de ellos en cuanto a las ideas; ni siquiera puede hablarse desde luego, de la fusión de socialdemócratas y socialistas revolucionarios, pero no se trata de eso. Estamos profundamente convencidos de que los obreros que comparten la ideología de los socialistas revolucionarios y que luchan en las filas del proletariado no son consecuentes, porque actúan como verdaderos proletarios y al mismo tiempo conservan ideas que no son proletarias. Tenemos el deber de combatir en el terreno ideológico con la máxima energía esa inconsecuencia, pero debemos hacerlo de tal modo que no perjudique la labor revolucionaria candente, dinámica, esencial, que todos reconocen y que une a todas las personas honestas. Seguimos considerando que las concepciones de los socialistas revolucionarios no son concepciones socialistas, sino democrático-revolucionarias. No obstante, para los fines de la lucha tenemos el deber de marchar juntos, conservando la autonomía completa de los partidos, y el soviet es y debe ser una organización de lucha. Sería absurdo e insensato expulsar a los demócratas revolucionarios leales y honestos en el momento en que hacemos la revolución democrática. No nos costará gran esfuerzo superar sus inconsecuencias porque nuestras concepciones están respaldadas por la historia y por la realidad cotidiana. Si en nuestros libros no aprendieron a ser socialdemócratas, lo aprenderán en nuestra revolución. Tampoco son consecuentes, por supuesto, los obreros cristianos, que todavía creen en Dios, ni los intelectuales partidarios (¡uf...!) del misticismo, pero no los expulsaremos, no ya del soviet, ni siquiera del partido, pues tenemos la firme convicción de que la lucha real y el trabajo en común mostrarán a todos los elementos sanos la verdad que asiste al marxismo y eliminarán todo lo inepto y estéril. Y de nuestra fuerza, de

³ La "Carta de diputados del soviet, miembros del partido socialista revolucionario", se publicó en el núm. 4 de *Novaia Jizn*, del 30 de octubre de 1905.

la fuerza arrolladora de los marxistas en el seno del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, no dudamos ni siquiera un instante.

En mi opinión, el soviét de diputados obreros, como centro político dirigente de la revolución, no es una organización demasiado amplia, sino al contrario, demasiado estrecha. El soviét debe proclamarse gobierno provisional revolucionario, o bien constituirlo, incorporando para ello a nuevos diputados, no sólo de los obreros, sino, primero, de los marineros y soldados, que en todas partes se sienten ya atraídos por la libertad; segundo, de los campesinos revolucionarios; y, tercero, de los intelectuales pequeñoburgueses revolucionarios. El soviét debe elegir un núcleo fuerte para el gobierno provisional revolucionario y rodearlo de representantes de todos los partidos revolucionarios y de todos los demócratas revolucionarios (pero, desde luego, sólo revolucionarios y no liberales). No tememos a tal amplitud y diversidad, sino que la deseamos, pues sin la unión del proletariado y los campesinos, sin la alianza combativa de socialdemócratas y demócratas revolucionarios, es imposible el éxito total de la gran revolución rusa. Será una alianza provisional con fines prácticos e inmediatos bien definidos; y para defender los intereses fundamentales, los intereses vitales del proletariado socialista, para defender sus objetivos finales, siempre estará el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, partido independiente e ideológicamente firme en los principios.

Me podrán objetar: ¿será posible crear un centro con una composición tan amplia y diversa y a la vez lo bastante cohesionado y unido como para ejercer la dirección práctica? Responderé con otra pregunta: ¿qué enseña la revolución de octubre?⁴ ¿Acaso el comité de huelga no fue *en los hechos* un centro reconocido por todos, un verdadero gobierno? ¿Y acaso este comité no habría aceptado de buen grado en sus filas a representantes del sector de las “uniones” y de la “Unión de Uniones” que es realmente revolucionario y que realmente apoya al proletariado en su lucha implacable por la libertad? Lo único que hace falta es que en el gobierno provisional revolucionario exista un fuerte núcleo puramente proletario, por ejemplo, que por cada cien obreros, marineros, soldados y campesinos haya diez diputados de las uniones de intelectuales revolucionarios. Creo que los proletarios pronto sabrán fijar en la práctica la proporción correcta.

Me podrán objetar: ¿es factible que ese gobierno tenga un programa tan completo como para asegurar el triunfo de la revolución y tan amplio como para posibilitar una alianza combativa sin reticencias,

⁴ Se refiere a la huelga política de toda Rusia en octubre de 1905.

vaguedades, reservas e hipocresías? Responderé que la vida ya ha formulado todos los puntos de ese programa. Ya lo aceptaron en principio todos los elementos políticamente conscientes de todas las clases y capas de la población, hasta los sacerdotes ortodoxos. En el primer punto del programa debe figurar la vigencia completa y efectiva de la libertad política que con tanta hipocresía prometió el zar. La abolición de todas las leyes que restringen la libertad de palabra, de conciencia, de reunión, de prensa, de asociación y de huelga, y la supresión de todas las instituciones que traban el ejercicio de estas libertades deben ser una conquista inmediata, real, garantizada y llevada a la práctica.

Este programa debe incluir la convocatoria de una asamblea constituyente realmente elegida por todo el pueblo, respaldada por el pueblo libre y en armas, con todo el poder y toda la fuerza para implantar un nuevo régimen en Rusia. Este programa debe incluir la necesidad de armar al pueblo, que todos han comprendido. Basta llevar hasta el fin y unificar la obra que ya ha sido emprendida y prosigue por doquier. El programa del gobierno provisional revolucionario debe incluir también la concesión inmediata de una libertad verdadera y completa a las nacionalidades oprimidas por el monstruoso régimen zarista. La Rusia libre ha nacido. El proletariado permanece en su puesto y no toleraría que la heroica Polonia vuelva a ser aplastada. Se lanzará al combate, y no ya en una huelga pacífica, sino que luchará con las armas en la mano por la libertad de Rusia y de Polonia. El programa debe refrendar la jornada de ocho horas, que los obreros ya están “conquistando”, y otras medidas urgentes destinadas a poner freno a la explotación capitalista. Por último, el programa debe incluir indefectiblemente el traspaso de todas las tierras a los campesinos, el apoyo a las medidas revolucionarias de los campesinos para confiscar todas las tierras (sin apoyar, claro está, las ilusiones “igualitaristas” en cuanto a la tenencia de pequeñas parcelas) y la creación de comités de campesinos revolucionarios, que ya han comenzado a constituirse en forma espontánea.

¿Quién, excepto los centurionegrístas y el gobierno centurionegrísta, no admite ahora la urgencia y el carácter perentorio y práctico de tal programa? ¿Si hasta los liberales burgueses están dispuestos a admitirlo de palabra! Lo que necesitamos es ponerlo en práctica, empleando las fuerzas del pueblo revolucionario, y para ello debemos agrupar cuanto antes esas fuerzas mediante la proclamación del proletariado del gobierno provisional revolucionario. Es cierto que la base eficaz de este gobierno no puede ser otra que la insurrección armada. Pero el gobierno que proyectamos será justamente el órgano de esta insurrección que crece y ya madura. Era imposible iniciar en la práctica la formación del gobierno

revolucionario mientras la insurrección no alcanzase proporciones evidentes –tangibles, podríamos decir– para todos. Lo que ahora hace falta es dar unidad política esta insurrección, organizarla, proporcionarle un programa claro y convertir a todos los destacamentos del ejército revolucionario, ya numerosos y en constante crecimiento, un sostén e instrumento de este nuevo gobierno auténticamente libre y popular. La lucha es ineludible, la insurrección inevitable, el choque decisivo es inminente. Es hora de lanzar un desafío directo, de oponer al zarismo en descomposición el poder organizado del proletariado, de dirigir un manifiesto a todo el pueblo, en nombre del gobierno provisional revolucionario instituido por los obreros más avanzados.

Hoy vemos claro que del pueblo revolucionario saldrán hombres capaces de cumplir esta gran obra, hombres abnegadamente fieles a la revolución y, lo principal, de una energía fogosa e ilimitada. Hoy vemos claro que existen elementos del ejército revolucionario que apoyarán esta empresa, que cuanto hay de honesto, activo y políticamente consciente en todas las clases de la población volverá para siempre la espalda al zarismo cuando el nuevo gobierno declare una guerra decisiva a la Rusia agonizante, feudal y policíaca.

¡Ciudadanos! –debiera decir esa declaración de guerra, ese manifiesto del gobierno revolucionario–. ¡Elijan ciudadanos! Allí está la antigua Rusia, las fuerzas siniestras que explotan, oprimen y se mofan del ser humano. Aquí la alianza de los ciudadanos libres, iguales en derechos en todos los asuntos públicos. Allí, la unión de los explotadores, los ricos y los policías. Aquí la alianza de todos los trabajadores, de todas las auténticas fuerzas populares, de todos los intelectuales honrados. Allí, las centurias negras, aquí, los obreros organizados que luchan por la libertad, la cultura y el socialismo.

¡Elijan, ciudadanos! Este es nuestro programa hace tiempo ansiado por todo el pueblo. Estos son nuestros objetivos, y por ellos declaramos la guerra al gobierno de los centurionegristas. No imponemos al pueblo una novedad que inventamos; nos limitamos a tomar la iniciativa de realizar aquello sin lo cual, según opinión unánime, no se puede seguir viviendo en Rusia. No nos aislamos del pueblo revolucionario, sino que sometemos a su veredicto cada uno de nuestros pasos, cada una de nuestras decisiones; nos apoyamos total y exclusivamente en la libre iniciativa de las propias masas trabajadoras. Agrupamos a todos los partidos revolucionarios e invitamos a enviar a nuestras filas diputados de todos los grupos de la población dispuestos a luchar por la libertad y por nuestro programa, que garantiza los derechos y satisface las necesidades primordiales del pueblo. En particular tendemos la mano a los

camaradas obreros que visten uniforme militar y a nuestros hermanos campesinos, para luchar en común, hasta el fin, contra el yugo de los terratenientes y de los funcionarios, para luchar por la tierra y la libertad.

¡Ciudadanos! Deben prepararse para la lucha decisiva. No permitiremos que el gobierno centurionegrista siga escarneciendo a Rusia. No nos dejaremos burlar con el cambio de algunos funcionarios ni con la destitución de algunos policías, cuando el conjunto de la policía centurionegrista conserva el poder para seguir asesinando, robando y atropellando al pueblo. Que los burgueses liberales se humillen con sus peticiones a ese gobierno centurionegrista. Los centurionegristas se ríen cuando se los amenaza con juzgarlos en ese tribunal zarista que siguen integrando los mismos funcionarios zaristas. Nosotros daremos a los destacamentos de nuestro ejército la orden de arrestar a los jefes de las Centurias Negras, que embriagan y sobornan a la gente ignorante del pueblo, someteremos a todos esos monstruos, como el jefe de policía de Kronstadt, al juicio público, revolucionario de todo el pueblo.

¡Ciudadanos! Todos, menos las Centurias Negras, se han apartado del gobierno zarista. Únanse en torno del gobierno revolucionario, no paguen ninguna contribución ni impuesto, destinen sus fuerzas a organizar y armar a las milicias libres del pueblo. Rusia sólo tendrá garantizada la libertad efectiva en la medida en que el pueblo revolucionario derrote a las fuerzas del gobierno centurionegristas. En la guerra civil no existen ni pueden existir personas neutrales. El partido de los blancos está impregnado de cobarde hipocresía. Quien se aparta de la lucha, apoya los desafueros de los centurionegristas. Quien no está con la revolución está contra ella. Quien no es revolucionario es centurionegrista.

Nosotros nos encargamos de agrupar y preparar las fuerzas de la insurrección popular. Que para el aniversario de la gran jornada del 9 de enero no quede en Rusia ni rastro de las instituciones del poder zarista. ¡Que la fiesta de primavera del proletariado internacional vea ya una Rusia libre con una asamblea constituyente libremente convocada por todo el pueblo!

Así es como veo la transformación del soviét de diputados obreros en gobierno provisional revolucionario. Estas son las tareas que plantearía en primer término a todas las organizaciones de nuestro partido, a todos los obreros con conciencia de clase, al propio Soviet, al congreso obrero que va a realizarse en Moscú y al congreso de la Unión Campesina.

LA REVOLUCION DE 1905 Y LA CREACION DE LOS SINDICATOS EN RUSIA¹

Jean-Jacques Marie²

La manifestación del 9 de enero y su represión sangrienta por el ejército y la policía zaristas marcan la derrota política del “sindicalismo policial”. El gobierno abandona esta tentativa, que finalmente se volvió contra él. Su fundador Zubatov, permanecerá en desgracia hasta su suicidio en 1917, después de la abdicación de Nicolás II, derrocado por la segunda Revolución Rusa en febrero de 1917.

Las huelgas que responden al “Domingo rojo” del 9 de enero de 1905 son acompañadas por la creación de los primeros sindicatos independientes. Éstos son ilegales, ya que casi ninguna ley reconoce su existencia. Desde el día siguiente a la manifestación del 9, el comité de Petersburgo del POSDR (bolcheviques) difunde dos folletos. Llama a la huelga general y a la lucha armada contra la autocracia y llama al mismo tiempo a constituir sindicatos, a los cuales entonces, se les da el nombre vago de “unión”: la palabra rusa que designa a los sindicatos desde fines de 1905, *Professionnalny soiuz*, o abreviado, *Profsoiuz* que, por otra parte, quiere decir más exactamente “Unión profesional”. El comité afirma: “Sin la unión, sin asociación, no puede haber fuerza. Incluso la huelga –este medio potente de la lucha del proletariado– no puede triunfar si los trabajadores asalariados (los obreros) no se reúnen primero en las uniones”³.

Los primeros sindicatos se forman en las fábricas metalúrgicas de la capital: Putilov, Semianikov, Obujov, a partir de febrero. Los estatutos del sindicato constituido en la fábrica Semianikov estipulan: “La unión tiene como objetivo unir a todos los obreros de la industria metalúrgica en la lucha por sus derechos profesionales y jurídicos”⁴. Los estatutos precisan este objetivo: el sindicato organiza a los trabajadores para obtener la

¹ Traducción de los *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 86.

² Jean-Jacques Marie es el actual director del CERMTRI (Centre d’Etudes et de Recherches sur les Mouvements Trotskyste et Révolutionnaires Internationaux).

³ *Listovski petersburgskij bolchevikov*, 1902-1917, Tomo I, Moscú, 1939, pág. 218.

⁴ V.V. Sviatlovski : *Istoria professionalnogo Dvijenia v Rosii ot vosniknovenia rabotcego klassa do 1917 goga*, Leningrado, 1925, pág. 99.

mejora de sus condiciones de trabajo, el aumento de los salarios, la reducción de la jornada de trabajo, la supresión de las multas, la mejora de las condiciones sanitarias. En el mismo espíritu de las Bolsas de trabajo francesas de la época, de las cuales los metalúrgicos rusos ignoraban todo, los estatutos añaden que el sindicato “cuida la elevación del nivel cultural de sus miembros abriendo bibliotecas, clubes, todo tipo de establecimientos de instrucción y formación (técnica y otras), la organización de conferencias y reuniones públicas, la fundación de diversas sociedades, etc.”⁵.

El reflujó del movimiento de huelgas a partir de marzo frena la creación de sindicatos. Así, la tentativa del 11 de junio de constituir un sindicato de empleados de comercio (hay más de 150.000 empleados y funcionarios de todos los órdenes en Petersburgo, capital imperial) había sido brutalmente dispersada por la policía. Al llamado de un comité de iniciativa, varios centenares de empleados y funcionarios, hombres y mujeres, se reunían en el parque Alexandrovski Sad. Antes de ser detenidos por la policía, tuvieron tiempo de elaborar una petición exigiendo:

- Una interrupción para almorzar al mediodía;
- Un franco por semana;
- Vacaciones pagas por los patrones;
- Para las mujeres embarazadas, un mes de licencia paga antes del nacimiento y un mes después;
- La instauración de un sistema de protección social pago por la empresa.

El comité de iniciativa envió la petición a la asociación de comerciantes de la ciudad, quienes no juzgaron necesario responder. Será para otra ocasión.

La creación de sindicatos conoce un nuevo y decisivo ímpetu con la huelga general de octubre de 1905. La huelga y la constitución de sindicatos están íntimamente ligadas. Así, la huelga de los ferroviarios, que va a dar su impulso a la huelga general, comienza el 7 de octubre en las líneas de ferrocarriles de Moscú. El 9 de octubre, se realiza un primer congreso de ferroviarios en Petersburgo, que adopta una carta reivindicativa (la jornada de trabajo de 8 horas, las libertades cívicas, la amnistía para los prisioneros políticos), que expide por telégrafo a todas las líneas y a todos los depósitos al mismo tiempo que decide constituir un sindicato.

La huelga estalla el 12 de octubre en las fábricas de la metalúrgica de Petersburgo donde se constituyeron en primavera los primeros sindicatos, se amplió el 13 y se volvió general en la industria el 14: ese día, todas las fábricas de la capital están en huelga. Incluso los empleados de

⁵ *Profsoiuzy SSSR. Dokumnety i materialy*, Moscú, 1963, págs. 87-88.

comercio están en huelga; las farmacias están cerradas. A partir del 15, la huelga de las fábricas gana los sectores no industriales: los bancos, el telégrafo, el correo, los empleados de los ministerios y tribunales. El 16 de octubre, los artistas, bailarines y bailarinas de los teatros y ballets imperiales rechazan tocar para su noble y militar público.

El 13, se constituyó en la capital una asamblea de diputados de fábricas, que toma el nombre del soviét y reúne día a día un número creciente de diputados. Aunque haya sido concebido primero como un comité de huelga, el soviét es un organismo político, pues organiza masas cada vez más amplias de trabajadores, frente a la patronal y el Estado, a través de un conjunto de reivindicaciones económicas, sociales y políticas. Su desarrollo estimula la organización corporativa de los trabajadores y le brinda su apoyo.

Para detener este movimiento, el zar acuerda el 17 de octubre un manifiesto, que reconoce la libertad de palabra, de reunión y de asociación. Estos derechos deben ser codificados por leyes; mientras no lo sean, permanecen como principios muy generales. Pero el reconocimiento de principio hecho para desarmar el profundo movimiento que comenzó desde el 12 de octubre da un impulso formidable a la creación de sindicatos en la capital: en menos de seis semanas, de mediados de octubre a fines de noviembre, se constituyen 41 sindicatos, reuniendo más de 30.000 miembros. El movimiento, que conoce una aceleración fantástica, comprende a todas las profesiones: el 24 de octubre, se crea por ejemplo, el sindicato de los obreros panaderos que, desde el día de su constitución, reúne a 91 obreros panaderos, y el sindicato de los zapateros, que reúne a 400 adherentes desde el primer día; en el mismo momento, se forma el sindicato de los obreros y obreras textiles que, luego de su segunda reunión, el 27 de octubre, ya reúne a 450 adherentes. El 9 de noviembre, se crea un sindicato de sirvientes y mozos de café, del cual la asamblea constitutiva reúne a más de 2.000 participantes. Algunos días más tarde, se constituye el sindicato de cocineros.

Los sindicatos se constituyen primero como uniones de oficio. Por ejemplo, en la metalurgia, se forman uniones de fundidores, de técnicos, de maquinistas, balancistas, montadores eléctricos, herreros. En la industria textil se crean, independientemente los unos de los otros, uniones de tejedores, hiladores, cinteros, tintoreros y calceteros.

Si la base constitutiva de estos diversos sindicatos es en sus inicios esencialmente corporativa, las mismas necesidades de la lucha reivindicativa contra la patronal y el gobierno, van a hacer estallar rápidamente este marco inicial estrechamente corporativo. Dos factores facilitan este rápido estallido:

- Las relaciones entre numerosos sindicatos y el Soviet de Petersburgo.
- La política unificada de la patronal para oponerse a este movimiento

e impedir a los trabajadores que obtengan la satisfacción de sus reivindicaciones.

Representantes de siete sindicatos (impresores, funcionarios, empleados de oficina, farmacéuticos, relojeros, sastres y técnicos) participan en las reuniones del Soviet de Petersburgo, que se constituyó el 13 de octubre. Desde principios de noviembre, 16 sindicatos tienen en calidad de representantes a 54 miembros en el soviét. Luego el soviét, con el acuerdo de los sindicatos involucrados, definió reglas de representación sindical en su seno: un diputado cada mil miembros. El soviét, que reúne sobre una base común a diputados de todas las profesiones, empuja entonces naturalmente a los sindicatos que participan en su actividad a superar el carácter inicial puramente corporativo de su constitución.

La política de la patronal también empuja involuntariamente a los obreros en este sentido. Para responder a la decisión del Soviet de Petersburgo de imponer la jornada de 8 horas, los patrones deciden a mediados de noviembre el lock out de las fábricas metalúrgicas. En respuesta a esta decisión, que afecta a todas las fábricas y a todas las categorías, los sindicatos reúnen el 16 de noviembre una asamblea general de diputados de los metalúrgicos de la capital, electos sobre la base de un diputado cada 100 obreros. La asamblea discute la creación de un sindicato de los metalúrgicos de toda la ciudad de Petersburgo (que cuenta entonces con un poco más de 100.000 metalúrgicos). El 20 de noviembre, los sindicatos de varias fábricas organizan reuniones comunes para discutir la realización de esta perspectiva; una comisión encargada de ir en este sentido reúne a los diputados de las más grandes fábricas de la metalurgia de la capital: Putilov, Semianikov, Obujov y Alexandrovski. Una segunda reunión común de los sindicatos de varias fábricas afirma la necesidad de crear con toda urgencia este sindicato.

Poco antes, se había constituido una Unión de uniones (no industriales), donde entran las uniones profesionales recientemente formadas de docentes, ingenieros, médicos y abogados.

En el mismo camino, los sindicatos que se constituyen cada semana intentan rápidamente centralizar su actividad: el 6 de noviembre de 1905, los representantes de seis sindicatos (los madereros, los imprenteros, los sastres, zapateros, tejedores y jardineros) constituyen un “Buró central de los sindicatos de San Petersburgo”, que elige un secretariado presidido por el militante socialdemócrata menchevique M. Grinevich (seudónimo de M. Kogan). Entre los miembros del secretariado, se encuentra el futuro bolchevique y especialista mundial de Marx y Engels, David Riazanov. Este Buró central de los sindicatos de la ciudad, cuyo rol es coordinar la actividad de los sindicatos con los que está en relación y publicar un

boletín o una revista de información, de análisis y consejos, designa dos diputados con voz deliberativa al comité ejecutivo del soviét. Decide publicar una revista regular, titulada *El Sindicato*.

El historiador del movimiento sindical Nossach resume así a las principales reivindicaciones propuestas por los sindicatos de la capital: “Las reivindicaciones económicas ocupaban el lugar esencial en los estatutos de los sindicatos y, especialmente, el establecimiento de la jornada de ocho horas, el aumento de salarios, la supresión de horas extras y del trabajo nocturno, la prohibición del trabajo infantil, el alivio de las condiciones de trabajo y de la situación de las mujeres, la supresión de multas, la mejora de las condiciones de trabajo y de existencia. Los obreros incluían en el estatuto de sus sindicatos exigencias jurídicas capitales: el reconocimiento de sus diputados electos, el derecho de huelga, el derecho a constituir sindicatos, el derecho de reunión, la libertad de prensa, la inviolabilidad de la persona y del domicilio, la asistencia jurídica gratuita”⁶.

La voluntad de los sindicatos de centralizar su actividad frente al gobierno se manifiesta en particular en los ferroviarios, quienes fueron realmente el motor de la huelga general de octubre. Realizan un congreso nacional (panruso) en Moscú a principios de diciembre, en el mismo momento en que se constituye efectivamente... y muy tardíamente... el Soviet de Moscú. Estas dos iniciativas se realizan mientras que los militantes de las tres fracciones y partidos “socialistas” (bolcheviques, mencheviques y SR) se prepararan para la insurrección. Representantes de estas tres organizaciones van por otra parte a exponer sus planes en una sesión especial del congreso. Este congreso concluyó con un mitin el 9 de diciembre, que la tropa ataca y dispersa a cañonazos.

El Soviet de Petersburgo preparaba la realización de un congreso de los soviets y de los sindicatos, con representantes de los partidos “socialistas”, en diciembre. Su detención impide su realización.

Después de la detención del soviét de Petersburgo, el 3 de diciembre de 1905 y del aplastamiento de la insurrección de Moscú, a fines de diciembre de 1905, el gobierno dirige una brutal ofensiva contra el movimiento obrero y los sindicatos nacientes: sólo en la ciudad de Petersburgo, alrededor de 1.000 militantes obreros son detenidos y encarcelados, cerca de 7.000 son exiliados, en su mayoría por medidas administrativas, se prohíben diez publicaciones sindicales. Numerosos locales sindicales son saqueados, sus documentos y su tesorería son confiscados. Las reuniones del Buró Central de los sindicatos de Petersburgo de los días 9, 17 y 30 de diciembre de 1905 están dedicadas sobre todo a hacer el triste inventario de los locales saqueados y robados, de los sindicatos disueltos

⁶ V.I. Nossach: *Profsoiuzy Sankt-Peterburga (1905-1930)*, San Petersburgo, 2001, pág. 36.

(entre los cuales está el aún embrionario de los metalúrgicos), de las direcciones sindicales detenidas en bloque y de los encarcelados, como los del sindicato de los sombrereros, sastres, trabajadores marítimos. La policía detiene al presidente del sindicato de los cocheros, rompe todo el mobiliario del local y le pone bandas de clausura.

El Buró central de los sindicatos de Petersburgo, en su reunión del 31 de enero de 1906, en pleno desarrollo de la represión gubernamental, se fija cinco reglas de funcionamiento o tipos de actividad que muestran que está muy lejos de constituir el organismo dirigente de una estructura sindical del tipo unión departamental (¡pero no hay departamentos en Rusia!) y tiene un rol esencialmente consultivo y propagandista.

Los sindicatos que adhieren a él le aportan la suma extremadamente exigua del 2 % del monto de sus cotizaciones;

El Buró puede recibir donaciones;

Organiza conferencias, conciertos y loterías;

Puede comprar libros con descuentos y revenderlos a precio normal para sustraer recursos;

Puede editar folletos sobre el movimiento sindical y obtener préstamos.

Los recursos de este Buró central de los sindicatos son absolutamente insignificantes. El informe financiero para 1906 establecido por este Buró central en febrero de 1907 da las siguientes cifras: los recursos mensuales del buró eran un promedio de 144 rublos y 32 kopekcs. De esta suma, 36 rublos y 29 kopecks provienen de cotizaciones aportadas por los sindicatos miembros. Los abonos y venta de revistas y folletos brindan una ganancia media de 52 rublos y 3 kopecks, la actividad de coedición con sindicatos le aportaban 50 rublos. A esta suma muy modesta, se le añaden 5 rublos de ganancias anexas.

Se puede juzgar la insignificancia de estas sumas comparándolas por ejemplo, con la grilla de salarios de los obreros panaderos arrancada por su sindicato a principios de 1906: el salario mínimo mensual de un obrero panadero es de 50 rublos, el de un obrero pastelero es de 40, el de un aprendiz 35 rublos y el de un contraamaestre pastelero es de 70 rublos. Así, el conjunto de las cotizaciones aportadas por los sindicatos miembros del Buró central de los sindicatos a este último era igual al salario mínimo mensual de un aprendiz. Su presupuesto mensual era igual al salario mensual de tres obreros panaderos, todos recursos asombrosos. Este Buró central de los sindicatos no tenía entonces ninguna posibilidad de coordinar o de centralizar nada.

No obstante pudo, a pesar de la represión, contribuir a la organización y la realización, del 24 al 28 de febrero, de una conferencia panrusa

de los sindicatos, es decir una conferencia que reunió a sindicatos de diversas regiones del país. Los sindicatos de Petersburgo y de Moscú habían enviado allí cada uno tres diputados, los de otras ciudades, dos. La conferencia, que apunta sobre todo a organizar un intercambio entre los presentes, establece un cuaderno de reivindicaciones mínimas, pero sobre todo la medicina del trabajo; si bien no puede abrir el paso a una confederación sindical, que el gobierno no aceptaría, llega a una conclusión que saca el diputado de Nijni-Novgorod: la clase obrera, dice, ha comprendido “que nuestra fuerza está en la unidad; ningún castigo por parte del régimen policial burocrático obligará al proletariado a detener el combate que ha entablado por sus derechos jurídicos y corporativos”⁷. No es una gran frase: es el anuncio de lo que va a pasar en los años siguientes. Una vez sembradas las semillas de la organización, el régimen podrá intentar ahogarlas pero no podrá extirparlas.

El gobierno, confrontado a la potencia del joven movimiento obrero a pesar del reflujo de la ola revolucionaria, no puede contentarse sólo con la represión. Decide entonces autorizar legalmente a los sindicatos, intentando al mismo tiempo, encorsetarlos con disposiciones extremadamente restrictivas. Promulga, el 4 de marzo de 1906, un decreto titulado “Reglas provisionarias sobre las sociedades y las uniones”. Estas reglas provisionarias ponen en el mismo plano a los sindicatos de los asalariados y a las organizaciones patronales, como se lo ve claramente en la lectura del párrafo 1 del título II reproducido al final de este artículo. Ellas definen la esfera de actividad autorizada para los sindicatos, limita su campo de reclutamiento prohibiendo el derecho a sindicarse a los empleados del ferrocarril del Estado y privados y de los servicios telefónicos que les pertenecen.

Las reglas provisionarias quieren reducir el sindicato al rol de sociedad de ayuda y socorros mutuos y encerrarlo en la colaboración con la patronal, limitando su actividad a la de un organismo de discusión con esta última para alejar todo tipo de conflicto, reducido a una incapacidad de comprensión. Es un esbozo de “diálogo social” con intervención de una instancia de mediación.

El historiador del movimiento sindical en San Petersburgo, Nossach, subraya otro aspecto de los límites estrechos en los cuales la ley quiere encerrar la actividad de la organización sindical: “La ley limitaba las posibilidades de unión de los sindicatos a nivel de la ciudad, de la provincia y del país”⁸, es decir, prohibía constituir uniones locales o provinciales interprofesionales y federaciones de oficios o de industria ¡y, por supuesto, una confederación! El párrafo 6 de la II^o parte estipula, en efecto,

⁷ Ídem, pág. 50.

⁸ Ídem, pág. 49.

explícitamente: “Está prohibida la unión de dos o varias sociedades profesionales (es decir, sindicatos) en una sola unión”.

Esta disposición no alcanzará para impedir que sindicatos de oficios de una misma ciudad se unan en sindicatos de metalúrgicos, obreros textiles, panaderos u otros de Petersburgo o de otra ciudad, ni para impedir que los diputados de sindicatos de diversas ciudades organicen conferencias o reuniones comunes, pero estos encuentros no pueden abrir el paso a la constitución de instancias regulares. La ley alcanzará efectivamente para impedir la formación de uniones interprofesionales a nivel local y provincial y federaciones.

A pesar de esto, favorece un nuevo desarrollo de la creación de sindicatos. A principios de marzo, en varios distritos de la ciudad, se reconstituyen comités de iniciativa por la formación de un sindicato de los metalúrgicos de Petersburgo. El 11 de marzo, los obreros de Putilov deciden, sin esperar, constituir un sindicato de los metalúrgicos del distrito de Narva. Con la ayuda del Buró central de los sindicatos, 2.000 metalúrgicos se reúnen el 30 de abril y constituyen “La Sociedad profesional de los obreros del metal”. La asamblea elige una dirección provisoria, formada por tres diputados de cada dirección de distrito. La reunión elige por unanimidad a Iosif Ianisevich como presidente del sindicato, el tesorero electo es Mijhail Tomski, el futuro dirigente bolchevique, futuro presidente de los sindicatos soviéticos y futuro miembro de la “Oposición de Derecha” junto a Bujarin y Rikov. El secretario electo es Roman Malinovski, que se convertirá cuatro años más tarde en agente provocador pagado por la policía, luego en 1912, diputado bolchevique, antes de ser obligado a dimitir en 1914, será fusilado en 1918 cuando regresó a Rusia.

La actividad del sindicato de los metalúrgicos, que obtuvo reducciones de la jornada de trabajo en varias fábricas⁹, inquieta mucho a las autoridades y, el 28 de julio de 1906, disuelven el sindicato, su local es devastado, sus bienes, sus archivos y su caja son confiscados por la policía. El mismo día, el gobierno también disuelve el sindicato de los zapateros. Los dos sindicatos deciden pasar a la clandestinidad. En ella, el sindicato de los metalúrgicos continúa desarrollándose: al 1º de julio de 1906, contaba con 6.261 adherentes; al 1º de enero de 1907, contaba con 11.332.

El sindicato de zapateros hizo lo mismo. Como respuesta a la disolución, su secretario escribía en el periódico desde ahora ilegal del sindicato, *El Zapatero de Petersburgo*: “¡Camaradas! El 28 de julio, dejamos de

⁹ En 21 empresas metalúrgicas que empleaban a 10.825 trabajadores, obtuvieron la reducción de la jornada de trabajo a 8 o 9 horas. En otras 21 empresas que empleaban a 21.400 trabajadores, obtuvieron su reducción a 9,5 o 10 horas. En 1907, la patronal hará subir la duración de la jornada de trabajo a 11 horas o más con reducción del salario.

existir oficialmente como sindicato. Pero nuestras necesidades no están satisfechas, son las mismas que antes (...). Vamos a continuar la lucha con la misma energía. Sólo se cerró nuestro local, pero es imposible destruir en nosotros la conciencia de la comunidad de nuestros intereses. La disolución de nuestro sindicato sólo nos empuja a unirnos aún más estrechamente (...). Lo más importante en la lucha es la organización”¹⁰.

Sin duda es la principal lección que sacan entonces los militantes sindicales rusos al inicio de una lucha muy difícil. En los años siguientes, en efecto, el reflujó de la ola revolucionaria, el crecimiento de la desocupación (de enero a agosto de 1906, el número de desocupados en Petersburgo pasa de 22.000 a 42.000) y la brutalidad de la represión policial y patronal hacen perder a los sindicatos a la mayoría de sus adherentes, pero no alcanza a destruirlos.

Sin embargo, la patronal y el gobierno no retroceden frente a nada. En junio de 1907, la Asociación de los fabricantes y empresarios de Petersburgo crea un fondo especial antihuelga, destinado a financiar a los amarillos, rompehuelgas y pogromistas. En 1907, en las grandes empresas de la metalurgia (en Putilov, en la fábrica metalúrgica, en Obujov y en varias más), la patronal baja los salarios de 30 a 40 %. Las bajas de salarios, el aumento de la jornada de trabajo anulan las conquistas arrancadas en este terreno en 1906. Gobierno y patronal cooperan estrechamente en este sentido.

De junio de 1907 a abril de 1908, la policía cierra en Petersburgo 27 publicaciones sindicales. A principios de 1907, Petersburgo contaba con 44 sindicatos que reunían a casi 52.000 obreros y obreras. A mediados de 1908, sólo quedan 28 sindicatos que reúnen a 22.300 miembros... de los cuales sólo 7.418 habían pagado su cotización. En julio de 1909, el número de cotizantes caía a 5.418. En 1910, sólo quedaban en Petersburgo 17 sindicatos. El sindicato de los metalúrgicos cuenta entonces con 3.675 adherentes, pero sólo un tercio paga su cotización. El sindicato de los obreros y obreras textiles ve pasar a su número de adherentes de 4.000 en marzo de 1907 a 430 a fines de 1910. En 1907, los sindicatos editan en Petersburgo 27 publicaciones; en 1908, 15; en 1910, su número cayó a 6...

Pero el movimiento que había sublevado a los obreros y obreras en 1905 y 1906, a pesar de sus apariencias, no había sido anulado, los sindicatos, incluso desmantelados, incluso prohibidos e impedidos de coordinarse en uniones y federaciones, no habían sido destruidos. Gobierno y patronal iban a darse cuenta de ello cuando el movimiento obrero, a partir de 1911, retoma su ímpetu.

¹⁰ V. I. Nossach, ídem, pág. 56.

DECRETO DEL ZAR NICOLAS II SOBRE LOS SINDICATOS Y ORGANIZACIONES PATRONALES¹

REGLAS PROVISORIAS SOBRE LAS SOCIEDADES Y UNIONES

Sin esperar la promulgación, conforme al Manifiesto del 17 de octubre de 1905, de una ley general sobre las uniones y las sociedades, hemos juzgado conveniente poner en práctica las siguientes reglas provisorias sobre este punto.

TÍTULO II

1. Las sociedades profesionales tienen por objetivo lograr explicitar los intereses económicos y llegar a un acuerdo sobre ellos, mejorar las condiciones de trabajo de sus miembros o elevar la productividad de las empresas que les pertenecen.

2. En particular, las sociedades profesionales pueden darse como objetivo:

- a) buscar los medios para eliminar, gracias a un acuerdo o al examen de una tercera instancia, las incomprensiones nacidas sobre la base de las condiciones definidas por los acuerdos entre los empleadores y los asalariados;
- b) Explicitar las cifras del salario y de otras condiciones de trabajo en las diferentes ramas de la industria y del comercio;
- c) Brindar subsidios a sus miembros;
- d) Constituir cajas destinadas al financiamiento de obsequios, a la compra de vestidos de casamiento, a la ayuda mutual;
- e) Organizar bibliotecas, escuelas profesionales, cursos y conferencias;
- f) Brindar a sus miembros la posibilidad de adquirir a bajos precios objetos de primera necesidad e instrumentos de producción;
- g) Aportar a una asistencia en la búsqueda de trabajo o fuerza de trabajo;

¹ Traducción de la versión publicada en *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 92.

h) Brindar asistencia jurídica a sus miembros (...);

6. Está prohibida la unión de dos o más sociedades profesionales en una unión. Están prohibidas también las sociedades profesionales dirigidas por instituciones o personas que se encuentren en el extranjero.

Firmado: "Nicolás"

4 de marzo de 1906

UNA PAGINA DE LA INSURECCION DE MOSCU¹

N. Nikodimov

Fui nombrado por el comité de Moscú del POSDR como agitador y representante del comité, pero sin tareas militares precisas. Debía atribuir-melas en el lugar, en el distrito de los ferrocarriles. Debemos trabajar en común con los drujina² de los SR, bastante influyentes en este distrito, pero los acontecimientos comenzaron más rápido de lo que se suponía. El poder se apuró a atacarnos antes que hayamos tenido tiempo de atacarlo a él.

El día 6 a la tarde, los drujiniki –la mayoría de ellos ferroviarios– se habían reunido en el edificio de la escuela Fidlerovski, en el barrio de Tchistye Prudy. Pero a las 10 de la tarde, un compacto cordón de tropas los encerró y no pude penetrar en el local. Fueron las tropas gubernamentales las primeras que decidieron comenzar las acciones militares. Bombardearon la casa de Fidler a cañonazos, varios camaradas fueron asesinados intentando atravesar el cordón de las tropas y sólo algunos lograron huir.

Los cañonazos sembraron la inquietud en la Moscú obrera y, a partir de la medianoche, se comenzó febrilmente a levantar barricadas. Introduciéndome en la Tverskaia³, en la esquina de la Sadovaia Triumfalnaia, caí sobre la primera barricada, bajo el fuego del ejército. Los camilleros se ocupaban de trasladar a los heridos. Un destacamento de soldados, respondiendo a la orden dada por un joven oficial de “no ahorrar cartuchos”, ametrallaba la avenida de Tver de arriba abajo y a los dos lados. Caí en su poder, pero aparenté ser un simple habitante temeroso y, por suerte, me liberaron.

Al día siguiente (7 de diciembre), desde el inicio del día, Moscú estaba irreconocible. Los vagones de tranvías, los postes telegráficos, muebles, tablas de madera, vigas, troncos, montañas de nieve cubiertas de hielo, abundantemente irrigadas de agua y, miles de obreros, constructores de barricadas dispuestos a responder a la primera aparición del adversario.

¹ Extractos realizados por el CERMTRI de Maksakov y N. Nikodimov, *Dekabrskoie Vosstanie v Moskve v 1905*, Moscú, Ediciones del Soviet de Moscú, 1919. Traducción de la versión publicada en *Cahiers du Mouvement Ouvrier* N° 25, CERMTRI, París, diciembre de 2004-enero de 2005, pág. 72.

² Drujina: grupo de voluntarios armados, a quienes se llamaba drujiniki.

³ La Tverskaia es la calle central de Moscú, llamada Gorkaia durante la época soviética. Desde 1992, recobró su antiguo nombre.

Me dirigí con dificultad a través de las barricadas hacia el sector de las estaciones y tuve un breve mitin en el depósito de la estación de Kazán⁴. Los talleres ardían de actividad: los obreros forjaban allí sus armas blancas. El mitin fue breve y productivo. Habíamos organizado destacamentos de drujiniki para expandirse en las unidades del ejército, con el fin de procurarnos armas, habíamos organizado requisas en los departamentos de los burgueses y los policías. Hacia el fin de la tarde, habíamos recolectado 30 revólveres y una decena de fusiles. El armamento de todo nuestro destacamento se reducía a 60 revólveres y diez fusiles.

Teníamos como tarea vigilar los movimientos de los trenes hasta las estaciones de Nicolaiev, Iaroslavl y Kazán, pero cumplir esta tarea con las fuerzas que disponíamos era muy difícil. El camarada que habíamos enviado al centro para obtener ayuda y directivas, nunca volvió.

La noche avanzaba. Desde la ciudad, nos llegaba un ruido de fusiles incesante, pero nadie sabía verdaderamente lo que pasaba allí. Se decía que el Estado Mayor del gobernador general de Moscú, Dubasov, se había transportado al Kremlin, que había un gran fusilamiento en la avenida Bronnaia, que la estación de Kursk había caído en nuestras manos, que habíamos ocupado numerosas comisarías de policía, que los soldados se agitaban en los cuarteles y que no se los dejaba salir, que varios de ellos habían sido desarmados. De la estación de Nicolaiev, por el contrario, nos llegó la novedad inquietante de la llegada de varios contingentes de soldados provenientes de Piter⁵.

El conductor del tren Ujtomski, un antiguo soldado que habíamos designado como jefe de la drujina, no sabía más qué hacer.

Instalamos una guardia sobre el puente de Krasnojolms, cerramos con barricadas el distrito alrededor de la estación, pero nos olvidamos de levantar barricadas en la calle principal de Krasnoprudnaia y, en lugar de ocuparnos de eso, subimos a un tren para ir a buscar ayuda a la fábrica de Liubertsy y en los talleres de Perov⁶.

Allí no encontramos ayuda pero, en uno de los trenes que traía de regreso a los soldados de Manchuria, logramos procurarnos 30 carabinas con cartuchos y confiscar algunos revólveres a oficiales. Dos soldados se unieron a nosotros y, con su presencia y con las carabinas nos sentimos más airosos, mientras que comenzaba un nuevo día.

No habíamos dormido y nos parecíamos a las moscas de verano. Cuando nuestro tren llegó a la estación de Kazán, nos repartimos en grupos para

⁴ Estación de Kazán: es parte de un conjunto de tres estaciones, en esa época, del suburbio Oeste de Moscú.

⁵ Piter: nombre familiar de Petersburgo.

⁶ Perov: estación del suburbio que comprendía un enorme depósito.

poder dormir alternativamente. Durante este tiempo, los acontecimientos se desarrollaron de manera más amenazante e inquietante. De la estación de Nicolaiev, se nos informó de la llegada de nuevos contingentes de tropas zaristas y rápidamente, nos tiraron desde la estación. No nos quedamos quietos y empezamos a responder con un nutrido tiroteo. Bajo las balas, levantamos la barricada de la calle Krasnoprudnaia, cortando así por el medio la calle que va hacia Sokolniki y hacia la barrera de Preobrajenski.

Algunos drujiniki del distrito de Sokolniki lograron deslizarse hasta nuestro lugar e intentamos atacar a la estación de Nicolaiev, pero fuimos recibidos con violentos tiros de ametralladora y no pudimos atravesar la plaza. Retrocedimos. El adversario decidió actuar implacablemente y empezaron a bombardear a cañonazos a toda la estación de Kazán y las vías de acceso. Los obuses hicieron fuego contra numerosos vagones, contra el depósito de objetos de primera necesidad de los ferroviarios y contra algunas casas de madera, habitadas por obreros, quienes vivían junto a la estación.

El tiroteo no se detenía. Permanecimos en la plaza bajo el fuego de nuestras armas y no dejamos a nadie atravesarla. Los obreros apagaron los incendios, llenaron nuestro tren de pan y de jamones y nos aportaron comida y té. Una decena de camaradas fueron muertos o heridos en el tiroteo, pero otros tomaron su lugar. Los drujiniki fatigados dejaban sus fusiles y sus cartuchos a los nuevos, quienes no tenían armas y hacían cola para también poder tirar.

Lo que más nos desanimaba, era la ausencia de relación con el centro y con los otros distritos. La conciencia que en “Piter todo estaba tranquilo” y que, desde allí, enviaban destacamentos a la estación para aplastar la insurrección de Moscú nos oprimía.

La oscuridad llegó.

Pero aún continuaban el reflejo de los incendios en las calles, el cañoneo, el crepitar del tiroteo.

Ujtomski, el jefe de nuestra drujina, nos ordenó partir en tren hacia Kolomna y buscar allí a los drujiniki de la fábrica de Kolomna, deseosos, según afirmaba él de unirse a nosotros. La expedición fracasó, pues no pudo encontrar una vía libre. Toda la línea estaba llena de tropas que volvían de la guerra con Japón. Agotados, dormían en Perov en sus vagones y, temprano a la mañana, se movilizaban hacia Moscú.

El mismo Ujtomski conducía la locomotora y discutimos tranquilamente en los vagones. De repente, alrededor del pasaje Gavriokov, nuestro tren fue ametrallado. No tuvimos tiempo de ponernos en posición de tiro; recibimos la orden de alejarnos. Muchos de nosotros nos alejamos para no volver nunca más a nuestra posición. Ujtomski hizo retroceder al tren y logramos escapar al ametrallamiento.

Nos reencontramos en la estación de Perov. Sacamos de los vagones a los camaradas muertos y heridos, o sea, más de la mitad de nuestro destacamento. Luego decidimos disolverlo y aconsejar a nuestros camaradas para intentar volver a pie a la ciudad. Los drujiniki me dieron la responsabilidad de aprovisionarlos luego de carabinas y cartuchos. Logramos pasar entre las masacres que se ejecutaban en la ciudad con nuestro precioso cargamento sobre nuestra locomotora, luego de disimularlo en el granero de una casa abandonada de un suburbio.

La tormenta era feroz. Nuestro fracaso nos devoraba el alma, y la ignorancia de lo que pasaba nos abatía. Alrededor de la medianoche logramos retornar de los inmuebles donde se desarrollaban los combates y por azar nos quedamos en el departamento de uno de los ingenieros que participaban en los combates para comer y saber lo que pasaba en Moscú. Nos dejaron entrar y nos recibieron con un miedo no disimulado, pero a pesar de esto, se nos dio de comer y nos hicieron acostar en divanes. Y luego, satisficieron nuestra curiosidad: “La insurrección está casi aplastada, las tropas del gobierno ocupan toda una serie de distritos, sólo queda resistiendo el barrio de Presnia, que está sometido al cañoneo”.

Después de algunas horas de sueños de pesadilla, decidimos infiltrarnos en la ciudad. Logramos pasar sin problema la barrera de entrada. Después, las calles estaban llenas de patrullas que verificaban cuidadosamente las cédulas de identidad y preguntaban: “¿De dónde viene usted? ¿Adónde va, por qué? etc”.

Logramos unirnos al centro de Moscú cerca del mediodía: la organización aún se sostenía, pero muchos camaradas del partido ya habían sido asesinados, heridos o detenidos.

Las tropas y la policía cercaban distritos enteros y multiplicaban las búsquedas para encontrar las armas.

En los distritos “obstinados”, la lucha continuaba. Los cañones aún hablaban en los barrios de Sujarevka, de Strastny y en Presnia, donde el ejército bombardeaba las barricadas y casas aisladas donde se habían atrincherado los drujiniki. Aún esperábamos el “apoyo” de Piter, pero rápidamente quedo claro que habíamos sido aplastados.

Al día siguiente en Presnia, la fábrica Schmidt⁷ y los dormitorios obreros de la fábrica de Prorojov ardían, se limpiaron las principales calles de Moscú de barricadas.

La insurrección era liquidada.

⁷ Schmidt: propietario de una importante fábrica en el distrito de Presnia y simpatizante bolchevique, se había unido a la insurrección e invitó a sus obreros a hacer lo mismo.

LA REPERCUSION INTERNACIONAL

LA REVOLUCION DE 1905¹

N. Lentzer

“Hace veinte años estalló en Rusia una revolución que debía ser no sólo el primer ensayo de la de Octubre de 1917, sino la precursora de las revoluciones nacionales de oriente y un potente motor de la lucha de clases del proletariado europeo. Rusia, que estaba aún en el estado feudal desde hacía cuarenta años, atravesó en 1905 una revolución burguesa por su contenido social y económico pero proletaria por su modelo de lucha”.

LA REVOLUCION DE 1905 Y LOS OBREROS DE OCCIDENTE

La Revolución de 1905 fue uno de los acontecimientos más importantes en la vida del proletariado internacional. Ya mucho antes de 1905, los miembros de la Internacional, comprendían claramente el rol revolucionario de Rusia. Sólo daremos como prueba de ello el célebre artículo “Los eslavos y la revolución”, en el cual Kautsky declaraba abiertamente que la inminente Revolución Rusa purificaría la atmósfera viciada en la cual vegetaba el movimiento obrero de Europa desde el establecimiento del parlamentarismo.

La Revolución de 1905 fue saludada con entusiasmo por las masas obreras europeas, cuya atención estuvo durante mucho tiempo concentrada únicamente en los acontecimientos de Rusia. Veamos cuáles eran las causas del interés que ponían los obreros de occidente en la lucha de sus hermanos de Rusia.

1º En diferentes países de Europa el proletariado estaba luchando aún con las supervivencias del feudalismo contra las cuales el proletariado ruso se sublevaba en su país. En Austria, la clase obrera estaba privada del derecho de voto; los campesinos eran dependientes de los grandes propietarios terratenientes; numerosas minorías nacionales estaban oprimidas por la monarquía de los Habsburgo. En Sajonia,

¹ Estos son algunos extractos del folleto *La Revolución de 1905* editado en 1925 por la librería de L'Humanité (Partido Comunista Francés). Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 5.

existía un sistema de voto que reducía a nada la representación de la clase obrera;

2º La Revolución Rusa coincidía con una exacerbación de la lucha de clases en Europa, con cierto descrédito del parlamentarismo, cierta decepción de los métodos pacíficos y de las negociaciones en la lucha sindical y un crecimiento marcado del espíritu revolucionario y antiparlamentario entre los obreros de Francia, Alemania y otros países;

3º Desde el principio del siglo XX, la cuestión de los medios de lucha para la conquista del poder había comenzado a plantearse para el proletariado europeo.

La Revolución de 1905 tuvo seguramente una influencia sobre las cuestiones fundamentales que agitaban al proletariado de Europa.

Su desarrollo victorioso obligó a los Habsburgo a hacer concesiones al pueblo y a acordar el derecho de voto al proletariado. No es por casualidad que el movimiento de masas en Austria-Hungría coincide con la Revolución Rusa. La Revolución Rusa también contribuyó a la ampliación de los derechos electorales del proletariado inglés.

Los acontecimientos rusos de 1905 mostraron a los obreros de Europa lo que puede obtener el proletariado por métodos revolucionarios. Dos años de revolución darán a la clase obrera de Rusia una experiencia que al proletariado alemán, francés y otros, le lleva una decena de años en adquirir. La Revolución de 1905 creó una nueva arma proletaria, la huelga de masas, que la socialdemocracia alemana, en su Congreso de Iéna en 1905, adoptó como medio de lucha y de la que el congreso de la socialdemocracia austríaca reconoció la eficacia y la necesidad para la realización de la emancipación del proletariado.

La Revolución de 1905 mostró a los obreros de occidente que, para llegar al poder, era necesario recurrir a la huelga de masas y a la insurrección armada. Obligó a la elite de los obreros europeos a criticar la táctica habitual de la socialdemocracia. Es durante la Revolución de 1905 que nace la oposición revolucionaria a la socialdemocracia europea y particularmente a la socialdemocracia alemana, y que aparecen las primeras manifestaciones del bolchevismo europeo.

De la misma forma que la Comuna de París había sido, de 1871 a 1905, el ideal de los militantes del proletariado internacional, la primera revolución rusa se volvió en cierta manera, de 1905 a 1917, la bandera de todos los obreros revolucionarios de Europa.

LA REVOLUCION DE 1905 Y EL OPRIMIDO ORIENTE

La Revolución de 1905 abrió la era de los movimientos nacionales revolucionarios en oriente. Las relaciones sociales y económicas, la lucha

de clases en oriente recuerda mucho a la de Rusia. Por ello la Revolución Rusa debía despertar a los pueblos oprimidos de China, Persia, Turquía y dar la señal de la revolución en oriente. Poco después de 1905, Kautsky lo constataba. “Desde la guerra ruso-japonesa –escribía– Asia oriental y todo el mundo musulmán se sublevaron para rechazar al capitalismo europeo... El oriente entra ahora en un periodo revolucionario, en un periodo de sacudimientos políticos, sublevaciones, reacciones, a las cuales suceden nuevas sublevaciones, revoluciones ininterrumpidas, que durarán en tanto que oriente no haya obtenido las condiciones que le aseguren su desarrollo y su independencia nacional”.

En efecto, alrededor de dos años después de la Revolución Rusa, una revolución se produjo en Persia y un año más tarde, la revolución se extiende a Turquía. En 1911, es China la que se subleva. En todas partes la revolución combate las supervivencias del feudalismo y lucha por la creación de un Estado burgués nacional independiente. Esta lucha aún no ha terminado. Actualmente, China se subleva contra la dominación extranjera; Persia aún no se liberó de la “tutela” de los imperialistas ingleses; Turquía se encuentra bajo la amenaza constante de perder su independencia nacional.

Pero ahora estos países tienen un aliado más potente que hace una quincena de años. La Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas nacida de la Revolución de Octubre, de la cual 1905 fue la preparación, el “ensayo general”.

CARTA DE LOS CAMARADAS DE LOS ESTADOS UNIDOS AL BURO SOCIALISTA INTERNACIONAL¹

San Francisco, 11 de noviembre de 1905

Camaradas,

Los abajo firmantes, miembros del Partido Socialista, tienen el honor de someter a vuestro Buró un proyecto de manifestación internacional a favor de la Revolución Rusa. Les pedimos lanzar un manifiesto convocando a una demostración de simpatía que tendría lugar simultáneamente en cada ciudad o pueblo que posea una organización socialista, el 22 de enero (el 9 de enero según el calendario gregoriano, NdT) de 1906, primer aniversario de la Masacre de los pacíficos peticionantes de San Petersburgo. Esta demostración debería, si es posible, tomar la forma de cortejos y mítines en los cuales se debería hacer colectas de plata destinadas a ser enviadas al Buró Socialista Internacional para servir exclusivamente para la Revolución proletaria de Rusia.

Aunque la fecha esté próxima, esta idea puede ser realizada si se quiere actuar con rapidez y entusiasmo.

Camaradas, un manifiesto lanzado por vuestro Buró al Proletariado Socialista Internacional y recomendando una acción urgente y concertada, debe necesariamente provocar el entusiasmo. La realización de esta idea no dará sólo un apoyo eficaz a nuestros camaradas que luchan en Rusia, sino que hará también avanzar moralmente a nuestra causa, fortificando la solidaridad del movimiento internacional.

El pueblo ruso está maduro para la libertad. La revolución está en marcha. La nación necesita ser apoyada desde afuera para derribar una dinastía de masacre y pillaje, de barbarie y de una tiranía descarnada. El proletariado ruso no debe esperar un día más los víveres y las armas que los socialistas del mundo entero pueden darle. Estamos del lado del pueblo ruso en su lucha por la libertad. La causa de los trabajadores rusos es nuestra causa.

¹ Publicado en *El Pueblo*, órgano del Partido Obrero Belga, el 22 de diciembre de 1905. Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 10.

Camaradas, la jornada del 22 de enero debe tomar un carácter histórico por la organización de esta demostración universal y simultánea a favor de la revolución en Rusia. Constituirá un apoyo moral y material para el pueblo que despertó a la libertad y mostrará al mismo tiempo de una manera significativa, la fuerza y la grandeza de nuestro movimiento.

Saludos socialistas

*I. Scheff, Anna Strunsky, Suprema Tedeschi,
V. Tedeschi, Jos. Edelmann, Cameron H. Kink Jr.,
Royal Freeman Hash, Frederick I. Bamford,
Jack London, Emil Liess.*

1905 EN ALEMANIA¹

SOBRE LAS HUELGAS EN ALEMANIA EN 1904-1905²

Lo que causó mayor sensación, fue la huelga de los obreros de la textil de Crimmitschau por la jornada de diez horas que duró casi 6 meses. Comenzó el 22 de agosto de 1903 y fue llevada adelante con una disciplina admirable, el sindicato duplicó el número de sus adherentes, aunque la huelga haya debido ser interrumpida sin alcanzar su objetivo. Lo que sin embargo tuvo éxito, es que ella aportó la prueba de que los obreros más pobres, que por otro lado eran los menos organizados al principio y de los cuales la mayoría eran mujeres, pudieron paralizar durante meses toda una industria local. Esto fortaleció la confianza en sí del conjunto de los obreros y su disposición a hacer huelga.

En 1903, cuando comenzó la huelga de Crimmitschau, hubo en el Reich alemán 1.282 conflictos laborales, de los que tomaron parte 121.000 obreros (...). Dos años más tarde, en 1905, ya había 2.323 huelgas y 508.000 obreros participaron en ellas, el número de jornadas perdidas era tres veces el de 1903.

¹ “El impacto de la Revolución Rusa de 1905 en Alemania fue particularmente fuerte. Conflictos sociales intensos dominan la escena económica en 1905-1906, mientras que movimientos de masas se desarrollan para imponer el sufragio universal.

En el Partido Socialdemócrata Alemán hay discusiones teóricas sobre la huelga general y una viva confrontación con el aparato dirigente del sindicato que es extremadamente conservador.

En este clima caldeado, Rosa Luxemburgo multiplica las reuniones donde informa sobre lo que pasa en Rusia y accede incluso a la tribuna de las reuniones sindicales que hasta ese momento le estaban prohibidas.

El año 1905 es un año récord para las huelgas: medio millón de huelgistas. La gigantesca huelga de los mineros del Ruhr, a principios de año, es sin duda la más significativa: contra la opinión de las direcciones sindicales, 200.000 mineros sobre un total de 270.000 se ponen en huelga por sus reivindicaciones. Los aparatos no logran contener a esta acción “salvaje”. Al cabo de cuatro semanas, los mineros sólo logran arrancarle al gobierno promesas de reformas y retoman el trabajo el 9 de febrero de 1905” (...) (nota introductoria de *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, pág. 25).

² Extractos de Nerndt Engelmann, *Vorwärts und nicht vergessen (Vom verfolgten Geheimbund zur Kanzlerpartei: Wege und Irrwege der deutschen Sozialdemokratie – Vorwort von Willy Brandt)* (De la Liga secreta al partido del canciller: los caminos y los hábitos de la socialdemocracia alemana. Prefacio de Willy Brandt, págs. 248-249). Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 26.

El conflicto laboral que causó más sensación en 1905 fue la huelga de los mineros de la región del Ruhr que comenzó el 10 de enero. En esa época, alrededor de 270.000 mineros trabajaban en el Ruhr, de los cuales una centena de millares eran polacos y ucranianos, y sólo el 20 % de todos los mineros alemanes estaban sindicalizados. La huelga estalló espontáneamente, a causa de una reglamentación de orden secundario sobre los pozos de minas Stinnes, sin que el sindicato haya sido llamado o se haya preparado. Sin embargo, desde el 10 de enero, 15.000 obreros estaban en huelga; el 14, eran 77.000 y una semana más tarde más de 200.000! Es recién el 17 de enero, después que los patrones rechazaron toda negociación, que los sindicatos reconocen oficialmente la huelga, pero se esforzaron, aunque en vano, en contenerla, pues la caja de la unión de los mineros sólo contenía 100.000 marcos. El partido y otros sindicatos organizaron entonces nuevas colectas, pero esta vez no estaban solos para demostrar la solidaridad con los huelguistas. Los comerciantes del Ruhr recolectaron también entre ellos donaciones para las cajas de huelga e incluso el arzobispo de Colonia hizo una donación de 1.000 marcos (...).

Los patrones permanecieron inflexibles, y sólo la intervención de las autoridades prusianas de la mina y algunas concesiones del canciller von Bülow a los mineros permitieron poner fin al conflicto. Mediante promesas, por la eliminación por la vía legal de algunos de los abusos más groseros, así como por la instauración de comisiones de obreros en las empresas de más de 100 personas, el gobierno logró obtener de los sindicatos la interrupción de la huelga, sin que sea necesario considerar esto como una derrota (...).

El canciller von Bülow había reconocido que un movimiento que ya podía movilizar más de 3 millones de electores no podía ser neutralizado por leyes de excepción. Recurrió entonces a una doble estrategia: créditos para los socialdemócratas moderados, préstamos para una cooperación constructiva –permitió el retorno de Eduard Bernstein después de 20 años de exilio– (...) y dejó un mayor margen de maniobra a la comisión general de los sindicatos –que contaban desde 1905 con 1.340.000 de sindicalizados– y jugaba frente a sus ojos el rol de contrapeso moderador en relación a la socialdemocracia (...).

LAS LECCIONES DE LA HUELGA DE LOS MINEROS¹

KARL KAUSTY²

(...) Las discusiones después del fin de la huelga se refirieron ante todo a una cuestión: ¿este final significaba una derrota o una victoria? Pero el hecho mismo que la pregunta planteaba ya daba la respuesta. Las victorias no se discuten; sólo hay derrotas que se reconocen con desagrado para uno mismo y para los demás y se busca darle la apariencia más consoladora.

Se dijo que este final era un armisticio. ¿Por allí se quería decir que la lucha de clases continúa y retomará una forma aguda en la próxima ocasión? Esto va de suyo, pero por esto no se caracteriza esta huelga, pues esto vale para toda huelga. Pero si se lo quería decir más por el término armisticio, esto es falso; pues por armisticio se entiende un tratado que liga a los dos campos en lucha. Ahora bien, los mineros retomaron el trabajo sin condiciones. Y lo retomaron sin obtener ninguno de sus objetivos: lograr directamente ser propietarios de las concesiones de las minas. Pero una acción que no alcanza su objetivo, es una derrota.

Por otro lado, incluso se quiso sacar la conclusión de una victoria porque la huelga sacudió a las masas, condujo a nuevos adherentes a las organizaciones sindicales e hizo aparecer claramente la nocividad del capitalismo a amplios círculos. Pero si se ve allí una victoria, entonces no hay acción proletaria que no termine en una victoria. Entonces la caída de la Comuna de París también fue una victoria. La organización sindical en sus inicios sólo creció a través de una serie de derrotas. Sin embargo, todo esto no debe ilusionarnos sobre el hecho que el adversario rechazó el asalto conducido contra él. Este fracaso es innegable.

¹ Extractos del artículo publicado en el número del 8 de marzo de 1905 de la revista *Die Neue Zeit*, el órgano teórico de la socialdemocracia alemana fundado por Karl Kautsky. Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 27.

² *Kautsky, Karl* (1854-1938): dirigente y teórico de la socialdemocracia alemana y fundador de la II Internacional. Enfrentó las posiciones revisionistas de Bernstein en la década de 1890. Frente a la Revolución Rusa de 1905 expresó: «Lo que promete abrirse es (...) una era de revoluciones europeas, que conducirán a la dictadura del proletariado, la puesta en movimiento de la sociedad socialista.» (Kautsky, Vieja y nueva revolución, *El Socialista*, 9 de diciembre de 1905). Sin embargo, en los siguientes años comenzó su giro hacia posiciones reformistas. Frente a la Primera Guerra Mundial, adoptó una posición primeramente pacifista y luego, socialchovinista.

Por otro lado, este fracaso era inevitable, desde que se fijaba por objetivo forzar directamente a los propietarios de las minas a dar concesiones. Puede haber habido allí errores en la conducción de la huelga, no puedo ni quiero juzgarlo; pero incluso con la mejor conducción de la huelga, la derrota era inevitable. Pues la posición de los patrones era tan fuerte que no podía ser quebrada puramente por medios sindicales. E incluso se puede ir más lejos y decir: por más grandes que puedan convertirse las organizaciones de los mineros, por más importantes que sean los medios financieros que acumulen, nunca serán suficientes para imponer directamente su voluntad a un adversario que posee una posición de monopolio, como los magnates organizados de las minas de carbón poseen en el Ruhr.

(...) El sindicato busca eliminar la competencia entre los obreros, abolir la presión del ejército de reserva sobre los salarios ayudando a los desocupados, pero al mismo tiempo poner las fuerzas del conjunto de la organización, si es posible de todos los obreros de una rama de la industria, a disposición de todos los obreros que están en conflicto con sus patrones. La capacidad de resistencia de los obreros de una fábrica se acrecienta cuando detrás de ellos están los obreros de todas las fábricas de la rama de un lugar; la de los obreros de un lugar, cuando detrás de ellos están los obreros de todo el país, y finalmente la de los obreros del país cuando detrás de ellos hay otras naciones capitalistas.

Así, las capacidades de los obreros frente a sus patrones son fortalecidas por la organización sindical y los políticos burgueses que se interesan en lo social como también los mismos sindicalistas han opinado que este fortalecimiento basta para que los obreros asalariados conquisten una posición satisfactoria en la sociedad capitalista y se reconcilien con ella, para que los proletarios, revolucionarios, se transformen en un elemento conservador.

Estos partidarios optimistas de la armonía política sólo olvidaron algunos detalles: primero, el sindicato sólo puede en el mejor de los casos, eliminar para los obreros las desventajas que resultan para él de la competencia con sus camaradas y de la existencia de un ejército de reserva, pero no aquellas que resultan de que los medios de producción que él necesita, sin los cuales no puede trabajar ni existir, estén en posesión de otra clase que utiliza esta posesión para explotarlo. Ningún sindicato puede suprimir el hecho de esta explotación y la tendencia a intensificarla lo más posible; tampoco puede eventualmente abolir la oposición entre las clases y la lucha de clases; sólo puede eventualmente volverla más favorable al proletariado.

Pero esto, no lo puede hacer tampoco para el conjunto del proletariado (...). La mayoría de los que están en condiciones de sindicalizarse, son los obreros calificados, que pueden pagar cotizaciones sindicales elevadas (...).

Cuanto más se desciende en la escala de las categorías de obreros no calificados, mayor es la competencia entre ellos, es más fácil reemplazarlos por otros que buscan trabajo –artesanos desclasados, obreros agrícolas, extranjeros, mujeres, niños–, más bajos son los salarios, más necesaria es la organización sindical, pero también es más difícil chocarse con obstáculos insuperables en comparación con la gran masa de obreros sin ninguna calificación.

Organizar el conjunto de la masa del proletariado en los sindicatos es una utopía, es completamente imposible. La organización sindical no englobará más que una elite o una aristocracia obrera.

(...) No se puede representar a la evolución como una línea recta. (...) Cuanto más nos fortalecemos, más se fortalecen nuestros adversarios también, más difícil es nuestra lucha y más grandes las tareas que nos incumben. Esto vale para la lucha política como para la lucha sindical. (...) Casi toda gran victoria que arrancamos fue seguida de un fracaso, de un periodo de inactividad. Así las grandes victorias electorales de nuestros camaradas franceses en los años 90 del último siglo provocaron la demagogia social de Waldeck-Rousseau quien logró contener por un tiempo el tsunami socialista. Así la victoria de tres millones de votos de nuestro partido en 1903 empujó a los restos de la democracia burguesa al campo de la reacción.

De la misma manera los éxitos de la táctica sindical de huelgas, al lado de la concentración del capital, condujeron a los patronos a unirse cada vez más en sólidas asociaciones para eliminar entre ellos la competencia que favorecía justamente las acciones de huelga.

Cuanto más se desarrollan las uniones patronales, más difícil se vuelve arrancar por la huelga concesiones a los capitalistas, más actual se hace en los sindicatos la idea que la huelga es un medio antiguo y bárbaro que debe ser reemplazado por acuerdos pacíficos, por arbitrajes que reemplacen la huelga por un proceso jurídico o por la conclusión de acuerdos y la institución de organizaciones comunes a los patronos y los asalariados. Estas instituciones tienen aspectos múltiples y no se pueden rechazar simplemente en pocas palabras; pero de conjunto ellas van a la par con el crecimiento de las uniones patronales y la disminución de la agresividad y combatividad sindicales y desarrollan un carácter defensivo, conservador. (...) Estas instituciones pueden ser útiles eventualmente e incluso necesarias, pero no significan un progreso de los sindicatos en relación a las posiciones de fuerza conquistadas anteriormente, (...) por el contrario, pueden significar una recaída en el más reaccionario de los corporativismos. (...) La “paz social” instaurada de esta manera sólo será en el mejor de los casos un fenómeno pasajero.

(...) La centralización moderna del capital hace resurgir en sus gigantescas empresas el tipo del dueño absoluto. Sin embargo, ahora

pertenece a las altas finanzas y no quiere tener nada que ver con la empresa que posee y explota, pero no dirige él mismo. Para las altas finanzas los hombres no son, en política como en la industria, más que peones y las vidas humanas, la cosa más indiferente del mundo.

(...) En las ramas de la producción donde domina este tipo de capitalismo toda tentativa de arrancarle directamente concesiones a través de huelgas está siempre condenada al fracaso.

Se concluirá entonces que es necesario que la acción parlamentaria intervenga aquí. Hace falta obtener reformas inscriptas en las leyes, lo que sólo se puede alcanzar por vías sindicales.

¿Pero no constatamos que la acción parlamentaria aislada fracasa cada vez más? ¿Y no sólo en Alemania, sino en todo el mundo? (...) ¿Y los parlamentos no son cada vez más impotentes, los gobiernos cada vez más dependientes de los grandes monopolios que son supuestamente resistidos por la reforma social? ¿No es una ilusión esperar del parlamentarismo lo que los sindicatos ya no pueden realizar?

Notemos que hay personas que ven aquí una contradicción: justo en el momento en que el parlamentarismo se vuelve decadente en Europa del oeste, el pueblo ruso vierte lágrimas de sangre para conquistar el parlamentarismo y esta misma socialdemocracia que al oeste ridiculiza amargamente al cretinismo parlamentario, orienta en Rusia a toda la fuerza revolucionaria del proletariado hacia la conquista de una constitución parlamentaria. Pero sólo puede percibir allí una contradicción aquel que ve en el parlamentarismo una entidad en sí, llevando su propia existencia, independientemente del mundo exterior y parecido en todas partes a sí mismo. De hecho, el parlamentarismo en sí es una forma vacía que sólo recibe su contenido de la clase que lo ejerce. El parlamentarismo es en la actualidad la forma de la dominación del Estado por la burguesía. (...) Lo que parece como la declinación del parlamentarismo sólo es la declinación de la política burguesa que no tiene grandes objetivos políticos para la obtención de los cuales necesitaría al parlamentarismo. (...) ¿Pero que se deje por una vez al proletariado conquistar su poder político y se verá como revivirá entonces el parlamentarismo y desarrollará una acción fecunda! Ya en la actualidad los elementos proletarios que están en los parlamentos son los únicos que les dan una significación. Es allí donde faltan estos elementos proletarios que, al mismo grado de evolución, la declinación del parlamentarismo es más manifiesta.

Pero en Rusia la misma burguesía tiene aún tareas revolucionarias frente al absolutismo; por otro lado, el proletariado alcanzó allí, al menos mientras que dure el período revolucionario, el mayor poder político que en ninguna otra parte de Europa. Hace tres años, en mi folleto

sobre la revolución social, después de haber señalado que una guerra ruso-japonesa abriría quizás el camino a crisis políticas y levantamientos revolucionarios, destacó que gracias a su consciencia revolucionaria viviente, los obreros rusos están hoy, como factor político, en un nivel más elevado que los obreros de Inglaterra con su "real política". Esta distinción había dejado a más de uno escéptico; hoy día nadie lo negará.

(...) Pero si no se puede alimentar grandes esperanzas en los parlamentos seniles de "el podrido occidente", si la tarea de la socialdemocracia en los parlamentos consiste más en rechazar los atentados contra la libertad y la prosperidad que hacer adoptar grandes progresos, si la acción sindical tradicional para capas obreras como los mineros tiene cada vez menos perspectiva, ¿qué pueden hacer estos últimos? ¿Lo único que les queda es esperar el gran día de la deliberación?

Sería grave si esto fuera así. (...) Felizmente, no es nada de esto. Ni la acción política ni la acción sindical están sin perspectiva, sino sólo formas particulares de éstas. La organización y la acción sindical y política no se han vuelto superfluas para los mineros, por el contrario son más necesarias que nunca.

Uno de los fenómenos más destacables en la reciente huelga de los mineros, son las grandes simpatías que encontró en los medios burgueses. No se debe sobrestimar su efecto, sólo duró el tiempo de la huelga. (...) Cuanto más se extiende la huelga, más se vuelve de local en nacional, transformándose en un asunto concerniente al pueblo entero, más se impone una intervención del legislador para arbitrar el conflicto y dar a los mineros lo que ellos no están en condiciones de arrancar directamente a los patrones. La sociedad burguesa no tiene ninguna razón para tomar partido por los monopolios que la espolian como consumidores. (...) Cuanto mayor es el daño que la huelga inflige al proceso general de producción de la sociedad, más el legislador estará dispuesto a satisfacer las reivindicaciones de los obreros.

Pero va de suyo que la satisfacción de las reivindicaciones irá más lejos en la medida que la clase obrera esté mejor representada en el cuerpo legislativo.

(...) La huelga contra los propietarios de las minas no tiene salida; es necesario de ahora en adelante que la huelga intervenga desde el principio como una huelga política, que sus reivindicaciones, su táctica estén calculadas para poner en movimiento la instancia legislativa y es necesario que la huelga sea preparada no sólo fortaleciendo al máximo al sindicato y sus cajas, sino también educando políticamente a sus adherentes y apuntando a la representación más fuerte posible del proletariado combatiendo en el cuerpo legislativo. (...) No hay duda que, cualquiera

sean las medidas que obtengamos en el Reichstag para los mineros, habrían ido más lejos si la huelga hubiera durado más tiempo y hubiera englobado a toda Alemania, si hubiera sido apoyada por una potente acción internacional, en síntesis, si hubiera hecho pesar una amenaza aún más fuerte sobre la producción nacional y por otro lado, si el sufragio universal existiese para las elecciones en el Landtag de Prusia y hubiese en este Landtag un importante grupo socialdemócrata.

Esta nueva táctica sindical —la de la huelga política—, de la relación entre acción sindical y política es la única que sigue siendo posible para los mineros, es la que puede volver a dar vida a la acción sindical como a la acción parlamentaria, darle de nuevo su agresividad. (...) Las grandes acciones decisivas del proletariado combatiente deberán ser llevadas siempre por las formas múltiples de la huelga política. Y la práctica va aquí más rápido que la teoría. Pues mientras discutimos sobre la huelga política y buscamos su formulación y su justificación teórica, potentes huelgas políticas de masas se encienden, una tras la otra, espontáneamente, alumbradas por las mismas masas —o bien toda huelga de masas se transforma en una acción política, toda gran prueba de fuerza política culmina en una huelga de masas, ya sea en el caso de los mineros, en el de los proletarios de Rusia, los obreros agrícolas y los ferroviarios de Italia, etc. (...) Sean cuales fueren las diferencias entre la huelga política de cierta categoría obrera para imponer una reforma social por vía legislativa y la huelga política de todo el proletariado sublevado para derribar a un régimen hostil o detener un golpe de Estado, estos dos tipos de huelga tienen en común que representan la unión de la acción política y sindical.

La tendencia de la evolución no va hacia una neutralización de los sindicatos ni hacia su aislamiento en relación al movimiento político, va hacia una alianza más estrecha, hacia la acción común de las organizaciones políticas y sindicales, una influencia recíproca más fuerte de unos sobre otros e inversamente.

Los partidarios de la neutralidad sindical reconocen que los sindicatos están cada vez más forzados a hacer política, pero esta no debe ser una política partidaria. (...) En síntesis, la cuestión es: ¿los sindicatos deben hacer una política consecuente y resuelta de lucha de clases o apaciguarse en una política poco perspicaz de armonía? ¿deben tener una política que ponga las cosas en claro sin restricciones o una política irresuelta y conservadora?

(...) Es necesario que los mineros sean completamente esclarecidos antes de poder emprender de nuevo un gran asalto. Y si bien la huelga que ellos acaban de hacer debía permitirles responder resueltamente y a largo plazo esta cuestión, entonces su reciente derrota se convertirá en lo que frecuentemente para el proletariado en lucha ya se ha transformado: la madre de futuras victorias.

1905 EN ALEMANIA¹

SOBRE LAS HUELGAS EN ALEMANIA EN 1904-1905²

Lo que causó mayor sensación, fue la huelga de los obreros de la textil de Crimmitschau por la jornada de diez horas que duró casi 6 meses. Comenzó el 22 de agosto de 1903 y fue llevada adelante con una disciplina admirable, el sindicato duplicó el número de sus adherentes, aunque la huelga haya debido ser interrumpida sin alcanzar su objetivo. Lo que sin embargo tuvo éxito, es que ella aportó la prueba de que los obreros más pobres, que por otro lado eran los menos organizados al principio y de los cuales la mayoría eran mujeres, pudieron paralizar durante meses toda una industria local. Esto fortaleció la confianza en sí del conjunto de los obreros y su disposición a hacer huelga.

En 1903, cuando comenzó la huelga de Crimmitschau, hubo en el Reich alemán 1.282 conflictos laborales, de los que tomaron parte 121.000 obreros (...). Dos años más tarde, en 1905, ya había 2.323 huelgas y 508.000 obreros participaron en ellas, el número de jornadas perdidas era tres veces el de 1903.

¹ “El impacto de la Revolución Rusa de 1905 en Alemania fue particularmente fuerte. Conflictos sociales intensos dominan la escena económica en 1905-1906, mientras que movimientos de masas se desarrollan para imponer el sufragio universal.

En el Partido Socialdemócrata Alemán hay discusiones teóricas sobre la huelga general y una viva confrontación con el aparato dirigente del sindicato que es extremadamente conservador.

En este clima caldeado, Rosa Luxemburgo multiplica las reuniones donde informa sobre lo que pasa en Rusia y accede incluso a la tribuna de las reuniones sindicales que hasta ese momento le estaban prohibidas.

El año 1905 es un año récord para las huelgas: medio millón de huelgistas. La gigantesca huelga de los mineros del Ruhr, a principios de año, es sin duda la más significativa: contra la opinión de las direcciones sindicales, 200.000 mineros sobre un total de 270.000 se ponen en huelga por sus reivindicaciones. Los aparatos no logran contener a esta acción “salvaje”. Al cabo de cuatro semanas, los mineros sólo logran arrancarle al gobierno promesas de reformas y retoman el trabajo el 9 de febrero de 1905” (...) (nota introductoria de *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, pág. 25).

² Extractos de Nerndt Engelmann, *Vorwärts und nicht vergessen (Vom verfolgten Geheimbund zur Kanzlerpartei: Wege und Irrwege der deutschen Sozialdemokratie – Vorwort von Willy Brandt)* (De la Liga secreta al partido del canciller: los caminos y los hábitos de la socialdemocracia alemana. Prefacio de Willy Brandt, págs. 248-249). Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 26.

El conflicto laboral que causó más sensación en 1905 fue la huelga de los mineros de la región del Ruhr que comenzó el 10 de enero. En esa época, alrededor de 270.000 mineros trabajaban en el Ruhr, de los cuales una centena de millares eran polacos y ucranianos, y sólo el 20 % de todos los mineros alemanes estaban sindicalizados. La huelga estalló espontáneamente, a causa de una reglamentación de orden secundario sobre los pozos de minas Stinnes, sin que el sindicato haya sido llamado o se haya preparado. Sin embargo, desde el 10 de enero, 15.000 obreros estaban en huelga; el 14, eran 77.000 y una semana más tarde más de 200.000! Es recién el 17 de enero, después que los patrones rechazaron toda negociación, que los sindicatos reconocen oficialmente la huelga, pero se esforzaron, aunque en vano, en contenerla, pues la caja de la unión de los mineros sólo contenía 100.000 marcos. El partido y otros sindicatos organizaron entonces nuevas colectas, pero esta vez no estaban solos para demostrar la solidaridad con los huelguistas. Los comerciantes del Ruhr recolectaron también entre ellos donaciones para las cajas de huelga e incluso el arzobispo de Colonia hizo una donación de 1.000 marcos (...).

Los patrones permanecieron inflexibles, y sólo la intervención de las autoridades prusianas de la mina y algunas concesiones del canciller von Bülow a los mineros permitieron poner fin al conflicto. Mediante promesas, por la eliminación por la vía legal de algunos de los abusos más groseros, así como por la instauración de comisiones de obreros en las empresas de más de 100 personas, el gobierno logró obtener de los sindicatos la interrupción de la huelga, sin que sea necesario considerar esto como una derrota (...).

El canciller von Bülow había reconocido que un movimiento que ya podía movilizar más de 3 millones de electores no podía ser neutralizado por leyes de excepción. Recurrió entonces a una doble estrategia: créditos para los socialdemócratas moderados, préstamos para una cooperación constructiva –permitió el retorno de Eduard Bernstein después de 20 años de exilio– (...) y dejó un mayor margen de maniobra a la comisión general de los sindicatos –que contaban desde 1905 con 1.340.000 de sindicalizados– y jugaba frente a sus ojos el rol de contrapeso moderador en relación a la socialdemocracia (...).

LAS LECCIONES DE LA HUELGA DE LOS MINEROS¹

KARL KAUSTY²

(...) Las discusiones después del fin de la huelga se refirieron ante todo a una cuestión: ¿este final significaba una derrota o una victoria? Pero el hecho mismo que la pregunta planteaba ya daba la respuesta. Las victorias no se discuten; sólo hay derrotas que se reconocen con desagrado para uno mismo y para los demás y se busca darle la apariencia más consoladora.

Se dijo que este final era un armisticio. ¿Por allí se quería decir que la lucha de clases continúa y retomará una forma aguda en la próxima ocasión? Esto va de suyo, pero por esto no se caracteriza esta huelga, pues esto vale para toda huelga. Pero si se lo quería decir más por el término armisticio, esto es falso; pues por armisticio se entiende un tratado que liga a los dos campos en lucha. Ahora bien, los mineros retomaron el trabajo sin condiciones. Y lo retomaron sin obtener ninguno de sus objetivos: lograr directamente ser propietarios de las concesiones de las minas. Pero una acción que no alcanza su objetivo, es una derrota.

Por otro lado, incluso se quiso sacar la conclusión de una victoria porque la huelga sacudió a las masas, condujo a nuevos adherentes a las organizaciones sindicales e hizo aparecer claramente la nocividad del capitalismo a amplios círculos. Pero si se ve allí una victoria, entonces no hay acción proletaria que no termine en una victoria. Entonces la caída de la Comuna de París también fue una victoria. La organización sindical en sus inicios sólo creció a través de una serie de derrotas. Sin embargo, todo esto no debe ilusionarnos sobre el hecho que el adversario rechazó el asalto conducido contra él. Este fracaso es innegable.

¹ Extractos del artículo publicado en el número del 8 de marzo de 1905 de la revista *Die Neue Zeit*, el órgano teórico de la socialdemocracia alemana fundado por Karl Kautsky. Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 27.

² *Kautsky, Karl* (1854-1938): dirigente y teórico de la socialdemocracia alemana y fundador de la II Internacional. Enfrentó las posiciones revisionistas de Bernstein en la década de 1890. Frente a la Revolución Rusa de 1905 expresó: «Lo que promete abrirse es (...) una era de revoluciones europeas, que conducirán a la dictadura del proletariado, la puesta en movimiento de la sociedad socialista.» (Kautsky, Vieja y nueva revolución, *El Socialista*, 9 de diciembre de 1905). Sin embargo, en los siguientes años comenzó su giro hacia posiciones reformistas. Frente a la Primera Guerra Mundial, adoptó una posición primeramente pacifista y luego, socialchovinista.

Por otro lado, este fracaso era inevitable, desde que se fijaba por objetivo forzar directamente a los propietarios de las minas a dar concesiones. Puede haber habido allí errores en la conducción de la huelga, no puedo ni quiero juzgarlo; pero incluso con la mejor conducción de la huelga, la derrota era inevitable. Pues la posición de los patrones era tan fuerte que no podía ser quebrada puramente por medios sindicales. E incluso se puede ir más lejos y decir: por más grandes que puedan convertirse las organizaciones de los mineros, por más importantes que sean los medios financieros que acumulen, nunca serán suficientes para imponer directamente su voluntad a un adversario que posee una posición de monopolio, como los magnates organizados de las minas de carbón poseen en el Ruhr.

(...) El sindicato busca eliminar la competencia entre los obreros, abolir la presión del ejército de reserva sobre los salarios ayudando a los desocupados, pero al mismo tiempo poner las fuerzas del conjunto de la organización, si es posible de todos los obreros de una rama de la industria, a disposición de todos los obreros que están en conflicto con sus patrones. La capacidad de resistencia de los obreros de una fábrica se acrecienta cuando detrás de ellos están los obreros de todas las fábricas de la rama de un lugar; la de los obreros de un lugar, cuando detrás de ellos están los obreros de todo el país, y finalmente la de los obreros del país cuando detrás de ellos hay otras naciones capitalistas.

Así, las capacidades de los obreros frente a sus patrones son fortalecidas por la organización sindical y los políticos burgueses que se interesan en lo social como también los mismos sindicalistas han opinado que este fortalecimiento basta para que los obreros asalariados conquisten una posición satisfactoria en la sociedad capitalista y se reconcilien con ella, para que los proletarios, revolucionarios, se transformen en un elemento conservador.

Estos partidarios optimistas de la armonía política sólo olvidaron algunos detalles: primero, el sindicato sólo puede en el mejor de los casos, eliminar para los obreros las desventajas que resultan para él de la competencia con sus camaradas y de la existencia de un ejército de reserva, pero no aquellas que resultan de que los medios de producción que él necesita, sin los cuales no puede trabajar ni existir, estén en posesión de otra clase que utiliza esta posesión para explotarlo. Ningún sindicato puede suprimir el hecho de esta explotación y la tendencia a intensificarla lo más posible; tampoco puede eventualmente abolir la oposición entre las clases y la lucha de clases; sólo puede eventualmente volverla más favorable al proletariado.

Pero esto, no lo puede hacer tampoco para el conjunto del proletariado (...). La mayoría de los que están en condiciones de sindicalizarse, son los obreros calificados, que pueden pagar cotizaciones sindicales elevadas (...).

Cuanto más se desciende en la escala de las categorías de obreros no calificados, mayor es la competencia entre ellos, es más fácil reemplazarlos por otros que buscan trabajo –artesanos desclasados, obreros agrícolas, extranjeros, mujeres, niños–, más bajos son los salarios, más necesaria es la organización sindical, pero también es más difícil chocarse con obstáculos insuperables en comparación con la gran masa de obreros sin ninguna calificación.

Organizar el conjunto de la masa del proletariado en los sindicatos es una utopía, es completamente imposible. La organización sindical no englobará más que una elite o una aristocracia obrera.

(...) No se puede representar a la evolución como una línea recta. (...) Cuanto más nos fortalecemos, más se fortalecen nuestros adversarios también, más difícil es nuestra lucha y más grandes las tareas que nos incumben. Esto vale para la lucha política como para la lucha sindical. (...) Casi toda gran victoria que arrancamos fue seguida de un fracaso, de un periodo de inactividad. Así las grandes victorias electorales de nuestros camaradas franceses en los años 90 del último siglo provocaron la demagogia social de Waldeck-Rousseau quien logró contener por un tiempo el tsunami socialista. Así la victoria de tres millones de votos de nuestro partido en 1903 empujó a los restos de la democracia burguesa al campo de la reacción.

De la misma manera los éxitos de la táctica sindical de huelgas, al lado de la concentración del capital, condujeron a los patronos a unirse cada vez más en sólidas asociaciones para eliminar entre ellos la competencia que favorecía justamente las acciones de huelga.

Cuanto más se desarrollan las uniones patronales, más difícil se vuelve arrancar por la huelga concesiones a los capitalistas, más actual se hace en los sindicatos la idea que la huelga es un medio antiguo y bárbaro que debe ser reemplazado por acuerdos pacíficos, por arbitrajes que reemplacen la huelga por un proceso jurídico o por la conclusión de acuerdos y la institución de organizaciones comunes a los patronos y los asalariados. Estas instituciones tienen aspectos múltiples y no se pueden rechazar simplemente en pocas palabras; pero de conjunto ellas van a la par con el crecimiento de las uniones patronales y la disminución de la agresividad y combatividad sindicales y desarrollan un carácter defensivo, conservador. (...) Estas instituciones pueden ser útiles eventualmente e incluso necesarias, pero no significan un progreso de los sindicatos en relación a las posiciones de fuerza conquistadas anteriormente, (...) por el contrario, pueden significar una recaída en el más reaccionario de los corporativismos. (...) La “paz social” instaurada de esta manera sólo será en el mejor de los casos un fenómeno pasajero.

(...) La centralización moderna del capital hace resurgir en sus gigantescas empresas el tipo del dueño absoluto. Sin embargo, ahora

pertenece a las altas finanzas y no quiere tener nada que ver con la empresa que posee y explota, pero no dirige él mismo. Para las altas finanzas los hombres no son, en política como en la industria, más que peones y las vidas humanas, la cosa más indiferente del mundo.

(...) En las ramas de la producción donde domina este tipo de capitalismo toda tentativa de arrancarle directamente concesiones a través de huelgas está siempre condenada al fracaso.

Se concluirá entonces que es necesario que la acción parlamentaria intervenga aquí. Hace falta obtener reformas inscritas en las leyes, lo que sólo se puede alcanzar por vías sindicales.

¿Pero no constatamos que la acción parlamentaria aislada fracasa cada vez más? ¿Y no sólo en Alemania, sino en todo el mundo? (...) ¿Y los parlamentos no son cada vez más impotentes, los gobiernos cada vez más dependientes de los grandes monopolios que son supuestamente resistidos por la reforma social? ¿No es una ilusión esperar del parlamentarismo lo que los sindicatos ya no pueden realizar?

Notemos que hay personas que ven aquí una contradicción: justo en el momento en que el parlamentarismo se vuelve decadente en Europa del oeste, el pueblo ruso vierte lágrimas de sangre para conquistar el parlamentarismo y esta misma socialdemocracia que al oeste ridiculiza amargamente al cretinismo parlamentario, orienta en Rusia a toda la fuerza revolucionaria del proletariado hacia la conquista de una constitución parlamentaria. Pero sólo puede percibir allí una contradicción aquel que ve en el parlamentarismo una entidad en sí, llevando su propia existencia, independientemente del mundo exterior y parecido en todas partes a sí mismo. De hecho, el parlamentarismo en sí es una forma vacía que sólo recibe su contenido de la clase que lo ejerce. El parlamentarismo es en la actualidad la forma de la dominación del Estado por la burguesía. (...) Lo que parece como la declinación del parlamentarismo sólo es la declinación de la política burguesa que no tiene grandes objetivos políticos para la obtención de los cuales necesitaría al parlamentarismo. (...) ¿Pero que se deje por una vez al proletariado conquistar su poder político y se verá como revivirá entonces el parlamentarismo y desarrollará una acción fecunda! Ya en la actualidad los elementos proletarios que están en los parlamentos son los únicos que les dan una significación. Es allí donde faltan estos elementos proletarios que, al mismo grado de evolución, la declinación del parlamentarismo es más manifiesta.

Pero en Rusia la misma burguesía tiene aún tareas revolucionarias frente al absolutismo; por otro lado, el proletariado alcanzó allí, al menos mientras que dure el período revolucionario, el mayor poder político que en ninguna otra parte de Europa. Hace tres años, en mi folleto

sobre la revolución social, después de haber señalado que una guerra ruso-japonesa abriría quizás el camino a crisis políticas y levantamientos revolucionarios, destaqué que gracias a su consciencia revolucionaria viviente, los obreros rusos están hoy, como factor político, en un nivel más elevado que los obreros de Inglaterra con su "real política". Esta distinción había dejado a más de uno escéptico; hoy día nadie lo negará.

(...) Pero si no se puede alimentar grandes esperanzas en los parlamentos seniles de "el podrido occidente", si la tarea de la socialdemocracia en los parlamentos consiste más en rechazar los atentados contra la libertad y la prosperidad que hacer adoptar grandes progresos, si la acción sindical tradicional para capas obreras como los mineros tiene cada vez menos perspectiva, ¿qué pueden hacer estos últimos? ¿Lo único que les queda es esperar el gran día de la deliberación?

Sería grave si esto fuera así. (...) Felizmente, no es nada de esto. Ni la acción política ni la acción sindical están sin perspectiva, sino sólo formas particulares de éstas. La organización y la acción sindical y política no se han vuelto superfluas para los mineros, por el contrario son más necesarias que nunca.

Uno de los fenómenos más destacables en la reciente huelga de los mineros, son las grandes simpatías que encontró en los medios burgueses. No se debe sobrestimar su efecto, sólo duró el tiempo de la huelga. (...) Cuanto más se extiende la huelga, más se vuelve de local en nacional, transformándose en un asunto concerniente al pueblo entero, más se impone una intervención del legislador para arbitrar el conflicto y dar a los mineros lo que ellos no están en condiciones de arrancar directamente a los patrones. La sociedad burguesa no tiene ninguna razón para tomar partido por los monopolios que la espolian como consumidores. (...) Cuanto mayor es el daño que la huelga inflige al proceso general de producción de la sociedad, más el legislador estará dispuesto a satisfacer las reivindicaciones de los obreros.

Pero va de suyo que la satisfacción de las reivindicaciones irá más lejos en la medida que la clase obrera esté mejor representada en el cuerpo legislativo.

(...) La huelga contra los propietarios de las minas no tiene salida; es necesario de ahora en adelante que la huelga intervenga desde el principio como una huelga política, que sus reivindicaciones, su táctica estén calculadas para poner en movimiento la instancia legislativa y es necesario que la huelga sea preparada no sólo fortaleciendo al máximo al sindicato y sus cajas, sino también educando políticamente a sus adherentes y apuntando a la representación más fuerte posible del proletariado combatiendo en el cuerpo legislativo. (...) No hay duda que, cualquiera

sean las medidas que obtengamos en el Reichstag para los mineros, habrían ido más lejos si la huelga hubiera durado más tiempo y hubiera englobado a toda Alemania, si hubiera sido apoyada por una potente acción internacional, en síntesis, si hubiera hecho pesar una amenaza aún más fuerte sobre la producción nacional y por otro lado, si el sufragio universal existiese para las elecciones en el Landtag de Prusia y hubiese en este Landtag un importante grupo socialdemócrata.

Esta nueva táctica sindical –la de la huelga política–, de la relación entre acción sindical y política es la única que sigue siendo posible para los mineros, es la que puede volver a dar vida a la acción sindical como a la acción parlamentaria, darle de nuevo su agresividad. (...) Las grandes acciones decisivas del proletariado combatiente deberán ser llevadas siempre por las formas múltiples de la huelga política. Y la práctica va aquí más rápido que la teoría. Pues mientras discutimos sobre la huelga política y buscamos su formulación y su justificación teórica, potentes huelgas políticas de masas se encienden, una tras la otra, espontáneamente, alumbradas por las mismas masas –o bien toda huelga de masas se transforma en una acción política, toda gran prueba de fuerza política culmina en una huelga de masas, ya sea en el caso de los mineros, en el de los proletarios de Rusia, los obreros agrícolas y los ferroviarios de Italia, etc. (...) Sean cuales fueren las diferencias entre la huelga política de cierta categoría obrera para imponer una reforma social por vía legislativa y la huelga política de todo el proletariado sublevado para derribar a un régimen hostile o detener un golpe de Estado, estos dos tipos de huelga tienen en común que representan la unión de la acción política y sindical.

La tendencia de la evolución no va hacia una neutralización de los sindicatos ni hacia su aislamiento en relación al movimiento político, va hacia una alianza más estrecha, hacia la acción común de las organizaciones políticas y sindicales, una influencia recíproca más fuerte de unos sobre otros e inversamente.

Los partidarios de la neutralidad sindical reconocen que los sindicatos están cada vez más forzados a hacer política, pero esta no debe ser una política partidaria. (...) En síntesis, la cuestión es: ¿los sindicatos deben hacer una política consecuente y resuelta de lucha de clases o apaciguarse en una política poco perspicaz de armonía? ¿deben tener una política que ponga las cosas en claro sin restricciones o una política irresuelta y conservadora?

(...) Es necesario que los mineros sean completamente esclarecidos antes de poder emprender de nuevo un gran asalto. Y si bien la huelga que ellos acaban de hacer debía permitirles responder resueltamente y a largo plazo esta cuestión, entonces su reciente derrota se convertirá en lo que frecuentemente para el proletariado en lucha ya se ha transformado: la madre de futuras victorias.

POLEMICA SOBRE LA CUESTION DE LA HUELGA GENERAL¹

KARL KAUTSKY

EL CONGRESO DE COLONIA

(...) “Hace apenas algunos años, aún nos era necesario disputar con los revisionistas esta importante cuestión que constituía el nudo de nuestro desacuerdo con ellos: ¿las oposiciones entre las clases se van a agravar o se están atenuando? Hoy, no se le ocurriría a nadie discutir esta cuestión, mientras que los hechos más patentes no dejan de responder a ello en todo momento, incluso para los más miopes.

Por una extraña ironía del destino, es necesario que se proclame en el congreso de los sindicatos la necesidad de tranquilidad de dichos sindicatos, en un año que es más revolucionario de lo ha sido ninguno desde hace una generación. Esta necesidad de tranquilidad es proclamada casi en la misma semana donde las huelgas en Varsovia y en Chicago han revestido un carácter de verdaderas guerras civiles: en Rusia, es la sublevación contra el absolutismo del zar, en Norteamérica, la revuelta es contra el absolutismo del trust. Que no se nos diga que esto se cumple en circunstancias que no nos conciernen para nada. Ningún régimen en Europa está más próximo al régimen ruso como el régimen alemán; y en ninguna parte de Europa, las asociaciones patronales están tan fuertes como en Alemania. Si no tenemos en Alemania un despotismo tan evidente como en Rusia y trusts tan fuertes y brutales como en Norteamérica, por el contrario, tenemos una copia que es mezcla de las dos.

Y el llamado a la tranquilidad para los sindicatos resonó en Colonia casi a la misma hora en que en Hamburgo se practicaba una expoliación

¹En mayo de 1905, la Federación General de los Sindicatos Alemanes (Allgemeiner Deutscher Gewerkschaftsbund-ADGB), constituida en 1893, realiza su congreso trienal en Colonia. En el nombre de la Comisión General, instancia dirigente de la ADGB, Theodor Bömelburg (1862-1912) toma posición contra los partidarios de la huelga de masas dado que arruinaría a los sindicatos, pues “contra la reacción, no hay arma más eficaz que el desarrollo y el fortalecimiento de nuestras organizaciones”. Su moción fue adoptada por una muy amplia mayoría. En el número de *Die Neue Zeit* fechado el 31 de mayo de 1905, Karl Kautsky consagró a este congreso sindical un artículo del cual este es el final (nota del CERMTRI). Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 31.

del derecho de voto, en que se declaraba abiertamente que se necesitaba que el derecho de voto exista siempre así como el proletariado en su mayoría sea excluido de este derecho, y en que el Landtag de Prusia enterraba los textos sobre la protección de los mineros, mientras que el canciller del Reich declaraba la guerra... a los seguros de salud.

Si hay una organización proletaria que pueda decir con derecho que tiene necesidad de tranquilidad, estas son las cajas de seguros de salud. Únicamente sirven para ayudar, no están en oposición a ninguna clase, ni con los empresarios como lo están los sindicatos, ni con los comerciantes como lo están las cooperativas. Pero son estas organizaciones donde los obreros están representados y se preocupan por sus derechos y ésta es una razón suficiente para que no se les deje luego de días y años ninguna tranquilidad y que se amenace ahora oficialmente de hacerles la guerra.

Los sindicalistas bien pueden tener en esta situación una gran necesidad de tranquilidad. Son organizaciones obreras muy fuertes e independientes para obtenerla. Y los sindicalistas alemanes bien pueden tener esta necesidad de tranquilidad en común con los sindicalistas ingleses. Pero esta aún no ha sido alcanzada como para conducirlos a agachar la cabeza y aceptar todo tranquilamente.

Mantendrán su lugar en las luchas futuras; y las conducirán combatiendo al lado de la socialdemocracia, a pesar de algunas fricciones eventuales. Las circunstancias asegurarán esto. Y si la necesidad momentánea de tranquilidad de los sindicalistas alemanes proviene en parte del sentimiento de que los métodos de lucha empleados hasta ahora se vuelven cada vez más insuficientes para vastos sectores y siempre más amplios de la lucha sindical, este mismo sentimiento suscitará más bien la búsqueda de nuevos métodos y más eficaces de lucha, si se comprueba que la tranquilidad a la cual se aspira es un voto piadoso irrealizable.

Así la huelga de masas cuya discusión ha sido reprobada esta vez por los sindicalistas en una gran mayoría, pronto será discutida de nuevo y más fructuosamente que hasta ahora, por los sindicalistas de Alemania, como lo es por el mundo entero.

LA REVOLUCION PERMANENTE¹

Franz Mehring²

Feliz quien ha podido vivir este glorioso año, el año de la Revolución Rusa, que no tendrá menos importancia en los libros de historia que la que antaño tuvo la Revolución Francesa de 1789. Todas las revoluciones del siglo XIX no han sido más que retoños de esta revolución, retoños auténticos, a veces un poco débiles, lo que vale incluso también para el movimiento europeo de 1848. Por poderoso que haya sido este movimiento, y por lejos que hayan llegado sus efectos indirectos, sin embargo, solamente ha sacado las consecuencias del año 1789 para el continente europeo y sus oleadas han retrocedido frente a la muralla de la frontera rusa.

Lo que distingue la gran Revolución Rusa de la gran Revolución Francesa es que aquella fue dirigida por el proletariado consciente de ser una clase. La Bastilla también fue tomada por asalto por los obreros de los suburbios de Saint Antoine, también son los obreros berlineses los que han triunfado sobre los guardias prusianos en la victoria del 18 de marzo de 1848 sobre las barricadas. Pero los héroes de estas revoluciones al mismo tiempo han sido sus víctimas; desde el día de su victoria, la burguesía les ha arrebatado el premio de ésta. Y de esto se han muerto finalmente las revoluciones basadas en el modelo de 1789; la contrarrevolución tuvo tan buen juego en 1848 y 1849 porque los obreros estaban cansados de sacar las castañas del fuego y de ser engañados por los que consumían las castañas, porque su conciencia de clase no estaba lo suficientemente desarrollada para reubicarse entre el poder feudal y la traición de la burguesía.

¹ Publicado en *Die Neue Zeit*, 24º año, 1er. Volumen, Nº 6, 1905-1906. Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI* Nº 115, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 33.

² *Mehring, Franz* (1846-1919): Nació en Prusia, a partir de 1890 adhirió al socialismo y se vinculó al ala izquierda del Partido Socialdemócrata Alemán. Inició junto a Rosa Luxemburgo y Plejanov la lucha contra el revisionismo en la II Internacional. Durante la Primera Guerra Mundial atacó la política de cooperación del SPD con el gobierno y se asoció con Rosa Luxemburgo para crear la Liga Espartaco. Sus principales aporte al marxismo se dedicaron al campo de la historia y la literatura.

Lo que fue la debilidad de la revolución europea de 1848, es la fuerza de la Revolución Rusa de 1905. Su protagonista es un proletariado que ha comprendido esta “revolución permanente” que la *Nueva Gaceta Renana* había predicado para orejas todavía sordas. Mientras que su sangre corría a mares bajo los golpes de fusil y de sable de los verdugos del zar, los obreros rusos, con una fuerza obstinada, mantuvieron firmes sus objetivos, y el arma poderosa que constituye la huelga política de masas le permitió quebrar el poder zarista hasta sus cimientos. En el último manifiesto del zar, el despotismo asiático abdica para siempre; al prometer una constitución, cruza el Rubicón, más allá del cual ningún retorno es posible. Esto es un primer triunfo del proletariado ruso, y el mayor éxito que ningún proletariado de otro país en un movimiento revolucionario haya obtenido antes. Los que tomaron la Bastilla, como los combatientes de las barricadas de Berlín eran capaces de un impulso heroico, pero no de esta lucha infatigable y obstinada que llevaron adelante los obreros rusos, sin dejarse desviar por fracasos momentáneos. Sin embargo, su primer éxito los ubica ahora frente a un nuevo deber, incomparablemente mayor, el de perseverar, aún después de la victoria, en su antigua combatividad.

En la historia de las guerras, no deja de repetirse una experiencia: después de una victoria aplastante, es difícil llevar al fuego incluso a las tropas más valerosas para que, al perseguir al enemigo, hagan la victoria verdaderamente fecunda, y es tanto más difícil cuando la victoria ha sido más aplastante. Existe, profundamente arraigada en la naturaleza humana, la necesidad de un descanso liberador, cuando ésta se libera de una fuerte tensión, y por eso la burguesía siempre ha especulado con éxito, cuando el proletariado le ha sacudido los árboles de la revolución para hacer caer sus frutos.

De manera legítima, un diario burgués evoca, a propósito del manifiesto del zar, las promesas que había hecho Federico Guillermo IV, cuando la revolución había quebrado sus bravatas de autócrata.

Son más o menos las mismas promesas: inviolabilidad de las personas, libertad de conciencia, libertad de palabra, una representación popular basada en un amplio derecho a voto y con una participación decisiva en la legislación. En esa época como ahora, la oposición burguesa sabía y sabe bien que, cuando un autócrata vencido está obligado a hacer semejantes concesiones, estas cosas buenas no nadan simplemente como pedazos de pan en la sopa de la revolución, sino que le ofrecen reales garantías de que una autocracia obligada a humillarse hasta ese punto por la fuerza nunca más podrá levantar cabeza. Pero está dentro del interés de la burguesía rebajar las conquistas de la revolución para desarmar al proletariado, describir a estas como un espejismo que sólo podrá hacerse realidad

gracias al más extremo cuidado, alertando contra los cuervos de mal augurio, que harían correr el riesgo de liberar a los fantasmas nocturnos. Es así que después de toda victoria revolucionaria resuenan los llamados de la burguesía a la “calma a cualquier precio”, supuestamente en el interés de la clase obrera, de hecho, por el frío y astuto cálculo de la burguesía.

Este es el momento más peligroso para toda revolución; pero, si hasta el momento, muchas veces ha sido fatal para el proletariado, esta vez la clase obrera rusa ha pasado la prueba brillantemente, al responder con resolución al manifiesto del zar: la revolución permanente. Los telegramas llegados hoy de Petrogrado a la prensa burguesa dan un testimonio honorable de nuestros hermanos rusos; “Bajo la influencia de los socialistas, la opinión se ha vuelto más desfavorable de lo que se podía esperar esta mañana. La excelente organización de los socialistas triunfa hoy sobre la burguesía”.

Los obreros rusos no piensan desarmarse, los vencedores de hoy no quieren ser los derrotados de mañana, y en esto justamente reside el progreso histórico que ofrece la Revolución Rusa en relación con las precedentes.

Por cierto, para los obreros rusos también vale que ningún milagro ocurrirá mañana. No está en su poder saltar las etapas de la evolución histórica y crear, a partir del despótico estado zarista, de buenas a primeras, una comunidad socialista. Pero pueden acortar y allanar el camino de su combate emancipador, si no sacrifican el poder revolucionario que han conquistado frente a las tramposas quimeras de la burguesía, sino por el contrario, no dejan de servirse de él para acelerar la evolución histórica, es decir, revolucionaria. Ahora pueden asegurarse en algunos meses y semanas, lo que costaría décadas de penosos esfuerzos si cedieran el terreno a la burguesía después de haber obtenido la victoria. No pueden inscribir en la constitución rusa la dictadura del proletariado, pero pueden inscribir en ella el sufragio universal, el derecho de coalición, la jornada de trabajo legal, la libertad ilimitada de prensa y de palabra, y pueden arrancarle a la burguesía, para todas estas reivindicaciones, garantías tan sólidas como las que la burguesía le arrancará al zar de acuerdo a sus propias necesidades. Pero sólo pueden hacerlo si no deponen las armas en ningún momento, y no le permiten a la burguesía dar ni siquiera un paso adelante sin que ellos mismos no den también un paso adelante.

Y es precisamente por la “revolución permanente” que la clase obrera rusa debe replicar, y, según todas las informaciones llegadas hasta el momento, ha replicado efectivamente, ante el grito angustiado de la burguesía pidiendo “la calma a cualquier precio”.

Es falso decir que así se insuflará una nueva vitalidad al despotismo que acaba de ser abatido. Con justeza un historiador de la gran Revolución Francesa –Tocqueville, si no me equivoco– dice que un régimen que

se derrumba nunca es más débil que en el momento en que comienza a reformarse. Y esto vale mucho más que para la realeza decadente en Francia, para la autocracia decadente en Rusia. Porque toda su maquinaria gubernamental está podrida de cabo a rabo. A partir de que dimita y renuncie a la apariencia de solidez que ha mantenido penosamente hasta ahora, estará sin defensa contra todo choque vigoroso. De hecho, tiene necesidad de “calma a cualquier precio” si debe restablecerse sobre una nueva base. Esta es la pérfida significación de esta consigna que, espere-mos, haya terminado de cumplir su funesto rol.

Los obreros rusos se han convertido así en los campeones del proletariado europeo. Se han beneficiado con una posibilidad que, hasta ahora, no ha compartido ningún proletariado de las naciones europeas occidentales: entran en la revolución con experiencias acumuladas y una teoría clara, profunda y extendida; pero han sabido crear esta posibilidad, y este es su mérito. En el curso de décadas de combate y al precio del sacrificio de innumerables heroínas y héroes, se han impregnado de la teoría de la revolución proletaria hasta la médula de los huesos; lo que han recibido, lo devuelven ahora con creces. Le dan vergüenza a los espíritus temerosos que creían imposibles muchas cosas que ellos demostraron posibles; los trabajadores de Europa saben hoy que los métodos de lucha de la antigua revolución sólo han perimido para ceder el lugar a métodos más eficaces en la historia de su lucha emancipadora.

En la clase obrera de todos los países europeos caen las chispas del bautismo de fuego de la Revolución Rusa, y en Austria el brasero ya se enciende.

Los obreros alemanes no son los últimos en la lucha que dirigen sus hermanos rusos; el Estado vasallo pruso-germánico está tan estrechamente mezclado con el destino del zarismo que la caída de este último tendrá contragolpes muy profundos sobre el imperio de los junkers al este del Elba. Quizás no por el momento, y quizás no para siempre de manera destructiva; las poderosas conmociones económicas que entrañará la Revolución Rusa en su continuidad pueden hacer enojar mucho más aún a esta camarilla de hambreadores. Pero a la larga, la Revolución Rusa ya no se dejará encerrar en las fronteras rusas como antes la Revolución Francesa no se dejó encerrar en las fronteras francesas, y esto, nadie lo sabe mejor que las clases dirigentes en Alemania.

Podemos estar seguros que ellos siguen la evolución de la revolución rusa con la mayor atención y encontrarán la ocasión de darle un golpe fatal cuando vean alguna perspectiva de éxito. La clase obrera alemana no debe olvidarlo, menos aun cuando la causa de sus hermanos rusos es también la suya.

Berlín, 1º de noviembre de 1905

POR EL APOYO A LA REVOLUCION RUSA¹

Karl Liebknecht²

DISCURSO AL CONGRESO SOCIALDEMOCRATA DE MANNHEIM (1906)

(...) En su informe, Bebel declaró: “Hay situaciones en la vida de los partidos como en la de los pueblos en donde les es necesario alentar el combate enérgicamente, incluso a riesgo de una derrota”. ¿Cuál es ahora nuestra actitud con respecto a la Revolución Rusa, en un momento en que la contrarrevolución se libra a orgías de crueldad y de bajeza tales que la historia nunca ha conocido? La sangre que derraman nuestros hermanos allá es por nosotros, por todo el proletariado del mundo entero (*¡Bravo!*), y todo lo que hemos hecho hasta ahora por ellos no es más que una limosna por los sacrificios que consintieron para nosotros en el este. A pesar de todo lo que hemos hecho hasta aquí, tenemos una deuda enorme con nuestros hermanos y hermanas rusos. No cabe ninguna duda que a nosotros también, socialdemócratas alemanes, debe aplicarse la palabra: “Más vale ser colgados por los verdugos del zarismo y sus auxiliares que ser los auxiliares de los verdugos del zarismo” (*¡Bravo!*). Sobre esto no debe quedar ninguna duda, ni en Alemania ni en Rusia. Es esto lo que dirá Bebel también, cuyas declaraciones ayer eran más el efecto de la edad ya que no vienen de su corazón siempre joven, es lo que gritará con una claridad inequívoca a quienes deben escucharlo. No es solamente el gobierno alemán y el gobierno ruso, sino el conjunto del movimiento de liberación rusa quienes tienen la vista fija en la actitud del proletariado alemán en esta cuestión (*interrupciones*). Bebel ha hablado ayer de la posibilidad de una intervención.

¹ Extracto de *Militarismo, guerra, revolución*, F. Maspéro editor, 1970. Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 36.

² *Liebknecht, Karl* (1871-1919): miembro de la socialdemocracia alemana desde 1900. Fue el único parlamentario de este partido que se opuso el 4 de diciembre de 1914 a votar los créditos de guerra. Dirigente del ala izquierda, por sus manifestaciones contra la guerra fue expulsado del partido y encarcelado en 1916-1918. Junto a Rosa Luxemburgo creó el grupo Espartaco y el 1° de enero de 1919 creó el Partido Comunista. Fue asesinado por la socialdemocracia.

Las declaraciones contra las que me levanto tratan precisamente de esta posibilidad, de cuya extrema improbabilidad no cabe ninguna duda, por otra parte. Por eso debemos destacar unánimemente que ningún sacrificio nos parecerá demasiado pesado a favor de nuestros amigos rusos. Si se quiere convertir al pueblo alemán en el verdugo de la libertad rusa, lo que equivaldría a una autorreprobación, a una autodestrucción cultural, esto sería simplemente el fin de todo, y se daría una de esas situaciones de las que Bebel hablaba ayer en la frase citada más arriba. No se dirá que el movimiento de liberación ruso será aplastado por el pueblo alemán, que posee la más grande y la más fuerte organización del proletariado internacional. Debemos preservarnos de este pecado mortal. Seríamos pobres tipos, dignos de irnos al diablo, si no tratáramos de que toda tentativa en Alemania de golpear en el lomo a la Revolución Rusa termine en una derrota completa de la reacción germano-prusiana (*Grandes aplausos*).

1905 EN FRANCIA

LA REVOLUCION RUSA¹

Sala Tivoli-Vaux-Hall, 30 de enero de 1905

Ciudadanos,

A partir de este momento, el zarismo está herido de muerte. Ya la guerra ruso-japonesa, criminalmente encarada y desastrosamente conducida, lo había sacudido en sus cimientos, revelando a toda la nación rusa los vicios y traiciones de una burocracia despótica, incapaz y corrupta.

Ahora es en el propio corazón del imperio que el zarismo y el zar son amenazados por un pueblo despierto a la necesidad de libertad y en condiciones de conquistarla.

La acción revolucionaria del proletariado organizado ha decidido la suerte de la autocracia. Aportando su fuerza a las reivindicaciones más o menos decididas, a todos los elementos liberales de la nación, la clase obrera viene a dar el impulso decisivo al movimiento liberador y a imprimirle un carácter nuevo.

Gracias a ella, ahora es cierto que la revolución sólo se detendrá el día en que las libertades democráticas estén aseguradas y en que los trabajadores, en una Rusia libre de despotismo, tengan los medios para empujar su lucha más adelante, con los proletarios de todos los países, hasta la liberación final.

Ni los arrestos en masa, ni las cargas de los cosacos, ni los fusilamientos que esconden en la nieve de las calles los miles de cadáveres, ni la violencia sistemática que diezma a la vez a los trabajadores y al pensamiento, preservarán al zarismo de su caída. No harán, al excitar contra los asesinos el horror del mundo civilizado, más que agregar a la revuelta de los proletarios la sublevación de todas las conciencias.

¹ *Manifiesto al proletariado*, votado por unanimidad en el mitin convocado por las organizaciones socialistas. Publicado en *El Socialista*, 5-12 de febrero de 1905. *El Socialista* era el periódico del Partido Socialista de Francia. Este partido reagrupaba entonces a los partidarios de Guesde (guesdistas) y de Edouard Vaillant (blanquistas) (nota del CERMTRI). Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 48.

Esto implica que todo el proletariado se una en un movimiento internacional para ayudar al proletariado ruso en su obra emancipadora.

Más que cualquier otro, el proletariado francés, que los sucesivos gobiernos de la república burguesa han pretendido encerrar en una alianza de reacción que ni la nación, ni sus representantes jamás conocieron en esos términos ni aprobado legalmente, se siente ligado de corazón y de espíritu a la clase obrera de todo el imperio de los zares.

Lo que hace falta, no es sólo una protesta contra las masacres, es la enérgica voluntad de romper una alianza odiosa que pone la fuerza capitalista de nuestro país a disposición del zarismo contra la revolución rusa; es el compromiso de impedir a todo precio y por todos los medios la violación de la neutralidad por parte de Francia o su entrada en un conflicto armado; es, contra los aliados gubernamentales y promotores del zar en Francia, una acción consistente de solidaridad con nuestros hermanos de trabajo y de miseria.

Ciudadanos, luchando por su causa, también es por la vuestra por la que combaten los proletarios de Rusia.

El zarismo abatido significa la gran fuerza contrarrevolucionaria golpeada en todo el país, es la era abierta a la acción socialista sin distinción de fronteras.

A partir de ahora, ciudadanos, no se dejen engañar ni por las maniobras de una prensa mentirosa ni por los manejos de una diplomacia servil, mediante una agitación incesante, ustedes sabrán hacer llegar a los opresores y asesinos nuestra persistente reprobación y a los combatientes heroicos de la libertad y del derecho, nuestra solidaridad revolucionaria.

Ninguna comuna de Francia, en donde haya obreros y socialistas, debe permanecer silenciosa. Con los órdenes del día, con los mítines, afirmen vuestra simpatía por los obreros rusos y vuestra reprobación al zar masacrador.

¡Abajo la autocracia! ¡Viva la Internacional Obrera!

Federaciones Socialistas Autónomas

Partido Obrero Socialista Revolucionario

Partido Socialista de Francia

Partido Socialista francés.

1905 EN BELGICA

EL MITIN DEL 22 DE ENERO DE 1906 EN LA CASA DEL PUEBLO DE BRUSELAS¹

El proletariado socialista cuenta con dos fechas para conmemorar: el 18 de marzo, aniversario de la Comuna; el 22 de enero, día de la primera explosión revolucionaria en Rusia.

En el campo de batalla de Valmy, en donde las tropas de la primera República desafiaron a las fuerzas de la vieja Europa, el poeta Goethe exclamó: “La jornada de hoy marcará la historia del mundo. Estemos felices de haber asistido a ella”.

Estemos felices también de haber vivido en la primera jornada sangrienta, en donde se ha amortajado no solamente a las 4.000 víctimas del zarismo, sino al propio zarismo. (*Aplausos*).

El orador vuelve a trazar los episodios de las primeras insurrecciones de los intelectuales contra el zarismo. El apogeo de esta táctica terrorista fue la jornada en donde Alejandro II fue asesinado. Y sin embargo, el pueblo permaneció mudo, la tropa no se rebeló y la máquina gubernamental continuó girando. La táctica del terrorismo había fracasado.

Los hombres más enérgicos se desesperaron. Después de la guerra de Crimea, la transformación capitalista se había acentuado. Se construyeron los ferrocarriles, los capitales emigraron a Rusia, el capitalismo penetraba, pero creaba –en honor a él– al proletariado que un día debía salvar a Rusia. (*Aplausos*).

Era el proletariado quien debía renovar a Rusia. El movimiento obrero nació modestamente hacia 1865. Esta agitación de pobres proletarios no podía madurar en el clima de fuego de los atentados. Pero el nuevo camino pronto fue encontrado. Es en 1882 cuando aparece el

¹ El Partido Obrero Belga organizó el 22 de enero en Bruselas un mitin para conmemorar el 1er. Aniversario del “Domingo sangriento”. Los siguientes son extractos del discurso pronunciado en esa ocasión por E. Ansele, uno de los dirigentes del Partido Obrero Belga, así como la moción final adoptada en ese mitin. Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 64.

primer folleto socialdemócrata de Plejanov, con el título de *El socialismo y las luchas políticas*.

Plejanov y Vera Zazulitch crearon la Liga de la Liberación en Ginebra y por primera vez el proletariado ruso se asoció a la lucha de clases de los proletarios del mundo. (*Aclamaciones*).

Entre tanto, la industria proseguía su destino: elevaba el número de fábricas textiles que poseían miles de husos, abrazando toda una ciudad en sus muros, haciendo nacer a este proletariado que sorprende al mundo (...).

Es nuestra táctica, la de Marx, la de Plejanov, la que ha triunfado. Plejanov fue profeta cuando, en 1889, en el Congreso Socialista de París, exclamó: “La revolución rusa será proletaria o no será”. (*Aclamaciones*).

Fue entonces también que aparecieron las manifestaciones características del movimiento proletario: huelga en Moscú, huelga en San Petersburgo, huelga en el Don en donde, en una ciudad, diez mil obreros fueron a la huelga para protestar contra los malos tratos infligidos a un intelectual amigo de los obreros. (*Aclamaciones*).

Se podía sentir que esto rugía.

Los intelectuales que habían sido los maestros de los proletarios se habían convertido en los protegidos de los proletarios. Qué bien le hace al corazón pertenecer a una causa que, en el espacio de la vida humana, crea también admirables ejemplos de elevación moral y de emancipación del pensamiento. (*Prolongadas aclamaciones*).

No podemos festejar este aniversario del 22 de enero. Este día está cubierto por un inmenso crespón, una mortaja formidable en la que duermen miles de víctimas asesinadas por el zarismo. Al ver este espectáculo fúnebre, no es en la fiesta en lo que pensamos, sino en la batalla, en la destrucción de un régimen que termina en la ignominia.

No lo festejamos, pero no desesperamos.

Al día siguiente de las jornadas de mayo de la Comuna, se decía: el socialismo está muerto. Miren lo que ocurrió. Vean nuestras fiestas internacionales, nuestras jornadas internacionales; esta es la respuesta del socialismo a los verdugos de París y a los verdugos de San Petersburgo.

Nunca una clase se ha elevado tan rápido como la nuestra. La Iglesia necesitó siglos para asegurar su triunfo. Ya en el siglo XII, en las luchas de las comunas, la burguesía preparaba la emancipación que sólo realizaría en 1789.

Nacimos con los motines de Lyon, en donde los obreros apostaron en sus banderas: “*Vivir libre trabajando o morir combatiendo*”. Esto era en 1830.

El año próximo, el socialismo internacional sesionará en Stuttgart. ¿Quién nos dice que el camarada Huysmans no deberá organizar su congreso en Moscú o en San Petersburgo? ¿Quién nos dice que no veremos al lado de los japoneses a otros proletarios asiáticos que vienen a tender la mano a sus hermanos de Europa, de América y de África del sur?

Saludo a las víctimas caídas, saludo a los mártires que quedaron en la batalla. Saludo a los hermanos de todos los países que quieren hacer correr un mar de dinero para sus hermanos rusos. ¡Honor al proletariado ruso! ¡Viva el socialismo internacional! (*Ovaciones prolongadas*).

LA MOCION FINAL ADOPTADA POR EL MITIN

Los socialistas reunidos en la Casa del Pueblo en Bruselas, el 22 de enero de 1906, día aniversario de la masacre de San Petersburgo, dirigen al proletariado ruso su saludo fraternal y su ardiente solidaridad;

Afirman su esperanza inquebrantable en el triunfo de una revolución que las verguenzas y los crímenes de la autocracia hacen inevitable;

Y expresan el deseo de que, en todos los países, los trabajadores aporten su óbolo para secundar eficazmente el heroico esfuerzo de los que luchan por la causa común y cuya victoria será la victoria del proletariado internacional.

Este orden del día es adoptado por unanimidad y la asamblea muy entusiasta se termina con el canto de *La Internacional*.

A la salida del mitin, como *La Armonía* del pueblo regresaba, el ciudadano Pues organizó en el campo un cortejo que, precedido por *La Armonía* y las banderas, se puso a marchar, y como bola de nieve, fue adhiriendo a 1.200 manifestantes, alternando sus cánticos con la música y con los gritos: ¡Abajo el zar! ¡Abajo el zarismo!

Estudiantes rusos de paso en Bruselas fueron ovacionados.

Se recogieron en el mitin 1.500 entradas pagas y la colecta fue de 135 francos.

El Pueblo, 24 de enero de 1906

1905 EN GRAN BRETAÑA¹

En todas partes del mundo, durante estos primeros años del siglo, el imperialismo está hundido en una grave crisis económica, social y política: para la clase obrera, tanto en los países capitalistas como en las colonias, se abría una fase de progreso y de militantismo. El golpe más poderoso de esta agitación lo dieron los obreros rusos con la Revolución de 1905, que conmocionó el vasto imperio de los zares hasta sus fundamentos, y suscitó una determinación y una nueva esperanza a los pueblos del mundo. Tuvo prodigiosas repercusiones internacionales: poderosas manifestaciones en el imperio austro-húngaro obligaron al gobierno de Viena a otorgar el sufragio universal; los obreros alemanes se agitaron violentamente; y en Francia en 1906 se desencadenaron grandes huelgas por la jornada de ocho horas. En los países coloniales, las consecuencias fueron quizás más profundas y sus prolongaciones más importantes, porque parecía que una de las potencias imperialistas era un coloso con pies de barro: esto fue el inicio de los grandes movimientos revolucionarios que debían transformar el destino de cientos de millones de chinos e indios.

Los acontecimientos de Rusia de 1905, la revuelta popular contra uno de los despotismos más odiados del mundo, inspiran una profunda simpatía en todos los sectores de la opinión democrática en Gran Bretaña, tanto en la burguesía como en la clase obrera. El 24 de enero, en una reunión de los desocupados de Stepney y al día siguiente, en una reunión a la hora de la cena de los obreros de los astilleros navales de Elawich (New Eastle) protestaron contra la masacre de obreros en San Petersburgo. El 25 de enero una reunión del ILP en la víspera de la apertura de la conferencia anual del L.R.C. debutó con una resolución de simpatía con el pueblo ruso y su revuelta contra la tiranía. “A medida que el profundo significado de la resolución se revelaba al público”,

¹ Extractos de *The British Labour Movement 1770-1920, a history* de A. L. Morton and George Tate, cuya traducción fue publicada por F. Maspéro en 1963, donde destacan hasta qué punto la Revolución Rusa inspira “una profunda simpatía” a la clase obrera británica. Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI* N° 115, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 67.

informaba el *Labour Leader* del 27 de enero, “se elevaba una ovación y al final, todo el mundo la aprobó y aplaudió fuertemente”. La propia conferencia adoptó por unanimidad una resolución similar y dio órdenes para que se abra un fondo de solidaridad “para ayudar a los huelguistas en su noble lucha por la libertad y atender las necesidades de las viudas y de los huérfanos”. *Justice*, cuyas columnas recibían de Theodore Rothstein comentarios muy bien informados sobre estos importantes acontecimientos, declaraba ese mismo día: “Finalmente, ha llegado el momento. Después de siglos de esclavitud y de miseria, el pueblo ruso se ha levantado y el trono del zar está sacudido en sus cimientos”. En varios grandes centros como Londres, Liverpool y Glasgow, se desarrollaron reuniones, a menudo conducidas en común por la S.D.F., la I.L.P., los fabianos y las organizaciones sindicales. Keir Hardie le pidió al parlamento mandar delegaciones al gobierno zarista a propósito de las ejecuciones sin juicio de 120 dirigentes obreros de Varsovia.

La Revolución Rusa dio así un elemento nuevo y poderoso al profundo movimiento de ideas y a la creciente actividad del movimiento obrero, ya comprometido activamente en la campaña contra la desocupación y contra las amenazas dirigidas a las bases del sindicalismo, junto con otras cuestiones de política social y económica. La contraofensiva capitalista, proseguida durante veinte años de predominio tory continuo, atravesaba ahora grandes dificultades: por fuera de la “cuestión de la condición de Inglaterra” existían enormes problemas de tarifas proteccionistas y de libre cambio, la tensión internacional era cada vez más marcada, y estaba la cuestión de la libertad de Irlanda, por no citar más que las más importantes. La división en las filas conservadoras sobre la cuestión de las tarifas precipitó la dimisión del gobierno: a fines de 1905 el rudo radical escocés Sir Henry Campbell-Bannerman, que había sublevado el odio de los Tories al denunciar las atrocidades cometidas en África del Sur, formó un nuevo gobierno; procedió a dar elecciones para comienzos de 1906.

Las elecciones generales de 1906 condujeron a una victoria aplastante de los Liberales y a un avance de los Laboristas que sorprendió profundamente a la opinión contemporánea. El Labour Party (también llamado a partir de entonces el L.R.C.) aumentó su representación, que pasó de 4 a 29 bancas; además 24 candidatos sindicalistas (entre ellos, 13 eran mineros) obtuvieron sus bancas como Liberales.

La clase obrera había hecho un significativo progreso político, pero para comprender bien su verdadero significado, hay que analizar cuidadosamente las tendencias sociales complejas que habían contribuido a ello. Ante todo, la política de los Liberales era el resultado de una

retirada estratégica de los capitalistas, frente a la presión creciente de la clase obrera. Balfour, dirigente conservador, observaba esto con delicadeza, al comentar los resultados de las elecciones:

“Si yo entiendo bien, lo que ha sucedido no tiene nada que ver con esto por lo que hemos querellado estos últimos años. C. B. (Campbell-Bannerman) no es más que un corcho flotando en un torrente que no puede controlar, y lo que ocurre en este momento es el eco del mismo movimiento que ha causado las masacres de San Petersburgo, los motines de Viena y los desfiles socialistas de Berlín”.

Los liberales creían, sin embargo, que la tempestad podía ser superada con una política astuta de verdaderas concesiones, con demagogia radical y con acuerdos electorales con el Labour Party; así el poder seguiría en manos de un partido de la clase dirigente, teniendo como aliado dócil al partido de la clase obrera. Este era su objetivo supremo y lo alcanzarán. Algunos meses después de las elecciones, el maestro demagogo David Lloyd George declaraba en el curso de una reunión que podía decir a su público liberal que “haría de ese movimiento independiente del Labour Party una fuerza poderosa y de gran envergadura”.

“Si luego de la duración de un período de legislatura, se revela que un Parlamento Liberal no hizo nada para atacar seriamente los problemas de la condición social del pueblo y resolverlos, para abolir la degradación nacional que representan los tugurios y la pobreza generalizada, y la miseria en un país que estalla de riquezas; que no ha atacado audazmente las causas principales de esta miseria, sobre todo el alcoholismo y este sistema vicioso de la propiedad de las tierras; que no ha detenido el derroche de nuestros recursos nacionales en armamentos ni procurado una vida honorable a los ancianos que la merecen; que le ha permitido dócilmente a la Cámara de los Lores sacarle todo valor a sus Bills, entonces en este país se alzará un grito general pidiendo un nuevo partido; y muchos de nosotros en esta sala se unirán a ese grito. Pero si un gobierno Liberal fuerza a obedecer a los terratenientes, a los empresarios y a los lores como ha enfrentado a los pastores; y si trata de liberar a la nación del control pernicioso de esta liga de monopolistas, entonces el Labour Party independiente invitará en vano a que los trabajadores de Gran Bretaña deserten del liberalismo que lucha tan bravamente para desembarazar al país de los males que han oprimido a los que trabajan”. (Citado por M. Beer, *History of British Socialism*, 1929, vol. II, pág. 348-9).

Esta era una política con la que, a pesar de las proclamaciones de “independencia”, la mayoría de los representantes parlamentarios del Labour Party estaban dispuestos a colaborar; una política que en realidad

volvía a intentar mejorar el capitalismo con el fin de conservarlo o, más groseramente, que desarmaba a la clase obrera británica gracias a las superganancias del monopolio imperialista y de la explotación colonial.

La gran victoria electoral del Labour Party tuvo entonces un doble aspecto; constituía un elemento de una política a largo plazo de una parte de la clase dirigente, destinada a distraer y a controlar las fuerzas de la independencia obrera; y por otra parte estas fuerzas eran reales, crecientes, decididas a triunfar, y las concesiones que obtenían también eran reales. Llegaron a obligar a la recalcitrante dirección liberal a mantener sus promesas aceptando un Bill que liberara a los sindicatos de la amenaza de reivindicaciones civiles del tipo Taff Vale. Le siguieron otros beneficios importantes: el seguro contra accidentes de trabajo se extendió a seis millones de obreros más; las autoridades locales obtuvieron el permiso de instaurar cantinas escolares; por el Coal Mines Act (ley sobre las minas de carbón de 1908), los mineros obtuvieron la jornada de ocho horas; el mismo año se instituyeron pensiones a la vejez; en 1909, el Trade Boards Act aportó ciertas mejoras a las peores condiciones de trabajo.

Otro hecho importante fue que en ese período de exaltación política, mientras que parecía que los bastiones de privilegio caían ante el avance del pueblo, la aparición del Labour Party se impuso a la opinión pública tanto como el desmoronamiento liberal; y lo que llamó más la atención sobre este partido fue que se reveló como un partido socialista.

1905 EN RUMANIA¹

Khristian Rakovsky

“Una verdadera epidemia de huelgas tuvo lugar en Rumania. Algunas huelgas, como las de los obreros del calzado en Bucarest, en la que participaron de 7.000 a 8.000 obreros, o la de los obreros del tabaco y las cerillas con 2.000 participantes, muestran bien como rápidamente se ha concentrado la producción industrial. Otras huelgas, como la de los empacadores en los puertos nacionales de Galatzi o la de los carteros de Bucarest, son características porque están dirigidas contra el Estado–patrón. Este también es el caso de la del tabaco y las cerillas. Estas huelgas, en gran parte desencadenadas por trabajadores sin organización y dirigidas por líderes improvisados, no disponían de ningún medio para resistir, y le dieron al sindicato una buena ocasión para intervenir. Esto es con frecuencia lo decisivo para el éxito de una huelga. La idea sindical se vuelve tan popular hoy que incluso un grupo de policías municipales de Bucarest se ha dirigido a nosotros (en nombre de 1.300 colegas) para que defendamos sus reivindicaciones salariales.

Algunas huelgas son destacables por su agitado desarrollo. Esto se dio en la huelga de portuarios de Galatzi, en la que participaron 600 obreros: el gobierno envió 500 soldados para reemplazar a los huelguistas y toda la guarnición fue movilizada. Hubo brutalidades y arrestos como en toda gran huelga. En respuesta a estas provocaciones, los portuarios, reunidos por los siete sindicatos existentes en ese momento, en Galatzi, organizaron una manifestación que impresionó a toda la población por su calma y su disciplina. Los obreros ganaron todos sus puntos, obteniendo la liberación de sus seis camaradas acusados de ‘incitación a la revuelta’ y el fin de toda acusación contra ellos.

La solidaridad internacional jugó a favor de numerosos huelguistas (...). La huelga de los carteros de Bucarest y la de los obreros del tabaco también fueron agitadas... A la brutalidad policial, que quería obligar a los obreros a retomar el trabajo, el proletariado de Bucarest le replicó con una manifestación en las calles entonando *La Internacional*”.

¹ Extracto de *El movimiento obrero en Rumania, Die Neue Zeit*, 9-15 (Sept. 1906) que fue reproducido en “Rakovsky” de Pierre Broué (Ediciones Fayard). Traducción de la versión publicada en *Les Cahiers du CERMTRI N° 115*, diciembre de 2004-enero de 2005, París, Francia, pág. 71.